

**LAS BASES SOCIALES DE LA
DICTADURA Y LAS ACTITUDES
CIUDADANAS DURANTE EL RÉGIMEN
DE FRANCO
GRANADA (1936-1976)**



UGR

**Universidad
de Granada**

Memoria para optar al grado de doctor presentada por:

CLAUDIO HERNÁNDEZ BURGOS

Directores: Miguel Gómez Oliver y Miguel Ángel del Arco Blanco

Departamento de Historia Contemporánea

Universidad de Granada

Programa de Doctorado: Las Claves de la Modernidad

Granada, septiembre, 2012.

Editor: Editorial de la Universidad de Granada
Autor: Claudio Hernández Burgos
D.L.: GR 584-2013
ISBN: 978-84-9028-399-8

SUMARIO

AGRADECIMIENTOS.....	7
ABREVIATURAS	10
ABSTRACT	11

INTRODUCCIÓN

1. El estudio de las actitudes ciudadanas y los apoyos sociales en los regímenes dictatoriales.....	15
2. Los apoyos sociales al franquismo y las actitudes de los españoles: balance y carencias	21
3. Metodología, fuentes y reflexiones: ¿cómo calibrar las actitudes sociales durante el franquismo?	26
4. El franquismo del día a día: cuarenta años de convivencia con el régimen	33

CAPÍTULO 1

LA GUERRA CIVIL: CONSTRUCCIÓN MÍTICA Y MOVILIZACIÓN POPULAR

1. El camino hacia la guerra: antecedentes internos y externos del golpe del 36....	40
2. Inevitable y necesaria: la Guerra Civil como mito originario del franquismo	52
3. Los contornos de la “comunidad nacional”: la Guerra Civil como experiencia de nación	63
4. Apoyos sociales y movilización bélica en el frente y en la retaguardia rebelde .	70
4.1. Soldados: ideología y sacrificio en las trincheras franquistas	73
4.2. Ciudadanos: construcción social de la guerra y movilización en la retaguardia	82
5. Conclusiones: la guerra que marcó un régimen y la vida de los españoles.....	92

CAPÍTULO 2

LAS MÚLTIPLES CARAS DE LA VICTORIA: VENCIDOS, VENCEDORES Y “ZONAS GRISES” EN LA POSGUERRA (1936-1945)

1. El lado amargo de la victoria: los vencidos de la Guerra Civil	97
---	----

1.1. Los años de la guerra: terror caliente y represión en Granada	97
1.2. La losa de la victoria: la represión de los vencidos en la posguerra.....	105
2. El lado dulce de la Victoria: los vencedores de la Guerra Civil.....	117
2.1. El apoyo “cultural” al franquismo: reespañolización y recatolización en Granada.....	118
2.2. En busca de la “justicia de Franco”: la represión del vencido como elemento de cohesión de los vencedores.....	129
2.3. Botín de guerra: condiciones de vida y beneficios socioeconómicos de los vencedores	141
3. Ni vencedores, ni vencidos: las “zonas grises” de la posguerra.....	147
4. Conclusiones: la “Cultura de la Victoria” sepultó las “zonas grises”	154

CAPÍTULO 3

LA CONSTRUCCIÓN DE LA DICTADURA: COMBATES POR ESPAÑA Y DESAFÍOS EN LA LARGA POSGUERRA (1939-1948)

1. La difícil configuración de un régimen: el combate por la nación en las instituciones franquistas	159
2. Las condiciones de vida: ¿problema para el franquismo o mecanismo de despolitización?	178
3. La oposición antifranquista: ¿desafío para el régimen o impedimento para la vuelta a la “normalidad”?	193
4. La II Guerra Mundial: ¿amenaza para la dictadura o peligro para la paz?.....	210
5. Conclusiones: el triunfo de la normalidad.....	222

CAPÍTULO 4

LA CONSOLIDACIÓN DEL RÉGIMEN: NACIONALCATOLISMO, FALANGISMO Y ACTITUDES CIUDADANAS EN EL ECUADOR DEL FRANQUISMO (1947-1957)

1. Del aislamiento a la estabilidad: la percepción ciudadana de la situación internacional del régimen	227
2. La lenta mejora de las condiciones de vida y las actitudes de los granadinos corrientes	240

3. La nación de Dios: el proyecto nacionalcatólico y actitudes religiosas de la sociedad	251
4. El resurgir de la amenaza “fascista”: una Falange “más viva que nunca”	265
5. ¿Abriendo las puertas a los enemigos?: cultura y nuevas generaciones en el franquismo de los cincuenta	277
6. Conclusiones.....	288

CAPÍTULO 5

PAZ Y PROGRESO: LA ESPAÑA DEL DESARROLLISMO Y LAS ACTITUDES CIUDADANAS ANTE LOS CAMBIOS (1957-1966)

1. La Granada del <i>desarrollismo</i> : entre el crecimiento económico y los defectos del modelo elegido	292
2. Entre la televisión y la chabola: el surgimiento de la sociedad de consumo y sus desequilibrios.....	306
3. Los diversos significados de la paz: nuevos discursos y prácticas para los años del “desarrollismo”	320
3. 1. Guerra y paz: La combinación de legitimidades en el discurso franquista de los años sesenta.....	321
3. 2. Un discurso polisémico: los múltiples significados y potencialidades de la paz	326
3. 3. La labor proselitista del Estado franquista y las actitudes de los españoles.	330
4. La amenaza de la estabilidad: el nacimiento de la cultura de la disidencia y las actitudes de los españoles	337
5. Conclusiones: el “estado de obras” y el inicio de la subversión	351

CAPÍTULO 6

NO HAY FRANQUISMO SIN FRANCO: LA EXPANSIÓN DE LA “CULTURA DE LA PROTESTA” Y EL AGOTAMIENTO DE LOS APOYOS SOCIALES DE LA DICTADURA (1966-1976)

1. La “tele” ya no basta: la quiebra del modelo <i>desarrollista</i> y el ataque a la legitimidad de ejercicio	354
--	-----

2. “Recogiendo las tempestades de los vientos sembrados”: el discurso y las prácticas políticas del último franquismo.....	365
3. “Problemas domésticos”: la crisis del nacionalcatolicismo y el debilitamiento de la alianza con la Iglesia.....	378
4. El despertar de los barrios: la conflictividad laboral y vecinal en el tardofranquismo.....	383
5. De la revista a la calle: la subversión cultural y la movilización universitaria en los últimos años de la dictadura.....	390
6. Mismos espacios, mismos fines: la confluencia de la conflictividad y la extensión de la “cultura de la protesta”.....	398
7. La huella del franquismo: la sociedad civil y la cultura democrática de los españoles a finales del régimen	404
8. Conclusiones.....	417
CONCLUSIONS	419
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	424
1. Archivos consultados:	424
2. Fuentes orales:	424
3. Fuentes hemerográficas y oficiales.....	425
4. Publicaciones de época:.....	426
5. Bibliografía.....	430

AGRADECIMIENTOS

Al concluir las últimas páginas de esta tesis doctoral, tengo una perspectiva mucho más cercana de las grandes dosis de esfuerzo y tiempo que ha requerido la presente investigación. A lo largo de los últimos cuatro años, las visitas a los archivos, la constante presencia de un libro entre mis manos, los meses transcurridos en el extranjero o los continuos viajes para acudir a congresos, han actuado como “recordatorios” diarios que han marcado mi vida. Ahora, cuando este trabajo toca a su fin, se olvidan muchos de los malos ratos y de los “agobios” sufridos durante esta etapa: la necesidad de estar escribiendo en autobuses o aviones, de compaginar contratiempos familiares con la investigación o las numerosas ocasiones en las que me he preguntado: “pero ¿qué pinto yo aquí?”. No negaré que entre los sentimientos que ahora retengo hay una profunda sensación de descanso, lógica consecuencia de un camino largo a cuyo término llego agotado. Pero he de reconocer, que ese camino se ha hecho mucho más llevadero gracias a gente que desde sus márgenes no ha dudado en darme una frase de ánimo, un consejo o un abrazo, permitiéndome continuar hasta hoy.

Pienso que, en primer lugar, debo dirigir mi agradecimiento a la totalidad del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada que, desde hace muchos años me ha acogido y tratado como uno más. No puedo olvidar el cariño que todos sus miembros me ha mostrado desde que era solo un alumno que no tenía muy claro que quería hacer con su futuro, hasta hoy que culmina este trabajo como fruto de una decisión que creo que fue acertada. Sin embargo, he de destacar el apoyo académico y, por encima de todo personal, de mis compañeros y amigos Juan Gay, Manuel Martínez, Antonio Ortega, Francisco Cobo, Manuel Titos o Teresa Ortega. Tampoco quiero dejar de mencionar aquí a los otros becarios del Departamento con los que no solo he compartido congresos y muchas horas de trabajo en nuestra sala “precaria”, sino también cafés, preocupaciones y desazón ante las decisiones de nuestros “queridos” ministros. Ellos son Javi, Pablo, Candela y Nadia.

En segundo lugar, las páginas de esta tesis han tenido la fortuna de contar con los consejos, lecturas, sugerencias y críticas de muchos colegas de profesión que, sin duda alguna, han contribuido a hacerla mejor. No puedo olvidar a gente como Jorge Marco, Goyo Alonso, José Luis Ledesma, Francisco Romero Salvadó, Ana Cabana, Antonio Cazorla, Óscar Rodríguez Barreira o Ismael Saz. Pero también debo recordar la buena

amistad que me une a compañeros como Carlos Fuertes, Daniel Macías o Jorge Ramos. A todos ellos y a otros muchos que seguro se me olvidan, mi más sincero agradecimiento.

En tercer lugar, estoy en deuda con muchas personas que, lejos de ponerme piedras en el camino, me han facilitado mi labor investigadora. No puedo dejar de mencionar a los trabajadores de los archivos que he podido visitar y, en especial, a mis buenos amigos de la Casa de los Tiros de Granada, que me han recibido tantos días y han atendido mis peticiones con gran eficacia y buena disposición. Tampoco puedo olvidar a los entrevistados que, gracias a su disponibilidad y superando el miedo a hablar de sus vidas, constituyen los cimientos de esta investigación. Sin ellos, sin su decisión de excavar en recuerdos desde hace décadas enterrados, no hubiera sido posible redactar estas páginas. Muchas gracias por dar voz a este trabajo.

El escenario de esta tesis es Granada, pero sus páginas están impregnadas de otros lugares que han contribuido a darle forma. Mi estancia de tres meses en Madrid hizo posible la recopilación de material de archivo que fundamenta buena parte de esta investigación. Por ello debo agradecer la amabilidad del profesor Manuel Pérez Ledesma, quien me acogió con cariño desde el primer momento y tuvo a bien orientarme en mi trabajo durante aquellos meses. Igualmente agradecido estoy al profesor Emilio Gentile, quien me ofreció la posibilidad de realizar una estancia en Roma y me dio todo su apoyo para continuar mi investigación en los archivos de la ciudad. Finalmente, quiero agradecer la posibilidad que se me brindó desde el Cañada Blanch for Contemporary Spanish Studies de la LSE, de realizar una estancia el pasado año. Allí no solo recibí una magnífica acogida por parte del profesor Paul Preston, sino por todo el personal del centro y de otros buenos compañeros investigadores, hoy amigos, que me hicieron mucho más fácil mi adaptación a la ciudad y la investigación. A todos ellos muchas gracias.

Los grandes perjudicados en estos años han sido mis amigos y familiares. A ellos les he robado tiempo y les he obligado a interesarse por las actitudes de los ciudadanos corrientes y los apoyos sociales al franquismo, sin que, al menos públicamente, hayan manifestado excesivas reticencias. Por ello, debo agradecerles la paciencia y comprensión que me han demostrado durante estos años y su ayuda para alejar de mi mente, al menos durante unas horas, los grises años de la dictadura. No puedo dejar de recordar el apoyo que mis padres me han dado durante toda la investigación, leyendo partes de este trabajo, soportando mi constante falta de tiempo para todo y animándome

en los momentos más difíciles. Tampoco puedo olvidar a Isa, a la que, en especial estos últimos meses, no le he podido dar todo lo que se merece y que siempre, para lo bueno y para lo malo, ha tenido una frase de ánimo, una sonrisa o una caricia que me ha dado fuerzas para seguir. Pero, de manera especial, quiero recordar a mi abuela, que no ha podido ver esta tesis concluida, pero que es una de las máximas responsables de que estas páginas se hayan escrito.

Finalmente, al tratarse de una tesis doctoral he dejado para el final, aunque no por ello son menos importantes, a mis dos directores de tesis, Miguel Gómez y Miguel Ángel del Arco. Sencillamente, sin ellos, estas páginas jamás hubieran sido escritas. A Miguel, al “jefe”, debo agradecerle su confianza cuando aún era un chaval, su cercanía en lo profesional y en lo personal, sus buenas palabras y su cariño, que es recíproco. A Miguel Ángel, le agradezco su disponibilidad las veinticuatro horas del día, sus constantes consejos, sus “regañinas”, los “capotes” que me ha echado y sus continuos ánimos para terminar una tesis que, para él, también es la primera. Los dos saben que esta tesis ha supuesto un gran esfuerzo, reuniones en cafeterías y despachos, pero, sin ellos, esta tesis, simplemente, no sería.

ABREVIATURAS

AACE: Archivo de Acción Católica Española
AGA: Archivo General de la Administración
AHDG: Archivo Histórico Diocesano de Granada
AHMG: Archivo Histórico Municipal de Granada
AHN: Archivo Histórico Nacional
AHOAC: Archivo de la Hermandad de Acción Católica
AHPCE: Archivo Histórico del Partido Comunista Español.
AHPG: Archivo Histórico Provincial de Granada
AHUG: Archivo Histórico de la Universidad de Granada
AJEC: Archivo de la Juventud Estudiantil Católica
AJOC: Archivo de la Juventud Obrera Católica
AMAEI: Archivo del Ministero de Affari Esteri d'Italia
ARCG: Archivo de la Real Chancillería de Granada
DGS: Dirección General de Seguridad
FCO: Foreign and Commonwealth Office
FNFF: Fundación Nacional Francisco Franco
FO: Foreign Office
TNA: The National Archives

ABSTRACT

Everyday Francoism. Social Supports and Socio-Political Attitudes during Franco's Regime. Granada (1936-1976)

For over forty years, Francoism was present in Spanish life. Ordinary citizens were in daily contact with its institutions, symbols, discourses and politics, adopting heterogeneous and dynamic conducts which contributed in turn to shape the dictatorship. Despite the level of violence and social control displayed by Franco's regime, its birth and consolidation was only possible thanks to the active collaboration of its outstanding social supporters and to the indifference, resignation, apathy or acceptance expressed by an important proportion of ordinary citizens. Only in this way is it possible to explain the duration of Franco's regime for four decades.

In this doctoral thesis I examine the dictatorship from Granada. I consider that it was at the local level where society came into contact with Francoism and where the regime to weave the necessary networks to its establishment and consolidation for so many years. It was there, in the villages and the cities, where ordinary Spaniards entered into state institutions, collaborated with policing agencies in the prosecution of their enemies, helped in putting the dictatorship's fundamental ideas into practice and shaped a daily regime of long duration.

In fact, the extensive trajectory reached by the dictatorship is what makes it necessary to cover Franco's regime as a whole. Only in this way is it possible to appreciate in all its complexity, the decisive role of the citizen's attitudes played in the emergence of the regime, in its stabilization and in its downfall. But also this approach allows me to analyse the resilience shown by Franco's regime throughout its existence. In effect, Francoism was not anything static, but evolved over the years, adjusting its discourses and practices to each public and context, and was able to combine the repressive and social control mechanism with other politics destined for obtaining the consent or the passivity of important social groups.

In short, in this doctoral thesis I try to demonstrate that Francoism was not foreign to Spaniards, but it had abundant social support and the inestimable contribution of an extensive "grey zone", in which it framed the majority of citizens unwilling to join Falange or to defend actively the dictatorship when Franco was dying, but likewise

reluctant to appear openly against the regime or to engage in any action that would cause any alteration of the 'peace' and 'order' predominant during the regime. Only in this way, can we understand that the dictatorship was also built by many ordinary Spaniards, whose attitudes permitted the existence of this system for forty years, precluded its continuity after 1975 and lead the way for the democratic transition.

INTRODUCCIÓN

Me acuerdo de un vecino que tenía radio y escuchaba de noche una emisora extranjera que hablaba contra el régimen [...] Yo era muy torpe para la política y ahí escuché aquello de los rojos y le pregunté a mi padre: “¿Y los rojos por qué son rojos, porque van pintados de rojo o por qué?” Porque yo no veía a nadie de rojo. Y ya mi padre me explicó. Y ya empecé a comprender por qué los unos se distinguían de los otros. Y es que mi padre jamás hablaba delante de nadie de nada de política, jamás.¹

El párrafo con el que se inicia esta introducción no es solamente un fragmento de la experiencia vivida por Concepción a comienzos de los años cincuenta. El testimonio de esta ciudadana corriente es también el reflejo de una sociedad y un régimen. Una sociedad, la española, y un régimen, el franquismo, que se influyeron y moldearon mutuamente durante casi cuarenta años. Se trató, claro está, de una dictadura que se impuso en contra de la voluntad de muchos españoles y que se llevó por delante las vidas de cuantos fueron calificados como “enemigos de España”, de los que no tenían “buenos” antecedentes políticos y de quienes se negaron a transigir con la violencia extrema empleada desde los inicios de la Guerra Civil por los sublevados. Una dictadura que encerró en las cárceles a cientos de miles de ciudadanos que no comulgaban con sus postulados, que privó de sus bienes materiales y de sus trabajos a los derrotados y que humilló y silenció a miles de familias obligándoles a vivir durante años con el estigma de vencidos. Fue un régimen que, encabezado por Francisco Franco, marchó durante unos años en completa sintonía con la Alemania nazi o la Italia fascista, que impuso un rígido control moral a la vida pública y privada de los españoles y que no titubeó a la hora de aplastar cualquier intento por quebrar el modelo nacional creado. Se trató, no debe olvidarse, de una dictadura que murió del mismo modo que nació: reprimiendo a sus enemigos.

Pero la implantación del franquismo no se sustentó únicamente en el terror y la represión ejercida “desde arriba”, sino que, por el contrario, los cimientos del edificio franquista se pusieron “por abajo”, en las ciudades y en los pueblos españoles, donde existieron ciudadanos que, por diversos motivos, prestaron el apoyo necesario para la fundación del nuevo Estado. El régimen se asentaba sobre la represión, el miedo y otros

¹ Entrevista a Concepción, Granada, 10-8-2011.

mecanismos de control social, pero también cobraba vida gracias al respaldo de una parte mayoritaria de los militares, de la Iglesia católica, de la burguesía y los empresarios procedentes del mundo urbano, de los propietarios de tierras que poblaban el agro español y de clases medias que se acomodaron al franquismo. Sin embargo, sus apoyos y opositores activos representaban una porción minoritaria del conjunto de la población. La mayoría era gente corriente, como Concepción, que no participaba en el entramado administrativo del régimen, pero que tampoco formaba parte de quienes luchaban por derribarlo. Ciudadanos de a pie marcados para siempre por el recuerdo de la Guerra Civil o por la dureza de los años de posguerra, amantes de la “normalidad” y de una existencia centrada en su ámbito familiar y en el trabajo, a la espera de una mejora de sus expectativas. Mujeres y hombres, en fin, que permitieron al franquismo durar, pero que no lo sostuvieron cuando se derrumbaba.

Esta tesis doctoral analiza las actitudes sociales de los españoles durante un franquismo. En ella nos ocupamos de quienes apoyaron incondicionalmente al régimen hasta el final de sus días, de quienes fueron víctima de la represión estatal, de aquellos ciudadanos que se refugiaron en el silencio de su vida cotidiana y se despreocuparon del mundo de la política y de los que, aun habiéndose beneficiado del sistema, empezaron a criticar algunos de sus aspectos con el paso del tiempo. Es por ello, que el espacio cronológico en el que nos moveremos en las siguientes páginas no puede ser otro que los cuarenta años que ocupó la dictadura franquista, desde el inicio de la Guerra Civil en 1936, hasta la derrota del proyecto continuista del régimen en 1976. No queremos perder de vista que, al contrario que los regímenes fascistas europeos, el franquismo sobrevivió a la victoria aliada de 1945 en la II Guerra Mundial. Porque tener en cuenta su prolongada duración resulta fundamental para rastrear la naturaleza de sus apoyos sociales, para entender los discursos y prácticas políticas activadas por el régimen en cada momento, para calibrar la importancia de los cambios generacionales producidos y para analizar en profundidad las actitudes ciudadanas y su evolución a lo largo de la dictadura.

Una tarea para la cual se hace necesario restringir el campo de visión si deseamos observar con mayor nitidez aquello que nos interesa. Granada y su provincia serán el hilo conductor de este estudio. Pero Granada no deja de ser un pretexto, un otero desde el que mirar lo que sucedía en el resto del país, más allá de las paredes del Palacio del Pardo. Insistimos: no es este un trabajo de “Historia local”, sino de Historia “desde lo local”, porque se centra en las actitudes cotidianas que únicamente son

observables desde esta perspectiva. Creemos que, de este modo, podremos ofrecer respuestas diferentes e interpretaciones alternativas a la historia de un periodo cada vez más conocido, pero del que falta mucho por saber. Es éste, en líneas generales, el marco desde el cual se tratará de responder a algunas de las preguntas fundamentales que subyacen en las páginas que siguen: ¿cuáles fueron los apoyos sociales del franquismo a lo largo de su existencia?, ¿qué papel jugaron los ciudadanos corrientes al respecto?, ¿cómo se construyó el régimen en las provincias?, ¿qué imposibilitó su continuidad a partir de la muerte de Franco?, ¿cuál fue la relación entre los discursos y políticas estatales y las actitudes sociopolíticas de los españoles? y, en definitiva, ¿qué permitió a la dictadura mantenerse en pie durante tantos años?

1. El estudio de las actitudes ciudadanas y los apoyos sociales en los regímenes dictatoriales

El análisis de los apoyos sociales, las actitudes ciudadanas y la opinión popular bajo regímenes de carácter dictatorial, sean estos de la naturaleza que sean, es una cuestión que, desde hace ya bastante años, ha suscitado la atención de estudiosos de numerosas naciones, atraídos por la incertidumbre a la hora de dar respuesta a los porqués de la estabilidad, perdurabilidad o aceptación social obtenida por sistemas carentes de las mínimas libertades democráticas y frecuentemente marcados por el uso cotidiano de la represión y el establecimiento de mecanismos de control social sobre la población. El hecho de que sean cada vez más los especialistas que han realizado las mismas preguntas no solo ha mejorado de manera incontestable nuestro conocimiento sobre la manera en que se establecieron, sustentaron y cayeron los regímenes dictatoriales a lo largo del siglo XX, sino que ha permitido detectar una serie de problemas comunes en el examen del espinoso terreno de las actitudes y comportamientos sociales observables bajo este tipo de regímenes. Pero, antes de poner nuestra mirada en los logros y desafíos que actualmente se encuentran planteados, parece conveniente realizar un recorrido sucinto por la evolución experimentada por este tipo de estudios.²

² Ha sido Ian Kershaw el que ha destacado el movimiento pendular de la historiografía y cómo ha habido momentos en que se ha puesto un mayor énfasis en los mecanismos represivos y otros en la capacidad de atracción por parte de las dictaduras: KERSHAW, Ian. “Consensus, Coercion and Popular Opinion in the

Fue Renzo de Felice quien, en sus estudios sobre la *Italia fascista*, abrió la “caja de pandora” al defender en su magna biografía sobre Mussolini la presencia de un “consenso” amplio entre los italianos y el régimen durante determinadas etapas de su existencia. Concretamente, el historiador italiano afirmaba que, en el periodo comprendido entre 1924 y 1939, había existido un gran apoyo y solidaridad con la obra de Mussolini, al entender que se correspondía con el bien de Italia. Para él, los grandes salarios ofrecidos por el Estado fascista, la mayor preocupación por las cuestiones económicas que por las políticas entre los italianos y el nuevo espíritu de colaboración creado por la crisis económica, resultaron claves en el establecimiento del consenso.³ Las controvertidas tesis de Renzo De Felice realizaron dos importantes aportaciones al estudio del pasado italiano: cuestionaron el mito de la resistencia antifascista y una interpretación basada en la existencia de un régimen ajeno a los italianos que les habría sido impuesto mediante la fuerza por una minoría de fanáticos.⁴ Los argumentos de De Felice contribuyeron a que muchos estudiosos se preguntaran por cuáles eran los aspectos del fascismo italiano que habían hecho posible concitar tal grado de apoyo popular. Al respecto, fue Emilio Gentile el principal defensor de la existencia de una auténtica ideología fascista fundada sobre un poderoso pensamiento mítico, ultranacionalista y palingenésico que, valiéndose de elementos tales como la apelación a la regeneración nacional, la sacralización de la política y el liderazgo carismático de Mussolini, habría arraigado en muchos italianos contribuyendo a su conversión en fascistas.⁵

De un lado, las teorías expuestas por De Felice no han cesado de recibir críticas desde diversos sectores de la historiografía dedicada al estudio del fascismo italiano. En concreto, el eminente historiador italiano fue acusado de revisionismo y de minimizar

Third Reich: Some reflections”, en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 33-46.

³ Sus tesis pueden verse fundamentalmente en: DE FELICE, Renzo. *Mussolini il Duce: Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, Einaudi y en *Interpretazioni sul fascismo*. Roma-Bari, Laterza, 1969. Véanse COLARIZI, Simona. *L'opinione degli italiani sotto il Regime, 1929-1943*. Bari, Laterza, 1991; y CORNER, Paul. “Fascist Italy in the 1930s: Popular Opinion in the Provinces” en id. (ed.). *Popular opinion... Op. Cit.*, pp. 122-146.

⁴ *Ibid.* pp. 122-124; COBO ROMERO, Francisco. “Opinión popular y actitudes sociales en los regímenes totalitarios y fascistas de la Europa de Entreguerras, 1919-1945. Un recorrido historiográfico”, *Alcores*, 9, 2010; pp. 238-239 y GENTILE, Emilio. “Renzo de Felice: a tribute”, *Journal of Contemporary History*, 32:2, 1997, pp. 139-151.

⁵ Véase fundamentalmente: GENTILE, Emilio. “Fascism as Political Religion”, *Journal of Contemporary History*, 25 (2-3-), 1990, pp. 229-251 y *El culto del littorio. La sacralización de la política fascista*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. En esta misma línea: FALASCA-ZAMPONI, Simonetta. *Fascist Spectacle. The aesthetics of power in Mussolini's Italy*. Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 1997.

tanto las actitudes contrarias al régimen como el impacto del control policial y la represión en la obtención de lo que él denominaba como “consenso”.⁶ Así, algunos de los trabajos más recientes han vuelto a poner el énfasis en las resistencias y el rechazo al fascismo entre una parte de la población y en la capacidad de éste para penetrar en la vida privada gracias a una red capilar de instituciones encargadas de controlar la cotidianeidad de los italianos de a pie.⁷ Del otro lado, a Gentile se le achacó una falta de constatación empírica relativa a la fascinación que por el fenómeno fascista pudieron sentir muchos italianos durante el periodo de entreguerras.⁸ Al margen de las implicaciones políticas del debate y de algunas críticas injustificadas, en el fondo estaban latiendo preguntas cruciales para el desentrañamiento de las actitudes ciudadanas durante la época fascista. Así, muchos estudiosos de la Italia de Mussolini, aun valorando la distinción realizada por De Felice entre consenso activo y pasivo y las aportaciones de Gentile al estudio de la ideología fascista, empezaron a percibir la escasez de las categorías analíticas necesarias para englobar las heterogéneas actitudes observables entre el pueblo italiano o la necesidad de comprobar a nivel local la influencia de la cultura fascista.⁹

De manera similar, en la *Alemania nazi*, desde finales de los años sesenta del siglo XX, se criticaron las interpretaciones en las que la población aparecía como un sujeto pasivo víctima de la represión y la manipulación realizada por Hitler y su partido.¹⁰ Diversas investigaciones comenzaron a poner el acento sobre la “experiencia de guerra” y el discurso regenerador adoptado por los nazis, el liderazgo carismático de Hitler o las motivaciones que llevaron al NSDAP a obtener un nada despreciable

⁶ El debate suscitado por las propuestas de De Felice ha sido muy importante. Véase por ejemplo: PAINTER, Borden W. “Renzo de Felice and The Historiography of Italian Fascism”, *The American Historical Review*, 95 (2), 1990, pp. 391-405; PREVOST, Jean-Guy. “Totalitarianism and Fascist Italy: a Review Essay”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 10:3-4), 2009, pp. 331-369; SANTOMASSIMO, Gianpasquale. “Renzo de Felice e il fantasma di Mussolini”, *Passato e Presente*, 43, 1998, pp. 121-149.

⁷ Consúltense: BOSWORTH, Richard J. “Everyday Mussolinism: Friends, Family, Locality and Violence in Fascist Italy”, *Contemporary European History*, 14 (1), 2005, pp. 23-43; CORNER, Paul. “Whatever happened to Dictatorship?”, *The Journal of Modern History*, 74 (2), 2002, pp. 325-351; y del mismo autor: “Fascismo e controllo sociale”, *Italia Contemporanea*, 228, 2002, pp. 381-405.

⁸ Algunas de las críticas a Gentile en: ABSE, Tobias. “Italian Fascism: Political Religion, Political Ritual or Political Spectacle? Emilio Gentile and his Critics”, *South European Society and Politics*, 3:2, 1998, pp. 142-150.

⁹ PAVONE, Claudio. “Caratteri ed eredità della ‘zona grigia’”, *Passato e presente*, 43, 1998, pp. 5-12; MORGAN, Philip. “The year of consent? Popular attitudes and resistance to Fascism in Italy, 1925-1940”, en KIRK, Tim y McELLAGOTT, Anthony (eds.). *Opposing Fascism: Community, authority and resistance in Europe*. Nueva York, Cambridge University Press, 1999, pp. 163-179; WOO KIM, Yoo. “From ‘Consensus Studies’ to History of Subjectivity: Some Considerations on Recent Historiography on Italian Fascism”, *Totalitarian Movements and Political Religion*, 10:3, 2009, pp. 327-337.

¹⁰ Ver KERSHAW, Ian. “Consensus, Coercion...”, Op. Cit.

respaldo popular en las votaciones anteriores a su llegada al poder.¹¹ Igualmente sugerentes resultaron las investigaciones centradas en la colaboración de los ciudadanos corrientes en las prácticas de control social y represión dirigidas desde el Estado, o en el apoyo otorgado a la legislación racial antisemita, algunas de las cuales crearon acaloradas discusiones historiográficas.¹² Pero, al igual que en el caso italiano, algunos estudiosos empezaron a mostrar la mayor complejidad de las actitudes registradas entre los alemanes corrientes durante la etapa hitleriana. Así, los integrantes del denominado “Proyecto Baviera” centraron su atención en los diversos tipos de conductas contrarias al régimen nazi, acuñando el término de *resistenz*, para esbozar actitudes que sin llegar a ser de plena oposición hacia el nazismo, sí que suponían una desviación de los postulados marcados “desde arriba”, mediante el aprovechamiento de los espacios no ocupados por el Estado.¹³

La difícil medición de las actitudes sociales ha quedado puesta de manifiesto en las divisiones experimentadas en la historiografía sobre el nazismo en los últimos años. De esta manera, mientras algunos trabajos han insistido en el éxito alcanzado por el régimen nazi en la búsqueda de un “consenso ideológico” y en el establecimiento de sentimientos de auto-identificación en torno a una comunidad política compartida, otros estudios han puesto el acento en el predominio de una aceptación social limitada y basada en beneficios materiales y en la existencia de actitudes de acomodamiento a determinadas situaciones que, especialmente con el comienzo de la II Guerra Mundial, se tradujeron en un desapego hacia el régimen.¹⁴ Tales interpretaciones no solo

¹¹ Véase MOSSE, George L. “The Genesis of Fascism”, *Journal of Contemporary History*, 1:1, 1966, pp. 14-26; y su obra: *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid, Marcial Pons, 2005. Sobre el liderazgo carismático: KERSHAW, Ian. “Working Towards the Führer. Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship”, *Contemporary European History*, 2 (2), 1993, pp. 103-119; id. *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*. Barcelona, Paidós, 2003 Y sobre el apoyo electoral al nazismo: CHILDERS, Thomas. *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1939*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1983.

¹² Sobre la participación en la delación citemos dos trabajos: GELLATELY, Robert. *La Gestapo y la sociedad alemana. La política racial nazi (1933-1945)*, Barcelona, Paidós, 2004, (1990); y *No sólo Hitler. La Alemania Nazi entre la coacción y el consenso*. Barcelona, Crítica, 2002; la controversia más evidente fue suscitada por la obra: GOLDHAGEN, Daniel. *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Madrid, Taurus, 1997; véase ELEY, Geoff (ed.). *The ‘Goldhagen effect’. History, Memory, Nazism. Facing the German Past*. Michigan, The Michigan University Press, 2000; sobre la cuestión judía: VON KULKA, Otto. “Popular Opinion in Nazi Germany as a Factor or the Solution of the Jewish Question: The Nuremberg Laws and the *Reichskristallnacht*” en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion... Op. Cit.*, pp. 81-106.

¹³ Véase KERSHAW, Ian. *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de investigación*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 245-285;

¹⁴ Un predominio de los elementos “culturales” en la reciente obra de: FRITZSCHE, Peter, *Life and Death in the Third Reich*. Cambridge Mass, The Belknap Press of Harvard University Press, 2008;

redundan en la dificultad de aprehender las actitudes de los ciudadanos, sino también en la necesidad de tener en cuenta las diferentes etapas y coyunturas en las que éstas son medidas por los historiadores.

Junto a los dos grandes regímenes fascistas de la Europa de Entreguerras, quizás hayan sido los estudios dedicados a la *Rusia estalinista*, los más preocupados en el análisis de las actitudes ciudadanas y los apoyos sociales a la dictadura.¹⁵ Desmontados aquellos paradigmas que interpretaban la dictadura soviética como un régimen completamente impuesto sobre los ciudadanos mediante el uso del terror, aparecieron nuevas perspectivas que se interesaron por el examen de la opinión popular, la participación de la población en el control social y en las tareas de represión, la obtención de un considerable apoyo entre algunos sectores sociales beneficiados por las políticas estalinistas, o la eficacia de los elementos simbólicos y culturales para generar aceptación social entre los ciudadanos.¹⁶ Aunque algunas de estas tesis han sido convenientemente matizadas por trabajos que han recordado la capacidad de coerción de la dictadura de la URSS y la existencia de importantes segmentos poblacionales reacios al estalinismo, los estudiosos del tema han continuado prestando su atención a los mecanismos empleados por el Estado para la búsqueda de un consenso social y han tratado de descifrar las actitudes de la sociedad soviética durante esos años. Ello ha permitido que, pese a las precauciones necesarias que deben ser adoptadas al comparar el estalinismo con los regímenes fascistas, los investigadores hayan encontrado problemas similares de fuentes y conceptos a los de sus colegas italianos o alemanes.¹⁷

Al margen de las tres “grandes” dictaduras del siglo XX, no debemos dejar de subrayar la importancia que el estudio de los apoyos sociales y la opinión popular ha

una interpretación opuesta en: ALY, Götz. *Hitler's Beneficiaries. How the Nazis Bought the German People*, London, Verso, 2007; y STEPHENSON, Jil. “Popular opinion in Nazi Germany: Mobilization, Experience and Perceptions: The View from the Württemberg Countryside”, en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion... Op. Cit.*, pp. 107-121. Sobre estas diferentes líneas véase COBO ROMERO, Francisco. “Los apoyos sociales a los regímenes fascistas y totalitarios de la Europa de entreguerras. Un estudio comparado”, *Historia Social*, 71, 2011, pp. 76-81.

¹⁵ Véase FITZPATRICK, Sheila. “Popular Opinion in Russia Under Pre-War Stalinism” en CORNER, Paul (ed.). *Popular opinión... Op. Cit.*, pp. 17-32. Véase también COBO ROMERO, Francisco. “Opinión popular y actitudes...”, *Op. Cit.*, pp. 246-257.

¹⁶ FITZPATRICK, Sheila. *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 1999; MANNING, Robert T. “State and Society in Stalinist Russia”, *Russian Review*, 46:4, 1987, pp. 407-411; La importancia de los elementos culturales en: KOTKIN; Stephen. *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*. Los Ángeles y Londres, Berkeley, 1995.

¹⁷ DAVIES, Sarah. *Popular Opinion in Stalin's Russia. Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*. Cambridge, Cambridge University Press, 1997; PLAMPER, Jan. “Beyond Binaries: Popular Opinion in Stalinism”, en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion... Op. Cit.*, pp. 64-80; y del mismo autor *The Stalin cult. A Study in the Alchemy of Power*. New Haven, Yale University Press, 2012.

tenido o está empezando a tener para los investigadores de otros regímenes no democráticos establecidos durante aquellos años. Citando solo algunos ejemplos, ha de señalarse el interés que los estudiosos de la *Francia de Vichy* han demostrado en torno a cuestiones como la colaboración de la población en la persecución de los judíos, las heterogéneas actitudes y conductas mostradas por los ciudadanos franceses o el desarrollo de la vida cotidiana bajo la ocupación nazi.¹⁸ Igualmente, deben mencionarse las recientes aportaciones realizadas para el estudio de la *República Democrática Alemana*, que han evidenciado la necesidad de entender que no todo se redujo al control social establecido por el Partido Socialista Unificado y a la incansable labor policial de la Stasi. Nuevos enfoques han puesto el acento en elementos tales como el empleo de mecanismos de asistencia social para incrementar la aceptación popular, la colaboración de intermediarios y ciudadanos corrientes en la represión de sus vecinos, la importancia de los elementos “culturales” y la inadecuación de entender al Estado y a la sociedad alemana como dos compartimentos estancos.¹⁹ Pero tampoco debemos olvidar los avances impulsados fuera del continente europeo por los estudios de las actitudes sociales y los apoyos recabados por las dictaduras. Destaquemos de manera especial los incipientes estudios realizados durante los últimos años para la *dictadura militar argentina de Videla*, que han subrayado la capacidad de la misma para generar apoyos sociales merced a la utilización de los valores del orden, la religión o el nacionalismo argentino, así como los efectos desmovilizadores obtenidos gracias al uso de instrumentos represivos y de control social sobre la población.²⁰

En definitiva, aunque los estudios sobre actitudes políticas bajo regímenes dictatoriales se encuentran polarizados entre quienes dan mayor peso a la coacción y la represión en el control de la población y quienes insisten en la importancia del respaldo social recibido por estos regímenes, lo cierto es que todos están de acuerdo en unos

¹⁸ MARRUS, Michael y PAXTON, Robert O. *Vichy France and the Jews*, Stanford, Stanford University Press, 1995 [1981]; PAXTON, Robert O. *Vichy France: Old War and New Order, 1940-1944*. Nueva York, Columbia University Press, 2001; FOGG, Shannon L. *The Politics of Everyday Life in Vichy France: Foreigners, Undesirables and Strangers*. Nueva York, Cambridge University Press, 2009; y BURRIN, Philippe. *Francia bajo la ocupación nazi, 1940-1944*. Barcelona, Paidós, 2003.

¹⁹ Consúltense por ejemplo: FULBROOK, Mary. *Anatomy of a Dictatorship. Inside the GDR, 1949-1999*, Oxford, Oxford University Press, 1995, especialmente pp. 57 y ss.; y de la misma autora “Embodying the Self: Gestures and Dictatorship in Twentieth-Century Germany”, *Past and Present*, Suplemento 4, 2009, pp. 257-279.; y sobre todo la obra colectiva: JARAUSCH, Konrad H (ed.). *Dictatorship as Experience. Towards a Sociocultural History of the GDR*. Oxford, Bergham Books, 1999.

²⁰ LUCIANI, Laura. “Actitudes y comportamientos sociales durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983). Algunas consideraciones respecto de cómo analizar la compleja trama entre el régimen y sociedad”, *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, 3, 2009, pp. 1-21; y LVOVICH, Daniel. “Sistema político y actitudes sociales en la legitimación de la dictadura militar argentina (1976-1983)”, *Ayer*, 75, 2009, pp. 275-299.

mínimos. De este modo, tanto los que privilegian la importancia del miedo, como quienes priorizan la capacidad de atracción de las dictaduras, comparten la idea de que la coacción y la represión convivieron con importantes grados de aceptación social y consentimiento fundamentales para el sostenimiento de estos regímenes.

2. Los apoyos sociales al franquismo y las actitudes de los españoles: balance y carencias

Alentados por las sugerentes teorías de Renzo de Felice, los historiadores españoles se interesaron desde finales de los ochenta por la cuestión de los apoyos sociales disfrutados por el régimen de Franco y se interpelaron acerca de las actitudes de los ciudadanos corrientes durante los cuarenta años de dictadura. No faltaron, ni faltan actualmente, quienes esgrimieron como única causa explicativa de la larga duración del régimen el ininterrumpido ejercicio de la represión por parte del Estado. Tampoco fue escaso el peso de las interpretaciones realizadas en clave antifascista, sustentadas sobre aquellos parámetros ideológicos en los que se había movido la oposición a la dictadura, que consideraban al franquismo como un movimiento bárbaro y antimoderno o como un sistema reaccionario y sin ideología impuesto a la fuerza sobre la totalidad de la población española.²¹ Sin embargo, que el régimen se mantuviera en pie durante cuatro décadas, provocó el surgimiento de nuevos enfoques que acertadamente apuntaban a la imposibilidad de haber sustentado su permanencia sobre el uso exclusivo de los mecanismos represivos. En 1987, se calibró la validez de las teorías aportadas por la historiografía italiana capitaneada por Renzo de Felice y se detectaron los primeros problemas para la aplicación de una visión dicotómica como la ofrecida por éste en su trabajo sobre el fascismo. Para solventar dichos escollos, Javier Moreno Luzón propuso, pocos años más tarde, la aplicación de categorías politológicas que permitieran recoger un mayor abanico de actitudes que las contenidas bajo los términos de “consenso” y “oposición”. En este sentido, distinguió entre el apoyo conseguido mediante coacción y represión, el apoyo difuso logrado mediante la satisfacción de las necesidades simbólicas y el apoyo específico referido a la participación del pueblo en el Estado.²²

²¹ Véase: ORTIZ HERAS, Manuel. “Historia Social de la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles”, *Spagna Contemporanea*, 28, 2005, p. 169

²² Véase RIQUER, Borja. “Rebuig passivitat i suport. Actituds polítiques catalanes davant el primer franquisme (1939-1950)” en VV. AA. *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*,

Abierta la veda, nuevos foros de debate dieron forma a publicaciones específicamente centradas en las actitudes individuales y colectivas durante la dictadura franquista, como las elaboradas desde la Universidad de Castilla-La Mancha a inicios de los años noventa o las recogidas en los Encuentros de Investigadores del franquismo desde 1992. Paralelamente, empezó a esbozarse el perfil de los apoyos sociales cosechados por la dictadura. Los propietarios, las burguesías vasca y catalana y las clases medias católicas fueron señalados como el grueso de ese respaldo social.²³ Del mismo modo, los avances experimentados en otras historiografías extranjeras, especialmente la italiana, siguieron despertando la atención de los estudiosos del franquismo en España y, fruto de ello, resultaron algunos artículos comparados que, aun divergiendo en la aplicación del concepto de “consenso” para la medición de las actitudes ciudadanas durante el régimen, aportaron importantes matices y advirtieron de los peligros de extrapolar los modelos teóricos utilizados en otras historiografías, quizá sin tener demasiado en cuenta las peculiaridades características del régimen franquista.²⁴

Sin embargo, tan sugerentes propuestas eran meras hipótesis de trabajo, que requerían una profunda y documentada comprobación empírica. Las respuestas llegaron en 1999 de la mano del denominado *Proyecto Valencia*, en el que se recogieron una serie de estudios de historia local, inspirados en la historia “desde abajo” británica, la *Altsgeschichte* alemana y la microhistoria italiana. Los trabajos de Ismael Saz, J. Alberto Gómez Roda y Ramiro Reig, entre otros, trataron de sintetizar los problemas inherentes al estudio de las actitudes sociales en el franquismo, aportar nuevas propuestas para su resolución y ofrecer estudios de caso, donde quedaba puesto de manifiesto la variabilidad de los comportamientos de los españoles y la dificultad de interpretar las relaciones entre régimen y sociedad. Poco después, las investigaciones de Jordi Font para el caso de Girona confirmaron las potencialidades existentes en las fuentes orales para el análisis de las actitudes sociopolíticas y la necesidad de aumentar

Barcelona, Crítica, 1990, pp. 179-193; y MORENO LUZÓN, Javier. “El estudio de los apoyos sociales al franquismo: una propuesta metodológica”, en CASTILLO, Santiago. (coord.). *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 541-543.

²³ SÁNCHEZ, Isidoro; ORTIZ HERAS, Manuel y RUIZ, David (coords.), *España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Villarobledo, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1993; *Actas del I Encuentro de Investigadores del franquismo*, Barcelona, FCG-UAB, 1992; y MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. *El regim franquista: feixisme, modernització i consens*. Vic, S. Eumo Editorial-Universidad, 2003 [1992], pp. 97-100..

²⁴ CALVO VICENTE, Cándida. “El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista”, *Spagna Contemporanea*, 7, 1999, pp. 141-158; y CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. “Sobre el primer Franquismo y la extensión de su apoyo popular”, *Historia y Política*, 8, 2002, pp. 303-319.

la lente y mirar a “lo local” para verlas con mayor nitidez y precisión. Font además aportaba nuevas categorías analíticas –adhesión sin condiciones, adhesión con divergencias políticas y morales, pasividad condescendiente, indiferencia aprobatoria, desmovilización política y social, acomodamiento o disentimiento– que ahondaban más si cabe en la complejidad de las actitudes ciudadanas.²⁵

Si a finales del pasado siglo Carme Molinero y Pere Ysàs afirmaban que el balance de la historia social de la época franquista era pobre, a nuestro juicio, hoy no lo es tanto. Gracias al notorio aumento de los estudios locales durante la última década, a la mayor atención prestada a los avances realizados en este campo por otras historiografías extranjeras, y a las notables contribuciones realizadas por la nueva historia política, los estudios culturales o la historia sociocultural, se puede afirmar que actualmente contamos con una panorámica mucho más completa para conocer el funcionamiento social del franquismo.²⁶ Y en este notable avance han sido decisivas las incursiones realizadas en dos campos que, en muchas ocasiones, han aparecido entrelazados: el estudio de los apoyos sociales y el análisis de las actitudes de la población.

De una parte, han sido muchos los historiadores que, durante la última década, se han preguntado acerca de quiénes constituyeron las bases sociales que permitieron a los sublevados derribar por la fuerza la II República y fundar un régimen de tan longeva vida. Mirar a lo sucedido en la etapa republicana se convirtió en la clave para poder observar las fracturas, enfrentamientos y disputas que fueron dando forma a una serie de grupos humanos que, independientemente de su extracción social, empezaron a asumir ideas antiizquierdistas, antidemocráticas y/o antirrepublicanas. Esta decisiva mirada sobre la II República arrinconó aquellas posturas que interpretaban la Guerra Civil como una lucha de pobres contra ricos. De este modo el análisis de los apoyos sociales del régimen ha experimentado un salto cualitativo y cuantitativo de importancia debido,

²⁵ El “proyecto Valencia” en SAZ CAMPOS, Ismael y GÓMEZ RODA, J. Alberto (eds.). *El franquismo en Valencia: Formas de Vida y actitudes cotidianas en la posguerra*. Valencia, Episteme, 1999; REIG, Ramiro. “Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)”, *Afers*, 22, 1995, pp. 459-491; el estudio sobre Girona en: FONT, Jordi. *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001, tesis luego extraordinariamente sintetizadas en FONT, Jordi. “Nosotros no nos cuidábamos de la política”. Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959”, *Historia Social*, 49, 2004, pp. 49-56.

²⁶ MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. “La historia social de la época franquista. Una aproximación”, *Historia Social*, 30, 1998, pp. 133-154; ORTIZ HERAS, Manuel, “Historia social de la dictadura...”, Op. Cit. pp. 169-185; y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “Se hace camino al andar”. Balance historiográfico y nuevas propuestas de investigación sobre la dictadura franquista”, *Ayer*, 63, 2006 pp. 259-278.

en primer lugar, a trabajos de historia comparada, que señalaron las similitudes y diferencias en el respaldo social recibido en sus orígenes por el franquismo y otros como las dictaduras de Hitler y Mussolini.²⁷ Pero también, por estudios concretos sobre el personal político que compuso las gestoras locales y provinciales y sobre la efectividad de las políticas impulsadas por el régimen para lograr la aceptación o “consenso” de importantes sectores sociales.²⁸

De otra parte, la primera década del siglo XXI ha resultado muy prolífica en lo referente al conocimiento de las actitudes de los españoles durante la dictadura franquista. En primer lugar, conocemos mejor la capacidad movilizadora que los discursos elaborados “desde arriba” pudieron tener, especialmente durante la Guerra Civil, entre algunos sectores de la población, los efectos causados por las políticas sociales franquistas sobre los ciudadanos, o los beneficios obtenidos por muchos individuos gracias a su participación en las instituciones del Estado o a su privilegiado acceso a determinados espacios en tiempos marcados por el hambre y la miseria.²⁹ En segundo lugar, sabemos más acerca de la participación de los ciudadanos corrientes en la represión franquista, mediante la colaboración, intercesión, persecución y delación de sus vecinos. Diversos trabajos locales han convertido en realidad lo que eran intuiciones sobre la implicación social en las prácticas represivas y han tratado de descifrar las heterogéneas motivaciones que impulsaron a muchos españoles a colaborar con el Estado en el castigo de sus “enemigos”.³⁰ Y, en tercer lugar, son mejor conocidos

²⁷ MORENO FONSERET, Roque y SEVILLANO CALERO, Francisco. “Los orígenes sociales del franquismo”, *Hispania*, 205, 2000, pp. 703-724; y de COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen y la composición de los poderes locales, Andalucía, 1936-1948”, *Historia Social*, 51, 2005, pp. 49-71.

²⁸ Sirvan como ejemplo: CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Madrid, Marcial Pons, 2000; COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*. Granada, Universidad, 2005; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. ‘Hambre de siglos’. *Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1939)*. Granada, Comares, 2007. y SANZ HOYA, Julián. *La construcción de la dictadura franquista en Cantabria. Instituciones, personal político y apoyos sociales (1937-1951)*. Santander, Universidad de Cantabria, 2009.

²⁹ Para los discursos movilizadores: NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid, Marcial Pons, 2006; la eficacia de las políticas sociales en MOLINERO, Carme. “La política social del régimen franquista. Una asignatura pendiente de la historiografía”, *Ayer*, 50, 2003, pp. 319-331; GÓMEZ OLIVER, Miguel y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “El estraperlo: forma de resistencia y arma de represión en el primer franquismo”, *Studia Histórica: Historia Contemporánea*, 23, 2005, pp. 179-199; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ANDERSON, Peter. “Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos. Represión y apoyos sociales en el franquismo (1936-1951)”, *Historia Social*, 71, 2011, pp. 125-142.

³⁰ MIR, Conxita. *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*. Lleida, Ediciones Milenio, 2000; CENARRO, Ángela, “Matar, vigilar y delatar: La quiebra de la sociedad

los espacios de descontento y de resistencia simbólica generados por los propios ciudadanos como mecanismo de rechazo a los potentes instrumentos de control social manejados por el franquismo.³¹

Pese a que la historiografía española no se ha quedado rezagada en lo referente al estudio de los apoyos sociales y las actitudes de los ciudadanos bajo regímenes dictatoriales, y a pesar de los notables progresos realizados durante los últimos años en este campo, siguen persistiendo importantes lagunas que impiden el conocimiento de la época franquista en toda su complejidad. Aún hoy, continúa siendo evidente el desequilibrio entre los libros y artículos dedicados a la Guerra Civil y los años cuarenta y los dedicados a los veinticinco años finales de la dictadura. Cuestiones como la represión de la posguerra o la oposición antifranquista en los años finales del régimen siguen contando hoy con más páginas que los estudios dedicados a la forma en que se estableció la relación entre Estado y sociedad y el continuo “diálogo” entablado entre pueblo y régimen a través de diferentes canales.³² Sin duda alguna, no debe ser menospreciado el esfuerzo de recientes trabajos por subsanar estas carencias. Nuevas investigaciones han permitido acercarse con mayor precisión al funcionamiento de las comunidades locales durante los cuarenta, a las formas en que los ciudadanos reaccionaron ante las políticas y discursos producidos “desde arriba”, o al resquebrajamiento de la estabilidad del régimen más allá de las luchas políticas libradas en las altas esferas políticas.³³ Pero, en general, son todavía insuficientes las investigaciones centradas en los apoyos del régimen más allá de las fronteras de la

civil durante la guerra y posguerra en España (1936-1948)”, *Historia Social*, 44, 2002 pp. 65-86; GIL ANDRÉS, Carlos. “Vecinos contra vecinos. La violencia en la retaguardia riojana durante la Guerra Civil”, *Historia y Política*, 16, 2006, pp. 109-130; y ANDERSON, Peter. *The Francoist Military Trials: Terror and Complicity 1939-1945*. Londres, Routledge y Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, 2010.

³¹ Véase especialmente CABANA, Ana. “Passive Resistance. Notes for a more complete understanding of the resistance practices of the rural population during the Franco dictatorship”, *Amnis*, 9, 2010, <http://amnis.revues.org/265>; y RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. *Migas con miedo. Prácticas de Resistencia en el primer franquismo*. Almería, Universidad de Almería, 2008.

³² Algunas de estas cuestiones ya fueron señaladas por MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. “La historia social...”, Op. Cit., pp. 133-134; y RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. “La historiografía local y social del franquismo en la democracia, 1976-2003”, *Historia Social*, 56, 2006, pp. 153-175.

³³ Además de algunas obras ya citadas, merecen ser destacadas en lo referente a la relación estado-sociedad en el primer franquismo: CABANA, Ana. *Xente de orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia*. Santiago de Compostela, TresCtres editores, 2009; LEÓN ÁLVAREZ, Aarón. *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*. Santa Cruz de Tenerife, Idea, 2008. Para el segundo franquismo véase por ejemplo: MARTÍN GARCÍA, Óscar. *A tientas con la democracia. Movilización y actitudes de cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008; CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. *Fear and progress. Ordinary Lives in Franco's Spain*. Oxford, Wiley-Blackwell, 2010; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “El secreto del consenso en el régimen franquista. Cultura de la victoria, represión y hambre” *Ayer*, 76, 2009, pp. 245-268.

posguerra, son pocos quienes se han preguntado por la evolución de las actitudes sociales a lo largo del franquismo y resulta desalentador el escaso peso que los años cincuenta ocupan en las monografías dedicadas al franquismo, siendo en muchas ocasiones abordado de manera imprecisa y somera, pese a la importancia de los cambios operados durante la década. Por todo ello, es pertinente hacer algunas aclaraciones acerca de los marcos teóricos, las fuentes utilizadas y principales preguntas de las que parte el presente trabajo.

3. Metodología, fuentes y reflexiones: ¿cómo calibrar las actitudes sociales durante el franquismo?

Extrapolando al caso español la afirmación que realizara el historiador británico Ian Kershaw para referirse a la Alemania de Hitler, para aquellos que sufrieron en sus carnes la represión franquista (o incluso para quienes fueron testigos de la misma), las elucubraciones realizadas por los historiadores pueden parecer cruelmente distantes.³⁴ Y, sin embargo, para explicar la instauración, la consolidación, la descomposición y la perdurabilidad del régimen de Franco, se hace necesario adentrarse en las actitudes y los comportamientos individuales y colectivos, en el ámbito de las percepciones y los sentimientos, en los discursos y de las experiencias, y en lo que, en definitiva, constituye el campo de la cultura entendida en sentido amplio, donde lo social, lo político o lo religioso están continuamente presentes. Sólo de esta forma podemos dar respuesta a las principales preguntas que subyacen en estas páginas.

Como hace ya más de medio siglo recordaba Raymond Williams, lo atractivo de la noción de cultura es su propia indefinición y la yuxtaposición de significados que se entremezclan, otorgando al concepto una gran flexibilidad que lo provee de enormes posibilidades. La cultura aparece delimitada por contornos imprecisos, borrosos, que no permiten entenderla como un compartimento cerrado, sino como un elemento cargado de dinamismo, que evoluciona, se transforma y cambia de composición continuamente.³⁵ De esta manera, el término abarcaría no solo la “alta cultura” y la “cultura popular”, sino los modos de vida, lenguajes, textos, estructuras o instituciones de poder. Manejamos una concepción abierta de la cultura, que nos permite definirla en

³⁴ KERSHAW, Ian. *La dictadura nazi... Op. Cit.*, p. 246.

³⁵ WILLIAMS, Raymond. *Culture and Society*. Nueva York, Columbia University Press, 1958, pp. XIV-XV. Véase también WOLFF, Eric. “Culture: Panacea or Problem?”, *American Antiquity*, 49:2, 1984, pp. 393-400.

términos de actitudes, valores y significados compartidos.³⁶ Pero, sobre todo, entenderla como un terreno de lucha, de diálogo y de negociación constante, donde la política asume un papel protagonista. La cultura quedaría así enmarcada en medio de unas fluctuantes y dinámicas relaciones de poder en las que participarían, de un lado, los discursos y prácticas producidos desde el Estado y sus instituciones y, de otro, los recursos culturales empleados por la población para dotar de significado e interpretar el mundo que les rodea. Por ello, no solo es necesario atender a la recepción social de los discursos emitidos “desde arriba”, sino comprender que estos también son coproducidos “desde abajo”, por los individuos, puesto que, al fin y al cabo, Estado y sociedad no son “universos acotados”, sino entidades que se entremezclan permanentemente en la indefinida y amplia esfera de lo político.³⁷ Es aquí, donde los nuevos enfoques sobre la “cultura política” pueden resultar atractivos a la hora de conocer las pautas de identificación de un individuo con un grupo o la manera en que se forman, tanto a través de tradiciones precedentes como de la propia experiencia, un conjunto de percepciones compartidas en torno a una serie de postulados –como la nación, la religión o el modelo de Estado– que forman parte del terreno de “lo político”.³⁸

En la perspectiva adoptada en este trabajo han resultado enormemente alentadoras las teorizaciones realizadas por la “nueva historia cultural”, así como las aportaciones que, surgidas en otras disciplinas –Lingüística, Antropología, Politología o Sociología–, han sido asumidas por los historiadores, enriqueciendo considerablemente sus trabajos. Numerosas investigaciones han puesto de relieve la necesidad de tener en cuenta elementos tales como los procesos de construcción de las identidades individuales y colectivas, la forma en que los individuos se valen de categorías para aprehender la realidad o la importancia de analizar las “rejillas mentales” por las cuales los sujetos procesan la información. En este sentido nociones como “representación simbólica”, “imaginario colectivo” o “habitus”, inciden en un conjunto de esquemas y

³⁶ ELEY, Geoff. “What is Cultural History?”, *New German Critique*, 65, 1995, pp. 19-36; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Un paso más allá de la historia cultural: los *Cultural Studies*”, en ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a (coord.). *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, UGR-PUZ, 2007, pp. 259-285; BURKE, Peter. *Formas de historia cultural*. Madrid, Alianza, 2000.

³⁷ La centralidad de la política fue reclamada por JUDT, Tony. “A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians”, *History Workshop*, 7, 1976, pp. 66-94, especialmente p. 88; sobre la cultura en el centro de las relaciones de poder véase GRAMSCI, Antonio. *Selections from prisons notebooks*, Londres, Lawrence and Wishart, 1971 p. 144.

³⁸ Reflexiones al respecto en BERNSTEIN, Serge. “La culture politique” en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean François (eds.). *Per une histoire culturelle*. París, Seuil, 1997, pp. 271-286; y BAKER, Keith Michael. “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la revolución francesa”, *Ayer*, 62, 2006, pp. 89-110.

disposiciones conceptuales que guían y gobiernan las actitudes y las conductas de los individuos.³⁹

Pero no debemos perder de vista que los sujetos no permanecen pasivos, ni carecen de recursos para interactuar con el mundo que les rodea, sino que “hacen”, se apropian de las condiciones en las que viven, aceptan, rechazan, presionan y negocian de manera ininterrumpida. De manera que, junto a los discursos y las percepciones, se hace necesario atender a la experiencia individual y colectiva que es vivida de manera diaria. En este sentido, resultan de gran utilidad los trabajos de E. P. Thompson, la microhistoria italiana y, de manera especial para nuestro estudio, la *Alltagsgeschichte* (historia de la vida cotidiana) alemana, dado su interés en las experiencias cotidianas de los individuos.⁴⁰ Un enfoque, este último, que ha demostrado fehacientemente su operatividad en un marco dictatorial como el de la Alemania nazi y cuya aplicación al caso del franquismo puede arrojar también exitosos resultados en lo referente a la captación de las actitudes sociales.⁴¹ Entre otras razones, porque la “historia de la vida cotidiana” se ocupaba de lo que luego se ha denominado como “giro local”, que apuesta por una mayor atención a este ámbito, en la medida en que es allí donde los individuos experimentan por primera vez el contacto con su entorno, construyen la percepción de sí mismos y de cuanto les rodea y entran en contacto con las instituciones, discursos y políticas del Estado. Una perspectiva “desde lo local”, como la adoptada en este trabajo, constituye, a nuestro juicio, la vía más adecuada para acercarse a los imaginarios, las memorias, las lealtades, las identidades, los valores, los discursos y las actitudes y conductas sociopolíticas de los diferentes sujetos durante el franquismo y, a su vez,

³⁹ Véanse las interesantes reflexiones realizadas por ELEY, Geoff. *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia, PUV, 2008 [2005]. Sobre estas cuestiones véase CHARTIER, Roger. *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1995; BOURDIEU, Pierre. *Cosas dichas*. Buenos Aires, Gedisa, 1988; sobre el concepto de “rejilla”, véase FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Madrid, Siglo XXI, 2009 [1966]. Un balance en SPIEGEL, Gabrielle. M. “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, *Ayer*, 62, 2006, pp. 19-50. Aunque llevando el “giro lingüístico” al extremo, también hay referencias interesantes en los trabajos de Miguel Ángel Cabrera, por ejemplo en “La crisis de la historia social y el surgimiento de la historia postsocial”, *Ayer*, 51, 2003, pp. 201-224.

⁴⁰ CASTELLS, Luis. “La historia de la vida cotidiana”, en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia (eds.). *Sobre historia actual: entre política y cultura*. Madrid, Abada, 2005, pp. 37-62 y WALTON, John K. “Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra, 1850-1940”, *Ayer*, 19, 1995, pp. 15-47.

⁴¹ Ejemplos de ello en LÜDTKE, Alf. “De los héroes de la resistencia a los coautores. *Alltagsgeschichte* en Alemania”, *Ayer*, 19, 1995, pp. 4-69; ELEY, Geoff. “Labor Social History, ‘Alltagsgeschichte’. Experience, Culture and the Politics of the Everyday. New Direction for German Social History?”, *Journal of Modern History*, 61, 1989, pp. 297-343; TROMMLER, Frank. “Between Normality and Resistance: Catastrophic gradualism in Nazi Germany”, *Journal of Modern History*, 64, 1992, pp. 82-101.

resulta la plataforma más indicada para conocer el grado de interacción de la población con “lo nacional”.⁴²

Por todo ello, hemos escogido la ciudad de Granada y su provincia como el área principal de esta tesis doctoral. Creemos que este marco de análisis es el más adecuado para ensayar la perspectiva “desde lo local” y calibrar la manera en que el franquismo se fue construyendo “desde abajo” y la relación de la población con la dictadura. Granada resulta especialmente representativa del conjunto del territorio español, puesto que, durante aquellos años, contó con rasgos comunes a muchas otras zonas del país. Como tantas otras, la granadina era una provincia eminentemente agraria, en la que predominaba la pequeña propiedad y en la que el mundo campesino se hallaba sumido en un atraso equiparable al existente en otras zonas de España. El estudio de la capital ofrece elementos de análisis de gran interés como la presencia de una importante Universidad, pero también de una clase media fundamental para entender la estabilidad del franquismo durante tan largo periodo. En definitiva, consideramos que Granada supone un campo de estudio idóneo para examinar el proceso de implantación de la dictadura y la interacción cotidiana de los ciudadanos con el Estado y que, en esencia, su estudio resultará muy representativo de lo que fue la norma en la mayor parte del territorio nacional.

Dibujados los principales enfoques teóricos y delimitado el campo de estudio de esta tesis doctoral, es necesario reconocer que somos tan conscientes de las potencialidades como de los desafíos que plantea el estudio de las actitudes sociales en regímenes que, como el franquista, impedían la existencia de una verdadera opinión pública o coartaban la capacidad de los individuos para expresar libremente su juicio sobre el Estado o las medidas tomadas por éste. Nos enfrentamos, en primer lugar, a un problema de conceptualización de difícil resolución. Dar nombre a las actitudes sigue siendo una labor tan necesaria como compleja. Hoy, la mayor parte de las investigaciones señalan la imposibilidad de entenderlas bajo la dicotomía de consenso-disenso y proponen la adopción de nuevas categorías que den cuenta de la miríada de actitudes y comportamientos que los ciudadanos exhiben bajo regímenes no

⁴² De consulta obligada resulta el artículo de CARASA, Pedro. “El giro local”, *Alcores*, 3, 2007, pp. 13-35. Véase igualmente: CONFINO, Alon. “Lo local, una esencia de toda la nación”, *Ayer*, 64, 2006, pp. 19-31; QUIROGA, Alejandro. “Les tres esferes. Cap un model de la nacionalització a Espanya”, *Segle XX. Revista catalana d’historia*, 4, 2011, pp. 143-160.

democráticos.⁴³ Consentimiento, aceptación, indiferencia, resignación, resistencia o disidencia, con calificativos tales como pasivo/activo o positivo/negativo, han sido fórmulas empleadas por los investigadores para tratar de explicar la existencia de extensas zonas intermedias entre los que se opusieron y apoyaron a las dictaduras. Por ello, a pesar de la imprecisión de tales categorías y de que su uso sigue siendo objeto de debate, resultan necesarias para clasificar la variabilidad de actitudes existente bajo el franquismo.⁴⁴

En segundo lugar, debemos tener en cuenta que los sujetos históricos no se amoldan a la perfección a las categorías analíticas empleadas ni constituyen grupos “puros”, sino que, por el contrario, un mismo individuo combina actitudes diversas y, en muchas ocasiones, aparentemente contradictorias. Durante la etapa franquista, resultó frecuente encontrar gente que rechazara la represión o criticara la escasez de racionamiento en los años cuarenta y que, en cambio, aprobara la política internacional del régimen o alabara que el Estado construyera casas baratas para los humildes.⁴⁵

En tercer lugar, hay que entender que en la formación de tales actitudes interviene tanto lo material como lo ideológico. Por ello, debemos tener en cuenta elementos tales como la seguridad en el trabajo, el crecimiento económico, los beneficios recibidos, las prestaciones sociales o el nivel de bienestar alcanzado, pero también, otros como la paz, el orden, la nación o la religión. De ahí que, por ejemplo, la defensa del catolicismo por parte del franquismo pudiera granjearle al régimen notables apoyos sociales o fueran muchos los ciudadanos que compartieran el modelo de nación que les proponía el régimen.⁴⁶

Y, en último lugar, es necesario comprender, y más en un régimen de tan larga duración como el franquista, que las actitudes son dinámicas y cambiantes. Para ello, es necesario permanecer atento a las trayectorias individuales, a los elementos que pudieron condicionar que determinados ciudadanos pasaran de un desapego hacia el

⁴³ Numerosos autores lo han venido poniendo de manifiesto para los regímenes fascistas europeos. Véase por ejemplo: CORNER, Paul. “Introduction” en id. (ed.). *Popular opinión... Op. Cit.*, pp. 1-13; BURRIN, Philippe. “Política i societat. Les estructures del poder a la Itàlia feixista i a l’Alemanya nazi”, *Afers*, 25, 1996, pp. 485-510. En España también se señaló este problema tempranamente: RIQUER, Borja. “Rebuig passivitat...” *Op. Cit.*; y SAZ, Ismael. “Entre la hostilitat...”, *Op. Cit.*, p. 11.

⁴⁴ Sobre esta terminología y alguna más puede verse: WOO KIM, Yoo. “From ‘Consensus Studies’...”, *Op. Cit.*, p. 330.

⁴⁵ Ver MILLÁN, Jesús. “Los sujetos históricos: modelos, tipos ideales y estrategias de investigación”, en ROMEO, Mari Cruz y SAZ, Ismael. *El siglo XX: historiografía e historia*. Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 101-110

⁴⁶ Sobre estos dos tipos de “consenso” véase WOO KIM, Yoo. “From ‘Consensus Studies...’”, *Op. Cit.*, pp. 330-332.

régimen franquista a un acomodamiento e, incluso, a la satisfacción con determinadas políticas del Estado. Pero también, debemos observar la evolución de otros individuos que inicialmente apoyaron a la dictadura pero que, acabaron desencantados con sus políticas y reacios a sus discursos. Por ello, resulta tan importante recorrer los cuarenta años de la dictadura, porque en el dinamismo de las actitudes de los españoles está la respuesta a muchas de las preguntas de las que parte este trabajo.

Por último, debemos atender al problema de las fuentes. Y, en este caso, es un problema real dada la naturaleza del objeto de estudio, porque, en efecto, las actitudes sociales, las percepciones, la opinión popular, la adhesión, el rechazo o la indiferencia no son elementos que, por lo general, un investigador pueda encontrar en los archivos o, al menos, no de manera explícita. El análisis de estos aspectos requiere por tanto imaginación tanto a la hora de encontrar fuentes adecuadas para su estudio, como al saber realizarles las preguntas correctas y extraer aquello que nos interesa.

Para ello, hemos consultado los informes oficiales y documentos confeccionados por las autoridades franquistas tanto a nivel estatal como provincial, como los contenidos en el Archivo General de la Administración, la Fundación Nacional Francisco Franco, el Archivo Histórico Municipal de Granada, el Archivo Histórico Provincial de Granada, el Archivo de la Real Chancillería de Granada o el Archivo Histórico Diocesano de Granada. Pero en el manejo de este tipo de fuentes hay que tener en cuenta los peligros que encierra la documentación emitida desde el poder para medir las actitudes de la población bajo regímenes dictatoriales. Los informes y sondeos de opinión elaborados por las autoridades tuvieron siempre como objetivo concentrarse en aquello que no les gustaba para actuar y corregirlo, pudiendo minimizar o exagerar aspectos tales como el apoyo popular al régimen, el disentimiento o las relaciones de poder entre las diferentes fuerzas políticas. A pesar de lo cual, un análisis crítico puede ilustrarnos sobre las actitudes observando qué se les ofrecía a los españoles y cuál era la percepción que “desde arriba” se tenía de la situación en las provincias españolas.⁴⁷

Del lado opuesto –y tomando idénticas cautelas que con las “fuentes oficiales”–, resulta igualmente crucial el análisis de la documentación producida tanto por grupos pertenecientes a la oposición antifranquista como por otras instituciones que, formando parte del entramado del franquismo, mantuvieron con frecuencia una posición más o

⁴⁷ De estos peligros advierten: MORGAN, Philip. “The years of...”, Op. Cit., pp. 170-171; y CORNER, Paul. “Fascist Italy in the 1930s...”, Op. Cit., pp. 137-138. Para el caso español SAZ, Ismael. “Entre la hostilidad...”, Op. Cit., p. 24.

menos crítica con las políticas de la dictadura. La información extraída del Archivo del Partido Comunista, Archivo Histórico de la Universidad de Granada y de los diferentes archivos conservados por las diversas organizaciones dependientes de Acción Católica constituye, en este sentido, una visión alternativa que, entremezclada con documentación elaborada desde los organismos oficiales del Estado, nos ofrece una panorámica más completa sobre la relación entre sociedad y régimen. Un cuadro que, finalmente, queda más enriquecido por el análisis de las fuentes diplomáticas –The National Archives del Reino Unido y Archivo del Ministerio di Affari Esteri de Italia–, indudablemente valiosas para el conocimiento de las percepciones externas en torno a las políticas franquistas y la reacción de los españoles corrientes ante las mismas.⁴⁸

Sin embargo, captar las actitudes sociales, interpretar las acciones individuales y colectivas, las representaciones culturales, las percepciones y las motivaciones que marcan los comportamientos de los sujetos, justifica la atención especial que, en este trabajo, se da a las fuentes orales. Más aún, cuando éstas han aportado ya nuevas visiones sobre las actitudes de los ciudadanos corrientes bajo regímenes dictatoriales.⁴⁹ Mediante las entrevistas a ciudadanos que no formaron parte de las instituciones de poder, pero tampoco de la oposición antifranquista, registraremos las actitudes de individuos pertenecientes a la mayoría de la población, a las “zonas grises”. Nos acercaremos de este modo a la vivencia particular de lo político, a la valoración que dieron ciudadanos de a pie a determinados acontecimientos, a las elecciones que tomaron o a su reacción ante los discursos y políticas del Estado. Por supuesto, sabemos que se trata de relatos contruidos desde el presente, donde difícilmente se expresarán opiniones condenadas por la sociedad actual y en los que el entrevistado tenderá a construir un relato cómodo y en, alguna medida, exculpatorio de determinadas actitudes o comportamientos que hoy juzgue como equivocados o inaceptables. Pese a lo cual, el uso de las fuentes orales cubre parcelas y registra acciones y actitudes difícilmente plasmadas en fuentes archivísticas.⁵⁰

⁴⁸ Las percepciones externas han resultado atractivas a muchos investigadores. Por ejemplo, MARTÍN GARCÍA, Óscar. “Crisis del franquismo, conflictividad social y cambio democrático en España. Un análisis desde las fuentes diplomáticos británicas” en VVAA. *El fin de las dictaduras ibéricas (1974-1978)*. Sevilla, Fundación de Estudios Andaluces, 2010, pp. 135-152. y SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Esther. “La España de la estabilización y el desarrollo en perspectiva francesa (1958-1969). *Mélanges de la Casa de Velázquez*. 34, 2004, pp. 251-269.

⁴⁹ Por ejemplo: PASSERINI, Luisa. *Torino: operaia e fascismo*. Bari, Laterza, 1984; FONT, Jordi. *¡Arriba el campo!... Op. Cit.*

⁵⁰ Véanse FRASER, Ronald. “La historia oral como historia desde abajo”, *Ayer*, 12, 1993, pp. 79-92; NIETHAMMER, Lutz. “¿Para qué sirve la historia oral?”, *Historia y Fuente Oral*, 2, 1989, pp. 3-26; THOMPSON, Paul. *La voz del pasado. Historia oral*. Valencia, Ediciones Alfons el Magnanim, 1988.

En definitiva, creemos que la mirada que aquí se propone es la indicada para entender en toda su complejidad en funcionamiento de las relaciones entre sociedad y Estado durante el franquismo. Unas relaciones basadas en la intersubjetividad, en las negociaciones continuas y fluctuantes establecidas entre los ciudadanos y el régimen franquista, esencialmente en el marco local, donde se desarrollaba la vida cotidiana de los españoles.⁵¹ En las que, de un lado, se encontraban la dictadura de Franco, que tampoco permaneció estática, sino que evolucionó, se transformó y asumió la flexibilidad suficiente para mantenerse durante cuarenta años con vida, pero no para continuar más allá de la muerte de su fundador. Y en las que, del otro lado, se encontraba el conjunto de los españoles, entre los que unos formaban parte del franquismo, otros no y la gran mayoría interactuaba diariamente con él. Hombres y mujeres que mostraron actitudes vacilantes, dinámicas y contradictorias, pero cuyo análisis es esencial para explicar el proceso de construcción, consolidación y descomposición del régimen franquista.

4. El franquismo del día a día: cuarenta años de convivencia con el régimen

Bajo la mirada de Franco pasaron varias generaciones de españoles. En 1975, tanto quienes habían salido victoriosos como derrotados de las trincheras de la Guerra Civil tenían sesenta años o más. Para entonces una mayor parte de los ciudadanos no había vivido la contienda. Pero el franquismo seguía enormemente presente, se había introducido en muchos rincones de España y formaba parte de la vida cotidiana de la población. Al contrario que sus “hermanos” fascistas, el franquismo no había puesto tanto empeño –aunque algo puso– en conseguir una adhesión entusiasta de los españoles al modelo de nación defendido desde el golpe de Estado. La Guerra no solo proveyó al régimen de un mito al que aludir repetidamente para “justificar” su permanencia al frente de España, sino también de un importante arsenal desmovilizador. La contienda, unida a la miseria de posguerra, generó actitudes de miedo, resignación y acomodamiento entre la mayoría de la población. El transcurso de los años permitió al régimen consolidar su situación merced a las mejoras de las condiciones de vida y a la

⁵¹ Sobre el empleo del concepto de “intersubjetividad” véase PASSERINI; Luisa. *Memoria y utopía. La primacía de la intersubjetividad*. Valencia, PUV, 2006.

persistente despolitización. Pero la dictadura no supo frenar el paso de los años, la llegada de nuevas generaciones, la evolución en las actitudes ciudadanas y el cansancio de “más de lo mismo”. La presencia del franquismo en las ciudades y en los pueblos, en lo cotidiano, dejó sus huellas, pero el régimen acabó por derrumbarse tras la muerte de Franco.⁵²

En esta tesis doctoral, nos acercamos a ese franquismo presente en el día a día de los españoles. Tratamos de demostrar cómo la dictadura se construyó gracias al esfuerzo de importantes apoyos sociales existentes en todos los rincones de España, que convergían con los postulados ideológicos del régimen y/o que se vieron beneficiados por el mismo. Pero también, analizamos las actitudes de la mayoría de la población, de aquellos individuos que daban forma a las “zonas grises”, que se resignaron a la dureza de la posguerra, se acomodaron a la monotonía de los años cincuenta y vieron con buenos ojos el crecimiento económico de los sesenta. Hombres y mujeres que, aún viéndose afectados por la represión o por la miseria, no se opusieron directamente al régimen y prefirieron refugiarse en el silencio y en sus familias, adaptarse al franquismo o desentenderse de la política. En definitiva, en estas páginas se trata de demostrar la existencia de numerosos mecanismos que le permitieron al régimen pervivir durante muchos años y que los españoles de a pie se relacionaron de manera cotidiana con la dictadura, mostrando actitudes cambiantes, heterogéneas e incluso contradictoras, fundamentales para explicar tanto la dilatada trayectoria del franquismo como la imposibilidad de continuar tras 1975.

Ese franquismo cotidiano nació y se forjó en la Guerra Civil. Pero para conocer sus orígenes hay que dirigir la mirada al descompuesto sistema de la Restauración, al “desastre del 98” y a los profundos cambios operados en España y Europa durante el primer tercio del siglo XX. Las convulsiones producidas por la I Guerra Mundial y la crisis del 1929 posibilitaron el nacimiento de soluciones políticas radicales como, por ejemplo, el fascismo. En España, el triunfo democrático de la II República se vio pronto empañado por la radicalización sociopolítica que generó profundas fracturas en la sociedad española. En este contexto, el golpe de Estado de julio de 1936 provocó una larga contienda en la que los enfrentamientos latentes dieron lugar a una cruel espiral de violencia. Para los sublevados, la Guerra Civil fue inmediatamente concebida como una

⁵² Véanse las reflexiones sobre el legado del franquismo realizadas en: UGARTE, Javier. “¿Legado del franquismo? Tiempo de contar” en MOLINERO, Carme (ed.). *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*. Barcelona, Península, 2006, pp. 185-237.

lucha de enormes dimensiones, inevitable y necesaria para la salvación de la Patria. El nacionalismo, la religión o el “terror rojo” se erigieron como elementos movilizados nada despreciables, a pesar de que el reclutamiento forzoso, el cansancio o los intereses materiales marcaron las actitudes de muchos combatientes. Mientras, en la retaguardia, el franquismo se aseguró con diversos instrumentos la colaboración ciudadana a través de las suscripciones, los donativos o la participación en las milicias. De este modo, la Guerra Civil se convirtió en una “marca de agua” presente en las culturas políticas de los ciudadanos. Todos estos fenómenos son abordados en el capítulo 1.

Al término de la Guerra Civil, España quedó dividida en una sociedad de vencidos y vencedores. Los primeros, fueron las víctimas del terror caliente practicado en los primeros meses de lucha y, tras abril de 1939, sufrieron la cárcel, la depuración profesional, la incautación de sus bienes o la humillación pública. Muchos vencedores, en cambio, disfrutaron de una España acorde con las ideas que habían defendido en la contienda, vieron con satisfacción y colaboraron en el castigo de sus enemigos y en el homenaje a sus caídos y se beneficiaron de su condición para sortear el hambre, mejorar su posición social o entrar a formar parte de las instituciones del régimen. Pero ambas categorías eran volubles e imprecisas. En medio quedaba una extensa área intermedia, ocupada por españoles que lograron evitar los trágicos destinos de los derrotados, pero que no se beneficiaron directamente de la victoria. Vencedores, vencidos y “zonas grises” que son tratados en el capítulo 2.

La “Cultura de la Victoria” fue la guía empleada para levantar el edificio del régimen. Sobre ella, se inició la construcción de una “Nueva España” en la que no tardaron en aflorar las luchas entre los diferentes componentes del Estado por imponer sus proyectos nacionales. Además, durante los años cuarenta, la miseria y el hambre, la oposición política representada especialmente por la guerrilla o la derrota de las potencias del Eje en la II Guerra Mundial amenazaron seriamente la continuidad de Franco al frente de España. Sin embargo, la “gestión de la miseria”, la desactivación de los grupos de guerrilleros y la capacidad del franquismo para sobrevivir a las presiones internacionales fueron, junto con el mantenimiento de importantes mecanismos represivos, esenciales para que el régimen pudiera ir consolidándose durante el periodo 1939-1947. De todo ello hablamos en el capítulo 3.

Entre 1947 y 1956, el régimen gozó de una posición más sólida que nunca. La atenuación del “cerco internacional” otorgó estabilidad a un régimen, cubriendo así las expectativas de muchos ciudadanos que deseaban vivir sin grandes sobresaltos. Aunque

una parte importante de los españoles convivió todavía con la miseria, otros fueron percibiendo como las condiciones de vida mejoraban, el racionamiento quedaba suprimido y el dinero extranjero abría nuevas esperanzas. En esa España de aparente tranquilidad, la pugna entre las dos culturas políticas oficiales, la nacionalcatólica y la falangista, vivió sus más duras batallas. Aunque el catolicismo tradicional acabó por hacerse con el control de la esfera pública, Falange imprimió un mayor dinamismo a su proyecto que creó, inintencionadamente, nuevos espacios. Precisamente, esta “apertura” fue aprovechada por sectores juveniles para empezar a mostrar posiciones críticas con los discursos y prácticas del régimen. De todos esos aspectos se ocupa el capítulo 4.

Los años sesenta marcaron el inicio de la *España del desarrollismo*. En efecto, desde 1957 hasta 1966, España experimentó un crecimiento económico sin precedentes, gracias al progreso de la industria y el turismo. Para muchos españoles, el crecimiento se tradujo en una mejora de sus condiciones de vida y en la capacidad para adquirir nuevos bienes de consumo. Ello dotó al régimen de una legitimidad basada en la eficacia que no dudó en explotar políticamente. La dictadura nunca renunciaría a sus orígenes bélicos, pero, apoyada en los avances obtenidos y el orden social imperante, no dudó en alentar la existencia de una despolitización, percibiéndose los primeros signos importantes de distanciamiento entre el régimen y la sociedad. Sin embargo, estos años también fueron el escenario del nacimiento de una cultura de la disidencia en determinados ámbitos nacionales. En la Iglesia, en la Universidad o en el mundo del trabajo fueron apareciendo, durante la primera mitad de los sesenta, expresiones de descontento que, si bien no constituyeron una amenaza para la estabilidad del régimen en la mayor parte de las provincias, crearon el germen de futuras movilizaciones. Tratamos de demostrarlo en el capítulo 5.

En 1966, el régimen alcanzó su punto álgido para, a partir de entonces, ir descomponiéndose hasta su desaparición. La buena situación de la economía no resultó suficiente para mantener satisfecha a una población, que demandaba mayores libertades y veía cómo los desequilibrios del desarrollo eran cada vez más explícitos. Además, la dejadez del franquismo a la hora de emplear mecanismos de socialización positiva y cubrir las expectativas de los ciudadanos, le desprovoyó de importantes apoyos, que no pudieron ser conseguidos mediante las medidas tomadas con carácter de urgencia cuando el régimen se encontraba en fase terminal. La oposición no derribó a la dictadura, pero fue ejerciendo una labor de desgaste que impidió su continuidad. El régimen perdió cada vez más apoyos dentro del catolicismo español, presenció una

escalada de la conflictividad en el mundo laboral y en los barrios marginados del crecimiento económico y constató definitivamente que hacía años que había perdido el control de la Universidad. La confluencia de la protesta acabó por minar cualquier posibilidad de continuar una vez muerto Franco. La mayoría de los españoles no se movilizaron, no quisieron saber mucho de política, ni verse envueltos en conflictos, pero, hacia 1975, deseaban libertades similares a las de las democracias de su entorno. En el capítulo 6 se presta atención a estos aspectos.

La Granada del franquismo fue enormemente compleja. Tan compleja como lo fueron las actitudes de los ciudadanos que vivieron durante este periodo, que fueron encarcelados y que acudieron al cuartelillo a denunciar a un vecino, que formaron parte de una gestora municipal y que practicaron el estraperlo para poder vivir, que acudieron a una misión religiosa animados por su fervor y que esperaron en la plaza de su pueblo una oportunidad laboral, que ahorraron lo suficiente para comprarse un seiscientos y que malvivieron en chabolas en el extrarradio de la ciudad, que lloraron al morir Franco y que temieron por lo que vendría después. Así fueron los granadinos corrientes, los que un día fueron fundamentales para la consolidación del franquismo y otro los máximos responsables.

1

LA GUERRA CIVIL: CONSTRUCCIÓN MÍTICA Y MOVILIZACIÓN POPULAR

“Acribillados a tiros, los hombres mueren satisfechos si mueren por su *idea*”.¹

No es extraño que la Guerra Civil y la dictadura de Franco sean consideradas por muchos como inseparables. Al fin y al cabo, la contienda fue la madre del franquismo y éste, como buen hijo, nunca la olvidaría. En lo sucedido en las trincheras, en la lucha contra los “enemigos de España” y en la sangre derramada se cimentaría el nuevo régimen. El franquismo consiguió en su lucha contra los “rojos” su razón de ser, su génesis y la justificación principal para los discursos y las políticas que desarrolló a partir de 1939. Pero, además, la guerra desató las pasiones y los odios, movilizó a amplios contingentes humanos y generó sentimientos muy dispares entre quienes se vieron envueltos por ella. La mayor parte de los españoles acabaron la contienda extenuados, hartos de combatir una guerra que nunca habían creído tan larga, pero marcados indeleblemente por el sello de la guerra. Esa profunda huella generada por la contienda, alteró las actitudes de los españoles, reforzó y cambió sus identidades y condicionó las culturas políticas tanto de los heterogéneos apoyos sociales del régimen, como del conjunto de la población que vivió aquellos trágicos acontecimientos .

La Guerra Civil fue originada por el golpe de Estado de 1936, pero para captar en toda su complejidad las razones por las que los españoles se enfrentaron en una lucha encarnizada de casi tres años de duración, hay que volver la mirada atrás en el tiempo. Por ello, de un lado, debemos enmarcar la contienda en la Europa de Entreguerras (1918-1939). Un contexto marcado por la depresión económica, por la violencia, por la radicalización política, la inestabilidad de los sistemas, el surgimiento de los fascismos, la crisis moral y la creciente conflictividad social. España llevó unos ritmos diferentes a los de otros países europeos, pero se vio afectada por síntomas parecidos. La descomposición política de la Restauración y los problemas sociales y económicos

¹ ARTECHE, José. *El abrazo de los muertos. Diario de la guerra civil, 1936-1939*. Zarauz, Icharopena, 1970, p.149. (cursiva en el original).

sembraron el descontento entre buena parte de la población y provocaron una inestable situación política y una gran polarización social. El bisturí del “cirujano de hierro” que debía ser el General Primo de Rivera no consiguió llevar la calma a los “sectores de orden” del país. La llegada de la República supuso el inicio del desarrollo democrático. Pero las medidas tomadas por el primer gobierno republicano no tardaron en provocar el rechazo de la Iglesia, el Ejército, los propietarios o las capas sociales identificadas con el catolicismo. Las resistencias de parte de las derechas a participar en el juego democrático y las presiones desde la izquierda para activar la revolución social acabaron por asfixiar el experimento republicano. El golpe militar de julio de 1936 hirió de muerte a la democracia, pero necesitó una guerra de casi tres años de duración para conseguirlo.

Desde el inicio de la contienda, el bando sublevado manejó un discurso acorde con sus propósitos movilizadores. En él, la apelación a un glorioso pasado remoto, la centralidad de la religión católica –entendida como consustancial a España– o la exaltación de un exacerbado y reaccionario nacionalismo español fueron algunos de los pilares fundamentales. Los propagandistas del bando rebeldes aprovecharon aquellos elementos que habían sido objeto de discordia durante la etapa republicana, para estigmatizar a los integrantes del bando contrario y canalizar los sentimientos de muchos españoles. Junto con ello, el recurso de la deshumanización del adversario y la utilización manipulada del “terror rojo” se convirtieron en aspectos nada despreciables a la hora de analizar el apoyo conseguido por los sublevados.

La efectividad de tales discursos debe ser analizada tanto en el frente como en la retaguardia rebelde. En las trincheras fueron muchos los individuos que se sumaron a la causa sublevada o le prestaron su apoyo, ignorantes de que el golpe de Estado se transformaría en una guerra prolongada. Ciertamente, debemos tener en cuenta el reclutamiento forzoso, el miedo o el cansancio experimentado por los combatientes con el paso de los años. Pero no debemos minusvalorar el papel de los elementos ideológicos a la hora de explicar el grado de movilización que, especialmente en los primeros días de la contienda, pudo constatararse. De la misma manera, debemos atender a las actitudes de quienes permanecieron en sus hogares y sus casas, pero colaboraron igualmente con el bando insurgente. En tiempos donde los límites entre el frente y la retaguardia no eran precisos, la contribución de esta última a la guerra, resultó un elemento fundamental para la victoria de los sublevados.

1. El camino hacia la guerra: antecedentes internos y externos del golpe del 36

Como hace ya tiempo señalara Paul Preston, los orígenes de la contienda iniciada en 1936 se encontraban profundamente enraizados en la historia del país, ya que durante siglos, la guerra civil había sido, sino la norma, sí una solución nada excepcional a los problemas nacionales.² Sin necesidad de ir tan lejos en el tiempo, lo cierto es que muchos factores desencadenantes de la guerra hicieron acto de presencia, al menos, desde finales del siglo XIX. Y si algunos de ellos respondieron a conflictos de carácter interno, otros fueron fruto de avatares más generales que afectaron en mayor o menor medida a gran parte del mundo europeo occidental.

La Restauración de la Monarquía en España en el año 1874 parecía dar comienzo a la sólida estabilidad de la que el país había carecido durante muchos años. El sistema confeccionado por Antonio Cánovas del Castillo trató de crear un sistema estable con el que lograr la modernización del país. Para ello, Cánovas propugnaba que los conservadores y los liberales se fueran alternando en el poder mediante un sistema de turnos. Separados por mínimas diferencias ideológicas, el *turnismo* garantizaría que los grupos privilegiados siguieran conservando una posición hegemónica. Además, las relaciones de clientelismo y endogamia mantenidas por los notables locales que conformaban ambos partidos y la manipulación de los comicios electorales, generaron una cultura política poco participativa entre la ciudadanía, sabedora del fraudulento funcionamiento del sistema. Ejemplo de ello es la conocida historia del cacique de la localidad granadina de Motril en las que, hojeando las papeletas dijo: “Nosotros, los liberales, estábamos convencidos de que ganaríamos las elecciones. Sin embargo, la voluntad de Dios ha sido otra. Al parecer hemos sido nosotros, los conservadores, quienes hemos ganado las elecciones”.³

Sin embargo, a finales de siglo, la prometida estabilidad comenzó a tambalearse como consecuencia de varios elementos. En primer lugar, por la agitación existente en las colonias y concretamente en Cuba, que acabaría proclamado su independencia en 1898, poniendo fin al imperio hispano y de paso sumiendo a la nación en una profunda

² PRESTON, Paul. *La Guerra Civil española: reacción, revolución y venganza*. Madrid, Debolsillo, 2010 [1978], p. 28.

³ ROMERO SALVADÓ, Francisco. *La larga guerra civil española*. Granada, Comares, 2010, pp. 4-5; Un balance de los estudios sobre el caciquismo en CRUZ ARTACHO, Salvador. “Clientes, clientelas y política en la España de la Restauración”, *Ayer*, 36, 1999, pp. 99-129; la anécdota está recogida en PRESTON, Paul. *La Guerra Civil española... Op. Cit.*, p. 35.

crisis política, social y moral.⁴ En segundo lugar, por los profundos cambios psicológicos experimentados por la Europa de fin de siglo, a causa del cuestionamiento y la quiebra del paradigma positivista y la cosmovisión burguesa que había dominado desde la Ilustración. La “carrera imperial” emprendida por las grandes potencias y generadora de conflictos entre éstas, el empeoramiento de las condiciones de vida en amplios sectores sociales o la modificación del equilibrio geoestratégico debida a la conformación de nuevos Estados estaban en la base de la denominada como “crisis de la razón”.⁵ En tercer lugar, tampoco podemos olvidar los efectos que la crisis finisecular tuvo sobre la economía española y, en especial sobre la agricultura, debido a la penetración del capitalismo y la modernización, que, en regiones como Andalucía, tuvo efectos negativos tales como la reducción de la superficie cultivada, la caída de los salarios, el aumento del paro y una mayor dependencia de los jornaleros respecto a los propietarios. Y, en último lugar, y en íntima relación con esto último, los desequilibrios sociales producidos en el marco urbano y la creciente subordinación jornalera respecto a la patronal, originaron la consolidación definitiva del movimiento obrero y del sindicalismo agrario de izquierdas y revolucionario en el primer tercio del siglo XX.⁶

En España, la respuesta a la “crisis de la razón” y al desastre colonial, fue el *regeneracionismo*, convertido en la “fórmula mágica” para reinventar la nación española, especialmente entre una nueva generación de jóvenes que ponían en duda los postulados de la sociedad liberal.⁷ Tras el desastre colonial, fueron los intelectuales agrupados en torno a la llamada “Generación del 98” quienes minaron el sistema vigente mostrando su pesimismo ante el futuro nacional. Con una actitud en principio crítica hacia la modernidad, afirmaban querer sanar el cuerpo enfermo de la patria, volviendo a las esencias de la raza y al espíritu que había caracterizado la trayectoria nacional desde sus orígenes. Finalmente, estimaban que solo la figura de un “cirujano

⁴ Sobre el impacto del “desastre del 98” a nivel general en España véase, ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, María Dolores. “Balance del 98. Un punto de inflexión en la modernización de España”, *Historia y Política*, 3, 2001, pp. 175-206.

⁵ GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos. “Las derechas españolas ante la crisis del 98”, *Studia histórica: Historia Contemporánea*, 15, 1997, pp. 194-195; MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel. “La crisis de la razón en la milicia colonial finisecular: la muerte como alternativa vitalista”, comunicación presentada en el *Congreso Internacional Necrofilia y necrofobia: representaciones de la muerte en la literatura hispánica*, Valladolid, 2009.

⁶ Véase: COBO ROMERO, Francisco. *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*, Granada, Universidad de Granada y Universidad de Córdoba, 2004, pp. 29-54.

⁷ JENSEN, Robert G. “Military, nationalism and the State: The case of *Fin-de-Siècle* Spain”, *Nations and Nationalism*, 6:2, 2000, pp. 257-274.

de hierro” sería capaz de revitalizar el cuerpo nacional e iniciar la ansiada regeneración “desde arriba”.⁸

Por tanto, en el arranque del siglo XX, la sociedad española se encontraba con un sistema político debilitado, un Ejército convencido de su papel como guardián del orden, la coronación de Alfonso XIII como nuevo monarca en 1902 y el crecimiento de los movimientos obreristas de izquierda. Ante tal situación, parecía imprescindible recurrir al “cirujano de hierro” que había propugnado Joaquín Costa. Y éste bien podía ser el conservador Antonio Maura. Las propuestas de “revolución desde arriba”, “descuaje del caciquismo” o “fomentar la ciudadanía” esperanzaron a quienes apostaban por la necesaria regeneración de la nación española.⁹ Pero se trataba de un regeneracionismo de corte autoritario, que defendía una idea conservadora de nación en la que el catolicismo debía ser el eje en torno al que todo girase. En sus postulados prevalecía ante todo la idea en el orden, fuertemente marcada por un miedo a las masas. La Semana Trágica de 1909 puso de relieve tanto la incapacidad del sistema para afrontar la conflictividad sin recurrir a la represión, como la decidida intención del Ejército de intervenir en política. A la altura de 1910 el sistema canovista estaba seriamente dañado¹⁰

Sin embargo, iba a ser un acontecimiento internacional el que diera la puntilla a la España de la Restauración. En efecto, el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 precipitó las incipientes transformaciones que agitaban el continente europeo desde comienzos de siglo –la rápida urbanización, la industrialización, la secularización social, el aumento de la migración o la modernización cultural– y aceleró la movilización popular. Tras 1918 nada volvería a ser igual. La carrera armamentística y las tensiones coloniales entabladas entre las diferentes potencias europeas estuvieron en los orígenes de la contienda. Estas confrontaciones habían ido fortaleciendo el nacionalismo presente desde finales del siglo XIX, creando en los distintos Estados un

⁸ SEVILLANO CALERO, Francisco. “El mito del 98 en la cultura española”, *Pasado y Memoria*, 3, 2004, pp. 5-8; MOREIRAS MENOR, Cristina. “War, Postwar, and the Fascist Fabrication of Identity”, en VALIS, Noel (ed.). *Teaching representations of the Spanish Civil War*. Nueva York, MLA, 2007, pp. 118-120.

⁹ GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús. *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*. Madrid, Siglo XXI, 1990; ROMERO SALVADÓ, Francisco. “Antonio Maura: el gran incomprendido”, en QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (eds.). *Soldados de Dios y apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*. Granada, Comares, 2010, pp. 1-28.

¹⁰ GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos. “Tradicionalismo, catolicismo y nacionalismo: la extrema derecha durante el régimen de la Restauración (1898-1930)”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 40 y ss.; ROMERO SALVADÓ, Francisco J. *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*. Londres, Routledge, 2007, Capítulo 1.

sentimiento de rechazo a las ideas extranjeras y de pertenencia a una comunidad nacional diferenciada.¹¹ El elemento nacionalista resulta clave para explicar el nivel de movilización logrado en la confrontación bélica, dado que llenó el vacío sentido por muchos jóvenes. Frente al materialismo y el individualismo ofrecidos por la vida burguesa, la lucha por la patria ensalzaba unos valores diametralmente opuestos. Acudir al frente se convirtió para buena parte de la juventud en una forma de librarse de las “patologías” que afectaban a la sociedad en la que vivían. En este sentido, ha de entenderse que algunos jóvenes fueron al frente en agosto de 1914 embriagados por un auténtico sentimiento de euforia.¹² La guerra se convirtió para muchos en un “test de masculinidad”, una oportunidad para poner a prueba su hombría en contraposición a la pusilanimidad de los que no iban a la guerra.¹³ De este modo, se creaba una “comunidad del frente” conformada por aquellos que convivían en las trincheras, en torno a la cual quedaron sólidamente establecidos lazos de camaradería y hermandad merced a la sangre derramada. Aunque muchos individuos descubrieron que la realidad de los campos de batalla no se correspondía con la imagen idealizada de la contienda que se habían fabricado, la huella de la guerra marcaría definitivamente a los que la vivieron.¹⁴ El sentimiento de camaradería nacido en las trincheras y la convicción de que la guerra había sido un episodio de regeneración personal y nacional llevó a una sacralización del hecho bélico y al nacimiento de lo que George L. Mosse llamó “el mito de la experiencia de guerra”.¹⁵

Cuando terminó la guerra, los soldados –ahora convertidos en excombatientes– se incorporaron a una sociedad que les era extraña y, aunque muchos trataron de preservar su identidad mediante el culto a los caídos o la sacralización de la guerra, se sintieron incomprendidos y rechazados.¹⁶ Los sentimientos que habían conformado su

¹¹ RENOUVIN, Pierre. *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial*. Madrid, Akal, 1990 [1969], pp. 118-131; Un claro ejemplo de ello es el caso italiano: GENTILE, Emilio. *La Grande Italia. Il mito della nazione nel XX secolo*. Roma-Bari, Laterza, 2009 [2006], pp. 109-122.

¹² LEED, Eric J. *No man's land. Combat and identity in World War I*. Nueva York, Cambridge University Press, 1979, pp. 39-72.

¹³ MOSSE, George L. *La imagen del hombre. La creación de la masculinidad burguesa*. Madrid, Talasa, 2001, pp. 127-129.

¹⁴ La Primera Guerra Mundial generó importante literatura escrita por los combatientes. Una interpretación exaltadora de la experiencia bélica puede verse en JUNGER, Ernst. *Tempestades de acero*. Barcelona, Tusquets, 1998 [1983]; frente a ello, un testimonio de desprecio hacia la contienda es el de REMARCHE, Eric María. *Sin novedad en el frente*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1968 [1929].

¹⁵ MOSSE, George L. “Two World Wars and the Myth of the War Experience”, *Journal of Contemporary History*, 21, 1986, pp. 491-513; y del mismo autor *Fallen soldiers: reshaping the memory of the World Wars*. Nueva York, Oxford University Press, 1990, Capítulo 2.

¹⁶ WINTER, Jay. “Shell-shock and the Cultural History of the Great War”, *Journal of Contemporary History*, 35:7, 2000, pp. 7-11.

“cultura de guerra” fueron un caldo de cultivo idóneo para que las propuestas alternativas a la sociedad burguesa cuajaran entre determinados sectores sociales. Es cierto que el movimiento excombatiente no siempre se alineó con los proyectos ultranacionalistas y que en algunas naciones evolucionaron hacia movimientos de carácter pacifista.¹⁷ Pero también lo es que la camaradería o el sacrificio vivido en el campo de batalla se trasladaron a la vida cotidiana, generando un proceso de “brutalización”, que se tradujo en una extrapolación del lenguaje del campo de batalla a la escena política y una pervivencia de su “cultura de guerra” más allá de los límites de la contienda¹⁸

A este sentimiento de decadencia se sumó la crisis sufrida por los sistemas políticos europeos durante los años veinte. El parlamentarismo se antojó insuficiente para dar respuesta al “problema de la modernidad” y gestionar tanto la derrota –por ejemplo en Alemania– como la victoria –como ocurrió en Italia–.¹⁹ Además, importantes grupos sociales confirmaron su desconfianza en los sistemas democráticos al quienes muchos culpabilizaban de la guerra y consideraban incapaces de atajar el avance del movimiento obrero por el viejo continente. En su lugar, muchos individuos y grupos sociales optaron por soluciones de carácter antiliberal y antidemocrático defensoras de valores tales como la paz, el orden, la nación, la fe, la tierra o la tradición, que para ellos resultaban imprescindibles. Las alianzas de poder establecidas en cada nación fueron fundamentales a la hora de determinar el tipo de régimen establecido. Cuando la democracia parlamentaria se mostró débil y grupos como el campesinado o la burguesía urbana dejaron de apoyarla, triunfaron las propuestas autoritarias.²⁰ En este

¹⁷ Por ejemplo en el caso francés: PROST, Antoine. “The Impact of the War on French and German Political Cultures”, *The Historical Journal*, 37:1, 1994, pp. 209-217. Un análisis del papel desempeñado por los excombatientes en el surgimiento del fascismo en: ALCALDE FERNÁNDEZ, Ángel. “Experiencias de guerra y fascismos. Los excombatientes de Europa y España (1914-1945): una introducción comparativa”, en FRÍAS, Carmen, LEDESMA, José Luis y RODRIGO, Javier (eds.). *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales. Actas del VII Congreso de Historia Local de Aragón*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011.

¹⁸ BARTOV, Omer. *Mirrors of destruction. War, genocide and modern identity*. Nueva York, Oxford University Press, 2000, pp. 16-17; MOSSE, George L. *Fallen soldiers... Op. Cit.*, pp. 160-163. Sobre la “cultura de guerra” es esencial AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane y BECKER, Anette. *14-18: Understanding the Great War*. Nueva York, Hill and Wang, 2002.

¹⁹ Entre importantes sectores de la sociedad italiana cuajó el mito de la “victoria mutilada”, puesto que, aun formando parte del bando vencedor, Italia no habría obtenido todo lo esperado: GUERRI, Giordano Bruno. *Fascisti. Gli italiani di Mussolini. Il Regime degli italiani*. Milán, Mondadori, 1995, pp. 59-61.

²⁰ MAIER, Charles S. *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*. Madrid, Ministerio de Trabajo, 1988 [1971], pp. 20-25; LUEBBERT, Gregory M. *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*. Zaragoza, PUZ, 1997 [1991], pp. 25-26 y 484 y ss.; MAZOWER, Mark. *La Europa Negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Madrid, Ediciones B, 2001, pp. 24-26.

clima, los proyectos palingenésicos que aspiraban a regenerar en su totalidad la sociedad existente tenían mayores posibilidades de éxito. Fue el caso de las propuestas fascistas basadas en concepciones míticas como la regeneración nacional, la exaltación de la juventud o la sacralización de la guerra que atrajeron a importantes sectores de la población y ofrecieron las respuestas a los problemas sociales que los regímenes parlamentarios parecían incapaces de dar. Sus postulados antiliberales y antimaterialistas resultaban más adecuados no solo para la integración de las masas y de todo el contingente movilizado como consecuencia de la Gran Guerra, sino para hacer frente al avance de los revolucionarios de izquierda.²¹ Incluso entre algunos miembros pertenecientes al catolicismo tradicional, el fascismo se convirtió en una opción a considerar frente al decadente parlamentarismo. De hecho, los sectores conservadores demostraron en muchos casos que podían convivir perfectamente con los fascistas, ya que, a pesar de mantener disputas más o menos abiertas, estaban unidos por importantes intereses comunes.²²

En España, la neutralidad mantenida durante la Gran Guerra impidió la penetración de sentimientos similares entre los ciudadanos. Pero que España no entrase en la guerra no significa que la guerra no entrase en España. La contienda europea estuvo en el centro de las preocupaciones de los partidos dinásticos y de buena parte de la sociedad que entendía el conflicto como un choque entre dos visiones diferentes del mundo. La opinión pública española quedó polarizada entre unas derechas partidarias en su mayoría de los Imperios centrales y unas izquierdas alineadas en torno a la Entente.²³ Junto a ello, la no participación en la guerra tuvo unas importantes consecuencias económicas para España que evidenciaron las diferencias sociales y regionales que reinaban en el país. Mientras que para los terratenientes y grandes industriales – especialmente para la burguesía catalana– la neutralidad de España durante la guerra

²¹ GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism*. Londres y Nueva York, Routledge, 1991; MANN, Michael. *Fascistas*. Valencia, PUV, 2006; GENTILE, Emilio. *Il fascismo in tre capitoli*. Bari, Laterza, 2007, Capítulo 3.

²² POLLARD, John. “Clerical fascism: Context, overview and conclusion”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 8:2, 2007, pp. 434-435; BLINKHORN, Martin. “Introduction. Allies, rivals or antagonists? Fascists and conservatives in Modern Europe”, en id. *Fascists and conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe*, Londres, Unwin Hyman, 1990, pp. 1-14. MORO, Renato. “Il mito dell’Imperio in Italia fra universalismo cristiano e totalitarismo”, en MENOZZI, Daniele y MORO, Renato (ed.). *Cattolicesimo e totalitarismo. Chiese e culture religiose tra le due guerre mondiali. (Italia, Spagna, Francia)*. Brescia, Morcelliana, 2004 [1998], pp. 365 y ss. Véase también COBO ROMERO, Francisco. *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939*. Granada, Universidad de Granada, 2012.

²³ ROMERO SALVADÓ, Francisco J. *España 1914-1918: Entre la guerra y la revolución*. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 11 y ss.

provocó un aumento de su riqueza, los campesinos y el proletariado siguieron viviendo en una situación de miseria.²⁴ Sin embargo fue un acontecimiento exterior el que llevó las divisiones sociales a sus más altos niveles: el triunfo de la Revolución Rusa en 1917. La victoria proletaria en el Este de Europa supuso un acicate para las clases más humildes y los obreros, esperanzados ante la posibilidad de revertir la situación social existente y extendió los “pánicos morales” entre las clases acomodadas y la burguesía, preocupadas por la extensión del obrerismo y la revolución.²⁵ En España los temores se desataron con el denominado “trienio bolchevique” (1918-1921), caracterizado esencialmente por un conjunto de insurrecciones obreras y campesinas que serían violentamente aplastadas, paralizando el desarrollo de los movimientos y generando un importante resentimiento entre las clases bajas necesitadas de tierras y mejoras sociales.²⁶ No resulta extraño que, en ciudades como Granada, los elementos conservadores vieran atemorizados la agitación producida en la ciudad en febrero de 1919, fruto del descontento contra el sistema.²⁷

Al inicio de los años veinte, era evidente la incapacidad del sistema canovista para contener el impulso del movimiento obrero y promover una reforma democrática y social que resolviera los problemas que afectaban a los más modestos españoles. La carencia de una “cultura de guerra” como la adquirida por las naciones que habían participado en la Gran Guerra, imposibilitó el surgimiento de grupos fascistas.²⁸ Pero esto no quiere decir que el país no se viera influido por la ola autoritaria que inundó la Europa de la posguerra. Durante la década, Hungría, Italia, Portugal, Grecia, Polonia, Yugoslavia y la propia España se convirtieron en dictaduras contrarrevolucionarias. En el caso español, Alfonso XIII optó por una solución autoritaria y no reformista a la crisis de la Restauración, auspiciando la implantación de la dictadura dirigida por el general Miguel Primo de Rivera desde 1923. La llegada de la dictadura fue vista con buenos ojos por muchos ciudadanos, especialmente por los pertenecientes a los estratos

²⁴ ROMERO SALVADÓ, Francisco J. “Spain and the First World War: The Structural Crisis of the Liberal Monarchy”, *European History Quarterly*, 25, 1995, pp. 532-534.

²⁵ LUEBBERT, Gregory M. *Liberalismo, fascismo... Op. Cit.*, pp. 338 y ss.

²⁶ Para el trienio bolchevique en Andalucía véase DELGADO LARIOS, Almudena. “¿Problema agrario andaluz o cuestión nacional? El mito del Trienio Bolchevique en Andalucía (1918-1920)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 13, 1991, pp. 97-124; y GONZÁLEZ, María Ángeles. “La construcción de un mito. El Trienio Bolchevique en Andalucía” en GONZÁLEZ DE MOLINA NAVARRO, Manuel y CARO CANCELA, Diego (Eds.). *La utopía racional: estudios del movimiento obrero andaluz*. Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 175-220.

²⁷ TUSELL, Javier. “El sistema caciquil andaluz comparado con otras regiones españolas (1903-1923)”, *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 2, 1978, p. 9.

²⁸ BLINKHORN, Martin. “The Iberian States” en MÜLHBERGER, Detlef. (ed.). *The social basis of European Fascists movements*. Nueva York, Croom Helm, 1987, pp. 322-323.

altos y medios de la sociedad, que veían en él ese “cirujano de hierro” capaz de levantar el país. Apoyándose en la religión y el nacionalismo, el régimen fue el primer ensayo del nacionalcatolicismo en España. La dictadura fue un nuevo proyecto de nacionalismo español que aun defensor de los valores tradiciones, se vio importantemente influido por las ideas fascistas europeas. No obstante, cuando la dictadura cayó a inicios de 1930, había marcado el camino por el que años más tarde transitaría el franquismo. Durante la etapa primorriverista se había puesto de relieve la importancia del uso de propaganda y los rituales para la nacionalización de los ciudadanos, se había forjado la identificación del nacionalismo español con la religión católica, extendida especialmente entre muchos miembros del Ejército español que habían adquirido una experiencia de guerra en las campañas de Marruecos.²⁹

En 1930 había muchas dudas por despejar, pero una cosa estaba clara: que el orden político y social existente no podía continuar intacto. En una sociedad profundamente polarizada, las elecciones del 12 de abril de 1931 se convirtieron en un auténtico plebiscito entre Monarquía o República. Dos días más tarde, el 14 de abril, España amanecía envuelta en un entusiasmo sin precedentes: la II República española había sido proclamada. La llegada del nuevo régimen fue concebida por la mayor parte de la ciudadanía como una oportunidad esperanzadora para frenar la decadencia y emprender la regeneración de España definitivamente. A pesar de ello, la situación internacional no era la más favorable. La crisis económica de 1929 lastró de manera importante la gestión y la puesta en marcha de las reformas y perjudicó a amplios colectivos sociales. Además, su llegada se producía en un contexto donde las propuestas autoritarias tenían mejor acogida que las soluciones de carácter democrático, por lo que la II República nadaba contracorriente. Pero el entusiasmo reinante permitió vadear estas dificultades y otras derivadas de la existencia de una estructura social tradicional y la permanencia de los pilares del antiguo régimen. Los dirigentes republicanos se propusieron llevar a cabo las necesarias reformas que permitieran a España alcanzar la

²⁹ Véase especialmente QUIROGA, Alejandro. *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. CEPC, 2008; y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria*. Madrid, Alianza, 2005; Una interpretación más clásica es la de BEN-AMI, Sholomo. *Fascism from above: The dictatorship of Primo de Rivera in Spain, 1923-1930*. Oxford, Clarendon Press, 1983. En el caso de Granada serían los notables locales, unidos a jóvenes pertenecientes a las familias económicas y políticas de la ciudad los que formarían el grueso de la Unión Patriótica y sustentarían la Dictadura: LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario. *Granada (1930-1931) De la dictadura a la República*. Granada, Ediciones TAT, 1990, pp. 50-1. Para la influencia de la guerra de Marruecos: BALFOUR, Sebastian. *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Península, 2002.

modernidad, la democracia y la reforma social, lo cual suscitó la oposición de las elites dominantes. En menos de un año la nación española había avanzado más en esta dirección que en los dos siglos precedentes.³⁰

La Ley de Reforma Militar impulsada por Manuel Azaña levantó una notable oposición dentro del Ejército. Su aplicación perseguía convertir a las fuerzas armadas en una institución profesional, eliminando el exceso de oficialía existente. A pesar de ser una reforma necesaria y en buena medida generosa con los oficiales retirados, la forma en la que procedió el Gobierno para su aplicación y las líneas esenciales de la misma obtuvieron la oposición de las jerarquías militares, al ver amenazada la situación privilegiada de la que gozaban.³¹ Tampoco resultó exenta de polémica la Ley de Reforma Agraria. La resolución al problema de la tierra en España era muy esperada por amplios sectores del campesinado español y, de manera especial, por las zonas rurales del sur del país. El objetivo principal de la misma era el reajuste de las desigualdades económicas existentes, mediante una distribución más equitativa de la tierra necesaria para elevar las condiciones de vida de las clases modestas. Sin embargo, la compleja estructuración de la propiedad en España, la oposición de los propietarios y la timidez en su aplicación por parte del Gobierno impidieron un desarrollo adecuado de la reforma e hicieron que tuviera un alcance muy limitado. Mientras muchos propietarios la percibieron como una aplicación de medidas revolucionarias en contra de sus intereses, los jornaleros se sintieron profundamente decepcionados.³² Los sucesos de Castilblanco (Badajoz), Arnedo (Logroño) y, más tarde, Casas Viejas (Cádiz) constituyeron las manifestaciones violentas del enfrentamiento en el campo, que fueron duramente reprimidas. Todo lo cual extendió el miedo a la revolución entre las derechas y la desconfianza de las izquierdas hacia el sistema, que empezó a considerar a la República como una democracia burguesa.³³

³⁰ PRESTON, Paul. *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*. Madrid, Turner, 1979; ROMERO SALVADÓ, Francisco J. *La larga guerra... Op. Cit.*, pp. 37-38; GRAHAM, Helen. *Breve historia de la Guerra Civil*. Madrid, Espasa Calpe, 2006, p.28.

³¹ ALPERT, Michael. *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*. Madrid, Siglo XXI, 1982. LÓPEZ RAMÓN, Fernando. "Las reformas militares de Azaña" en VV. AA. *Las reformas administrativas en la II República*, Madrid, Ministerio de Administraciones Públicas, 2009, pp. 89-94.

³² COBO ROMERO, Francisco *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003; y DEL REY, Fernando. *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

³³ MALEFAKIS, Edward. *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona, Ariel, 1971; ROBLEDO, Ricardo. "La Reforma Agraria de la Segunda República Española: ideas y hechos", *XV Encuentro de Economía Pública*, Salamanca, 2008. Sobre las revueltas véase por ejemplo: GIL ANDRÉS, Carlos. *La República en la plaza: los sucesos de Arnedo de 1932*. Logroño,

Las medidas tomadas respecto a la Iglesia Católica también encontraron el rechazo frontal de amplios sectores sociales. A la aprobación del divorcio y del matrimonio civil, la disolución de la compañía de Jesús y el apartamiento del clero del campo de la enseñanza, se le unieron decisiones de carácter simbólico tales como la retirada de símbolos religiosos de los espacios públicos, las limitaciones impuestas a los entierros católicos o las dificultades para la celebración de ceremonias religiosas. Estas reformas trataban de introducir transformaciones profundas en una institución que no había cambiado durante siglos, necesarias para la modernización y democratización del país. Sin embargo, la II República se vio desbordada, porque paralelamente a la toma de estas medidas se produjo una secularización “desde abajo” con perfiles realmente más violentos. Estos fueron los episodios de anticlericalismo e iconoclastia que recorrieron ciudades y pueblos españoles en momentos muy delimitados.³⁴

Lejos de conseguir derribar el orden establecido, la intentona golpista de Sanjurjo en el verano de 1932 renovó los entusiasmos de la República y descongeló el desarrollo de las reformas. Sin embargo, en noviembre de 1933, fueron las derechas, conformadas por el Partido Radical de Lerroux y por la CEDA de Gil Robles, las que llegaron al poder. El primer y principal objetivo fue el desmontaje de todas las reformas realizadas hasta el momento. Por su parte, las izquierdas no republicanas protagonizaron en octubre de 1934 un auténtico intento de revolución social con epicentro en Asturias, cuyo sangriento desenlace se saldó con más de mil muertos y dos mil heridos. Si Asturias supuso para la izquierda la constatación de que no tenía fuerza suficiente para institucionalizar la revolución, para la derecha, se convirtió en la espina dorsal de su discurso antiizquierdista y antirrevolucionario, en medio del proceso de radicalización que estaban experimentando. A estas alturas, la CEDA mostraba cada vez con más frecuencia un lenguaje violento y una retórica y estética fascistizadas. Además de la CEDA, otros grupos como Falange Española, Renovación Española o la Comunión Tradicionalista, hicieron de la violencia el elemento clave para la resolución de

Instituto de Estudios Riojanos, 2002. Para el caso granadino LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario. *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*, Córdoba, Ediciones Libertarias, Ayuntamiento de Córdoba, 1995.

³⁴ DE LA CUEVA MERINO, Julio. “Cuestión republicana, religión y anticlericalismo: un marco interpretativo para las políticas laicistas de los años treinta”, en DORONDA, Javier y MAJUELO, Emilio (eds.). *Cuestión religiosa y democracia republicana en España*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2007 pp. 41-68; DELGADO RUIZ, Manuel. “Anticlericalismo, espacio y poder. La destrucción de los rituales católicos, 1931-1939”, *Ayer*, 27, 1997 pp. 149-180. Para Granada BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel. *Iconoclastia (1930-1936). La ciudad de Dios frente a la modernidad*. Granada, Universidad de Granada, 2007.

problemas, contribuyendo a la brutalización de la escena política, que tendría sus más enconadas manifestaciones tras el triunfo del Frente Popular.³⁵

Los comicios de febrero de 1936 fueron vistos por izquierdas y derechas como una batalla final por la supervivencia. La campaña se desarrolló en medio de un clima marcado por la crispación y la exaltación dialéctica tanto de unos como de otros. Los resultados de las elecciones evidenciaron la división del país. Entre los damnificados por la contrarreforma legislativa de las derechas, el triunfo del Frente Popular fue recibido con entusiasmo. Por el contrario, la derrota sufrida por las derechas les hizo llegar a la conclusión de que las urnas ya no eran una opción y de que la violencia era el medio para alcanzar el poder. Las reivindicaciones de los obreros no podían esperar y España se vio envuelta en una oleada huelguística de grandes dimensiones. Aunque el nivel de conflictividad social fue menor que el del periodo 1931-1933, los ánimos estaban mucho más exaltados. Los nuevos brotes de iconoclastia y el aumento de la violencia callejera fueron suficientes para que el periodo del Frente Popular fuera concebido como un periodo de caos y constante “atropellos” hacia las personas de orden. El 18 de julio se producía el violento final de la experiencia republicana. Durante sus cinco años de vida, la República apenas logró encontrar la estabilidad necesaria para llevar a buen puerto las reformas que le hacían falta al país. Si para unos sectores el alcance de las mismas resultaba muy limitado, para otros era verdaderamente excesivo. Cuando la democracia fue derribada, ésta no vivía su mejor momento, la sociedad española estaba muy fragmentada, la convivencia bastante deteriorada y algunas fuerzas políticas de derecha y de izquierda mostraban su hostilidad hacia el sistema democrático. Pero no fue la presunta incapacidad de integración de la República, el “déficit de legitimidad” o las “carencias democráticas” del sistema las que hicieron imposible el triunfo de la experiencia democrática y desencadenaron su violenta caída, sino que, por el contrario, fue un golpe militar, iniciado desde arriba y desde dentro por

³⁵ GONZALEZ CALLEJA, Eduardo. “Aproximación a las subculturas violentas de las derechas republicanas españolas (1931-1936)”, *Pasado y Memoria*, 2, 2003, pp. 107-141; del mismo autor “La violencia y sus discursos: los límites de la fascistización de la derecha española durante el régimen de la II República”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 85-116. Sobre la radicalización de la JAP: BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, José María. “El ruido de las nueces: La Juventud de Acción Popular y la movilización *cívica* católica durante la Segunda República”, *Ayer*, 59, 2005, pp. 123-145; sobre la violencia carlista: CANAL, Jordi. “La violencia carlista tras el tiempo de las carlistadas: nuevas formas para un nuevo movimiento” en JULIÁ, Santos (coord.). *Violencia política en la España del siglo XX*. Madrid, Taurus, 2000, pp. 25-66.

militares sediciosos y apoyados por las derechas, lo que acabó con la II República y dio lugar a la Guerra Civil.³⁶

Los prolegómenos del 18 de julio en Granada fueron también violentos. Las elecciones de febrero de 1936 se saldaron con el triunfo de la candidatura derechista. Pero las elecciones en la provincia no se caracterizaron por su limpieza. En algunos pueblos, grupos armados impidieron a algunos vecinos ejercer su derecho al voto y, en la capital, se produjo el robo de urnas en algunos colegios electorales.³⁷ Las protestas de las izquierdas no se hicieron esperar, culminando con una gigantesca concentración de casi 100.000 personas el día 8 de marzo, en la que pedían la anulación de los resultados y la repetición de las elecciones. El estado de crispación en que vivía Granada era evidente y en las jornadas siguientes los altercados se sucedieron en la ciudad. El día 9 de marzo, un grupo de pistoleros falangistas dispararon sobre las familias obreras reunidas en la céntrica plaza del Campillo.³⁸ Los grupos de izquierdas más exaltados respondieron con el ataque a los locales “derechistas” de la ciudad, la sede de Falange, el diario católico *Ideal* y a varias iglesias del casco urbano. Aunque las fuerzas de seguridad del Estado detuvieron cerca de 300 personas, fueron acusadas de haber permanecido pasivas ante los ataques. La crisis se resolvió con la destitución del comandante militar de la plaza, Eliseo Álvarez Arenas, y del Gobernador Civil, Aurelio Matilla. Sin embargo, los sucesos de la primavera del 36 en Granada, llevaron el miedo a la revolución a sus máximos niveles, reforzando la opción de acabar violentamente con la República.

La decisión de las Cortes de repetir las elecciones en Granada por haber comprobado la existencia de irregularidades creó tanto entusiasmo en las izquierdas como ira en las derechas. Los nuevos comicios, celebrados en mayo, dieron un rotundo triunfo a la candidatura de la izquierda, facilitado por la ausencia de la derecha en los

³⁶ PRESTON, Paul. *La destrucción de la democracia en España... Op. Cit.*; SAZ, Ismael. “El primer franquismo”, *Ayer*, 36, 199, p. 207. La interpretación que defiende la caída de la II República como consecuencia de las disfunciones del sistema político y el “sectarismo republicano” en ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y VILLA GARCÍA, Roberto. *El precio de la exclusión. La política durante la II República*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2010.

³⁷ GIBSON, Ian. *Granada en 1936 y el asesinato de Federico García Lorca*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 49-50; *El Defensor de Granada*, 21-2-1936. En otras provincias también se registraron coacciones por parte de la derecha: ÁLVAREZ GÓMEZ, María Concepción. “La derecha ourensana ante las elecciones del Frente Popular”, *Actas del Congreso Internacional La España del Frente Popular. Política, sociedad, cultura y conflicto*, Getafe, Universidad Carlos III, 2011, pp. 72-83.

³⁸ *Defensor de Granada*, 10-3-1936; De todos los falangistas implicados solo fueron procesados tres y no tanto por los hechos como por carecer de guías y licencias de armas de fuego. Todos fueron absueltos: ARCG, Audiencia Provincial, Sección Criminal, Libro 1097, Sentencia 16, 1939.

mismos por entender que el sistema electoral estaba viciado.³⁹ Las autoridades granadinas contemplaron cómo, con el paso de los días, la situación era cada vez más inestable. Mientras las izquierdas mostraban un mayor radicalismo, las derechas se organizaban para la sublevación. Ante el “ruido de sables”, el Gobernador Civil, Ernesto Vega, se vio obligado a acuartelar a las fuerzas militares. Por su parte, los falangistas se reorganizaron rápidamente y vieron como sus cuadros se engrosaban a pasos agigantados.⁴⁰ A pocos días de la sublevación llegaron a la ciudad un nuevo Gobernador Civil, César Torres Martínez, un nuevo Gobernador Militar, Miguel Campins Aura, y un nuevo alcalde, Manuel Fernández-Montesinos. La inestabilidad que había caracterizado a los principales cargos granadinos durante buena parte del periodo republicano cavó la tumba del régimen en la capital. El 18 de julio se iniciaba el fin de la República.

2. Inevitable y necesaria: la Guerra Civil como mito originario del franquismo

Cuando en la tarde del 17 de julio un grupo de militares iniciaba los primeros movimientos conspiratorios en el norte de África, no se imaginaban que aquello era el comienzo de una cruenta guerra de casi tres años de duración. Al contrario, con el golpe de Estado los sublevados pretendían aniquilar la experiencia republicana y hacerse con el mando del país de la manera más rápida posible.⁴¹ Unos días más tarde quedaba evidenciado que acabar con la República costaría más sudor y sangre de los esperados. Y, paradójicamente, la guerra que se desencadenaba en el verano de 1936 iba a resultar decisiva en la configuración final del régimen de Franco. La huella del frente de batalla quedaría indeleblemente impregnada en la piel del franquismo. La Guerra Civil supuso el origen de todo, el “mito fundacional” de un régimen que, teniendo rasgos de sistemas

³⁹ ALARCÓN CABALLERO, José Antonio. *El movimiento obrero en Granada durante la II República, 1931-1936*, Granada, Diputación Provincial, 1990, pp. 127-152; LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario y GIL BRACERO, Rafael. *Caciques contra socialistas. Poder y conflictos en los Ayuntamientos de la República*. Granada, Diputación Provincial, 1997; otras interpretaciones sostienen que las irregularidades denunciadas por las izquierdas en las elecciones de febrero de 1936 en Granada eran infundadas, mientras que en mayo de 1936 incurrieron en prácticas fraudulentas para ganar, a pesar de la ausencia de las derechas: VILLA GARCÍA, Roberto. “The Failure Electoral Modernization: The Elections of May 1936 in Granada”, *Journal of Contemporary History*, 44, 2009, pp. 201-229.

⁴⁰ GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada: liquidación de la experiencia republicana y los orígenes del franquismo*. Tesis doctoral, Universidad de Granada, 1995, pp. 385 y ss.; MOLINA FAJARDO, Eduardo. *Los últimos días de García Lorca*. Barcelona, Plaza & Janés, 1983, pp. 111-119 y 226-228.

⁴¹ ARÓSTEGUI, Julio. *Por qué el 18 de julio... Y después*. Barcelona, Flor del Viento, 2006, p. 267.

anteriores, era, en gran parte, algo completamente nuevo. En definitiva, la contienda fue presentada como la solución definitiva a todos los problemas que aquejaban a la nación española y convertida en un acontecimiento necesario e inevitable que otorgaba al franquismo su “legitimidad de origen”.⁴²

La guerra iniciada en 1936 tenía varias dimensiones. No se trataba solo de una confrontación militar, sino una mezcla de tensiones de clase, enfrentamientos religiosos y conflictos culturales e ideológicos que afectaba a buena parte del continente europeo.⁴³ En cierta manera, la contienda era el resultado de una coyuntura histórica en la que se mostró la incapacidad para resolver políticamente las tensiones sociales existentes, solucionar conflictos larvados y explícitos y alejar temores de la más diversa procedencia. El 18 de julio de 1936 confluyeron muchos miedos en España. Amplios sectores sociales interpretaron que el derribo violento de la II República era la única salida a la deteriorada situación del país.⁴⁴ La intensidad de los conflictos existentes en el interior de la sociedad española provocó el sobredimensionamiento de la guerra. La lucha fue presentada como una batalla de perfiles universales en la que no solo estaba en disputa la victoria militar y el reparto de unas cuotas de poder, sino el propio destino de la nación española. Era, en esencia, una interpretación de la guerra enormemente mitificada que, en un momento de enorme exaltación emocional como aquél, encontró una audiencia que no hubiera existido en una coyuntura más sosegada.⁴⁵

Inmediatamente producido el golpe de Estado, los insurgentes se vieron en la necesidad de justificar la sublevación y la violencia ejercida contra la República para encubrir la verdadera naturaleza de lo que se trataba: una rebelión armada contra un régimen legítimo y democráticamente constituido. ¿Cuáles fueron las razones o las “justificaciones” a las que apelaron los sublevados en búsqueda de una legitimidad? En primer lugar, para los insurgentes el levantamiento en armas contra la República se

⁴² AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza, 1996, p. 64. AMPUDIA DE HARO, Fernando. “La cultura de guerra franquista como pauta de regulación conductual”, *Amnis*, 10, 2011.

⁴³ CASANOVA, Julián. “Guerra civil ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado”, *Historia Social*, 20, 1994, pp. 135-150.

⁴⁴ ARÓSTEGUI, Julio. “Traumas colectivos y memorias generacionales”, en Id., y GODICHEAU, François. *Guerra Civil. Mito y memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 73-74; GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y MARCO, Jorge. *La obra del miedo*. Madrid, Península, 2011, pp. 316-317.

⁴⁵ Para el sobredimensionamiento de la guerra véase COBO ROMERO, Francisco. “El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 135-136; los momentos bélicos son ideales para que aquellos que propugnan soluciones fanáticas sean escuchados en detrimento de quienes apuestan por la templanza: WALDMANN, Peter. “Dinámicas inherentes a la violencia política desatada” en Id., y REINARES, Fernando. *Sociedades en Guerra Civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 87-89.

justificaba ante el estallido de una revolución de izquierdas que se presentaba como inminente. De esta forma, el “Alzamiento Nacional” quedó transformado en una “contrarrevolución preventiva” de inevitable realización si se quería impedir que las fuerzas revolucionarias de izquierda se hicieran con el control de la nación. Presuntamente, los militares se rebelaban con el objetivo de evitar males mayores a España ya que, con su “heroica” forma de proceder, frenaban el ejercicio de la violencia izquierdista sobre la población y evitaban la implantación del “extraño” modelo de nación que se hubiera producido en caso de un hipotético triunfo de revolución obrerista.⁴⁶

Pero fue en el marco local donde tales justificaciones cobraron más fuerza, pues era en los pueblos y en las ciudades donde se les “ponía cara” a los “enemigos de España”. El Comisario jefe del Cuerpo General de Policía de Granada, Roque Rivero López, afirmó tras la contienda que “a partir de noviembre de 1935” empezaron a observarse movimientos exaltados por parte de las izquierdas, “excitaciones que se tradujeron en la apertura de las casas del pueblo de la provincia y de los Sindicatos afectos a la CNT”. El militar Eduardo López Nebrera aseguró que en la Casa del Pueblo de la capital situada en Compás de San Jerónimo “se estuvieron repartiendo armas a los terroristas, desde las 10 de la noche en adelante, en los primeros días de julio” de 1936. Y en la ciudad corría el rumor de que el ingeniero republicano José Santacruz había colocado minas bajo el casco urbano para volar la ciudad por los aires.⁴⁷ A juicio de los insurgentes, todo respondía a un plan milimétricamente calculado por el Gobierno frentepopulista y sus “secuaces” provinciales. Según el testimonio del que fuera director de *Ideal*, Aquilino Morcillo, a la capital granadina habían llegado instrucciones muy concretas por parte de las autoridades del Frente Popular a mediados del mes de mayo. Prueba de ello, era el hallazgo de unos supuestos documentos localizados en el domicilio particular de Alejandro Otero, Catedrático de Medicina y destacado líder

⁴⁶ La teoría de la inminente revolución comunista está muy presente en la literatura del bando franquista y también entre los autores del revisionismo franquista: ARRARÁS, Joaquín. *Historia de la Cruzada Española*. Madrid, Ediciones Españolas, 1944; y MOA, Pío. *Los mitos de la Guerra Civil*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2003. Sus teorías quedan completamente desmontadas en SOUTHWORD, Herbert. *El lavado de cerebro de Francisco Franco: conspiración y Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000. Véanse así mismo las interesantes reflexiones de MORADIELLOS, Enrique. “Revisión histórica crítica y revisionismo político presentista: el caso español”, en Josefina Cuesta (dir.). *Memorias históricas de España (siglo XX)*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2007, pp. 372-388; y de RODRIGO, Javier. “Los mitos de la derecha historiográfica: Sobre la memoria, la Guerra Civil y el revisionismo a la española”, *Historia del Presente*, 3, 2004, pp. 185-195.

⁴⁷ El testimonio de Rivero López en ARCG, Preparación de la Causa General de la provincia de Granada, Pieza Segunda, “Testimonios del Alzamiento en Granada que constan en la pieza principal”, 3-10-1942. El de López Nebrera en MOLINA FAJARDO, Eduardo. *Los últimos días... Op. Cit.*, p. 123.

socialista. La “camarilla” de Otero, que estaría compuesta por los ugetistas José Lupiáñez y Antonio Rus, el secretario de la UGT de Ciudad Real y el “revolucionario profesional” asturiano, Ángel González Lastra, formaría el grueso del grupo encargado de hacer realidad la conquista izquierdista del poder. Contradictoriamente, los franquistas aseveraban que Alejandro Otero se inventaba la existencia de “complots fantasmagóricos” por parte de las fuerzas militares como una manera de presionar al Gobernador Civil para llevar a cabo sus “perversos planes”.⁴⁸ Aunque la posibilidad de una sublevación obrerista fuera completamente irrealizable, el “mito de la revolución inminente”, así como la descripción de las reformas republicanas como revolucionarias, logró un considerable éxito entre los apoyos del régimen.

Además de inevitable, los rebeldes calificaron el golpe de Estado como necesario. Diferentes motivos llevaron a los militares insurgentes y a sus apoyos sociales a la creencia de que la solución de fuerza era la única salida posible a la crisis que vivía el país. En tales circunstancias, el “Alzamiento Nacional” fue entendido como el revulsivo necesario a la depauperada evolución de la nación española. Incluso, cuando el golpe de Estado se transformó en guerra, los sublevados advirtieron en ella un potencial regenerador. Las ideas de regeneración nacional estaban presentes en el imaginario de las derechas españolas y europeas desde hacía algunas décadas. Se trataba del pensamiento de inspiración *menéndezpelayista* que recorrería las páginas de *Acción Española* defendiendo unas rígidas concepciones ultranacionalistas y ultracatólicas. Éstos pasaban por una vuelta a las esencias hispanas, a la tradición, a la religión católica, como plataforma desde la que poner freno a la decadencia que, a su juicio, atravesaba la nación española desde hacía tiempo.⁴⁹ Pero en las mentes de los elementos más conservadores no había cabida para una revolución profunda de la patria que pudiera poner en peligro algunos cimientos considerados por ellos como esenciales. Los vientos revolucionarios venían de fuera del país, impulsados por las ideologías fascistas triunfantes en Italia o Alemania. La convergencia de ambos proyectos regeneradores –el

⁴⁸ GOLLONET MEGÍAS, Ángel. y MORALES LÓPEZ, José. *Rojo y azul en Granada*. Granada, Librería Prieto, 1938, pp. 47-52; *Hoja oficial del Lunes*, 13-2-1939; ARCG, Preparación de la Causa General de la provincia de Granada, Pieza Segunda, “Testimonios del Alzamiento en Granada que constan en la pieza principal”, 3-10-1942

⁴⁹ Véase MORODO, Raúl. *Los orígenes ideológicos del franquismo. Acción Española*. Madrid, Alianza, 1985.

fascista y el conservador– sería decisiva en la concepción “fascistizada” de la guerra que tuvo el franquismo y en la consideración palingenésica de la violencia.⁵⁰

Siguiendo estas ideas, los rebeldes llegaron a la convicción de que España se hallaba sumida en una profunda crisis en todos los aspectos. Son precisamente los momentos de decadencia los idóneos para que el mito palingenésico arraigue.⁵¹ Los sistemas fascistas de Italia o Alemania habían detectado el momento de la decadencia en la profunda quiebra de valores, regresión económica y crisis política que había surgido al término de la Gran Guerra en 1918. En este contexto las propuestas palingenésicas que apostaban por la regeneración y el renacimiento de la nación, encontraron un importante apoyo en el seno de una sociedad en crisis. Tales proyectos defendían una realidad en la que pasado, presente y futuro se encontraban completamente diferenciados pero inexorablemente convergentes. De esta manera se creaba lo que Martin Sabrow ha denominado una “cultura del tiempo”.⁵² El tiempo era lo que marcaba la diferencia entre una época de tinieblas (el pasado), una de esperanza (el presente) y una de luces (el futuro). La época prefascista en Italia habría estado marcada por la pasividad, el agnosticismo, el egoísmo y la resignación, con unos parlamentos débiles e inoperantes como máxima expresión de la “vieja política” y otras rémoras que obstaculizaban el crecimiento de la Patria. La experiencia de la I Guerra Mundial constituyó para los fascistas italianos el “mito palingenésico” necesario para la regeneración de la nación. Llegados al poder en 1922, los fascistas sentían que estaban inaugurando una nueva era, un nuevo ciclo vital que ponía las bases de la futura “civilización mediterránea” renovada. El decadentismo en Alemania era bastante similar tanto en la desconfianza hacia los viejos sistemas como en la consideración de la guerra como experiencia regeneradora. Hitler y sus seguidores también creían estar abriendo una nueva época que daría inicio a un “Reich de mil años”.⁵³

Por su parte, el régimen de Franco hizo de la Guerra Civil su “mito palingenésico” y, al igual que los fascismos, delimitó de manera precisa un oscuro

⁵⁰ SAZ, Ismael. “Fascism, fascistization and developmentalism in Franco’s dictatorship”, *Social History*, 29:3, 2004, pp. 342-357.

⁵¹ GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism... Op. Cit.*, p. 34.

⁵² SABROW, Martin. “Time and legitimacy: Comparative Reflections on the sense of time in the two German dictatorships”, *Totalitarian movements and political Religions*, 2005. 6:3, pp. 351-369.

⁵³ Para el caso italiano: ZUNINO, Pier Giorgio. *L’ideologia del fascismo. Miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*. Bologna, Il Mulino, 1995, pp. 108-115 y pp. 133-135; LUPPO, Salvatore. *Il fascismo. La politica in un regime totalitario*. Roma, Donzelli, 2000, pp. 13-17; GENTILE, Emilio. *Il mito dello Stato nuovo*. Roma-Bari, Laterza, 1999. Para Alemania: MOSSE, George L. “The Genesis...”, *Op. Cit.*, pp. 17 y ss.; FOGU, Claudio. “Actualism and the Fascist Historic Imaginary”, *History and Theory*, 42, 2003, p. 218; SABROW, Martin. “Time and Legitimacy...”, *Op. Cit.*, p. 364.

pasado cuyo recuerdo serviría para regenerar el presente y transformar el futuro.⁵⁴ En una observación de fondo, ese “ominoso” pasado correspondía al establecimiento de los sistemas liberales y de las “ideas extranjeras” que habían penetrado en España desde comienzos del siglo XIX. La Revolución Francesa era –a juicio de la prensa católica granadina– la que había abierto las puertas a las ideas disolventes de los filósofos franceses “en cuyas pelucas anidara el demonio para hacer de las suyas insuflando en su cerebro las ideas de rebeldía y del odio”. “Progreso, libertad, constitucionalismo” eran para el catedrático de Derecho y falangista granadino, Francisco Oriol Catena, “vocablos sin vida”: “¡palabras, palabras y palabras! Estos han sido los ídolos de nuestra historia en el último siglo. Y sin embargo, ¡cuánta sangre han costado!”.⁵⁵ Incluso un fenómeno como la Guerra de la Independencia, descrito como “epopeya de la raza hispana”, se consideraba que había sido malogrado al haber permitido que, tras la derrota de las tropas napoleónicas, arraigaran en España ideas foráneas como el sufragio o las constituciones liberales.⁵⁶

Pero el enemigo más temible no era tanto el liberalismo, la Institución Libre de Enseñanza o las doctrinas foráneas, sino el régimen republicano nacido el 14 de abril de 1931. En la tarea de justificar el golpe de Estado resultaba crucial mostrar la ilegitimidad del régimen republicano.⁵⁷ Por ello, los ataques fueron dirigidos contra aquellos aspectos que se consideraban “debilidades” de la II República. Y una de las primeras víctimas era la democracia. Al igual que en el resto de Europa, desde principios de los años veinte, las voces contra el sistema parlamentario y contra la democracia habían ido siendo cada vez más numerosas.⁵⁸ Aunque los procedimientos electorales habían existido en la España de la Restauración, fue con el triunfo republicano cuando se implantó un auténtico sistema democrático en el país. Si bien una parte de las derechas –regionalistas, monárquicos o agrarios entre otros– aceptaron de momento las normas del juego, otros grupos, aunque concurrieran a los comicios, criticaron abiertamente la naturaleza del sistema. Era el caso de Falange Española que,

⁵⁴ GRIFFIN, Roger. *A fascist century*. Nueva York, Palgrave- Macmillan, 2008, p. 8.

⁵⁵ *Ideal*, 27-8-1937 y 20 -11-1936.

⁵⁶ MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Santander, Sociedad de Menéndez Pelayo, 1978 [1888], Vol. 2, pp. 732-733; HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. “La cultura del tiempo en España: la Guerra de la Independencia en el discurso del franquismo”, *Historia Actual Online*, 25, 2011, pp. 145-158.

⁵⁷ RICHARDS, Michael. “El régimen de Franco y la política de la memoria durante la guerra civil española” en ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.). *Guerra Civil... Op. Cit.*, p. 175.

⁵⁸ Al respecto puede verse GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro. *Historia de las derechas españolas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 223-247.

por boca de su líder, José Antonio Primo de Rivera, censuraba en 1933 la democracia liberal y su intento de “llevar el confucionismo a las cabezas de las gentes”.⁵⁹

Fue sin embargo con la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936, cuando los postulados antidemocráticos alcanzaron sus mayores cotas. Los rebeldes transmitieron repetidamente una imagen en la que el funcionamiento democrático era representado como una completa “farsa”, merced a irregularidades como las supuestamente sucedidas en la repetición de las elecciones de mayo de 1936, donde se afirmaba que en ciertos colegios electorales “resultaron más votos repartidos que votantes tenían los mismos” y que no acudieron interventores de las derechas atenazados por el miedo..⁶⁰ Para *Ideal* lo sucedido era una muestra clara de la ilegitimidad de la República:

Ni las elecciones fueron tales elecciones ni, por ende, el Gobierno que siguió en ellas era legítimo en su constitución ni hizo nada por serlo en su funcionamiento [...] Las elecciones de febrero no fueron tales elecciones porque en aquellas localidades en que la coacción y la imposición brutal no logró la mayoría por los frentepopulistas, estos se encargaron de obtenerla, o robando las actas, o anulándolas después en el Congreso. Un primer escrutinio sincero arrojaba para la colación antimarxista una amplia mayoría. La Coruña, Pontevedra, Lugo, Cáceres, Córdoba, Sevilla... fueron otros tantos escenarios de alteraciones violentas de los resultados. Lo que ocurrió con Granada, Cuenca y Salamanca, no hace falta recordarlo, las actas se anularon contra toda justicia. A la segunda vuelta no pudieron ya presentarse candidatos antimarxistas. Recordemos el ejemplo de Granada donde se formó una candidatura en la que entraba Falange Española con nombres como Fernández Cuesta y el general Varela, y a última hora hubo de retirarse de la lucha, porque pretender luchar en ese terreno era ya una ilusión quimérica. Eran otros los caminos que España debía seguir. Y a aquellas alturas se preparaba ya para seguirlos, aunque hubiera algunos tan faltos de visión que cerraran los ojos a la luz”,⁶¹

Estos incidentes no hicieron más que consolidar en el imaginario de los apoyos sociales de los sublevados una visión de la democracia como algo nefasto, como un juego sucio en el que todo estaba decidido de antemano y que no se ajustaba a la idiosincrasia de la nación española, donde lo que realmente contaba no eran los votos,

⁵⁹ PRIMO DE RIVERA, José Antonio. *Obras completas*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976, p. 143.

⁶⁰ Para las elecciones ALARCÓN CABALLERO, José Antonio. *El movimiento obrero... Op. Cit.*, pp. 140-142; las acusaciones franquistas en ARCG, Preparación de la Causa General de la provincia de Granada, Pieza Segunda, “Informe del Alzamiento de Granada realizado por la Delegación provincial de Información e Investigación”, 3-10-1942.

⁶¹ *Ideal*, 16-2-1938.

sino la “voluntad popular” expresada mediante la movilización bélica. Para la propaganda franquista las actitudes de los españoles ante las elecciones de febrero de 1936 era de incredulidad frente al resultado de “esos sarcófagos infantiles de cristal” repletos de “papelitos”, que la República se encargó de cambiar.⁶² En este sentido, los actos de ruptura de las urnas electorales organizados por Falange Española en algunas ciudades de la retaguardia andaluza adquirirían una fuerza simbólica formidable. El 16 de febrero de 1937, al año exacto de las últimas elecciones republicanas, algunas ciudades como Granada, organizaban una imponente escenografía en el centro del casco urbano, con el fin de representar simbólicamente el fin de la democracia en España. En la capital granadina, era la plaza del Ayuntamiento, el espacio donde el pueblo quedaba representado, el lugar elegido para situar una urna llena de recortes de periódico que hacían las veces de papeletas. Rodeados de numeroso público, los falangistas prendían fuego a los votos y “destrozaban la urna a garrotazos”.⁶³

Pero la “perversidad” de la democracia no residía exclusivamente en que fuera considerada como una farsa, sino que encerraba otra serie de males que solo la guerra podría extirpar. El funcionamiento del sistema democrático, basado en la pugna de partidos por hacerse con el poder, constituía, en opinión de los ideólogos rebeldes, la semilla generadora de la crispación que había caracterizado la vida política y social de los españoles durante la etapa republicana y alentado la confrontación ciudadana., convirtiendo el país en un campo de batalla.⁶⁴ Además, en su opinión, el descontento social había sido alimentado merced a las promesas incumplidas que habrían caracterizado las políticas de los diferentes partidos republicanos. Los “chanchullos”, las “habitaciones llenas de humo”, los “compromisos sucios y poco escrupulosos” y la palabrería, conformaban los “puntos flacos” del sistema que el franquismo se proponía

⁶² JUANES, José. *Por qué fuimos a la guerra (para que todo el mundo se entere)*. Ávila, Imprenta Católica y Sigirano Díaz, 1937, p. 7. La idea de la “voluntad popular” en ZUNINO, Pier Giorgio. *L’ideología del fascismo... Op. Cit.*, p. 21.

⁶³ Los actos en: *ABC*, 17-2-1937 *Ideal*, 17-7-1937. Véanse las reflexiones de GENTILE, Emilio. *El culto del littorio... Op. Cit.*

⁶⁴ GALLEGO BURÍN, Antonio. *Seis discursos y una conferencia*. Granada, Talleres Tipográficos A. Márquez, 1938, pp. 21-37. Es cierto que durante la II República se produjo un incremento de la confrontación política, como queda demostrado brillantemente en: GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. “The symbolism of violence during the Second Republic in Spain” en EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (eds.). *The Splintering of Spain, Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 23-44; pero, a nuestro juicio, la culpa no fue del “excluyente” diseño electoral de la República como se sostiene por ejemplo en: DEL REY, Fernando “La democracia y la brutalización de la política en la Europa de entreguerras” en id. (dir). *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, pp. 34-42.

superar.⁶⁵ Frente a este modo de entender la política, los franquistas decían inaugurar un modelo diferente en el que las palabras vacías quedarían aplastadas por el peso de los hechos. Ya no se envenenaría “el alma de los aborregados y dóciles trabajadores”, porque no se les ofrecían “ni promesas, ni alharacas”, sino “realidades políticas” tangibles. Así, por ejemplo, la “retórica agrarista” que emplearon los falangistas pudo lograr atraerse no solo a propietarios, sino incluso a algunos jornaleros en situación desesperada, prometiéndoles realizaciones inmediatas frente a las promesas “vacías” de la República.⁶⁶ A grandes rasgos, algunos individuos y grupos sociales pudieron abrazar al menos parcialmente las propuestas antidemocráticas defendidas por el bando franquista, al sentir que la República no había colmado las expectativas creadas el 14 de abril de 1931.

El pasado dibujado por el franquismo como culmen de la decadencia y de la degeneración no se componía únicamente de promesas vacías y urnas viciadas, sino que existían elementos más palpables que le conferían esa funesta fisonomía. Si el siglo XIX representaba el declive de la Patria, la República simbolizaba la completa destrucción. En efecto, el bando rebelde reforzó y tonificó, desde los primeros días de la contienda, una imagen negativa de todo cuanto significaba el régimen republicano. De esta manera, se consiguió transmitir la idea de una República atravesada por imaginarias fuerzas que maquinaban ininterrumpidamente contra la propia nación española al verter sobre los ciudadanos una serie de políticas y doctrinas consideradas como foráneas y, en consecuencia, ajenas al temperamento nacional. Con la introducción de tales ideas y procedimientos, los dirigentes republicanos habían desviado a España de sus “naturales” destinos y generado el caldo de cultivo imprescindible para la entrada en el país de elementos “contaminantes” del sano carácter hispano.⁶⁷ La conflictividad obrera y huelguística, las tentativas revolucionarias como la de octubre de 1934 en Asturias, la “brutalización” del lenguaje político, la paramilitarización del espacio público o las explosiones iconoclastas, contribuyeron a la estigmatización de la experiencia republicana y a su definición como una etapa jalonada por el caos y el desorden que

⁶⁵ MANN, Michael. *Fascistas... Op. Cit.*, pp.17-18

⁶⁶ Por ejemplo *Ideal*, 25-3-1937 y 10-3-1938; para la retórica agrarista: HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Azadas en pie de guerra: mito y programa agrario del régimen franquista durante la Guerra Civil (1936-1939)”, *XIII Congreso de Historia Agraria*, 2011 (en prensa).

⁶⁷ COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa, “Pensamiento mítico y energías movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939”. *Historia y Política*, 16, 2006, pp.131-158.

había situado a España “al borde del precipicio”, mientras las derechas quedaban exoneradas de toda responsabilidad en la violencia o en la polarización social.⁶⁸

Los perfiles más escabrosos se habrían alcanzado durante el Gobierno del Frente Popular. La propaganda rebelde sostenía que durante esta etapa fueron “cerrados 800 centros de enseñanza por el único delito de ser católicos, destituidos en masa los funcionarios públicos; más de 300 propiedades particulares quedaron incautadas; contratos de trabajo fueron rescindidos en perjuicio de obreros honrados y a beneficio de obreros delincuentes [...]”. El espacio público aparecía envuelto “en aquel ambiente cargado de densidad revolucionaria”, pleno de “puños crispados”, incluso de “niños que proferían horrorosos gritos [...] volaba la traición sobre Granada y en los hogares y en la calle había silencios siniestros y con nuestros ojos se cruzaban miradas amenazadoras llenas de odio satánico”. Las huelgas se sucedían constantemente, “los vecinos de los pueblos invaden la capital”. La ciudad quedaba completamente transformada, rodeada de “montones de basuras (que) se apilan por las calles y plazas”, llena de “rostros patibularios” que salen de la Casa del Pueblo, “la Alcaldía permanece vacante”... todo parecía marcado por el caos y la anarquía. La propaganda no dudó en describir un panorama marcado por la indefensión de la “gente de orden”, en el que “sin motivo aparente” se procedía a la “detención de numerosas personas de matiz derechista”, al registro constante de los domicilios de “pacíficos ciudadanos” o a la persecución de granadinos corrientes por motivos pueriles como “ser buena persona” o “llevar corbata”. Pero incluso se sostenía que la República había trastocado la vida familiar: “no se hablaba de nada en el hogar y los jóvenes aparecían como amenazadores de sus padres a los que intentan imponer las nuevas doctrinas marxistas”. El discurso de los sublevados definía de este modo qué era y qué no lo tradicionalmente español y cómo debía ser el orden natural de las cosas tanto en lo público como en lo privado.⁶⁹

Nacía de este modo el “mito de la violencia republicana”, mediante el que se trataría de demostrar que, ante el alto nivel de conflictividad y violencia desplegado por el gobierno y la irrespirable situación en la que vivían los españoles, se hizo inevitable

⁶⁸ *Santa Rita y el Pueblo Cristiano*, 1-4-1936; y DE COSSÍO, Francisco. *Hacia una nueva España: de la revolución de octubre a la revolución de julio.1934-1936*. Castilla, 1937. Véase también GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. *Contrarrevolucionarios Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*. Madrid, Alianza, 2011.

⁶⁹ *Ideal*, 16-2-1938 y GOLLONET MEGÍAS, Ángel y MORALES LÓPEZ, José. *Rojo y azul... Op. Cit.*, pp. 56-57. CASARES, Francisco. *25 comentarios*. Tolosa, Unión Gráfica, 1940, p. 12; *Patria*, 1-5-1939. ARCG, Preparación de la Causa General de la provincia de Granada, Pieza Segunda, “Testimonios del Alzamiento en Granada que constan en la pieza principal”, 3-10-1942; y Pieza Séptima, “Actuación de las autoridades gubernativas de la provincia de Granada.

un levantamiento armado. Este mito no solo lograría convencer a una buena parte de los españoles de 1936, sino que perduraría durante el franquismo e incluso rompería los límites temporales de éste para sobrevivir durante la democracia.⁷⁰ Es cierto que, desgraciadamente, España había tenido niveles de conflictividad y violencia de mayor intensidad que la vivida durante la etapa del Frente Popular, pero también lo es que el nivel de excitación emocional y de radicalización política alcanzó límites extraordinarios. Lo que realmente ocurrió fue que las reformas republicanas resquebrajaron la posición hegemónica mantenida por los grupos dominantes. Si en el mundo rural, el modelo de dominación social de la patronal agraria se había visto alterado, permitiendo la llegada de clases humildes a los cargos municipales; en el ámbito urbano se produjo un fenómeno similar con el aumento del obrerismo y la redefinición simbólica del espacio de la ciudad, desatando de este modo los “pánicos morales” de los elementos conservadores y de todos aquellos que temían el triunfo de una revolución de izquierdas.⁷¹ En resumen, la importancia del “mito de la violencia republicana” no estribaba en que fuera real en su totalidad, sino más bien en que los españoles percibieran como reales tanto esa violencia como la afirmación de que sobre España se cernían peligros inminentes y que solo mediante la guerra podría revertirse la situación.

⁷⁰ Sobre el mito véase COBO ROMERO, Francisco. *Conflicto rural y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén, 1917-1950*. Jaén, Universidad de Jaén, 1998, pp. 17 y ss.; para la pervivencia del mismo incluso en la democracia véase: MOLINERO, Carme. “¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?” en JULIÁ, Santos (coord.). *Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid, Taurus, 2006, p. 242. Ejemplo de que el mito ha sobrevivido son obras como la de MOA, Pío. *Los orígenes de la Guerra Civil*. Madrid, Encuentro, 1999.

⁷¹ Para el ámbito rural DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*. Granada, Comares, 2007, pp. 44-45; y COBO ROMERO, Francisco. “El control campesino y jornalero de los Ayuntamientos en la Alta Andalucía durante la crisis de los años treinta (1931-1939)”, *Hispania*, 201, 1999, pp. 75-96; la redefinición del mapa urbano en GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. “La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República”, en LEDESMA VERA, José Luis, MUÑOZ SORO, Javier y RODRIGO SÁNCHEZ, Javier (coords.). *Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX*. Madrid, Siete Mares, 2005, p.108. CRUZ, Rafael. *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 50-62; para los “pánicos morales” véase EALHAM, Chris. *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Barcelona, Alianza, 2005.

3. Los contornos de la “comunidad nacional”: la Guerra Civil como experiencia de nación

El “inevitable” y “necesario” levantamiento militar contra la II República, dio paso en pocos días a una Guerra Civil que también acabó siendo convertida en “inevitable” y “necesaria”. Ambos bandos presentaron al conjunto de los españoles una imagen maniquea e hiperbólica de la contienda, afirmando que en ella todo estaba en juego. En el caso del franquismo, que es el que aquí nos interesa, la concepción negativa de la etapa republicana, sustentó una visión de la Guerra Civil, como “embate supremo” que cortarían de raíz la espiral de violencia y crispación que, presuntamente, había sido introducida por la República en España. La denostación de la etapa republicana fue la que permitió al régimen presentar la contienda como una lucha entre dos concepciones de la nación radicalmente enfrentadas. La batalla fue concebida de forma dicotómica, como lucha entre el Bien y el Mal, la luz y las tinieblas, el caos y el orden... y construida mediante imágenes antagónicas alejadas de cualquier interpretación mesurada.⁷²

Es en este sentido en el que podemos afirmar que la guerra fue una experiencia nacionalista y nacionalizadora. Porque, efectivamente, al entender que la Guerra Civil constituía una lucha entre dos grandes concepciones de España incompatibles e irreconciliables, el nacionalismo pasaba a ser un elemento básico en la confrontación bélica. Y su irrupción se manifestaba en dos sentidos radicalmente opuestos. De una parte, en una vertiente “positiva”, la guerra actuaba como experiencia nacionalizadora, al fomentar la cohesión de este grupo que pertenecía a la “verdadera España”, mediante diferentes estímulos emocionales. De la otra, en un sentido “negativo”, la contienda quedó transformada en un proceso de desnacionalización de aquéllos que no formaban parte de la que se entendía como auténtica comunidad nacional.⁷³

⁷² Véase COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “Pensamiento mítico...”, Op. Cit.; MORADIELLOS, Enrique. 1936. *Los mitos de la Guerra Civil*. Barcelona, Península, 2004, pp. 19-21. Las interpretaciones dicotómicas fueron frecuentes en los regímenes fascistas como expresa DI NUCCI, Loreto. “Lo Stato e gli italiani *antinazionali*”, en id., y GALLI DELLA LOGIA, Ernesto (coords.). *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell’Italia contemporanea*. Bolonia, Il Mulino, 2003, pp. 133-135.

⁷³ NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “La nación contra sí misma. Nacionalismos españoles durante la Guerra Civil, (1936-1939)”, en TAIBO, Carlos. (dir.). *Nacionalismo español. Esencias, memorias e instituciones*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007, pp. 75-78.

En el primero de los significados comentados, la confrontación bélica se convirtió en un terreno idóneo para la nacionalización tanto de los combatientes como de los ciudadanos que vivían en la retaguardia. Al respecto, resultó esencial la creación de mitos destinados a la auto-glorificación de la nación que aportaran legitimidad a la causa que se defendía.⁷⁴ Los defensores de la causa rebelde fueron representados como un pueblo elegido, en el que su nacionalismo era identificado con la soberanía popular. A la nación española le estaba encomendada una “misión universal” al ser considerada protectora de la civilización, por lo que la guerra que ahora se libraba no le era en absoluto ajena a juicio de uno de sus propagandistas: “España por una ley histórica repetida en los siglos, tiende a salvar a la civilización occidental. Así lo hizo en los ocho siglos de Cruzada, en Trento y en Lepanto”. Al igual que habían hecho otros regímenes dictatoriales nacidos en la Europa de entreguerras y las culturas católicas más conservadoras, los insurgentes se valieron de una interpretación providencialista y mitificada de la historia de España.⁷⁵ Para ello, seleccionaron interesadamente la historia patria en la que se indicaba a los españoles qué acontecimientos, figuras y referentes históricos en general debían ser recordados y formar parte del “glorioso” pasado nacional. Viriato, el Cid, el apóstol Santiago o –con especial trascendencia en el caso granadino–, los Reyes Católicos se convirtieron para los españoles en modelos a imitar, configurándose, en los diferentes pueblos y ciudades del país “mitos locales” que resultaran especialmente cercanos a los ciudadanos y útiles instrumentos para su movilización.⁷⁶ El español de la Guerra Civil debía sentirse heredero de este glorioso pasado, puesto que en su sangre se encontraban los mismos valerosos rasgos que habían caracterizado a los inmemoriales guerreros hispanos: valentía, arrojo, fe, virilidad y otras características “propia­mente españolas”. Con tales virtudes, el español no tenía nada que temer cuando se enfrentaba a los enemigos de la Patria en una nueva “epopeya

⁷⁴ El uso de los mitos de “autolegitimación” por los Estados lo explica: VAN EVERA, Stephen. “Hypotheses on Nationalism and War”, *International Security*, 18 (4), 1994, pp. 5-39; la cita en *Patria*, 23-1-1937.

⁷⁵ El Fascismo italiano, por ejemplo, acudió al “mito de la romanidad” como forma de enlazar con un pasado de grandeza de la Patria con el que identificarse: MARCHI, Valerio. “L’Italia e la missione civilizzatrice di Roma”, *Studi Storici*, 36, 1995, pp. 485-531. NELIS, Jan. “Catholicism and the italian fascist myth of Romanità: between consciousness and consent”, *Historia Actual Online*, 17, 2008, pp. 139-146. La interpretación providencialista del catolicismo conservador está presente en las páginas de *Acción Española*, por ejemplo, DE VIZCARRA, Zacarías. “El apóstol Santiago y el mundo hispano”, *Acción Española*, 1932, 3:16, pp. 385-400; véase también COBO ROMERO, Francisco. “El franquismo y los imaginarios míticos...”, Op. Cit., pp. 142-143.

⁷⁶ Un ejemplo de ello puede ser el caso de Isabel de Castilla en Granada como espejo donde debían mirarse las granadinas de entonces: HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. *Granada azul. La construcción de la Cultura de la Victoria en el primer franquismo, 1936-1951*, Granada, Comares, 2011, Capítulo 1.

de la raza”, en la que debían de ver un hito en la ascendente trayectoria de la nación española: “el mundo está pendiente de esta página épica que España libra de nuevo en defensa de sus glorias y de la civilización occidental”.⁷⁷

Añadamos también el relevante papel desempeñado por el factor religioso. Las acciones iconoclastas, las medidas anticlericales y la pérdida por parte de la Iglesia de una hegemonía real y simbólica sobre el conjunto de la ciudadanía tanto en las sociedades europeas como durante la República española, suscitaron la hostilidad entre los miembros del clero y reforzaron su alineamiento con las posiciones antirrepublicanas y antidemocráticas. En diversos momentos y por múltiples causas, la España republicana fue escenario de quemas de iglesias y conventos, destrozo de imágenes, burlas del culto católico y otras expresiones violentas que constituían la versión más extrema de los anhelos por emanciparse del dominio que ejercía la Iglesia en las esferas pública y privada y por redefinir el orden ideológico adecuándolo a la nueva realidad.⁷⁸ Pero, al igual que ocurrió con la violencia en otros ámbitos, ésta no fue tanto la causa de la Guerra Civil como su resultado, por lo que fue tras el 18 de julio de 1936 cuando se registraron los más atroces sucesos también en el campo de la violencia religiosa.⁷⁹ La violencia desatada contra el clero y la religión católica en la retaguardia republicana fue tomada por la Iglesia como causa suficiente para prestar su apoyo sincero a la coalición antirrepublicana, aunque su hostilidad hacia la República y la democracia era manifiesta desde hacía meses. La contienda tomaba así tintes de “guerra de religión” al entender que algo consustancial a la nación española, el catolicismo, corría peligro de desaparecer del solar patrio. La definición de la Guerra Civil como “Cruzada” por el Arzobispo de Salamanca Pla y Deniel consolidó la dimensión religiosa de la lucha y sirvió para dotar a la contienda de una legitimidad de procedencia divina y a ensanchar los perfiles de la misma. Los ideólogos del bando rebelde estaban convencidos de que en sus filas se daban cita nuevos “apóstoles” dispuestos a dar la vida por preservar la espiritualidad de España y salvar a la civilización occidental de la

⁷⁷ DI FEBBO, Giuliana. *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*. Bilbao, Desclée, 2002; ÁLVAREZ JUNCO, José. “Mitos de la nación en Guerra” en *Historia de España Menéndez Pidal*, Vol. XL, 2004, pp. 658 y ss.; VINCENT, Mary, “La reafirmación de la masculinidad en la Cruzada franquista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28, 2006, pp. 135-151. La cita en *Ideal*, 1-11-1936.

⁷⁸ DELGADO RUIZ, Manuel. *Luces iconoclastas. Anticlericalismo, espacio y ritual en la España contemporánea*. Barcelona, Ariel, 2001; y del mismo autor: “Anticlericalismo, espacio y poder...”, *Op. Cit.*, pp. 154-155.

⁷⁹ LEDESMA, José Luis. “Qué violencia para qué retaguardia o la República en Guerra de 1936”, *Ayer*, 76, 2009, p.88.

que Franco era el más férreo centinela.⁸⁰ En definitiva, patria y religión se convirtieron en los dos elementos de unión entre los heterogéneos grupos que respaldaban la sublevación y que consideraban la guerra como una ocasión para la reespañolización y recatolización de la nación.

Pero la Guerra Civil también fue un elemento desnacionalizador, en la medida en que contribuyó al desarrollo de una imagen mitificada del enemigo que, aunque ya había sido utilizada por las derechas durante la República, adquirió ahora sus contornos más pronunciados. Al entender que ellos eran los únicos representantes de la verdadera España, los sublevados se vieron en la inmediata necesidad de crear una anti-España en la que se englobaran tanto los “enemigos reales” como los “enemigos posibles” de la Patria. De este modo, liberales, comunistas, socialistas, anarquistas, masones, republicanos, separatistas y, en esencia, todos aquellos que suponían un obstáculo a la nación pensada por el franquismo, cupieron en la categoría de “anti-España” o en la mucho más utilizada de “rojos”.⁸¹ Condensar a todos los enemigos bajo una sola denominación suponía ofrecer a los españoles una imagen simplificada de la realidad que, sin embargo, hacía mucho más sencillo entender contra quiénes se combatía. Una imagen, en fin, que presentaba a la “anti-España” como una amenaza real para la paz y que, apoyándose en un conjunto de convicciones, códigos morales y experiencias previas vividas por los ciudadanos, logró consolidarse y ser compartida por amplios grupos sociales que creyeron en su veracidad.⁸²

Desde sus inicios la conflagración fue presentada como una *guerra contra el invasor y lucha por la independencia de la patria*. Se trataba de un invasor con nombre propio: Rusia, que supuestamente había esclavizado a los españoles a través del régimen republicano, considerado como una marioneta manejada por los comunistas de Moscú. El estallido de la guerra se encargó de acrecentar las imágenes negativas de Rusia que

⁸⁰ RAGUER SÚÑER, Hilari. *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil Española (1936-1939)*. Barcelona, Península, 2001; LANNON, Frances. “La Cruzada de la Iglesia contra la República” en PRESTON, Paul. *Revolución y guerra en España, 1931-1939*. Madrid, Alianza, 1984, pp. 41-58. Véase el capítulo “Introducción” en QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (eds.). *Soldados de Dios... Op. Cit.*, pp. XI-XXVI Ejemplos de Granada en *Ideal*, 25-11-1936 y 25-4-1937.

⁸¹ SEVILLANO CALERO, Francisco. *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*. Madrid, Alianza, 2007. Para el enemigo interno véase VENTRONE, Angelo. *Il nemico interno. Immagini e simboli della lotta politica nell'Italia del '900*. Roma, Donzelli, 2005.

⁸² Para la consolidación de los estereotipos véase LIPPMANN, Walter. *La opinión pública*. Madrid, Cuadernos de Langre, 2003, pp. 111-112.

habían rondado el imaginario de las derechas desde el triunfo bolchevique en 1917.⁸³ A juicio de los rebeldes, con el estallido de la guerra, se destapaban las verdaderas intenciones del régimen republicano, que no eran otras que implantar la revolución comunista y vender la patria a los rusos:

Ahí los tenéis. Desenmascarados. Que se atrevan a negar aún que estaban vendidos al oro del soviét. Ahí los tenéis. Son los verdugos de España, los que han intentado deshonorarla, entregada en almoneda miserable, al odio satánico del judaísmo moscovita. Y han dado el golpe. Han manejado la ganzúa, acaso por última vez, en su vida profesional de atraco. Son los amos de Madrid. ¿Qué dicen ahora los miserables republicanos que han cometido tan horrenda traición?⁸⁴

Por ello aquéllos a los que se combatía eran considerados extranjeros, “invasores odiosos” que “no pueden hablar en nombre de España” y es que en la zona republicana “no hay más que una horda de asesinos. Nos duele el calificativo. Pero es que estos hombres han dejado de ser españoles”.⁸⁵ No se podía admitir el calificativo de Guerra Civil si quienes manejaban las armas al otro lado de las trincheras “no eran españoles”. De lo que se trataba era de una guerra por la independencia de la Patria y de una “guerra de reconquista”, dado que “España se había convertido en un feudo donde Moscú imponía su voluntad”. A través de la “extranjerización” del enemigo, los rebeldes impedían cualquier posibilidad de reconciliación tras la terminación de la contienda y unían la derrota del bando republicano a la preservación de la independencia y valores consustanciales de España.⁸⁶

En este proceso de construcción de la anti-España también resultó de utilidad la satanización y deshumanización del enemigo. Desde el bando franquista se definió a sus contendientes como “bestias”, “hordas salvajes” o “bárbaros asiáticos”, haciendo de ellos un cúmulo de los más funestos atributos. Los enemigos eran descritos como traidores, viles, cobardes, asesinos, toscos, incultos, salvajes y especialmente crueles en

⁸³ CRUZ, Rafael. “Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes en la Rusia soviética y la acción colectiva en España”, en id., y PÉREZ LEDESMA, Manuel. *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Madrid, Alianza, 1997, pp. 273-303; Sentimientos también presentes en el conjunto de la derecha italiana: PERTICI, Roberto. “Il vario anticomunismo italiano (1936-1960): lineamenti di una storia”, en DI NUCCI, Loreto y GALLI DELLA LOGIA, Ernesto (coords.). *Due nazioni... Op. Cit.*, pp. 263-334.

⁸⁴ *Ideal*, 5-11-1936. Véase también EL CABALLERO AUDAZ. *Rusia... ¡Jamás! Estampas de la Pasión de España*, Madrid, Imprenta Sáez, 1946.

⁸⁵ *Ideal*, 10-8-1936 y 22-8-1936.

⁸⁶ OLMEDO, Antonio. *La flecha en el blanco. Diario de Guerra*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937, p. 46; *Ideal*, 5-9-1936; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. *¡Fuera el invasor!... Op. Cit.*, pp. 245-247; JULIÁ, Santos. “Imágenes del enemigo en la Guerra Civil española” en CANTLÉ, Francesca, DI FEBBO, Giuliana y MORO, Renato (coords.). *L'immagine del nemico. Storia ideologia e rappresentazione tra età contemporanea*, Roma, Viella, 2009, pp. 145-167.

su actuación. Los “rojos”, decía Ángel Cruz Rueda, “eran carniceros como hienas, sensuales como monos, avaros como prestamistas, monstruos como la imaginación no sabe comparar”.⁸⁷ Incluso se resaltaron rasgos “patológicos” del enemigo, evidenciados en características fisiológicas especiales –como un especial olor– y en rasgos físicos monstruosos que solo se presentaban en ellos. Francisco Casares describía a Juan Negrín como un “bárbaro con rostro de boxeador y maneras de plantígrado”. Al hablar de uno de los “rojos” locales de Motril, Francisco Monferrell Moreno, ultraderechista y masón arrepentido, decía de él:

Al solo recuerdo de este engendro de la naturaleza se me crispan los nervios. Al escribir este nombre, aprieto la pluma sobre el papel para que salga la tinta a borbotones, haciéndome la ilusión de que es sangre de esa piltrafa inmunda de la sociedad. Enjuiciar a ese monstruo es tarea difícil porque no se encuentran calificativos bastante para describirlo. Bajo de estatura *encobardado*, piel de salamandra, halar desentonado, mirar sin fijeza, sonrisa irónica y por añadidura un aspecto un pretuberculoso. Ese ente degenerado, nacido del vicio más obscuro, criado y formado en ambiente de lupanar, su conciencia y sentimientos estaban atrofiados para el bien, esparciendo por donde pasaba odio, destrucción, veneno y baba pestilente. Es un caso patológico, un verdadero caso clínico el de este reptil repugnante, porque su único pensamiento, su obsesión continua, sin decaer un momento era matar y matar. Tienen el alma tan negra como sus hechos tenebrosos.⁸⁸

Pero el elemento con mayor potencial movilizador del discurso del enemigo que manejaron los sublevados fue el “mito de la violencia republicana”. Así, a la descripción de la etapa republicana como un periodo cargado de conflictos obreros, sucesos revolucionarios y episodios anticlericales, se sumó durante la guerra una nueva representación considerablemente “mitificada”: el *terror rojo*. Los propagandistas del bando franquista rentabilizaron al máximo las ejecuciones y “desmanes” cometidos por el bando republicano en la “zona roja”, propagando convenientemente la perpetración

⁸⁷ Véase SEVILLANO CALERO, Francisco. *Rojos... Op. Cit.*, Capítulos 3 y 4; CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. “Patria mártir: Los españoles, la nación y la Guerra Civil en el discurso ideológico del primer franquismo”, en MORENO LUZÓN, Javier. (ed.). *Construir España... Op. Cit.*, pp. 289-302; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “Del ruso virtual, al ruso real: el extranjero imaginado del nacionalismo franquista”, en id., y SEVILLANO CALERO, Francisco (eds.). *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*. Madrid, CEPC, 2010, pp. 233-265. El ejemplo en CRUZ RUEDA, Ángel. *Por España:(Crónicas patrióticas)*. Granada, Librería Prieto, 1937, p. 18.

⁸⁸ Las citas pertenecen respectivamente a CASARES, Francisco. *Azaña y ellos. Cincuenta semblanzas rojas*. Granada, Librería Prieto, 1938; y MONFERRELL MORENO, Francisco. *Los monstruos y adláteres de la tragedia motrileña*. Madrid, Tipografía Comercial, 1938, pp. 28-29. La ficha masónica de éste en AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531.

de los actos de violencia extrema y recreando pormenorizadamente los más escabrosos detalles de las mismas a fin de mostrar el ensañamiento y la crueldad de los “criminales rojos”. Paralelamente, acrecentaron de manera interesada el recuento del número de víctimas y sobredimensionaron las atrocidades cometidas por las “hordas marxistas”. La prensa, la radio y la “literatura de Cruzada” fueron el medio utilizado por el bando sublevado para transmitir los asesinatos y “atropellos” cometidos en la retaguardia republicana e infundir el miedo a la revolución entre sus apoyos sociales.⁸⁹ Jóvenes muertos a hachazos, castraciones, torturas infinitas, asesinatos por motivos pueriles o sobre personas indefensas como monjas, niños o ancianos, formaron parte de un relato mitificado que buscaba la movilización bélica contra tan despiadados enemigos.

La aniquilación de los “rojos” formaba parte del proceso de curación del cuerpo enfermo de España. Esta visión orgánica de la nación tenía unos claros antecedentes ideológicos. Se trataba de una definición de España en términos biológicos que, aunque había estado presente en la mentalidad de los militares africanistas, se había visto extraordinariamente propagada merced a las doctrinas fascistas.⁹⁰ Concebir la nación orgánicamente suponía entender que era un cuerpo vivo en el que todos sus miembros desempeñaban una función específica. Entre los sublevados la creencia era que esas funciones no se habían cumplido como debieran y que, como consecuencia de ello, España había caído enferma y se hallaba en franco peligro de muerte. La guerra resultaba ser la oportunidad idónea para emprender la “operación quirúrgica” necesaria sanar los miembros corrompidos de la patria y cortar las extremidades gangrenadas de la nación. A juicio de los insurgentes, el baño de sangre constituía una prueba por la que la patria debía pasar inevitablemente si quería ver repuesta su maltrecha salud. La Guerra Civil se transformaba en la operación quirúrgica necesaria que purificaría de su infección al cuerpo nacional, quedando justificada así la represión sobre el enemigo.⁹¹ En suma, la Guerra Civil fue concebida como una experiencia nacionalista y un

⁸⁹ COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “Pensamiento mítico...*Op. Cit.*; es conocido el caso de los hermanos Burgos, fotógrafos sevillanos que prepararon deliberadamente cadáveres para presentarlos como muestra del “salvajismo rojo”, citado en: BAHAMONDE Y SÁNCHEZ DE CASTRO, Antonio. *1 año con Queipo. Memorias de un nacionalista*. Barcelona, Ediciones Españolas, 1938. Véase también ESPINOSA MAESTRE, Francisco. “Agosto de 1936. Terror y propaganda. Los orígenes de la *Causa General*”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4, 2005, pp. 15-25.

⁹⁰ El pensamiento regenerador en el africanismo en BALFOUR, Sebastian. *Abrazo mortal... Op. Cit.*, pp. 301 y ss.; en la dictadura de Primo de Rivera QUIROGA, Alejandro. *Haciendo españoles... Op. Cit.*, pp. 69-103.

⁹¹ RICHARDS, Michael. *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*. Barcelona, Crítica, 1999, p. 16; COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “Pensamiento mítico y energías...”, *Op. Cit.*

proyecto nacionalizador de primer orden, en la que definir claramente los contornos de la futura comunidad nacional. Una experiencia que se transmitió “desde arriba” mediante los discursos, pero que fue vivida a nivel local, “por abajo”, en las ciudades y provincias, donde los ciudadanos entraban en contacto con las ideas de nación de los sublevados.

4. Apoyos sociales y movilización bélica en el frente y en la retaguardia rebelde

El 17 de julio de 1936 se iniciaba la sublevación militar en tierras africanas y un día más tarde se extendía a la Península. Pronto quedó evidenciado que el golpe de Estado había fracasado en su intento de hacerse con el poder de manera inmediata. Por el contrario, apoyado en la represión, había logrado paralizar a la República impidiéndole una resistencia rápida y efectiva. Tras unos primeros días de incertidumbre, España estaba fragmentada en dos zonas completamente diferenciadas. A grandes rasgos, los insurgentes habían triunfado en la España interior: la España rural, católica y conservadora. Por el contrario, las grandes ciudades –Bilbao, Madrid, Valencia o Barcelona–, las zonas industrializadas y las de agricultura más exportadora del país habían permanecido, en líneas generales, fieles al gobierno republicano. Tal división nos dice mucho sobre los apoyos sociales con los que contaron los sublevados. Por supuesto, las zonas no fueron compartimentos estancos en los que se encontraron segmentos sociales homogéneos, ni respondieron exhaustivamente a la fragmentación expuesta. Pero, en buena medida, la Guerra Civil española fue entendida como la batalla del campo contra la ciudad.⁹²

En las ciudades y en las áreas más modernizadas del país se encontraban gran parte de los sectores sociales que habían apoyado las reformas impulsadas por la República. Se trataba de los grupos pertenecientes a la clase media y media-alta urbana y de los sectores del proletariado ubicados en torno a las concentraciones industriales. Contrariamente, el campo acogía a los grandes terratenientes y a los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios católicos que habían ido derechizándose a lo largo de la Segunda República. Buena parte de estos grupos campesinos se habían

⁹² GRAHAM, Helen. *Breve historia...* *Op. Cit.*, pp.; y VELASCO MUVIEDRO, Carlos. “El pensamiento agrario y la apuesta industrializadora en la España de los cuarenta”, *Agricultura y Sociedad*, 23, 1982, pp. 236 y ss.

sentido perjudicados por la reforma agraria y por las medidas sociales y laicas impulsadas por el gobierno republicano al tener que contratar mano de obra barata y ver reducidos sus beneficios. Además, los sublevados también consiguieron concitar las voluntades de un amplio conjunto de artesanos, profesionales, modestos empresarios y comerciantes que desarrollaban su actividad en el mundo rural.⁹³ No obstante, no debemos perder de vista que dentro del mundo campesino las alineaciones con uno u otro bando fueron muy variadas. Por ejemplo, entre la amplia mayoría de los jornaleros sin tierra que se ubicaban en el Suroeste de la Península fue la República –salvo contadas excepciones– la que contó con mayores simpatías.⁹⁴ Pero el catolicismo actuó como un potente adherente que unió a las capas altas, medias y medias-bajas del campesinado en torno a los postulados que, apoyados por la Iglesia, apostaron por el derribo de la democracia en España.

Como consecuencia de la división del mapa de España en dos, a los pocos días del golpe de Estado, muchas provincias también vieron fragmentado su territorio entre ambos bandos. Fue el caso de la provincia de Granada donde, aunque los insurgentes fracasaron en su mayoría, también consiguieron importantes conquistas. El 70% de la provincia permaneció fiel a la República, por lo que en las primeras semanas de la guerra los militares rebeldes solo controlaron la capital y los pueblos de su cinturón. Granada capital se convirtió en una isla aislada del resto de la zona nacionalista durante casi un mes de guerra. Pero la falta de coordinación y decisión por parte del régimen republicano provocó que los intentos por hacerse con la ciudad fueran siempre rechazados. A mediados de agosto de 1936, el general Varela consiguió romper el cerco republicano a la capital a través de la zona occidental de la provincia y liberarla de su aislamiento impidiendo su estrangulamiento por falta de recursos materiales. Granada quedó fragmentada durante el resto de la contienda. Los rebeldes se hicieron con algunas franjas de terreno de la costa granadina a inicios de 1937, pero una importante parte de la provincia no pudo ser tomada hasta el final de la guerra en marzo de 1939.⁹⁵

El levantamiento militar de julio del 36 no solo fragmentó el territorio español, sino que dividió a familias enteras que, en muchos casos, se encontraban distantes como consecuencia del periodo vacacional; separó a los españoles al situarlos en trincheras

⁹³ COBO ROMERO, Francisco. *De campesinos a electores... Op. Cit.*

⁹⁴ De la atracción –quizás algo exagerada– de algunos jornaleros por parte de las propuestas autoritarias, especialmente de Falange, da cuenta PAREJO, José Antonio. *Señoritos, Jornaleros y falangistas*. Sevilla, Bosque-Palabras, 2008.

⁹⁵ Para los movimientos militares de la sublevación en la provincia de Granada véase: GIL BRACERO, Rafael. *Guerra civil en Granada... Op. Cit.*, pp. 450 y ss.

enfrentadas; profundizó las divisiones sociales y políticas existentes haciendo imposible su resolución mediante vías pacíficas; y, finalmente, trazó una línea –en este caso bastante más borrosa– entre el frente y la retaguardia de ambos bandos.

La Guerra Civil cambió todo, o casi todo. La prolongada lucha de casi tres años de duración se saldó más de 500.000 muertos como consecuencia del combate y con otras 150.000 personas asesinadas como consecuencia de la represión en ambas retaguardias.⁹⁶ Durante la misma, españoles de ambas zonas vieron como se les perseguía, se les despojaba de sus casas y de sus bienes o habían de huir de sus localidades de residencia temerosos por su vida. Otros se vieron obligados a enrolarse al Ejército o en las milicias, a sostener un fusil en las trincheras y a acabar con la vida de aquellos contra los que se combatía. Los hombres y mujeres que, en el frente o en la retaguardia, afrontaban la guerra en el julio de 1936, ya no eran los mismos que “celebraban” la paz en 1939. Por supuesto muchos conservaron su cultura política de preguerra o la guerra les hizo reafirmarse en sus ideas en torno a la nación, la religión, la política o sobre cómo “debían ser las cosas”. Pero las identidades de muchos españoles sufrieron cambios profundos merced a la forma particularizada o colectiva en la que experimentaron la contienda. Las batallas vividas, los miedos sentidos, los discursos emanados “desde arriba”, los comentarios de los vecinos del barrio, los rumores propagados, contribuyeron a que colectivos e individuos consolidaran, modificaran o desecharan y cambiaran por unas nuevas, las identidades que en julio de 1936 parecían naturales y sólidas. En un contexto marcado por el miedo, la violencia, el nacionalismo exaltado, los intereses y el apasionamiento, las actitudes y conductas de individuos y grupos no fueron en absoluto monocordes o predecibles, ni tampoco respondieron estrictamente a pautas predefinidas como reflejo de relaciones sociales de existencia o de una intencionalidad individual autónoma. Al contrario, grupos sociales e individuos particulares presentaron actitudes y comportamientos variados, dinámicos y contradictorios, acomodándolos tanto a las circunstancias predominantes como a sus sentimientos e intereses materiales. Sus decisiones y actitudes frente a la guerra más

⁹⁶ De las víctimas de la represión se calcula que en torno a 49.000 pertenecieron a la violencia en la zona republicana, mientras que, en torno a unas 100.000 personas perdieron la vida como consecuencia de la represión franquista durante el periodo bélico. Véase. JULIÁ, Santos (coord.). *Víctimas de la Guerra Civil*. Madrid, Temas de Hoy, 2004; PRESTON, Paul. *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Barcelona, Debate, 2011; RODRIGO, Javier. *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*. Madrid, Alianza, 2008; PRADA RODRÍGUEZ, Julio: *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*. Madrid, Alianza Editorial, 2010; LEDESMA, José Luis. “Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana” en ESPINOSA MAESTRE, Francisco. *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 152-250.

bien respondieron a las categorías utilizadas para aprehender el convulso mundo que les rodeaba y redefinir sus identidades en una realidad tan cambiante como la representada por la Guerra Civil española.⁹⁷

El dinamismo y evolución de las actitudes fue un fenómeno experimentado por el conjunto de los individuos y grupos sociales que combatían en ambos bandos. Pero también por todos aquellos que permanecían lejos del frente ya fuera en la zona rebelde o en la republicana. Por ello, de un lado, analizaremos las actitudes de los combatientes, rastreando las motivaciones fundamentales que inspiraron sus actos y tratando de valorar la huella que dejó la guerra en quienes acudieron al frente. De otro lado, dedicaremos una atención detallada a lo sucedido en la retaguardia insurgente toda vez que la ciudad de Granada –que constituye nuestro campo de estudio– permaneció durante la totalidad de la guerra en manos de los sublevados, lo cual, como se verá, marcó decisivamente las actitudes quienes vivieron en ella. No debemos olvidar que retaguardia y frente constituyen dos caras de la misma moneda y son realidades estrechamente interconectadas: lo que sucede en el frente modela la vida de las retaguardias y, a la inversa, cuanto acontece en la retaguardia influye en la dinámica de la guerra. Retaguardia y frente fueron, en fin, dos frentes paralelos de batalla.⁹⁸

4.1. Soldados: ideología y sacrificio en las trincheras franquistas

Conocer las actitudes y conductas de los combatientes durante la Guerra civil española se antoja fundamental para acercarnos a la manera en que la experiencia bélica configura las identidades de quienes participan en ella. Pero, desgraciadamente, la historiografía sobre la Guerra Civil no ha prestado excesiva atención a tan cruciales aspectos. Es una buena señal que, tras la elaboración de aproximadamente 40.000 trabajos dedicados al conflicto que dividió a los españoles, aparezcan historias y datos que aún desconocíamos y nuevas perspectivas sobre temas anteriormente tratados.⁹⁹ Sin

⁹⁷ Al respecto véanse IZQUIERDO MARTÍN, Jesús y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo. “Lejana proximidad. Antropologías de la guerra civil española”, *Historia del Presente*, 7, 2006, pp. 101-126; MILLÁN, Jesús. “Los sujetos históricos:...” Op. Cit., pp. 101-110; CABRERA, Miguel Ángel. “On Language, Culture and Social Action”, *History and Theory*, 40 (4), 2001, pp. 82-100; id. “La crisis de la historia social y el surgimiento de la historia postsocial”, *Ayer*, 51, 2003, pp. 201-224; y también del mismo autor *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid, Frónesis-Cátedra, 2004.

⁹⁸ RODRIGO, Javier. “Presentación. Retaguardia: espacio de transformación”, *Ayer*, 76, 2009, pp. 15-17.

⁹⁹ Las cifras en: BLANCO RODRÍGUEZ, Jesús Andrés. “La historiografía de la Guerra Civil española”, *Hispania Nova*, 7, 2007; véase también. GARCÍA, Hugo. “La historiografía de la Guerra Civil en el

embargo, los historiadores han reconocido frecuentemente las carencias existentes en los estudios sobre la Guerra Civil respecto a cómo los españoles experimentaron el conflicto, qué impacto tuvo la fulgurante violencia originada por la confrontación bélica y qué sello dejó la experiencia bélica en aquellos que estuvieron en las trincheras.¹⁰⁰

Los trabajos de Michael Seidman constituyeron una de las primeras y más directas aportaciones al estudio de las actitudes de los españoles movilizados durante la Guerra Civil.¹⁰¹ Seidman adoptaba una postura novedosa, cuya virtud principal era salir de las estrecheces con las que una parte de la historiografía española había abordado el conflicto, para centrarse en lo individual. Con ello, trataba de iluminar a una serie de sujetos que el holismo clasista hacía invisibles y defender que la Guerra Civil no fue una batalla ideológica entre dos concepciones del mundo enfrentadas en las que los individuos lucharon de forma apasionada. De acuerdo con su interpretación, en los frentes de batalla la tónica predominante fue la tranquilidad y en ellos se daban cita combatientes que lejos de combatir movidos por una ideología, manifestaban unas conductas individualistas y egoístas.¹⁰² Las a veces contundentes afirmaciones de Michael Seidman han encontrado importantes críticas entre reconocidos historiadores españoles y extranjeros. En líneas generales estas críticas han venido motivadas, en primer lugar, por las generalizaciones que realiza al referirse a los dos bandos en liza, cuando sus fuentes documentales corresponden únicamente al bando republicano. Y, en segundo lugar, lo que es más importante, por el radicalismo de sus más novedosas tesis, a saber, un excesivo énfasis en el individualismo y un menosprecio absoluto de lo colectivo, que resultaría tan insatisfactorio como el enfoque opuesto.¹⁰³

nuevo siglo”, *Ayer*, 62, 2006, pp. 285-305; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “New interpretations of the Spanish Civil War”, *Contemporary European History*, 13:4, 2004, pp. 317-327

¹⁰⁰Véase BLANCO RODRÍGUEZ, Jesús Andrés. “La historiografía...”, Op. Cit., que destaca la carencia de estudios sobre la sociedad que hace y sufre la guerra;; y PRADO HERRERA, Mari Luz. “La historiografía de la Guerra Civil y del primer franquismo: reflexiones y nuevos planteamientos en el setenta aniversario”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 25, 2007, pp. 203-321, quien comenta la falta de interés por la sociedad que padeció la guerra y la violencia; o LEDESMA, José Luis. “Del pasado oculto a un pasado omnipresente: las violencias de la Guerra Civil y la historiografía reciente”, *Jerónimo Zurita*, 84, 2009, pp. 163-188, quien denuncia la poca atención dada a los comportamientos –en este caso violentos– que se pusieron en práctica en el campo de batalla.

¹⁰¹ Su obra más significativa es SEIDMAN, Michael. *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Madrid, Alianza, 2003.

¹⁰² *Ibidem*, pp. 15-29 y del mismo autor “Frentes en calma de la guerra civil”, *Historia Social*, 27, 1997, pp. 37-59.

¹⁰³ Las críticas en: IZQUIERDO MARTÍN, Jesús y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo. “Lejana proximidad...”, Op. Cit. y las reseñas realizadas por José Luis Ledesma (*Historia del Presente*, 2003), Michael Richards (“Egos and Ideals in the Spanish Civil War”, *History Workshop Journal*, 58, 2004, pp. 340-348) y Xosé Manoel Núñez Seixas (“New interpretations...” Op. Cit.).

Parece oportuno plantearse si, como sostiene Seidman, los frentes de Guerra Civil fueron unos “frentes en calma”, donde la ideología brilló por su ausencia y los individuos se movieron por intereses particulares y egoístas; o si, como apuntan sus críticos, los elementos culturales y los sentimientos colectivos tuvieron algún papel y pudieron contribuir a movilizar a los combatientes y a mantener el esfuerzo bélico.

¿Qué factores le llevan a concluir a Seidman que entre los combatientes de ambos bandos la ideología no tenía un papel relevante? El primero de ellos es la denominada “lealtad geográfica”. Efectivamente, el estallido de la Guerra Civil en medio del periodo vacacional y otras circunstancias coyunturales provocaron que muchas personas se encontraran lejos de sus hogares y que numerosas familias vieran como sus miembros quedaban repartidos entre las dos zonas. Los españoles tampoco podían conocer en qué zonas triunfaría el “Alzamiento Nacional” y en cuáles no. El azar se convirtió en un factor crucial y deber ser tenido en cuenta a la hora de analizar el encuadramiento de algunos individuos en uno u otro bando. Esto es lo que lleva a Seidman a sostener que hubo una tendencia a que los individuos se alinearan con el bando triunfante en las localidades en que les sorprendió la guerra, pero no siempre ocurrió así. Cecilio Cirre, camisa vieja de Falange en Granada, se encontraba en zona “roja” y hubo de combatir a las órdenes de la República. Miquel, a pesar de ser un “hombre de orden” formó parte del Ejército republicano al encontrarse en Cataluña el 18 de julio de 1936. José, sargento al mando de una unidad en el frente de Asturias, confesaba al respecto:

En la zona nuestra me encontré con gente que era comunista. Aunque descaradamente no se manifestaban. [...] Entonces allí se veía y se sabía. Yo sabía que su familia pensaba en izquierdas toda la vida, pero a mí me tenía sin cuidado. Ahora, solo se me dieron dos casos, uno de mi aldea y otro de una aldea próxima. Y yo se lo dije: “Yo sé que vosotros estaríais más a gusto allí que aquí”. Para mí sois uno más, pero no intentéis hacerme la jugada. No vaya a ser que abusando de mi trato igual, aprovechéis para iros”. Y ellos me dijeron que sin problemas. Yo sabía que pensaban de otra forma y asunto concluido. Y el resto de los compañeros no les decían nada.¹⁰⁴

¹⁰⁴ El primer relato en CIRRE JIMÉNEZ, Cecilio. *De Espejo a Madrid. Con las tropas del general Miaja*. Granada, Librería Prieto, 1937; el de Miquel en MORENO JULIÁ, Xavier “María y Miquel. Memorias de guerra y posguerra en España, 1936-1955”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 21, 1999, pp. 67-81; y el último en Entrevista a José, Granada, 2-3-2010. Sobre este último aspecto es de interés: MATTHEWS, James. *Our red soldiers. The Nationalist Army’s Mangement of its Left-Wing Conscripted in the Spanish Civil War*”, *Journal of Contemporary History*, 45:2, 2010, pp. 244-263.

Lo que en un primer momento pudo ser un accidente de ubicación geográfica, luego pudo forjar duraderas identidades políticas.¹⁰⁵ No podemos descartar que muchos individuos inicialmente simpatizantes con la causa republicana cambiaran estas simpatías tras luchar a las órdenes del bando sublevado y se sintieran identificados con el naciente franquismo al final de la contienda. Una identificación que, se había ido gestando debido justamente a aquello en lo que Seidman no cree: la existencia de unos sentimientos colectivos trenzados entre los combatientes durante la experiencia bélica. Además, el hecho de encontrarse en el bando victorioso pudo contribuir a que la “lealtad geográfica” se convirtiera en duradera toda vez que, a su retorno a la sociedad civil, los combatientes fueron una pieza esencial en la edificación del “Nuevo Estado”. Dicho esto, no podemos dejar de reseñar la existencia de actitudes completamente opuestas. En los casos antes comentados, la ubicación geográfica no siempre se tradujo en lealtad hacia la causa que defendieron con las armas. En su relato, Cecilio Cirre muestra un odio feroz hacia el bando republicano en el que combatió. Más evidente resulta el caso de Miquel, para quien haber defendido al bando republicano y ser detenido por el bando rebelde una vez finalizada la guerra, no supuso ninguna alteración en sus ideas siempre favorables al régimen franquista y en su posterior colaboración con el mismo en la persecución de los huidos.¹⁰⁶

En esta misma línea, apuntan los intentos acometidos por muchos españoles de pasarse al otro bando, impulsados muchas veces por el miedo a la represión y otras por sentir que no estaban donde les correspondía. Ramón Ruiz Alonso formó en Granada el “Batallón Pérez del Pulgar” compuesto por unos 500 presos republicanos. Buena parte de ellos se pasaron a la zona republicana en un descuido. A Juan Castillo Cortés le sorprendió la guerra en Guadix, situado en “zona roja” y formó parte del Ejército Republicano en el frente de Monte Rubio. Sus “malos antecedentes” como afiliado a la UGT y el haber luchado a las órdenes de la República, no fueron un obstáculo para que el 18 de julio de 1938 se pasara a la zona nacionalista. Aunque su pasado le valió la apertura de un expediente de responsabilidades políticas, no fue condenado. Igualmente sucedió con miembros de muchas familias residentes en el barrio obrero granadino del

¹⁰⁵ KALYVAS, Stahis. *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Madrid, Akal, 2010.

¹⁰⁶ Sobre los sentimientos colectivos véase: UGARTE, Javier. *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Los testimonios en: CIRRE JIMÉNEZ, Cecilio. *De espejo a Madrid... Op. Cit.* y MORENO JULIÁ, Xavier “María y Miquel...”, *Op. Cit.*, pp. 72-75.

Albayzín, tales como algunos integrantes de la famosa partida guerrillera de los Quero o el anarquista Vicente Castillo.¹⁰⁷

Un segundo factor al que alude Seidman para sostener que los combatientes no actuaban movidos por la ideología es la existencia de prácticas de fraternización entre individuos de ambos bandos. La Guerra Civil creó espacios de negociación entre los contendientes que les permitieron altos el fuego temporales, intercambio de información o de productos y ensayar la política del “vive y deja vivir”.¹⁰⁸ José recuerda que en la zona franquista contaban con el papel de fumar y que sus enemigos tenían tabaco y “muchas veces se llegaba al intercambio”. Es más, estando en el frente de Asturias dice que: “entre la posición de los rojos y la nuestra habría 300 metros y había unos cerezales y nos poníamos de acuerdo. ‘¡Oye! que vamos a ir a por las cerezas’. Y se respetaba. Y en otros sectores había otra fruta o lo que sea y se respetaba. Se llegaron a jugar partidos de fútbol”.¹⁰⁹ Los actos de fraternización con el enemigo fueron algo frecuente en otros conflictos armados como, por ejemplo, la Primera Guerra Mundial.¹¹⁰ Además, es cierto que encontramos entre los testimonios de los que combatieron una tendencia a “humanizar” la guerra que, en buena medida, podría estar ligada a la concepción de la misma como “tragedia colectiva” predominante en la actualidad. Pero muchos relatos contenidos en cuadernos de guerra, diarios o cartas elaborados durante la contienda civil giraron en torno a la imagen negativa de la República y del enemigo como eje legitimador de la contienda. La aniquilación del enemigo quedaba justificada para Ángel Cruz porque “los rojos fueron adensando el ambiente y oscureciendo las conciencias. El odio se respiraba por todas partes”. Para Antonio Olmedo la guerra que se libraba era diferente a otras: “en ésta el enemigo nos fuerza a buscar el exterminio”. Incluso, algunos combatientes parecieron asumir las deformadas imágenes que les presentaba la propaganda. Un alférez granadino relataba así un combate en el frente de Aragón:

La emboscada era criminal y alevosa, de lo más perfectamente traidor. [...] Hubo un momento de zozobra e incertidumbre porque nadie podía suponer al enemigo tan cerca y a la

¹⁰⁷ El primer caso en GIBSON, Ian. *Granada en 1936... Op. Cit.*, pp. 104-105. ARCG, Tribunal de Responsabilidades Políticas, “Expediente de Juan Castillo Cortés”, 14-3-1941. CASTILLO, Vicente. *Recuerdos y vivencias*. Memorias inéditas Barcelona, 1976.

¹⁰⁸ SEIDMAN, Michael. “Frentes en calma...”, *Op. Cit.*, p. 40.

¹⁰⁹ Entrevista a José, Granada, 2-3-2010.

¹¹⁰ DAVIS, Belinda. “Experience, identity and Memory: The Legacy of the World War I”, *The Journal of Modern History*, 75, 2003, pp. 111-131.

espalda... en seguida se distingue a la fiera que acosa. Venían cautelosamente y ahora chillan y blasfeman como perros. ¿Pero son hombres o son fieras?.

Organizamos la resistencia entre vértigos desesperados. ¡Animo muchachos!, ¡Viva España!, grita el teniente Ferreirós. Un puñado de hombres valientes contra medio millar de bandoleros astutos ¡Ah, yo no exagero amigos! [...] ¡Franco, Franco, Franco!, gritan sedientos de victoria. El enemigo empieza a retroceder en fuga desordenada y cobarde.

Recogimos numerosos muertos enemigos... Vienen temblando, en zapatillas, hambrientos, lastimosos. Les damos alimentos y dejamos que se calienten en nuestras hogueras, al calor de la España generosa.¹¹¹

Por supuesto, estos testimonios están marcados por el clima de exaltación propio de la contienda bélica. Pero precisamente por eso, no podemos desentendernos del clima de pasiones exacerbadas que dominó la Guerra Civil y que quedó puesto de relieve en el nivel de violencia al que se llegó en muchas ocasiones. Probablemente, la piedad de los combatientes con sus adversarios en el campo de batalla fue mayor conforme la guerra se prolongó, pero la violencia desatada en el verano de 1936 y las atrocidades que coronaban frecuentemente la liberación de una población fueron la prueba de que la experiencia bélica había desatado los instintos más animales entre los soldados.¹¹²

Esto nos lleva directamente a la tercera razón por la que Seidman aduce para presentar la Guerra como un conflicto desideologizado: los combatientes se movieron por intereses individuales y materiales. No podemos poner en duda la existencia de individuos que actuaran exclusivamente por intereses egoístas y económicos. Conforme la guerra avanzaba y las condiciones alimenticias y sanitarias se hacían más difíciles en la zona republicana, la moral de los combatientes y la lealtad a la causa que defendían pudieron resquebrajarse fomentando la apatía o, incluso, las deserciones.¹¹³. De tales argumentaciones se desprende que no hubo otras identidades a lo largo de la conflagración bélica que las individuales, olvidando cuestiones como la lealtad absoluta o actuaciones de desconcierto y crisis identitaria tan habituales en un contexto marcado por profundas emociones y sentimientos exaltados. Además, no podemos olvidar el rol

¹¹¹ CRUZ RUEDA, Ángel. *Por España...* *Op. Cit.*, p. 77; OLMEDO, Antonio. *La flecha en el blanco...* *Op. Cit.*, p. 23. La última cita en *Ideal*, 23-3-1938.

¹¹² La “animalización” de los combatientes en BOURKE, Joanna. “Remembering war”, *Journal of Contemporary History*, 39:4, 2004, pp. 474-485. De esa violencia dan cuenta observadores extranjeros como BERNANOS, George. *Los grandes cementerios bajo la luna*. Madrid, Alianza, 1986.

¹¹³ SEIDMAN, Michael. “Las experiencias de los soldados en la Guerra Civil española”, *Alcores*, 4, 2007, pp. 101-123; id. “Individualism in Madrid during the Spanish Civil War”, *The Journal of Modern History*, 68:1, 1996, pp. 63-83; MATTHEWS, James. “Moral y motivación de los movilizados forzosos del Ejército Popular de la República en la Guerra Civil española, 1936-1939”, *Studia Histórica: Historia Contemporánea*, 24, 2006, pp. 81-105.

desempeñado por la exaltación nacionalista española, vasca o catalana por ejemplo, en la movilización colectiva. Aun con una alimentación deficiente que le empujaba a saltar las vallas de las fincas para “tener algo que llevarse a la boca”, Miquel admitía que en la Batalla del Ebro se habían defendido con entusiasmo: “aguantamos hasta el final, hasta que vino Franco a echarnos”.¹¹⁴ No se puede creer que ni en la zona republicana ni en la franquista predominaran los motivos individuales, cuando se desarrollaron acciones – relatadas por el propio Seidman– que demuestran la existencia de esfuerzos colectivos.¹¹⁵ La defensa de determinadas poblaciones, la resistencia de importantes enclaves o el mantenimiento de sistemas de suministros materiales pone de relieve la existencia de conductas solidarias entre los combatientes. Al igual que en las trincheras de la I Guerra Mundial, entre los hombres que compartieron el día a día de la contienda, se forjaron sentimientos de camaradería y hermandad aglomerados en torno a la sangre derramada y al sufrimiento padecido que fueron generando una “cultura de guerra”. Unidos por ella, los combatientes se sintieron integrantes de una comunidad de destino que les llevó a alejarse de quienes habían permanecido en la retaguardia y moldeó profundamente sus identidades. Unas identidades que, terminada la guerra, serían básicas en el papel desempeñado por los excombatientes en la España de la Victoria.¹¹⁶

Tiene toda la razón Seidman al afirmar que la mayor parte de los combatientes estaba cansada de una guerra tan prolongada. Tampoco parece extraño que muchos desearan que su conclusión estuviera próxima. A inicios de 1938, el embajador italiano en España le informaba al ministro Farinacci de que “algunos, los egoístas, más intranquilos respecto a los sucesos de la guerra [...] querrían ver al país rápidamente llevado a la normalidad de la nueva España nacional”. Más contundente se mostraba éste a principios de septiembre de 1938 cuando sostenía que “la población está cansada de la guerra y no ve más razones por las que combatir”. En su diario, José Arteche ofrecía una imagen despiadada de la Guerra Civil en la que la violencia era de tal calibre

¹¹⁴ IZQUIERDO, Jesús y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo. “Lejana proximidad...”, Op. Cit., p. 111; el testimonio de Miquel en MORENO JULIÁ, Xavier. “María y Miquel...”, Op. Cit., pp. 71-72.

¹¹⁵ Aunque parcialmente, Seidman admite en su último trabajo la importancia que en la movilización pudieron tener los elementos simbólicos y culturales: SEIDMAN, Michael. *The Victorious Counterevolution. The Nationalist effort in the Spanish Civil War*. Madison, University of Wisconsin Press, 2011, pp. 3-12.

¹¹⁶ La bibliografía sobre la creación de identidades de combatientes es muy abundante, pero merecen ser especialmente consultados: BARTOV, Omer. *Mirrors of destruction... Op. Cit.*, pp. 9-43; MOSSE, George L. *Fallen Soldiers... Op. Cit.*; y LEED, Eric J. *No man's land.... Op. Cit.*, pp. 39-72. TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 88-91. La aplicación de la “cultura de guerra” al caso español puede verse en: GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”, *Historia Social*, 61, 2007, pp. 69-87.

que los hombres se volvían inmunes ante ella y los sentimientos de extrañamiento respecto a la retaguardia aparecían: “¿Por qué mientras los hombres se matan, ha de haber siempre quienes desde sitio seguro todavía les azuzan, tratando de convencerles de que no deben dejar de matarse?”.¹¹⁷ Frente a ello, muchos combatientes elaboraron una recreación alegre de la guerra, en la que el conflicto aparecía plagado de episodios de virilidad, hermandad y hasta con momentos para el esparcimiento y la broma. Buena prueba de ello fueron las saetas y villancicos enviados por soldados a la prensa controlada por los insurgentes, en los que se burlaban del enemigo, se reían de la muerte o se ponían de manifiesto los sentimientos de camaradería.¹¹⁸

Los relatos tanto de la Guerra Civil como de otras guerras parecen indicar que la gran mayoría de los que combatieron deseaban que aquello acabase, estaban lejos de esa retórica que postulaba la guerra como método de regeneración nacional, aterrorizados a la vez que inmunizados por la violencia desplegada, observada y sufrida y habían forjado sólidos sentimientos de camaradería y fraternidad cimentados sobre lo visto y vivido en el frente de combate, que les convencieron de que “aquello” no debería volver a repetirse.¹¹⁹ Sin embargo, los sentimientos y las actitudes de los españoles no eran iguales al comienzo de la guerra. Los mitos movilizados como el nacionalismo, el pueblo, la religión o la aventura juvenil fueron especialmente efectivos en los albores de la contienda y ayudan a explicar el entusiasmo inicial con el que muchos se lanzaron al derrumbe de la República o a su defensa. La sociedad de entonces no podía imaginar en aquellos momentos que al “Alzamiento Nacional” le seguiría una guerra fratricida y, ni siquiera transcurridas las primeras semanas, podían pensar que tendría tan larga duración. Una vez más conviene recordar la naturaleza cambiante de las identidades y actitudes tomadas por individuos y colectivos y entender que, de la misma forma que en 1931 la República fue recibida con entusiasmo por muchos de los que después ayudaron a derribarla, la prolongación de la guerra pudo tornar en cansancio y deseo de paz, el fervor sentido en julio de 1936, sin por ello tener que alterar la identificación de muchos con la causa de Franco.

Por último, analicemos la argumentación de que para los movilizados en la Guerra Civil lucharon, en su mayor parte, debido a los mecanismos de coacción y

¹¹⁷ AMAEI, Gabinetto del Ministero della Segretaria Generale, Ufficio Spagna, Legajo 1207, 18-2-1938 y Legajo 1216, 8-9-1938; ARTECHE, José. *El abrazo de los muertos...* Op. Cit., p. 110

¹¹⁸ Ejemplos en *Ideal* durante todo el mes de diciembre de 1937.

¹¹⁹ Sobre estos sentimientos: CORBI, Josep. “Lo real y lo imaginario en la experiencia del soldado” en SÁNCHEZ DURÁ, Nicolás (ed.). *La guerra*. Valencia, Pre-Textos, 2006, pp. 185-205.

control disciplinario impuesto por las autoridades.¹²⁰ Aunque es cierto que el reclutamiento forzoso el instrumento principal para lograr la movilización en ambas zonas, no podemos olvidar que los factores ideológicos y emocionales desempeñaron un papel capital tanto en la movilización como en la modelación y evolución de las identidades y actitudes de los combatientes. En primer lugar, por los ya comentados sentimientos colectivos creados sobre sólidos lazos de sangre durante la experiencia de guerra. En segundo lugar, debido a la existencia de sentimientos de clase por móviles y permeables que estos fuesen. Las tensiones sociales manifestadas durante la etapa republicana escenificaron el grado de politización alcanzado por la sociedad española. Los enfrentamientos entre individuos y colectivos pertenecientes a clases económicas diferenciadas –por ejemplo en torno a la cuestión agraria o a la religión o la tierra– evidenciaron la existencia de un abismo entre los intereses de unos y otros. Tal politización y radicalismo no pudo desaparecer como por ensalmo con el inicio del conflicto armado sino que, por el contrario, la guerra enconó más aún las posturas, quedando patente en el grado de violencia con el que, en numerosas ocasiones, se resolvieron las luchas de clase existentes.¹²¹

Finalmente, debemos contar con el impacto que el nacionalismo y la religión tuvieron sobre los que luchaban. Núñez Seixas ha advertido de la dificultad y ausencia de fuentes para conocer en qué medida los discursos nacionalistas sobre la guerra calaron entre los combatientes españoles.¹²² Los diarios de la Guerra Civil, las cartas enviadas por los combatientes a los medios de prensa y otro tipo de relatos solo cubren parcialmente esa carencia. Además, los testimonios recogidos sobre la experiencia en el frente son escasos en comparación con los de otros temas como, por ejemplo, la represión franquista. Pero la escasez de fuentes no puede nublar nuestra vista y hacernos creer que elementos intangibles como la religión o el “patriotismo” no juegan un papel fundamental en la movilización bélica. El impacto emocional que supone una guerra, la violencia experimentada en el campo de batalla y los sentimientos de hermandad

¹²⁰ Véase SEIDMAN, Michael. *A ras de suelo... Op. Cit.*; y, aunque considerando el peso de los factores ideológicos, la interpretación de: MATTHEWS, James. *Reluctant Warriors. Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*. Oxford, Oxford University Press, 2012.

¹²¹ COBO ROMERO, Francisco. “Campesinado, política y urnas en los orígenes de la Guerra Civil” en id. y ORTEGA, Teresa María (eds.). *La España rural. Siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*. Granada, Comares, 2011, pp. 219-255; ARÓSTEGUI, Julio, GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y SOUTO, Sandra. “La violencia política en la España del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 22, 2000, pp. 71-81.

¹²² NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. “La nación contra sí misma...”, *Op. Cit*, pp. 102-103.

gestados en las trincheras fueron instrumentos lo suficientemente fuertes para que se produjera una reformulación de algunas de las características propias de las identidades nacionales. Las cartas y testimonios de los que se encontraban en el frente dieron a la patria y a la religión con frecuencia un lugar central, mostraron una notable penetración de las imágenes deformadas del enemigo entre ellos y pudieron de manifiesto cómo la experiencia colectiva de la guerra había contribuido a solidificar sentimientos nacionales y religiosos. Un legionario granadino de tan solo 16 años reconocía en agosto de 1936 tener “muchas ganas de acabar con esos tíos. Con los rojos. Sí señor. Al que le coja la cabeza se la voy a arrancar”. Antonio Olmedo se preguntaba en su diario de guerra: ¿No quedará entre los rojos madrileños un resto de madrileñismo? Ni siquiera aspiramos a que una vez escuchen la voz de la Patria. Es prenda sagrada que se mancharía al rozar un corazón marxista”.¹²³ En definitiva, la centralidad que el nacionalismo y la religión y otros mitos movilizadores ocuparon en el discurso de los sublevados fueron fundamentales para despertar sentimientos de identificación con la España defendida por los golpistas, puesto su utilización propagandística permitía llegar a espacios donde lo considerado estrictamente como político no podía hacerlo. Apelar a la patria, a la defensa de las tradiciones, del catolicismo o a la movilización contra la anti-España encajaba mejor con los sentimientos de la gente corriente.

4.2. Ciudadanos: construcción social de la guerra y movilización en la retaguardia

Aunque resulte un tópico, la guerra se luchó en el frente, pero se venció en las retaguardias. Paralelamente a las batallas que libraban los integrantes del bando rebelde y que le permitían ir “recuperando ciudades y pueblos para España”, lejos del frente, en aquellas localidades que habían quedado bajo poder de los franquistas se ponían los primeros cimientos del nuevo Estado. Aquéllos que el bando sublevado consideró exentos de ir al frente –mujeres, niños, personas de cierta edad o de determinados

¹²³ Las citas en *Ideal*, 13-8-1936; OLMEDO, Antonio. *La flecha en el blanco...* *Op. Cit.*, p. 126; y ARTECHE, José. *El abrazo de los muertos...* *Op. Cit.*, p. 149. Respecto a la guerra y el nacionalismo véase NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “Fighting for Spain? Patriotism, War Mobilization and Soldiers’ Motivations (1936-1939)” en BAUMEISTER, Martin y SCHÜLER-SPRINGORUM, Stefanie (eds.). “*If you tolerate this*”... *The Spanish Civil war in the Age of a Total War*. Frankfurt/Nueva York, Campus Verlag, 2008, pp. 47-73; UGARTE, Javier. *La Nueva Covadonga...* *Op. Cit.*; CAPISTEGUI, Francisco Javier. “*Spain’s Vendée: Carlist identity in Navarre as a mobilising model*” en EALHAM, Chris, y RICHARDS, Michael (eds.). *The Splintering of Spain...* *Op. Cit.* pp. 177-195.

cargos...- no lo estaban de combatir al “invasor” que “asolaba el solar patrio”. Sin la colaboración ciudadana los sublevados no hubiera logrado la victoria. Conviene por tanto plantearse dos cuestiones fundamentales que nos ayuden a explicar el rol desempeñado por el grueso de la sociedad en las ciudades que, como Granada, vieron triunfar el golpe militar del 18 de julio. De un lado, resulta tan necesario como difícil dilucidar los motivos que llevaron a muchos españoles a dar su apoyo – independientemente de la naturaleza de éste– a quienes propugnaban la destrucción del régimen republicano. Del otro, parece pertinente preguntarse por las formas en que se manifestó este apoyo, por los cauces que utilizaron los ciudadanos para colaborar con el nuevo régimen lejos del fragor bélico. Comprobaremos de este modo que el miedo, el interés económico y otros componentes simbólicos y culturales fueron decisivos para propiciar la contribución de parte de la sociedad a la causa rebelde.

Explicar en qué manera pudo influir en los españoles el discurso que sobre la guerra y el enemigo elaboró el bando sublevado, supone adentrarse de nuevo en el pantanoso terreno de las actitudes, conductas y percepciones de los individuos y los colectivos sociales. Implica rastrear las categorías que éstos utilizaron para aprehender el conflicto, representarlo y tratar de dotar de significado a tan traumático acontecimiento. En esencia, significa preguntarnos en qué medida los discursos emanados “desde arriba”, desde el Estado, mediaron las actitudes y comportamientos de quienes los recibieron y, paralelamente, en qué manera éstos lo reelaboraron y reinterpretaron en base a sus preocupaciones y aspiraciones.¹²⁴ ¿Creyeron los españoles de la retaguardia la interpretación que presentaba la guerra como una batalla universal, como una guerra por la independencia de la nación contra una ocupación extranjera y como una Cruzada religiosa contra los “enemigos de Dios”? ¿Aceptaron la imagen que se les presentaba de una República antiespañola y de un enemigo con rasgos animales e instintos asesinos que le llevaban a cometer los crímenes más horribles? ¿Cómo se comportó una ciudad como Granada que permaneció la totalidad de la guerra en la retaguardia franquista?

De todos los elementos que componían el discurso justificador del “Alzamiento Nacional”, fueron aquellos que se correspondían con los temores y experiencias vividas

¹²⁴ SPIEGEL, Gabriel M. “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, *Ayer*, 62, 2006, pp. 19-50; y CRUZ, Rafael. “La cultura regresa a primer plano” en id., y PÉREZ LEDESMA, Manuel. *Cultura y movilización... Op. Cit.*, pp. 13-34.

por los españoles los más efectivos para conseguir un respaldo popular.¹²⁵ Los brotes de anticlericalismo o la violencia de la República debieron tener una mayor credibilidad que las imágenes que presentaban a los adversarios como “bestias inhumanas” o la idea de que España era un “pueblo elegido por Dios”. Sin embargo, a tenor del momento excepcional que se vivía, no hemos de menospreciar la eficacia de aquellos componentes del discurso franquista que nos puedan parecer más incoherentes y fantasiosos. Pocos relatos –incluso los de quienes empuñaron las armas contra la República– compartirían hoy que la guerra del 36 fue una “Cruzada liberadora contras las hordas marxistas”. Pero ello no quiere decir que en 1936 o 1939 nadie creyera que lo era. Una pamplonesa afirmaba que las madres se sentían consoladas al saber que sus hijos iban al cielo por haber muerto heroicamente en una Cruzada. Incluso decía que en el hospital un hombre moribundo le había pedido que le pusiera los brazos en cruz para morir como Jesucristo. Por su parte, Cecilia, afirmaba que en su pueblo “varios hombres habían muerto gritando ¡Viva Cristo Rey!”.¹²⁶

Del mismo modo, la imagen de los enemigos como extranjeros caló en las conciencias de muchos ciudadanos “patriotas” y “católicos” que no querían que las “doctrinas moscovitas” deshicieran su país. Lucila, hija de Carlos González Posada, decía recordar que en Barcelona “se hablaba ruso por las calles”.¹²⁷ A esto se sumaba la llegada de noticias sobre los “ensayos revolucionarios” acaecidos en la “zona roja” y que para muchos eran la prueba definitiva de que sus enemigos querían hacer de España una colonia soviética. Los granadinos de la capital pronto conocieron noticias y relatos que señalaban la “bolchevización” de la retaguardia republicana granadina. En las localidades de Motril o Iznalloz se realizaron colectivizaciones de tierras y se puso en marcha el sistema de vales para sustituir a la moneda. Según *Ideal*, en Montefrío se estableció un auténtico “régimen soviético”.¹²⁸ Reales o exagerados, se trataba de experimentos revolucionarios que subvertían el orden tradicional y sembraban el pánico entre la gente “de orden” y, muy especialmente, entre los propietarios de tierras que temían su pérdida a mano de los “rojos”. No obstante, la colectivización de las tierras

¹²⁵ VENTRONE, Angelo. “El enemigo interno. Perspectivas historiográficas y metodológicas”, en CANAL, Jordi y MORENO LUZÓN, Javier (eds.). *Historia cultural de la política contemporánea*. Madrid, CEPC, 2008, pp. 243-267.

¹²⁶ FRASER, Ronald. *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*. Barcelona, Crítica, 1999, p. 12. Entrevista a Cecilia, Granada, 8-3-2011.

¹²⁷ GONZÁLEZ POSADA, Carlos. *Diario de la revolución y de la guerra (1936-1939)*. Granada, Comares, 2011, (estudio preliminar, transcripción y edición de Miguel Ángel del Arco Blanco), p. XLVII.

¹²⁸ GIL BRACERO, Rafael. *Revolucionarios sin revolución. Marxistas y anarcosindicalistas en guerra: Granada-Baza, 1936-1939*, Granada, Universidad, 1998; *Ideal*, 31-7-1936.

emprendidas por los comités revolucionarios en la zona republicana resultó especialmente dramática para aquellos que se vieron perjudicados por ellas. Carlos González Posada vivía con terror el destrozo de su hogar y sus bienes más preciados en Madrid. Camilo aún recuerda como a su abuela y a su madre, les intervinieron la casa en la que vivían y “se fueron escondiendo en otras casas, porque les iban pidiendo que dónde guardaban el dinero, que dónde tenían las joyas...”. Por su parte, Cecilia relata el golpe emocional que supuso para su familia la pérdida de sus propiedades: “nos expropiaron todo, todo nos lo quitaron. Para nosotros fue una tragedia”.¹²⁹

La religión debe ser también tenida en cuenta para explicar las actitudes contrarias a la II República y favorables al levantamiento militar por parte de muchos españoles. Las medidas laicizadoras y los brotes de anticlericalismo que habían acontecido entre 1931 y 1936 provocaron que las voluntades de muchos católicos se decantaran hacia posiciones antiizquierdistas y antirrepublicanas. Paz recuerda como en su pueblo “antes de la guerra ya quitaban los crucifijos y empezaban a poner cuadros de Marianita Pineda”. En su relato insiste en que el pueblo se encontraba completamente dividido y recuerda que “el último bautizo que se hizo en el pueblo era de una prima hermana mía, de la que mis padres eran los padrinos y cuando salíamos de la Iglesia nos apedreaba la gente del pueblo”.¹³⁰ Con el estallido de la guerra la violencia contra el clero se desató en la retaguardia republicana: muchos de los religiosos fueron asesinados de forma cruenta y sometidos a torturas y vejaciones humillantes; las imágenes y objetos de culto fueron objeto de mofa, mutilándolas como si tuvieran vida propia o siendo sometidas a objetos irreverentes; un mayor número de tiempos fue incendiado o vieron cambiadas sus funciones al ser utilizados como garajes, almacenes, cárceles e incluso salas de cine o baile.¹³¹ La provincia de Granada, al quedar en su mayor parte en zona republicana, se vio asolada por la violencia anticlerical en los primeros meses de la contienda. Durante el verano del 36, Antonio Molina Muñoz y Antonio Sierra Leyva, sacerdotes de la Acción Católica granadina fueron fusilados “por no renunciar a su fe” y luego fueron quemados y “machacados a pedradas”. En la localidad de Píñar se practicaron “bautismos sacrílegos” y en la de Juviles llegó a

¹²⁹ GONZÁLEZ POSADA, Carlos. *Diario de la revolución...* Op. Cit., p. 152; Entrevistas realizadas a Camilo, Granada, 14-6-2011 y Cecilia, Granada, 8-3-2011.

¹³⁰ Entrevista a Paz, Granada, 31-3-2011.

¹³¹ La bibliografía sobre el tema es muy abundante: PÉREZ LEDESMA, Manuel. “Studies on Anticlericalism in Contemporary”, *International Review of Social History*, 46, 2001, pp. 227-225; sobre el simbolismo de la violencia practicada resulta de mucho interés VINCENT, Mary. “The Keys of the Kingdom: religious violence in the Spanish Civil War, July-August 1936”, en EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (eds.). *The Splintering...* Op. Cit., pp. 68-89.

disfrazarse a un “tonto de nacimiento con un alba de misa y una casulla” y se le incitó a “hacer imitaciones sacrílegas del culto católico”. En Montejícar y en Alhama de Granada, las “sagradas formas fueron pisoteadas” y en Montefrío, la imagen de Santa Ana “fue fusilada”. “En la fachada de la iglesia de mi pueblo había unos santos y con una soga les cortaron la cabeza”, recuerda Paz.¹³²

El relato del “terror rojo” por parte de los propagandistas del bando sembró el miedo entre quienes permanecían en la retaguardia franquista. Los ciudadanos recibieron una narración manipulada de macabros asesinatos acompañados de truculentas imágenes que dibujaban la crueldad del enemigo al que se enfrentaban. Los relatos sobre los evadidos de la “persecución marxista”, reafirmaron el apoyo de muchos al bando franquista, dado que éste parecía ofrecerles la protección de la que carecían. El arquitecto granadino Torres Balbás se sintió profundamente afectado por los relatos que su mujer y su hijo le contaron tras su periplo por la “zona roja”. Las noticias y rumores que Carlos Posada recibió acerca del “terror rojo” le cegaron de odio: “sinceramente lo digo: deseo el exterminio total de los rojos. Ellos son el origen de tanto mal”.¹³³ Los que fueron víctima de alguna clase de violencia en la zona republicana, vieron amenazada su seguridad y esperaron con ansia la liberación de lo que veían como un calvario. Mariano recuerda cómo en el pueblo de la sierra de Granada donde vivían “los socialistas, los rojos, nos quemaron el cortijo y ellos son los socialistas, y nos lo quemaron con los animales dentro y todo”. A un hermano de Paz se lo llevaron forzado al frente y luego lo encarcelaron. Pero lo más traumático para ella fue cuando “un día había una lata de gasolina en la puerta y dijeron que le iban a meter fuego a la casa”, quedando abortado el intento por la intervención de un vecino. Para Paz la agresión no tenía justificación porque “mi padre no era político ni nada, solo católico y de derechas”.¹³⁴

Las vivencias y los relatos de episodios violentos fueron fundamentales para que el franquismo cosechara apoyos sociales relativamente sólidos y duraderos. Pero incluso entre aquellos que no fueron víctimas de la violencia, quedaron fijas algunas ideas

¹³²AHN, Causa General de la Provincia de Granada, Legajo 1.043; BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel. “Mofa e iconoclastia durante la Guerra Civil en la diócesis de Granada”, *Fundamentos de Antropología*, 11-12, 2001, pp. 275-284; ARCG, Preparación de la Causa General, Pieza Décima “Persecución religiosa de la provincia de Granada”, 30-11-1940; entrevista a Paz, Granada, 31-3-2011.

¹³³KALYVAS, Stahis. *La lógica de la violencia...* *Op. Cit.*, p. 183; Los ejemplos en GALLEGROCA, Javier. (ed.). *Epistolario de Leopoldo Torres Balbás a Antonio Gallego Burín*. Granada, Universidad y Diputación Provincial, 1995, pp. 114-116; y GONZÁLEZ POSADA, Carlos. *Diario de la revolución...* *Op. Cit.*, p. 112.

¹³⁴Entrevista a Mariano, Granada, 11-8-2011; entrevista a Paz, Granada, 31-3-2011.

claves del discurso franquista sobre la guerra. La concepción de la República como una etapa de caos y de enfrentamientos fue muy extendida. Aún con distintos grados de adhesión al régimen, Pere B. y Martí R. justificaban el levantamiento militar contra una etapa que recordaban presidida por desórdenes y anarquía. Daniel, sin duda influido por esa imagen negativa de la época republicana, decía que “en la última República había más hambre que... que la que pasamos luego”.¹³⁵ Para muchos de los que permanecieron en la retaguardia nacionalista la sublevación militar estaba completamente justificada en la medida en que la República había alterado su orden. Fracasado el golpe de Estado en su intento por hacerse con el poder, los ciudadanos fueron testigos de una labor represora ininterrumpida que hizo que muchos ciudadanos se sintieran atemorizados, escaparan de sus hogares, buscaran compulsivamente amistades e influencias que les protegieran de posibles agresiones y se sumaran con un fingido entusiasmo a las organizaciones de encuadramiento del bando rebelde.¹³⁶ Pero el papel crucial que jugó el miedo no lo explica todo. Como hemos señalado, había muchos que deseaban el fin de la República y de todo cuanto ésta conllevaba. Muchos granadinos debieron respirar aliviados cuando el franquismo empezaba a construirse en la ciudad tras unos meses de enfrentamientos, huelgas, tiroteos en las calles, actos anticlericales y acusaciones mutuas en un creciente ambiente de crispación. A cambio de restablecer el orden que juzgaban perdido, solo pedían dos cosas: colaboración y silencio.

Individuos, familias, negocios, clubes deportivos, empresas privadas, instituciones culturales, centros de enseñanza, cofradías religiosas, todo tipo de asociaciones y personas se pusieron a disposición de las nuevas autoridades en la retaguardia dominada por los sublevados. Entre dos espacios de contornos tan borrosos como eran la retaguardia y el frente debía establecerse una “corriente de amor”, llenar con las “miradas calientes” de los ciudadanos que “permanecen en la comodidad de sus hogares” el ánimo “de quienes luchan por salvar a España”.¹³⁷ En Granada, las asociaciones culturales del Liceo y del Centro Artístico no dudaron en ponerse de inmediato al servicio de los sublevados organizando actos y campañas de recaudación de dinero. La fábrica de caramelos “La Imperial” cubrió los envoltorios de sus

¹³⁵ Testimonios citados en FONT, Jordi. *¡Arriba el campo! ... Op. Cit.* pp. 260-262 y 295-296. Entrevista a Daniel, Granada, 18-3-2011.

¹³⁶ Sobre los efectos de la violencia resulta muy válido KALYVAS, Stahis. *La lógica de la violencia... Op. Cit.*, pp. 72-73; véase también BALCELLS, Laia. “Rivarly and revenge. Killing civilian in the Spanish Civil War”, Working paper n° 233, Fundación JuanMarch, 2007.

¹³⁷ *Ideal*, 14-1-1937 y 2-5-1937.

productos de “patrióticas imágenes” para que los niños las coleccionaran. La Facultad de Farmacia puso sus instalaciones y personal al servicio de los sublevados, realizando investigaciones relativas a la “guerra química”. A iniciativa de las autoridades y de algunas instituciones mencionadas se organizaron toda clase de actos destinados a la recaudación de dinero por parte de los sublevados. El Centro Artístico orquestó desde tómbolas benéficas a “actos de afirmación nacional” en los locales de la asociación. A lo largo de 1936 y 1937 fueron varias las “novilladas benéficas” celebradas en la capital granadina en beneficio del Ejército Nacional.¹³⁸ De gran importancia resultaron las “suscripciones patrióticas”, en las que para alguno quedaba probado el “patriotismo granadino por el carácter voluntario de las aportaciones”. Pero, aunque fuera voluntario, los periódicos recogían tanto las listas de suscriptores como la cantidad o el objeto dado, lo que permitía no solo saber además de quién colaboraba, si lo hacía de acuerdo con sus posibilidades económicas. El administrador de una de la familia Rodríguez-Acosta, pudiente familia granadina, calculaba que la guerra le iba a costar alrededor de medio millón de pesetas en suscripciones. Veladas teatrales, loterías patrióticas y “Día del Plato Único” completaban las iniciativas colectivas a favor de la “Causa Nacional”.¹³⁹

Menos rastreables pero no por ello menos importantes resultaron los actos, manifestaciones, ceremonias religiosas, desfiles militares o celebraciones de festividades, organizadas y espontáneas, que ocuparon el espacio público de la retaguardia franquista. Carmen vivía al final del populoso barrio granadino del Realejo, frente a la casa del cónsul italiano en Granada Tito Dalmaso, y recuerda cómo “iban las manifestaciones a su puerta a tocarle y a decirle cosas porque le querían”. Cuando esto sucedía, ella y su familia no permanecían pasivas: “poníamos colgaduras en los balcones con banderas de España. Como la manifestación pasaba pues estábamos todos

¹³⁸ “Acta de la Junta de Gobierno del Liceo de Granada celebrada el 2 de febrero de 1937”, documento cedido por Fernando Nestares; para la colaboración del Centro Artístico véase por ejemplo *Ideal*, 3-10-1936; y 20-11-1936; la colaboración de Farmacia en *Boletín de la Universidad de Granada*, abril-junio de 1937; tómbolas y novilladas “benéficas” en *Ideal*, 3-8-1936 y 4-6-1937.

¹³⁹ ORTIZ DE VILLAJOS, Cándido. *Crónica de Granada en 1937*, Granada, Imprenta Urania, 1938, p. 27; las listas de suscriptores son constantemente publicadas en *Ideal* durante toda la contienda. El testimonio sobre los Rodríguez-Acosta en TITOS, Manuel. *Verano del 36 en Granada*. Granada, Atrio, 2005, pp. 115-128. También véanse DE PRADO HERRERA, María Luz. “Patria y dinero. La contribución salmantina a la financiación de la guerra civil española: suscripciones e impuestos especiales”, en ROBLEDO, Ricardo (ed.). *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil española*. Madrid, Crítica, 2007, pp. 189-214. Para Granada, HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. *Granada azul... Op. Cit.*, pp. 53-56.

en el balcón viéndolo y todos muy contentos”.¹⁴⁰ De este modo se creaban espacios de comunión entre el pueblo y el Estado.

La calle era el territorio idóneo para que el franquismo hiciera creer la existencia de un apoyo popular generalizado y transmitiera los valores de la “Nueva España” a los ciudadanos. Mientras éstos, con su participación en las manifestaciones y ceremonias, contribuyeron a su configuración y fraguaron en torno a las mismas identidades colectivas y vínculos emocionales hacia el Estado y la comunidad.¹⁴¹ En buena medida, la participación de la población se limitaba a su permanencia en los márgenes de la celebración colaborando únicamente con su asistencia, los aplausos y los vítores a las autoridades. Pero no siempre ocurrió así, sino que, “desde abajo” la sociedad también hacía uso de sus símbolos de manera personal y autónoma, llenándolos de significados políticos. En la ciudad de Granada el ímpetu popular por sacar la imagen de la Patrona de Angustias en procesión tras la derrota total de los “rojos” hubo de ser frenado por el Arzobispo. Dos granadinas, Irene Zafra y Angustias Alarcón, presentaron sendos proyectos para vestir a la figura de la Tarasca que anualmente desfilaba por las calles de la ciudad en las fiestas del Corpus, anunciando a las granadinas la moda de ese año. La segunda propuesta, que abogaba por vestir a la Tarasca de enfermera “muy en consonancia con las circunstancias”, fue unánimemente aprobada por la Corporación municipal.¹⁴²

Pero la forma de colaboración ciudadana más directa y significativa con la que contó el naciente Estado franquista durante la guerra fueron las milicias. El fenómeno miliciano era algo ya presente en la historia de España y había sufrido un importante aumento en la época republicana tanto entre los sectores de la derecha como de la izquierda. Sin embargo, fue tras el 18 de julio cuando el crecimiento de las milicias se disparó, trasladando la guerra lejos del frente y obligando también a quienes permanecían en la retaguardia a participar activamente en la misma. Durante los primeros momentos de la contienda, a las milicias ya existentes en la retaguardia rebelde –requetés y falangistas– se sumaron nuevas organizaciones paramilitares que acogieron en sus filas a gran cantidad de ciudadanos. Las ciudades se poblaron de

¹⁴⁰ Entrevista a Carmen, Granada, 28-1-2011.

¹⁴¹ Al respecto véase: CRUZ, Rafael. *En el nombre del pueblo... Op. Cit.*, pp. 298-299; GALLEGO DUEÑAS, Francisco Javier. “La plaza pública. Uso propagandístico del espacio urbano”, *Historia Actual Online*, 20, 2009, pp. 101-121; SCHNAPP, Jeffrey T. “Fascinating fascism”, *Journal of Contemporary History*, 31:2, 2007, pp. 235-244.

¹⁴² La espontánea procesión en *Ideal*, 29-3-1939; La prohibición del saludo en BOEAG, junio de 1939; y las propuestas para vestir a la Tarasca en AHMG, Función Pública/Cultura, Caja 3046, Carpeta 94; 10-5-1937.

uniformes y distintivos de todos los colores, muy necesarios en unos momentos en que permanecer pasivo resultaba peligroso. Los periodistas granadinos Gollonet y Morales constataban que, transcurrida una semana del levantamiento militar, “era ya muy raro observar a ningún ciudadano, que no llevara ningún distintivo, insignia o uniforme”.¹⁴³ Este grado de implicación ciudadana en las milicias resultó fundamental para mantener el control de la retaguardia y poner las primeras piedras del incipiente régimen franquista.

Tras el comienzo de la guerra, las milicias carlistas y, especialmente, las falangistas experimentaron un aumento muy notable en su número de afiliados. En Granada, los requetés no eran muy numerosos. Dirigidos por Ramón Contreras y Pérez de Herrasti, en principio sus funciones se desarrollaron en la retaguardia, pero pronto organizaron el “Tercio de Isabel la Católica”, por el que se afirma que pasaron unos 7.000 combatientes, con un saldo de 41 muertos y 1.900 heridos. Mayor peso tuvieron en la ciudad las camisetas azules de Falange. Desde febrero de 1936 y, sobre todo, tras el golpe de Estado, los falangistas vieron cómo sus miembros se multiplicaban. Ante tal avalancha de afiliaciones, la Jefatura Provincial ordenó controlar tanto el uso del uniforme como la venta de tela azul en los comercios. Junta a las dos milicias más veteranas surgieron en Granada dos nuevas organizaciones de retaguardia: “Defensa Armada de Granada” y “Españoles Patriotas”. Con un porcentaje muy considerable de afiliados, estas milicias resultaron fundamentales a nivel local, puesto que estaban formadas por hombres locales y sus objetivos también lo eran. Aunque recibieron críticas por parte de los sectores falangistas que las entendían como una posición cómoda frente a la lucha en vanguardia, lo cierto es que resultaron esenciales para el bando franquista, puesto que con ellas conseguía que fueran los ciudadanos los que se implicaran en la vigilancia y control de sus propios vecinos y en la construcción inicial de la “Nueva España”. Además, entrar en una milicia no solo era una forma de confirmar un compromiso individual, sino el compromiso de toda la familia del afiliado.¹⁴⁴

¹⁴³ GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. “La violencia política y la crisis de la democracia republicana”, *Hispania Nova*, 1, 1998-2000.; noticias de estas milicias de voluntarios en GIL ANDRÉS, Carlos. “La zona gris en la España azul. La violencia de los sublevados en la guerra civil”, *Ayer*, 76, 2009, pp. 115-141; SEVILLANO CALERO, Francisco. *Exterminio: el terror con Franco*. Madrid, Crítica, 2004, Capítulo III.

¹⁴⁴ Los datos de los requetés granadinos en COPADO, Bernabé. *Con la columna Redondo: combates, conquistas, crónicas de guerra*. Sevilla, Imprenta de la Gavidia, 1937; Para Falange: *Patria*, 4-2-1938; la importancia de las milicias a nivel local en KALYVAS, Stahis, *La lógica de la violencia... Op. Cit.*, pp. 157-159; y WALDMANN, Peter. “Dinámicas inherentes...”, *Op. Cit.*, p. 93.

Desde los últimos días de julio de 1936 se empezó a organizar la milicia “Defensa Armada de Granada”. En ella se encuadró a todos aquellos que por su edad o sus ocupaciones no les era posible prestar un servicio tan activo como el que requería el frente. Vestidos con un brazalete verde con una granada bordada, los inscritos en Defensa Armada debían pagar una cuota mensual de una cuantía acorde con su condición económica. En ella se encuadraron muchos miembros de la clase media y media-alta granadina, como el posterior alcalde Granada Antonio Gallego Burín o el rector de la Universidad, Antonio Marín Ocete, plenamente identificados con los sublevados, pero también otros “simpatizantes de las izquierdas” que buscaban en la afiliación salvarse de futuras represalias.¹⁴⁵ Más reciente fue la milicia de “Españoles Patriotas”, creada el 26 de julio y compuesta en su mayoría por gente de clase media. En ella fueron obligados a encuadrarse todos los que, teniendo licencia de armas, no pertenecieran aún a Falange. Pero, al igual que ocurrió con los miembros de Defensa Armada, fueron muchos los granadinos que se presentaron voluntarios en la misma, conscientes de que, al estar limitadas sus acciones al casco urbano, sus vidas corrían menos riesgo. Sin embargo, muchos de los “patriotas” que lucían el brazalete blanco de la organización por las calles de la ciudad, vieron cómo se organizaba un grupo de vanguardia entre los miembros de la milicia y se veían obligados a partir al frente. Pero si unos marcharon indeseadamente a las trincheras, otros, como Bonifacio Soria Marco, marcharon envueltos en un gran entusiasmo.¹⁴⁶

El restringido campo de actuación con el que contaron ambas milicias, la necesidad de señalarse y comprometerse por parte de los ciudadanos, la firme voluntad de muchos por colaborar con los sublevados sin necesidad de acudir al frente y la creencia en que podrían sacar importantes beneficios de su participación en las mismas, conllevaron una importantísima afiliación en las organizaciones paramilitares de la retaguardia. Carmen no recuerda a qué organización pertenecía su padre, pero sí que ellos iban “a verle cuando tenía guardias”. Rafael sí es consciente de la participación de su padre en la “Guardia Cívica de Córdoba”, de la que dice que eran “los equivalentes a

¹⁴⁵ Para la organización de Defensa Armada véase: *Ideal*, 8-8-1936. Según el informe de Falange, José Álvarez Maqueda, vecino de Granada, fue apoderado en las elecciones de 1936, pero sus servicios en Defensa Armada le sirvieron para que tras unos años se borrarán sus antecedentes y se le considerara “adicto” al régimen: ARCG, Tribunal de Responsabilidades Políticas, 29-3-1940.

¹⁴⁶ Sobre Españoles Patriotas, véase *Ideal*, 27-7-1936; para el cuerpo de vanguardia: *Ideal*, 8-9-1936 y 11-9-1936 y SORIA MARCO, Bonifacio. *Cruzada nacionalista. Memorias de guerra de un vanguardista de “Españoles patriotas” en el frente de Granada*. Granada, Urania, 1937.

los mangasverdes de Granada”, en clara alusión a “Defensa Armada”.¹⁴⁷ Las funciones de ambas milicias en la retaguardia granadina eran de vigilancia de la ciudad y “detección de los elementos sospechosos”. Por supuesto, las labores de vigilancia eran muy necesarias en una ciudad que, como Granada, se encontró permanentemente cercada por las tropas republicanas. Pero, para el “Nuevo Estado”, resultó de mayor importancia la implicación de estas organizaciones en la represión de los “enemigos de la patria”. Su colaboración directa en la delación, detección, arresto e, incluso, en el asesinato de los “marxistas” granadinos, fue fundamental para la labor de limpieza política planeada por el régimen franquista y buena muestra de la colaboración que muchos ciudadanos prestaron al nuevo Estado.¹⁴⁸

5. Conclusiones: la guerra que marcó un régimen y la vida de los españoles

La Guerra Civil dirimió violentamente enfrentamientos que latían en el seno de la nación muchos años atrás. La II República llegaba a España en medio de tanto entusiasmo popular como problemas económicos y sociales. En un panorama europeo, marcado por el surgimiento de los movimientos fascistas y la crisis económica internacional, los dirigentes republicanos pusieron en marcha medidas reformistas imposibles de llevar a cabo en un clima de creciente radicalización política y polarización social. El golpe de Estado de 1936 fue la última vía encontrada por los elementos antirrepublicanos y antidemocráticos para hacerse con el poder. Para ello, los sublevados no duraron en presentar la Guerra Civil como necesaria e inevitable por la independencia nacional. Las apelaciones al nacionalismo, a la historia o a la religión constituyeron algunos de los instrumentos discursivos más empleados a la hora de transmitir a los ciudadanos una imagen negativa de la II República y legitimar de este modo el “Alzamiento Nacional”. En este sentido, la Guerra Civil se convirtió en una experiencia nacionalizadora de primera magnitud, porque si, de un lado, sirvió para cohesionar a una parte de la sociedad española en torno a un conjunto de ideas nacionales compartidas, por otro, fue fundamental en la fijación de las fronteras de la comunidad nacional, al construir –mediante mecanismos de deshumanización y

¹⁴⁷ Entrevistas a Carmen, 28-3-2011 y a Rafael P., 12-7-2011.

¹⁴⁸ Su participación en la represión en GIBSON, Ian. *Granada en 1936... Op. Cit.* pp. 105-107; TORRES MULAS, Rafael. *Desaparecidos en la Guerra de España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.

diabolización del enemigo– una representación estereotipada de aquéllos que no pertenecían a la misma.

La colaboración de los ciudadanos en el frente o en la retaguardia en favor de los rebeldes fue una pieza esencial en la construcción del régimen franquista. Lejos de desmoronarse como consecuencia de su alto grado de mitificación, las representaciones confeccionadas desde el bando insurgente sobre la República, el enemigo o la guerra que se combatía coincidieron en buena medida con los temores y esperanzas que rondaban las mentes de muchos ciudadanos de la España de 1936. Junto con el miedo a la represión y al castigo, otros factores como la religión católica o el nacionalismo español resultan fundamentales para explicar el grado de movilización logrado por los sublevados entre la población, la violencia desplegada en algunas zonas y momentos y buena parte de lo que ocurriría cuando el 1 de abril de 1939 los combatientes volvieran a sus hogares. Mientras unos españoles pensaban que la República constituía una oportunidad de salir de su miserable situación socioeconómica y romper los grilletes de la dominación que ejercían sobre ellos, otros vieron que su ordenado mundo, católico y tradicional, estaba saltando hecho añicos ante el impacto por los nuevos tiempos y las reivindicaciones de los más humildes. Para éstos últimos la guerra era un sacrificio necesario para volver a “poner las cosas en su sitio”.

La mayoría de los ciudadanos españoles no deseaban una guerra entre hermanos. Se trataba de hombres y mujeres corrientes que, no estaban dispuestos a morir por ninguna causa y que la percibían como una suerte de locura colectiva de la que deseaban su término. Pero que fueran pocos los fanáticos, no implica que los ciudadanos no tuvieran sus simpatías, sus miedos o sus ideas sobre cómo debía ser la nación. Con la defensa de una inalterable unidad de España y la consideración de la religión católica como inseparable de ésta, el franquismo consiguió granjearse el apoyo de heterogéneos sectores de la población española que se habían sentido primero damnificados por las reformas republicanas y, luego, por el “terror rojo”, que habían visto sus más íntimas creencias atacadas o que habían perdido la hegemonía a la que estaban acostumbrados. Mientras en el frente hermanos e hijos luchaban por expulsar “a las hordas asiáticas”, en la retaguardia, sus familiares daban su apoyo y dinero a los rebeldes. Algunos aceptaron en su totalidad la visión del franquismo, otros jamás compartirían un mínimo aspecto, pero, la gran mayoría, la España “gris” –sumida en el hambre, silenciada por la represión, aliviada por la vuelta de la “normalidad” o beneficiada por lo sucedido– se movería constantemente por una amplia gama de

actitudes y conductas que para el “nuevo régimen” resultaban suficientes. Lo que para unos y otros resultaba común, era la experiencia de la Guerra Civil que marcó sus actitudes y condicionó, en mayor o menor medida, sus culturas políticas.

2

LAS MÚLTIPLES CARAS DE LA VICTORIA: VENCIDOS, VENCEDORES Y “ZONAS GRISES” EN LA POSGUERRA (1936-1945)

El 1 de abril de 1939 Franco anunciaba a los españoles la conclusión de la guerra iniciada casi tres años atrás. Durante la contienda muchos españoles habían perdido la vida como consecuencia del combate o de la represión practicada por los dos bandos, habían huido del país al ver que su vida peligraba o habían visto cómo les eran sus propiedades y bienes materiales habían sido destruidos o incautados. Después de la guerra estaba claro que la totalidad de la población había transformado sus identidades completamente. Los españoles de abril de 1939 no eran los mismos que los de julio de 1936. El miedo, la muerte, la miseria y otros elementos derivados de la vorágine bélica habían modificado sustancialmente la visión del mundo que les rodeaba. Sus valores morales, sus convicciones ideológicas o sus creencias religiosas habían resultado profundamente alterados. En consecuencia, las actitudes y comportamientos de los españoles tras la “victoria” quedaron fuertemente marcados por la experiencia de la guerra.

A grandes rasgos, el triunfo del bando franquista en la Guerra Civil supuso la división de los españoles en dos grupos: vencedores y vencidos. La realidad fue, como veremos, mucho más compleja, puesto que la mayor parte de la población no perteneció –o al menos no de manera clara– a ninguna de las dos categorías. Se trató de hombres y mujeres que pudieron expresar sus simpatías por uno de los dos bandos e incluso implicarse en la defensa de sus postulados, pero que no tardaron en albergar un deseo por la no repetición de la guerra y en anhelar un retorno a sus quehaceres cotidianos. Sin embargo, la percepción que algunos individuos tuvieron de su propia situación no siempre se correspondió con lo que en realidad les sucedió. La “geografía”, la adscripción ideológica previa a la guerra o la pertenencia a una clase social determinada fueron factores decisivos para comprender los comportamientos de quienes se vieron envueltos por la contienda. Pero, en la mayor parte de las ocasiones, tales variables quedaron neutralizadas, de manera que gente de la que hubiera resultado fácil adivinar

su pertenencia a un determinado bando en 1936 formaba parte del lado opuesto sólo tres años más tarde.

En este capítulo abordaremos las consecuencias de la victoria para aquellos que perdieron la guerra y para los que la ganaron. Pero también para aquella mayoría de españoles que formaron parte de una amplísima “zona gris”. El silencio de las pistolas en abril de 1939 no llevó aparejada la llegada de la paz para el conjunto de la sociedad española. El plan de limpieza política y purificación de España trazado por el bando rebelde no se detuvo en 1939. Al contrario, la posguerra constituyó el mejor escenario posible para el castigo y el acorralamiento de los “enemigos de España”. Una parte muy importante de la ciudadanía sufrió en sus carnes la represión física, el encarcelamiento, la humillación, el embargo de sus posesiones, la pérdida de sus puestos de trabajo, la persecución por parte de la justicia franquista o la losa de la miseria, haciendo mucho más penosa su existencia durante un largo periodo de tiempo. Mientras, para otra parte de la población la victoria de las tropas franquistas supuso el primer paso hacia una “nueva” España. Quienes se habían colocado del lado de los insurgentes obtuvieron importantes recompensas por su apoyo. A escala local, las bases sociales del régimen pasaron a ocupar los cargos de las renovadas instituciones del “Nuevo Estado”, lograron que las trágicas condiciones socioeconómicas de la posguerra no fueran tan asfixiantes para ellos y, en muchos casos, vieron satisfecho su deseo de una sociedad en la que los “rojos” no tuvieran cabida. Pero fueron muchos más los que no recibieron los frutos de la Victoria y, sin embargo, salieron airoso de la represión estatal. Gente, en fin, que aceptó con mayor o menor resignación la triste realidad de posguerra, que decidió dedicar sus esfuerzos a sobrevivir y a mejorar sus condiciones de vida y que se desentendió en gran medida de los asuntos políticos, haciendo frente a las cosas como venían.

Para tratar de estudiar las actitudes y conductas de los españoles de la posguerra en toda su complejidad atenderemos prioritariamente a los testimonios orales y escritos de aquellos que vivieron en primera persona tan turbulento periodo. Pero, al mismo tiempo, dirigiremos nuestra mirada a las fuentes primarias que, a pesar de sus limitaciones, ofrecen elementos interesantes para el análisis de la represión y recompensas que recibieron vencidos y vencedores y también para comprobar la naturaleza de las relaciones que se establecieron entre Estado y sociedad. En definitiva, entendiendo las categorías empleadas de “vencedores”, “vencidos” y “zonas grises” como abiertas y dinámicas, nos acercaremos a las actitudes y conductas que los

españoles desarrollaron, pudiendo observar de este modo cómo, en el marco local, se estaban poniendo los primeros y más sólidos cimientos de la dictadura franquista.

1. El lado amargo de la victoria: los vencidos de la Guerra Civil

Muchos de los integrantes de los dos bandos en liza se percataron desde los últimas semanas de lucha de que los días que estaban por venir no iban a ser nada sencillos. El periodista Manuel Chaves Nogales vaticinaba en 1937 que, “fuera cual fuera el resultado de la guerra”, llegaría al poder un dictador que obligaría “a los españoles a pasar hambre sin rechistar durante veinte años”. Del otro lado, un moderado simpatizante de la “Causa Nacional” como era Carlos González Posada, se mostraba muy pesimista respecto al futuro que le aguardaba a España:

Vamos a vivir muchos años en régimen de arbitrariedad, de inseguridad y de persecuciones. La guerra y la revolución han transformado el país, convirtiéndolo en una masa de gente dominada por el odio y sin sentido moral. No habrá español que no tenga sobre su conciencia o un delito de sangre, o un robo, o ambos a la vez.¹

En efecto, tras la victoria de Franco, los españoles no iban a vivir en un clima favorable. Esperaban años de dolor marcados por el recuerdo de los que ya no estaban, de escasez de alimentos, de reconstrucción de hogares y de sacrificios. Pero las consecuencias eran notablemente más trágicas para quienes habían perdido la guerra. A la situación de hambre y depresión generalizada debían sumar la implacable represión que les esperaba, dado que el régimen franquista la consideraba esencial para dar vida a la “Nueva España”. Y ésta empezó a desarrollarse desde el mismo instante en que los militares se sublevaron contra la II República.

1.1. Los años de la guerra: terror caliente y represión en Granada

A lo largo de la contienda los dos bandos en liza ejercieron una violencia de carácter político sobre sus adversarios. Sin embargo, tanto cuantitativa como

¹ CHAVES NOGALES, Manuel. *A sangre y fuego: héroes, bestias y mártires de España*, Madrid, Espasa, 2001, [1937], p. 16; GONZÁLEZ POSADA, Carlos. *Diario de la revolución... Op. Cit.*, p. 279.

cualitativamente, las diferencias fueron importantes. Solo durante los tres años de guerra la represión franquista fue más voluminosa –alcanzando las 100.000 víctimas– que la desarrollada en “zona roja” –en torno a las 50.000 muertes–. Además, la violencia practicada en la retaguardia republicana fue en parte una respuesta la oleada represiva del bando insurgente, el “terror caliente” dejó lugar a la violencia institucionalizada a partir de 1937 y, en buena medida, la represión fue fruto de la improvisación y la falta de dirección. Aunque ello no quiere decir que los asesinatos carecieran de motivaciones, ni que fueran perpetrados por grupos de incontrolados de manera espontánea.² Por el contrario, el bando sublevado convirtió la represión sobre sus enemigos en un pilar fundamental sobre el que asentar su proyecto político y social. Tras unas primeras semanas de lucha y de “terror caliente”, los golpistas comenzaron una fructífera y duradera “inversión en terror”, apoyándose en la labor de los consejos de guerra, pero ello no significó la desaparición las sacas y los “paseos”.³ El golpe de Estado fue el responsable de la elevación de los niveles de violencia a sus cotas más altas, pero los enconados enfrentamientos mantenidos durante la etapa republicana ayudan a su explicación. La guerra no sólo creó una oportunidad política para que los sublevados acabaran con unos enemigos sobradamente conocidos,⁴ sino también para que muchos ciudadanos corrientes aprovecharan para “ajustar cuentas” con sus vecinos, deshacerse de “elementos indeseables” y zanjar viejas disputas y conflictos.

Diversos factores han llevado a los especialistas a defender el carácter planificado de la violencia ejercida por los sublevados desde el primer instante de la contienda. Al margen de las “instrucciones reservadas” del general Mola para “sembrar el terror” y de los deseos del propio Franco por una guerra larga que le permitiera la redención del territorio palmo a palmo,⁵ muchos autores han señalado que la represión

² LEDESMA, José Luis. “1936 más opaco: las violencias en la zona republicana durante la Guerra Civil y sus narrativas”, *Historia Social*, 58, 2007, pp. 151-168; y del mismo autor “Que violencia para que retaguardia...”, *Op. Cit.*; RODRIGO, Javier. *Hasta la raíz... Op. Cit.* Capítulo 3.

³ ESPINOSA MAESTRE, Francisco. “Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio”, en CASANOVA, Julián (coord.). *Morir, matar, sobrevivir. La violencia de la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 51-119; PRESTON, Paul. *El holocausto español... Op. Cit.*, p. 615 y ss.; MIR CURCÓ, Conxita. “Violencia política, coacción legal y oposición interior”, *Ayer*, 33, 1999, pp. 115-145.

⁴ LEDESMA, José Luis. “Del pasado oculto a un pasado omnipresente...”, *Op. Cit.*, p. 172; CRUZ, Rafael. “Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo”, *Ayer*, 76, 2009, pp. 81-82; RODRIGO, Javier. *Hasta la raíz... Op. Cit.*, p. 34.

⁵ La cita de Mola en THOMAS, Hugh. *The Spanish Civil War*. Londres, Hamish Hamilton, 1977, p. 260; otras proclamas militares en PAGÈS I BLANCH, Pelai. “La represión franquista durante la Guerra Civil”, en CAPELLÀ, Margalida y GINARD, David (coords.). *Represión política, justicia y reparación. La memoria histórica en perspectiva jurídica*. Mallorca, Documenta Balear, 2009, pp. 19-20; las intenciones

fue principalmente sufrida por los obreros y que ésta se dejó sentir especialmente en aquellas zonas con altos niveles de conflictividad durante la II República o donde el arraigo del movimiento obrero era mayor. En el caso andaluz, los grupos de jornaleros afiliados o simpatizantes de las izquierdas constituyeron un sector especialmente castigado.⁶ Sin embargo, el principal objetivo de la represión fue el enemigo interno, de manera que individuos de la más heterogénea condición social y económica se vieron perseguidos. Era la identificación con la anti-España y todo cuanto esta categoría significaba –República, separatismo, socialismo, comunismo o anarquismo– el criterio principal a la hora de decidir quién debía ser reprimido y, de ahí, que los considerados como “bastiones republicanos” resultasen especialmente castigados.⁷ Bien pudo ser éste el caso de Granada que, a pesar de ser tomada por parte de los sublevados sin apenas resistencia, resultó duramente castigada por la labor represiva como prueban las 2.952 muertes producidas durante la guerra y las 5.040 personas más que perdieron la vida entre 1939 y 1960, frente a las 944 víctimas de la violencia republicana.⁸

La enorme represión practicada fue justificada por el franquismo con idénticos argumentos a los utilizados para legitimar la contienda. Al igual que las derechas europeas, el régimen de Franco definió la nación en términos exclusivistas y diferenciadores y le confirió un aura de sacralidad, entendiendo que cualquier ataque contra su concepción de nación lo era contra la propia España.⁹ La represión de los “enemigos de la patria” quedaba justificada al considerarla imprescindible para

de Franco en PRESTON, Paul. *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Debolsillo, 2003 [1995], pp. 253-254.

⁶ El componente clasista es señalado por CASANOVA, Julián, “Rebelión y revolución” en JULIÁ, Santos. *Víctimas... Op. Cit.*, pp. 81-126 y VEGA SOMBRÍA, Santiago. *La política del miedo. El papel de la represión en el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 40-42; el caso andaluz en PRESTON; Paul. “Latifundistas y militares en la represión de Andalucía en 1936”, *Actas del Congreso Andalucía y España: Identidad y conflicto en la historia contemporánea*, Málaga, Fundación Unicaja, 2008 pp. 15-34 y COBO ROMERO, Francisco. *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*, Granada, Universidad de Granada y Universidad de Córdoba, 2004, pp. 331-332.

⁷ RICHARDS, Michael. “Terror and Progress’: Industrialization, Modernity, and the Making of Francoism”, en LABANYI, Jo y GRAHAM, Helen. *Spanish cultural studies. An introduction*. Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 173-174; y PRADA, Julio. *La España masacrada... Op. Cit.*, pp. 210-212.

⁸ MIR, Conxita. *Violencia política... Op. Cit.*, p. 120; el caso de Granada en GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada... Op. Cit.*, Tomo V, pp. 1308. La cifra citada parece ser la más cercana a la realidad de lo ocurrido en la capital y pueblos cercanos a la misma en poder de los sublevados desde el inicio de la Guerra Civil, a pesar de que la existencia de asesinatos sin registrar que puedan elevar el número de víctimas. En cuanto a la cifra total de represaliados en la provincia de Granada, Rafael Gil Bracero y María Isabel Brenes han elevado –a nuestro juicio excesivamente– a más de 12.000 las víctimas: GIL BRACERO, Rafael y BRENES SÁNCHEZ, María Isabel, *Jaque a la República. Granada (1936-1939)*. Granada, Osuna, 2009.

⁹ GENTILE, Emilio. “Fascism as ...”, *Op. Cit.*, pp. 229-251 y MORGAN, Philip. *Fascism in Europe, 1919-1945*. Londres y Nueva York, Routledge, 2003, Capítulo 2.

preservar la independencia y la integridad nacionales y purificar el “cuerpo enfermo” de la patria del “virus” introducido por la influencia extranjera en connivencia con los “malos españoles”.¹⁰ Una interpretación eficientemente complementada por el discurso nacionalcatólico que presentaba la guerra como castigo enviado por Dios para redimir a los españoles de los pecados cometidos. “Orad y haced penitencia por la salvación de España”, ordenaba el Arzobispo de Granada en diciembre de 1936 a sus feligreses para soportar el amargo trago de la guerra. Para el vicario de la diócesis granadina la contienda era un “castigo divino” por la “descristianización” reinante: “Dios está flagelando a España [...] porque quiere levantarnos de nuestra miseria”.¹¹ Al señalar el laicismo y el anticlericalismo como máximos responsables del inicio de la guerra, el discurso mantenido por la jerarquía eclesiástica aconsejaba una especial dureza con aquellos sectores más alejados del catolicismo. Así, los bastiones “rojos” o las zonas donde se habían desarrollado episodios de iconoclastia debían ser especialmente purificados y purgados de “elementos indeseables”. Este fue el caso del barrio granadino del Albayzín, escenario de ataques anticlericales durante la II República, núcleo obrero más importante de la ciudad y último foco de resistencia de la capital.¹²

La represión del régimen se dirigió fundamentalmente a la eliminación de los elementos considerados más peligrosos. Los individuos más identificados con las ideas izquierdistas, los dirigentes obreros o sindicalistas, los líderes políticos más destacados y quienes habían ocupado puestos de responsabilidad durante la República fueron los objetivos prioritarios. En Granada, entre otros, fueron pasados por las armas el presidente de Izquierda Republicana José Palanco Romero, el presidente de la Diputación Virgilio Castilla, el ingeniero Juan José Santa Cruz, el ugetista Antonio Ruz Romero, el alcalde Manuel Fernández Montesinos, el antiguo rector de la Universidad Salvador Vila, el sindicalista José Álcántara, el abogado radical-socialista Enrique Marín Forero o el último Gobernador Militar de Granada Miguel Campins Aura.¹³ Pero, junto

¹⁰ RICHARDS, Michael. *Un tiempo de silencio...* Op. Cit., pp. 24-25; *Ideal*, 23-9-1937 y 16-4-1939.

¹¹ BOAG, “Pidiendo Oraciones y penitencias por la salvación de España”, 27-7-1936 y “Sobre la fiesta de la Inmaculada”, 1-12-1936; otros ejemplos en GOMÁ, Isidro. *La Cuaresma en España. Carta pastoral sobre el sentido cristiano-español de la guerra*. Pamplona, Gráficas Bescansa, 1937; TORRENT, Martín. *¿Qué me dice usted de los presos?*, Alcalá de Henares, Talleres Penitenciarios, 1942, pp. 134-135.

¹² Algunas ideas en: BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel. *El Albaicín: paraíso cerrado, conflicto urbano*. Granada, Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet, 2002. Es también el caso de Málaga: GOLLONET MEGÍAS, Ángel y MORALES LÓPEZ, José. *Sangre y fuego. Málaga*. Granada, Librería Prieto, 1937, p. 274.

¹³ GIL BRACERO, Rafael y BRENES SÁNCHEZ, Maribel. *Jaque a la República...* Op. Cit.; y GÓMEZ OLIVER, Miguel. *José Palanco Romero. La pasión por la Res Pública*. Granada, Universidad de Granada, 2007.

con ellos, fueron asesinados muchos individuos cuyo papel durante la II República no había sido tan relevante. En efecto, las venganzas, los ajustes de cuentas o las rencillas personales se convirtieron en armas muy peligrosas en manos de ciudadanos corrientes que contaban con la influencia o el peso necesario para decidir sobre la muerte de sus vecinos. Individuos que no dudaron en aprovechar el estado de guerra para implementar “desde abajo” la violencia hacia sus semejantes. Es por ello que hemos de atender paralelamente a las dinámicas de la violencia –insurrección militar, ocupación de las poblaciones e inicio de la posguerra– y, especialmente, a su desarrollo en el ámbito local. La identidad del bando dominante en una determinada localidad, el grado de conflictividad anterior a la guerra, el arraigo de las ideas republicanas o de izquierdas y los avatares derivados de la lucha armada fueron factores condicionantes de la amplitud del fenómeno represivo.¹⁴

Al triunfar el golpe de Estado en Granada capital y las localidades aledañas de manera casi inmediata, la zona se vio rápidamente afectada por el “terror caliente”. Desde finales de julio, el cementerio de la capital y el barranco de Víznar se convirtieron en escenarios de dolor y muerte. Pocos testimonios han quedado escritos sobre el comienzo de la represión en la ciudad, pero todos ellos constatan el grado de crudeza alcanzado. La escritora católica estadounidense Helen Nicholson, partidaria del levantamiento armado, vivió el inicio de la guerra junto a un grupo de compatriotas desde su hotel a los pies de la Alhambra y recogió en su diario cómo el ruido de los camiones que se dirigían al cementerio le despertaba todas las noches. Robert Neville, corresponsal del *New York Herald Tribune* que también se encontraba en Granada, reflejó en sus artículos el inicio de las tareas represivas en la capital:

El camino hacia el cementerio pasa por la colina de la Alhambra. Un pasatiempo favorito y espantable consistía en contar las veces que pasaba el furgón militar, cerrado, portando en cada viaje una veintena de cadáveres. El día de la batalla del Albaicín pasó veintiséis veces. Las ejecuciones empezaron a multiplicarse de día en día. Los sentenciados a muerte se transportaban en camiones abiertos, rodeados por el pelotón de los fusilamientos. Unos minutos

¹⁴ MARCO, Jorge. *Resistencia armada en la posguerra. Andalucía Oriental, 1939-1952*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2011, p.74; MIR, Conxita. “El estudio de la represión franquista: una cuestión sin agotar”, *Ayer*, 43, 2001, p. 28; WALDMANN, Peter. “Sociedades en guerra civil: dinámicas innatas de la violencia desatada”, *Sistema*, 132-133, 1996

después se oía la descarga de fusilería. Y unos minutos más tarde los soldados estaban de regreso.¹⁵

Como en otras zonas dominadas por los sublevados, aquellas primeras semanas de guerra resultaron atroces. Los cuarteles de la Guardia Civil situados en la ciudad, la Comisaría de la calle Duquesa o el Gobierno Civil ubicado a pocos metros fueron escenarios de torturas y palizas constantes durante toda la contienda. El teniente Mariano Pelayo, el capitán José María Nestares Cuéllar y el Comandante José Valdés Guzmán fueron, respectivamente, los máximos responsables de tan oscuros escenarios. Junto con ellos, los granadinos recuerdan a los hermanos falangistas Jiménez de Parga o al inspector de Policía Julio Romero Funes como principales dirigentes de la represión en la ciudad. El miedo se extendió por el conjunto de la población. Los ciudadanos temblaban al oír cómo un camión se detenía en plena noche junto a sus puertas. “La cosa era el terror... el producir terror a la gente, miedo, un miedo horrible de que pudieran ir y como no había juicios ni había nada, nada más que cogían a la gente y se la llevaban y la mataban... pues la gente tenía mucho miedo”, recuerda Dolores. A pesar de contar con tan solo 8 años de edad cuando estalló la guerra, presencié algunos actos que le marcaron de por vida:

El Gobierno Civil estaba en la calle Duquesa y la Comisaría estaba también al lado y por las noches venían los “camisas viejas” y se los llevaban (a los vecinos) al cementerio, y se oían unos griteríos de noche que no te puedes imaginar. Se llevaron a hombres y mujeres. A algunos los mataron porque iban a coger al hijo. Y el padre salía a defenderlo. Y entonces al padre también lo cogían. Y los llevaban al cementerio directamente a las tapias del cementerio y ahí mataron a un pilón de gente.¹⁶

El estado de terror que se adueñó de la retaguardia sublevada consiguió introducir el miedo en las mentes y cuerpos de muchos españoles que trataron de borrar desesperadamente cualquier lazo de unión con aquellos a los que se combatía. Entre los granadinos se extendieron innumerables historias que les infundieron miedo y les atenazaron. Algunos granadinos oyeron que, como consecuencia de haber perdido un brazo por un paquete-bomba, el teniente de la Guardia Civil Mariano Pelayo mandó fusilar a 60 reos de la Prisión provincial de la ciudad. El oficial Carlos García Vélchez

¹⁵ NICHOLSON, Helen. *Death in the morning... Op. Cit.*, p. 33. El testimonio e Robert Neville en *La Vanguardia*, 21-8-1936.

¹⁶ Entrevista a Dolores, Granada, 25-11-2008.

afirmó que, cuando trataba de impedir que una mujer se arrojara desde al vacío desde una de las ventanas del Gobierno Civil para evitar las torturas, el Comandante Valdés le dijo: “¡Déjala!, a ver si acierta y se abre la cabeza con el empedrado”¹⁷ Haber presenciado o tenido noticia de la represión practicada sobre un vecino, ser consciente de la conducta inmisericorde de las autoridades o constatar que la violencia podía alcanzar a cualquiera fueron factores de gran importancia para explicar el por qué de la difusión del miedo entre la población.

Las integrantes del bando rebelde se percataron rápidamente de los enormes beneficios que les podía reportar el terror como método de eliminación de desafectos y de paralización de las conductas. Al ver desde sus ventanas cómo sus vecinos eran prendidos por las autoridades y obligados a subir a los camiones a punta de pistola, los granadinos fueron testigos mudos de la represión y quedaron convertidos en cómplices por el miedo. Conscientes de sus efectos, los dirigentes rebeldes no dudaron en dar publicidad a las ejecuciones para que adquirieran un valor ejemplarizante.¹⁸ Era frecuente que los cadáveres permanecieran durante días sin ser enterrados para sembrar el pánico entre la población. Además, en contraste con lo ocurrido al terminar la guerra, los actos de represión eran divulgados por la prensa rebelde sin problema alguno.¹⁹ En muchos puntos de la retaguardia “nacional” los vecinos eran obligados a asistir a las ejecuciones, pero también había otros muchos que acudían voluntariamente a las mismas como si de un espectáculo se tratase. Un granadino reconocía años después de la contienda que había acudido con su hijo a presenciar las ejecuciones para que éste viera como se castigaba a los “enemigos de la Patria”.²⁰ A ello, hemos de sumarle el hecho de que algunos ciudadanos corrientes impusieron sus propios ritmos de castigo, colaborando “desde abajo” en la represión de los enemigos. El ininterrumpido tránsito de vehículos que decía ver Neville por las colinas de la Alhambra también era debido a la decisión espontánea de algunos falangistas y granadinos integrados la milicia de “Españoles Patriotas” que, con sus propios vehículos, subían al cementerio a sus

¹⁷ GIBSON, Ian. *Granada en 1936...* Op. Cit., p. 114; MOLINA FAJARDO, Eduardo. *Los últimos días...* Op. Cit., p. 233.

¹⁸ FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 2007.; KALYVAS, Stahis. *La lógica de la violencia...* Op. Cit., p. 207

¹⁹ FRASER, Ronald. *Recuérdalo tú...* Op. Cit., Vol 1, pp. 377-378; Por ejemplo: *Ideal*, 11-8-1936. Sobre el impacto en la población del terror véase: BOURKE, Joanna. *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2008 [1999], p. 96 y ss.

²⁰ Desde el *Norte de Castilla*, se llegó a advertir de la inconveniencia de acudir a tales actos y, menos aún, en compañía de sus esposas y sus hijos: citado en ABELLA, Rafael, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España nacional*, Barcelona, Planeta, 2004, pp. 59-60. El ejemplo en GIBSON, Ian. *Granada en 1936...* Op. Cit., p. 125-126.

vecinos. Éste podía ser el caso de la célebre “escuadra negra” de la que algunos han asegurado que estaba conformada por individuos que asesinaban voluntariamente. Dolores recuerda que “lo más normal era que vinieran camiones y camionetas, pero había dos hombres que eran conocidos y sé que por la noche le quitaban el coche a su tía para llevarse a la gente a matarla”.²¹

La división entre vencedores y vencidos se gestó ya en los propios escenarios de la muerte, en los que ejecutores, víctimas y espectadores se dieron cita. Además de eliminar físicamente a sus enemigos, la represión actuó como una estrategia disuasoria y preventiva, ya que no solo iba dirigida a castigar a quienes supuestamente hubieran hecho algo malo, sino a desaconsejar al conjunto de la sociedad de actitudes y conductas “inadecuadas”.²² Cuando alguien era detenido, la incertidumbre y el miedo se apoderaban de todos sus parientes. Comenzaba entonces una carrera contrarreloj en la que la familia y amigos del detenido –si contaban con los contactos necesarios– recorrían desesperadamente las comisarías, cuarteles de la Guardia Civil, casa de Falange y otros centros con la esperanza de salvar la vida de sus seres queridos. En muchas ocasiones conseguían localizarlos y regresaban a sus casas con la seguridad de que pronto los pondrían en libertad. La mayoría de las veces no volvieron a verlos con vida. El cocinero de la familia del profesor universitario granadino, Alfonso Gámir Sandoval, intentó que éste usara sus influencias para salvar a su cuñado, arrestado por las autoridades franquistas. Alfonso le contestó que si no había “hecho nada malo”, no tenía “nada que temer”.²³

Los “paseos”, las visitas nocturnas, los registros, las listas de víctimas, la incertidumbre y el miedo conformaron el cuadro más terrible de la guerra. Aunque algunos habían huido tras el triunfo del golpe de Estado en la capital, fueron más los que, temerosos de verse alcanzados por la violencia, decidieron jugarse la vida tratando de escapar. Se trataba, en la mayoría de las ocasiones, de hombres solos que, ayudados por amigos o conocidos, aprovecharon la oscuridad de la noche para huir a zona republicana y desde allí emprender la lucha contra los rebeldes. En casa quedaban las

²¹ GIBSON, Ian. *Granada en 1936... Op. Cit.*, pp. 121-122; el testimonio en Entrevista a Dolores, Granada, 25-11-2008.

²² NÚÑEZ-DÍAZ BALART, Mirta. “El por qué y el para qué de la represión”, en id. (coord.). *La gran represión. Los años de plomo de la posguerra (1939-1948)*, Madrid, Flor del Viento, 2009, p. 25; GROSSMAN, Dave. *On killing: the psychological cost of learning to kill in war and society*, Boston, Little Brown, 1995.

²³ LÓPEZ GARCÍA, Santiago y DELGADO CRUZ, Severiano. “Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la guerra Civil”, en ROBLEDO, Ricardo (coord.). *Esta salvaje pesadilla... Op. Cit.*, p. 125; el testimonio en: NICHOLSON, Helen. *Death in the morning... Op. Cit.*, p. 75.

familias, preocupadas por la falta de noticias de sus parientes e indefensas ante el acoso constante de las autoridades del “bando nacional”.²⁴ Terminada la guerra, con sus maridos e hijos muertos, en las cárceles o en el exilio fueron estas familias las que experimentaron en toda su magnitud la dureza de la posguerra.

1.2. La losa de la victoria: la represión de los vencidos en la posguerra

La paz no llegó en 1939 para todos los españoles. Sobre los vencedores cayó todo el peso de la victoria en sus múltiples dimensiones. Las cárceles, los campos de concentración, la depuración profesional, el hambre o las vejaciones aguardaban a los derrotados tras el 1 de abril. A lo largo de los años cuarenta y buena parte de los cincuenta la represión se encargaría de triturar la personalidad y las posibilidades de aquellos que para siempre formarían parte de la categoría de “rojos”. Más tarde, a finales de los cincuenta y hasta la muerte del dictador, el aparato represivo del régimen siguió a pleno rendimiento, aunque con nueva intensidad y apariencia. Pero fue durante los oscuros años de la posguerra cuando el Estado franquista acometió la purificación social que juzgaba necesaria para la construcción de la España de vencedores y vencidos que deseaba.²⁵

Pocos días después de que Francisco Franco diera por concluida de manera oficial la guerra, la radio y la prensa españolas conminaron a la población a mantenerse vigilante ante el enemigo. “¡Españoles, alerta! La paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la historia”, eran las palabras iniciales de aquel pensado mensaje.²⁶ De este modo, los ideólogos del régimen desvelaban a la sociedad la existencia de una paz armada y les advertían de que la limpieza del “solar patrio” continuaría más allá de las trincheras y las tapias de los cementerios.²⁷ La imagen mitificada del enemigo como ser peligroso y despiadado y el “terror rojo” y su relato completaban esta visión

²⁴ CASTILLO, Vicente. *Recuerdos y vivencias...* Op. Cit.; Entrevista a Dolores, Granada, 25-11-2008; FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Vicenta. *Notas deshulvanadas de una niña que perdió la guerra*. Granada, Comares, 2011 [2007].

²⁵ Resultan de interés las reflexiones de: AMPUDIA DE HARO, Fernando. “Distinción social y franquismo: la dicotomía ‘vencedor/vencido’”, en NAVAJAS ZUBELDÍA, Carlos e ITURRIAGA BARCO, Diego. *Novísima. Actas Del II Congreso de Historia de Nuestro Tiempo*. Logroño, Universidad de la Rioja, 2010, pp. 285-294.

²⁶ *Patria* 4-4-1939. “Paz en alerta” o “En pie de guerra por la paz” eran algunos de los editoriales que en estos días aparecieron en la prensa española: BOX, Zira. *España, Año Cero. La construcción simbólica del franquismo*. Madrid, Alianza, 2010, p. 80.

²⁷ RICHARDS, Michael. “From war culture to civil society”, *History & Memory*, 14, 2002, pp. 93-122.

apocalíptica que trataba de transmitirse a los españoles para que colaboraran con el nuevo Estado en las tareas de vigilancia y represión de los perdedores de la guerra. Como veremos, el llamamiento del Estado no cayó en el vacío.

En los últimos días de marzo de 1939, numerosos grupos de soldados del bando republicano quedaron desmovilizados. Los oficiales disolvieron sus compañías y les dieron libertad a sus hombres para que obraran como creyeran oportuno. A partir de ahí, las actitudes de los excombatientes republicanos fueron muy variadas. Eran muchos los que conocían las dimensiones de la represión practicada por el bando sublevado y que veían en el exilio la mejor su salvación. En aquellos últimos días, el puerto de Alicante se convirtió en la vía de escape principal –aunque no la única– por la que multitud de individuos trataron de huir del castigo de los vencedores. Entre ellos se encontraba el padre de Magdalena, socialista de Guadix, que trató en vano de subirse a alguno de los barcos que partieron la capital alicantina en aquellos días.²⁸ Sin embargo, otros, aun conscientes de que sus antecedentes podían reportarles un duro castigo, decidieron afrontar las consecuencias de sus actos. La creencia en que la sanción recibida se limitaría a un tiempo en prisión, la falta de convencimiento o energía para “echarse al monte” con la guerrilla o la seguridad de que la vuelta a sus hogares les facilitaría la protección de sus familias provocó que muchos decidieran retornar a sus lugares de origen e, incluso, presentarse voluntariamente a las autoridades. Por último, la mayor parte de los que habían combatido en el bando republicano pensaron que la represión franquista no les alcanzaría puesto que “no habían hecho nada malo”. Disueltas sus unidades decidieron regresar con sus familias en busca de la normalidad que nunca encontrarían. Tras su frustrado intento de huida desde Alicante, el padre de Magdalena pensó en esconderse en la casa de unos familiares en Granada capital, pero finalmente – como relata su hija– tomó otra decisión: “decidió presentarse a las autoridades de Granada con un familiar, que era falangista. Se creía que lo iba a apoyar. Pero lo que hizo este familiar fue entregarlo como un mérito de falangista”. Caso distinto es el del padre de Gumersindo, perteneciente al PSOE y Secretario de Ayuntamiento en la localidad granadina de Zújar. “Entre febrero y marzo de 1939 mi padre decide irse por San Pedro del Pinatar (Murcia) y nos manda a mi madre y a mí a Aldeire (Granada)”, recuerda él. Pero luego su padre cambió de decisión: “mi padre llegó a San Pedro del Pinatar, pero le dio tal morriña que, en marzo todavía, decidió volver a Aldeire, en

²⁸ ORS MONTENEGRO, Miguel. *La represión de guerra y posguerra en Alicante (1936-1945)*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 1993, pp. 82-84; entrevista a Magdalena, Granada, 19-7-2011.

donde estuvo hasta mayo de 1939 cuando lo detuvieron tras la denuncia de un vecino”.²⁹

La *cárcel* fue el destino de gran parte de los vencidos tras la victoria rebelde. El franquismo hizo de las prisiones uno de los principales escenarios para castigar y convertir a sus enemigos. El conjunto de mecanismos empleados –tortura, malas condiciones, miedo, ejecuciones, adoctrinamiento...– iban dirigidos a estos dos fines. El delito no importaba. Quienes estaban en entre rejas no lo estaban por lo que habían hecho, sino por lo que habían sido. En este sentido las cárceles de Franco resultaron esenciales para continuar la tarea de aniquilación de los enemigos, para truncar todas las expectativas de los vencidos y para triturar sus identidades pasadas obligando a su arrepentimiento y conversión en españoles adeptos al régimen franquista.³⁰

El número de presos al término de la Guerra Civil es difícilmente calculable, pero se estima que, hacia 1940, la cifra de reclusos en cárceles y campos de concentración era de en torno al millón.³¹ La ingente población penitenciaria convirtió en insuficientes las instalaciones existentes, siendo necesario habilitar otro tipo de edificios como almacenes o iglesias para albergarlos y originando una peligrosa superpoblación. El hacinamiento y las malas condiciones higiénicas de las prisiones fueron rasgos comunes a todos los centros penitenciarios del país y así lo han puesto de manifiesto los que lo presenciaron.³² Magdalena acudió siendo niña a ver a su padre a la Ermita de San Antón de Guadix, que había sido convertida en cárcel, y recuerda perfectamente la situación del recinto: “Yo allí vi muchos colchones [...] Aquello no podía estar peor. Tenían unas orzas, unas letrinas para hacer sus necesidades y las echarían fuera. Pero para lavarse, no sé como lo harían”. Al norte de la provincia de Granada, en Baza, se amontonaban 2.000 reclusos en condiciones higiénicas

²⁹ Entrevistas a Magdalena, Granada, 19-7-2011 y Gumersindo, Madrid, 29-12-2009. Este tipo de actitudes de los desmovilizados también están reflejadas en los testimonios recogidos en ESCUDERO ANDÚJAR, Fuensanta. *Lo cuentan como lo han vivido. República, guerra y represión en Murcia*. Murcia, Universidad de Murcia, 2000, pp. 121 y ss.

³⁰ GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y MARCO, Jorge. *La obra de miedo... Op. Cit.*, pp. 157 y 230; y VINYES, Ricard. “El universo penitenciario durante el franquismo” en MOLINERO, Carme., SALA, Margarida. y SOBREQUÉS, Jaume (eds.). *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la Guerra Civil y el Franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 155-175.

³¹ RODRIGO, Javier. *Los campos de concentración franquistas: entre la historia y la memoria*, Madrid, Siete Mares, 2003.

³² Por ejemplo MOLINERO, Carme., SALA, Margarida. y SOBREQUÉS, Jaume (eds.). *Una inmensa prisión... Op. Cit.*; SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Clemente. *En las cárceles de Franco*. Madrid, Obrerón, 2003; y CHAVES PALACIOS, Julián. “Franquismo: prisiones y prisioneros”, *Pasado y memoria*, 4, 2005, pp. 27-47.

lamentables.³³ En la capital, la situación de los reclusos no era mejor. En 1935 el diario *Ideal* había calificado a la prisión provincial como un modelo a seguir caracterizado por “muchísima luz, mucha limpieza y mucha disciplina”. En 1939, de esas tres características solo quedaba la disciplina. Las magníficas condiciones que distinguían al recinto carcelario según su director, Amancio Tomé, quedaban desnudadas por el hecho de que celdas destinadas a un solo recluso contenían hasta cinco hombres o porque el colchón de muchos de ellos consistía en un puñado de cartones y papeles viejos.³⁴ El moderno edificio con capacidad para 500 reos se había transformado en un auténtico infierno con 5.000 hombres y 1.200 mujeres entre sus paredes. Razón por la cual las autoridades decidieron habilitar un nuevo recinto justo en frente de la propia prisión: la Campana. Una nueva instalación que, sin embargo, en enero de 1940 ya se consideraba “ruinosa”, “antihigiénica” y necesitada de una urgente reforma.³⁵

A la masificación de las cárceles franquistas había que añadirle la deficiente alimentación que se les proporcionaba a los presos. El recluso Mariano Redondo describía en su diario las nefastas condiciones de vida en la prisión de Baza: “Pan nos dieron por primera vez a los 22 días de estar presos [...] El día 21 (de abril de 1939) nos dieron dos higos secos, de los que en esta zona se echan a los cochinos [...] El hambre y el terror nos apabullaban: en junio (de 1939) murieron de avitaminosis 89 reclusos”.³⁶ A pesar de que las familias de los presos se afanaban –incluso recurriendo a la delincuencia– por llevarles comida, lo habitual fue que vieran cómo, con el paso de los meses, los reclusos iban degradándose físicamente por culpa del hambre y la violencia. La madre y la abuela de Marisa le llevaban todos los días ropa limpia y comida a su padre. En uno de los viajes Marisa miró dentro de la bolsa y vio la ropa completamente ensangrentada. Muchas veces la creciente solidaridad entre las familias de los encarcelados no resultaba suficiente y los interminables paseos de las mujeres de los presos con sus cestas de comida terminaban en tragedia. Como cada mañana, el 12 de enero de 1940, Magdalena acompañó a su madre a la ermita de Guadix donde su padre

³³ Entrevista a Magdalena, Granada, 19-7-2011; REDONDO MARTÍN, Mariano. *En otros patios de Granada*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 103-104. La relación de presos en las cárceles granadinas en ARCG, “Preparación de la Causa General de la provincia de Granada”, pieza tercera “Cárcel de la provincia de Granada”, 15-5-42.

³⁴ *Ideal*, 17-3-1935; TOMÉ, Amancio. *Pequeña historia de su vida profesional. Un ensayo de relato biográfico*. Madrid, Artes Gráficas, 1960, pp. 145-147; REDONDO MARTÍN, Mariano. *En otros patios... Op. Cit.*, pp. 48 y 61.

³⁵ El informe sobre el estado de la prisión en: AGA, Justicia, Caja 41/11350.

³⁶ REDONDO MARTÍN, Mariano. *En otros patios... Op. Cit.*, pp. 143-144; Similar testimonio ofrece Francisco Mateos, líder de la UGT granadina, preso en la cárcel de San Torcuato de Guadix, recogido en GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada... Op. Cit.*, Tomo V, p. 1379.

permanecía recluido desde hacía nueve meses. Cuando llegaron a la puerta con comida para él, el guardia solamente les dijo: “hoy no hace falta”. Magdalena no entendió nada hasta que unos días después vio que su madre iba de luto.³⁷

El control de los recursos se complementó con otros mecanismos que sirvieron para eliminar o doblegar a los vencidos. De una parte, los presos se vieron sometidos a toda clase de torturas que fueron desde las palizas indiscriminadas a la violencia practicada contra las mujeres, pasando por las humillaciones más denigrantes. Mariano Redondo comentaba que “la encargada de la cocina de la cárcel (de Granada), echaba los restos de un caldero al suelo para que los lamieran de él los presos del patio”.³⁸ De otra parte, el franquismo se valió de la incertidumbre como un eficiente mecanismo de destrucción de la personalidad de los reos. Muchos testimonios reflejan cómo el no saber cuando podía sobrevenirles la muerte o la organización de sacas inesperadas, constituyó una de las peores experiencias de su paso por prisión. Es el caso de José Gómez Abril, hijo del alcalde socialista de Pedro Martínez (Granada) que fue recluido junto a su padre en el campo de concentración de la Espartera de Benalúa de Guadix (Granada). Él recuerda que “todas las noches pasaban lista” pronunciando los nombres de aquellos que iban a fusilar. Aquellos minutos eran interminables para José que vivía con la incertidumbre diaria de no saber cuándo sería su turno.³⁹

Mientras, apoyado en la inestimable colaboración de la Iglesia católica, el régimen inició un proceso de evangelización y de conversión de los presos que, unido a un discurso de nacionalismo español exaltado, haría de ellos “buenos españoles” y “buenos católicos” potencialmente recuperables, aunque con limitaciones, para la vida en sociedad. Los recintos carcelarios fueron el mejor escenario para que los “rojos” purgaran sus culpas, se arrepintieran y restituyeran a la Patria el daño que presuntamente habían causado. Para ello, la dictadura hizo uso de dos mecanismos: el

³⁷ ESCUDERO ANDÚJAR, Fuensanta. *Lo cuentan como lo han vivido... Op. Cit.*, p. 143; BARRANQUEIRO TEXEIRA, Encarnación. “Mujeres malaguetas en la represión franquista a través de las fuentes escritas y orales”, *Historia Actual Online*, 12, p. 89; el primer ejemplo en YGLESIAS, Francisco. *The Franco Years*, Indianapolis y Nueva York, The Boobs-Merrill Company, Inc, 1977, p. 84; y el segundo en entrevista a Magdalena, Granada, 19-7-2011.

³⁸ NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta. “Las mecánicas de la infamia” en id. (coord.). *La gran represión... Op. Cit.*, pp. 133-134; HEREDIA URZÁIZ, Iván. “Mecanismos y espacios de represión: castigos a la feminidad republicana”, ponencia presentada en la *42nd Annual Conference of the Association of Spanish and Portuguese Historical Studies*, Lisboa, junio-julio, 2011. El ejemplo en: REDONDO MARTÍN, Mariano. *En otros patios... Op. Cit.*, pp. 173-174.

³⁹ CENARRO, Ángela. “La institucionalización del universo penitenciario franquista”, en MOLINERO, Carme, SALA, Margarida y SOBREQUÉS, Jaume (eds.). *Una inmensa prisión... Op. Cit.*, pp. 133-153; el ejemplo en BRENES SÁNCHEZ, María Isabel. *La represión franquista y la oposición antifranquista en la Andalucía Oriental de posguerra. Granada (1939-1950)*. Tesis doctoral inédita, Granada, Universidad de Granada, 2004, p. 1061.

adoctrinamiento religioso y patriótico y la redención de penas mediante el trabajo. Respecto al primero, las misas, las comuniones masivas, las clases de religión, la disciplina diaria y otro tipo de actos políticos y festividades constituyeron las ocasiones predilectas para iniciar la conversión de los reos. El 2 de mayo de 1937, los reclusos de la Prisión Provincial de Granada recibían de manos del director, Amancio Tomé, un ejemplar del libro *España, mi Patria* y un retrato de Franco, terminando los actos con una poesía de José Antonio recitada por uno de ellos. Ese mismo año, la prisión organizó un concurso de relatos sobre la figura del “Caudillo” en el que participaron los presos. Paralelamente, capellanes y miembros de Acción Católica dirigieron un proceso de recristianización para demostrar a los presos que el amor y el castigo no eran incompatibles. El delegado de la Acción Católica granadina se felicitaba por la labor de las mujeres de la asociación con los condenados a muerte, a los que acompañaban “inspirándoles sentimientos de resignación y arrepentimiento”.⁴⁰ El segundo mecanismo para redimir a los reclusos pasaba porque éstos restañaran mediante el trabajo las “heridas” que habían causado a la Patria. Además de un instrumento propagandístico para el régimen, la “Redención de Penas” sirvió como forma de “engrandecer la nación”, como penitencia para los reclusos y como vía para la reducción de sus condenas.⁴¹ En Granada, mientras los presos “lavaban sus pecados” en destacamentos de trabajadores o asistiendo a clases de instrucción religiosa y cultural en la Prisión Provincial, sus familiares eran “asistidos” por las mujeres de Acción Católica que les visitaban frecuentemente en un intento por controlarles y reeducarles.⁴²

Tan intensa labor de conversión despertó importantes rechazos por parte de la población penitenciaria, que no dudó en valerse de todo de tipo de mecanismos de “resistencia”. Negarse a oír misa en prisión, transformar la letra del “Cara al Sol” o tomar algún alimento para evitar comulgar en ayunas fueron comportamientos que, más allá de suscitar la irritación de algún falangista o sacerdote exaltado, ayudaba a los

⁴⁰ Véase GÓMEZ BRAVO, Gutmaro. *El exilio interior. Cárcel y represión en la España franquista, 1939-1950*. Madrid, Taurus, 2009, pp. 45-46; TOMÉ, Amancio. *Pequeña historia... Op. Cit.*, p. 142; los relatos del concurso en *Franco, Caudillo y Salvador de España. Concurso patriótico*. Granada, Prisión Provincial de Granada, 1938; AACE, Caja 1-1-3, “Memoria de la Unión Diocesana de Mujeres de Acción Católica de Granada”, Curso 1941-1942.

⁴¹ CENARRO, Ángela. “La institucionalización del universo...” *Op. Cit.*, pp. 139-140; ACOSTA BONO, Gonzalo et al. *El canal de los presos (1940-1962). Trabajos forzados: de la represión política a la explotación económica*, Barcelona, Crítica, 2004.

⁴² *Ideal*, 3-9-1941; *Patria*, 25-9-1940; y AACE. Caja 1-1-3. “Memoria de la Unión Diocesana de Mujeres de Acción Católica de Granada”, Curso 1942-1943.

individuos a permanecer íntegros moralmente y a sentirse menos derrotados.⁴³ Pero, pese a que en la mayoría de los casos el régimen fracasase en su tarea de forjar nuevos franquistas en el interior de las cárceles, lo cierto es que la labor recatolizadora y reespañolizadora, unida a los mecanismos de tortura y humillación anteriormente comentados, resultó suficiente para que el franquismo lograra que, llegada la hora de la libertad, la mayor parte de los reclusos decidieran encerrarse en el silencio y en la supervivencia. Además, el sistema de “libertad vigilada” urdido por el franquismo prolongó el presidio de los reclusos más allá de los límites de su condena. La imposibilidad de viajar fuera de su localidad sin permiso y la obligatoriedad de presentarse en el cuartel de la Guardia Civil un determinado número de veces por semana, a la vez que aumentaron la dependencia del antiguo recluso respecto a las autoridades, le empujaron a una vida de silencio en la que sabía que “echar tierra” sobre sus identidades anteriores a la guerra y sus ideas era la mejor forma de “no meterse en problemas”.

Pero el castigo de los vencidos no quedó reducido a los muros de las cárceles, sino que el régimen se valió de otros mecanismos destinados a reprimir y doblegar a los derrotados y a sus familias. La creación de las *Comisiones de Incautación de Bienes* supuso que, a medida que se iba produciendo la ocupación de los territorios bajo dominio republicano, quedaran confiscados los bienes y propiedades de los vencidos, pasando a manos de los vencedores. De esta manera, quedaron aún más expuestos al hambre y a la miseria que les reservaba la “España de la Victoria”.⁴⁴ La labor desarrollada por estas Comisiones desde su creación fue muy intensa y el número de propiedades incautadas fue muy elevado en algunas provincias. En 1938 el Gobernador Civil de Granada consideraba de justicia entregar unas mil fincas a los soldados rebeldes, “privando de estos bienes a los malos españoles, que no saben apreciar lo que tenían”. La Comisión de Incautación de Bienes de Granada no vio inconveniente en autorizar en Albolote “el arriendo provisional de las casas procedentes de individuos huidos al campo enemigo”, aun estando “ocupadas por parientes de los mismos”. Por su parte, el Comandante del Puesto de la Guardia Civil de Zafarraya recibió autorización

⁴³ Estas expresiones de rechazo formarían parte de lo que Martin Broszat denominó *resistenz*, más que de expresiones de verdadera resistencia: KERSHAW, Ian. *La dictadura nazi...* Op. Cit., pp. 245-285; ejemplos en las cárceles franquistas en RODRÍGUEZ TEJEIRO, Domingo y PRADA RODRÍGUEZ, Julio. “Formas de disidencia y actividad política en las prisiones españolas de posguerra (1939-1943)”, *Miniús*, 8, 2000, pp. 189-206; y en CABANA, Ana. “Passive resistance...”, Op. Cit.

⁴⁴ ÁLVARO DUEÑAS, Manuel. “Control político y represión económica”, en NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta (coord.). *La gran represión...* Op. Cit., pp. 251-262.

para vender en subasta pública los muebles de los “rojos huidos” en la localidad. Muchas veces eran los propios ciudadanos los que iniciaban los primeros trámites para las incautaciones. Los vecinos integrantes de la Junta Local Agrícola de Vélez de Benaudalla solicitaron y consiguieron de la Comisión el embargo de la finca del “marxista” Paulino Pedrosa Montero, porque uno de sus hijos estaba recogiendo la cosecha de almendra de la misma.⁴⁵

Idénticos fines perseguía la *depuración profesional* sufrida por multitud de individuos en todo el territorio español.⁴⁶ La pérdida del trabajo, la degradación a un puesto de menor categoría o el traslado forzoso a otra localidad acrecentaron los problemas de los castigados. Por ejemplo, dentro de la enseñanza granadina sufrieron expediente de depuración seis maestros nacionales, tres profesores de Instituto, dos Inspectores de Primera Enseñanza, trece miembros de Escuelas de Enseñanza Superior y hasta catorce individuos relacionados con la Universidad de Granada. De ellos, 34 sufrieron algún tipo de sanción. Junto a la enseñanza, otros sectores profesionales como los jueces, los notarios, los científicos, los periodistas o los funcionarios en general, sufrieron una intensa labor depuradora. El guardia municipal Julio Manzano fue relevado de su cargo por ser “simpatizante del llamado Frente Popular” y “muy hablador y charlatán entre sus compañeros”. El padre de Alfonso fue obligado a irse de Madrid a Granada y aceptar un cargo de menor categoría al que le correspondía. Además, a su familia se le impidió durante un tiempo ir a Linares, su localidad de origen. No tuvo tanta suerte el padre de Gumersindo quien, tras ser liberado después de cuatro años de prisión sin cargos, no pudo ejercer su profesión. Él afirma que al salir su padre de la cárcel “le dijeron que de ninguna forma, que ¿cómo un rojo iba a estar de secretario de un Ayuntamiento “nacional”? Todos los años lo solicitaba y todos los años no aparecía el nombramiento. Así hasta el año 1951”.⁴⁷

⁴⁵ El primer decreto confiscando bienes a los miembros del Frente Popular granadino apareció al poco de iniciada la guerra: BOPG, Decreto del 29 de agosto de 1936; la aparición de las Comisiones en BOE, Decreto del 11 de enero de 1937; en Asturias se había confiscado a mediados de la guerra 6.696 y en Vizcaya se calculaba que podía llegarse a las 25.000 incautaciones, citado en CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. *Las políticas de la victoria... Op. Cit.*, pp. 102 y ss.; los ejemplos de la provincia de Granada en AGA, Gobernación, Caja 2790, “Memoria del Gobierno Civil de Granada correspondiente a 1938”; ARCG, Caja 25921, Expediente. 34, 26-4-1938 y Caja 23804, Expediente 83, 23-8-1937.

⁴⁶ VEGA SOMBRÍA, Santiago. *La política del miedo... Op. Cit.*, pp. 198-246; CUESTA, Josefina (dir.): *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*. Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2009; MORENTE VALERO, Francisco. *La Escuela y el Estado Nuevo. La depuración del Magisterio Nacional*. Barcelona, Ámbito, 1997.

⁴⁷ Los datos para Granada en AHUG, Legajo 1803 “Depuraciones”; AHMG, Caja 2408, julio de 1937; los testimonios en entrevistas a Alfonso, Granada, 10-3-2011 y Gumersindo, Madrid, 29-12-2009.

Estos mecanismos represivos se vieron eficazmente complementados por la promulgación de una legislación y la creación de una serie de instituciones cuyo único objetivo era perseguir y castigar a los vencidos en la guerra. Los *tribunales militares* y *los consejos de guerra* fueron el primer eslabón de la cadena represiva. La justicia militar, ejercida fundamentalmente a partir de marzo de 1937, tomó el testigo de las ejecuciones extrajudiciales y mantuvo una intensa actividad hasta el final de la década de los cuarenta. En Granada se estima que unas 1.040 personas fueron víctima de los consejos de guerra entre 1939 y 1947.⁴⁸ Mientras, la dictadura no dejó de producir legislación represora. El 9 de febrero de 1939 se promulgaba la *Ley de Responsabilidades Políticas*, que castigaba con efecto retroactivo a aquellos que por “actos u omisiones” habían contribuido a llevar a España a una situación insostenible. En Andalucía se abrieron un total de 42.710 expedientes y, en 1941, el Tribunal de Responsabilidades Políticas de Granada era el que más expedientes había incoado en toda España. Entre ellos el de José Chaves Ortiz, acusado de pertenecer a las Juventudes Socialistas y considerado un “individuo exaltado y peligroso”; o el de Luis Aguilera Moreno, expedientado por ser un hombre de “ideas socialistas muy avanzadas” que, sin embargo, recibió un informe positivo de la Falange granadina.⁴⁹ La mayoría de ellos trataban de rechazar los cargos que se le imputaban, renegando de su comportamiento, amistades o afiliación política anteriores a la guerra. Otros, sin embargo, hacía tiempo que habían sido pasados por las armas cuando se abrieron sus expedientes.⁵⁰ La aparición en marzo de 1940 de la *Ley sobre Represión de la Masonería y el Comunismo* también respondió a este deseo de juzgar con efectos retroactivos filiaciones pasadas. Entretanto, la intensa labor represiva de los consejos de guerra se vio eficientemente auxiliada por los tribunales civiles, considerados un instrumento fundamental en el control de las conductas y actitudes de los españoles. Con el paso del tiempo fueron

⁴⁸ GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y MARCO, Jorge. *La obra de miedo... Op. Cit.*, pp. 79-80; Las cifras de Granada en GIL BRACERO. *Guerra Civil en Granada... Op Cit.*, Tomo V, pp. 1357.

⁴⁹ ÁLVARO DUEÑAS, Manuel. “Los militares y la represión política de la posguerra: la jurisdicción especial de responsabilidades políticas hasta la reforma de 1942”, *Revista de Estudios Políticos*, 69, 1990, pp. 144-162; el dato de Granada en CASANOVA, Julián. “Una dictadura de cuarenta años” en id. (coord.). *Morir, matar... Op Cit.*, pp. 22-23; los ejemplos citados en ARCG, Expedientes de Responsabilidades Políticas, Caja. 25895, “Expediente de José Chávez Ortiz”, 31-3-1941 y Caja 25899, “Expediente de Luis Aguilera Moreno”, 21-11-1939;

⁵⁰ Al respecto véase MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando y GÓMEZ OLIVER, Miguel. “Las responsabilidades políticas en la España franquista. Represión económica y control social en Andalucía (1936-1945)”, en GAY ARMENTEROS, Juan y TITOS MARTÍNEZ, Manuel (coords.). *Historia, política y sociedad. Estudios en homenaje a la profesora Cristina Viñes Millet*, Granada, Universidad, 2011, pp. 135-160; y MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando. “Incautaciones y responsabilidades políticas en la Andalucía franquista, (1936 -1945)” en COBO ROMERO, Francisco (coord.). *La represión franquista en Andalucía*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2012, pp. 101-121.

apareciendo nuevas leyes que sustitúan o complementaban a las anteriores con un objetivo claramente delimitado: que la represión sobre los vencidos nunca cesara.

Es en este sentido en el que debemos dirigir nuestra mirada a otras formas de castigo cuyos efectos no quedaron tan nítidamente reflejados en la documentación. Se trata de atender a lo que Conxita Mir denominó acertadamente *efectos no contables de la represión*.⁵¹ Afectaron a numerosas familias de presos o fusilados, a “rojos” que habían tenido la fortuna de no ser ajusticiados o encarcelados y a quienes habían salido de prisión bajo libertad vigilada. Para ello, el régimen encontró otros medios punitivos que, aunque menos rastreables, no dejaron de cumplir su cometido de persecución y control de los vencidos. El análisis de tales mecanismos represivos nos obliga, de una parte, a hacer uso de los testimonios que las fuentes orales nos ofrecen y, de otra, a adentrarnos en un terreno tan difícil de aprehender como es el de las percepciones de los individuos y las experiencias vividas. No obstante, su observación es necesaria si queremos comprender determinadas actitudes y comportamientos mantenidos por los vencidos a lo largo de la posguerra.

Terminada la guerra, el primer efecto y el más perdurable de la “Victoria” fue la estigmatización sufrida por quienes habían resultado derrotados. Una vez más, el marco local se mostró como el escenario más eficiente para ejercer el castigo sobre los vencidos. Allí “donde todo el mundo se conocía”, en el barrio o en el pueblo, los “rojos” resultaron perfectamente identificables. Por ejemplo, Dolores tuvo que soportar cómo, siendo una niña, un falangista que frecuentemente iba por su casa le decía que su padre y su tío “eran de malas ideas y rojos”.⁵² Las mujeres y los hijos de los vencidos cargaron la mayor parte de las veces con la responsabilidad del supuesto delito cometido por sus maridos y padres. Sin necesidad de instrucciones superiores, las autoridades franquistas idearon para ellas castigos tales como barrer la plaza del pueblo, darles de beber aceite de ricino o afeitarles la cabeza y pasearlas entre sus vecinos para humillarlas. En mayo de 1940, Dolores Padilla se negó a arrodillarse al paso de la Custodia durante una procesión del Corpus Christi en Macael (Almería). Algunas de sus vecinas la denunciaron y, como consecuencia de ello se le rapó el pelo para ridiculizarla ante todo el pueblo. Este tipo de castigos debió su éxito a la complacencia mostrada por muchos ciudadanos corrientes que presenciaban tales actos, se burlaban de los

⁵¹ El concepto en MIR, Conxita. “Violencia política...” Op. Cit., pp. 137-139; véase también CENARRO, Ángela. “Muerte y subordinación en la España franquista: El Imperio de la violencia como base del ‘Nuevo Estado’”, *Historia Social*, 30, 1998, pp. 5-22.

⁵² Entrevista a Dolores, Granada, 25-11-2008.

castigados o pensaban que “algo habrían hecho para merecerlo”.⁵³ Mientras, los hijos de los “rojos” tuvieron que convivir con el rechazo y el desprecio sin comprender entonces las razones de ello. Cuando Juan Calvo se encontraba en una cola para recibir un regalo de Navidad, un falangista lo impidió diciendo: “A este no le deis nada, que es comunista”. Gumersindo afirma que para una parte de su familia él era de “segunda categoría” porque su padre estaba preso.⁵⁴ Los hijos de los “rojos” debían enfrentarse a diario con el rechazo, la segregación y el aislamiento. Por ejemplo, en la escuela era frecuente que los hijos de los vencidos fueran separados de los hijos de los vencedores. Camilo recuerda que en su colegio había unos niños “que eran los gratuitos” con los que no compartía su clase. Por su parte Alfonso fue expulsado del Instituto Padre Suárez de Granada en 1943 por los antecedentes de su padre: “cuando pedimos explicaciones solo me dijeron ‘no le podemos matricular’. Entendimos rápidamente por qué”.⁵⁵ Sus vecinos, los granadinos de a pie, iban a ser los encargados a lo largo de la posguerra de recordarles su condición de vencidos y vigilar estrechamente sus comportamientos.

Su clasificación como “rojos” provocó que la posguerra fuera infinitamente más dura para los vencidos que para los vencedores. La penuria de la posguerra permitió al Estado erigirse como el gestor del hambre de los españoles al asumir la gestión de los recursos y racionalizarlos entre la población.⁵⁶ Las cartillas de racionamiento se convirtieron en un útil instrumento de clasificación y de control de la sociedad en el que el favoritismo de las autoridades jugó un rol crucial, más aún si tenemos en cuenta que las raciones no fueron ni mucho menos suficientes para vivir.⁵⁷ Este aspecto motivó que el hambre resultase especialmente dañina para los vencidos. Confiscados sus bienes, expulsados de sus trabajos, desterrados de sus ciudades de origen y señalados como “rojos”, los perdedores de la guerra tuvieron mayores dificultades para garantizar su alimentación. “Nosotros estuvimos año y medio quitándonos el hambre a *guantás*”, dice Alfonso. “Mi abuela nos decía” –añade él– “¡Anda, que vamos a comer patatas fritas!, y

⁵³ ABAD, Irene. “Las dimensiones de la ‘represión sexual’ durante la dictadura franquista”, *Jerónimo Zurita*, 2009, 84, pp. 65-96; y MARÍAS, Sescún. “Memoria y otras fuentes para estudiar la represión sexual”, ponencia presentada en la *42nd Annual Conference...* *Op. Cit.*; el caso citado en RAMOS SÁNCHEZ, Ramón y RODRÍGUEZ PADILLA, Eusebio. *República, Guerra Civil y represión franquista en Macael (Almería)*. Mojácar, Arráez, 2010, pp. 219-220.

⁵⁴ El primer ejemplo en VEGA SOMBRÍA, Santiago. *La política del miedo...* *Op. Cit.*, p. 258; el segundo en Entrevista a Gumersindo, Madrid, 29-12-2009.

⁵⁵ Entrevistas a Camilo, Granada, 14-6-2011 y a Alfonso, Granada, 10-3-2011.

⁵⁶ RICHARDS, Michael. *Un tiempo de silencio...* *Op. Cit.*, pp. 99 y ss.; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Hunger and consolidation of the Francoist Regime (1939-1951)”, *European History Quarterly*, 40 (3), 2009, pp. 458-483.

⁵⁷ DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. *Hambre de siglos...* *Op. Cit.*, pp. 282 y ss.

no eran patatas, sino nabos”. Para otros la situación fue tan desesperada que tuvieron que recurrir a la ingestión de cáscaras de naranja o de hierbas silvestres para no perecer, aunque en algunos casos llegaron a fallecer por inanición.⁵⁸

La situación extendida de hambre y escasez llevó a muchos a transgredir la legalidad. El fenómeno del estraperlo fue –al mismo tiempo que el inicio de grandes fortunas– el único resquicio que le quedó a muchos de los vencidos para luchar por su subsistencia. “Mi padre –dice Gumersindo– hizo de todo. Compraba nabos y los mandaba en trenes a Barcelona. Pero como no les daba dinero a los jefes de estación muchas veces llegaban podridos”.⁵⁹ Y es que, a pesar de que el estraperlo fuera un fenómeno muy generalizado durante los años cuarenta, la participación de los “rojos” en el mismo, aunque necesaria para su supervivencia, se vio mucho más dificultada que la de los vencedores. En consecuencia, el franquismo halló en la gestión de los recursos un espacio más para hacerles sentir el peso de la victoria, empujando a los vencidos a las más desesperadas soluciones. Los familiares de los vencidos se vieron obligados a aceptar resignadamente la caridad que el régimen les ofrecía a través de instituciones religiosas o de Auxilio Social. Las viudas de los “rojos” tuvieron que acudir a la mendicidad o a la prostitución para conseguir alimentos para sus hijos.⁶⁰ Otros, en especial mujeres y jóvenes, recurrieron al “robo de subsistencia”, asaltando la propiedad privada en busca de algo que llevarse a la boca. El franquismo no tuvo piedad de ellos y, una vez más, les castigó con la mayor dureza.⁶¹

* * *

Las numerosas formas que adoptó la represión a lo largo de la posguerra incidieron directamente sobre las actitudes y las conductas de los vencidos. Algunos

⁵⁸ Entrevista a Alfonso, Granada, 10-3-2011. Casos desesperados en ABELLA, Rafael. *La vida cotidiana bajo el régimen de Franco*. Barcelona, Argos Vergara, 1985, pp. 51-52; y BRENAN, Gerard. *Al sur de Granada*, Madrid, Siglo XXI, 1993 [1974], p.193. En Altorricon (Huesca) el alcalde fue “fulminantemente destituido” cuando se tuvo la noticia de que un niño había fallecido como consecuencia del hambre: AGA, Presidencia, Vicesecretaría general del Movimiento, Caja 52/14106, “Informes”, 29-8-1939. La diplomacia británica también reflejó muertes por inanición: TNA, FO 371/24509, 1940.

⁵⁹ Véase GÓMEZ OLIVER, Miguel y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “El estraperlo: forma de resistencia...”, Op. Cit., pp. 179-199; REIG, Ramiro. “Estrategias de supervivencia...”, Op. Cit., pp. 462-463; el ejemplo en Entrevista a Gumersindo, Madrid, 29-12-2009.

⁶⁰ CENARRO, Ángela. *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la postguerra*, Barcelona, Crítica, 2006; GUEREÑA, Jean-Louis. *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 425-428; CABRERO BLANCO, Claudia. *Mujeres contra el franquismo (Asturias 1937-1952): Vida cotidiana, represión y resistencia*, Oviedo, KRK, 2006, pp. 56 y ss.

⁶¹ FERNÁNDEZ ASPERILLA, Ana. “Franquismo, delincuencia y cambio social”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V. Historia Contemporánea*, 17, 2005, pp. 297-309; GÓMEZ WESTERMEYER, Juan. “Desafectos y delincuentes: la doble estigmatización, Murcia, 1939-1949”, *VI Encuentro de Investigadores del franquismo*, Zaragoza, IFC, 2006.

conservaron sus identidades y combatieron a las autoridades franquistas en los más diversos ámbitos. Otros, la mayoría, se refugiaron en el silencio y en la resignación. A través del castigo de los derrotados, la dictadura consiguió un doble objetivo: crear mentalidades auto-reprimidas y provocar el olvido de la historia inmediata. Lo corroboran testimonios como el de la hija de Diego García, asesinado por pertenecer a la UGT: “a mi padre le mataron, pero no nos molestaron más, no nos hicieron más”, afirmaba ella. Es más, una parte de las víctimas de la violencia franquista asumió su culpabilidad en lo que a ellos o a sus familiares les había sucedido, lo cual encajaba a la perfección con el discurso de redención de los pecados cometidos que el régimen les ofrecía.⁶² Las familias de los fusilados, quienes dejaban atrás varios años en el interior de las cárceles franquistas, los que habían abandonado sus localidades de origen o aquéllos que habían sido víctimas de terribles vejaciones prefirieron refugiarse en el interior de sus hogares, tratar de obtener un trabajo para sobrevivir y esperar que la situación económica mejorase. Con el paso de los años el régimen fue recogiendo los frutos de su inversión en terror. La represión le había servido para limpiar España de aquellos que se oponían a su proyecto de nación, para silenciar y paralizar a los vencidos, para conseguir la aquiescencia de algunos sectores sociales y para lograr una sociedad en la que las ideas sobraban.

2. El lado dulce de la Victoria: los vencedores de la Guerra Civil

Si para aquellos que lucharon o apoyaron al bando republicano el triunfo de las tropas franquistas representó el comienzo de una pesadilla, para quienes simpatizaron con la “Causa Nacional” o combatieron bajo las banderas de los sublevados supuso el inicio de una nueva vida. Mientras una parte de los españoles yacían en fosas comunes, morían en las cárceles o trataban de sobrevivir a toda costa, otros respiraban aliviados por el fin del “terror rojo” o pensaban en obtener una recompensa por su actuación

⁶² SOUTELO VÁZQUEZ, Raúl, VARELA SABAS, Alfredo. “Variaciones en las formas de represión y resistencia popular en el mundo rural ourensano, 1936-1946”, en TRUJILLANO SÁNCHEZ, José y GAGO GONZÁLEZ, José María (eds.). *Jornadas Historia y Fuentes Orales. Historia y Memoria del franquismo, 1936-1939*, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 1997, pp. 217-233; el testimonio en NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta. “Las mecánicas...”, Op. Cit., p.200; la asunción de la culpabilidad en FONT, Jordi. “Nosotros no nos cuidábamos...”, Op. Cit; véase también. HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Más allá de las tapias de los cementerios: la represión cultural y socioeconómica en la España franquista (1936-1951)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 33, 2011, p. 71-93.

durante la contienda. El franquismo había comprobado durante la guerra que su discurso de exaltado nacionalismo y catolicismo ultraortodoxo contaba con importantes simpatías entre amplios sectores sociales que, en el frente y en la retaguardia, habían colaborado para la derrota de los “rojos”. Terminada la lucha armada, aquellos que habían apoyado al bando rebelde serían los encargados de construir el régimen “desde abajo”, los responsables de castigar a los vencidos y asegurar su penitencia y los beneficiados socioeconómicamente por la victoria.

2.1. El apoyo “cultural” al franquismo: reespañolización y recatolización en Granada

Desde sus inicios, el franquismo manejó un discurso ideológico compuesto por dos elementos fundamentales: la patria y la religión. Ambas esferas fueron presentadas como los pilares esenciales de la “Nueva España” a la que la guerra debía dar a luz. Pero el discurso franquista no se erigía sobre el vacío. De un lado, la mayor parte de sus postulados no eran en absoluto novedosos, sino que estaban profundamente enraizados en las culturas políticas de la derecha española más reaccionaria y ultracatólica aunque, eso sí, aderezados por algunas aportaciones del triunfante cultura política fascista que contribuían a aumentar el exaltado nacionalismo español. De otro lado, la manera en que la nación y la religión eran concebidas por el franquismo estaba en sintonía con el pensamiento de sus heterogéneos apoyos sociales, que veían cómo en los últimos años –especialmente en la etapa republicana– la trayectoria de España no era la que a su juicio correspondía con su grandeza. En consecuencia, terminada la guerra, el proyecto de renacionalización y de recatolización no fue exclusivamente una labor en manos del Estado sino que, por el contrario, considerables sectores sociales se implicaron directamente, dieron su aprobación o transigieron con tales proyectos dado que, para ellos, suponía la (re)ordenación del mundo en consonancia con su visión de cómo “debían ser las cosas”.⁶³

En primer lugar, hemos de atender a la eficacia que los *discursos de nación y legitimación de la guerra* tuvieron entre considerables capas de la población española. Los mismos elementos que habían sustentado la movilización de amplios sectores sociales durante la guerra siguieron funcionando durante los años cuarenta. Derrotados

⁶³ ELIADE, Mircea. *Imágenes y símbolos*. Madrid, Taurus, 1999 [1955], pp. 41-42.

los enemigos, el régimen se convirtió en el único narrador de la nación y pudo excluir proyectos nacionalistas alternativos.⁶⁴ En este sentido, a partir de 1939 las autoridades franquistas insistieron en un proyecto basado sobre el ultranacionalismo español y la esencialidad católica de España. Nación y religión aparecían entremezcladas en sus discursos, como las dos caras de una misma moneda, de modo que, la dictadura entendía que España debía ser católica y el catolicismo debía ser español. El franquismo transmitió una concepción de la nación en términos de naturalidad, eternidad y exclusividad, de manera que otras realidades nacionales, como podían ser el nacionalismo vasco, gallego o catalán, quedaban excluidas. Lo mismo sucedía con interpretaciones “heterodoxas” de la nación española como las ofrecidas por la cultura política republicana o por las formaciones políticas de izquierda. Por tanto, fue el propio régimen el que se encargó de forjar una imagen de “su” nación española y presentarla a los ojos de la población como homogénea e indiscutida. Para ello no dudó en hacer uso de todos los instrumentos a su alcance, desde la manipulación del pasado histórico nacional hasta la estigmatización de proyectos nacionales alternativos y el adoctrinamiento del cuerpo social.⁶⁵

A pesar de que en el interior del régimen convivían diferentes proyectos de nación, existía un acuerdo de mínimos en torno a una serie de ideas esenciales que daban una sensación de gran homogeneidad al conjunto de la ciudadanía.⁶⁶ Los puntos de confluencia constituyeron, precisamente, el foco de atracción de importantes sectores sociales hacia el franquismo. Entre ellos se encontraba la idea de que España debía recuperar el papel que le correspondía en el orden internacional. Muchos estaban de acuerdo en que la imagen de la patria había quedado dañada durante los siglos anteriores y consideraban que, dirigidos por el “triunfante Caudillo”, la nación española podría vivir de nuevo una etapa dorada. De una parte, confiaban en que el nuevo Estado haría cuanto pudiera por devolver a España a un lugar preferente entre el resto de las naciones. De otra, deseaban que las autoridades del régimen evitasen los “errores” que

⁶⁴ BHABHA, Homi K. *Nation and narration*. Londres, Routledge, 1990.

⁶⁵ La idea de que la nación se forma mediante el discurso en ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1983]; y en FOX, John E. y MILLER-IDRISS, Cynthia. “Everyday nationhood”, *Ethnicities*, 8:4, 2008, pp. 538-542.

⁶⁶ Sobre los proyectos nacionalistas del franquismo: SAZ, Ismael. “Las culturas de los nacionalismos franquistas”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 153-174.

en su opinión habían llevado a España al borde de su desaparición y rompieran la dinámica decadente en la que se hallaba la nación desde mucho tiempo atrás.⁶⁷

Para la mayor parte de los vencedores de la guerra, la lucha armada de tres años de duración había sido una experiencia necesaria para devolver a España a su camino. Entre ellos, no eran pocos los que habían compartido que un cierto derramamiento de sangre era necesario para lograr este objetivo. A las pocas semanas de iniciarse la guerra, Helen Nicholson había escrito en su diario que “España está siendo ahora purgada con sangre y fuego de su decadencia”.⁶⁸ Tras abril de 1939, quienes se encontraban en el lado victorioso juzgaban que había llegado la hora de que, junto a la reconstrucción del país, se iniciara la necesaria tarea de la reespañolización. La dictadura no les defraudó. El franquismo sabía que, pese a las diferencias, el nacionalismo español era uno de los principales nexos de unión entre sus componentes. Desde abril de 1939 se activaron en el conjunto del territorio español toda una serie de mecanismos nacionalizadores destinados a conformar una España acorde con las demandas de quienes habían combatido en el bando rebelde, de los que habían sido víctimas de la represión republicana y de todos aquellos que habían compartido el modelo de nación propuesto por los sublevados. Durante la inmediata posguerra, los vencedores, aunque también muchos ciudadanos corrientes, sintonizaron con los postulados que se transmitieron a través de diversas “escuelas de nacionalización”, como la enseñanza, las organizaciones de encuadramiento político, los medios de comunicación o el servicio militar.⁶⁹ Al respecto, no debemos minusvalorar la importancia que la familia o la escuela tuvieron como instrumentos de transmisión del modelo de nación defendido por el Estado franquista. Los manuales escolares, la presencia del crucifijo o la inculcación de determinadas ideas en el ámbito del hogar resultaron fundamentales en la (re)nacionalización. Pero tampoco debemos olvidar el reforzamiento de identidades que, para los vencedores de la guerra, supuso el contacto o la entrada en las organizaciones de socialización falangista. Mariano, por ejemplo, todavía hoy se siente “orgullosa de haber sido flecha”, ya que, en su opinión, “los de

⁶⁷ RICHARDS, Michael. *Un tiempo de silencio...* Op. Cit., pp. 13-17.

⁶⁸ NICHOLSON, Helen. *Death in the morning...* Op. Cit., p. 72.

⁶⁹ Sobre estas “escuelas de nacionalización” véase: QUIROGA, Alejandro. “Les tres esferes...” Op. Cit., pp. 143-160; FUERTES MUÑOZ, Carlos. “La ‘nación vivida’. Balance y propuestas para una historia social de la identidad nacional española bajo el franquismo”, en SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferrán (eds.). *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español*, Valencia, PUV, 2012 pp. 279-300

Falange no tenían nada de malo porque enseñaban unión y muy bien”.⁷⁰ En este sentido conceptos tales como “unidad” o “patriotismo” fueron capturados por el franquismo para proveer a sus apoyos sociales de un modelo de nación antitético de todos los otros nacionalismos defendidos por los integrantes de la anti-España.

Pese a todo, al igual que en durante la guerra, fue el espacio público el principal escenario para la transmisión y exaltación del triunfante del nacionalismo franquista. Llegada la “victoria”, las calles se vieron pobladas por toda la simbología de los vencedores. Las banderas rojigualdas poblaron los balcones de todos los ciudadanos en cada manifestación, desfile, conmemoración o festividad que tuvo lugar por las calles de la ciudad. “Nosotros poníamos colgaduras en todas las fiestas”, admite Carmen. Pero, junto a las enseñas bicolors, aparecieron los himnos, los vítores a España o a Franco, los saludos brazo en alto y otros símbolos que dominaron el espacio público durante toda la posguerra. Eran representaciones y gestos que actuaron sobre los sentimientos de amplios componentes de la población generando su identificación con los mismos.⁷¹ A pesar del discurso “uniformizador” que los dirigentes franquistas mantuvieron respecto a los símbolos del nuevo Estado, lo cierto es que toleraron ciertas divergencias a sus apoyos sociales. Por eso, aunque generara ciertas crispaciones, era posible que sobre el féretro de un camarada falangista solo figurase la bandera rojinegra, o que se celebrase una misa en honor a D. Juan de Borbón en Granada sin referencia alguna al “Movimiento”.⁷² Al fin y al cabo, también en el plano simbólico, había un proceso de negociación entre el régimen y sus apoyos sociales y muchos significados eran impulsados “desde abajo”. Los vítores a las autoridades, la organización de manifestaciones espontáneas o el saludo a la romana de los pasos de Semana Santa eran prueba de ello. Respecto a esto último el Prelado granadino, Agustín Parrado, hubo de intervenir en 1939 para evitar que de este modo se politizaran las procesiones. Sus disposiciones no debieron tener mucho éxito toda vez que, en abril de 1943, el periódico *Ideal* seguía advirtiendo de que “los que alzan el brazo ante las sagradas imágenes” solo “están dando muestras de su ignorancia a la vez que de su nueva fe”.⁷³

⁷⁰ Entrevista a Mariano, Granada, 11-8-2011.

⁷¹ El poder de los símbolos en GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988, pp. 100-101; un ejemplo de colaboración “desde abajo” en Entrevista a Carmen, Granada, 29-1-2011.

⁷² Ejemplos en *Patria*, 11-4-1946 y AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/18994, “Carta de Fernando Estella al Delegado Nacional de Provincias”, 5-8-1949.

⁷³ RICHARDS, Michael. “‘Presenting arms to the Blessed Sacrament’: civil war and Semana Santa in the city of Málaga, 1936–1939.”, en EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (eds.). *The Splintering... Op.*

El franquismo colmó simbólicamente a los vencedores de la contienda que vieron como los referentes republicanos desaparecían del espacio público y eran sustituidos por los de la “Nueva España”. Del callejero local se borraron nombres como Fernando de los Ríos, Avenida de la República o el del militar republicano Fermín Galán, y en su lugar se impusieron los de Avenida Calvo Sotelo, Avenida José Antonio o Plaza del General Sanjurjo. En la provincia no hubo pueblo en que el “Caudillo” o el “Ausente” no tuvieran una plaza o calle principal dedicada en su honor. Tales cambios en el callejero permitieron al franquismo la edificación de “lugares de memoria” mediante la perpetuación de figuras –José Antonio, Franco o Queipo de Llano–, acontecimientos –Batalla del Ebro, Alzamiento Nacional o Jarama– y fechas o conmemoraciones –Día de los Caídos o 18 de Julio–, que fomentaban la socialización de los españoles, cohesionaba a la comunidad nacional de los vencedores y obligaba al conjunto de la población a hacer referencia a tales denominaciones de manera cotidiana. Idéntico cometido perseguía la denominación de escuelas, hogares, comedores populares y otras instituciones con nombres de “héroes” y acontecimientos significativos para el régimen de Franco. Así ocurría en Granada con los hogares de Auxilio Social “José Antonio” y “Bermúdez de Castro”, dedicados respectivamente al fundador de Falange y al aviador granadino “caído en la Cruzada”.⁷⁴ Sin embargo, si hubo algún elemento que actuó como verdadero “lugar de memoria” en el mapa de las ciudades y pueblos españoles éste fue la “Cruz de los Caídos”. Situado en la plaza principal de la localidad o en un lugar en el que siempre pudiera verse, el monumento en conmemoración de los “caídos” se convirtió en un eje fundamental de la vida de los españoles y punto de confluencia de toda celebración o acto.⁷⁵

La renacionalización del espacio conllevó también la renacionalización del tiempo. A este fin el régimen de Franco elaboró un pensado calendario festivo compuesto por efemérides plenamente “nacionales” y eliminó aquellas que se revestían de un “carácter marxista” o se habían fijado “para mediatizar páginas de nuestra

Cit., pp.196-221; las disposiciones del Arzobispo de Granada en BOAG, junio de 1939; la nota en *Ideal*, 20-4-1943.

⁷⁴ Los cambios de nombres en *Ideal*, 21-4-1937; para los “lugares de memoria”, NORA, Pierre. “Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux”, en id. *Les lieux de Mémoire*, París, Gallimard, 1984, pp. VII-XLII; véase otro caso en CALVO VICENTE, Cándida. “Socialización y cambio urbano: el callejero de San Sebastián durante el franquismo”, *Cuadernos de Sección, Historia y Geografía*, 21, 1993, pp. 345-356; sobre los hogares AHMG, “Actas del Pleno del Ayuntamiento de Granada”, 28-3-1940.

⁷⁵ LEDESMA, José Luis y RODRIGO, Javier. “Caídos por España. Mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica”, *Ayer*, 63, 2006, pp. 233-255; MASSA, Paola. “Antropología y patrimonio cultural. Un estudio sobre los monumentos a los caídos”, *Alteridades*, 8, 1998, pp. 85-94.

historia”.⁷⁶ A través las fiestas el régimen logró marcar los ritmos de la vida de los españoles que habían de cerrar sus comercios y sumarse a la celebración acudiendo a los desfiles, vitoreando a las autoridades y participando de los actos extraordinarios organizados con motivo de la festividad.⁷⁷ El Gobierno central encontró en las autoridades locales a las eficaces servidoras de sus disposiciones festivas. Los ayuntamientos se convirtieron en los encargados de la que las celebraciones tuvieran la mayor brillantez y resonancia posibles, para lo que consignaron importantes partidas presupuestarias. El consistorio granadino no dudó en sufragar celebraciones tales como la dedicada a la Patrona de Granada, el Corpus Christi o el 18 de julio.⁷⁸ En la mayoría de los casos, los actos de carácter político y las celebraciones “más oficiales”, aunque contaron con el entusiasmo de los más adeptos al franquismo, suscitaron la indiferencia del grueso de la sociedad y, entre ellos, de muchos de los que podemos considerar como apoyos sociales del régimen. Tras unos años de celebraciones más exaltadas a inicios de la década de los 40, festividades tales como el “Dos de Mayo”, el “Día de los Caídos” o el “Día de la Unificación” vieron como las grandes concentraciones humanas en el espacio público dejaron paso a frías recepciones oficiales en el interior de las instituciones. Si el 2 de mayo de 1940, con motivo de la “Fiesta de la Independencia”, se levantaba un obelisco en pleno centro de Granada, ante el que dos “flechas” hicieron guardia toda la noche, en 1949 solo se realizaban algunos actos en el Hogar del Frente de Juventudes.⁷⁹

Por el contrario, aquellas festividades más enraizadas con el espíritu local, la tradición o la religiosidad popular, permanecieron sólidamente ancladas en los pueblos y ciudades españolas durante décadas. El alcalde y concejales granadinos trataron de compaginar el culto a “lo local” con el culto a la nación, acordando que el ceremonial de la “Fiesta de la Toma” –dedicada a conmemorar la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos en 1492– fuera adecuado a la realidad de la “Nueva España” y que la

⁷⁶ Decreto número 253, BOE 13 de abril de 1937; véase también BOX, Zira. “El calendario festivo franquista: tensiones y equilibrios en la configuración inicial de la identidad nacional del régimen” en MOREN LUZÓN, Javier. (ed.). *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 263-288;

⁷⁷ SABROW, Michael. “Time and legitimacy...”, Op. Cit.; A ello contribuyeron también las emisiones extraordinarias que con motivo de toda festividad realizaban todas las radios locales: AGA, Cultura, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, Caja 21/250 y 21/533.

⁷⁸ AHMG, Caja 2403, “Cooperación del Ayuntamiento en las fiestas del Santísimo Corpus Christi”, 1938; “Cooperación del Ayuntamiento en los actos celebrados en julio en el aniversario del Alzamiento Nacional”, 1940; “Cooperación del Ayuntamiento en la Fiesta del Voto a favor de Nuestra Señora de las Angustias”, 1942.

⁷⁹ Los ejemplos del “Dos de Mayo” en HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. “La ‘Cultura del Tiempo’ en España...”, Op. Cit., pp. 153-155.

festividad se declarase de carácter nacional.⁸⁰ Además, su carácter local hizo que la participación popular fuera más numerosa, permitiendo una mayor interacción entre instituciones y ciudadanos. Así, por ejemplo, las autoridades granadinas podían felicitar a la gran cantidad de ciudadanos que acudían cada año a las festividades del Corpus Christi, el Día de la Cruz o la propia Fiesta de la Toma, en las que a través del folklore contribuyeron al engrandecimiento de las festividades y de la nación.⁸¹ “Eran días muy simbólicos. La Semana Santa y el Corpus eran días de mucha gente” admitía Rafael G. De hecho, la implicación de la sociedad se resintió cuando algunos elementos considerados como propios de una determinada festividad popular desaparecieron por deseo de un estamento superior. La eliminación de los bailes regionales y del tradicional concurso de altares que venía organizándose durante la festividad de la Cruz cada 3 de mayo por el Arzobispo Balbino Santos Olivera en 1949, causó un gran disgusto entre la población, desluciendo la celebración.⁸²

La tarea reespañolizadora que capitaneó el franquismo fue de la mano de una intensísima labor de *recatolización* de la sociedad. La retórica salvífica y redentora que alentó la Iglesia católica no fue dirigida en exclusiva a los “malos españoles” derrotados en la “Cruzada”, sino a la totalidad de la población. El “retorno de Cristo” al solar patrio exigía, paralelamente al castigo de los “enemigos de Dios”, la penitencia y enmienda del conjunto de los ciudadanos. Durante el periodo frentepopulista los episodios de iconoclastia acaecidos en la diócesis granadina habían llevado al Arzobispo metropolitano a dirigirse a sus feligreses, condenando tan “tristísimos sucesos” realizados por “los satélites de Satanás”, pero también reprendiendo a los sacerdotes y fieles exhortándoles a “reformular y recristianizar a los pueblos que, acaso por nuestra negligencia y poco celo, se han alejado de Dios”.⁸³ En aquellas ciudades que, como Granada, fueron tomadas en los primeros momentos por las tropas sublevadas la recatolización empezó inmediatamente. Al discurso expiatorio que presentaba la guerra como un castigo enviado por Dios para la reforma del pueblo español, se le sumó la

⁸⁰ AHMG, Caja 2403, “Propuesta de modificación del ceremonial con el que se celebra la Fiesta de la Toma”, 9-12-1939.

⁸¹ AHMG, Caja 3047, “Memoria de los actos del Corpus Christi”, 18-6-1937; AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/271, “Impresión del Delegado Provincial de Granada sobre la marcha del servicio”, junio de 1943. Para el ensamblaje entre el culto nacional y el regional véase GENIOLA, Andrea. “Erudición y particularismo: sobre la oferta regional franquista”, *VII Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Santiago, USC, 2011; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “The Region as Essence of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840-1936)”, *European History Quarterly*, 31 (4), 2001, pp. 483-518; el caso granadino en HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. *Granada azul... Op. Cit.*, pp. 311-318.

⁸² *Patria*, 19-4-1947 y 4-5-1947.

⁸³ BOAG, “Carta pastoral a nuestro amadísimo clero en estas horas de tribulación y prueba”, 26-3-1936.

celebración de numerosos actos de contrición y desagravio, misas de campaña, procesiones y manifestaciones de arrepentimiento por los “pecados” cometidos contra la religión.⁸⁴ Pero también se organizaron otros actos como la reconstrucción de los templos destruidos, la reposición de las cruces y hornacinas derribadas o la celebración de festividades tales como el Sagrado Corazón de Jesús o la Fiesta de Cristo Rey que adquirieron significados redentores.⁸⁵ Cincuenta mil personas llegaron a congregarse ante la Catedral de Guadix en 1945 para asistir a la consagración de la imagen del Sagrado Corazón que coronaba el templo. Junto las calles, las instituciones educativas – especialmente la escuela–, las asociaciones religiosas, el espacio de trabajo o el propio hogar, fueron igualmente vías utilizadas por las autoridades franquistas para impulsar una labor de la recatolización.⁸⁶

La empresa recatolizadora satisfizo los anhelos y esperanzas de muchos católicos españoles que percibían al nuevo régimen como una salvaguarda de sus creencias. Paz afirma que “el final de la guerra fue un alivio para poder rezar otra vez tranquilos”. Del mismo modo que el elemento religioso había constituido una energía movilizadora fundamental durante la Guerra Civil, a partir de 1939 resultó un poderoso elemento de cohesión entre aquellos que compartían la idea de que la religión católica era consustancial al propio ser de España.⁸⁷ Quienes en época republicana habían vivido las quemaduras de templos, la prohibición de las procesiones o las dificultades para asistir a misa recibieron el franquismo con sentimientos de alivio y esperanza. Al fin y al cabo, habían considerado a la República y la democracia como la amenaza de que su “ordenado” mundo pudiera desmoronarse.⁸⁸

Con especial intensidad vivieron el retorno de las prácticas y ceremonias religiosas aquellos católicos que habían pasado una parte o la totalidad de la guerra en zona “roja”. Para Cecilia, Mariano y Paz, por ejemplo, una parte muy importante de la alegría que sintieron cuando terminó la guerra estuvo motivada porque habían pasado

⁸⁴ Algunos ejemplos en: *Ideal*, 31-8-1936, 15-9-1937 y 28-9-1943 y *Patria*, 6-4-42

⁸⁵ Véase DI FEBBO, Giuliana. *Ritos de guerra y victoria...* *Op. Cit.*; MENOZZI, Daniele. “La Dottrina del Regno sociale di Cristo tra autoritarismo e totalitarismo” en id. y MORO, Renato. *Cattolicesimo e totalitarismo...* *Op. Cit.*, pp. 17-55; algunos ejemplos en Granada en *Ideal*, 13-7-1943 y 8-7-1946.

⁸⁶ Véase CAMARA VILLAR, Gregorio. *Nacional-Catolicismo y Escuela: La socialización política del franquismo (1936-1939)*. Madrid, Hesperia, 1984; ALFONSÍ, Adela. “La recatolización de los obreros en Málaga, 1937-1966. El Nacional-Catolicismo de los obispos Santos Olivera y Herrera Oria”, *Historia Social*, 35, 1999, pp. 119-134. El ejemplo de Guadix en *Patria*, 9-6-1945.

⁸⁷ Entrevista a Paz, Granada, 31-3-2011.

⁸⁸ Similares actitudes se dieron entre los católicos de otros países europeos: FELDMAN, Matthew y TURDA, Marius. “Clerical fascism in Interwar Europe: an introduction”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 8 (2), 2007, pp. 205-222; GIOVAGNOLI, Agostino. *La cultura democristiana. Tra Chiesa Cattolica e identità italiana, 1918-1948*, Roma-Bari, Laterza, 1991, capítulo VI.

unos años sin poder practicar su religión. Para ellos, la victoria de los sublevados suponía el recobro de la libertad que habían perdido durante la República al obstaculizarse la práctica de sus creencias religiosas. Los católicos que, como ellos, vivieron la “experiencia revolucionaria”, consideraron insoportable el ambiente de descristianización reinante. La violencia anticlerical convivía con otra serie de comportamientos que resquebrajaban pilares esenciales para los católicos más conservadores. Paz, por ejemplo, sostiene que en su pueblo “había mucha inmoralidad” durante el “dominio rojo” y que las mujeres “no podían salir porque las violaban por la calle”. La percepción de indefensión que tuvieron muchos católicos de la zona republicana no les hizo sin embargo renunciar a sus creencias. La madre de Valeriano Moreno-Torres, al ver que el Ejército sublevado no tomaba Bujalance (Córdoba), decidió organizar una misa para la familia. Cecilia y Paz no dejaron de rezar durante la guerra a pesar del peligro que ello podía suponerles. Esta última afirma que su familia y ella “rezaban el rosario a escondidas” y que unos vecinos, “que eran rojos pero buenos”, iban a su casa y les decían: “¡Tened cuidado que se os oye que estáis rezando!”.⁸⁹

Una vez terminada la guerra, comenzó la recatolización de las poblaciones “liberadas”. En Granada, el arzobispo, Agustín Parrado, no quiso dejar ningún cabo suelto y publicó unas “Instrucciones” muy detalladas sobre la manera de obrar en tan “descristianizadas” áreas de la provincia. En primer lugar, dispuso que se celebraran tres funerales en recuerdo a los preladados, sacerdotes y fieles asesinados respectivamente. En segundo lugar, ordenó que fueran “reconciliados” los cementerios y templos que hubiesen sido profanados. Finalmente, dirigió otras normas para la reconstrucción de templos, la reposición de los objetos sagrados y la actuación de los párrocos ante la inmoralidad. Un año después, el prelado granadino le aseguraba a Franco que no cesaba “de recomendar al clero y fieles de la Archidiócesis el recurso de la Oración confiada por las necesidades de la Patria, uniendo a la súplica la penitencia, reforma de costumbres y cumplimiento de los deberes de caridad”.⁹⁰

La España de los años cuarenta estaba destinada a convertirse en un inmenso purgatorio en el que la doctrina católica debía presidir la vida cotidiana de los ciudadanos ya fuera en la plaza del pueblo, en la sala de plenos de los ayuntamientos, en

⁸⁹ Entrevistas a Cecilia, Granada, 8-3-2011 y Paz, Granada, 31-3-2011; MORENO-TORRES, Valeriano. *El hijo sin mote de Fernando Herrero, sus descendientes y Asensi en una guerra incivil*. Granada, Memorias inéditas, p. 82.

⁹⁰ BOAG, “Instrucción pastoral acerca del restablecimiento del culto divino y de la vida cristiana en las poblaciones que en las cuatro diócesis acaban de ser liberadas”, 1-5-1939; FNFF, Documento 19.259, “Carta del Cardenal Arzobispo de Granada al Jefe de Estado”, 7-5-1940.

el dormitorio de los españoles o en la pared de las escuelas “nacionales”. El régimen tomó la decisión de trasladar las prácticas rituales del interior del templo a la calle con el objetivo de que la penitencia adquiriera un carácter público y visible a los ojos del conjunto de los españoles. Gran parte de la población asumió la retórica expiatoria de la posguerra y lo demostró mediante sus gestos y reacciones externas. Arrodillarse o cubrirse la cabeza al paso de una imagen religiosa, santiguarse públicamente durante un acto político o llevar la mantilla negra y un rosario entre las manos mientras se asistía a una procesión fueron actitudes comunes entre las mujeres de la posguerra que denotaban una completa identificación con la interpretación de la guerra como castigo divino. El surgimiento espontáneo de estos gestos suponía un reconocimiento por parte de amplios grupos sociales de que se habían apartado del camino de Dios y que, tras una guerra de tres años, quedaba aún un largo periodo de penitencia y expiación de los pecados.⁹¹ La vuelta del Cristo de la Fe a la localidad granadina de Diezma, tras su destrucción por los “cuervos del marxismo”, se produjo “entre lágrimas de las ancianas que recordaban los días viejos” en los que la imagen había presidido la vida de la comunidad. Del mismo modo, el trono de la Virgen de las Angustias se vio flanqueado anualmente en su recorrido por las calles granadinas por hombres y mujeres encapuchados, descalzos o cargados de cadenas como muestra de una profunda fe religiosa, pero también como retribución por los compromisos contraídos durante la guerra.⁹²

Pero al margen de que la reevangelización de la sociedad fue bien recibida por los sectores católicos, éstos no permanecieron pasivos mientras el Estado tomó disposiciones, organizó comuniones masivas o financió la reconstrucción de los templos. Junto a las altas jerarquías eclesiásticas colaboraron los párrocos de las ciudades y pueblos, los miembros de las congregaciones y los ciudadanos corrientes que decidieron ingresar en alguna organización religiosa. La madre de Camilo, que pasó toda la guerra en “zona roja”, formó parte durante la posguerra de la “Conferencia de San Vicente”. Con tan sólo trece años de edad, Cecilia se afilió Acción Católica en su pueblo. Su labor, centrada principalmente en la caridad, se desarrolló en un barrio marginal al que llevaba “las enseñanzas de Cristo”. Después de haber permanecido toda

⁹¹ VINCENT, Mary. “Expiation as Performative Rethoric in National-Catholicism: The Politic of Gesture in Post-Civil War Spain”, *Past and Present*, 203:4, 2009, pp. 235-256.

⁹² *Patria*, 23-10-1941. *Ideal*, 28-9-1943; véase también VINCENT, Mary. “The martyrs and the saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade”, *History Workshop Journal*, 47, 1999, pp. 69-98.

la guerra en zona republicana, aquel periodo dentro de Acción Católica supuso, según sus propias palabras, “los años más felices que recuerdo”.⁹³ Al igual que Cecilia, las mujeres que decidieron integrarse en una organización de este tipo lo hacían convencidas de que con su labor estaban contribuyendo al nacimiento de una sociedad verdaderamente acorde con el ser de España. Las granadinas que se afiliaron a Acción Católica se implicaron profundamente en la recatolización de sus vecinos. La “legalización” de los matrimonios, la celebración de bautizos y la organización de las comuniones eran algunos de sus cometidos principales. El intenso empeño por “preservar” a las jóvenes de un ambiente que consideraban nocivo para su educación llevó incluso a desbordar la capacidad recatolizadora de la asociación. Los dirigentes provinciales afirmaban necesitar mayor colaboración para estrechar la vigilancia sobre las madres de las jóvenes, “pues en muchos casos son ellas las culpables de la perdición de sus hijas”. Del mismo modo se lamentaban de que los conventos y reformatorios existentes en la ciudad de Granada eran “insuficientes para albergar a tanta desgraciada”. No obstante, al margen de los logros que anualmente comunicaban a la Junta Central, la Acción Católica granadina se congratulaba del trabajo realizado: “¡Cuántos pecados mortales evita este secretariado y cuantas mortificaciones ignoradas que no pueden reducirse a cifras!”.⁹⁴

El papel que jugaron los ciudadanos corrientes en la recatolización no fue siempre subordinado y pasivo, sino que abrieron suscripciones para la reconstrucción de sus templos, acudieron a los actos organizados por la Iglesia y sus asociaciones y participaron directamente en todo impulso recatolizador. Durante la guerra, fueron los propios vecinos los que en muchas ocasiones salvaguardaron los símbolos religiosos de los ataques iconoclastas. Cecilia recuerda que su padre “encaló un Sagrado Corazón para evitar que lo destrozaran”. Unos granadinos del Albayzín, recogieron los pedazos de la destruida Cruz de la Rauda para, años más tarde, contemplar con fervor su reconstrucción. Es significativo que fueran los propios vecinos de Moclín (Granada) quienes llevaran en procesión el Cristo del Paño por las calles de la capital granadina para luego devolverlo entre vítores y lágrimas a la iglesia de su pueblo.⁹⁵ La implicación de algunos grupos de ciudadanos fue tal que, en ocasiones, abordaron algunos aspectos de la recatolización con anterioridad a la existencia de alguna disposición oficial. Por

⁹³ Entrevista a Camilo, Granada, 14-6-2011 y Cecilia, Granada, 8-3-2011.

⁹⁴ AACE, Cajas 1-1-3., 2-1-1 y 2-1-2 “Memorias de la Unión Diocesana de Mujeres de Acción Católica de Granada” Cursos 1941-1942; 1943-1944 y 1944-1945..

⁹⁵ Entrevista a Cecilia; Granada, 25-2-2011; *Ideal*, 27-9-1936 y 6-10-1938.

ejemplo, en las escuelas de Albolote (Granada) el crucifijo había sustituido al retrato de Manuel Azaña en una fecha tan temprana como el 7 de agosto de 1936, un mes antes de que las reposiciones empezaran a realizarse de forma generalizada. El Arzobispo de Granada también se vio obligado a reprimir “el afán de los fieles por multiplicar excesivamente los altares y retablos” y a prohibir “las suscripciones y colectas” que se estaban produciendo sin el consentimiento de la Iglesia.⁹⁶

El Estado franquista entendió que ser católico y ser español formaban parte de la misma idea y que, por tanto, no sólo no eran incompatibles sino indesligables. Las autoridades locales y provinciales, los afiliados a las organizaciones religiosas, los apoyos sociales del régimen y, en definitiva, un buen número de ciudadanos corrientes también lo entendieron así. Los proyectos de reespañolización y recatolización sintonizaron a la perfección con las creencias, miedos y anhelos de amplios sectores sociales que no concebían una nación diferente a la propugnada por el franquismo. Esta doble tarea tuvo como objetivo crear un mundo radicalmente opuesto a lo que significó la II República. La estigmatización de la etapa republicana se convirtió en un tercer pilar que aseguró que la interpretación que hacía el franquismo de la Guerra Civil y de España no sólo calase sino que fuera compartida en líneas generales por amplios sectores sociales.

2.2. En busca de la “justicia de Franco”: la represión del vencido como elemento de cohesión de los vencedores

Las dimensiones alcanzadas por la represión franquista hacen imposible concebir que ésta se llevara a cabo sin la colaboración de una parte de la población.⁹⁷ Como ya apuntamos en la introducción, la práctica de la violencia en este tipo de regímenes no fue incompatible con las políticas de consenso, sino que, por el contrario, constituyó una forma más para la ampliación de sus apoyos sociales, entre otras razones, porque la violencia se ejercía sobre aquellos elementos excluidos de la

⁹⁶ *Ideal*, 8-8-1936; BOAG, “Instrucción pastoral acerca del restablecimiento del culto divino y de la vida cristiana en las poblaciones que en las cuatro diócesis acaban de ser liberadas”, 1-5-1939.

⁹⁷ Por citar algunos ejemplos: MIR, Conxita. *Vivir es sobrevivir... Op. Cit.*; SEVILLANO CALERO, Francisco. “Consenso y violencia en el “Nuevo Estado” franquista: Historia de las actitudes cotidianas”, *Historia Social*, 46, 2003. pp. 159-171; PRADA, Julio. *La España masacrada... Op. Cit.*; COBO ROMERO, Francisco, DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “The Stability and Consolidation of the Francoist Regime. The Case of Eastern Andalusia, 1936-1950”, *Contemporary European History*, 20:1, 2011, pp. 37-59.

“comunidad nacional” y, por tanto, los apoyos sociales no tenían nada que temer. Pero es que, además, la eliminación y el castigo de los enemigos era un eje fundamental de los proyectos de nación que muchos ciudadanos compartían.⁹⁸ Esto explica por qué muchos ciudadanos corrientes impulsaron “desde abajo” la violencia sobre sus vecinos. El Estado no podría haber llevado a cabo tan intensa labor represiva sin la colaboración de individuos que detectaran, vigilaran, detuvieran, encarcelaran, castigaran y ejecutaran a los “enemigos de la nación”.⁹⁹ Pese a las presiones y el control ejercido por la policía, parece quedar demostrado que una parte de la población no solo aceptó que se castigara a los vencidos, sino que compartió los fines de la represión y la implementó en la medida de sus posibilidades.

El estudio de la implicación de la sociedad en la represión ejercida sobre sus adversarios nos presenta un importante problema de fuentes. Difícilmente encontraremos hoy quien afirme abiertamente que estuvo de acuerdo con el asesinato de los “rojos”, con su represión socioeconómica o su marginación y, menos aún, que reconozca su responsabilidad directa en el castigo de los vencidos. Los testimonios orales, como los manejados en este trabajo, tienden por lo general a fabricarse una biografía cómoda en la que cualquier acto o sentimiento pasado del que hoy se arrepienten o con el que no se sienten especialmente orgullosos permanezca bien oculto por otros recuerdos e interpretaciones.¹⁰⁰ A pesar de ello, ciertas justificaciones que a día de hoy ofrecen algunos de los entrevistados dejan entrever que años atrás hubo una aceptación de la violencia. Mariano, al ser preguntado por la represión franquista afirma: “los otros (los republicanos) sí que mataron”. Por su parte Paz dice respecto a la represión republicana que “en mi pueblo mataron a 18, 20 o más”, pero al ser preguntada por la represión franquista de manera algo dubitativa dice: “creo que fueron pocos. Yo me acuerdo de uno o de dos... a cuatro no llegaron”.¹⁰¹ El convencimiento de que “los otros mataron más” aparece implícita o explícitamente entre los testimonios de los vencedores de la guerra y, a la par que contribuye a acallar cualquier sentimiento de

⁹⁸ Por citar algunos ejemplos internacionales: AQUARONE, Alberto. “Violencia e consenso nel fascismo italiano”, *Storia Contemporanea*, 1, 1979, pp. 145-155; CORNER, Paul. “Whatever happened...”, pp. 349-350.

⁹⁹ VON KULKA, Otto. “Popular Opinion in Nazi Germany ...” *Op. Cit.*, pp. 81-106.-, GIL ANDRÉS, Carlos. “La zona gris en la España azul...”, *Op. Cit.*, pp. 115-141.

¹⁰⁰ Véase AGUILAR, Paloma. “Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del *pacto de silencio*” en ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.), *Guerra Civil.... Op. Cit.*, pp. 245-293; DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar y GAGO GONZÁLEZ, José María. “La construcción y utilización de las fuentes orales para el estudio de la represión franquista”, *Hispania Nova*, 6, 2006.

¹⁰¹ Entrevistas a Mariano, Granada, 11-8-2011 y Paz, Granada, 31-3-2011.

culpabilidad en lo sucedido, ofrece un relato basado en el peso del número de víctimas que les ayuda a justificar la represión franquista sobre los vencidos.

La imagen negativa de la II República, concebida como una época de caos, desórdenes, quemados de templos, persecuciones y arbitrariedades explica en parte que las justificaciones que los sublevados daban a sus prácticas represivas convergieran con las de sus apoyos sociales. Pero la experiencia de la Guerra Civil la que solidificó tales sentimientos. Muchos de los que combatieron empuñando las armas en defensa de la “Causa Nacional” forjaron sentimientos de camaradería en torno a la sangre derramada, impregnándose en una “cultura de guerra” de la que, a algunos, les fue imposible desprenderse cuando llegó la “paz”. La experiencia de guerra se convirtió en un elemento fundamental para que, a partir de abril de 1939, numerosos excombatientes entendieran, desearan y hasta exigieran el castigo de los integrantes de la anti-España a la que habían combatido con las armas.¹⁰² Pero, a nuestro juicio, la “cultura de guerra” no trastocó únicamente las identidades de quienes convivieron en las trincheras, sino también de los que permanecieron en la retaguardia. Especialmente claro es el caso de quienes, simpatizando con la causa de los insurgentes, permanecieron durante la guerra en zona republicana. Las persecuciones padecidas, los familiares perdidos, el ataque a sus creencias y la descomposición de “su mundo” no podían ser olvidados. Llegada la “victoria” fueron muchas las voces que demandaron represalias para los vencidos. Mientras, para aquellos que permanecieron desde el inicio de la guerra en la zona dominada por los sublevados y se alinearon con ellos las nuevas autoridades fueron una garantía de su seguridad. Frente a los bombardeos de la aviación republicana y la posibilidad de que los “rojos” reconquistaran su población, muchos decidieron colaborar con quienes aseguraban su protección y, llegada la posguerra, ayudar a castigar a los que habían hostigado a sus familiares en la zona “roja”.¹⁰³ En la sociedad de vencedores y vencidos que fue la España de los años cuarenta, excombatientes, excautivos y damnificados por la violencia republicana constituyeron los principales garantes a nivel local de que el castigo sobre los “enemigos de la nación” se hiciese efectivo.

¹⁰² Para la “cultura de guerra”: AUDOIN-ROUZEAU, Stephanie. *14-18: Understanding... Op. Cit.*; su aplicación al caso español en GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. “La cultura de guerra...”, *Op. Cit.*, pp. 69-87; el papel de los excombatientes en BARTOV, Omer. *Mirrors of destruction... Op. Cit.*, pp. 13-14.

¹⁰³ MIR, Conxita. *Vivir es sobrevivir... Op. Cit.*, pp. 252-253; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ANDERSON, Peter. “Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos. Represión y apoyos sociales en el franquismo (1936-1951)”, *Historia Social*, 71, 2011, pp. 125-142; la búsqueda de protección frente a la violencia en KALYVAS, Stahis. *La lógica de la violencia... Op. Cit.*, p. 183.

La Guerra Civil posibilitó el nacimiento de “comunidades de muerte” integradas por las víctimas del “terror rojo” y fuertemente unidas por los sentimientos de duelo como consecuencia de la pérdida de algún familiar.¹⁰⁴ El nuevo Estado favoreció su creación y alentó su permanencia con el mismo ahínco con el que acosó a las familias de los afectados por su represión. Con la llegada de la posguerra las “comunidades de muerte” asumieron un nuevo papel convirtiéndose en “comunidades de castigo”. Sus demandas giraron en torno a dos ejes: el culto a la sangre derramada por compañeros de armas, correligionarios, familiares y amigos fallecidos como consecuencia de la guerra y de la violencia republicana; y la solicitud de un severo castigo para los que, a su juicio, eran los causantes de su dolor. De nuevo es el marco local el que nos permite ampliar la mirada hacia los implicados en la violencia política practicada sobre los vencidos en tiempos de “paz”. En el mundo rural y en las pequeñas ciudades donde todo el mundo recordaba lo que había visto, lo que cada uno había hecho y, sobre todo, lo que cada uno había sido, las “comunidades de castigo” se mostraron enormemente eficaces. A la violencia estatal dirigida por las autoridades se le sumaron inquinas, odios y sentimientos de venganza cultivados durante la guerra que contribuyeron a la selección de víctimas y a la represión de los vencidos. Unas pasiones que nos hablan del espíritu de venganza por el que muchos se movieron, pero que no ocultan el hecho de que estas comunidades de muerte y castigo consideraban un auténtico acto de justicia las represalias de sus enemigos.¹⁰⁵

Los familiares de los “caídos” y “mártires” encontraron parte de su consuelo en la posibilidad de rendirle culto a sus seres queridos. Al contrario que las víctimas del bando republicano, los muertos por la “Causa Nacional” contaron con la cobertura del “nuevo” Estado para homenajear a sus malogrados familiares. Este proceso de culto a quienes habían dado su vida luchando contra la “anti-España” fue estimulado y dirigido “desde arriba”. Sin embargo, fueron las autoridades, instituciones y ciudadanos corrientes los que en cada pueblo y ciudad española se encargaron de ejecutar, codirigir e implementar el recuerdo a los “caídos”. A lo largo de la guerra, los entierros de los “camaradas” fallecidos en combate habían contado con un importante grado de

¹⁰⁴ Estos sentimientos de consuelo ante la muerte pueden verse en WINTER, Jay. *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Londres, Cambridge University Press, 1995, pp. 17 y ss.; las “comunidades de muerte” en GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y MARCO, Jorge. *La obra del miedo...* Op. Cit., pp. 72-76.

¹⁰⁵ MIR, Conxita. “El sino de los vencidos: la represión franquista en la Cataluña rural de posguerra”, en CASANOVA, Julián (coord.), *Morir, matar, sobrevivir...* Op. Cit., pp.; GIL ANDRÉS, Carlos. “La zona gris...” Op. Cit, pp. 123-193; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ANDERSON, Peter. “Construyendo la dictadura...”, Op. Cit., pp. 131 y ss.

movilización popular. Sirva como ejemplo la “impresionante manifestación de duelo” que vivió la ciudad de Granada el 31 de agosto de 1937 para dar el último adiós al Capitán Antonio Fernández Sánchez. Su ataúd, cubierto con la bandera de Falange, fue llevado en procesión por los soldados de su unidad hasta Plaza Nueva donde miles de ciudadanos “brazo en alto” le rindieron un emotivo homenaje. Subido a hombros por las empinadas cuestas de la Alhambra hasta el cementerio, el féretro del Capitán Fernández fue enterrado al grito de “¡Viva España!”. Unos entierros masivos que los granadinos también pudieron celebrar durante la posguerra como homenaje a algún caído de la División Azul o la muerte de algún ciudadano a manos de la guerrilla, como el inspector de Policía Julio Romero Funes y, sobre todo, el querido industrial granadino Indalecio Romero de la Cruz.¹⁰⁶

Mientras a los familiares de las víctimas republicanas se les impedía cualquier manifestación externa de duelo, los “vencedores” veían cómo su sufrimiento recibía el amparo del régimen. La corporación granadina no dudó en aprobar una partida extraordinaria de 19.012 pesetas para subvencionar la construcción de una nueva sección de nichos en el patio de Santiago del cementerio de la capital destinada a los “caídos por Dios y por la patria”.¹⁰⁷ El traslado de los restos mortales de las víctimas del “terror rojo” y de los que “habían dado su vida por España” a panteones nacionales o a sus localidades de origen constituyó otro escenario para observar la asimetría y división del duelo de los vencedores y los vencidos. El traslado de mayor resonancia fue el del cadáver de José Antonio Primo de Rivera desde Alicante al Escorial. El acto –rodeado de la parafernalia más netamente fascista– constituyó una demostración de violencia simbólica hacia quienes se consideraban los causantes de su muerte.¹⁰⁸ Pero el del líder falangista no fue el único acto de este tipo. En los pueblos y las ciudades se conocía perfectamente dónde se encontraban las víctimas de la violencia practicada por ambos bandos, pero tras 1939 sólo había espacio para los “caídos por Dios y por España”. De este modo, los vencedores impulsaron la exhumación de los cadáveres de sus familiares

¹⁰⁶ *Ideal*, 1-9-1937 y 2-9-1937: Los entierros en *Ideal*, 28-3-1944 y 23-2-1947.

¹⁰⁷ La negación del luto a los familiares de republicanos en NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta. “Las mecánicas...” Op. Cit., p. 200; la decisión del Ayuntamiento de Granada en AHMG, Caja 3049, 13-4-1938.

¹⁰⁸ Véase FRIGOLÉ, Joan. “Consideraciones en torno a la venganza de sangre y el genocidio” en VELASCO, Honorio (coord.). *La antropología como pasión y como práctica. Ensayos in honorem de Julián Pitt-Rivers*, Madrid, CSIC, 2004, pp. 283-297; BOX, Zira. “Pasión y muerte de José Antonio Primo de Rivera”, *Historia del Presente*, 6, 2005, pp. 191-206; SĂNDULESCU, Valentin, “La puesta en escena del martirio: la vida política de dos cadáveres: El entierro de los líderes rumanos legionarios Ion Moța y Vasile Marin en febrero de 1937” en CASQUETE, Jesús y CRUZ, Rafael. (eds.). *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Madrid, Catarata, 2009, pp. 247-264.

o amigos muertos y su traslado a espacios donde pudieran rendirles tributo. El 23 de septiembre de 1941, la localidad granadina de Huéscar celebró el traslado de 110 “mártires” a la iglesia de Santa María la Mayor. Los actos, que comenzaron con una misa oficiada por el Obispo auxiliar de la diócesis Manuel Hurtado, tuvieron su momento álgido en el responso que –ante las autoridades, los familiares de los “caídos” y “el pueblo en masa” daba el último adiós a los fallecidos cuyos cuerpos “reposarán eternamente” en la cripta situada bajo el altar del templo.¹⁰⁹

Las cruces y monumentos de los “caídos” constituyeron el mayor exponente de la represión simbólica que hubieron de sufrir los vencidos. La ubicación de la cruz en un lugar preferente de los pueblos y ciudades españolas hacía imposible ignorar su presencia. Las lápidas, los rótulos, las inscripciones en las paredes de las iglesias y los monumentos conmemorativos ritualizaron y homogeneizaron el marco urbano, creando espacios de comunión política en los que los vencidos no tenían cabida. El Estado controló la erección de construcciones en honor de los “caídos” para evitar desviaciones indeseadas y garantizar que cumplieran su misión.¹¹⁰ El proyecto de “Cruz de los Caídos” propuesto por el Ayuntamiento de Granada tuvo que suprimir la reja “de trazado típicamente popular” y los “farolillos artísticos” al considerarse desde la Comisión de Estilo en las Conmemoraciones de la Patria que desentonaba con el espíritu de austeridad que debía prevalecer en las construcciones.¹¹¹ Pero que fuera el Estado quien controlase los proyectos no quiere decir que estuvieran dirigidos exclusivamente por el poder. Por el contrario fueron los excombatientes, los excautivos y las víctimas del “terror rojo” quienes desde ayuntamientos, instituciones culturales, empresas y comunidades de vecinos promovieron la erección de los monumentos y abrieron suscripciones para subvencionarlos.¹¹² Al norte de la provincia de Granada, en la Puebla de don Fadrique, se abrió una colecta entre los vecinos para erigir un monumento en honor de las “víctimas del marxismo”. En Pedroche (Córdoba) fue una

¹⁰⁹ El acto de Huéscar en *Patria*, 25-9-1941; otros casos en ANDERSON, Peter. “In the name of the martyrs. Memory and retribution in Francoist Southern Spain, 1936-1945”, *Cultural and social History*, 8:3, 2011, pp. 355-370.

¹¹⁰ LEDESMA, José Luis y RODRIGO, Javier. “Caídos por España. Mártires de la libertad...”, Op. Cit., p. 249; LLORENTE HERNÁNDEZ, Ángel. *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*. Madrid, La balsa de la medusa, 1995, pp. 275-302; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Sangre y cruces: monumentos conmemorativos de la Guerra Civil Española (1936-1945)”, *Actas del VII Encuentro de Investigadores del franquismo*, Santiago de Compostela, USC, 2010.

¹¹¹ El proyecto de Granada en AHMG, Caja 3050, 10-6-1938; también en la provincia fueron rechazados otros proyectos como el de Loja: AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/118, 1-12-1942.

¹¹² PAYÁ, Pedro. “Violencia, legitimidad y poder local. La construcción simbólica de la dictadura franquista en una comarca alicantina. El Vinalopó Medio, 1939-1948”, *Pasado y Memoria*, 1, 2002, pp. 197-222; LEDESMA, José Luis y RODRIGO, Javier. “Caídos por España...”, Op. Cit., p. 243.

mujer que había perdido a su marido y tres hijos durante la guerra quien solicitó permiso para erigir un monumento en honor de sus familiares en la plaza del pueblo. Otra mujer que se calificaba a sí misma como “una española muy española” no tuvo reparo en dirigirse al Ministro del Interior, Ramón Serrano Súñer, para sugerirle que fuera la cruz la que recordara el sacrificio de los “caídos” en todas las poblaciones de España.¹¹³ Cuando los monumentos estuvieron terminados los vencidos se vieron obligados a convivir con ellos cotidianamente, a participar en los actos que se celebraron a su alrededor y a presenciar impasibles su eliminación simbólica.

Las actitudes de los vencedores respecto a los vencidos fueron variadas y muchas veces arbitrarias. En el seno de las comunidades locales unos individuos trataron de salvar, proteger y minimizar el castigo de los “rojos”, pero otros, aun teniendo la influencia o la oportunidad de evitarlo, mostraron su conformidad con que fueran represaliados e hicieron lo posible para que recibieran “su merecido”.¹¹⁴ Muchos vecinos se empeñaron en que la posguerra fuera más asfixiante para quienes habían perdido la guerra. Tras los rapados de cabeza de las mujeres republicanas, los despidos laborales, los chantajes o las incautaciones de bienes solía estar un vecino, un ciudadano corriente que pensaba que el sufrimiento de los vencidos estaba justificado. La mayoría de las veces los mayores enemigos de los derrotados en la guerra no eran las autoridades, sino sus propios vecinos. El 1 de enero de 1941, José Barroco Pérez recibió la visita de dos individuos que haciéndose pasar por agentes de Policía, le ofrecieron “el arreglo de una denuncia” que había en su contra. José acabó dándoles 14.000 pesetas, una arroba de aceite y 14 kilos de patatas, sin lograr sus propósitos. Las palabras de Alfonso resumen a la perfección lo vivido por los derrotados: “en Monachil (Granada), que estábamos cuatro, nosotros éramos rojos y habíamos venido de Madrid de rojos... eso era un sello que te ponían y ya no te quitaban”.¹¹⁵

Muchos ciudadanos corrientes contribuyeron a que el vencido sintiera que vivía en una España que no le pertenecía. Una importante parte de la sociedad española perteneciente a los vencedores de la guerra consideró que su intervención directa en el castigo de los vencidos podía reportarle algún tipo de beneficio o brindaba la posibilidad de deshacerse de algún “enemigo de España”. No podemos olvidar que la

¹¹³ Los ejemplos citados pertenecen respectivamente a: AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/5371, 29-9-1939; ANDERSON, Peter. “In the name of the martyrs...”, Op. Cit., pp. 354-365; Y AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2382, 19-6-1938.

¹¹⁴ GIL ANDRÉS, Carlos. “La zona gris...”, Op. Cit., pp. 115-141; y PRADA, Julio. *La España masacrada...* Op. Cit., p. 358-359.

¹¹⁵ ARCG, Libro 1100, “Sentencia 148”, 28-10-1941; Entrevista a Alfonso, Granada, 17-3-2011.

represión fue el más directo de los nexos que unió a vencedores y vencidos. Cuando un individuo caía desplomado delante de un paredón, otro había apretado el gatillo; cuando una mujer era vejada en la cárcel, una funcionaria era la responsable; cuando otro era detenido a media noche en su casa, el culpable podía ser un vecino que había acudido a denunciarle ante las autoridades. El sino de los vencidos dependió muchas veces de la voluntad de los vencedores. En diferentes niveles y en diversos grados, una parte de la ciudadanía participó en la represión de los vencidos. A lo largo de la posguerra el Estado creó espacios para la colaboración ciudadana, pero éstos también fueron generados por iniciativas nacidas “desde abajo”. De todos estos espacios creados para la colaboración ciudadana en las tareas represivas hay uno al que debemos prestar una especial atención: la delación.

Las dictaduras que llegaron al poder en el periodo de entreguerras pusieron en marcha amplios sistemas de vigilancia y espionaje de la población con el objeto de reducir la oposición a la mínima expresión y mantener bajo control a potenciales enemigos del régimen. En Italia la OVRA (Opera Vigilanza e Represione dell’Antifascismo) y la POLPOL (Divisione Polizia Politica) extendieron una trama de delegaciones provinciales y servicios locales por todo el territorio para garantizar la detección de los enemigos del fascismo. En Alemania fue la Gestapo –aunque no exclusivamente– la encargada de vigilar a la sociedad alemana desde su creación en 1933. La España de Franco también contó con instituciones de este tipo. Terminada la guerra, el franquismo sabía que había acabado con la vida de muchos enemigos, pero también sabía que todavía andaban sueltos “peligrosos marxistas”. Por ello, las autoridades activaron una importante red de vigilancia apoyados en organismos como la Delegación Nacional de Información e Investigación, la Dirección Nacional de Seguridad o el Cuerpo de Investigación y Vigilancia. La implantación de FET de las JONS en el territorio español fue fundamental para la extensión de una densa red de espionaje y vigilancia por todas las ciudades y pueblos y le permitió al régimen penetrar en la esfera privada y controlar los comportamientos del conjunto de la población.¹¹⁶ En consecuencia, parece evidente que, al igual que sus semejantes europeos, el régimen de

¹¹⁶ Para Italia DUNNAGE, John. “Surveillance and Denunciation in Fascist Siena, 1927-1943”, *European History Quarterly*, 38:2, 2008, pp. 244-25; para Alemania GELLATELY, Robert. “The Gestapo and German Society: Political Denunciation in the Gestapo Case Files”, *The Journal of Modern History*, 60 (4), 1988, pp. 634-694; para España CENARRO, Ángela. “Violence, Surveillance and Denunciation: Social Cleavage in the Spanish Civil War and Francoism, 1936-1950”, en ROODENBURG, Herman. (ed.), *Social control in Europe*, Ohio, Ohio State University, 2004, pp. 281-300; PAREJO, José Antonio. “Fascismo rural, control social y colaboración ciudadana. Datos y propuestas para el caso español”, *Historia Social*, 71, 2011, pp. 143-159.

Franco organizó un importante aparato de control de la población y puso a disposición de ésta espacios desde los que colaborar en la represión de sus compatriotas. Los ciudadanos percibieron que el Estado estaba presente en las calles, en los bares, en los cines, en los teatros, en las reuniones y en otros muchos ámbitos de la vida privada, provocando que el miedo coaccionara sus conductas y neutralizara casi cualquier expresión de disidencia.

La propagación del miedo al conjunto de la ciudadanía es lo que ha llevado a algunos investigadores a criticar las tesis de Robert Gellately sobre la implicación de los alemanes corrientes en la represión de sus vecinos. Por ejemplo, para Michael Ebner o John Dunnage, los innovadores trabajos de este autor exageran la incidencia que las denuncias realizadas por los ciudadanos de a pie en las oficinas de la Gestapo tuvieron para el castigo de los enemigos del Reich.¹¹⁷ Igual de críticos se han mostrado con los planteamientos de Mauro Canali o Mimmo Franzinelli quienes, a su juicio, minimizan la importancia del miedo y el control que el aparato policial del régimen de Mussolini ejerció sobre la población italiana.¹¹⁸ Por el contrario, estos autores sostienen que la fuerte presencia policial bajo estos regímenes imposibilitó el carácter voluntario de las denuncias ciudadanas. Además añaden que los motores de la delación eran la mayor parte de las veces fascistas o nazis y no individuos pertenecientes al grueso de la población.¹¹⁹

Sin embargo, a nuestro juicio, los sugerentes planteamientos realizados por los críticos de Gellately no se ajustan a lo sucedido en la España franquista. Es cierto que el régimen se sirvió de una ingente estructura policial para investigar y controlar a los considerados desafectos, indiferentes e, incluso, a algunos de los calificados como adictos. También lo es que el aparato policial del régimen investigó a gran cantidad de individuos por su propia iniciativa. Y, finalmente, es verdad que el miedo a ser represaliado llevó a muchos españoles a denunciar a sus vecinos ante las autoridades como si la delación constituyera algo así como una “prueba de patriotismo”. Pero, en

¹¹⁷ Además de en el trabajo ya citado, las propuestas de Gellately pueden encontrarse en: GELLATELY, Robert. *La Gestapo y la sociedad alemana. La política racial nazi (1933-1945)*, Barcelona, Paidós, 2004 [1990]; y *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*. Barcelona, Crítica, 2002.

¹¹⁸ FRANZINELLI, Mimmo. *Delatori. Spie e confidenti anonimo. L'arma segreta del regime fascista*. Milán, Mondadori, 2001; y CANALI, Mauro. *Le spie del regime*. Bolonia, Il Mulino, 2004.

¹¹⁹ EBNER, Michael. “The political police and denunciation during fascism: a review of recent historical literature”, *Journal of Modern Italian Studies*, 11 (2), 2006, pp. 209-226; DUNNAGE, John. “Surveillance and Denunciation...”, Op. Cit., pp. 259-260; y del mismo autor “Social Control in Fascist Italy: The Role of the Police”, en ROODENBURG, Herman (ed.). *Social Control in Europe... Op. Cit.*, pp. 261-280.

primer lugar, que la dictadura pusiera en marcha un enorme sistema de vigilancia y control social no implica que estas tareas fueran únicamente dirigidas desde el poder, porque, de haber sido así, no hubiera alcanzado tal magnitud. Peter Anderson ha demostrado en su estudio sobre el área cordobesa de Los Pedroches que el 70% de los casos de la comarca se abrieron por la delación de la población civil.¹²⁰ Esto fue posible, entre otras razones, porque las autoridades franquistas –al igual que sucedió con las alemanas y las italianas– aceptaron asiduamente denuncias anónimas, rumores o soplos como base para abrir una investigación. En la localidad almeriense de Macael, Batolomé Carrillo denunció a su vecino Ángel Valdés porque “es de presumir que tomase parte del asalto de la iglesia”, lo cual quedó ratificado por Andrés Franco, quien “había oído decir que este fue uno” de los que participaron en los actos. La buena disposición de las autoridades a recibir las denuncias provocó que los ciudadanos acudieran a los cuarteles y comisarías conscientes de que sus denuncias podían prosperar.¹²¹

En segundo lugar, en el caso español hemos de tener en cuenta el papel jugado por la experiencia en la Guerra Civil. Las recompensas otorgadas por el nuevo Estado a quienes les habían apoyado, llevaron a muchos vencedores de la guerra a las instituciones, brindándoles la oportunidad de seguir castigando a sus enemigos.¹²² Al fin y al cabo, la mayoría de los franquistas –al igual que los nazis o los fascistas– no ocupaban los altos cargos del Estado, sino que integraban las comisiones gestoras, los diferentes organismos y las delegaciones locales desde las que se construía el régimen en las provincias. Y, en tercer lugar, la fiscalización y el control ejercido por el régimen en ámbitos pertenecientes a la vida privada no excluye el hecho de que muchas denuncias se realizasen sin coacción alguna. Delatar a los enemigos se convirtió en la vía más sencilla y en el primer compromiso con el régimen para muchos ciudadanos que consideraban que entre sus vecinos había algunos que debían ser castigados. Por supuesto, la presencia del miedo ayuda a explicar la actuación de quienes conocían el

¹²⁰ ANDERSON, Peter. *The Francoist Military Trials... Op. Cit.*

¹²¹ GELLATELY, Robert. *La Gestapo y la sociedad... Op. Cit.*, pp. 108-110 y 193; KALYVAS, Stahis. *La lógica de la violencia... Op. Cit.*, pp. 272-275; el caso franquista en MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, María Victoria y RODRÍGUEZ GALLARDO, Ángel. “Nuestros ciudadanos corrientes. La delación como forma de selección represiva en el primer franquismo”, *V Encuentro de Investigadores sobre el franquismo*, Cuenca, Universidad de Castilla La-Mancha, 2005, pp. 940-952; El ejemplo en RAMOS SÁNCHEZ, Ramón y RODRÍGUEZ PADILLA, Eusebio. *República, Guerra Civil y represión... Op. Cit.*, pp. 206-208.

¹²² DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ANDERSON, Peter. “Construyendo la dictadura...”, *Op. Cit.*, pp. 125-142.

comportamiento “inapropiado” de un vecino o de los que temieron represalias por su pasado político y decidieron acudir a las autoridades a presentar una denuncia. Pero, en la mayoría de los casos, los que a consideraban que denunciaban en realidad delataban, puesto que buscaban sacar un beneficio del castigo del acusado.¹²³ Un buen número de individuos aprovecharon el clima de la guerra y de la posguerra para dirimir conflictos pendientes y solucionar rencillas personales o litigios de todo tipo que tenían su origen en los años anteriores a la Guerra Civil. Por ejemplo, el padre de Dolores tuvo que huir de Granada durante la guerra al ser denunciado por un “camisa vieja”. La delación respondía únicamente a motivos sentimentales, dado que su padre “nunca perteneció a nada”. Aun siendo un individuo muy señalado, el profesor de idiomas de la Universidad de Granada, Alfonso Gámir Sandoval, no dudó en comunicar en 1938 a las autoridades que su compañero Pablo de Azcárate “ha estado hace pocos días en Londres y es embajador rojo allí”.¹²⁴

Pero, lo dicho no excluye que muchas personas actuaran movidas por motivos ideológicos. Gran cantidad de delaciones fueron realizadas por víctimas o familiares de víctimas del “terror rojo”. Quienes habían sido perseguidos durante la guerra en zona republicana, los que habían sufrido daños en sus propiedades o perdido a sus familiares en el frente o en la retaguardia a manos de la violencia de sus enemigos fueron una pieza esencial del proceso represor franquista.¹²⁵ Los damnificados por la violencia republicana construyeron un discurso de victimización que les permitió legitimar la violencia hacia sus enemigos, al que identificaban en gran medida con la imagen estereotipada ofrecida por la “literatura de la Cruzada”.¹²⁶ En este contexto, un mero

¹²³ El Diccionario de la Real Academia Española define denunciar como “dar a la autoridad judicial o administrativa parte o noticia de una actuación ilícita o de un suceso irregular”, mientras que delatar sería “revelar a la autoridad un delito, designando al autor para que sea castigado, y sin ser parte obligada del juicio el denunciador, sino por su voluntad”.

¹²⁴ Véase CENARRO, Ángela. “Matar, vigilar, delatar...”, *Op. Cit.*, pp. 65-86; FITZPATRICK, Sheila y GELLATELY, Robert. “Introduction to the practices of denunciation in Modern European History”, *The Journal of Modern History*, 68, 1996, pp. 747-767 ; MIR CURCÓ, Conxita. *Vivir es sobrevivir... Op. Cit.*, p. 198; el primer ejemplo en Entrevista a Dolores, Granada, 25-11-2008; el segundo en AHUG, Legajo 1162, Habilitaciones.

¹²⁵ MIR, Conxita. *Vivir es sobrevivir... Op. Cit.*, pp. 270-271; ANDERSON, Peter. “In the interests of justice? Grass-roots prosecution and collaboration in Francoist military trials, 1939-1945”, *Contemporary European History*, 18 (1), 2009, pp. 25-44; el 53% de los procesos analizados para el caso de Gupúzcoa por Pedro Barruso fueron iniciados por la denuncia de un vecino y el 20% por familiares de víctimas de la violencia republicana: BARRUSO, Pedro. “De los tribunales populares a las comisiones depuradoras. Violencia y represión en Guipúzcoa durante la Guerra Civil y el primer franquismo (1936-1945)”, *Pasado y Memoria*, 4, 2005, p. 54.

¹²⁶ ANDERSON, Peter. *The Francoist Military Trials... Op. Cit.* CAZORLA, Antonio. “Los franquistas como víctimas de la Guerra Civil. Claves de un proyecto de memoria histórica”, en GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.). *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 36-60.

rumor sobre la violencia republicana resultaba suficiente para que muchos familiares de “mártires” delatasen ante las autoridades a los que consideraban culpables de sus muertes. Una vecina de la localidad cordobesa de Dos Torres señaló a los culpables del asesinato de su tío basándose en que era de “rumor conocido entre el pueblo” que eran ellos quienes los habían matado.¹²⁷

Cuando los perjudicados por la violencia republicana denunciaban a sus vecinos lo hacían confiados de que éstos recibirían un castigo. Para ellos la delación era ante todo un auténtico acto de justicia cuya legitimidad residía en el sufrimiento padecido. Ensuciarse las manos de sangre, aunque fuera de manera indirecta, acudiendo al cuartelillo de la Guardia Civil a denunciar, se convertía en una forma de cohesión social entre los vencedores al entender que su participación en la guerra les confería el derecho de castigar a sus enemigos. El franquismo, una vez más, satisfizo sus deseos y, a la vez que cubría las necesidades simbólicas de los familiares de los mártires y caídos mediante la erección de monumentos y la celebración de actos en su honor, impartía la “justicia” que sus apoyos sociales le demandaban.¹²⁸ En consecuencia, cuando los ciudadanos veían que el Estado no actuaba respecto a los “enemigos de la patria” como era de esperar, eran ellos mismos los que reclamaban mayor dureza. En noviembre de 1940, las autoridades de la localidad granadina de Maracena constataron un gran descontento entre el pueblo por la liberación de Francisco Pérez García. Eran los propios vecinos los que pedían a las autoridades la vuelta a prisión de un individuo al que consideraban peligroso.¹²⁹

A lo largo de la posguerra la sociedad española y especialmente las comunidades locales se convirtieron en espacios autovigilados en los que la calle, los cines, los teatros, los bares y otros muchos ámbitos de carácter público no fueron lugares aconsejables para expresar determinadas ideas o comentarios. Hablar mal del Jefe de Estado, expresar un comentario derrotista o quejarse de la marcha de la economía eran acciones que conllevaban un alto nivel de riesgo para quienes las realizaban.¹³⁰ Dos

¹²⁷ ANDERSON, Peter. “Singling Out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression Spain, 1939-1945”, *European History Quarterly*, 39:1, 2009, pp. 7-26.

¹²⁸ MIR, Conxita. “Violencia y coacción...”, Op. Cit., pp. 117-118.

¹²⁹ AGA, Presidencia, Delegación Nacional de Justicia y Derecho, Caja 52/2974, “Malestar por la liberación de ‘El Matías’”, 13-11-1940; véase GÓMEZ RODA, J. Alberto. “Percepciones de las instituciones y actitudes políticas de la sociedad en la posguerra”, *Pasado y Memoria*, 1, 2002, pp. 59-80.

¹³⁰ Ejemplos locales en FANDIÑO, Roberto G. “El transmisor cotidiano. Miedos, esperanzas, frustraciones y confusión en los rumores de una pequeña ciudad de provincias durante el primer franquismo”, *Historia y Comunicación Social*, 8, 2003, pp. 77-102; RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. “Cuando lleguen los amigos de Negrín... Resistencias cotidianas y opinión popular frente a la II Guerra

ejemplos de la provincia de Granada son buena prueba de lo dicho. El primero se refiere a lo sucedido a la anciana Carmen García Puga de Iznalloz, cuyo marido había muerto en prisión y a quien su condición de vencida le había costado la pensión de viudedad. Una noche de junio de 1940, animada por el alcohol y angustiada por su situación, afirmó en uno de los bares del pueblo que “¡Si Franco nos da algo, es bastante por culo!”. Un par de vecinos que presenciaban la escena no dudaron en denunciarla provocando su arresto y su posterior condena a más de dos años de prisión. El segundo caso se refiere a la también población granadina de Albuñol. En el año 1948 José Salas, procurador en Cortes por la zona, no dudó en elevar al gobierno central las quejas de “los elementos de orden y del vecindario en general” por la actuación del “exjuez militar rojo” Rafael Fernández y el farmacéutico Francisco Rivas. Los comentarios de ambos individuos respecto a las autoridades locales y provinciales y sus críticas hacia las elecciones municipales franquistas llevaron al procurador a rogar “en nombre del vecindario” que se procediera a la expulsión del partido judicial de Albuñol de estos “elementos peligrosos e indeseables”.¹³¹ La represión de los vencidos no sólo fue bien vista por buena parte de los vencedores, sino que muchos colaboraron en su desarrollo al considerarla una pieza esencial para la construcción de España. Con su indiferencia o con su participación directa en la misma, contribuyeron al asentamiento de la “Cultura de la Victoria”.

2. 3. Botín de guerra: condiciones de vida y beneficios socioeconómicos de los vencedores

Quienes habían ofrecido su sangre en las trincheras por la “salvación de la Patria”, los que habían sufrido en sus carnes o en las de sus familiares “la persecución marxista” y, en general, todos aquellos que de algún modo habían ayudado al triunfo de la causa de Franco esperaban que, terminada la guerra, se les recompensara por el esfuerzo realizado. Ello no significa que todos los que coadyuvaron a la caída del Gobierno republicano lo hicieran impulsados por un móvil económico, sino que consideraron que su sacrificio, sufrimiento o colaboración merecía cualquier beneficio

Mundial, Almería, 1939-1947”, *Historia y Política*, 18, 2007, pp. 295-323; LEÓN ÁLVAREZ, Aarón. *Consenso y resistencia en Canarias... Op. Cit.*, pp. 237-245.

¹³¹ Los ejemplos en GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y MARCO, Jorge: *La obra del miedo... Op. Cit.*, pp. 27-29; y FNFF, Documento 15-195, 2-10-1948.

socioeconómico que se derivara de la victoria. Por ello, a lo largo de la posguerra, no cesarán de demandarle al Estado la satisfacción de sus anhelos socioeconómicos de la misma manera que lo estaba haciendo en otras esferas. El franquismo no les falló. Los excombatientes, mutilados y viudas de guerra fueron premiados con medallas y honores, puestos en la administración del Estado, viviendas y privilegios económicos.

Al finalizar la contienda, una parte de los que habían combatido bajo el mando de los militares rebeldes, aterrados por lo que habían hecho y visto en el frente, decidieron volver a sus casas y tratar de olvidar su experiencia en las trincheras.¹³² Otros, sin embargo, se impregnaron de la experiencia de guerra en alguna de sus dimensiones y recordaron para siempre su paso por las trincheras y los sentimientos de camaradería trenzados con sus compañeros de armas. Sea como fuere, cuando estos excombatientes se reintegraron a la sociedad civil lo hicieron con la seguridad de que recibirían una recompensa por su sacrificio. De la misma manera, quienes habían permanecido en la retaguardia habían absorbido la experiencia bélica. Terminada la guerra, eran muchos los que esperaban que el Estado les retribuyera la colaboración prestada durante la lucha armada o les “indemnizara” por haber sido víctimas de la violencia republicana.¹³³

La primera recompensa con la que los excombatientes, mutilados de guerra y excautivos vieron satisfechas sus aspiraciones fue el acceso a *cargos políticos* en la administración del Estado. En 1938, antes de que la guerra llegase a su fin, el artículo XVI del Fuero del Trabajo garantizó el acceso de la “juventud combatiente a los puestos de trabajo, honor y mando” que habían “conquistado como héroes”. Y es que, como advertía años más tarde un artículo del diario falangista *Patria*, “a los excombatientes no se les satisface con palabras, ni se les ensalza con piropos”. Al contrario, todo español debía reconocer “su derecho a regentar la España que fraguaron con letras de sacrificio y sangre”.¹³⁴ Junto al Fuero del Trabajo, se dispusieron toda una serie de medidas destinadas a asegurar que fueran los excombatientes y los familiares de los “caídos” y “mártires”, los rectores de la España de la Victoria. La organización del

¹³² No existen apenas estudios sobre cómo marcó la experiencia bélica española a quienes participaron en ella y menos aún sobre las consecuencias psicológicas que se derivaron de la misma. Sin embargo, sí es abundante la literatura sobre otros conflictos armados. Dos ejemplos de ello son: BOURKE, Joanna. “Remembering war...” Op. Cit., pp. 473-485; LEED, Eric J. “Fateful memories: Industrialized War and Traumatic Neuroses”, *Journal of Contemporary History*, 35:1, 2000, pp. 85-100; una excepción sobre el caso español en RUÍZ-VARGAS, José María. “Trauma y memoria de la Guerra Civil y la dictadura franquista”, *Hispania Nova*, 6, pp. 299-336.

¹³³ DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ANDERSON, Peter. “Construyendo la dictadura...”, Op. Cit.

¹³⁴ BOE, 53, “Decreto aprobando el Fuero del Trabajo”, 10-3-1938; *Patria*, 24-1-1942.

Servicio de incorporación de combatientes al trabajo premió a aquellos que “combatieron con las armas en la mano” y a los que “con sus sufrimientos en el cautiverio, crearon en la zona enemiga un clima propicio al triunfo de las armas nacionales”.¹³⁵ Un decreto del 25 de agosto de 1939 obligaba a las empresas privadas a que el 80% de sus vacantes fueran cubiertas con excombatientes. Otras muchas disposiciones recompensaron a los mutilados de guerra colocándoles como alguaciles en juzgados de primera estancia o serenos en el Instituto Geográfico y Catastral.¹³⁶ Mediante esta catarata legislativa el régimen trataba no sólo de cubrir con personal adepto los cargos políticos, sino de recompensar a sus apoyos sociales con puestos en la administración estatal y un trabajo remunerado.

Mientras, en el marco local, las instituciones del régimen pusieron los mimbres para la incorporación de los “héroes” al Estado. Los ayuntamientos franquistas dirigieron sus esfuerzos a la elaboración de censos de antiguos combatientes. El alcalde de Granada, Antonio Gallego Burín, y el delegado provincial de Excombatientes, Pedro Jiménez Castro, fueron los encargados de animar a los excombatientes locales a presentar la documentación necesaria en las oficinas municipales para empezar a beneficiarse de su sacrificio en la “Cruzada”. A mediados de 1940, la Falange provincial se congratulaba de la marcha del servicio puesto que eran “cada vez más numerosas las instancias” de hombres que solicitaban vacantes, certificados de servicios, recompensas, etc.”.¹³⁷ No obstante, era el propio partido el que reconocía que la colocación de los excombatientes era más lenta de lo deseado. En julio de 1940, el jefe provincial de Granada, Miguel Hernáinz, se quejaba de la falta de atención hacia éstos por parte de las jerarquías del Estado. En abril del año siguiente denunciaba de nuevo que tanto las autoridades como las empresas privadas no hacían nada por solventar el paro de los excombatientes. En realidad lo que se constataba era el fracaso de Falange a la hora de agrupar a este enorme contingente de hombres bajo la

¹³⁵ AGA, Presidencia, Delegación Nacional de Excombatientes, Caja 52/2289; BOE, 116, “Decreto reorganizando el servicio de reincorporación de los combatientes”, 24-10-1938.

¹³⁶ BOE, 259, “Decreto sobre colocación de ex combatientes en empresas privadas”, 15-9-1939. Dos ejemplos de colocación en: BOE, 289, “Orden por la que se nombra Alguacil del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de Grazalema al Caballero Mutilado don Francisco Menacho Naranjo”, 8-10-1942; BOE, 133, “Orden por la que se nombra Sereno del Instituto Geográfico Catastral al Caballero Mutilado don Patricio Navarro Rodríguez”, 8-5-1942.

¹³⁷ AHMG, Caja 3804, “Confección del censo de excombatientes”, 15-12-1939; AGA, DNP, Caja 51/20531, “Parte mensual de actividades provinciales” octubre de 1940.

Delegación Nacional, pues a muchos les bastaba con la obtención de un puesto de trabajo bien remunerado.¹³⁸

No obstante, Las delegaciones nacionales de excombatientes y excautivos constituyeron útiles cauces para encuadrar y garantizar la colaboración de muchos desmovilizados tras la Guerra Civil. Pronto las autoridades estatales pudieron comprobar cómo el objetivo de copar alcaldías, diputaciones, gobiernos civiles y otras instituciones con quienes se habían sacrificado por “la salvación de España” se hacía realidad. Por ejemplo, la nueva gestora provincial de Granada a finales de 1940 estuvo formada por “algunos delegados de servicio” y el resto “por excelentes falangistas y, desde luego, todos ellos excombatientes”. Las autoridades locales les colocaron en la administración, les encontraron trabajo, escucharon sus demandas e intercedieron por ellos cuando no se sintieron satisfechos. Ejemplo de ello es la carta enviada por Servando Fernández-Victorio, jefe provincial de FET de las JONS y Gobernador Civil de Granada, al delegado nacional de Provincias. En ella le demandaba que el teniente mutilado Juan Pérez Fernández fuera nombrado Oficial del Cuerpo de Prisiones, aunque para ello hubiera que “violentar un poco el rigorismo reglamentario”.¹³⁹

Pero quienes habían ofrecido su sangre por el régimen recibieron otro tipo de recompensas. El Estado concedió *pensiones* y *subsidios* a los familiares de los “caídos” y “mártires” para premiar su sacrificio durante la “Cruzada”. Ya durante la contienda había sido creado un subsidio para las familias de los combatientes voluntarios, destinándose el 10% de la venta de determinados productos –tabaco, billetes de espectáculos, consumiciones en cafés o perfumes– a su financiación.¹⁴⁰ Pero fue al finalizar la lucha armada cuando el régimen recompensó económicamente a quienes lo habían apoyado. La Ley del 13 de diciembre de 1940 otorgó una pensión extraordinaria a los padres de aquéllos que habían muerto luchando por la “Causa Nacional”, en cautiverio o como consecuencia de su negativa a servir bajo las órdenes del Ejército

¹³⁸ AGA, DNP, Caja 51/20531, “Parte mensual de actividades provinciales”, julio de 1940 y Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales” abril de 1941; véase también ALCALDE FERNÁNDEZ, Ángel. “Excombatientes en los poderes locales del primer franquismo (Zaragoza, 1939-1945). Experiencia de guerra e interpretación del apoyo social a la dictadura”, *Actas del X Congreso de la AHC*, Santander, 2011, cd-rom.

¹³⁹ La composición de la gestora en: AGA, DNP, Caja 51/20531, octubre de 1940; la carta de Fernández-Victorio en AGA, DNP, Caja 51/20755, 9-11-1949; véase también MARÍN, Martí. “(Re)construint l’Estat: L’administració local i provincial del franquisme i del feixisme Italià en una perspectiva comparada” en DI FEBO, Giuliana y MOLINERO, Carme (eds.). *Nou estat, nova política, nou ordre social: Feixisme i franquisme en una perspectiva comparada*. Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer, 2005, pp. 37-41.

¹⁴⁰ BOE, 83, “Decreto número 174”, 11-1-37; SEVILLANO CALERO, Francisco. *Exterminio... Op. Cit.*, capítulo IX.

republicano. Otro ejemplo fue una nueva disposición en febrero de 1942 por la que los padres de los sacerdotes “víctimas de la barbarie roja” recibieron un subsidio vital alimenticio. La promulgación de leyes como éstas fue vista por quienes sacaron partido de ellas como una demostración de que el Estado no les abandonaba y alentó a los potenciales beneficiarios a solicitar que se les concediera lo que les correspondiera.¹⁴¹

El mismo objetivo cumplieron las asignaciones de *viviendas* a excombatientes, familiares de las víctimas del “terror rojo” y apoyos sociales en general. El Ayuntamiento de Granada no dudó en ceder unos terrenos de su propiedad en las Eras de Cristo para la edificación de 45 casas destinadas a los Caballeros Mutilados como remuneración por su esfuerzo en la guerra. En 1941, se empezaron a construir en el Camino de Ronda otras 60 viviendas de este tipo. La llegada de Franco a la capital granadina a los pocos días de finalizar la Guerra Civil fue un buen ejemplo de ello. El 20 de abril el “victorioso Caudillo” entró en la ciudad acompañado de Queipo de Llano. La entrega de un conjunto de casas situadas en la Carretera de la Sierra era un alto obligado en el recorrido. A las 5 y media de la tarde la comitiva hizo acto de presencia en la “popular barriada” ante los vítores de los vecinos. El General de los Ejércitos del Sur se dirigió a las familias presentes: “¡Qué!, ¿os gustan las casas?, ¡Pues salud para disfrutarlas!”. Algunas de las mujeres afortunadas le contestaron entre lágrimas: “¡Salud para (que) nos dé usted muchas!”. Entretanto, Franco se adentró en las enarenadas calles sin dejar de elogiar “la gracia arquitectónica” de las nuevas viviendas. El “Caudillo”, consciente de la importancia de acercarse al pueblo, entró en la casa del guardia mutilado José Ballesteros. En ella se desarrollaron las más emotivas escenas. Franco se dirigió al maltrecho vecino interesándose por su estado: “¿Te pesa mucho la pierna?”. El hombre apenas pudo articular palabra mientras su mujer se arrojó a los pies del “Caudillo” diciéndole: “¡Quién me iba a decir que le iba a tener tan cerca! ¡Qué honra más grande, Dios mío!”. Franco, “visiblemente emocionado”, abandonó la zona entre las “cálidas manifestaciones de entusiasmo” del vecindario.¹⁴²

Las medidas oficiales tomadas por las autoridades de la dictadura buscaron y en buena medida lograron satisfacer las demandas de sus apoyos sociales. Pero, al igual que ocurrió con la represión de los vencidos, también fueron los ciudadanos quienes

¹⁴¹ Los textos completos de las leyes están respectivamente en: BOE, 364, “Ley de 13 de diciembre de 1940”, 19-12-1940 y BOE, 66, “Ley de 19 de febrero de 1942”, 7-3-1942.

¹⁴² AHMG, “Actas del Pleno del Ayuntamiento”, 24-6-39; AMV, Proyecto 217, “Construcción de 60 viviendas para Caballeros Mutilados en el Camino de Ronda”, diciembre de 1941; la visita de Franco en *Ideal*, 21-4-1939,

desde su posición subordinada se encargaron de solicitar y reclamar los beneficios que, en su opinión, les correspondían por su sacrificio o por apoyar a Franco.¹⁴³ Por lo pronto, las primeras demandas fueron encaminadas a la restitución del daño causado por la “ocupación marxista”. Algunos de los que habían permanecido en zona “roja” durante la contienda habían sufrido daños en sus propiedades y bienes y, por tanto, la “liberación” había sido recibida con gran entusiasmo. Para Cecilia la alegría sentida por el “Día de la Victoria” estuvo justificada por las penurias sufridas y porque “el día que terminó la guerra iba descalza”. A su familia, al igual que a las de Mariano o Camilo, les fueron devueltas sus tierras una vez hubo llegado la “paz”. Los ciudadanos usaron los canales ofrecidos por el Estado para formular sus reclamaciones. Francisca Casas Herrera solicitó la reconstrucción de la confitería de su propiedad situada en la ciudad de Guadix, puesto que había sido incendiada por las “turbas marxistas”, ante lo cual las autoridades satisficieron sus demandas. En la capital granadina, Manuel Guzmán García reclamó con éxito reparaciones urgentes en una de sus propiedades situada en la Cuesta de San Gregorio que había sido alcanzada por una bomba.¹⁴⁴ La cobertura dada por el régimen a este tipo de peticiones provocó que la condición de excombatiente, “camisa vieja”, excautivo o familiar de “caído” o “mártir” fuera utilizada para la obtención de privilegios, documentos o titulaciones que nunca habían ostentado. Tampoco fueron extraños los casos de individuos que adujeron méritos de guerra o afiliaciones políticas pasadas para tratar de obtener un beneficio. Fue el caso de Pilar Castro Molina, vecina de Alhama de Granada, que dirigió una carta a Franco a inicios de 1949. En ella, aseguraba que su marido, Juan Negro Hinojosa, había sido “asesinado por los marxistas”, que su casa había sido asaltada por las “hordas” y que su hijo Juan Negro Castro había muerto en 1943 luchando contra el comunismo en la División Azul. Y en base a ello se preguntaba: “¿Este es el pago que se le da a una madre y esposa que perdió a lo que más amaba y la dejan en la más espantosa de las miserias?”. El 25 de abril de 1949 Pilar Castro recibía una respuesta negativa por parte del gobierno central. Las autoridades de su localidad afirmaban que en su archivo no constaba que su marido hubiera pertenecido a Falange y que, por tanto, no tenía derecho a pensión alguna.¹⁴⁵

¹⁴³ Un ejemplo local de estas presiones “desde abajo” en: ALCALDE FERNÁNDEZ, Ángel. “Excombatientes en los poderes locales...”, Op. Cit.

¹⁴⁴ Entrevistas a Cecilia, Granada, 25-2-2011, Mariano, Granada, 11-8-2011 y Camilo, Granada, 14-6-2011; las dos últimas reclamaciones en ADPG, Caja 130, Pieza 18, 10-10-1939; Caja 304, Pieza 9, 7-7-1939.

¹⁴⁵ AGA, Presidencia, DNP, 51/18996, 23-2-1949 y 25-4-1949.

Los premios recibidos por los vencedores en forma de pagas, viviendas, subsidios y cargos les ayudaron a evitar la miseria en la posguerra. Pero el mero hecho de no estar marcados con el sello de “rojo” fue lo que les permitió moverse con mayor soltura durante la posguerra, aprovechando sus contactos e influencias para la obtención de cargos, prebendas o privilegios; solicitando favores a las autoridades locales; o burlando la legalidad para obtener beneficios o mejorar su estatus económico. Frente a los que lo habían perdido todo, quienes conservaron sus propiedades y trabajos y disfrutaron de su rol de vencedores afrontaron en mejores condiciones la situación de escasez y miseria reinante tras 1939. “Nosotros no pasamos hambre porque teníamos el economato”, apunta Cecilia. Paz sostiene que en su pueblo “no se pasó hambre porque todo el mundo tenía su tierrecilla”. Por su parte, Mariano afirma rotundamente que “hambre nosotros no pasamos porque teníamos papas y de *to*, pero el que no tenía *na*, pues sí pasó hambre”.¹⁴⁶ Su condición de vencedores les garantizó la supervivencia en la posguerra y motivó su apoyo decidido al régimen.

3. Ni vencedores, ni vencidos: las “zonas grises” de la posguerra

La España de vencedores y vencidos que emergió de la Guerra Civil ocultó tras de sí una realidad mucho más compleja. Los excombatientes, los excautivos, las familias de las víctimas de la violencia republicana, los que –como la Iglesia– recuperaban viejos privilegios perdidos y los que habían ido forjando el régimen en las provincias sublevadas desde el 18 de julio de 1936 fueron los auténticos vencedores de la guerra. Mientras, los represaliados por la “justicia” franquista, las familias de los “rojos” asesinados, encarcelados o exiliados y aquellos que de algún modo pagaron su condición de “izquierdistas” conformaron el bloque de los vencidos. Pero, en primer lugar, muchos españoles pasaron de una categoría a la otra con el paso de los años. En segundo lugar, como hemos observado, no todos los vencedores ni todos los vencidos lo eran en el mismo grado, sino que ambas categorías recibían y expulsaban componentes de manera continua. Y, en último lugar, esta clasificación resulta del todo insuficiente para reflejar la enorme variedad de situaciones que atravesó la sociedad española desde el final de la contienda. La amplia mayoría de los ciudadanos no eran “camisas viejas” que ahora se encargaban de “hacer franquismo” desde el ayuntamiento de su pueblo, no

¹⁴⁶ Entrevistas a Cecilia, Granada, 25-2-2011, Paz, Granada, 31-3-2011 y Mariano, Granada, 11-8-2011.

eran mujeres de presos republicanos que “redimían” sus “pecados” en las cárceles del régimen, ni tampoco eran militares que se habían sumado decididamente al levantamiento militar en 1936 o guerrilleros que conservaban la esperanza de derrocar a Franco. Al contrario, se trataba de una amplia masa de españoles con actitudes enormemente diversas y volubles, explicables solo en base a multitud de factores de variada procedencia. Esta gran mayoría de españoles formaban parte de las “zonas grises” de la posguerra.¹⁴⁷

Como ya se ha avanzado en este trabajo, el estudio de las “zonas grises” es difícil pero necesario. En primer lugar, hemos de entender que más que una posición concreta por parte de un sujeto, las actitudes contenidas bajo esta denominación representan precisamente lo contrario. En concreto, fue la decisión de aquellos que no se adhirieron completamente al régimen franquista y la de quienes no se opusieron frontalmente al mismo, la que creó todo un abanico de actitudes y conductas que podemos situar dentro de las “zonas grises”. En segundo lugar, recordemos el carácter cambiante y variado de las actitudes, que impide establecer delimitaciones entre éstas y provoca frecuentes solapamientos, dificultando su análisis. Y, en último lugar, la labilidad de los contornos de las categorías empleadas hace necesario entender que el dinamismo y la combinación de actitudes fueron algo habitual a lo largo de la dictadura.¹⁴⁸ Evidentemente, durante la Guerra Civil y la inmediata posguerra, España no fue propicia para el mantenimiento de las “zonas grises”. La tibieza, la indiferencia o la pasividad fueron actitudes difíciles de mantener en un contexto bélico o marcado por la represión y el miedo. En 1939, la mayor parte de la población tenía alguna conexión directa con los vencedores, los vencidos o con los dos bandos a la vez. De ahí que muchos de los que al término de la guerra formaban parte de alguna de las dos categorías fueran engrosando con el paso del tiempo la entonces exigua “zona gris”.

La existencia de esta amplia mayoría de la población que no es posible clasificar decididamente en las categorías de vencedores o vencidos resultó fundamental para la consolidación del franquismo, pero no fue exclusiva del régimen español. Todas las dictaduras del periodo contaron con una amplia mayoría de la población poco dispuesta a brindarles un entusiasmo activo, pero que tampoco les profesaban una hostilidad manifiesta y abierta. Muchos alemanes corrientes no exhibieron una posición definida

¹⁴⁷ PRIMO LEVI. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona, Muchnik, 2001, capítulo 2.

¹⁴⁸ Véase PAVONE, Claudio. “Caratteri ed eredità...”, Op. Cit., pp. 5-12; SAZ, Ismael. “Entre la hostilidad...” Op. Cit., p. 9.

ante la política nazi, tratando de moverse dentro de actitudes que no les comprometieran excesivamente. En Italia, tanto bajo el régimen de Mussolini como frente al desarrollo de la resistencia interior contra la República de Salò, existió una importante zona gris que, si primero fue útil para la consolidación del Fascismo, luego pudo ser atraída por alguno de los partidos creados en la posguerra.¹⁴⁹ La concepción del mundo y de la nación mantenida por los fascismos europeos, basada en una dinámica de integración/exclusión, hizo que la existencia de “zonas grises” fuera vista con enorme preocupación por los dirigentes políticos de estos regímenes. El deseo de una población movilizadora y “convertida al fascismo” chocaba frontalmente con las actitudes apáticas y pasivas. En el caso del franquismo ocurrió todo lo contrario. Pasado el ardor bélico, la movilización ciudadana mostrada por la dictadura quedó muy lejos de la ensayada por los fascismos. Al régimen no le hacía falta más que el compromiso resuelto de unos sectores y le bastaba con que el grueso de la población no amenazara la estabilidad del Estado. De esta manera, la “zona gris” en la que se enmarcaron la mayor parte de los ciudadanos constituye la clave para entender la solidez y perdurabilidad lograda por el régimen de Franco y, por tanto, es a ella a la que hemos dirigido de manera preferente nuestra mirada.¹⁵⁰

En abril de 1939, la mayor parte de los españoles estaban completamente agotados tras casi tres intensos años de lucha. En ese contexto, las dos culturas políticas victoriosas –la nacionalcatólica y la fascista– empezaron a rivalizar por hacer una España a la medida de sus concepciones nacionales. La posguerra demostró rápidamente ser un terreno mucho más favorable al proyecto nacionalcatólico de desmovilización social y control moral de la vida cotidiana, que al grado de movilización social que deseaban los fascistas. Pero no debemos olvidar las dimensiones que Falange había alcanzado al término de la guerra, ni que el panorama internacional era propicio a sus proyectos. Independientemente de sus pugnas, lo que aquí nos interesa es que todas las fuerzas que componían el emergente Estado franquista fueron esenciales para impulsar la recatolización y la reespañolización más allá de los apoyos sociales de la dictadura.

Probablemente, la mayor parte de los españoles corrientes no compartían el discurso oficial que calificaba la guerra como “Cruzada” o pensaban que los relatos de

¹⁴⁹ LÜDTKE, Alf . “De los héroes de la resistencia...”, Op. Cit., pp. 46-69; KERSHAW, Ian. “Consensus, Coercion and Popular Opinion... Op. Cit., p. 34; DE FELICE, Renzo. *Rojo y negro*. Barcelona, Ariel, 1996, pp. 53-58.

¹⁵⁰ SAZ, Ismael. “Entre la hostilidad...”, p. 13; y FONT, Jordi. *¡Arriba el campo!... Op. Cit.*, pp. 294 y ss.

la violencia sobre el clero podían estar magnificados. Pero había otros elementos que favorecían su identificación con la labor recatolizadora y su estigmatización de la época republicana. Su fe católica llevaba a muchos ciudadanos corrientes a no comprender las quemadas de templos, la destrucción de imágenes, las burlas hacia el culto católico, los asesinatos de religiosos o las medidas laicizadoras tomadas por los dirigentes republicanos. “Aquello de quemar las iglesias fue una barbaridad” afirma Daniel. Era normal que se sintieran reconfortados al ver cómo, con el nuevo régimen, se ponía fin a sus más profundos temores. Los ciudadanos católicos veían en el poder asistir nuevamente a misa, en la salida de las procesiones a la calle, en los multitudinarios actos religiosos de la España de posguerra o en el restablecimiento de la enseñanza católica, el retorno de elementos fundamentales para su concepción del mundo y, paralelamente, un paso decisivo para recuperar la concordia que, a su juicio, se había perdido durante la etapa republicana. Además, La alternativa en apariencia políticamente aséptica que les ofrecía el catolicismo convergía a la perfección con los deseos de normalidad de una importante parte de la sociedad.¹⁵¹

Esta tendencia de los españoles hacia la desmovilización fue, sin embargo, contraproducente para los que defendían una concepción fascista de nación. Por ello, no resulta extraño que las críticas hacia la apatía de los españoles provinieran del campo falangista. En 1942, la Falange granadina constataba un “un apartamiento por parte de la mayoría” respecto al Partido, pero lo achacaba más a la “apatía que constituye el modo de ser de esta provincia que a desafección”. Dos años más tarde, en febrero de 1944, era José María Fontana, jefe provincial de Falange en la provincia, el que percibía un ambiente “amorfo y totalmente indiferente en general”, culpando de ello a que “se ha dado consigna de neutralidad a toda costa y machaconamente”. Una situación que no había sufrido variación alguna en febrero de 1946, cuando los dirigentes del Partido en Granada afirmaban que había una “enorme masa neutra” que se mostraba “apática en general” ante la situación política del país.¹⁵² No obstante, lo que era un motivo de preocupación para Falange se convirtió en el gran éxito del franquismo, pues la despolitización de la sociedad aseguró su permanencia.

¹⁵¹ Al respecto: DUOCASTELLA, Rogelio. “Geografía de la práctica religiosa en España” en VV AA. *Sociología española de los años setenta*. Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros, pp. 477-480; VINCENT, Mary. “Expiation as Performative...”, Op. Cit., pp. 235-256.

¹⁵² AGA, Presidencia, Delegación Nacional de Información e Investigación, Caja 52/14122, “Informe de la Delegación Provincial de Granada”, 15-6-1942; AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, febrero de 1944 y Caja 51/20667, “Parte mensual de actividades provinciales”, febrero de 1946.

Pese a todo, no debemos minusvalorar la capacidad que el régimen tuvo para penetrar en la vida pública y privada de los españoles y el hecho de que, aunque algunos opusieran resistencia a esta invasión, fueron muchos los que acabaron cediendo. El éxito que obtuvo el régimen en la propagación de ciertos mitos fue buena prueba de ello. La aversión hacia las prácticas de tipo democrático y los partidos políticos, el recuerdo negativo de la etapa republicana o la supremacía de la figura de Franco constituyeron algunos de los mitos que mayor arraigo tuvieron entre los españoles de las “zonas grises”. Pere B., a pesar de sus reticencias hacia el régimen, recordaba el ejercicio de la democracia como “una época de muchos enfrentamientos”. Por su parte Daniel, pese a haber nacido en 1932, un año después de la proclamación de la II República, guarda un recuerdo negativo de la conflictividad existente: “era que si los sindicatos, que si la huelga de brazos caídos ... decían que había huelga y era ir allí al taller a sentarse en lo alto el banco para no trabajar. Y había que pagarle. Aquello era peor que esto”. El calado del discurso franquista entre los españoles corrientes quedaba todavía más explícito en testimonios como el del periodista del *New York Times*, Herbert Matthews, quien se mostró sorprendido de que ya en los años 50, “incluso entre los simpatizantes de la República” se hablara con “naturalidad y sin dar un especial significado de rojos” para referirse a todos los contrarios al régimen.¹⁵³

Pero tampoco podemos olvidar que, a pesar de que la nacionalización en un sentido positivo no diera los resultados esperados en lo concerniente a la ampliación de los apoyos sociales de la dictadura, el tremendo despliegue nacionalizador realizado por el Estado franquista hizo que determinados elementos del mismo penetraran, aunque fuera inconscientemente, en las mentalidades de los españoles corrientes. La plétora de ceremonias, desfiles y conmemoraciones en los “días de la nación” o los instrumentos de nacionalización como la escuela o las organizaciones de encuadramiento social alcanzaron también a ciudadanos de a pie, que acabaron por compartir algunos postulados que el régimen les presentaba. Pero fueron otra serie de mecanismos menos perceptibles los que resultaron más útiles para la nacionalización del grueso de la sociedad. Mecanismos que actuaron como “recordatorios” de la nación en la vida cotidiana de los españoles y que formaron parte de un “nacionalismo trivial” cuyo

¹⁵³ Sobre la invasión de la vida privada véase COLARIZI, Simmona. *L'opinione degli italiani... Op. Cit.*, p. 139; Los testimonios en FONT, Jordi. *¡Arriba el campo!... Op. Cit.*, p. 296; y entrevista a Daniel, Granada; 18-3-2011; la última referencia en MATTHEWS, Herbert. *The yoke and the arrows*. Nueva York, George Braziller Inc., 1957, p. 49.

análisis resulta decisivo para entender la “experiencia de nación” de los españoles.¹⁵⁴ De este modo, el franquismo consiguió que muchos ciudadanos asumieran el modelo de “comunidad imaginada” que les proponía y comprendieran que la España católica, unida y soberana era la única existente, descartando otros proyectos nacionales alternativos. En este sentido, hemos de entender que buena parte de la sociedad admitiera que la Iglesia o el Ejército eran dos de los referentes principales de la nación española o que, terminada la II Guerra Mundial, fueran muchos los que, pese a no sintonizar plenamente con el régimen, reaccionaran en contra de los intentos externos por derribar a Franco.¹⁵⁵

Por otra parte, hemos observado cómo la represión practicada sobre los vencidos de la guerra fue muchas veces propiciada por el deseo de muchos vencedores por ver castigados a quienes consideraban sus enemigos. Pero ¿cuál fue la actitud mostrada hacia la represión por aquellos ciudadanos que conformaban las “zonas grises” al término de la guerra? En la inmediata posguerra era frecuente que, de algún modo u otro, la mayor parte de los españoles hubieran estado en contacto con la violencia ejercida por alguno de los dos bandos. Pero llegada la paz, la sociedad vio cómo la maquinaria represiva del nuevo régimen no se detenía y se vieron obligados a adoptar una posición respecto a la violencia estatal, a pesar de que esta no les afectara directamente. De este modo, se manifestaron actitudes muy diversas, yendo desde la repulsa moral hasta la aprobación, pasando por el desentendimiento de lo que estaba sucediendo. El silencio ante el castigo del vecino era la respuesta de aquellos que preferían mirar hacia otro lado escudándose en que “ellos no habían hecho nada”. Otros justificaban parcialmente la represión afirmando que era necesario un poco de “mano dura” y que los que la sufrían “algo habrían hecho” para merecerla. Y, finalmente, no eran pocos los que veían que la violencia franquista no resultaba tan desmedida si se comparaba con la que habían visto en la zona “roja”.¹⁵⁶ Atenazados por el miedo, temerosos de meterse en problemas, aliviados porque un “elemento peligroso” se encontraba en prisión o desinteresados completamente de lo que a otros sucedía, la mayoría de los españoles llegaron a acostumbrarse a vivir bajo control durante la posguerra y optaron por no inmiscuirse en aquellos asuntos que no les concernían.

¹⁵⁴ BILLIG; Michael. *Banal nationalism*. Londres, SAGE, 1995, capítulo 3; ARCHILÉS, Ferrán. “Vivir la comunidad imaginada. Nacionalismo español e identidades en la España de la Restauración”, *Historia de la Educación: Revista Universitaria*, 27, 2008, pp. 57-85.

¹⁵⁵ ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas... Op. Cit.*

¹⁵⁶ Véase PRADA RODRÍGUEZ, Julio. *La España masacrada... Op. Cit.*, pp. 365-367.

Pero, con el paso del tiempo, también pasaron a formar parte de las “zonas grises” aquellos que, aun habiendo visto como la represión alcanzaba a sus familias, juzgaban que ésta no había sido tan intensa como para provocar una hostilidad abierta hacia el régimen. Es el caso de Dolores que recuerda cómo, una vez regresado su padre de la cárcel, “no nos dijeron nada más” o de Eugenia que relata que a su padre “lo metieron preso, porque entró en una iglesia y rompió unos santos”, pero afirma que eran “las cosas de los niños” y que “nunca más tuvimos problemas”. Gran cantidad de individuos sufrieron expedientes de depuración de empleo, inhabilitaciones temporales para el ejercicio de cargos públicos o pérdidas de familiares a manos de la represión, que no fueron un obstáculo para sobrevivir dentro del régimen e identificarse con alguno de sus componentes, incluso en los casos más dramáticos. Josep M. sufrió durante su infancia la estigmatización como vencido pero, más tarde, decidió enrolarse en el Frente de Juventudes desde donde, años después, pasaría a la Organización Sindical, borrando de su memoria su pasado “rojo” y el de su familia. Por su parte Magdalena, cuyo padre había sido fusilado en enero de 1940, entró en la Escuela Hogar José Antonio situada en la Alhambra, llegando a convertirse en profesora de Formación Política de la Sección Femenina y renegando completamente del comportamiento de su padre.¹⁵⁷

La mayoría de la población no fue beneficiaria de las viviendas para excombatientes y mutilados que el régimen construyó, no pudo hacer un gran negocio con el estraperlo, ni pudo esgrimir el sacrificio por la “Causa Nacional” como credencial para obtener un cargo político o mejorar su posición socioeconómica. Pero esto no significa que, como muchos vencidos, los españoles se vieran abocados a una vida de miseria y hambre. El simple hecho de no haber sido estigmatizados como “rojos”, hizo que sortear el hambre no fuera tan complicado como lo era para los vencidos. Como Rafael G. afirma “no podías comer artículos muy superiores, pero lo básico sí”. Otros, gracias a conservar sus propiedades, pudieron evitar la escasez de alimentos relativamente bien. Pese a que recuerda que “había gente que se moría” por no tener que comer, Rafael P. admite que entre los suyos “gracias a Dios no se pasó hambre” porque tenían tierras. Por su parte, Ana reconoce no haber pasado hambre porque “teníamos el cortijo y hacíamos nuestro propio pan allí”. Jacinto sostiene que en su casa “pasar hambre no se pasó”, porque “teníamos dos cabras, criábamos marranos,

¹⁵⁷ Entrevista a Dolores, Granada, 25-11-2008 y a Eugenia, Granada, 3-3-2011; el testimonio de Josep M. en FONT, Jordi. *¡Arriba el campo!...Op. Cit.*, pp. 255-257; entrevista a Magdalena, Granada, 19.7-2011.

teníamos melones, tomates, harina... El pueblo era autosuficiente”.¹⁵⁸ El simple hecho de evitar la confiscación de bienes o la depuración laboral a la que el franquismo sometió a los vencidos, le permitió a muchos conservar los elementos suficientes para mitigar las duras condiciones de vida de la posguerra. Fue entre los pertenecientes a esta zona gris donde cundió más la idea de que, si se abstendían de “meterse en política” y se centraban en el cultivo de sus tierras o en el desempeño de sus trabajos, eludirían problemas y mejorarían poco a poco su nivel de bienestar.

4. Conclusiones: la “Cultura de la Victoria” sepultó las “zonas grises”

Cuando en marzo 1949 Gerard Brenan visitó la localidad de Alhama de Granada, uno de los vecinos “rojos” le comentó: “Los tiempos son malos, estamos viviendo entre personas que cualquiera podría haber asesinado a nuestro padre o a nuestro hermano y todavía tenemos que tratarlos como si fueran amigos”.¹⁵⁹ Habían pasado diez años desde el final de la guerra y nadie se había atrevido a pronunciar la palabra “reconciliación”. ¿Cómo podían los españoles que, como este vecino anónimo de Alhama de Granada, habían sido víctimas de la represión franquista, convivir con los responsables de la muerte de sus seres más queridos?, ¿cómo iban a tenderles su mano los vencedores a aquellos que consideraban responsables de haber llevado a la nación al borde del abismo y cuya derrota había costado la vida a algunos de sus hijos “caídos” en combate?, ¿cómo iban a asimilar los españoles en su conjunto el nivel de violencia al que habían sido expuestos, a evitar que se cobraran las venganzas y a conseguir que la paz victoriosa sobre la que se sustentaba el régimen se convirtiese en paz a secas? Aunque existiese una amplia mayoría de ciudadanos dando vida a la “zona gris”, la España de la posguerra era por expreso deseo de quienes habían ganado la guerra, una nación de vencidos y vencedores.

Desde el inicio de la lucha armada, los rebeldes entendieron que la derrota del enemigo debía ser total e innegociable, atajando cualquier propuesta de mediación entre los contendientes. Al llegar el “Día de la Victoria”, el nuevo régimen impidió todo intento por acercar a las “dos Españas” que se habían batido en las trincheras. Los “enemigos de la nación” pagaron con sangre y sufrimiento haber trastocado los “eternos

¹⁵⁸ Entrevistas a Rafael G., Granada, 9-2-2011, Rafael P., Cádiz, 12-7-2011 y Ana, La Zubia, 3-2-2012; y Jacinto, Granada, 15-6-2011.

¹⁵⁹ BRENAN, Gerard. *The face of Spain*. Nueva York, Penguin, 1965 [1950], pp. 121-122.

destinos” de España e insuflado en el cuerpo nacional el “virus marxista”. Durante la guerra y la posguerra el Estado castigó implacablemente a sus adversarios y para ello encontró la necesaria colaboración de muchos individuos que, empujados por la sed de venganza, el interés o el “patriotismo” contribuyeron a la “limpieza” de la nación. Muchos de los vencidos dieron con sus huesos en las prisiones franquistas donde fueron castigados y convertidos. Fuera de las cárceles, los “rojos” hubieron de afrontar la posguerra asfixiados por el embargo de sus bienes y propiedades y la pérdida de sus trabajos. Finalmente, en las pequeñas comunidades locales, el dedo acusador de sus vecinos les estigmatizó para siempre, dificultando enormemente su integración y supervivencia con todas las consecuencias negativas que ello conllevaba. El castigo, la humillación y el rechazo social sufridos les dejaron una única vía de escape: el silencio.

Por su parte, quienes habían ganado la guerra –tanto en el frente como en la retaguardia– vieron colmadas sus aspiraciones y disipados sus miedos. Los fantasmas de una revolución comunista, de la postergación del catolicismo y de la pérdida de sus privilegios se alejaron con el triunfo de quienes prometían una patria basada en los principios religiosos y el ultranacionalismo reaccionario que preservaría la unidad española frente a sus enemigos. Para forjar la “Nueva España” sabían que era necesario purificar la nación y por ello aceptaron, aplaudieron e impulsaron la violencia contra sus enemigos. Muchos vencedores interpretaron como justa la represión sobre los que consideraban causantes de sus males y, por ello, no sólo vieron positivamente su marginación tras la victoria, sino que colaboraron con las autoridades para que fueran enérgicamente castigados. El Estado franquista, consciente de la importancia de mantener sus apoyos sociales, no dudó en premiar el sacrificio de cuantos habían derramado su sangre por la “Causa Nacional”. Así, excombatientes y víctimas de la violencia republicana fueron recompensados con puestos en la administración del Estado, subsidios, viviendas y otros privilegios inaccesibles para los perdedores de la guerra. Los vencedores, aprovechando la buena disposición del régimen a premiar sus sacrificios, no dejaron de solicitar al Estado la satisfacción de sus necesidades, logrando de este modo no solo su supervivencia durante la posguerra sino también mejorar su posición social y nivel de vida. A cambio, ellos contribuirían “desde abajo” a la construcción de la dictadura.

Finalmente, entre los vencedores y los vencidos, se situó una predominante franja de españoles que no obtuvieron ni los beneficios de la victoria ni las consecuencias de la derrota. Se trató de españoles con actitudes variadas y cambiantes

que no mantuvieron ni ideas ni conductas estáticas a lo largo del tiempo. Personas que podían estar en desacuerdo con la represión practicada por el régimen, pero a favor de las políticas sociales y benéficas desarrolladas. Mujeres y hombres que mostraron su descontento con la política de abastecimientos del Gobierno y con la extendida situación de hambre de los años cuarenta, pero que aprobaban la política del Estado hacia la II Guerra Mundial o exaltaban la figura del “Caudillo” por la firmeza con que dirigía el país. Una mayoría de la población entre la que podemos encontrar actitudes aparentemente inexplicables, contradictorias y, sobre todo, vacilantes, que nos dan cuenta de la complejidad de motivaciones, factores y condicionantes que afectaron a las decisiones y comportamientos de la población española. Y, en definitiva, una amplia gama de actitudes y conductas grises que, si en 1939, estaban sepultadas por la “Cultura de la Victoria”, con el paso del tiempo, se hicieron cada vez más generalizadas y esenciales para el sostenimiento del franquismo.

3

LA CONSTRUCCIÓN DE LA DICTADURA: COMBATES POR ESPAÑA Y DESAFÍOS EN LA LARGA POSGUERRA (1939-1948)

Alcanzada la victoria militar, los vencedores afrontaban la dura tarea de construir un Estado sobre las cenizas de un país devastado por tres años de lucha. El objetivo de borrar la II República de la historia nacional parecía haberse logrado. La intensidad y duración de la guerra unida a la implacable y multiforme represión sobre los vencidos en la posguerra aseguraban la ausencia de obstáculos en el camino del régimen franquista. Pero la edificación del nuevo régimen no iba a resultar sencilla. A pesar de que los postulados compartidos entre los distintos integrantes del “compromiso autoritario” eran importantes, no lo eran menos las diferencias existentes. Los dos proyectos nacionalistas mayoritarios, nacionalcatólicos y falangistas, convirtieron los años cuarenta en una arena de combate por imponer su modelo de nación y conformar una patria a la medida de sus aspiraciones e intereses.¹ De este modo, los españoles pudieron tomar partido por unas fuerzas u otras, percibir quiénes ostentaban más poder y quiénes menos y acercarse a los que, a su juicio, defendían una concepción de nación más cercana a la suya o podían reportarles mayores beneficios sociales o económicos.

Al mismo tiempo que se trataban de sellar las fisuras existentes entre los vencedores, el régimen tenía delante otra serie de problemas que podían poner en peligro su estabilidad. En primer lugar, el hambre y la miseria y el funcionamiento de los organismos encargados de solventarlas fueron un foco de descontento social y de críticas por parte de la mayor parte de los ciudadanos. En segundo lugar, pese a que la mayor parte de los enemigos habían sido eliminados o neutralizados, el régimen tuvo que enfrentarse a la existencia de una oposición política, fundamentalmente circunscrita a las partidas de guerrilleros, que amenazaron el orden prometido por la dictadura y la consolidación del sistema durante toda la década de los cuarenta. Y, en tercer lugar, la

¹ La noción de “compromiso autoritario” utilizada por Burrin nos parece la más ajustada a lo sucedido en el caso español: BURRIN, Philip. “Política i societat...” Op. Cit., pp. 485-510 y compartido por SAZ, Ismael. “El primer franquismo...” Op. Cit., pp. 201-203. Véase también SAZ, Ismael. “Política en la zona nacionalista”, *Ayer*, 50, 2003, pp. 55-83; otro concepto diferente de las nociones más clásicas de “familias políticas” o “grupos de poder” es el de “coalición reaccionaria”: SÁNCHEZ RECIO, Glicerio. *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, pp. 35 y ss.

derrota de las potencias del Eje, supuso un serio contratiempo para un régimen que se había alineado claramente con los fascismos y que se vio sometido a las presiones internacionales de las naciones democráticas. Sin embargo, el franquismo encontró los mecanismos necesarios para mantenerse al frente de España. En ello, evidentemente, tuvo buena parte de responsabilidad la represión y el férreo control social ejercido durante la posguerra. Pero la represión no lo explica todo. A lo largo de la posguerra, el régimen encontró los instrumentos adecuados para que su propaganda, su política y sus actuaciones siguieran atrayendo a quienes les habían apoyado durante la guerra. De esta manera, logró colmar las expectativas de sus bases sociales, imprescindibles para su permanencia en el poder. Junto a ello, la dictadura contó a su favor con los profundos deseos de vuelta a la normalidad que primaban entre la gran mayoría de los españoles marcados por la reciente Guerra Civil. Unos deseos que operaban en contra de aquellos elementos que, como la actividad guerrillera o el “cerco internacional”, se percibían como amenazas para la conservación de la “paz” y el mantenimiento de las actividades cotidianas.

Por todo ello, en este capítulo tratamos de analizar por qué a pesar de los enfrentamientos existentes en el interior del Estado por imponer un proyecto nacionalista, del descontento popular por las malas condiciones de vida, de la presencia de grupos armados antifranquistas en los montes y del poco favorable panorama internacional que se abrió para el franquismo en 1945, el régimen consiguió resistir. Para ello es necesario acercarse a la gestión que el régimen hizo de las pugnas entabladas entre falangistas y nacionalcatólicos, no perder de vista los beneficios que, paradójicamente, el hambre y la miseria le produjeron a la dictadura, analizar qué papel jugaron los discursos del Estado y las actitudes de los ciudadanos corrientes en la desactivación de las partidas de guerrilleros y, por último, comprender las razones por las cuales la presión internacional no consiguió derribar al régimen franquista, permitiendo que, a finales de la década, la dictadura franquista estuviera prácticamente consolidada.

1. La difícil configuración de un régimen: el combate por la nación en las instituciones franquistas

El Gobierno Civil, los Ayuntamientos, las múltiples delegaciones de FET de las JONS, la Universidad, las diversas instituciones culturales o religiosas y otros ámbitos de poder se convirtieron durante la larga posguerra española en el escenario de las luchas que contribuyeron a ir definiendo los perfiles de la dictadura. Los diversos sectores sociales que formaron parte de estos núcleos de poder trataron de dotar de contenido y conformar un Estado de acuerdo con su concepción de España. Este objetivo provocó un duradero enfrentamiento entre las fuerzas integrantes del “compromiso autoritario” que, sin embargo, mostraban un completo acuerdo en torno a una serie de ideas básicas. Atender a los resultados derivados de tales luchas por el control de la nación y a la percepción que la sociedad tuvo de las mismas constituye un paso fundamental para entender la evolución en el discurso del régimen, descifrar qué tipo de relación quedó establecida entre los ciudadanos corrientes y las instituciones oficiales y mostrar la flexibilidad, heterogeneidad, pero también los puntos de contacto, entre los diversos sectores del régimen.

Las rivalidades entre los diferentes grupos que prestaron su apoyo al levantamiento militar comenzaron poco después del 18 de julio. Desde los primeros instantes, las organizaciones y grupos políticos partidarios del “Alzamiento Nacional” desplegaron un conjunto de elementos simbólicos de poder sobre el espacio público que cambiaron la realidad de todas las ciudades españolas. Tal despliegue constituyó el inicio de las primeras pugnas simbólicas entabladas entre quienes habían unido sus fuerzas para acabar con la República. La indefinición de las primeras semanas de guerra no solo condujo a situaciones esperpénticas como el que un militar sublevado cerrara su charla con un ¡Viva la República!, o que el Himno de Riego pudiera escucharse brazo en alto.² También produjo luchas en torno a la bandera, el himno o el escudo que representarían a la “Nueva España”, como primera manifestación de proyectos nacionales divergentes. Los castellanenses, por ejemplo, pudieron ver cómo en el Gobierno Civil de la ciudad ondeó durante un tiempo una bandera bicolor con la

² CRUZ, Rafael. “Old symbols, new meanings...”, Op., Cit., pp. 159-176; sobre Granada, HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. *Granada azul... Op. Cit.*, pp. 160 y ss.

inscripción de “Círculo Tradicionalista de Castellón de la Plana, Dios Patria y Rey”. Por su parte, el que fuera Gobernador Civil y jefe provincial de FET de las JONS en Granada, José María Fontana, reconocía que la restauración de la bandera rojigualda les hizo “poquísima gracia” a los falangistas. Era evidente que no satisfacía a todos cuando desde las páginas de *Ideal* debía afirmarse que se trataba de “la bandera de siempre” y se espetaba en tono amenazante: “¿Quién ha dicho que la bandera rojigualda es una bandera monárquica?”.³ No serían los últimos enfrentamientos ni los más enconados, pero indicaban que el reparto de esferas de poder, se símbolos y significados en el incipiente Estado iba a ser una cuestión de difícil resolución.

Una vez estabilizados los frentes de guerra, los integrantes del bando insurgente pusieron los cimientos de las primeras instituciones del futuro Estado franquista que, en estos instantes iniciales, estuvieron copadas en su mayoría por militares. Nadie mejor que ellos para optimizar el esfuerzo de la lucha armada y garantizar la reconstrucción de un Estado fuertemente centralizado.⁴ El Ayuntamiento de Granada quedó en manos de quien había dirigido su asalto: Miguel del Campo Robles, un militar africanista que gozaba de gran prestigio entre la clase conservadora de la ciudad. Los integrantes de la Diputación Provincial fueron igualmente militares. A su frente se situó a Lorenzo Tamayo Orellana, que tomó posesión del cargo el mismo día que moría fusilado su antiguo presidente, el socialista Virgilio Castilla. Finalmente, el Gobierno Civil fue ocupado por el Comandante José Valdés Guzmán, jefe de Milicias de Falange Española y cabeza visible del aparato represivo del régimen.⁵ La presencia del Ejército en las instituciones se extendió a ámbitos y organizaciones. Por ejemplo, el Capitán José Nestares Cuéllar se situó al frente del Liceo granadino y el capitán Joaquín Miranda se hizo cargo de Radio Granada.⁶ El papel protagonista del Ejército en el golpe de Estado les situaba en una posición privilegiada para tomar las riendas del poder tras el 18 de julio de 1936.

³ AGA, Presidencia, Vicesecretaría General del Movimiento, Caja 51/14111, “Informe de la situación en Castellón”, 9-8-1938; FONTANA, José María. *Franco. Radiografía del personaje para sus contemporáneos*. Barcelona, Acervo, 1979, p. 156; e *Ideal*, 17-8-1936. Sobre estas pugnas simbólicas véase CRUZ, Rafael. “Old symbols, new meanings: mobilising the rebellion in the summer of 1936”. EALHAM, Chris and RICHARDS Michael (eds.). *The Splintering... Op. Cit.*, pp. 159-176

⁴ MARÍN, Martí. *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política y administració municipal, 1938-1979*, Barcelona, Pagés Editors, 2000, p. 57. La presencia de militares fue la norma en todo el territorio controlado por los sublevados: RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Javier. *León bajo la dictadura franquista (1936-1951)*. León, Universidad de León, 2001, pp. 326-327; GARCÍA RAMOS, Domingo. *Las instituciones palentinas durante el franquismo*. Palencia, Diputación, 2005, pp. 227-232.

⁵ *Ideal*, 1-8-1936 y 3-8-1936; GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada... Op. Cit.*, p. 1480.

⁶ *Ideal*, 21-7-1936 y 3-2-1937.

Pese a todo, el resto de fuerzas que habían apoyado la sublevación eran conscientes de que el Ejército regresaría paulatinamente a sus cuarteles y que, por tanto, era necesario ir tomando posiciones para, llegado el momento, asaltar el poder. Las apetencias por los puestos de mando del naciente Estado franquista tuvieron como consecuencia la lógica la aparición de disputas entre visiones de la nación que, a pesar de confluir en aspectos esenciales, diferían en puntos no menos importantes. A grandes rasgos, eran dos los proyectos nacionalistas los que luchaban por dotar de contenido a la “Nueva España” que saldría de la guerra. Los tradicionalistas, los monárquicos, la derecha conservadora y una mayoría de los elementos militares parecían estar de acuerdo con el proyecto formulado por los antiguos integrantes de Acción Española. Para ellos, España debía configurarse como un Estado católico, más o menos corporativo, en el que, en esencia, no tenían cabida todos aquellos que se englobaban bajo la denominación de la anti-España. De la otra parte, se situaban los falangistas que propugnaban un proyecto de carácter revolucionario y palingenésico, marcado por las ideas regeneracionistas de los hombres del 98. Los dos eran proyectos antiliberales, pero el nacionalcatólico era reaccionario, mientras el fascista se sentía revolucionario. Ambos compartían los mismos enemigos, pero los primeros eran elitistas, querían a sus adversarios muertos o en la cárcel y a la población apartada de la política y desmovilizada. Por el contrario, aunque Falange deseaba ver a sus enemigos derrotados, los quería convertidos a la “fe” fascistas y, como al resto de la ciudadanía, en las calles, movilizados e interesados por la política. Por último, nacionalcatólicos y fascistas propugnaban un nacionalismo católico y español, pero para los primeros, el elemento predominante era Dios y, para los segundos, España.⁷

Las primeras luchas de importancia entre ambos proyectos tuvieron lugar con motivo del nacimiento de Falange Española Tradicionalista y de las JONS tras la promulgación del Decreto de Unificación el 20 de abril de 1937, con el que se trataba de evitar que estas fuerzas “gastaran sus mejores energías en la lucha por el predominio de sus estilos peculiares”.⁸ La unión de fuerzas en esa nueva “entidad política” garantizó la captura de Falange por el Estado y no al revés, y supuso un triunfo pleno de Franco y de su entorno. Pero, como tal unificación, resultó un fracaso pues, como veremos, los

⁷ Véase al respecto: SAZ, Ismael “¿Dónde está el otro o sobre qué eran los que no eran fascistas?”, en MELLÓN, Joan Antón (coord.). *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*. Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190; del mismo autor “Las culturas de los nacionalismos...”, Op. Cit.; BOX, Zira. *España, Año Cero... Op. Cit.*, pp. 124-150; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “La nación contra sí misma...”, Op. Cit., pp. 95-97.

⁸ BOE, 182, “Decreto nº 155”, 20-4-1937.

conflictos entre los integrantes de FET de las JONS y sus disidentes se siguieron produciendo. Tradicionalistas y falangistas salieron derrotados, pero éstos últimos menos que los otros. En la nueva organización, que de manera significativa sería conocida popularmente como Falange, fue claro el predominio de los “azules” que vieron en la existencia de un partido único y en el acceso a nuevos resortes de poder – especialmente Prensa y Propaganda– un primer paso hacia la fascistización de España y la creación de un Estado totalitario.⁹

En Granada, como en la mayor parte del territorio dominado por los sublevados, el proceso unificador resultó hartamente proceloso. Unos días antes del Decreto, el coronel carlista Rada realizó unas reveladoras declaraciones a *Ideal*, ante los rumores de fusión, en las que decía que él no “distinguía entre colores de blusas y de gorros” porque “soldados, falangistas, requetés... todos pelean por un mismo ideal”. Además, amenazaba a “quienes se dediquen a fomentar las discrepancias o a abrir brechas entre las distintas fuerzas corredentoras”. El 20 de abril las crónicas periodísticas subrayaban las muestras de fraternidad –falangistas llevados a hombros por requetés y viceversa, mezcla de banderas y cánticos, gritos al unísono a favor de Franco...– observadas entre falangistas y requetés durante la manifestación organizada para celebrar la decisión de Franco.¹⁰ Pero la Unificación era de fachada. A pesar de que el Gobernador Civil, el notario Esteban Samaniego, asegurase en 1938 que el decreto del “Caudillo” había terminado “con las tendencias cuya influencia perniciosa se dejaba notar”, lo cierto es que la estrategia de situar al carlista Ramón Contreras y Pérez de Herrasti como jefe provincial de FET de las JONS y al falangista Joaquín Azancot como secretario de la misma no evitó las fricciones.¹¹ Ni Pérez de Herrasti ni su sucesor –el también tradicionalista Antonio Garzón– consiguieron acabar con los enfrentamientos existentes entre falangistas y tradicionalistas y entre las propias facciones del falangismo. El 2 de julio de 1937, Sancho Dávila, inspector territorial de Falange en Andalucía, llegaba a Granada a poner paz en el Partido. Su misión era la de “conseguir la total unificación de

⁹ Para el tortuoso proceso de Unificación y sus repercusiones véase: ELLWOOD, Sheeagh. “Falange y franquismo” en FONTANA, Josep (ed.). *España bajo el franquismo*. Barcelona, Crítica, 1986, pp. 43-47; SAZ, Ismael. “Salamanca 1937: los fundamentos de un régimen” en id. *Fascismo y franquismo*. Valencia, PUV, 2004, pp. 125-158; id. *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 161-164; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid, Alianza, 2000, pp. 295-306; THOMÁS, Joan Maria. *Lo que fue la Falange: la Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de Falange Española y de las JONS*. Barcelona, Plaza & Janés, 1999; SEVILLANO CALERO, Francisco. “Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del Nuevo Estado”, *Pasado y Memoria*, 1, 2002, pp. 81-110.

¹⁰ *Ideal*, 13-4-1937 y 22-4-1937.

¹¹ AGA, Gobernación, DGAL, Caja 44/2790, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1938.

los distintos sectores”, dado que, como él mismo reconocía, “hay algunos puntos en lo referente a criterios que necesitan un detenido estudio y una compenetración”. La reorganización impulsada por Sancho Dávila no se produjo hasta el mes de octubre de 1937 y en la nueva estructura no se integraron los carlistas de la provincia como muestra de descontento por el proceso unificador.¹²

Los infructuosos intentos de Sancho Dávila por desterrar los conflictos del seno de FET de las JONS, provocaron que el “camisa vieja” Narciso Perales fuera enviado como delegado extraordinario a Granada. Su primera decisión fue la destitución de Antonio Garzón al frente de la organización, iniciándose así el ostracismo de los minoritarios elementos carlistas en la provincia.¹³ En segundo lugar, se rodeó en su mayoría de “verdaderos falangistas” con quienes asegurar definitivamente que FET de las JONS quedara en manos de éstos. Gente como Antonio Montes Varela, Alfonso Moreno Redondo, Ramón Entrena, Julio Alguacil, Pedro Godoy Mirasol o Antonio Rosales fueron sus hombres de confianza para emprender la ansiada fascistización. A pesar de ello, la voluntad integradora de Perales hizo que se valiera de individuos nacionalistas reaccionarios que podía ser útiles a los propósitos del Partido como, por ejemplo, el arquitecto conservador Francisco Prieto-Moreno que, en mayo de 1938, fue nombrado jefe provincial.¹⁴ La labor de Narciso Perales se vio completada por la creación a nivel nacional de una Secretaría Técnica formada por Agustín Aznar o Fernando González Vélez que, en vísperas del primer aniversario de la Unificación, vinieron a Granada para participar en una magna concentración falangista. Las 45.000 personas que se estimó que asistieron al estadio de fútbol de “Los Cármenes” el 10 de abril de 1938 oyeron hablar poco de unidad entre grupos políticos y mucho de “rutas de grandeza y de imperio”, de “multitudes inmensas y disciplinadas”, de “fe nacional-sindicalista” y de advertencias “a los derechistas que quieren clavar en la insidia”. Unos días más tarde, Narciso Perales y Miguel Hernáinz Márquez –otro derechista fascistizado a quien el primero había nombrado delegado local– sacaron a relucir toda la retórica anticaciquil de Falange para atacar a la derecha tradicional: “los viejos

¹² *Ideal*, 3-7-1937, *Patria*, 13-10-1937; GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada... Op. Cit.*, pp. 281-320; y COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*. Granada, Universidad, 2005., pp. 179-180.

¹³ *Ideal*, 22-2-1937.

¹⁴ COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. *Franquismo y posguerra... Op. Cit.*, pp. 181-186; *Ideal*, 17-5-1938.

políticos deben tener un gesto elegante en su vida y retirarse para siempre de la vida pública”.¹⁵

La impronta revolucionaria que Narciso Perales había tratado de dejar en Granada no tardó en chocar con el tono más mesurado mantenido por el Secretario General de FET de las JONS, Raimundo Fernández-Cuesta. Perales acabó perdiendo el pulso, marchó voluntariamente al frente y dejó desorientada a la organización granadina.¹⁶ De ahí al final de la guerra, los conservadores de la provincia se hicieron con todos los resortes del poder. Sin embargo, tras abril de 1939, las luchas volvieron a reproducirse porque los planteamientos eran diferentes. La victoria militar satisfacía completamente los intereses y objetivos de quienes defendían una concepción nacionalcatólica de España. En sus manos quedaba una patria católica, unida y, sobre todo, libre de “rojos”, liberales, demócratas, masones y separatistas. Para ellos, lo esencial se había conseguido. Para los falangistas, en cambio, el triunfo sobre la anti-España era solo el comienzo. A partir de ahora, debían venir nuevas batallas y horizontes que propiciaran la fascistización.¹⁷ Y fue, precisamente, este deseo de ir “más allá de la victoria” el origen de muchas de las luchas que se libraron tras abril de 1939.

Terminada la guerra, se produjeron conflictos importantes con aquellos elementos que seguían sin aceptar su integración en el Partido. De un lado, FET de las JONS debió lidiar contra grupos de falangistas descontentos que abogaban por una mayor rapidez en la aplicación de la revolución nacionalsindicalista. Pero lo cierto es que eran núcleos minoritarios, pues la mayoría se habían ido acomodando al régimen con el paso del tiempo. La actuación de las “mal llamadas falanges auténticas” no ocupó gran parte de la atención de las autoridades provinciales, que destacaban como eran grupos conformados por “gente de poco ambiente de Granada”. Las autoridades de la provincia consideraban que “no ofrecen peligro alguno” dado que sus proclamas “no tienen un contenido demagógico y detonante, sino de mesura y aumento de las realidades falangistas en la dirección de la política”. Pero, sobre todo, su presencia, incluso en los momentos de un franquismo más fascistizado, resultó totalmente

¹⁵ Los actos en *Patria*, 12-4-1938 y 20-4-1938; para la secretaría técnica véase PEÑALBA SOTORRIO, Mercedes. “La Secretaría General del Movimiento como pilar estructural del primer franquismo, 1937-1945”, *Congreso Internacional Falange: las culturas políticas del fascismo español*, Zaragoza, noviembre de 2011; sobre las cautelas ante la retórica anticaciquil de Falange ha advertido CAZORLA, Antonio. *Las políticas de la victoria... Op. Cit.*, p. 49.

¹⁶ GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada...* p. 424.

¹⁷ SAZ, Ismael. *España contra España... Op. Cit.*, pp. 167 y ss.

inadvertida para el conjunto de la población.¹⁸ Del otro lado, algo más de importancia, aunque tampoco excesiva, tuvieron las disidencias de la Comunión Tradicionalista. Aunque hubo algún núcleo activo en la Universidad, las actividades de los carlistas granadinos se redujeron a alguna visita esporádica de Fal Conde a la capital, reuniones clandestinas, simpatías aliadófilas y algún que otro “comentario derrotista”. A pesar de ello, la Falange granadina no dejó de vigilar sus actividades. Si en diciembre de 1940 el jefe provincial, Miguel Hernáinz reconocía que se trataba de un problema “cuya resolución no es agobiante, si bien no puede dejarse indefinidamente muerta”, unos meses más tarde pedía medidas más severas para evitar el crecimiento de un grupo “no muy grande, pero sí muy bullicioso”. Aunque en 1943 todavía se reconocía que era cada vez mayor “la separación entre las doctrinada tradicionalistas y falangistas”, las autoridades no dieron excesiva importancia a sus actividades, ya que el número de sus miembros seguía siendo “reducidísimo” y el régimen parecía tener claro que eran desviaciones asumibles, mientras no representaran una amenaza para su estabilidad.¹⁹

Todas estas rivalidades internas fueron en su mayor parte imperceptibles por el grueso de la población española. Pero no siempre ocurrió así., como lo demuestra lo ocurrido en Granada la tarde del lunes santo de 1941 con motivo de la procesión de la Cofradía de la Virgen de los Dolores. La hermandad había sido fundada por el Tercio de Requetés de Isabel la Católica en 1937, procesionando por primera vez en 1940. En su seno confluyeron los máximos representantes de la Comunión Tradicionalista en la ciudad –Ramón Contreras y Pérez de Herrasti, Joaquín Andrade Wanderwilde, Joaquín Dávila Valverde o Antonio Rubio Moscoso entre otros– por lo que se erigió rápidamente como el principal núcleo carlista de la capital. El 7 de abril de 1941 los tradicionalistas granadinos decidieron convertir un acto de religiosidad popular en un escenario político. Sabían que no podían encontrar un mejor público que el de los miles de granadinos que poblaban las calles anualmente para presenciar la Semana Santa. Los sucesos quedaron grabados en la memoria de muchos granadinos que, además, vieron como se reprodujeron otros años con los mismos escenarios y protagonistas. Las protestas de Falange por lo acontecido no se hicieron esperar:

¹⁸ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569 “Partes mensuales de actividades provinciales”, febrero y mayo de 1941; ONRUBIA, Javier. *Historia de la oposición falangista al régimen de Franco en sus documentos (I)*, Barcelona, Edición del autor, 1989.

¹⁹ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Partes mensuales de actividades provinciales”, diciembre de 1940 y febrero de 1941; Caja 51/20612, “Parte mensual de actividades provinciales”, febrero de 1943.

“En mi informe sobre la actuación de la Comunion Tradicionalista en esta Capital, emitido a esa Delegación Nacional [...] hacía constar que estos elementos se agrupaban en la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores. Como prueba de ello y de la desaprensión y descaro de estos elementos, en el día de ayer y con motivo del desfile procesional de dicha Cofradía ha tenido lugar una verdadera manifestación política. El hábito de los cofrades, que estrenan este año, es blanco y sobre el pecho lleva la Cruz de Borgoña. Los señores que acompañaban el paso lucían la misma cruz, en gran tamaño, sobre el pecho. Abrían la marcha dos Cofrades portadores de sendas banderas del Requeté, las cuales se repetían de trecho en trecho. Entre las dos filas de penitentes iban otros portadores de banderas de disueltos tercios requetés.

De una de ellas era abanderado uno de los hijos de la Vizcondesa de Almansa, Oficial del Ejército, quien había sustituido la gorra del uniforme por una gran boina roja, que llevaba al hombro en forma bien visible.

El Vice-Hermano de esta cofradía es el teniente Joaquín Dávila que ya te señalaba en mi anterior informe como una de las cabezas visibles de la Comunion, quien en contra de lo acostumbrado no vestía hábito, sino uniforme militar con boina roja, claro que sin camisa azul, ni yugo ni flechas, como está obligado por ser Oficial de Milicias del Partido.

A diferencia de todas las demás Cofradías, esta no había invitado a la Jefatura Provincial.

Presidían la cofradía los generales Rada y Utrilla.

Al regresar la Cofradía al Templo hubo algunos grito de ¡Vivan los leones del Requeté! ¡Vivan la Virgen de los Requetés!, etc.

Finalmente he de hacer constar, que las autoridades de esta capital, solidarizándose con la Jefatura, no asistieron a la procesión, ni personalmente ni por representación.

Esta Jefatura provincial gestiona ante las autoridades civiles, militar y eclesiástica, la imposición de las sanciones a que el hecho relatado pueda dar lugar, sin perjuicio de las que por él imponga a cuantos, pertenecientes al Partido hayan participado en el mismo.

Es a mi juicio, de todo el punto intolerable que escudándose en un motivo religioso, estos elementos, colocados en franca y abierta oposición al Movimiento y al Caudillo, hagan manifestaciones de este tipo y más que estén autorizadas por la presencia en su presidencia de honor, de dos Generales del Ejército”.²⁰

Conflictos como los señalados ponían de manifiesto que, aunque la creación de FET de las JONS nunca sería asumida por los más conservadores de los tradicionalistas y los más fascistas de entre los falangistas, el régimen era lo suficientemente flexible para tolerar unos enfrentamientos que, en su mayoría, no llegaban a la población y que,

²⁰ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569 “Informe de actividades de la Comunion Tradicionalista de Granada durante la procesión de la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores”, 18-4-1941. La prensa hizo la crónica de la procesión sin reflejar incidente alguno: *Patria*, 8-4-1941. Véase también HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. “Consenso y fascistización de las fiestas en la España franquista: la Semana Santa de Granada, 1939-1945”, *VII Encuentro de Investigadores sobre el franquismo*, Santiago, USC; 2011.

cuando lo hacían, no les prestaban mucha atención. Pero, además, el sometimiento de estas fuerzas ajenas al Estado no era un objetivo tan prioritario como el de definir qué iba a ser España. Y en esta tarea el enemigo de los falangistas era mucho más poderoso. En primer lugar, porque muchos de los que no compartían la fascistización de la nación y se negaban a recorrer el camino hacia el Estado totalitario tenían en sus carteras el carnet del Partido. En segundo lugar, porque entre ellos había sectores muy numerosos que decidieron no subordinarse los postulados falangistas, por la sencilla razón de que tal subordinación no era necesaria para obtener todos los beneficios de la victoria.²¹ Y, en tercer lugar, porque, a diferencia de los tradicionalistas y falangistas disidentes, éstos se hallaban en las entrañas del régimen, ocupando ámbitos de poder y cargos políticos en el nuevo Estado, desde los que hacer realidad su proyecto nacionalcatólico de nación.

Para empezar, en el caso granadino, los falangistas se encontraban con que, en abril de 1939, tres “derechistas” –fascistizados, pero derechistas– estaban al frente de los principales puestos de mando de la provincia. Esteban Samaniego permanecía como gobernador Civil desde mayo de 1937, Antonio Gallego Burín había sido nombrado alcalde de la capital en junio de 1938 y, un mes después, José Palacios y Ruiz de Almodóvar se situaba al frente de la Diputación Provincial.²² Falange podía convivir con ellos, compartir esferas de poder e, incluso, sabía que, sin ser fascistas, habían asumido ciertos elementos del fascismo. Pero, al término de la guerra, Falange se sentía fuerte para pasar al ataque y acceder a otros ámbitos que le permitieran hacer realidad el sueño de un Estado totalitario. De ahí, que el Partido comenzase a dar consignas en contra de las posturas acomodaticias, pero también actuara en contra de todos aquellos que habían utilizado Falange como una vía para conseguir certificados de adhesión al Movimiento. El jefe provincial de Granada, Miguel Hernáinz, admitía que las nuevas afiliaciones se habían hecho “sin la selección que hubiera sido precisa” y era necesario quitarse el lastre de los infiltrados que habían aumentado su volumen a costa de perder la “pureza” de sus ideales. Para ello ordenaba a todos los jefes locales que le enviaran una relación de “camaradas que por sus antecedentes y conducta política moral y profesional no sean dignos de figurar en nuestras filas”.²³ Este empeño por conservar intacta su ideología tuvo un relativo éxito, pero habla bien a las claras de que, a la altura

²¹ Véase CANALES SERRANO, Antonio. *Las otras derechas. Derechas y poder local en el País Vasco y Cataluña en el siglo XX*, Barcelona, Marcial Pons, 2006, p. 115.

²² *Ideal*, 16-5-1937; AHMG, “Acta de pleno del Ayuntamiento de Granada”, 3-6-38; *Ideal*, 9-7-1938.

²³ AGA, Presidencia, DNP, Caja: 51/20531, “Circular número 10 de la Jefatura Provincial de Granada”, 30-3-40 y “Circular número 15 de la Jefatura Provincial de Granada”, 19-9-1940.

del verano de 1940, Falange estaba convencida de que su proyecto acabaría triunfando.²⁴ El momento escogido para ello no era aleatorio. Tomada París, en el segundo semestre de 1940 el desenlace más probable de la conflagración mundial era un triunfo alemán. Las victorias de Hitler no pasaron desapercibidas para los falangistas que, al igual que los fascistas de otras naciones en las que tampoco ostentaban el poder, sabían que la realización de sus propósitos pasaba por la participación de España en la contienda. De ahí que fuera entonces cuando se produjo una radicalización del lenguaje empleado por los falangistas y un ataque constante contra todos aquellos que no compartían plenamente sus postulados.

La Falange granadina no fue una excepción y, desde el verano de 1940, lanzó una ofensiva para arrebatar el poder a los “derechistas”. El primer éxito lo obtuvieron con la salida del José Palacios y Ruiz de Almodóvar de la gestora provincial. En su lugar llegó Manuel Sola Rodríguez Bolívar, excombatiente y antiguo secretario provincial de FET de las JONS. No se trataba de un “camisa vieja”, pero no era un hombre hostil a Falange. Además, se rodeaba de un equipo de “excelentes falangistas y, por supuesto, todos ellos excombatientes”. Sin embargo, el control de Falange se redobló a partir de noviembre de 1942, con el nombramiento de Antonio Robles Jiménez, uno de los primeros jefes de Falange Española, como presidente de la Diputación. La nueva corporación no sufrió cambios destacables hasta la muerte de éste en 1946, pero, incluso entonces, el dominio continuó siendo falangista.²⁵

Más compleja resultó la situación del Gobierno Civil, porque también mayor interés tenía su dominio. Las atribuciones de la primera autoridad civil eran innumerables, puesto que sobre ellos recaía desde el nombramiento de los alcaldes de la provincia a los abastecimientos y la beneficencia, pasando por el control de la población provincial mediante la concesión de salvoconductos.²⁶ Resulta lógica la insistencia del jefe provincial de Granada, Miguel Hernáinz, para que Esteban Samaniego fuera

²⁴ Sobre el proceso de depuración: CENARRO, Ángela. *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, PUZ, 1997, p. 95; sobre la ofensiva falangista: SAZ, Ismael. “Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados”, *Ayer*, 68. 2007, pp. 145-146.

²⁵ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Partes mensuales de actividades provinciales”, julio, septiembre y noviembre de 1940; AGA, Gobernación, DGAL, Caja 44/2540, “Expediente personal de Manuel Sola Rodríguez Bolívar”, 1940.

²⁶ NICOLÁS MARÍN, Encarna. “Los gobiernos civiles en el franquismo: la vuelta a la tradición conservadora en Murcia (1939-1945)”, TUSELL, Javier et al. (eds.). *El régimen de Franco (1936-1975): política y relaciones exteriores*. Madrid, UNED, 1993, pp. 135-149. SANZ HOYA, Julián. “El estudio de la dictadura en las provincias. Algunas reflexiones sobre la metodología y el estado de la cuestión”, *VII Encuentro de Investigadores... Op. Cit.*

destituido al frente del Gobierno Civil, consiguiéndolo en septiembre de 1940. A la Falange granadina le preocupaba que, por culpa de la “desacertada gestión en materia de abastos” realizada por éste, el Partido se estuviera viendo salpicado por las críticas de la población. Pero, especialmente, irritaba que su hostilidad hacia el Partido fuera visible por los granadinos, como había ocurrido con motivo de la visita del Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, cuando el Gobernador se había negado a vestir la camisa azul en los diversos actos organizados.²⁷ A pesar de que, el propio Hernáinz recibiera esperanzado el paso de Antonio Gallego Burín de la Alcaldía al Gobierno Civil, los problemas no tardarían en aflorar. El grueso de las críticas falangistas fueron dirigidas contra la gestión de los abastecimientos y la escalada de acciones guerrilleras. Dos graves problemas que, a ojos de la opinión ciudadana, eran responsabilidad del Partido. Junto con ello, Falange también censuró la decisión de Antonio Gallego de no “tocar el tema político de los pueblos”, permaneciendo en las gestoras locales “hombres que o no son de Falange o son hostiles a ésta”, lo cual contravenía los deseos de una organización en plena ofensiva fascistizadora.²⁸

La solución al problema no vendría hasta la paulatina unificación de los cargos de jefe provincial de FET de las JONS y Gobernador Civil realizada entre 1939 y 1945. Una unificación que, en el caso de Granada se produjo en octubre de 1941, con la llegada a la provincia del coronel de la Guardia Civil Manuel Pizarro Cenjor. Con la fusión de ambos cargos el régimen acababa con una fuente de enfrentamientos constantes a nivel provincial. Pero ello no iba a significar –como en ocasiones se ha señalado– una pérdida de poder por parte de Falange. En primer lugar, porque la decisión tomada concordaba con los deseos falangistas de una estructura jerarquizada y vertical. Y, en segundo lugar, porque, aunque ahora fuera el Ministerio de Gobernación, y no la Secretaría General del Movimiento, quien se encargase de nombrar a los Gobernadores-jefes provinciales, ese puesto recayó durante muchos años en Blas Pérez, un falangista más franquista que muchos de sus camaradas, pero falangista en fin. Sólo

²⁷ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte mensual de actividades provinciales”, julio de 1940 y “Parte quincenal de actividades provinciales”, 15 al 30 de agosto de 1940.

²⁸ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1940; y Caja 51/20569 “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1941; Carta de Antonio Gallego Burín a Melchor Fernández Almagro”, 15-11-40, recogida en VINES MILLET, Cristina *Municipio y Política: Epistolario entre Melchor Fernández Almagro y Antonio Gallego Burín de 1938 a 1951*. Granada, CEMCI, 1993.

así se explica que, a la altura de 1945, la mayor parte de los Gobernadores Civiles fueran “camisas viejas” primero y, con el paso de los años, neofalangistas.²⁹

La conquista falangista de las instituciones provinciales no oculta su fracaso en la toma de algunos núcleos importantes de poder en la Granada de posguerra. Uno de ellos fue el Ayuntamiento que, entre 1938 y 1951 –quitando un año entre 1940 y 1941 en el que fue ocupado por el Catedrático de Derecho y antiguo concejal primorriverista, Rafael Acosta Inglo–, estuvo presidido por el Catedrático de Historia del Arte, Antonio Gallego Burín. Con él, la corporación municipal se convirtió en un importante bastión para quienes abogaban por una España más católica y tradicional que fascista y revolucionaria. Desde su vuelta a la Alcaldía en octubre de 1941, fue sometido por Falange a un constante acoso que no cesaría hasta su salida de Granada tras su nombramiento como Director General de Bellas Artes en 1951.³⁰ El primer “encontronazo” con Falange se produjo durante la celebración del VI Congreso de la Sección Femenina en la capital granadina. La presencia de dos de los falangistas más beligerantes –Pedro Laín y Antonio Tovar– junto con las amenazas de Pilar Primo de Rivera hacia “tanto acomodaticio como se ha metido en la Falange”, llegaron a intimidar a Gallego Burín. Además, unos días después el director del diario falangista *Patria*, Felipe Olivares, firmaba un artículo en el que censuraba implícitamente el fingido falangismo del alcalde. El carácter público de los ataques y los influyentes amigos con los que contaba el Gallego Burín –entre ellos el propio Cardenal Parrado que había denunciado en Madrid la hostilidad de la Falange local hacia éste– provocaron la destitución de Olivares.³¹ El alcalde había ganado el primer asalto y, tras el fracaso de la ofensiva falangista y su epílogo en los sucesos de Begoña de 1942, todo parecía preparado para la implantación del proyecto nacionalcatólico. El propio Antonio Gallego apareció entre los firmantes de un manifiesto a favor de la vuelta del rey a España. Quizás por ser un “buen franquista”, fue de los pocos que no sufrió sanción

²⁹ SANZ HOYA, Julián. “Camarada gobernador. Falange y los gobiernos civiles durante el primer franquismo”, *Ayeres en discusión. Actas del IX Congreso de la AHC*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, cd-rom; MARÍN, Martí. *Els ajuntaments franquistes... Op. Cit.*, pp. 81 y ss.

³⁰ La trayectoria de Antonio Gallego ha sido bastante estudiada: GALLEGO MOREL, Antonio. *Antonio Gallego Burín*. Madrid, Moneda y Crédito, 1973; VIÑES MILLET, Cristina, *Antonio Gallego Burín*. Granada, Comares, 2003 y HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. “El largo camino hacia el franquismo: Antonio Gallego Burín (1915-1939)”, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 23, 2011, pp. 193-206.

³¹ *Patria*, 3-1-1942; 9-1-1942 y 14-1-1942; GALLEGO MOREL, Antonio. *Antonio Gallego...*, pp. 94 y 101.

alguna por sus demandas monárquicas, pero a partir de ese momento la hostilidad de Falange hacia él se acrecentó.³²

La llegada a Granada de un falangista revolucionario en enero de 1944 amenazó seriamente la posición privilegiada de Antonio Gallego y de otros “hombres de orden” granadinos. El nuevo Gobernador Civil y jefe provincial de FET de las JONS, José María Fontana Tarrats, “camisa vieja” catalán, llegaba a la capital dispuesto a hacer realidad hasta el último de los puntos de la doctrina nacionalsindicalista. En unas primeras impresiones sobre la provincia enviadas a José Luis Arrese, le indicaba el temor existente entre los elementos de poder de la ciudad porque “estaban seguros de que iba a barrerlo todo”. Entre ellos, se encontraba el propio alcalde que, según Fontana, permanecía “acobardado” por la energía de sus propósitos para Granada.³³ En efecto, sus planes pasaron por la aplicación de una auténtica “justicia social” que solventara la espantosa situación de miseria que asolaba la provincia, una voluntad de acabar con la corrupción en el seno de las gestoras de los pueblos y un impulso a la “fascistización” del Estado desde el marco provincial. Sus intenciones y primeras medidas –que suscitaron las simpatías del vicecónsul británico en Granada– encendieron las alarmas entre los “sectores de orden”. Incluso algunas de ellas, como el establecimiento de una serie de explotaciones agrarias colectivas, hubieron de ser abandonadas rápidamente porque rebasaban lo asumible por el régimen.³⁴ Los defensores de una concepción de nación católica y tradicional, encabezados por Antonio Gallego no permanecieron pasivos. La situación del Orden Público y la acusación de “irse de cacerías” en lugar de atender a la provincia fueron las principales armas esgrimidas por el alcalde para deshacerse de Fontana. Por su parte, el Gobernador acusó al éste de haberse forjado una buena reputación a nivel nacional mediante el pago a ciertos propagandistas con fondos públicos para que ensalzaran su labor, de regir la ciudad como un “cacicato personal” y de ser una persona desafecta no sólo a Falange sino también al “Caudillo”.³⁵ El proceso de oscurecimiento de los rasgos más fascistas del régimen restó posibilidades de

³² Véase SAZ, Ismael. *España contra España... Op. Cit.*, pp. 367-368; TUSELL, Javier. *La oposición democrática al franquismo*. Barcelona, Planeta, 1977, p. 76.

³³ “Carta de José María Fontana a José Luis Arrese”, 19-1-1944, recogida en THOMÀS, Joan. *José M. Fontana: biografía política d’ un franquista català*, Reus, Centre de Lectura, 1997.

³⁴ Una definición de su programa para Granada puede verse en FONTANA TARRATS, José María. *Política granadina*. Granada, Imprenta Hermanos Paulino Ventura Traveset, 1945; sus experimentos de explotación comunitaria en: TNA, FO 371/60376, 11-4-1946.

³⁵ “Carta personal reservada al ministro de Gobernación Blas Pérez González del 15 de marzo de 1947”, 15-3-1947 recogida en THOMÀS, Joan. *José M. Fontana Tarrats: biografía política d’ un franquista català*. Reus, Centro de Lectura de Reus, 1997.

victoria a José María Fontana, que acabó abandonando la provincia en el verano de 1947 debido a sus choques con las influyentes familias granadinas y con el propio Gallego Burín. Habría que esperar todavía un tiempo para que los falangistas, salidos de su ostracismo, trataran de realizar su proyecto nacional.

La otra institución inaccesible para los falangistas fue la Universidad de Granada. Antonio Marín Ocete, amigo y de ideas similares a las de Antonio Gallego, ocupó el Rectorado desde julio de 1936, en sustitución de Salvador Vila, discípulo de Unamuno que tres meses después sería fusilado. En él se mantuvo hasta 1951 y todos los intentos de Falange por derribarlo resultaron baldíos. El control de la Universidad, al igual que el de la escuela, era esencial para los falangistas, pues tanto desde las cátedras como a través del Sindicato Español Universitario (SEU) podían aspirar a la formación de una juventud “revolucionaria”.³⁶ Conscientes del potencial que albergaba la Universidad granadina y de la presencia de ésta en el conjunto de la sociedad local, los falangistas no cesaron en sus críticas al Rector. A juicio de la organización provincial, Antonio Marín Ocete no era una persona que pudiera considerarse “ni mucho menos dentro de la comunidad política del Movimiento”. En realidad, el Rector granadino sí estaba dentro del Movimiento –carnet de FET de las JONS incluido– pero se encontraba muy alejado de los propósitos falangistas y no dudaba en obstaculizarlos cuanto podía. Al menos eso podemos deducir de las acusaciones de “menosprecio al partido”, de tener una ideología “manifiestamente opuesta a Falange” o de “boicotear y molestar repetidamente” el desarrollo de Falange y del SEU.³⁷

Como en otros casos, el enfrentamiento con el Rector llegó a ser visible por los granadinos de a pie. En 1941, el SEU granadino denunció su comportamiento en varios actos públicos por realizar comentarios en contra de la simbología falangista, lo que probaba, en opinión del Sindicato, su “aversión” hacia el “Movimiento Nacionalsindicalista”. En enero de 1945 las paredes del recinto universitario granadino aparecieron con pintadas tales como “Hay que definirse” o “los indiferentes de hoy son los comisarios del mañana”. Los actos –que Marín Ocete achacó a “obreros pagados por la Jefatura Provincial”– fueron, en opinión de Falange, “una acción decidida y conjunta de todos los universitarios granadinos” contra la actitud del “dominante y orgulloso”

³⁶ MORENTE VALERO, Francisco. “La Universitat feixista i la universitat franquista en perspectiva comparada” en DI FEBO, Giuliana y MOLINERO, Carme. (eds.) *Nou Estat, nova política, nou ordre social... Op. Cit.*

³⁷ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte quincenal de actividades provinciales”, 1 al 30 de julio de 1940 y “Parte mensual de actividades provinciales”, diciembre de 1940; Caja 51/10569, “Partes mensuales de actividades”, enero y febrero de 1941.

Rector de la Universidad. En diciembre de 1946, los granadinos pudieron percibir una vez más el conflicto existente entre Falange y Antonio Marín con motivo de la ausencia de este último en una manifestación de adhesión a Franco. Según el jefe provincial y “camisa vieja”, José María Fontana, la opinión popular le había acusado “de desafección, frialdad patriótica, animadversión a los postulados de Nuestro Glorioso Movimiento, y saboteador de la política encarnada en los mismos”. A pesar de todo, privados o públicos, los ataques de Falange no lograron apartar a Marín Ocete del Rectorado a lo largo de toda la posguerra, ni evitaron que llevara a cabo una política contraria a los intereses del Partido y del SEU. Sirva como ejemplo que las quejas vertidas por Fontana en febrero de 1945 por la “semi-indiferencia y el apoliticismo intolerable” existente en el seno del Claustro Universitario.³⁸

Las luchas que a nivel local, provincial y nacional se entablaron entre las diferentes fuerzas del régimen pudieron haber minado la estabilidad del régimen y restarle coherencia a su discurso. En buena medida, los roces entre falangistas y conservadores no trascendieron a los ciudadanos pero, como hemos visto, algunos enfrentamientos fueron conocidos públicamente, posibilitando que a ojos de la población el franquismo mostrara síntomas de debilidad. Especialmente, lo que los ciudadanos pudieron constatar fue que el régimen –como en realidad sucedía– no era homogéneo, sino que, por el contrario, existían dos concepciones de España enfrentadas en constante pugna. De alguna forma, la percepción de tal heterogeneidad posibilitó que el grueso de la población española pudiera decidir con qué proyecto nacional se sentía más identificado y, por tanto, acercarse si lo deseaba a aquellos grupos que estaban en mayor consonancia con sus intereses y aspiraciones. Cabría preguntarse si los españoles se identificaron, aunque fuera parcialmente, con alguno de los dos proyectos de nación existentes en el interior del régimen y, si así ocurrió, cuál fue predominante y por qué. Resulta evidente que una parte importante de la población –correspondiente en su mayor parte a las víctimas de la represión y de la victoria franquista– no sentía atracción alguna por ninguno de los dos. Pero ¿qué ocurría con la mayoría de la población? ¿Eran tan perceptibles las diferencias entre los componentes del sistema a nivel local?

Entre 1939 y 1942, la trayectoria ascendente de Falange, debido tanto a las importantes posiciones que ocupaba en la estructura del nuevo régimen como al

³⁸ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569 “Informe sobre el Rector de la Universidad de Granada”, 28-3-1941; Caja 51/20667, “Parte de información provincial de Granada correspondiente a febrero de 1945” y Caja 51/18982, “Informe del Jefe provincial del Movimiento sobre Antonio Marín Ocete”, 10-12-1946.

favorable desarrollo de la II Guerra Mundial, hacía pensar que el creciente proceso de fascistización experimentado por España podía desembocar en un modelo de Estado cercano al italiano o al alemán. Sin embargo, los avances en esta dirección, no ocultaban que muchos sectores tanto de dentro como de fuera del franquismo no comulgaban con las soflamas revolucionarias de los falangistas, identificaban a Falange con la represión o les responsabilizaban de la mala situación económica de la posguerra.³⁹ En esencia, la sociedad española de posguerra no era un terreno excesivamente favorable a los postulados fascistas. La nación movilizada deseada por Falange exigía un nuevo esfuerzo a una población a la que, en su mayor parte, le bastaba con saber que la guerra había terminado. De ahí que, en sus informes, Falange reconociera su frustración por el ambiente político existente marcado por la hostilidad y la indiferencia hacia la doctrina falangista y por una general “pasividad y conformismo” por parte de determinadas autoridades.⁴⁰ En este sentido, quienes sólo deseaban sobrevivir y dedicar sus esfuerzos a la familia estuvieron más cercanos al significado que otorgaban a la victoria los nacionalcatólicos, es decir, que prácticamente todo había quedado resuelto en abril de 1939.⁴¹ Ello no debe hacernos olvidar que, a pesar de la creciente hegemonía del nacionalcatolicismo y de la desfascistización experimentada por el Estado, Falange continuó siendo un importantísimo elemento dentro del régimen, como probaría la revitalización experimentada años después.

Por otra parte, las luchas de ambos proyectos por imponerse en la España de la posguerra no ocultaban que los puntos de unión eran muchos. Su carácter antiliberal y españolista, la aceptación del “espíritu del 18 de Julio”, la existencia de un enemigo común o la fidelidad a la figura de Franco, fueron elementos suficientes para mantener un alto grado de entendimiento. Al igual que sucedió en otras naciones europeas, el ultracatolicismo del régimen de Franco no constituyó un obstáculo para la fascistización, sino que, muy al contrario, se convirtió en una de las vías preferentes para la misma. Además, el proceso fascistizador era asumible por los católicos en la medida en que suponía la aceptación de aquellos postulados fascistas compatibles con el

³⁹ Por ejemplo AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte quincenal de actividades provinciales”, 1 al 15 de agosto de 1940; “Parte mensual de actividades provinciales”, febrero de 1941.

⁴⁰ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte mensual de actividades provinciales”, diciembre de 1940; y Caja 51/20588, “Parte mensual de actividades provinciales”, diciembre de 1942.

⁴¹ AGA, Presidencia, Vicesecretaría General del Movimiento, Caja 52/14111, “Informe de la Delegación Provincial de Investigación e Información de Granada”, 30-5-1942; AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, marzo de 1944; Al respecto SAZ, Ismael. *España contra España... Op. Cit.*, 196-197.

catolicismo y un poco de fascismo podía ayudarles a preservar sus privilegios.⁴² Como en otros países europeos, la existencia de nexos de unión entre las diferentes fuerzas propició la adopción del “compromiso autoritario” que ayudara a liquidar el pluralismo democrático y la contestación popular. Tanto los nacionalcatólicos como los fascistas españoles mostraron flexibilidad necesaria para que los conflictos no amenazaran la estabilidad del régimen franquista, eliminando las versiones más extremistas y siendo siempre conscientes de que el verdadero enemigo se encontraba fuera de las instituciones y organismos del Estado. En consecuencia, quedó establecida una alianza informal entre nacionalcatólicos y fascistas que otorgó un carácter peculiar al régimen, convirtiéndolo en una “dictadura fascistizada”.⁴³

Si volvemos la vista hacia aquellos hombres que ocuparon el poder local y provincial durante la posguerra podemos observar –además de una importante renovación del personal político– que la pertenencia a una determinada adscripción ideológica no fue el filtro más utilizado por el régimen para la selección de los encargados de la consolidación de la dictadura “desde abajo”. Por el contrario, fue la condición de excombatiente, excautivo o perseguido en la “zona roja” la credencial más sólida para ocupar un puesto de mando en la “Nueva España”.⁴⁴ Si atendemos a la muestra tomada para los alcaldes de 27 pueblos de la provincia de Granada en 1942 (*Gráfico 1*), podemos observar como los hombres procedentes de la derecha republicana y quienes pertenecían a Falange Española antes del 18 de julio de 1936 arrojan porcentajes similares. Sin embargo, casi la mitad de los ediles analizados (48,1 %) eran hombres sin experiencia política previa y, en muchos casos, encuadrados en Falange al inicio del “Alzamiento Nacional”.

⁴² POLLARD, John. “Clerical fascism...”, Op. Cit., pp. 433-446; QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Introducción” Op. Cit., pp. XV-XXX; SAZ, Ismael “Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español”, *Hispania*, 207, p. 168; KALLIS, Aristotle. “‘Fascism’, ‘Para-Fascism’ and ‘Fascistization’: On the Similarities of Three Conceptual Categories”. *European History Quarterly*, 33:2, 2003, pp. 219-249.

⁴³ BLINKHORN, Martin. “Introduction. Allies, rivals...”, Op. Cit., pp. 3-5; KALLIS, Aristotle. “Studying Inter-War Fascism in Epochal and Diachronic Terms: Ideological production, political experience and the quest of ‘Consensus’”, *European History Quarterly*, 34, 2004, pp. 9-42; BURRIN, Philip. “Política i societat...”, Op. Cit., pp. 489-493.

⁴⁴ DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “‘Hombres nuevos’: el personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)”, *Ayer*, 65, 2007, pp. 237-267; MARÍN, Martí. “(Re)construint l’Estat: L’administració local i provincial del franquisme i del franquisme italià en una perspectiva comparada” en DI FEBBO, Giuliana y MOLINERO, Carme. (eds.). *Nou Estat, nova política... Op. Cit.*, pp.13-43; COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “No sólo Franco...”, Op. Cit.; SANZ HOYA, Julián. “El partido fascista y la conformación del personal político local al servicio de las dictaduras de Mussolini y Franco”, *Historia Social* 71, 2011, pp. 107-123.

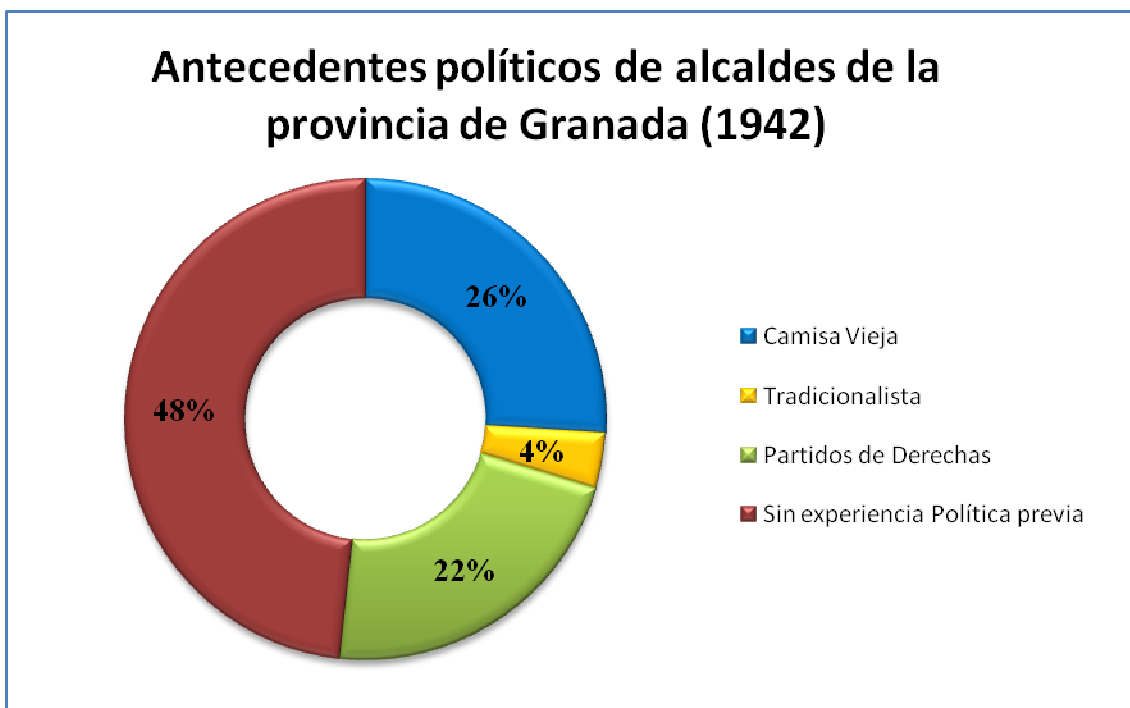


GRÁFICO 1. Fuente: AGA, Gobernación, DGAL, Cajas 44/2539 y 44/2540. Elaboración propia.

No obstante, es la experiencia de la Guerra Civil la que nos ofrece la clave para entender la configuración de los poderes locales y provinciales de la dictadura en los años cuarenta. La misma muestra (*Gráfico 2*) nos indica que un 51,8 % de los alcaldes estudiados fueron excombatientes y hasta un 85,1 % fueron víctimas de la violencia republicana o sacrificaron su vida por la “Causa Nacional”. El franquismo pensó que quienes habían derramado su sangre, de una manera u otra, por derribar a la II República serían los mejores guardianes de la victoria a nivel local.

Actuación durante la Guerra Civil de los alcaldes de la provincia de Granada (1942)

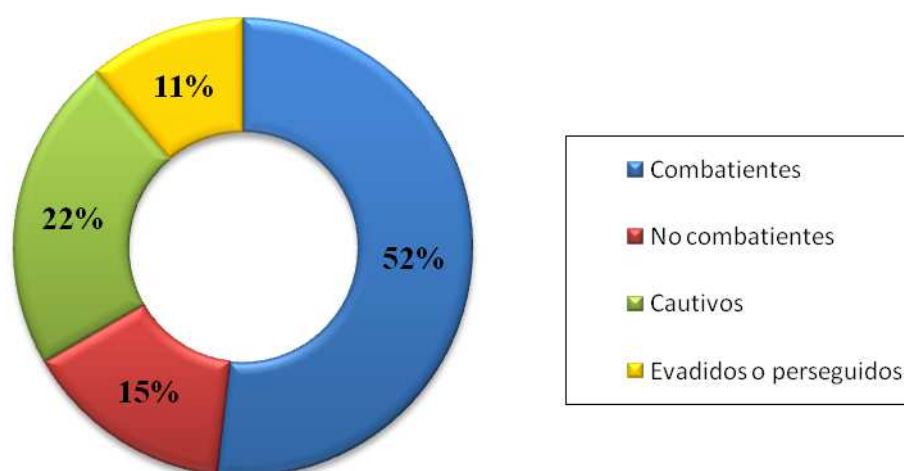


GRÁFICO 2. Fuente: AGA, Gobernación, DGAL, Cajas 44/2539 y 44/2540. Elaboración propia

Los enfrentamientos por definir qué debía ser España y qué no continuaron hasta la muerte del dictador en 1975. Los discursos de ambos proyectos no permanecieron estáticos sino que, en consonancia con los cambios producidos en el contexto internacional, con el momento político interno y el desarrollo del propio régimen, tuvieron que ir adaptando sus discursos para tratar de seguir predominando en el interior del Estado. Las instituciones no eran algo muerto. De ellas formaban parte los grandes jerarcas del Falange, los líderes de la ACNP y otros individuos que ocupaban ministerios, direcciones generales o jefaturas. Pero también eran parte de las mismas los inspectores, los delegados, los concejales, los párrocos, los funcionarios y, en definitiva, una ingente masa de ciudadanos corrientes que, con su trabajo diario contribuyeron a perduración de la dictadura y a forjar, en la medida de sus posibilidades, una España acorde con sus aspiraciones e intereses. Por supuesto, fuera de ellas se hallaba la mayoría de la población que, sin embargo, podía observar la pugna de diferentes proyectos nacionales y, también, su convergencia en una serie de aspectos esenciales. A pesar de ello, que los observaran no significa ni que tuvieran una visión certera de lo que realmente sucedía en las entrañas del régimen, ni que ciertamente les interesara mucho tenerla. Los ciudadanos corrientes eran conscientes de que Falange, la Iglesia o el Ejército eran fuerzas con enorme poder en la España de la posguerra pero, por encima

de todo, “el que mandaba era el que mandaba”, decía Cecilia. “La Iglesia y la Falange tenían su peso, pero Franco era el que mandaba y ordenaba”, afirma Rafael G.⁴⁵ Efectivamente, la creencia en que la firmeza de Franco era suficiente para contemporizar entre falangistas y “católicos” fue bastante extendida entre la población en general, contribuyendo de este modo a minimizar la sensación de debilidad del régimen que, bajo el liderazgo del “Caudillo” y la identificación de su mito con la guerra, no se podría ver alterada por luchas entre las diferentes fuerzas

2. Las condiciones de vida: ¿problema para el franquismo o mecanismo de despolitización?

Uno de los rasgos más característicos de la España de posguerra fue la alarmante situación de miseria y escasez vivida por la amplia mayoría de los ciudadanos. El oscuro panorama abierto en 1939 motivó incluso que la década de los cuarenta fuera conocida de manera habitual como “los años del hambre”. Todos los testimonios manejados en este estudio destacan la miseria como el rasgo definitorio de aquellos años. Las lamentables condiciones de vida, la mala alimentación, la falta de viviendas, las nefastas condiciones higiénicas, las enfermedades causadas como consecuencia de la desnutrición y, en general, la carencia de todo lo básico constituyeron graves desafíos a la estabilidad del régimen. Lejos de contribuir a paliar la precaria situación de muchas familias españolas, las medidas económicas adoptadas por las autoridades franquistas hicieron más difícil la supervivencia de la población durante los años cuarenta. Una población completamente dividida entre los que habían ganado la guerra y los que la habían perdido y en la que pasar hambre dependió en la mayor parte de los casos de la pertenencia a una de estas dos categorías. Con este funesto horizonte de miseria, hambre, supervivencia y fragmentación social echó a andar el régimen franquista.

El *problema de la vivienda* no tardó en convertirse en una característica esencial del primer franquismo. Debido a las destrucciones de la guerra, a las expropiaciones realizadas y al aumento de la miseria fueron muchos los que quedaron sin hogar o se vieron obligados a habitar en espacios de lamentables condiciones sanitarias. La carencia de materiales, la paralización de las construcciones durante la confrontación bélica, la lentitud burocrática en la aprobación de nuevos proyectos y la exigüidad de las

⁴⁵ Entrevista a Cecilia, Granada, 8-3-2011; Entrevista a Rafael G., Granada, 9-2-2011.

obras planificadas estuvieron en la base del fracaso franquista a la hora de solventar esta perentoria necesidad durante la posguerra.⁴⁶ Un fracaso que se produjo a pesar de que las autoridades eran conscientes de la existencia de un déficit de viviendas dignas que debía ser rápidamente subsanado; de que el hogar era considerado como el espacio natural sobre el que debían formarse las “nuevas” familias españolas; y de que el Estado no escatimó en esfuerzos para tratar de transmitir a los españoles que el problema de la vivienda ocupaba un lugar central entre sus preocupaciones.

A finales de 1936, los nuevos integrantes de la Corporación municipal granadina parecían tener detectados cuáles eran los dos problemas principales en relación con las viviendas de la capital. El primero era la existencia de casas a precios excesivamente elevados, inaccesibles para el conjunto de la clase media española considerada la “verdadera rectora y guía de la vida nacional”. El otro problema estaba constituido por la abundancia de viviendas “de pésimas condiciones de inhabitabilidad como es probable que no exista en ninguna otra capital”. En concreto se referían a las cuevas y chabolas que conformaban un cinturón de pobreza en torno al perímetro urbano.⁴⁷ En líneas generales de lo que se trataba era de acometer una doble reforma de la ciudad como defendía el arquitecto granadino José Fernández-Fígares. De una parte, debía atenderse a los barrios de la periferia granadina como San Miguel, Barranco del Abogado, San Cristóbal, Sacro Monte, las veredas de San Ildefonso o el Barranco de la Zorra, donde se habían construido chozas o cuevas en las que se refugiaban las familias más humildes. De otra, era necesaria la reforma interior del casco urbano, donde proliferaban barrios como “La Manigua” y San Lázaro que precisaban un paulatino saneamiento debido a la vejez de las edificaciones y a la carencia de las condiciones higiénicas más elementales.⁴⁸ A estas reformas hemos de añadir la necesidad de nuevas construcciones en la capital y pueblos de la provincia para albergar a todas las familias que habitaban en casas que no cumplían los más elementales requisitos higiénicos.

En estos tres ámbitos quedó evidenciado que la preocupación de las autoridades franquistas por el problema de la vivienda era una cuestión que iba más allá de lo meramente social. La actuación del Estado en este campo perseguía claros objetivos políticos concordantes con la cultura de los vencedores de la guerra. Por una parte, los

⁴⁶ FANDIÑO, Roberto G. “La vivienda como objeto de propaganda en el primer franquismo”, *Berceo*, 136, 2002, p.192; GINARD, David. GINARD, David. “Las condiciones de vida durante el primer franquismo. El caso de las Islas Baleares”, *Hispania*, 212, 2002, p.1125.

⁴⁷ AHMG, Caja 303046, Servicios. Fomento, “Informe del Teniente de Alcalde sobre problemas municipales”, 30-12-1936.

⁴⁸ *Ideal*, 11-7-1937.

dirigentes de la dictadura amplificaron la labor constructora del nuevo Estado exaltando la dedicación que el régimen prestaba al conjunto de los españoles y tratando de hacer ver que el eslogan propagandístico de “Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan” era una realidad. Por otra, con la reforma, reconstrucción y saneamiento de las viviendas ya construida, las nuevas autoridades creían estar regenerando el cuerpo social de España tan dañado por siglos de decadencia.⁴⁹

De los tres frentes abiertos en relación con el problema de la vivienda, el de las barriadas periféricas de la capital fue el que resultó menos atendido durante la década de los cuarenta. Más que a un verdadero interés por dar una solución real al problema, las acciones emprendidas para acabar con la plaga de cuevas y chabolas que rodeaba la ciudad estuvieron destinadas en su mayor parte a evitar los “perversos” efectos que podían derivarse de la convivencia de muchos individuos en tan nocivos espacios. En su etapa como Gobernador Civil de Granada, José María Fontana constató que solo en 968 cuevas de las existentes en la ciudad se amontonaban 5.808 habitantes.⁵⁰ Estas condiciones de hacinamiento en las que hombres y mujeres compartían a menudo una misma habitación representaban, en opinión de las autoridades, un foco de “peligrosa promiscuidad” que debía ser rápidamente erradicado. Además, en ellas se cobijaban los elementos más “indeseables” para el régimen. Desde las páginas de *Ideal* se mostró gran satisfacción porque el consistorio granadino hubiera destruido “las chozas y cuevas que existían en el río Beiro, Ventorrillo del Olivo, Barranco de la Zorra, San Miguel Alto y otros lugares del extrarradio que los indigentes habían escogido para albergarse”. Idéntico fin persiguió la labor emprendida por la Sección Femenina de Granada que se encargó del aseo y blanqueo de numerosas cuevas y de enseñarles a sus moradores “el hábito de la limpieza”.⁵¹ Añadamos el hecho de que las cuevas ubicadas en el cinturón urbano constituyeron con frecuencia el refugio de los guerrilleros más populares entre los granadinos, los hermanos Quero, y que, como consecuencia, el control y la “purificación” de tales áreas adquirió todavía una mayor prioridad. A pesar de que, como hemos señalado, las autoridades eran conscientes de la gravedad del problema, el número de cuevas se mantuvo estable durante toda la posguerra y, así, en 1950 sobre un

⁴⁹ Véase LÓPEZ DÍAZ, José. “Vivienda social y Falange: Ideario y construcciones en la década de 1940”, *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 146, 2003; FANDIÑO, Roberto G. *El baluarte de la buena conciencia. Prensa, propaganda y sociedad de la Rioja en el primer franquismo*. Logroño, Universidad de la Rioja e Instituto de Estudios Riojanos, 2009, pp. 160 y ss.

⁵⁰ FONTANA TARRATS, José María. *Política granadina... Op. Cit.*, p. 73.

⁵¹ AHMG, Caja 303046, Servicios. Fomento, “Informe del Teniente de Alcalde sobre problemas municipales”, 30-12-1936; *Ideal*, 8-8-1941 y *Patria*, 8-11-1946.

total de 32.426 viviendas censadas en la capital, las cuevas sumaban 3.632, un 11,3 % del total.⁵² Por muy inmoral que resultase, la miseria en la que vivían –debieron pensar las autoridades– impedía que se preocuparan por otras cuestión que no fuera la mera supervivencia.

El segundo ámbito de actuación fue el casco urbano. La reforma interior de Granada se convirtió en una auténtica obsesión para Antonio Gallego Burín, alcalde de la ciudad desde 1938. Las autoridades municipales se marcaron como objetivo primordial acabar con el insalubre barrio de “La Manigua” que, situado en pleno corazón de la urbe, era considerado una “vergüenza incalificable para una ciudad de turismo como Granada”. A la presencia de unas viviendas antihigiénicas, había que sumar la existencia de un “vecindario indeseable”, ya que el barrio concentraba los principales prostíbulos de la ciudad. El obispo auxiliar de Granada, Manuel Hurtado, lamentaba amargamente que “descocadas mujerzuelas” ofrecieran “repugnantes espectáculos” a plena luz del día en presencia de los niños.⁵³ El saneamiento de tales viviendas y la expulsión de los “perversos elementos” que en ellas moraban formaban parte de la tarea de purificación y regeneración moral que se habían marcado las autoridades de la “Nueva España”. Unas ideas regeneradoras que en cierta medida se inspiraban en la creencia de que, en contraste con el campo, la ciudad era un “foco de infección” y un lugar de depravación moral que podía llegar a originar degenerados sociales.⁵⁴ Las obras, que el propio alcalde comenzó con unos simbólicos golpes de piqueta en junio de 1940, culminaron tres años más tarde con la apertura de la monumental calle Ángel Ganivet por el propio Franco.⁵⁵ Aunque su ejecución suscitó algunas críticas entre los afectados y no tuvo excesivo éxito ni en la dotación de nuevos hogares a los damnificados por el proyecto ni en la erradicación de la prostitución de la zona, la reforma capitaneada por Gallego fue por lo general compartida por la mayoría de los granadinos, vista como necesaria para acabar con la inmoralidad y recordada hoy día como uno de los grandes logros de su mandato.⁵⁶

⁵² BOSQUE MAUREL, Joaquín. *Geografía urbana de Granada*, Granada, Universidad de Granada, 1988 [1962], p. 253.

⁵³ AHMG, Actas de Pleno del Ayuntamiento de Granada, 24-2-1939; *Ideal*, 19-7-1939.

⁵⁴ Otros ejemplos del trasfondo ideológico de estas intervenciones en: RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. *Migas con miedo... Op. Cit.*, p. 305; FANDIÑO, Roberto G. *El baluarte... Op. Cit.*, pp. 165-169.

⁵⁵ GALLEGO BURÍN, Antonio. *La reforma de Granada*. Granada, Imprenta Francisco Roldán Camacho, 1943. JUSTE, Julio. *La Granada de Gallego y Burín, 1938-1951: reformas urbanas y arquitectura*. Granada, Diputación Provincial, 1995.

⁵⁶ *Ideal*, 11-11-2006; Entrevistas a Daniel, 18-3-2011, Granada Paz, Granada, 31-3-2011 y Cecilia, Granada, 25-2-2011.

Finalmente, los rectores del nuevo Estado debieron acometer la construcción de las viviendas necesarias para albergar a todos aquellos que carecieran de una o que vivieran en condiciones infrahumanas. En base al principio de “justicia social” en que decía cimentarse la política del régimen franquista, el 18 de abril de 1939 se creó el Instituto Nacional de la Vivienda para “facilitar vivienda higiénica y alegre a los más humildes”.⁵⁷ En el fondo de esta nueva institución yacían unos claros planteamientos ideológicos. En principio, las nuevas viviendas debían adecuarse a una estructuración específica que hiciera de la casa un auténtico “hogar español”. Por ejemplo, la disposición de los dormitorios en torno a la cocina buscaba hacer de ésta el centro de la vida familiar. En las entregas de “casas baratas” a la población, las autoridades siempre se encargaron de evidenciar el contraste de los nuevos hogares con los edificados en épocas pasadas. De ese modo, frente a las tristes, oscuras, insalubres e inmorales moradas en las que hasta entonces habitaban, los obreros y campesinos más humildes, recibían alegres, sanas, luminosas, aireadas y cristianas viviendas.⁵⁸

Sin embargo, los logros de la nueva institución no fueron los esperados. En la provincia de Granada se cifraba en 5.000 el número de viviendas que a la altura de 1945 faltaban por ser construidas. Un año más tarde, las autoridades de la capital afirmaban que el problema adquiriría “caracteres de verdadera catástrofe” tanto por la escasez de viviendas como por el elevado coste de los pisos. Para el Gobernador Civil de la provincia la raíz del problema estaba en las destrucciones del conflicto, la inacción por parte de los poderes públicos en épocas pasadas y la fuerte inmigración que estaba recibiendo la ciudad. José María Fontana se lamentaba de que Granada hubiera recibido “30.000 almas” y construido tan solo “1.101 viviendas” en el periodo 1936-1945.⁵⁹ Aunque el Gobernador tuviera alguna razón en su diagnóstico de la situación, los recursos y la atención prestada por parte del Estado a la solución del problema fueron menores de los necesarios. En Loja (Granada), el Ayuntamiento aseguraba tener un proyecto para resolver la falta de casas que no podían emprender debido a la carencia de fondos. Mientras, la corporación de Baza (Granada) se quejaba de la escasez de viviendas que provocaba que “gran número de vecinos” habitase en “casas y cuevas

⁵⁷ BOE, 110, 20-11-1939, “Ley de 18 de Abril de 1939”.

⁵⁸ UREÑA, Gabriel. *Arquitectura y urbanística Civil y Militar en el periodo de la Autarquía*. Madrid, Istmo, 1976, p. 75; un ejemplo de esta retórica en: *Patria*, 29-7-1947.

⁵⁹ FONTANA TARRATS, José María. *Política granadina... Op. Cit.*, pp. 69 y ss.; AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/1795, “Informe sobre problemas provinciales”, 5-2-1946.

miserables”.⁶⁰ Aunque la falta de dedicación y recursos impidiera la solución del problema de la vivienda durante la posguerra, la entrega de viviendas pudo complacer a una parte de la población que observaban satisfechos cómo el nuevo régimen daba hogar a quien no lo tenía. Los actos de propaganda orquestados por la dictadura y la visibilidad de las entregas de vivienda resultaron fundamentales para que, sobre todo en las pequeñas localidades, quedara la imagen de que el Estado hacía cuanto estaba en sus manos para reconstruir España. Pero, sobre todo, la “labor constructora” del régimen sirvió para recompensar a sus apoyos sociales, dado que fueron funcionarios, mutilados o excombatientes los mayores beneficiados de la “justicia de Franco”.⁶¹

Sin embargo, fue el *problema del hambre* el que alcanzó una mayor gravedad durante los años cuarenta. A lo largo de la contienda, aquellos que habían permanecido en la zona sublevada habían gozado de una mayor disponibilidad de recursos para afrontar la dureza de la guerra. De hecho, son abundantes los testimonios que constatan la existencia de un ambiente de plena normalidad en la “zona nacional” que hacía de las ciudades pequeños “remansos de paz” en cuyas tiendas se podía encontrar casi de todo. Una situación que se contraponía con la vivida en el bando republicano, marcada por el deficiente funcionamiento del sistema de los abastecimientos y por unas cada vez más penosas condiciones de vida como consecuencia del desmoronamiento de los últimos bastiones de la resistencia.⁶² En 1938 el Gobernador Civil de Granada, Esteban Samaniego, afirmaba que “las necesidades de la población están cubiertas con excepción de melones y sandías”. Al llegar a San Sebastián en 1937, el granadino Leopoldo Torres Balbás se sorprendió de ver cómo los cafés estaban “animadísimos y llenos” de gente. Su mujer “se admiraba de las tiendas de comestibles de San Sebastián y de Burgos” tras haber padecido una gran escasez de alimentos en “zona roja”.⁶³ En consecuencia, resulta lógico que muchos de los que habían pasado la guerra en territorio republicano y habían sufrido una creciente falta de alimentos creyeran que llegada la paz su situación se vería aliviada.

Desgraciadamente, la victoria franquista inauguró una etapa mucho menos halagüeña de lo que todos pensaban. La “España de la Victoria” que había prometido

⁶⁰ AGA, Cultura, DNPPR, 51/2066, “Informe de problemas provinciales”, 12-11-1947; AGA, Gobernación, DGAL, “Memoria del Ayuntamiento de Baza”, 1948.

⁶¹ Un ejemplo en AHMG, Gobierno: Alcalde, “Cuestionario sobre servicios municipales”, 1938.

⁶² SEIDMAN, Michael. *The victorious counterrevolution...* Op. Cit.; GINARD, David. “Las condiciones de vida...”, Op. Cit., pp. 1100-1101.

⁶³ AGA, Gobernación, DGAL, Caja 44/2539, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1938; el testimonio de Torres Balbás en GALLEGO ROCA, Javier. (ed.). *Epistolario...* Op. Cit., pp. 114-116.

pan al conjunto de la sociedad se transformó rápidamente en un mundo de miseria y necesidades. La penosa situación de escasez fue tan extendida que acaparó las miradas de los observadores extranjeros con relativa frecuencia. En 1940 el Embajador inglés en España afirmaba que los ciudadanos estaban “aterrorizados por el hambre”. En enero del año siguiente los propios diplomáticos británicos informaban de que las condiciones de vida continuaban “deteriorándose rápidamente” y de que la miseria estaba “aumentando enormemente por el frío”.⁶⁴ Como vimos en el capítulo anterior, esta situación de miseria llevó a algunos españoles a alimentarse de cualquier cosa, robar o recurrir a la mendicidad. Los jefes granadinos hicieron notar “incremento tomado por la mendicidad” en 1941, fruto de la “venida de abundantes mendigos de otras provincias limítrofes”. Un cuadro dantesco que seguía persistiendo en 1944, cuando José María Fontana se veía obligado a reconocer que “la mendicidad infantil sigue en aumento y no hay posibilidad de terminar con ella”.⁶⁵ El oscuro panorama quedaba completado por los fallecimientos a consecuencia del hambre. En octubre de 1941, los informes enviados por los cónsules británicos en las diferentes provincias españolas coincidían en señalar “que las muertes por hambre se han visto aumentadas”. Unos meses antes la primera autoridad civil de la provincia de Granada había denunciado que en Alhama de Granada se daban “casos de muerte por inanición”.⁶⁶

La leve mejora dentro de la miseria que las condiciones de vida parecieron experimentar en los años siguientes se vio desmentida tras la conclusión de la II Guerra Mundial en 1945. En 1946 el cónsul italiano en Bilbao denunciaba la total falta de alimentos de primera necesidad y el “constante fluir de pedigüeños de ambos sexos”. Un repunte de la mendicidad que también empezaron a notar por las mismas fechas las autoridades granadinas.⁶⁷ Y es que, aunque a partir de esos años la miseria y el hambre se vieron mitigadas, algunas zonas –especialmente en el sur de la Península– siguieron

⁶⁴ HOARE, Samuel. *Ambassador in special mission*. London, Collins, 1946, p. 37; TNA, FO 371/26890, 6-1-1941.

⁶⁵ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales” marzo de 1941; Caja 51/20640 “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1944; también MÁRQUEZ VILLEGAS, Antonio. *Granada en mi memoria*. Granada, Grupo Editorial Universitario, 1996, pp. 173-174.

⁶⁶ TNA, FO 371/26891, 11-10-1941; AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, febrero de 1941; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Morir de hambre”. Autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo”, *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 241-258.

⁶⁷ AMAEI, Affari Politici, Caja 1216, 20-11-1946; AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/1795, “Informe de problemas provinciales”, 5-5-1946.

sufriendo unas malas condiciones de vida que sólo irían mejorando de forma paulatina a lo largo de la década de los cincuenta.⁶⁸

Las explicaciones oficiales a tan infame situación de miseria señalaron como grandes culpables a la guerra, la “herencia de hambre” recibida de la República y el aislamiento internacional sufrido tras la derrota de las potencias del Eje a manos del bloque aliado. A éstas se sumaron otras teorías como la de la “pertinaz sequía” que frustraba los sufridos esfuerzos del campesinado español o la extensión del fenómeno del estraperlo durante los cuarenta. Unas justificaciones que resultaron creíbles para una parte de la población. Rafael P. afirma que en los años cuarenta “hubo cinco años de sequía que... ¡Ya no hay sequías de esas!”. Pero se trata de argumentos que no explican el alcance de la escasez vivida durante la década. Por ejemplo, los destrozos ocasionados durante la Guerra Civil fueron menores que los posteriormente causados durante la conflagración mundial y, sin embargo, el periodo de recuperación en España fue mucho mayor que el necesitado por las naciones europeas. En 1941, el jefe provincial de FET de las JONS en Granada, Miguel Hernáinz, achacaba la triste realidad económica del país a las consecuencias derivadas de la contienda, pero añadía que, “sin negar esta evidente realidad, su influencia, con ser decisiva, no llega, ni con mucho, a justificar el hambre reinante”. Para encontrar a los culpables de la situación es necesario mirar al interior del régimen, pues fueron sus decisiones políticas y económicas las principales responsables de la misma.⁶⁹

En efecto, el sistema autárquico adoptado por la dictadura constituyó un golpe mortal para la economía española. La adopción de un modelo proteccionista que aspiraba al autoabastecimiento de la nación y que privilegiaba el desarrollo industrial del país fue la causa principal de que la miseria fuera tan profunda y, sobre todo, tan prolongada.⁷⁰ El excesivo intervencionismo estatal y los fallos en la política de abastecimientos fueron el blanco de las críticas de la población. Los racionamientos proporcionados fueron insuficientes para poder vivir, ya que los españoles raramente recibieron aquello que en teoría les correspondían y vieron cómo las raciones fueron sometidas a constantes recortes. A principios de los cuarenta, el cónsul inglés en Málaga

⁶⁸ CAZORLA, Antonio. *Fear and progress... Op. Cit.*, pp.73 y ss.; y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Morir de hambre’ ... Op. Cit., p. 251-252.

⁶⁹ BARCIELA, Carlos et al. *La España de Franco (1939-1975)*. Economía. Madrid, Síntesis, 2001, p. 23-24; SEVILLANO CALERO, Francisco. *Ecos de papel. La opinión de los españoles bajo el franquismo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 55-56. El testimonio en: AGA, Presidencia, DNP, Caja: 51/20569, “Informe de la situación política en la provincia”, 30-8-1941; entrevista a Rafael P. Granada, 12-7-2011.

⁷⁰ BARCIELA, Carlos et al. *La España de Franco... Op. Cit.*, pp. 24-25.

aseguraba haber recibido solo la mitad del pan estipulado en su cartilla. Algunos de sus homólogos italianos afirmaban que las patatas que se venían “aligerando normalmente” se distribuían “ya solo simbólicamente por falta de las cantidades necesarias”. En 1946 las reducciones en el racionamiento continuaban produciéndose y el delegado de Prensa y Propaganda de Granada recogía los comentarios desfavorables de la población por la disminución de la ración de aceite. La situación era tal que los periódicos recibieron órdenes de no dar noticia alguna sobre los abastecimientos en la provincia.⁷¹

La escasez de las raciones suministradas era reconocida por las propias autoridades. Los cálculos de las dirigentes granadinos estimaban que a Guadix se enviaba “racionamiento (teórico e insuficiente desde luego) para 22.000 habitantes” cuando el número de racionados era de 28.000.⁷² La situación era tal, que las jerarquías de Falange comprendían que una parte de la población viviera al margen de la ley. En octubre de 1940, las autoridades de Granada calificaban el racionamiento de “insuficiente e irrisorio” y sostenían que el estraperlo “más que ser un hecho delictivo era una necesidad”. Unos meses más tarde, los mismos dirigentes dibujaban un oscuro cuadro en el que a los granadinos se les presentaban dos opciones: “O SE VIVE OFICIALMENTE DEL RACIONAMIENTO [...] con lo que OFICIALMENTE TODOS LOS ESPAÑOLES HABRÍAN MUERTO DE INANICIÓN, o precisa recurrir, como se hace, al estraperlo...”.⁷³

La desorganización de los abastecimientos era generalizada y a ella fueron dirigidas gran parte de las quejas de la población. Los informes elaborados reflejaban el descontento de los ciudadanos porque fueran traídos desde otras localidades productos que se amontonaban en los almacenes de la provincia.⁷⁴ Resultaba verdaderamente esperpéntico que mientras unos españoles recibían raciones insuficientes que les condenaban a la malnutrición, la enfermedad y la muerte, fuera posible encontrarse en los almacenes de la provincia productos que se estaban pudriendo. En febrero de 1941 las jerarquías provinciales granadinas informaban de que en Motril se estaba picando la habichuela, que en Cájar y otros pueblos se estaba echando a perder la aceituna y que en

⁷¹ TNA, FO 371/26891, 23-7-1941; AMAEI, Affari Politici, Caja 1216, 20-11-1946; AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/01795 “Informe sobre problemas provinciales”, 5-5-1946 y “Consigna sobre abastecimientos”, 2-4-1946.

⁷² AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, julio de 1941; otros ejemplos en DIHGF, “Informe de la DGS”, 1942, pp. 167 y ss.

⁷³ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte mensual de actividades provinciales”, octubre de 1940 y Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, marzo de 1941 [mayúsculas en el original]

⁷⁴ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Partes mensuales de actividades provinciales”, septiembre y octubre de 1940.

la capital había “sido quemado y arrojado bacalao que se pudría en algunos almacenes” al río Genil. Todavía en 1946, las autoridades granadinas registraban el malestar general porque, a pesar del hambre, las patatas se estaban “pudriendo sobre el campo”.⁷⁵ Todos estos elementos generaban un profundo descontento que se veía aumentado cuando llegaba alguna noticia sobre el envío de alimentos a las potencias del Eje mientras los españoles se esforzaban por sobrevivir o padecían el elevado coste de la vida y del precio de los alimentos, reconocido –aunque minusvalorado–, incluso por las propias autoridades. (Tabla 1).⁷⁶

Coste de la vida en Granada capital (1941) [Base: julio de 1936 = 100]

Mes	Alimentación	Vestido
Enero	259,6	250,2
Febrero	279,6	273,7
Marzo	316,5	288,2
Abril	325,9	288,2
Mayo	328,6	288,2

TABLA 1. Fuente: *Boletín provincial de la CNS*, 1941. (Boletín Estadístico del Ministerio de Trabajo)

La mala organización afectó igualmente a las instituciones asistenciales del régimen. Ante la escasez del racionamiento y la falta de recursos, muchos españoles se vieron obligados a acudir a la beneficencia franquista, desbordando con frecuencia la capacidad asistencial de la dictadura. En 1938, los mandos granadinos mostraban su alegría por la marcha de Auxilio Social, puesto que ya funcionaban cinco comedores sociales en la capital y veintidós en la provincia, que ofrecían un total de 5.000 raciones al día.⁷⁷ Pero finalizada la contienda, los servicios asistenciales prestados por las organizaciones católicas y por el Partido se vieron rebasados por el constante deterioro de las condiciones de vida que la propia política económica del régimen estaba provocando. Los repartos de ropa, alimentos y medicinas en las parroquias, la organización de tómbolas de caridad, las campañas navideñas y los comedores benéficos no bastaron para aliviar el hambre que sufría una importante parte de la

⁷⁵ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, febrero de 1941. AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/1795, “Informe sobre problemas provinciales”, 5-11-1946.

⁷⁶ TNA, FO 371/26890, 6-1-1941 y FO 371/26891, 10-7-1941; AGA, Presidencia, DNP; Caja 51/20531, “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1940.

⁷⁷ AGA, Gobernación. DGAL, Caja 44/2539, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1938.

población española.⁷⁸ Las justificaciones oficiales que aludían a la insolidaridad por parte de los más acomodados o a los desastres de la Guerra Civil no ocultaban la desorganización y la insuficiencia de los recursos empleados para remediar la miseria.⁷⁹

La falta de víveres obligó al Auxilio Social granadino a cerrar algún comedor de la provincia a mediados de 1940. En octubre del mismo año los dirigentes provinciales percibían una mejora por la apertura de nuevos comedores provinciales, pero las lamentables condiciones de vida originaban que el número de asistidos fuera cada vez mayor. Para entonces ya se servían 13.412 raciones diarias y, dos meses después, ascendían a 15.000, el triple de las necesarias en 1938.⁸⁰ La entrada del invierno y el deficiente racionamiento provocaron una subida estratosférica del número de asistidos en el primer trimestre de 1941. Las autoridades granadinas reconocían que en la localidad de Almuñécar –con unos 7.000 habitantes– se habían elevado de 200 a 1.500 las raciones diarias ofrecidas en los comedores. En marzo de 1941, sólo en la capital se daban del orden de 8.000 comidas diarias, mientras que en el conjunto de la provincia la cifra ascendía a 19.000.⁸¹ Pasados unos años la caridad ofrecida por las organizaciones católicas y por las instituciones de FET de las JONS se había convertido en algo habitual entre los ciudadanos. A pesar de ello, la deficiente organización y gestión de los recursos seguía lastrando el funcionamiento de los comedores y hogares establecidos por la dictadura, haciendo imposible el cumplimiento de los postulados de la “justicia social”.⁸²

Pese a los evidentes fallos de la política autárquica y su denuncia por parte de las autoridades provinciales, los dirigentes franquistas estaban convencidos de que la autarquía no debía ser abandonada. Lejos de ser algo forzado por las circunstancias de la posguerra, el modelo adoptado fue algo elegido por el régimen y prueba de ello es que no se trató de una medida coyuntural sino permanente. Entre otras razones, porque

⁷⁸ AACE, Caja 1-1-6, “Memoria anual diocesana de las Jóvenes de Acción Católica de Granada”, Curso 1940-1941; Caja 1-1-3, “Memoria anual de la Unión Diocesana de Mujeres de Acción Católica de Granada”, Curso 1941-1942.

⁷⁹ AACE, Caja 200-1-1, “Memoria anual de Acción Católica General de Granada”, curso 1942-1943.

⁸⁰ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531 “Parte quincenal de actividades provinciales”. 15 al 30 de junio de 1940; “Partes mensuales de actividades provinciales”, octubre y diciembre de 1940.

⁸¹ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Partes mensuales de actividades provinciales”, enero y marzo de 1941; otros ejemplos de las disfunciones de Auxilio Social en: JARNE, Antonieta. “Vencidos y pobres en la Cataluña rural: la subsistencia intervenida en la posguerra franquista”, *Historia del Presente*, 5, 2005, pp. 167-186; RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. “Auxilio Social y las actitudes cotidianas en los años del hambre, 1937-1943”, *Historia del Presente*, 17, 2011, pp. 127-147.

⁸² AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20667, “Parte mensual de actividades provinciales”, enero de 1946; AACE, “Memoria anual diocesana de Acción Católica General de Granada”, Curso 1947-1948; AMAEI, Affari Politici, Caja 66, octubre de 1944.

la autarquía fue completamente coherente con sus fines políticos, sociales y culturales.⁸³ Al considerar que entre las razones de la miseria se encontraba la mala gestión de los recursos hecha por el gobierno republicano, las nuevas autoridades entendieron que era necesario imprimir un giro radical a la política económica de la nación, cerrándola sobre sí misma y protegiéndola de la contaminación externa. La autarquía tomaba así perfiles profilácticos y se erigía como un elemento indispensable para la regeneración nacional.⁸⁴ Pero, sobre todo, se convertía en un elemento más de la “Cultura de la Victoria” franquista.

La autarquía fue un arma política en manos del régimen que hizo que las condiciones de vida no fueran iguales para todos. Los vencidos de la guerra no se beneficiaron de la construcción de viviendas del nuevo régimen ni tampoco les fueron devueltas sus propiedades o reparadas las pérdidas sufridas durante la guerra. En la España de la victoria encontraron todo tipo de obstáculos para lograr un trabajo con el que alimentar a sus familias y les resultó mucho más difícil la obtención de alimentos mediante el racionamiento oficial. La penosa situación vivida por los vencidos de la guerra les empujó a recurrir a soluciones desesperadas como el ejercicio de la prostitución o la mendicidad callejera. En otras ocasiones no les quedó otra salida que transgredir la legalidad. Ingenios tales como la falsificación o duplicación de las cartillas de racionamiento, el robo de subsistencia o la participación en el fenómeno del estraperlo fueron prueba evidente de ello.⁸⁵ El simple hecho de tener que utilizar la cartilla de racionamiento para obtener, aunque fuera en una pequeña cantidad, algo que llevarse a la boca o la necesidad de acudir a los comedores asistenciales constituyeron eficientes mecanismos de control y humillación de los vencidos que les marcaron para siempre. Baste al respecto el testimonio de Alfonso: “Desde las colas de racionamiento, cuando han llegado los tiempos normales, soy incapaz de ponerme en una cola de

⁸³ BARCIELA, Carlos et al. *La España de Franco... Op. Cit.*, pp. 33-35; y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “El secreto del consenso”, *Op. Cit.*, pp. 265-266.

⁸⁴ RICHARDS, Michael. *Un tiempo de silencio... Op. Cit.*, pp. 165-175.

⁸⁵ DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. *Hambre de siglos... Op. Cit.*, pp. 267-269; RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. “Lazarillos del Caudillo. El hurto moral como micropolítica subalterna frente a la autarquía franquista”, *Historia Social*, 72, 2012, pp. 65-87; GÓMEZ WESTERMEYER, Juan. *Historia de la delincuencia en la sociedad española: Murcia, 1939-1949. Similitudes y diferencias en otros espacios europeos*. Murcia, Tesis doctoral, Universidad de Murcia, 2006, especialmente pp. 97-280; GÓMEZ OLIVER, Miguel y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “El estraperlo...” *Op. Cit.*, pp. 179-199.

nada”.⁸⁶ Unida a la represión, la gestión del hambre por parte de las autoridades franquistas dejó sin recurso algunos a sus oponentes impidiendo una fuerte contestación contra el régimen y condenándolos a la resistencia pasiva, el silencio y la supervivencia.⁸⁷

Mientras, para los vencedores de la guerra, la situación no fue tan asfixiante. El “nuevo” Estado fue el encargado de la gestión de los recursos existentes y pudo decidir perfectamente cómo repartirlos. Fueron ellos los principales beneficiarios por la política de vivienda del régimen y por los esfuerzo de éste por colocarlos en la administración franquista. En el caso de las cartillas de racionamiento, los Ayuntamientos fueron los responsables del abastecimiento de las poblaciones y, por lo general, los vencedores salieron ampliamente beneficiados. A pesar de que les habían sido devueltas sus propiedades y sus puestos de trabajo, fue frecuente que los vencedores recibieran mayores recursos de los que por su posición les correspondían. Prueba de ello son las palabras del cónsul británico en Málaga cuando aseguraba que “no deja de ser absurdo el ver cómo en la categoría en cuestión [la tercera, en la que se encuadraban aquellos con menos recursos] incluye numerosas personas (e incluso algunos miembros de la Comunidad británica que son capaces de pagar por su pan)”.⁸⁸ El recurso al estraperlo también les ayudó a mejorar sus condiciones de vida. El Estado miró para otro lado cuando quienes participaron en el mercado negro formaban parte de sus apoyos sociales permitiendo no sólo la creación de grandes fortunas sino el que muchos vivieran en una situación mucho más desahogada.⁸⁹

Pero, ¿qué sucedió con todos aquellos españoles que formaban parte de la inmensa “zona gris” de la posguerra, para los que no estrictamente vencedores o vencidos? Efectivamente, la mala organización del sistema de abastecimientos, el traslado de víveres de unas localidades a otras, la escasez de las raciones y otros defectos de la política de abastecimientos causaron un evidente malestar en el grueso de la población española.⁹⁰ Sin embargo, aunque la miseria reinante y el hambre padecida

⁸⁶ DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Hunger and the consolidation...”, *Op. Cit.*, pp. 260 y ss.; MOLINERO, Carme. “La política social del régimen... *Op. Cit.* p. 322; el ejemplo en entrevista a Alfonso, Granada, 10-3-2011.

⁸⁷ RICHARDS, Michael. *Un tiempo de silencio... Op. Cit.*, p. 195 y CAZORLA, Antonio. *Fear and progress... Op. Cit.*, pp. 84-5.

⁸⁸ El ejemplo en TNA, FO 371/26891, 10-7-1941.

⁸⁹ BARCIELA, Carlos. “Franquismo y corrupción económica”, *Historia Social*, 30, 1998, pp. 83-96; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. *Hambre de siglos... Op. Cit.*, pp. 343-356.

⁹⁰ Por ejemplo AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1941; y AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2360, “Informe de los problemas provinciales”,

por amplios sectores de la población originasen un profundo descontento popular, la estabilidad del régimen no pareció nunca amenazada. En general, daba la impresión de que la gente estaba más preocupada por olvidar la inmediata Guerra Civil y centrar todos sus esfuerzos en sobrevivir o mejorar sus condiciones de vida. Concepción afirma que “habría alguien a quien le interesara la política, pero lo cierto es que cada uno estaba pendiente de su vida”. Por su parte, Dolores sostiene que “bastante tenía cada uno con lo suyo como para preocuparse por otras cosas (la política)”. La mayor parte de los ciudadanos rebajó sus expectativas y decidió expulsar el mundo de la política de sus inquietudes para concentrar todas sus energías en la esfera económica.⁹¹

Las protestas, que fueron muchas, tuvieron por supuesto unas consecuencias políticas. El mal funcionamiento del sistema de abastecimiento en todo el país provocó que los ciudadanos dirigieran sus críticas en las autoridades locales y provinciales del partido único, a pesar de que éstas acusaban a la Fiscalía de Tasas o a la Comisión de Abastecimientos de ser las únicas responsables de la situación. De este modo, la Falange granadina se lamentaba de que, “por la errónea creencia de suponerle responsable” de la situación, la organización estaba más desprestigiada. En efecto, fue Falange la más perjudicada por la avalancha de quejas por parte de la ciudadanía y ello repercutió negativamente en la ampliación de sus apoyos sociales.⁹² Pero, en primer lugar, la capacidad proselitista del Partido solo fue neutralizada temporalmente. En segundo lugar, las críticas se centraban en quienes se consideraba culpables de la mala situación de los abastecimientos, pero Franco quedaba exento de cualquier tipo de responsabilidad. Al igual que había ocurrido en la Alemania nazi o en la Italia fascista, muchos ciudadanos exoneraban al dictador de cualquier responsabilidad en las deficiencias del sistema o en la corrupción generalizada y, bajo la máxima de “Si Franco se enterara”, culpaban de ello a las autoridades locales con las que convivían a diario. Y, en último lugar, muchos de estos ataques no iban tanto dirigidos contra el sistema en sí, sino contra su funcionamiento por lo que difícilmente podían ser utilizados por una oposición derrotada y reprimida. En una de sus visitas al sur de España a comienzos de 1941, el embajador británico constataba la despreocupación

Granada, 5-3-1947; MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. “El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?”, *Ayer*, 52, 2003, pp. 255-280.

⁹¹ CABANA, Ana. “De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)”, *Historia Social*, 71, 2011, p. 97; Entrevistas a Concepción, Granada, 10-8-2011 y a Dolores, Granada.25-11-2008.

⁹² MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. “El malestar popular...”, *Op. Cit.*, pp. 279-280; un ejemplo de estas críticas en AGA, Presidencia, DNP, Caja: 51/20531, “Parte quinquenal de actividades provinciales”, 1 al 15 de agosto de 1940.

política de una población a la que solo obsesionaba la comida y opinaba que era difícil “que esta situación de miseria pueda ser capitalizada por elementos subversivos” puesto que “nada hay en el horizonte de los españoles, más allá del deseo de sobrevivir”.⁹³ A ello hay que sumarle dos elementos que mitigaron las críticas y sus efectos sobre la estabilidad del régimen. En primer lugar, los defectos en la política asistencial de la dictadura no impidieron que entre los favorecidos por la misma y entre una buena parte de la ciudadanía se viera de manera positiva la preocupación del régimen por alimentar a los españoles. Los vencedores de la guerra y buena parte de la ciudadanía, incluyendo algunos vencidos vieron con satisfacción la apertura de comedores sociales, la labor desempeñada por las organizaciones religiosas o la divulgación sanitaria realizada por la Sección Femenina en el marco rural.⁹⁴ Y, en segundo lugar, no resulta extraño que muchos españoles aceptaran las explicaciones que el régimen daba para la miseria. Muchos ciudadanos creyeron que las malas condiciones de vida eran consecuencia de los destrozos causadas por los “rojos”, de las devastaciones de la Guerra Civil y del posterior “cerco internacional”, tras la derrota de los fascismos. “Claro que había hambre –recuerda Daniel–, pero ¿qué íbamos a hacerle? Nos habían dejado el país destrozado”. La cercanía de la guerra, el agitado panorama internacional y el deseo de volver a la normalidad hicieron que muchos ciudadanos vieran la situación de hambre como algo normal ante lo que no había otro remedio que realizar sacrificios y esperar tiempos más favorables.⁹⁵

A pesar de las críticas recibidas por el régimen, las malas condiciones de vida no fueron una amenaza para su estabilidad. La autarquía resultó ser una útil herramienta para reprimir y controlar a los vencidos, premiar a los vencedores y despolitizar a la amplia mayoría de la sociedad española. Cuando a inicios de los cincuenta la situación económica mejoró, el franquismo había logrado la pasividad necesaria para asegurar su consolidación.

⁹³ CAZORLA, Antonio. *La políticas de la victoria...* Op. Cit., p. 239; TNA, FO 371/26890, 29-1-1941.

⁹⁴ MOLINERO, Carme. *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005; CENARRO, Ángela. *Los niños del Auxilio Social*. Madrid, Espasa, 2009, pp. 224 y ss.

⁹⁵ ADRIÁ, Joan. "Los factores de producción de consentimiento político en el primer franquismo: consideraciones apoyadas en el testimonio de algunos liranos corrientes", en SAZ, Ismael y GÓMEZ RODA, J. Alberto (eds.). *El franquismo en Valencia...* Op. Cit., pp. 155; y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. *Hambre de siglos...* Op. Cit., pp. 324-327. CABANA, Ana. *Xente de orde...* Op. Cit., p. 95.

3. La oposición antifranquista: ¿desafío para el régimen o impedimento para la vuelta a la “normalidad”?

La derrota de las tropas republicanas supuso la desmovilización de un importante contingente de hombres que tuvieron muy diferente destino. Unos fueron capturados por las tropas vencedoras y encerrados en las cárceles. Otros decidieron salir de España para evitar la dureza de la represión y abandonar sus hogares para siempre. Y algunos, finalmente, no se dieron por vencidos y decidieron seguir intentando combatir a la dictadura. Entre estos últimos, hubo quienes trataron de reorganizar en la clandestinidad los antiguos partidos republicanos y de izquierdas y crear un aparato político desde el que conseguir los apoyos necesarios para derribar al régimen. Pero la gran mayoría de los que decidieron luchar contra el franquismo, lo hicieron desde las partidas guerrilleras que se formaron desde principios de los años cuarenta. De este modo, el régimen se vio obligado a hacer frente a grupos armados que amenazaron su consolidación hasta inicios de la década de los cincuenta. Más de diez años de combate contra la resistencia armada que se saldaron con el abandono de las armas por parte de las partidas y la desactivación de la guerrilla antifranquista; pero que supusieron un constante desafío para la dictadura y pudieron desproveerle de importantes apoyos sociales. Como veremos, la realidad fue muy diferente y, a principios de los cincuenta, la oposición a la dictadura estaba agotada y la situación del régimen era más sólida que nunca.

Al término de la Guerra Civil, los diferentes grupos políticos que habían combatido a los rebeldes se encontraban derrotados y fragmentados. Los enfrenamientos no solo eran evidentes entre los componentes de la izquierda, sino en el mismo seno de cada una de las organizaciones. Únicamente el PCE parecía mostrar una cierta capacidad para superar las crisis internas sin sufrir un profundo debilitamiento. Pero el paso de los años puso de manifiesto la existencia de divisiones entre los comunistas y la dificultad para establecer coaliciones sólidas que permitieran afrontar con ciertas esperanzas la lucha contra la dictadura.⁹⁶ En Granada, la situación no era diferente. Finalizada la guerra, los principales efectivos del PSOE en la provincia estaban muertos, en la cárcel o en el exilio y las divisiones en su seno impedían su

⁹⁶ Sobre el PCE: HEINE, Helmut. *La oposición política al franquismo*. Barcelona, Crítica, 1983, pp. 85 y ss. Sobre el PSOE: GRAHAM, Helen. *El PSOE en la Guerra Civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939)*. Barcelona, Debate, 2005. Sobre los anarquistas: HERRERÍN, Ángel. *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*. Madrid, Siglo XXI, 2004, pp. 36-80.

reorganización. Los anarquistas habían pasado de ser un contingente influyente en determinados núcleos obreros como el Albayzín, a convertirse en un grupo sin apenas importancia en el que sus elementos principales fueron acibillados por la policía en 1949 en un céntrico edificio situado en la calle Paz. Los intentos de reorganización del PCE granadino también resultaron baldíos a causa de la represión franquista y por la desconexión de sus integrantes con la vida local. En 1944, cuando fueron desmantelados, el PCE provincial estaba formado por tan solo cinco miembros.⁹⁷ La escasa incidencia en la vida pública de la provincia, resulta lógico que, en los testimonios manejados en este trabajo, no aparezca referencia alguna a las actividades de los antiguos partidos republicanos o de izquierdas durante la posguerra.

Las formas de resistencia antifranquista no se agotaron en el interior de las organizaciones políticas clandestinas, sino que hubo otros actos más visibles para el conjunto de la ciudadanía. A pesar de su peligrosidad, la esfera pública fue testigo de opiniones contrarias al régimen franquista y favorables a la República, que obligaron a las autoridades a reforzar la vigilancia y el control. Los bares, las tabernas, las festividades y la calle en general fueron utilizados como espacio de crítica hacia el régimen, produciéndose en algunas ocasiones actos de verdadero contenido político. Así ocurrió en Granada el 9 de noviembre de 1946 cuando, en la sesión de las siete de la tarde celebrada en el cine Aliatar, un grupo de personas “arrojó al patio de butacas, desde las localidades superiores, banderas tricolor”.⁹⁸ Sin embargo, por lo general, la población prefirió permanecer indiferente ante actos de este tipo o, sencillamente, no les dio mucha importancia. Por supuesto, los ciudadanos corrientes también participaron de otro tipo de “resistencias simbólicas”, que iban desde el sorteo de la legalidad vigente, hasta reírse de las autoridades en compañía de los amigos. Pero estos actos, en su mayoría, tampoco tuvieron efectos perjudiciales sobre la dictadura por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque dentro del asfixiante control impuesto, el franquismo toleraba determinadas “resistencias” mientras no mermaran su estabilidad, en cuyo caso la represión entraba en escena. Y, en segundo lugar, porque muchos de

⁹⁷ HEINE, Helmut y AZUAGA, José María. *La oposición al franquismo en Andalucía Oriental*. Madrid, Fundación Salvador Seguí, 2005, pp. 27-55; AZUAGA, José María. “El PCE granadino, 1940-1952”, *II Congreso de Historia del PCE*, Madrid, FIM, 2007; AGA, Presidencia, Delegación Nacional de Investigación e Información, “Informe de la Delegación de Granada”, 15-6-1942.

⁹⁸ DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “The struggle continues: everyday repression and resistance in postwar francoist Spain”, ponencia presentada en el Congreso: *Violence and memory: considering repression and resistance in Spain, 1936-1952 in comparative perspective*, Londres, 2010; el suceso en AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2358, “Correspondencia con el Delegado General de Propaganda”, 26-11-1946.

esos comportamientos críticos eran también practicados por personas identificadas con el régimen, que podían compatibilizar sin problemas un chiste sobre el Caudillo o un comentario crítico, con un apoyo a las políticas estatales o su lealtad a Franco.⁹⁹

En cambio, el verdadero desafío para la dictadura durante los años cuarenta vino por parte de la guerrilla antifranquista. Los primeros que se “ echaron al monte ” lo hicieron empujados por un mero instinto de supervivencia. Fuera de las fosas y de las cárceles se encontraba una gran cantidad de españoles que, sin embargo, habían perdido la guerra. Ante ellos se presentaba la “ España de la Victoria ” en la que no tenían cabida. Sabían que, en cualquier momento, podían ser objeto de la represión franquista. Unos decidieron regresar a sus localidades de origen y soportar pacientemente el rechazo y las humillaciones que comportaba la consideración de “ rojo ” dentro de la comunidad local. En sus ciudades y pueblos debieron desarrollar estrategias que les permitieran sobrevivir y tratar de resistirse al proceso de trituración de la personalidad al que les sometía el régimen.¹⁰⁰ Otros, cansados de sufrir las miradas acusadoras de sus vecinos y temerosos de que la maquinaria represiva del Estado pudiera alcanzarles, decidieron engrosar la guerrilla antifranquista. De hecho, fueron especialmente las zonas afectadas por los más elevados niveles represivos aquellas que vivieron una mayor llegada de individuos a las partidas guerrilleras. Es el caso concreto de la provincia de Granada que, junto con Málaga, sufrió una de las más cruentas represiones de toda España y presenta los índices más elevados de afluencia guerrillera a toda Andalucía Oriental.¹⁰¹

Junto al miedo a ser reprimidos, la experiencia de guerra estuvo en la base de la incorporación de muchos individuos a la resistencia armada contra el régimen. Además, es la participación en la Guerra Civil la que más pistas ofrece sobre el perfil del guerrillero antifranquista. Las partidas estuvieron compuestas por hombres generalmente jóvenes que se habían impregnado de la “ cultura de guerra ” en su lucha contra los rebeldes. En su mayoría eran individuos de extracción campesina que habían adquirido toda su experiencia durante la contienda y que no habían sido atraídos por el discurso autoritario de las derechas durante la etapa republicana.¹⁰² Y, finalmente, los

⁹⁹ Sobre este tipo de resistencias véase CABANA, Ana. “Minar la paz social Retrato de la conflictividad rural en Galicia durante el primer franquismo”, *Ayer*, 61, 2006, pp. 267-288; y de la misma autora “Passive resistance...”, *Op. Cit.*

¹⁰⁰ CABANA, Ana. “Minar la paz social...”, *Op. Cit.*, 274 y ss.; REIG, Ramiro. “Repertorios de protesta. Una revisión de la posición de los trabajadores durante el primer franquismo” en SAZ, Ismael y GÓMEZ RODA, J. Alberto (eds.). *El franquismo en Valencia... Op. Cit.*, pp. 37-76.

¹⁰¹ GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada... Op. Cit.*; MARCO, Jorge. *Resistencia armada... Op. Cit.*, pp. 81-82.

¹⁰² *Ibidem*, pp. 116-117 y 136-137; y COBO ROMERO, Francisco. *De campesinos a electores... Op. Cit.*

reducidos contingentes de hombres que se sumaron a la resistencia antifranquista en los años de la inmediata posguerra fueron grupos constituidos en torno a las comunidades locales o vinculados por la amistad o el parentesco. Pertenecieron por tanto a la categoría que Jorge Marco ha denominado como *vecinos en armas* y contaron con un escaso nivel disciplinario y organizativo.¹⁰³

Para analizar la repercusión que sus actividades tuvieron para el régimen y la actitud mantenida por la población al respecto debemos tener presente que la resistencia armada contra la dictadura tuvo componentes, dinámicas, objetivos y modos de organización diferentes a lo largo de la posguerra. Siguiendo la propia documentación generada por el régimen se puede observar la existencia de altibajos en las acciones de los guerrilleros y diferentes ritmos de afluencia a las partidas debido a factores muy variados. Desde el punto de vista de las actitudes sociales, podríamos decir que la guerrilla granadina tuvo dos etapas diferenciadas. Una primera, entre 1939 y 1946, en la que sus actividades contaron con el apoyo de determinados sectores sociales que permitieron su formación y el desarrollo de acciones de cada vez más perceptibles entre la población. Y una segunda etapa, entre 1946 y 1951, en la que la guerrilla, acosada por la represión y dotada de menor respaldo social, inició un paulatino declive hasta su desaparición. Además, entender lo sucedido en Granada requiere distinguir entre una guerrilla de carácter rural y otra de corte urbano. A pesar del abrumador peso del primer tipo en el conjunto de la nación, la existencia de una pujante y duradera guerrilla urbana en Granada requiere toda nuestra atención al ser la capital el marco principal de nuestro estudio. Todos estos elementos deben ser tenidos en cuenta para entender la intensidad e incidencia de sus acciones, así como las reacciones de la población y la variabilidad de los apoyos disfrutados por la guerrilla.

Terminada la Guerra Civil, se produjo la formación de los primeros grupos de la resistencia armada antifranquista. El 4 de junio de 1939, Juan Francisco Medina García, “El Yatero”, escapó de un campo de concentración en Benalúa de Guadix (Granada) y pronto creó el primer grupo armado de la provincia. Un año más tarde, el 19 de julio de 1940, los hermanos Quero se fugaron de la prisión de La Campana en la capital y optaron igualmente por “echarse al monte”. Su condición de vencidos, excombatientes del Ejército Popular y, ahora, evadidos de la justicia franquista, hizo que vieran en la

¹⁰³ MARCO Jorge. *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y cultura de la resistencia antifranquista*. Granada, Comares, 2012.

lucha armada contra la dictadura la mejor opción para sobrevivir.¹⁰⁴ Sus actividades y las de otros grupos tanto en los pueblos como en la capital sembraron pronto la inquietud entre las autoridades y pusieron de manifiesto que, también la guerrilla, iba a convertirse en un foco de disputas entre los diferentes integrantes del Estado. La Falange granadina no tardó en poner de relieve el “creciente descontento” provocado por la situación del Orden Público desde inicios de 1940 y en utilizar políticamente las acciones guerrilleras para criticar la labor de las fuerzas encargadas de combatirlos.¹⁰⁵ Las críticas al deficiente funcionamiento de la justicia militar, a la falta de contundencia de la Guardia Civil y a la pasividad de los gobernadores civiles que, como Esteban Samaniego o Antonio Gallego Burín, no eran “hombres de Falange”, no dejaban de ser estrategias para obtener mayores cotas de poder. De hecho, Las jerarquías provinciales del Partido no tardaron en ordenar a las falanges locales que adoptaran “una actitud dura y enérgica” contra los huidos y demandaron al Gobierno Central el envío de armamento y municiones para permitir a las milicias del Partido una confrontación directa con la guerrilla.¹⁰⁶

El empeño de Falange por acabar con las actividades de la resistencia armada en la provincia, su participación en la represión y su concepción como una de las principales responsables del hambre reinante hicieron de ella –del mismo modo que ocurría con otras autoridades o terratenientes locales– un objetivo prioritario de los ataques guerrilleros. El 28 de mayo de 1941, los hermanos Quero y el grupo de “El Yatero” atacaron a los falangistas de Purullena (Granada), llevándose cerca de 5.000 pesetas, alimentos y ropas.¹⁰⁷ Probablemente, el atraco a los miembros del Partido fue recibido con entusiasmo por los vencidos que supieron de él y algunos ciudadanos esbozarían una sonrisa al conocer la noticia de que Falange había sido humillada. Al fin y al cabo, algunos sectores de las comunidades rurales podían sentirse más identificados

¹⁰⁴ RUIZ ESTEBAN, Francisco. *Los Hijos de la Noche. La partida del Yatero y el maquis granadino*. Granada, Caja General de Ahorros, 2008, pp. 65-66; MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra. Los hermanos Quero y la resistencia antifranquista*, Granada, Comares, 2010, pp. 99-103.

¹⁰⁵ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte quincenal de actividades provinciales”, 1 al 15 de julio de 1940.

¹⁰⁶ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531 “Parte mensual de actividades provinciales”, septiembre de 1940 y Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades”, febrero de 1941.

¹⁰⁷ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Escrito dirigido al Ministro Secretario General de la Falange informando de la acción de guerrilleros en Purullena”, 1941; MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra.... Op. Cit.*, 124-125.

con los “hombres de la sierra” que con quienes consideraban causantes del miedo y la miseria existentes.¹⁰⁸

Pero el desarrollo de los primeros ataques guerrilleros aumentó la intranquilidad entre un buen número de propietarios de tierras que, en gran medida, conformaban los apoyos sociales de la dictadura y que ahora se sentían desprotegidos por ésta. “Como iba a haber alegría (tras la “victoria) con los maquis por la sierra. Cuando se acabó pues ya si nos quedamos tranquilos”.¹⁰⁹ En el verano de 1940, las autoridades provinciales constataron la elevación de atracos “habiendo habido algunas víctimas y existiendo un temor y malestar bastante grande” en las áreas afectadas. Entre el otoño de ese año y la primavera del siguiente, la Cámara Oficial Agrícola de Granada registró un total de 24 sucesos. En su informe denunciaba que las zona noreste de la provincia –Píñar, Iznalloz, Laborcillas o Torre Cardela– y este –La Peza, Paulenca o Hernán Valle–venían siendo constantemente atacadas con violencia por diferentes grupos armados en busca de dinero. Unos meses más tarde, en junio de 1941, Falange calificaba la situación de “extraordinariamente grave” y aseguraba que los atracos se habían extendido “a la casi totalidad de la provincia”.¹¹⁰ Los habitantes de las zonas más pobladas y vigiladas no estaban excesivamente preocupados por la guerrilla. Camilo sostiene que en su pueblo de Jaén “no se hablaba del maquis” y explica que “se sabía que había, pero nosotros no teníamos problema porque había un guarda y había gente”. Pero eran muchos los guerrilleros que aprovechaban la abrupta orografía granadina como plataforma ideal para realizar atracos en cortijos, fincas y caminos aislados, con peores comunicaciones y menor presencia policial.¹¹¹ En marzo de 1941, las autoridades provinciales sostenían que el campo granadino vivía en un “estado de alarma” y, unos meses después, se lamentaban de que los campesinos “abandonan los campos”, temiendo los atracos de “malhechores y delincuentes”. No resulta extraño que el pánico aumentara entre los propietarios de tierras y que éstos reclamaran “las batidas necesarias” para acabar

¹⁰⁸ YUSTA, Mercedes. *Guerrilla y resistencia campesina: la resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2003, p. 231.

¹⁰⁹ Entrevista a Mariano, Granada, 11-8-2011.

¹¹⁰ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte quincenal de actividades provinciales”, 1 al 15 de agosto de 1940; Caja 51/20569, “Informe de la Cámara Oficial Agrícola de la provincia de Granada sobre los ataques de bandoleros”, 31-3-41.y Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, junio de 1941.

¹¹¹ Entrevista a Camilo, Granada;14-6-2011; MARCO, Jorge. *Resistencia armada... Op. Cit.*, pp. 100-103.

definitivamente con los guerrilleros en quienes veían una amenaza para sus propiedades.¹¹²

A pesar de ello, los temores de algunos sectores campesinos del agro granadino en aquellos momentos eran, en su mayor parte, infundados. Entre otras razones, porque hacia la primavera de 1941, no había más de quince guerrilleros en las sierras de la provincia y, además, éstos habían limitado sus acciones a robos de ropa, alimentos o pequeñas cantidades de dinero.¹¹³ Pero la intensificación de la represión y la ausencia de expectativas para los vencidos y los familiares de los guerrilleros incrementó el número de huidos en la sierra. El aumento de sus actividades llevó el miedo a los propietarios de tierras y generó alteraciones en el modo de vida campesino. De nuevo las cadenas montañosas que poblaban la provincia y la gran cantidad de “cortijos sin comunicación por carretera ni telefónica”, se convertían en los principales aliados para las actividades de la guerrilla y también para las de otros grupos que aprovechaban la desprotección de ciertas áreas para perpetrar meros actos delictivos.¹¹⁴ A mediados de 1944, en la provincia existía un “profundo ambiente de nerviosismo”. En octubre de ese año aparecía un hombre asesinado en el camino de La Zubia. Un mes más tarde las autoridades informaban del “asesinato de un matrimonio humilde al tratar de pedir auxilio cuando se les exigía la entrega de unos ahorros con amenazas de muerte”. Algunos testimonios recuerdan cómo “al todo que veían un tanto sobresaliente le echaban una cartita que tenía que entregar dinero, si no le cortaban el cuello”.¹¹⁵ La inquietud en algunas comarcas era tal que “varias personas han de ir custodiadas por la policía, por haber recibido anónimos y amenazas de muerte”. Aunque las autoridades magnificaran la situación existente cuando afirmaban que en 1944 existía una “ola de terror entre los granadinos”, lo cierto es que entre los labradores había un deseo de que aquello terminase. Rafael P., asegura que “teníamos miedo. A mi padre lo atracaron sin haber hecho nada”. Mientras, para Paz la presencia de la guerrilla resultaba muy

¹¹² AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Informe de la Cámara Oficial Agrícola de la provincia de Granada sobre los ataques de bandoleros”, 31-3-41; y “Partes mensuales de actividades provinciales”, febrero y marzo de 1941.

¹¹³ La estimación de los guerrilleros en: MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra... Op. Cit*, p. 120. Esta impresión dio también en 1951 el teniente coronel de la Guardia Civil. Eulogio Limia Pérez al afirmar que la situación “no revestía general gravedad” en estos primeros años: AHPCE, Caja 106, “Resumen del problema del bandolerismo en la provincia de Granada”, 4-9-51.

¹¹⁴ Informe sobre el Orden Público en la provincia de Granada”, s/f, en: THOMÀS, Joan María. *José M. Fontana Tarrats... Op. Cit*.

¹¹⁵ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, marzo de 1944; AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/1314, “Informe de opinión pública”, 15-10-1944. El testimonio en ARCAS CUBERO, Fernando (dir.). *Yo estaba allí. Una historia oral de la Guerra Civil y el franquismo en Málaga*. Málaga, Sarriá, 2011, p. 391.

incómoda, ya que, según recuerda, “los maquis” les “saqueaban” y “había que darle de comer por narices porque si no podían atacarte”.¹¹⁶

Pero, en el caso de Granada, no podemos perder de vista que, algunos de los grupos que integraban la resistencia armada contra el franquismo en la provincia eligieron como campo de actuación la capital, conformando una de las más importantes guerrillas urbanas de toda España. El caso de los hermanos Quero puede servirnos como eje en torno al cual emprender la difícil pero necesaria tarea de calibrar las actitudes del régimen y de los ciudadanos corrientes y la evolución de las mismas hacia una guerrilla de tan larga duración. Sin duda, no debemos minusvalorar el papel de la sociedad en la perdurabilidad del grupo guerrillero de los Quero durante tanto años. A su extraordinaria movilidad y su conocimiento del territorio de actuación, unieron el inestimable apoyo de vecinos, amigos y familiares que, con su silencio y colaboración, ayudaron a la partida a eludir durante muchos años la represión estatal.¹¹⁷ Es normal que, cuando, en 1944, José María Fontana Tarrats se hizo cargo del Gobierno Civil de Granada, tomara la decisión de atacar los espacios principales de movilidad de los hermanos Quero. Para el nuevo Gobernador, el problema era geográfico, moral y político. En primer lugar, determinadas zonas de la capital, como el “trazado boscosos y laberíntico de la Alhambra y el Generalife”, lleno de “pozos, pasos subterráneos y conducciones poco conocidas” era un territorio propicio a las actividades de los guerrilleros. En segundo lugar, el bajo Albayzín y, sobre todo, el céntrico barrio de “La Manigua” con sus “más de 80 casas de prostitución tolerada”, requerían una pronta actuación para erradicar “los antros de vicio” y, de paso, vigilar un área frecuentada por los guerrilleros. Y, en último lugar, la denuncia de la “población miserable” que habitaba “callejas” y “agujeros excavados” en el Albayzín, ocultaba un claro trasfondo político, dado que los Quero tenían dentro del barrio sus principales redes de vecindad y parentesco. Al fin y al cabo, el propio Fontana no dudaba en calificar el barrio como “zona totalmente hostil” al régimen.¹¹⁸

Pero tal empeño por acabar con los guerrilleros granadinos tenía su razón de ser en que para entonces, el “mito de los Quero” estaba completamente asentado en el imaginario popular. Todo había comenzado en el verano de 1941. El día 20 de agosto,

¹¹⁶ AGA, DNP, Presidencia, Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1944; Entrevista a Rafael P. Granada.12-7-2011.

¹¹⁷ Resulta fundamental al respecto MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra... Op. Cit.*

¹¹⁸ Informe sobre el Orden Público en la provincia de Granada”, s/f, en: THOMÀS, Joan María. *José M. Fontana Tarrats... Op. Cit.*

hacia las nueve de la noche, los tres grupos guerrilleros más importantes de Granada –la agrupación de “El Yatero”, los hermanos Quero y los “Clares”– secuestraron al militar retirado Eduardo Entrala Rios en las cercanías del Paseo del Salón. Retenido en una cueva cercana a la ciudad durante tres días, el coronel fue liberado tras la entrega de medio millón de pesetas por parte de su familia. A pesar del mutismo de la prensa, el suceso fue conocido rápidamente por la ciudadanía e hizo saltar las alarmas de las autoridades.¹¹⁹ El secuestro de un militar en pleno corazón de Granada supuso un cambio radical en la actitud de las autoridades franquistas y en la percepción de una parte de la ciudadanía respecto a la guerrilla. El régimen se sintió desprotegido y no tardó en actuar. En octubre de 1941 Antonio Gallego Burín regresó a la Alcaldía de la ciudad, dejando el mando de la provincia a Manuel Pizarro Cenjor que también asumía la Jefatura del partido. Aunque el diario falangista *Patria* afirmara que su nombramiento respondía a un deseo “por impulsar la revolución nacional”, este teniente coronel de la Guardia Civil y excautivo venía a hacer lo que mejor sabía: luchar contra la guerrilla.¹²⁰ Por su parte, la aparición de actividad guerrillera en la capital, hizo temblar a los “granadinos de orden”, que se sentían expuestos ante quienes consideraban sus enemigos.

A partir de entonces la imagen mitificada de los Quero se extendió, condicionando las actitudes de las autoridades y de la población. La vulnerabilidad era absoluta para los “sectores de orden” de la capital que veían la mano de los famosos guerrilleros en todas las acciones delictivas. El conocido pintor granadino, Gabriel Morcillo no dudó en señalar a los Quero como culpables del secuestro sufrido en octubre de 1943, por el que tuvo que pagar 22.000 pesetas. Aunque las investigaciones apuntaron en dirección a dos miembros de la partida de “El Yatero”, los conocidos hermanos granadinos quedaron como los culpables de los hechos.¹²¹ Mientras, entre los ciudadanos de a pie, el mito se extendió como la pólvora. Pronto corrieron entre los granadinos historias sobre la imbatibilidad de los guerrilleros, su capacidad para escapar a los cercos policiales o su valentía para pasearse a cara descubierta por el centro de la capital y perpetrar sus golpes a plena luz del día. Así ocurrió el 3 de mayo de 1944, Día de la Cruz, cuando intentaron atracar al industrial Manuel Mesa en el Paseo del Salón,

¹¹⁹ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Informe de la política en la provincia”, 30-8-44.

¹²⁰ *Patria*, 21-10-1941; Manuel Pizarro siempre estuvo al frente de provincias con una importante presencia guerrillera (León, Granada, Valencia y Teruel). Véase por ejemplo: YUSTA, Mercedes. *Guerrilla y resistencia campesina... Op. Cit.*, pp. 169-171.

¹²¹ El relato en MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra... Op. Cit.*, pp. 194-195.

burlando el dispositivo policial. Ese mismo mes, asaltaron al también industrial granadino, Indalecio Romero de la Cruz, en la puerta de su casa robándole 10.000 pesetas. Y el 6 de junio de 1945 dieron un doble golpe que dejó perplejas a las autoridades. Primero asaltaron a la familia Rodríguez-Acosta en su mansión de Quinta Alegre y horas más tarde secuestraron en plena Gran Vía de Franada al también empresario Andrés Sánchez Montes. Los dos actuaciones les reportaron casi medio millón de pesetas y sembraron el pánico entre los “hombres de orden” de la capital que no llegaban a comprender la impunidad con la que realizaban sus acciones los guerrilleros.¹²²

Hacia 1944, las autoridades granadinas se vieron obligadas a reconocer que “alrededor” suya “estaba forjándose una leyenda”. Una leyenda que, como hemos apuntado, no solo se cimentaba sobre sus acciones, sino sobre otras que el imaginario colectivo les adjudicaba. Así ocurría, por ejemplo, con los rumores como sus comidas en restaurantes céntricos en las que dejaban una generosa propina y una nota que decía “Aquí han estado los hermanos Quero” que, a buen seguro despertaban la simpatía de los humildes y los temores de las clases altas y medias que habitaban por la zona.¹²³ Pero convertirse en mito también conllevó un mayor control por parte de la dictadura o que, sobre cualquier suceso, siempre planeara la sombra de los Quero. El asesinato del inspector de Policía, Julio Romero Funes, destacado agente de la represión, en un enfrentamiento con guerrilleros mantenido a las espaldas del Ayuntamiento granadino en marzo de 1944 fue inmediatamente atribuido a los famosos guerrilleros. Algo que volvió a ocurrir, el 8 de enero de 1947, cuando la partida guerrillera de “Los Clares” secuestró y mató a Joaquín Milans del Bosch, jefe de Ingenieros de la IX Región Militar en su finca de Guéjar-Sierra.¹²⁴

¹²² Los sucesos en: MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra... Op. Cit.*, pp. 242-250 y 255-263; las acusaciones de Fontana en: AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, agosto de 1944 e “Informe sobre el orden público en la provincia de Granada”, s/f, en: THOMÀS, Joan María. *José M. Fontana Tarrats... Op. Cit.*, y TITOS MARTÍNEZ, Manuel. *Rodríguez-Acosta, banqueros granadinos 1831-1946*, Barcelona, LID, 2004.

¹²³ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, agosto de 1944; FNFF, “Actividades anarquistas en la provincia de Granada”, 24-11-1944. Sobre el mito de los Quero: MARCO, Jorge. “Rebeldes y justicieros. Los Hermanos Quero y la resistencia armada antifranquista” en ARÓSTEGUI, Julio y MARCO, Jorge (corrds.). *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2009, pp. 144-173; Algunos relatos mitificados en: MANZANARES ARTÉS, Nicolás. *Consecuencias de la tragedia española (1936-1939) y los hermanos Quero*. Murcia, Edición del autor, 1978, p. 75.

¹²⁴ El primer suceso en: GIRÓN, César. *Crónica negra de Granada, 1880-1980*, Granada, Comares, 2002; y MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra... Op. Cit.*, 217-229. El segundo en: AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2360, “Informe sobre problemas provinciales”, 15-1-1947.

Por muy dirigidos contra el régimen que fueran estos ataques de los diferentes grupos guerrilleros que actuaban en la capital, su continuidad era percibida por muchos como una amenaza para la “vuelta a la normalidad”. Tras muchos años de actividad, las acciones de los guerrilleros empezaron a carecer de razón de ser para algunos sectores de la población que, además, vieron como algunos episodios terminaban en tragedia. Cuando todavía resonaban los ecos del asesinato de Milans del Bosch, se produjo un nuevo suceso que conmocionó a los granadinos. El 21 de febrero de 1947, el grupo de los Quero mató a Indalecio Romero de la Cruz en el carril de San Cecilio. Lo que, en un principio, era un nuevo atraco al conocido industrial, acabó convirtiéndose en la primera víctima civil que moría a manos del grupo. Al igual que había ocurrido con el asesinato de Romero Funes, el régimen explotó propagandísticamente el asesinato. La ciudad se vistió de luto y acudió en masa a despedir al capitalista granadino. Los comercios y oficinas de la capital cerraron sus puertas para que todos los ciudadanos pudieran asistir al funeral. La Corporación Municipal transmitió “la más enérgica y viril protesta” y ponía todos los medios a su alcance para rendirle honores al finado. La magnitud del suceso hizo aflorar pronto las divisiones entre las autoridades de la provincia, pero también influyó decisivamente sobre la percepción de la guerrilla por la ciudadanía.¹²⁵

El clima de inquietud generada por los dos asesinatos casi consecutivos que se habían dado en la provincia fue visto por los sectores pertenecientes al nacionalcatolicismo local como una oportunidad idónea para deshacerse de un falangista convencido como Fontana Tarrats. Para este último, el Alcalde de la ciudad estaba detrás de toda una serie de maniobras destinadas a desprestigiar su actuación en materia de Orden Público y a instrumentalizar las muertes ocurridas en provecho de sus intereses.¹²⁶ Pero como ponía de manifiesto el informe del delegado provincial de Prensa y Propaganda, José León Arcas, el Gobernador Civil tenía en su contra también el “sentir de la mayor parte de la población” que no deseaba que este tipo de delitos se reprodujeran:

Contra toda razón se murmura y critica abiertamente en cafés, bares, oficinas, centros docentes, etc., contra el Gobernador Civil de la Provincia y el Jefe Superior de Policía cuyo cese expone el hombre de la calle como un vehemente anhelo suyo [...] La concordia del Comercio

¹²⁵ El masivo entierro de Romero Funes en: *Patria*, 29-3-1944.; los funerales y actos en honor de Romero de la Cruz en: *Ideal*, 22-2-1947 y *Patria*, 26-2-1947; AHMG, “Libros de Actas de Pleno del Ayuntamiento de Granada”, 22-2-1947.

¹²⁶ “Carta personal reservada al ministro de Gobernación Blas Pérez González”, 15-3-1947, en THÒMAS, Joan María. *José M. Fontana Tarrats... Op. Cit.*

Granadino se ha reunido en sesión plenaria acordando protestar ante el Estado, y recabar una mayor energía en la persecución de esta clase de delitos, y en la mañana de hoy, con el pretexto oficial de la asistencia a los funerales del Sr. Romero y el latente protestar contra la pasividad de las autoridades, han permanecido cerrado los Comercio y la Industria de la Ciudad.

Tengo el deber, igualmente de hace constar que a la opinión que transcribo se opone la de una pequeña minoría de mayor sensatez, que lamenta los excesos y los cometarios del decir popular, por comprender que no es posible que la acción de la Autoridad llegue a evitar la posibilidad de que cualquier maleante, amparándose en la noche perpetre el asesinato de una persona digna y honorable.

Consta asimismo a esta Delegación Provincial, que en la reunión de la Concordia a la que arriba aludo, hubo quienes pretendieron hacer de un lamentable accidente una bandera política.¹²⁷

En efecto, el asesinato de Indalecio Romero de la Cruz y la utilización propagandística realizada por el régimen aumentó la hostilidad popular hacia los ataques guerrilleros e hizo perder apoyos sociales al grupo de los Quero. El industrial granadino no era un hombre identificado con la represión o con Falange, sino un representante de los valores tradicionales y católicos que ensalzaba como delegado de la Asociación Granadina de Caridad y que “gozaba de unánimes y merecidas simpatías” entre el vecindario. Los guerrilleros no solo se enfrentaban a un Gobernador Civil que, herido en su orgullo, dispuso la acción coordinada de todas las fuerzas policiales con el fin de acabar de una vez por todas con el mito de los Quero. También, tenían en contra a una importante proporción de la población entre la que, “si en otros casos la reacción no ha sido unánime”, en éste había “sucedido completamente lo contrario” debido a “las notorias y excelentes características de la víctima”.¹²⁸

Para entonces, los hermanos Quero habían perdido el elemento más importante de su mito: la imbatibilidad. José había caído muerto en el almacén del industrial granadino Francisco Contreras Palma en noviembre de 1944 y su hermano Pedro, malherido y cercado por la policía, se suicidó en una cueva cercana al Albayzín en julio de 1945.¹²⁹ La presión policial sobre los apoyos sociales de los guerrilleros provocó un alejamiento de su “hábitat natural” que les hizo más vulnerables. Además, debemos

¹²⁷ AGA, Cultura, DNPRR, Caja, 21/2360, “Informe sobre problemas provinciales”, 25-2-1947.

¹²⁸ *Ibíd.* ·Orden de realización de una acción antiguerrillera en Granada dirigida al Jefe Superior de Policía”, 11-4-1947, en THOMÀS, Joan María. *José M. Fontana Tarrats... Op. Cit.*

¹²⁹ El primero en: FNFF, “Actividades anarquistas en la provincia de Granada”, 24-11-1944; *Patria*, 8-11-44; AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1944; y el segundo en: *Ideal*, 11-6-45 y 13-7-45; MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra... Op. Cit.*, pp. 366-375.

tener en eucnata la intensificación en la labor de confidentes y delatores, muchas de las veces miembros cercanos al círculo de confianza de los guerrilleros, cuya traición resultó decisiva para su aniquilación. Los últimos capítulos de la leyenda de los Quero los escribieron ellos mismos con sus muertes. El 30 de marzo de 1946 dos miembros del grupo perdieron la vida en una persecución que aún hoy perdura en la memoria de los granadinos. Alfonso, que entonces estudiaba en la Academia del Carmen de la calle San Matías, oyó el tiroteo entablado entre guerrilleros y policías en pleno centro de Granada: “Cerca de San Matías había un cierre donde está la puerta de la iglesia. Con el follón nos asomamos y vi matar a un guerrillero. Era uno de los Quero, pero no un Quero”. En efecto, Alfonso presenció la muerte de Antonio Morales “El Palomica”. Minutos después, como recuerda Concepción, “en la calle Solares, cerca de la cuesta del Pescado”, mataron “a un Quero”. Se trataba de Paco Quero, acribillado a balazos por la policía que luego se ensañó con su cadáver.¹³⁰ Igualmente recordada fue la muerte del último de los hermanos, Antonio, en mayo de 1947. Las delaciones fueron de nuevo las culpables del asedio al que fueron sometidos en el número 7 del Camino de Ronda los últimos componentes del grupo. La heroica resistencia llegó a oídos de muchos granadinos. “Uno de ellos se tiró enrollado en un colchón para que no le cogieran” recuerda Dolores. Con el suicidio del último de los Quero, el componente mítico pervivió, pero sus actividades cesaron.¹³¹ Para el franquismo y sus apoyos sociales era suficiente. Pero también para muchos ciudadanos corrientes que se sentían aliviados al ver que las acciones de los conocidos guerrilleros y su persecución ya no alterarían una vida marcada aún por la escasez y el recuerdo de la guerra.

La caída del grupo de los Quero se producía cuando las esperanzas de ver a Franco apartado del poder habían quedado prácticamente disueltas por un panorama internacional menos hostil a la dictadura. Las jerarquías granadinas no tardaron en constatar la “viva satisfacción” con que el nuevo Gobernador Civil, Servando Fernández-Victorio, había “encarado el problema del bandolerismo”. Además, a nivel nacional, el movimiento guerrillero contaba con agrupaciones seriamente dañadas (Galicia o Asturias) en vías de extinción (La Mancha, Córdoba, Santander o León) y prácticamente desaparecidas (Extremadura, Ávila o Toledo), por lo que la desaparición

¹³⁰ Entrevistas a Alfonso, Granada, 17-3-2011 y Concepción, Granada; 10-8-2011; *Ideal*, 31-2-46; GIRÓN, César. *Crónica negra de Granada... Op. Cit.*, pp.

¹³¹ El relato en: MARCO, Jorge. *Hijos de una guerra... Op. Cit.*, pp. 413-428; y MANZANARES ARTÉS, Nicolás. *Consecuencias de la tragedia española... Op. Cit.*, 166-172. AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2360, “Informe sobre problemas provinciales”, 25-5-1947. El testimonio en Entrevista a Dolores, Granada, 25-11-2008.

de la guerrilla parecía un hecho.¹³² Pero, en 1947, la resistencia armada de la provincia experimentó un incremento de efectivos como consecuencia de la creación de la Agrupación Guerrillera Granada-Málaga bajo el liderazgo de José Muñoz Lozano, “Roberto” (Gráfico 3). Se trataba de una organización disciplinada, controlada por el PCE, con métodos de lucha más profesionales y con un modo de actuar que le granjeó un considerable apoyo popular y le permitió sumar más de 200 componentes. Las autoridades granadinas no tardaron en darse cuenta del error que habían cometido al creer que, con la desaparición de los Quero, el problema de la guerrilla estaba solventado y pronto detectaron un empeoramiento de la situación del Orden Público.¹³³

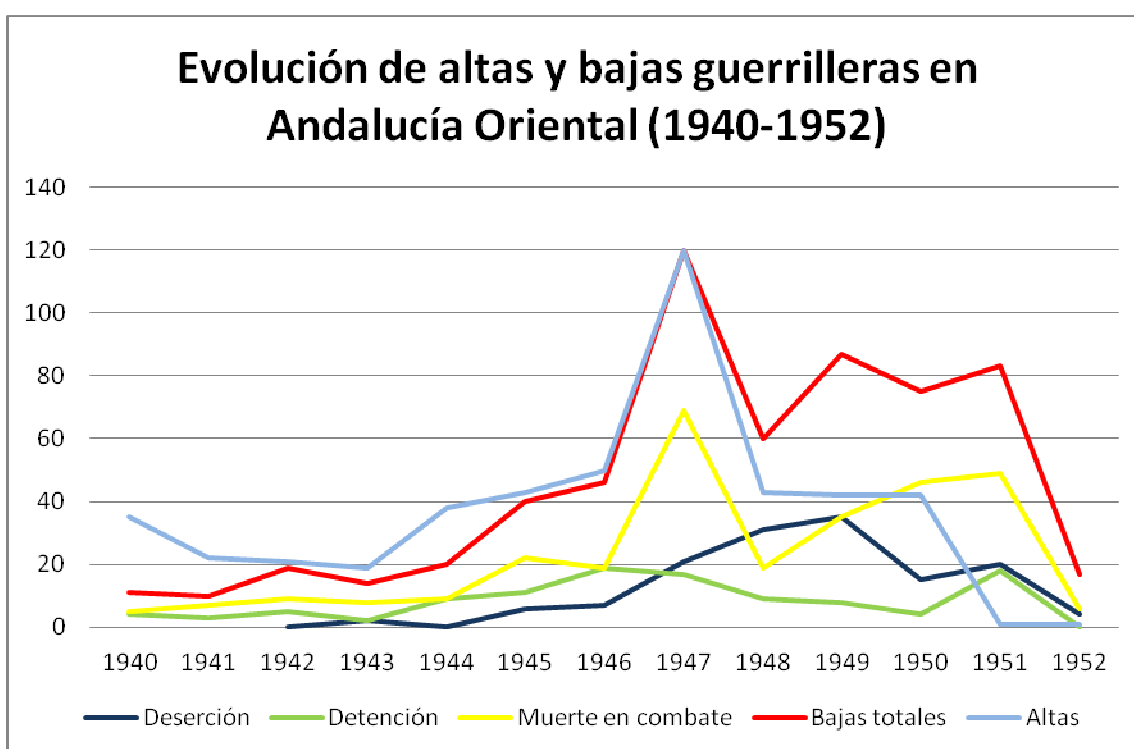


GRÁFICO 3. Fuente: MARCO, Jorge. *Resistencia armada en la posguerra...Op. Cit.*, p. 84; y *Guerrilleros y vecinos... Op. Cit.*, p. 243. Composición propia.

¹³² AGA, Cultura, DNPRR, Caja 21/2360, “Informe sobre problemas provinciales”, 15-7-1947. SERRANO, Secundino. *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*. Madrid, Temas de Hoy, 2001, p. 277.

¹³³ GARCÍA, José Francisco. “Iniciación al estudio de la agrupación guerrillera de Granada-Málaga. El séptimo batallón”, en TUSELL, Javier, ALTED, Alicia y MATEOS, Abdón. *La oposición al régimen de Franco*, Vol 1, Madrid, UNED, 1990, pp. 381-392; RUIZ ESTEBAN, Francisco. *Hijos de la noche... Op. Cit.*, pp. 206 y ss. La percepción de las autoridades en: AGA, Cultura, DNPRR, Caja 21/2360, “Informe sobre problemas provinciales”, 25-7-1947.

Pese a todo, a estas alturas, existían varios factores que no favorecían la continuidad de la lucha armada contra el franquismo. En primer lugar, los intentos del PCE por unificar los diferentes grupos guerrilleros que actuaban en la región se encontraron con la resistencia de muchos grupos a integrarse en la Agrupación Guerrillera Granada-Málaga. Pero para grupos acostumbrados a actuar en torno a áreas para ellos conocidas y a contar con el apoyo de sus vecinos y familiares, el acatamiento de la disciplina guerrillera impuesta por mandos políticos fue algo que no siempre estuvieron dispuestos a asumir, generándose con frecuencia conflictos por el control del territorio. Quizás, el caso más llamativo fuera el grupo de vecinos en armas de “Los Clares” que actuaban en el entorno de Guéjar Sierra. La ruptura del acuerdo tácito que mantenían con la guerrilla comunista sobre el reparto de zonas de actuación fue roto por ésta en 1949. La “sorprendente” decisión de “Los Clares” fue unirse a una contrapartida desde la que combatir a Agrupación Guerrillera Granadina formada por hombres ajenos a la comunidad.¹³⁴ Pero también debemos considerar que la pérdida de peso de los vecinos en armas, mucho más arraigados con las comunidades locales, en beneficio de una guerrilla política compuesta por individuos foráneos, resultó decisiva en la falta de identificación de los ciudadanos corrientes con los “hombres de la sierra”.

En segundo lugar, es esencial contemplar el papel que el recrudecimiento de la represión tuvo en el declive de la guerrilla antifranquista. La promulgación del Decreto-Ley sobre la Represión de Delitos de Bandidaje y Terrorismo en abril de 1947 endureció la lucha contra los huidos y provocó un aumento de las deserciones. En la provincia de Granada, la adopción de medidas más drásticas en la lucha antiguerrillera se tradujo en el envío de cuatro compañías del Ejército y un Tabor de regulares a los montes de la provincia, aunque fue con la llegada de Eulogio Limia Pérez al frente de la Comandancia de Andalucía Oriental en octubre de 1949, cuando se tomaron las medidas más drásticas.¹³⁵ La presión sobre las familias de los que permanecían en el monte, el arresto de antiguos bandoleros o de las madres o mujeres de los guerrilleros y el empleo de métodos cada vez más expeditivos hizo que muchos se entregaran a las

¹³⁴ AZUAGA, José María *La guerrilla antifranquista en Granada y Málaga (1948-1952)*. Málaga, Universidad de Málaga, 2005; MARCO, Jorge. *Guerrilleros y vecinos... Op. Cit.*, pp. 100-101. Otros ejemplos en GARCÍA PIÑEIRO, Ramón. “¿Resistencia armada, rebeldía social o delincuencia? Huidos en Asturias (1937-1952)”, en ARÓSTEGUI, Julio y MARCO, Jorge (coords.). *El último frente... Op. Cit.*, pp. 232-258.

¹³⁵ TNA, FO 371/73356, 26-1-1948; sobre las deserciones véase RODRÍGUEZ PADILLA; Eusebio. *El Ejército guerrillero de Andalucía*, Almería, Arráez Editores, 2010 pp. 308-319. Sobre la labor de Limia MARCO, Jorge. “Los documentos de Eulogio Limia Pérez y la guerrilla”, *Hispania Nova*, 6, 2006.y AHPCE, Caja 106, “Resumen del problema del bandolerismo en la provincia de Granada”, 4-9-51

autoridades y el reclutamiento de nuevos miembros se viera seriamente obstaculizado. Estas acciones represivas sobre los huidos y sus familias, unidas a las promesas por parte de las autoridades a cambio de su colaboración, fueron también determinantes para que muchos optasen por convertirse en confidentes de la policía o tomaran la decisión de unirse a contrapartidas en busca de los últimos elementos de la guerrilla.¹³⁶ Por supuesto, medidas como el toque de queda, la reagrupación de la población, la obligación de alojar a los miembros de las contrapartidas o la prohibición de celebrar fiestas y bailes, fueron molestas para las comunidades campesinas que las sufrieron y pudieron aumentar la desafección hacia las autoridades que alteraban sus tradicionales modos de vida.¹³⁷ Pero también hemos de considerar que los efectos de esas medidas y de la intensa presencia policial en determinadas zonas no solo repercutían en contra de las autoridades, sino también de los guerrilleros, de cuyas presencia eran muchos los que estaban cansados. “Hombre, la gente lamentaba por qué tal persona no tenían que llevársela. La gente estaba cansada. Yo me acuerdo de ver muchos guardias civiles por las eras”.¹³⁸

Y en tercer lugar, debemos analizar los cambios en las actitudes, comportamientos y percepciones de los españoles corrientes respecto a la resistencia armada. En este sentido, no podemos minusvalorar la manipulación informativa realizada por el régimen para ocultar unos acontecimientos y magnificar otros, con el fin de suscitar determinadas conductas ciudadanas. Prueba de ello es el éxito cosechado por la dictadura en la metabolización social de un discurso de criminalización de la guerrilla. Al hablar de los huidos como “bandoleros”, “forajidos” o “malhechores” la propaganda del régimen despolitizó la lucha armada y deslegitimó sus acciones, transmitiendo una imagen negativa que, en buen grado, fue asumida por la sociedad. Para Antonio Márquez se trataba de “delincuentes” que “asaltaban las cortijadas y robaban víveres”, “Los Quero eran criminales”. Por su parte, Rafael P. dice no entender “eso de los maquis”, porque, a su juicio, “eran unos bandoleros que se dedicaban a atracar a todo el mundo y hemos terminado.”¹³⁹ Pero el creciente rechazo a las

¹³⁶ ANDERSON, Peter. *The Francoist Military... Op. Cit.*, pp. 268-270. ANTÓN PELAYO, Javier. “El control policial de la frontera noreste durante el franquismo” en TUSELL, Javier et al. (eds.). *El régimen de Franco... Op. Cit.*, pp. 227-236.

¹³⁷ YUSTA, Mercedes. “El campesinado y la vertiente social de la guerrilla” en ARÓSTEGUI, Julio y MARCO, Jorge (coords.). *El último frente... Op. Cit.*, pp. 54 y ss.

¹³⁸ Entrevista a Jacinto, 15-6-2011.

¹³⁹ Véase: CABANA, Ana. “De imposible consenso...”, *Op. Cit.*, pp. ; y YUSTA, Mercedes. *Guerrilla y resistencia campesina... Op. Cit.*, p. 200; MÁRQUEZ VILLEGAS, Antonio. *Granada en mi memoria... Op. Cit.*, pp. 179-185; Entrevista a Rafael P, Granada, 12-7-2011.

actividades de la guerrilla se apoyaba en otros pilares. Por ejemplo, en el hecho de que, la discriminación que los grupos armados hacían a la hora de elegir sus víctimas fue mucho menos rigurosa con el paso del tiempo. De este modo, asesinatos como el comentado del industrial granadino, Indalecio Romero de la Cruz, carecieron de sentido para buena parte de la población y aumentó la hostilidad hacia las actividades de la guerrilla.¹⁴⁰

Para muchos ciudadanos corrientes la guerrilla acabó convirtiéndose en algo incómodo y peligroso. La incomprensión hacia sus acciones, la presencia de la Guardia Civil, los registros o los interrogatorios fueron percibidos como un estorbo para volver a la normalidad y cerrar definitivamente la Guerra Civil. Incluso muchos de los que en un principio habían apoyado a los huidos o compartido sus motivaciones empezaron a darles la espalda y a considerar inútiles y perjudiciales sus esfuerzos por derribar a Franco. Los españoles estaban cansados de verse envueltos en situaciones como la del padre de Carmen Parada que justificaba la ayuda a los guerrilleros diciendo: “Si me piden pan y comida dos personas que vienen con sus fusiles y sus cosas ¿no se los voy a dar?”. “Mi suegro –comenta Concepción– fue jefe de estación en el tranvía de Sierra Nevada. Decía que se veía en apuros porque vendía tabaco y por una puerta entraban los rojos a comprarle y por otra la Guardia Civil. Y decía que se veía en unos apuros. Pero a ninguno le podía decir que no”. No era de extrañar que para muchos la muerte de un guerrillero fuera vista como el comienzo de una vida más tranquila. “Yo recuerdo – sostiene Juan Pérez– a un guerrillero, “El Carbonero”, muerto en la plaza y la gente feliz desfilando ante el cadáver para cerciorarse de ello”. Aunque muchos supieran las razones por las que luchaba, también sabían que su presencia suponía una alteración para su vida cotidiana.¹⁴¹

La intensa trayectoria que la guerrilla granadina tuvo durante más de una década hizo de ella una de las principales preocupaciones de las autoridades provinciales. La presencia de grupos armados en los montes del país minaba la paz prometida por quienes habían ganado la guerra. Las míseras condiciones de la posguerra, la cotidiana presencia de la represión y la intranquilidad reinante amenazaban la estabilidad de un régimen cimentado sobre una sociedad dividida. Sin embargo, estos mismos factores jugaban en contra de la continuidad de la guerrilla. Lo que para la dictadura era un

¹⁴⁰ AGA, DNPPR, Caja 21/2360, “Informe sobre problemas provinciales”, 25-2-1947.

¹⁴¹ Entrevistas a Concepción, Granada, 10-8-2011 y Juan Pérez, Cúllar, 4-8-2011. El testimonio de Carmen en: ARCAS CUBERO, Fernando (dir). *Yo estaba allí... Op. Cit.*, pp. 396-7.

desafío, para los propietarios que poblaban el agro español constituía un continuo foco de temores. Por su parte, la gran mayoría de los españoles no arriesgaron su vida por los guerrilleros, ni se sumaron voluntariamente a una contrapartida para combatirlos. Los ciudadanos de a pie solo deseaban retomar las riendas de sus vidas, marcadas por la guerra y por el hambre, y centrarse en su trabajo y sus familias. Y, para lograr sus deseos, la permanencia de la guerrilla se convirtió en un obstáculo.

4. La II Guerra Mundial: ¿amenaza para la dictadura o peligro para la paz?

A los pocos meses de finalizar la Guerra Civil, el continente europeo se vio sobresaltado por el que iba a ser el mayor conflicto a escala internacional de la historia. El comienzo de la II Guerra Mundial en septiembre de 1939 marcó profundamente no solo a los países que participaron en ella, sino a otros muchos que, como España, debieron adoptar una actitud ante el conflicto puesto que, aunque no participaran de manera directa, tenían muchos intereses depositados en él. La tentación belicista de una parte de los componentes del recién creado régimen franquista provocó que la posibilidad de una entrada en la guerra fuera real durante algunos años. La sintonía de la dictadura española con los fascismos europeos hizo que mantuviera un fluido contacto con quienes habían sido sus principales aliados para derribar a la República y hacerse con el control del país. Hacia 1942-1943, las primeras victorias de los aliados provocaron un viraje en la política internacional española, al tiempo que se iniciaba la desfascistización interna. Pero, mientras estas decisiones eran tomadas por los dirigentes del país, ¿cuál era la opinión de los españoles sobre el conflicto?, ¿compartían los ciudadanos corrientes los afanes imperialistas que propugnaban algunos sectores del régimen para devolverle su grandeza a la patria?, ¿prefería la población vivir al margen de los acontecimientos internacionales o, por el contrario, se interesó vivamente por cuanto ocurría más allá de las fronteras españolas y las consecuencias que de ello podían derivarse?, y ¿cómo afectaron todos estos factores a su apoyo o desafección hacia el régimen?

La invasión alemana de Polonia en septiembre de 1939 puso en guardia a toda Europa. Franco se apresuró a declarar la neutralidad de España en la contienda. A partir de este momento, la opinión en torno a la II Guerra Mundial y la propia decantación del conflicto en un sentido u otro se convirtieron en un episodio más de la batalla por

definir la nación española que habían entablado los defensores de un proyecto fascista de España y los adalides de un nacionalcatolicismo ultraconservador. Los primeros eran conscientes de que la entrada de España en la conflagración europea podía reportarles enormes beneficios. Sabían que si los fascismos europeos obtenían la victoria –y España se encontraba en el carro de los vencedores– sus aspiraciones imperialistas podrían verse colmadas y el Estado totalitario no sería una quimera. Las potencialidades que los fascistas españoles veían en el conflicto eran idénticas a los temores que divisaban los nacionalcatólicos. Aunque, en los primeros años de la contienda buena parte de estos nacionalcatólicos mostraron sus simpatías por las potencias fascistas que dominaban Europa, eran muchos los que veían en el triunfo aliado la única salida para evitar la completa fascistización del país y facilitar la transición hacia una Monarquía no democrática.

Pero, hacia 1939, estas posturas todavía se encontraban escasamente definidas. En esos momentos, las simpatías de los vencedores de la “Cruzada” parecían estar claramente del lado de las potencias que formarían el Eje porque, entre otras razones, su apoyo había resultado fundamental para ganar la pasada “guerra de liberación”. Ya en junio de 1937, una fastuosa manifestación en honor a Italia y Alemania recorrió las calles de Granada para mostrar su rechazo al “bloqueo internacional” y a los ataques perpetrados contra la flota de ambos países. El 1 de octubre de 1938, Francisco Prieto Moreno, jefe provincial de FET de las JONS, decidió visitar junto a otros “camaradas” al vicecónsul alemán de la capital, Edgar Nöe, para felicitarle por la brillante resolución que Hitler había dado “al problema checoslovaco”. Terminada la Guerra Civil, las jerarquías granadinas volvieron al mismo escenario para celebrar junto al vicecónsul alemán, el 50 cumpleaños del *Führer*.¹⁴² Fue, sin embargo, a mediados de 1940, coincidiendo con el inicio de la ofensiva falangista por acelerar la revolución nacionalsindicalista, cuando las simpatías por las potencias del Eje se mostraron más explícitas. El 3 de junio de ese año Franco le transmitió a Hitler su “admiración por los logros de Alemania”, explicándole que la situación económica de España le obligaba a “mantenerse neutral”. Unos días después, el 12, el régimen franquista cambió su postura de la “neutralidad” a la “no beligerancia”.¹⁴³ La decisión del “Caudillo” avivó las esperanzas imperialistas de Falange. A pesar de las derrotas que estaban sufriendo las

¹⁴² *Ideal*, 2-6-1937; *Patria*, 2-10-1938 y 25-4-1939.

¹⁴³ *Documents of German Foreign Policy, 1918-1945*, Serie D, Vol. 9, 1956 Londres, His Majesty's Stationery Office, 1966, pp. 509-510 y PAYNE, Stanley. *Franco y Hitler. España, Alemania, La Segunda Guerra Mundial y el Holocausto*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, pp. 106-107.

tropas italianas, el potencial militar desplegado por Alemania –explicitado en la toma de París el 14 de junio– era suficiente para que entre los españoles predominara la opinión de que la victoria alemana era inminente y la hostilidad hacia Inglaterra se disparase. Tanto es así que las jerarquías provinciales granadinas dibujaban un optimista panorama marcado por un ambiente “decididamente germanófilo” y por una juventud “entusiasmada ante la posibilidad de actuaciones que devuelvan a España su rango y prestigio histórico”.¹⁴⁴

Efectivamente, en el verano de 1940 la dictadura franquista tenía ante sus ojos la tentación de intervenir en una guerra que parecía próxima a su fin. La fascinación por las victorias de la Alemania nazi y las aspiraciones sobre el Norte de África o Gibraltar hicieron que las voces que predicaban una aventura bélica fueran más numerosas.¹⁴⁵ La ocupación española de Tánger en el mes de junio, la designación de Serrano Súñer como Ministro de Asuntos Exteriores y la entrevista de Franco con Hitler en Hendaya en octubre de 1940 parecían ser síntomas evidentes de que España se dirigía a pasos agigantados hacia una intervención militar en la contienda. Sin embargo, la falta de acuerdo sobre las condiciones de una entrada española en la guerra dinamitó todas las esperanzas de los falangistas por participar en los beneficios de una hipotética victoria militar del Eje.¹⁴⁶ Hasta esos momentos, no debemos olvidar que la actitud germanófila de los fascistas españoles fue algo compartido por otros elementos de la cultura política nacionalcatólica –especialmente los pertenecientes al Ejército– y tampoco minusvalorar la influencia que pudieron tener las victorias alemanas sobre las actitudes de los ciudadanos corrientes respecto al propio régimen.

Sin embargo, los pronósticos que daban por segura una victoria alemana en el verano de 1940 resultaron fallidos y, a finales de año, eran los mismos falangistas quienes criticaban las derrotas de Italia, en quien veían un rival para el dominio del norte de África. Pero fue un enfrentamiento interno lo que acabó con toda posibilidad de Falange por imponer su proyecto nacionalista. Mayo de 1941 fue el escenario de una

¹⁴⁴ TNA, FO, 371/24508, 17-4-1940 y 15-8-1940; AGA, Presidencia, DNP, Caja: 51/20531 “Parte quincenal de actividades provinciales”, 1 al 15 de julio de 1940 y 15 al 30 de julio de 1940. A nivel nacional véase SEVILLANO CALERO, Francisco. “Opinión y política internacional. Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial y el Bloqueo Exterior (1939-1946)”, en TUSELL, Javier et al. (eds.). *El régimen de Franco...* Op. Cit., pp. 359-370.

¹⁴⁵ HOARE, Samuel. *Ambassador in special Mission...*, Op. Cit.; SÁENZ-FRANCÉS, Emilio. *Entre la antorcha y la esvástica. Franco en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial*- Madrid, Actas, 2009, pp. 58 y ss.; ROS AGUADO, Manuel. *La gran tentación: Franco, el Imperio Colonial y los planes de intervención en la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona, Styria, 2008.

¹⁴⁶ EGIDO LEÓN, Angeles. “Franco y la Segunda Guerra Mundial. Una neutralidad comprometida”, *Ayer*, 57, 2005, pp. 103-124; PAYNE, Stanley. *Franco y Hitler...* Op. Cit., pp. 134-141.

aguda crisis de Estado en las entrañas del régimen, jalonada por varios amagos de dimisión y otros ceses consumados y concluida con la domesticación total del Partido por Franco y el acuerdo tácito de que habría más Falange a cambio de que fuera menos fascista.¹⁴⁷ Falange había perdido sus opciones cuando todavía las armas alemanas dominaban el viejo continente. Mientras, los diplomáticos británicos mostraban su sorpresa por encontrar un ambiente cada vez más favorable a Inglaterra, de manera que no dudaban en afirmar que “si tuviera lugar un plebiscito en España, arrojaría una gran mayoría a favor de los aliados” y que el “sentimiento anti-alemán” era algo extendido.¹⁴⁸ Pero los falangistas seguían convencidos de que el anhelo de un Estado totalitario solo se convertiría en realidad si los fascismos europeos se alzaban con la victoria. Por ello, a la altura de mayo de 1941, las autoridades falangistas granadinas defendían que, a pesar de la “campana inglesa hecha a base de bulos”, seguía constatándose “la admiración española al pueblo alemán por sus continuos éxitos”. El contacto con la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini continuó siendo sólido y permanente, lo cual quedó evidenciado en las visitas de jerarquías de ambos países a España, en la ininterrumpida aparición de artículos exaltadores del Eje o en el torrente de propaganda filofascista exhibida. En las festividades del Corpus de 1941 los granadinos observaron cómo las jerarquías del *Deutsche Arbeitsfront* (Frente de Trabajo Alemán) y las “señoritas del partido nazi” se mezclaban entre el público de la capital. En octubre de 1942, seguía siendo habitual que el Coliseo Olimpia, situado en la Gran Vía, acogiera la proyección de películas suministradas por la delegación local del NSDAP en Granada o por el Instituto de Cultura Italiana situado en la capital.¹⁴⁹

Además, la decisión de Alemania de invadir Rusia fue percibida por los falangistas como una buena oportunidad de recuperar el terreno perdido respecto a los partidarios de los aliados y de lograr la participación de España en la guerra. La declaración de guerra a la URSS provocó una “viva simpatía” entre gran número de granadinos. Prueba de ello fue la gran manifestación que recorrió las calles de la ciudad el 25 de junio de 1941, en la que pancartas y discursos dejaron clara su concepción de la

¹⁴⁷ PRESTON, Paul. *Franco: Caudillo de España... Op. Cit.*, pp. 539-540; SAZ, Ismael. “Las culturas políticas...”, *Op. Cit.*, p. 165; un análisis detallado de la crisis en MORENO JULIÁ, Xavier. *La División Azul. Sangre Española en Rusia*. Madrid, Crítica, 2005, pp. 32-55; las críticas a los italianos en: AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531 “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1940.

¹⁴⁸ TNA, FO, 371/24509, 21-11-1940 y 371/26896, 30-1-1941.

¹⁴⁹ Las impresiones sobre el ambiente político en AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1941; las visitas de jerarquías del partido nazi en *Patria*, 14-6-1941; y el desarrollo de la propaganda a favor del Eje en: AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/49, “Parte de la Delegación sobre Cinematografía y teatro”, noviembre de 1942.

guerra como una continuación de la “Cruzada” española contra el comunismo. Pero, sobre todo, lo eran la “gran cantidad de voluntarios que van presentándose para luchar contra el comunismo”.¹⁵⁰ A los falangistas les quedaba otra bala en la recámara: la División Azul. La lucha contra Rusia se convertía en una fantástica oportunidad política para que Falange pudiera hacer de España un Estado totalitario y para participar en los beneficios de una futura victoria sin comprometerse en exceso. Además –como los propios diplomáticos británicos señalaban– Rusia era considerada por muchos como la principal culpable de la Guerra Civil española y del “terror rojo” desplegado durante la guerra, por lo que embarcarse en la aventura rusa no despertaría una gran impopularidad.¹⁵¹ Por supuesto, muchos de los que se enrolaron en la División Española de Voluntarios fueron obligados a ello, incluso aun perteneciendo a la “comunidad política” del Movimiento. Es el caso del secretario provincial del SEU granadino, Daniel Saucedo Aranda, que fue “recomendado” ante las autoridades nacionales por el jefe provincial de FET de las JONS en Granada, Manuel Pizarro, para su encuadramiento en la División Azul, “para darle así ocasión de que demuestre de verdad su fingido falangismo”. Pero, entre los excombatientes, una parte de los militares y, especialmente, los falangistas que habían luchado en la Guerra Civil hubo un cierto entusiasmo. José fue uno de esos voluntarios: “yo podía haberlo eludido porque tenía dos hijos, pero dije que no y me fui a Rusia”. Para él Alemania “como pueblo, como organizado y disciplinado” no tenía comparación y por ello cuando entre sus compañeros pidieron voluntarios para luchar contra la URSS “allí nadie dio un paso atrás”.¹⁵² El anticomunismo, el deseo de borrar pasadas filiaciones políticas, gozar de la condición de excombatiente o los beneficios económicos que se pudieran derivar de la participación en ella fueron para otros hombres –y para sus familias– la razón fundamental para empuñar las armas.

¹⁵⁰ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, junio de 1941; *Patria*, 26-6-1941.

¹⁵¹ TNA, FO 371/26899, 11-11-1941.

¹⁵² Para el reclutamiento de la División Azul véase RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. *De héroes e indeseables. La División Azul*. Madrid, Espasa Calpe, 2007, pp. 52-70; MORENO JULIÁ, Xavier. *La División azul... Op. Cit.*, pp. 94-101; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “El Tercer Reich, La Wehrmacht y la División Azul, 1941-1945. Memoria e imágenes contrapuestas”, *Ayer*, 69, 2008, pp. 47-72, véanse especialmente pp. 48-51; el primer ejemplo en AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20612 “Informe sobre la conveniencia de encuadrar a Daniel Saucedo en la División Azul”, marzo de 1943; y el segundo en Entrevista a José, Granada.2-3-2010; la experiencia de un granadino en la División Azul puede verse en SÁNCHEZ DIANA, José María. *Cabeza de puente. Diario de un soldado de Hitler*. Alicante, García Hispán Editor, 1989.

Entre mayo de 1941 y finales de 1942 la polarización de la opinión de los españoles sobre el conflicto fue grande y si todavía parecía existir una “confianza en el triunfo del Eje”, empezaban a dejarse ver “elementos izquierdistas” que “dan por seguro la victoria inglesa”. Fue, sin embargo, a raíz de la intervención de Estados Unidos en el conflicto y como consecuencia de los primeros reveses alemanes cuando pareció producirse una inclinación de la opinión popular del lado de las potencias aliadas.¹⁵³ En agosto de 1943 el cónsul inglés en Málaga informaba del entusiasmo con el que había sido acogida la entrada de las tropas aliadas en Sicilia “por casi toda la población”. Los comentarios aliadófilos fueron en aumento y en los bares y tabernas se escucharon con mayor frecuencia comentarios contrarios al régimen franquista, que Falange y muchos ciudadanos de a pie no dudaron en explotar. Cuando José Martínez Cazorla expresó públicamente sus impresiones sobre la guerra en Benahadux (Almería), afirmando que “cuando el camarada Negrín volviera a España, éste haría las cosas como hay que hacerlas”, un joven de 17 años no dudó en acudir al cuartelillo a denunciarle. Paralelamente, aumentaron los rumores sobre la entrada de maquis por la frontera francesa, la dimisión de Franco, la entrada en guerra de España o la llegada inminente de la Monarquía.¹⁵⁴

La pugna entre germanófilos y aliadófilos se mantuvo tensa hasta los últimos meses de la contienda. Los primeros, comprendidos ya únicamente por los falangistas, seguían confiando en una rápida reacción de Alemania que pudiera cambiar el signo de la guerra y no dudaban en celebrar cualquier éxito alemán. Para sorpresa del vicecónsul inglés en la capital, William Davenhill, la Falange granadina envió un telegrama a Hitler en 1944 felicitándole por una victoria en el frente ruso. Mayor contrariedad debió causarles la decisión de los falangistas malagueños de expulsar de la organización a cualquier militante “que demuestre tendencias democráticas” y eliminar “todo lo que huelva a inglés” dentro del Partido.¹⁵⁵ Por su parte, la oposición antifranquista y algunos sectores del catolicismo reaccionario eran aliadófilos. Pero, mientras los primeros veían

¹⁵³ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20588, “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1942 y Caja 51/20612, “Parte mensual de actividades provinciales”, abril de 1943; SEVILLANO CALERO, Francisco. *Ecos de papel... Op. Cit.*, p. 73.

¹⁵⁴ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20640, “Partes mensuales de actividades provinciales”, febrero y abril de 1944; RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. ““Cuando lleguen los amigos de Negrín...””, *Op. Cit.*, p. 303; FANDIÑO, Roberto G. “El transmisor cotidiano. Miedos, esperanzas, frustraciones y confusión en los rumores de una pequeñas ciudad de provincias durante el primer franquismo”, *Historia y Comunicación Social*, 8, 2003, pp. 77-102.

¹⁵⁵ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1944; TNA, FO 371/39676, 12-6-1944 y FO 371/34789, 2-9-1943.

en la victoria aliada la mejor oportunidad de derrocar a Franco. Los segundos pensaban que la derrota del Eje dejaría fuera de combate a su principal rival por el poder en España y alejaría los fantasmas de la fascistización del Estado. Que no deseaban lo mismo quedaba puesto de manifiesto por los falangistas, que, en marzo de 1944, constataban que, “debido al pánico ante una victoria soviética”, los “derechistas” se estaban acercando al Partido “como tabla salvadora ante el temor rojo”. Un temor que, según la organización, se vio aumentado en los últimos meses de la guerra, dado que “no tienen más que frases de elogio para Franco y la Falange”.¹⁵⁶ En realidad, más que un apego a FET de las JONS –a quien culpaban del acercamiento a los totalitarismos– los sectores nacionalcatólicos del régimen estaban aproximando cada vez más a Franco. El deseo de la Monarquía estaba ahí y en 1945 parecía aún plausible que la restauración pudiera producirse dado lo comprometido de la situación de España. Pero, aunque la vuelta del rey no se produjera, sabían que el mantenimiento de Franco en el poder desvanecía cualquier posibilidad de triunfo comunista en España, por lo que no dudaron en cerrar filas en torno a su “Caudillo”.

Por otro lado, al margen de las actitudes germanófilas mantenías por los falangistas más radicales, la línea oficial del Partido –representada por Arrese– pasó de ser fascista a ser fascistizada desde mediados de 1942, renunciando a la realización del Estado totalitario y tratando de salvar su situación. Era ya, a grandes rasgos, la Falange de Franco, un partido disciplinado y más franquista que fascista que iba a asumir la desfascistización del Estado como paso necesario para mantenerse en el poder. De ahí su definición como católica y tradicional –en vez de fascista y totalitaria–, la supresión del saludo a la romana y otra simbología similar o los empeños por demostrar que el Partido no era Partido sino Movimiento Nacional.¹⁵⁷ Algo que asustó e irritó a aquellos que habían soñado con una España totalitaria, como Patricio González Canales. El por entonces jefe de la Falange de Murcia expresaba cómo entre los afiliados de la provincia existía “el temor de que el fin de la guerra de Europa traiga consigo una serie de presiones que obliguen si no a la disolución de Falange sí a su apartamiento de todas las

¹⁵⁶ AMAEI, Affari Politici, Caja 66, 19-9-1944; AGA, Presidencia, DNP; Caja 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, marzo de 1944 y Caja 51/20667, “Parte mensual de actividades provinciales”, febrero de 1945.

¹⁵⁷ SAZ, Ismael. *España contra España... Op. Cit.*, pp. 367 y ss.; TNA, FO 371/34789, 6-8-1943; FO 371/49590, 1-10-1945; AMAEI, Affari Politici, Caja 66, octubre de 1944; DE ARRESE, José Luis. *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*. Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular. 1945.

tareas de Estado”.¹⁵⁸ Pero los planes de Franco no pasaban en absoluto por “licenciar honrosamente a la Falange” como le había pedido Serrano Súñer, sino por su oscurecimiento hasta que la presión internacional e interior disminuyeran. Aunque Falange pudiera sentirse marginada y algunos de sus miembros abandonasen el Partido, la mayoría se acomodó a la nueva situación, cerró filas en torno a Franco y buscó en la lealtad al dictador la única garantía de su supervivencia.¹⁵⁹ Por su parte, el Jefe de Estado sabía que, aun silenciada durante un tiempo, Falange era necesaria para congelar toda ilusión monárquica, canalizar el apoyo político al régimen, generar opinión entre la población española, proporcionar cuadros políticos fieles al Caudillo y actuar como fuente de información para el Estado y elemento represor de la oposición.¹⁶⁰

Como hemos observado la II Guerra Mundial generó activas corrientes de opinión dentro de España que pudieron provocar que “lo político” estuviera más presente en las conversaciones cotidianas mantenidas por los ciudadanos. En la casa de Alfonso, “se juntaban tres o cuatro amigos a hablar de política de la situación internacional, porque eso poco más o menos se permitía [...] El que era germanófilo lo era a matar y el que era aliadófilo también. Se formaban unos ciscos tremendos”.¹⁶¹ La existencia de importantes grupos de la población interesados por el devenir de la contienda no oculta que buena parte de la población no prestase excesiva atención a cuanto ocurría fuera de las fronteras españolas, especialmente cuando quedó abortada cualquier posibilidad de intervención española en el conflicto. El jefe provincial de FET de las JONS en Granada, José María Fontana, llegó a denunciar cómo entre lo que él llamaba “masa centrista” había “aumentado el desinterés”, viviendo “como si ni el régimen ni los acontecimientos exteriores rezaran con ellos en absoluto”.¹⁶²

Pero tras ese desinterés se ocultaban sobre todo los deseos de paz de la mayor parte de los españoles. Los ciudadanos corrientes no deseaban bajo ningún motivo ver a

¹⁵⁸ AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2356, “Escrito de Patricio González Canales al Vicesecretario de Educación Popular”, 21-5-1945.

¹⁵⁹ El sentimiento de marginación en: GIRÓN DE VELASCO, José Antonio. *Si la memoria no me falla*. Barcelona, Planeta, 1996, p. 134; La actuación de la Falange tras la derrota de Alemania en RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. “El aparato falangista a la caída de los fascismos. FET-JONS en 1945”, *Spagna Contemporanea*, 4, 1993, pp. 127-130.

¹⁶⁰ RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. “El aparato falangista...”, *Op. cit.* pp. 132-133; PAYNE, Stanley. *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*. Barcelona, Planeta, 1997, p. 611.

¹⁶¹ SEVILLANO CALERO, Francisco. *Ecos de papel... Op. Cit.*, p. 46; Entrevista a Alfonso, Granada, 17-3-2011.

¹⁶² AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/ 20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, marzo de 1944; Jordi Font ha constatado como el tema del fascismo o de la II Guerra Mundial es con frecuencia obviado en los testimonio orales: FONT, Jordi. *¡Arriba el campo!... Op. Cit.* pp. 227-232; CAZORLA, Antonio. “Surviving Franco’s Peace: Spanish Popular Opinion during the Second World War”, *European History Quarterly*, 32, 2001, pp. 391-411.

España involucrada en una nueva guerra y, en consecuencia condenaron cualquier avance pro-belicista y aplaudieron las posturas no intervencionistas. En septiembre de 1940, cuando los sentimientos germanófilos eran mayoritarios, la Falange de Granada lamentaba cómo entre los “hombres mayores” se notaba una “actitud totalmente opuesta a la posibilidad de dicha intervención”, dada la situación de la economía española. Ese mismo año, los emisarios británicos en España ya constataban que la neutralidad ante la guerra era “universalmente deseada” por los ciudadanos.¹⁶³ Con motivo de la visita de Serrano Súñer en septiembre de 1940 a Berlín y Roma, los españoles mostraron “gran inquietud” ante la posibilidad “de la entrada de España en la guerra del lado de los dictadores totalitarios”. Idénticos sentimientos despertó entre la población granadina la visita de Franco a Italia en febrero de 1941, produciéndose un “evidente respiro al ver que nada acontecía”.¹⁶⁴ Los deseos de paz aparecían muchas veces entremezclados con sentimientos nacionalistas de una población que veía en una hipotética intervención extranjera un ataque a la soberanía nacional. En marzo de 1941, el Embajador británico en España captaba un sentimiento de fuerte “resistencia a una invasión alemana” de la Península y, poco después, su homónimo estadounidense afirmaba que los españoles eran sumamente reacios “a cualquier intromisión en sus asuntos domésticos”. Cuando el miedo a la ocupación del territorio español por los nazis desapareció, surgió el temor a caer bajo la influencia de la URSS. Los diferentes cónsules británicos en el país informaban al embajador Samuel Hoare del miedo existente entre los ciudadanos corrientes a una victoria aliada, pues “temen que pueda producirse una restauración del régimen rojo en España”. Temores que, sin duda, se vieron agravados durante el año 1944 con el desplome del frente oriental alemán y el avance soviético, acrecentándose el miedo a una nueva guerra civil como consecuencia de un eventual ataque por parte de los antiguos componentes del Frente Popular. Por aquellos años Paz, decidió marcharse de su pueblo para hacerse monja, a pesar de los temores de su padre que le decía: “¡Cómo te vas a ir a Granada! ¿Y si vienen (los “rojos”) otra vez? Mi padre –explica ella– tenía miedo de una nueva guerra y decía que nos iban a matar a los curas y a las monjas”.¹⁶⁵ El franquismo ya contaba los tres elementos fundamentales para mantenerse

¹⁶³ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20531, “Parte mensual de actividades provinciales”, septiembre de 1940; TNA, FO 371/24508, 17-4-1941 y FO 371/26899, 11-1941

¹⁶⁴ TNA, FO 371/24508, 11-10-1940; AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20569, “Parte mensual de actividades provinciales”, febrero de 1941.

¹⁶⁵ Los temores a una invasión alemana en: TNA, FO 371/26896, 21-3-1941, y FO 371/26899; el miedo a un dominio de Rusia en TNA, FO 371/ 31234, 5-1-1942 y AGA, Presidencia, DNP, 51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1944.

al frente de España: los deseos de paz de la población, la baza del nacionalismo ante las presiones externas y el miedo al comunismo.

Las diferentes fuerzas convivientes en el interior del régimen vieron afectada su influencia como consecuencia de su comportamiento a lo largo de la contienda. Serrano Suñer y la Falange fueron acusados de haber puesto a España al borde del abismo en sus intentos por crear un Estado totalitario y quedaron desprestigiados a los ojos de la población, recuperándose solo en parte con el paso de los años.¹⁶⁶ Por el contrario, otros sectores como la Iglesia, resultaron muy beneficiados y los católicos reaccionarios, que ahora ocultaban su pasado fascistizado, salieron enormemente reforzados de la contienda. El Vaticano supo moverse bien en su posición de ambigüedad hacia el conflicto, escondiendo paulatinamente la política de entendimiento que le unía al fascismo y fabricando una imagen de la guerra que le favoreciese. Pío XII situó a la Iglesia católica como la principal promotora del cese del conflicto y, gracias a ello, su papel y el de los católicos de la Democrazia Cristiana quedarían muy fortalecidos durante la posguerra.¹⁶⁷ De manera similar, la Iglesia española se valió muy pronto del recurso de la paz para ir consolidando su posición dentro del “Nuevo Estado”. Para el Cardenal Agustín Parrado la guerra era un castigo enviado a Europa por haberse “olvidado que la verdadera paz es planta interior que nace en el cercado íntimo del alma”. El Arzobispo granadino reivindicaba el papel de la Iglesia como máxima responsable de los llamamientos a la paz y pedía a sus feligreses que rogaran “por el cese lo antes posible del estruendo de las armas” en el mundo. Llamamientos que tuvieron gran eco entre la población y que la propia Falange se vio obligada a admitir que, a su celebración, “se han sumado todos los grupos y tendencias con verdadero fervor”.¹⁶⁸ Un discurso de paz que le ofreció a la dictadura una alternativa ideológica ante la caída del fascismo, que encajaba a la perfección con la actitud y deseos de los españoles de la posguerra y que, en fin, se cimentaba sobre el contraste entre el agitado panorama de Europa y la presunta tranquilidad en la que vivía España.

Los españoles de a pie pudieron adoptar diversas posturas hacia el conflicto europeo y manifestar sus simpatías por alguno de los bandos en liza. Sin embargo, lo

¹⁶⁶ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. *Historia de Falange... Op. Cit.*, pp. 461-466.

¹⁶⁷ GUASCO, Maurizio. *Chiesa e cattolicesimo in Italia (1945-2000)*. Bolonia, Edizione Dehoniana, 2001, pp. 10-11; MALGERI, Franco. “Chiesa, clero e laicato cattolico tra guerra e resistenza”, DE ROSA, Gabriele (coord). *Storia dell’Italia religiosa III. L’Età contemporanea*. Roma-Bari, Laterza, 1995, pp. 301-334.

¹⁶⁸ BOAG, “Oraciones y penitencias por la paz”, 3-11-1940 y “Día del Papa”, 19-2-1943; AACE, Caja 201-1-1, “Memoria del Curso 1944-1945”; AGA, Presidencia, DNP, Caja51/20640, “Parte mensual de actividades provinciales”, marzo de 1944.

que prevaleció fue un rotundo deseo de que la nación se mantuviera al margen de la conflagración. Un sentimiento también experimentado entre las sociedades de los países que sí decidieron participar en la guerra. Es el caso de Alemania y también de Italia, donde, tras la aventura colonial de Etiopía y la experiencia de la guerra de España, los ciudadanos mostraron un inicial recelo a la política de acercamiento a los nazis y, una vez confirmada la participación de su país en la guerra, un creciente deseo porque ésta acabara cuanto antes.¹⁶⁹ La cercanía de tres años de Guerra Civil hizo que el deseo de neutralidad fuera aún más fuerte en España. De manera que, entre una buena parte de la población la “decisión” de permanecer fuera de la II Guerra Mundial fue bien recibida. Y el franquismo, consciente del sentir de la mayoría de la población no dudó en explotar lo ocurrido, por ejemplo, con la publicación de encuestas en las que se trataba de mostrar que la neutralidad había sido todo un acierto político y como tal era valorado por los españoles (*Tabla 2*). Unos resultados que, aun siendo deformados, respondían en cierta medida al pensamiento de muchos españoles. Algunos, como Gumersindo, no compartían en absoluto la versión de la “España siempre neutral” que ofrecía el régimen: “Franco se apuntaba todas: que si mandó la División Azul para luchar contra el comunismo... ¡Déjate de coñas! Lo que pasó es que supo venderlo. Le tocó la lotería cuando nadie lo esperaba”. Otros, como Rafael P., achacaban lo sucedido al “buen hacer” del “Caudillo”: “Cuando derrotaron a los alemanes, Franco hizo sus maniobras y salió para adelante. Si no puedes combatir...”. Para Daniel, el dictador tomó una de sus mejores decisiones al “alejarse” a España de una guerra que no estaba en condiciones de afrontar: “Si entramos hubiera llegado el Plan Marshall, pero nos hubiéramos hecho pedazos”. Y para otros, como Mariano, la clave de la neutralidad había estado en la capacidad de Franco para no plegarse a las “exigencias” de Hitler y mantener la soberanía nacional: “Lo que pasa es que Franco con Hitler fue muy duro. Y los alemanes no pudieron con Franco porque era un tío muy recto. Y ya tuvieron al final que plegarse a lo que él decía”. Aunque España hubiera estado coqueteando con la posibilidad de entrar a formar parte del Eje Roma-Berlín y el apoyo moral y material –la División Azul y el wolframio por ejemplo– había sido evidente, la mayoría de los españoles creyeron o, al menos quisieron creer, que Franco les había mantenido apartados de la contienda y que su continuidad podía garantizar la estabilidad del país.

¹⁶⁹ Para Alemania: STEPHENSON, Jill. “Popular opinion...”, *Op. Cit.*, pp. 107-121; el caso italiano en COLARIZI, Simona. *L’opinione degli italiani... Op. Cit.* pp. 297-299.

En consecuencia, el dictador se había convertido en el principal vencedor de los conflictos en el interior del régimen.¹⁷⁰

**ENCUESTA SOBRE LA NEUTRALIDAD DE ESPAÑA DURANTE LA II GUERRA MUNDIAL
REALIZADA POR EL INSTITUTO DE OPINIÓN PÚBLICA**

<i>España ha perseguido entrañablemente el acercamiento a Hispanoamérica, ¿cree Ud. que esto ha influido en nuestra neutralidad?</i>	
Lo creen	68,4 %
No lo creen	15,5 %
No tienen opinión sobre el particular	16,1 %
<i>La no intervención de España en África del Norte ha sido la prueba más fehaciente de nuestra neutralidad ¿está Ud. de acuerdo o no?</i>	
Lo creen	70,1 %
No lo creen	19,7 %
No tienen opinión sobre el particular	10,2 %
<i>¿Cómo se ha comportado España con respecto a la dureza de la guerra?</i>	
Humanizando la guerra	80,5 %
No interviniendo	8,4 %
No tiene opinión sobre el asunto	11,1 %
<i>¿A qué cree Ud. que se debe el que España no haya entrado en la guerra?</i>	
A su voluntad	79,3 %
A circunstancias ajenas a su voluntad	14,6 %
No tienen opinión	6,1 %
<i>¿Cómo cree Ud. que se ha desarrollado la propaganda de los bandos contendientes en España?</i>	
Sin trabas	65,6 %
Sometida a cierta vigilancia	23,0 %
No manifiesta opinión	11,4 %
<i>En general ¿se encuentra Ud. satisfecho con la política seguida por el gobierno español desde el comienzo de la guerra?</i>	
Se muestran satisfechos	71,4 %
No se muestran satisfechos	17,2 %
No tienen opinión	11,4 %

¹⁷⁰ Entrevista a Gumersindo, Madrid, 29-12-2011; Entrevistas a Rafael P., Cájar, 12-7-2011; Daniel, Granada, 18-3-2011 y Mariano, Granada, 11-8-2011; Véase también CAZORLA, Antonio. “Surviving Franco’s Peace...”, Op. Cit., pp. 401-404.

TABLA 2. Fuente: AGA, Cultura, Ministerio de Información y Turismo, Caja 1175., recogida en SEVILLANO CALERO, Francisco. *Ecos de papel... Op. Cit.*, pp. 99-100.

En definitiva la II Guerra Mundial tuvo unos importantes efectos sobre la posición internacional del régimen, el equilibrio de fuerzas existente en su seno y las actitudes de los ciudadanos corrientes. En primer lugar, la dictadura se vio obligada a abandonar toda pretensión imperialista y las aspiraciones territoriales que parecían alcanzables a la altura de 1940-1941. La caída de los fascismos dejó al régimen en una comprometida situación que puso en jaque su estabilidad. En segundo lugar, la contienda mundial dio lugar a otra importante lucha por definir la nación entre las culturas políticas mayoritarias que convivían en el interior de España. Si para los defensores de un proyecto fascista la derrota definitiva del Eje confirmó la imposibilidad de realizar el Estado totalitario con que habían soñado, para los nacionalcatólicos supuso el comienzo de un periodo de predominio en el interior de la nación que se desarrollaría en los años siguientes. A pesar de ello, ambos proyectos seguirían conviviendo y pugnando durante muchos años por hacer prevalecer su concepción nacional. Finalmente, para los ciudadanos corrientes la II Guerra Mundial fue desde el principio una amenaza a los intensos deseos de paz que sentían tras varios años de lucha fratricida. El total acuerdo con la política de neutralidad que el franquismo decía haber observado a lo largo de toda la contienda, ayudó a la consolidación del franquismo, aumentó el prestigio del “Caudillo” y alentó las actitudes de desapego hacia la política por parte de una amplia mayoría de los ciudadanos que sólo anhelaban la paz.

5. Conclusiones: el triunfo de la normalidad

Los años cuarenta estuvieron plagados de dificultades para el franquismo. Tras una cruenta y prolongada Guerra Civil, el “Nuevo Estado” no trajo la paz prometida, entre otras cosas, porque la reconciliación de vencedores y vencidos no entró nunca dentro de sus planes. Por el contrario, el régimen franquista decidió empezar a construir “su” España asentándola firmemente en la sangre de los caídos, en la estigmatización de la II República, en el castigo a sus enemigos y, en definitiva, en todo lo que representaba la “legitimidad de la Victoria”. Sin embargo, las nuevas autoridades encontraron otros importantes obstáculos en la tarea de “reconstrucción nacional” que

aspiraban a llevar a cabo. Una serie de problemas que pudieron minar la estabilidad del régimen y dificultaron la vuelta a la normalidad deseada por la población española.

Las luchas en el interior del régimen, tanto a nivel nacional como provincial y local, se encargaron de mostrar que la camaradería existente entre los componentes del bando sublevado, había quedado atrapada en el barro de las trincheras. La construcción del Estado franquista se convirtió de este modo en un proceso de gran complejidad, cimentado sobre enfrentamientos constantes entre los dos proyectos nacionales hegemónicos: el falangista y el nacionalcatólico. Unos enfrentamientos que fueron ocasionalmente percibidos por el conjunto de la sociedad y que pudieron poner en peligro la coherencia discursiva del régimen. Sin embargo, como hemos observado, en la mayoría de los casos los ciudadanos corrientes permanecieron ajenos a estas luchas por la nación y prefirieron entender estos litigios como situaciones fácilmente solucionables por el propio “Caudillo”.

Al margen de las luchas en el interior del Estado, el franquismo tuvo que hacer frente a otra serie de graves problemas tanto internos como externos. Las condiciones de miseria y hambre que caracterizaron toda la década de los cuarenta suscitaban las quejas de gran parte de la población. Además, el descontento popular no solo estaba motivado por la situación de penuria existente, sino por la ineficiente gestión del Gobierno para resolverla. De esta manera, la dictadura se vio obligada a convivir durante toda la posguerra con las críticas de una población cada vez más desesperada. Pero, en primer lugar, el régimen supo hacerles más llevadera la mísera situación a los vencedores de la guerra. En segundo lugar, muchos españoles aceptaron la versión que el Estado les ofrecía de que la escasez de alimentos y materias primas era debida fundamentalmente a las trágicas consecuencias de la guerra, la adversidad climática o el turbulento panorama internacional. Y, en tercer lugar, las críticas sobre el sistema de abastecimientos fueron en su mayoría dirigidas con las autoridades más cercanas a los ciudadanos de a pie, de manera que Franco quedó casi siempre exento de culpa. Cuando la situación mejorara, la gente que sobrevivió a la miseria aplaudiría la gestión del Caudillo.

Al mismo tiempo, el franquismo tuvo que hacer frente a una oposición política por parte de aquellos que habían perdido la guerra. La guerrilla antifranquista se convirtió, casi en exclusiva, en la principal fuente de problemas para la dictadura en este sentido. Los atracos, secuestros y muertes perpetrados por los guerrilleros extendieron la inseguridad entre la población y pusieron en peligro el “orden social” prometido por el régimen. Sin embargo, como hemos observado, la represión franquista y los propios

problemas internos en la guerrilla impidieron que la posibilidad de derrocar a Franco se convirtiese en realidad. Aunque muchos españoles ayudaron a los guerrilleros, la mayor parte de los ciudadanos veían en su presencia la continuidad de la Guerra civil y, por tanto, resultaban un importante escollo para recuperar la tranquilidad y centrarse en sus vidas. Finalmente, el estallido de la II Guerra Mundial constituyó una nueva amenaza para el régimen de Franco. En el interior del régimen se entabló una dura lucha por la participación de España en la contienda del lado de los fascismos. El agotamiento de esta posibilidad satisfizo a la mayoría de los ciudadanos que solo querían la neutralidad. En definitiva, los deseos de paz de los españoles fueron tan fuertes que en su mayoría llegaron a aceptar la idea de que Franco había tomado una buena decisión al mantener a España al margen de la lucha armada. De esta manera, el prestigio del Caudillo y de otros sectores que, como la Iglesia, también habían sabido jugar la baza de la neutralidad, se vio aumentado, contribuyendo a reforzar la estabilidad del régimen en los siguientes años. En 1945, la dictadura no había dejado de serlo, sino que, sencillamente, había sido lo suficientemente flexible como para apoyarse en otros bastiones más asumibles por el exterior y por la población española.

4

LA CONSOLIDACIÓN DEL RÉGIMEN: NACIONALCATOLISMO, FALANGISMO Y ACTITUDES CIUDADANAS EN EL ECUADOR DEL FRANQUISMO (1947-1957)

Al término de la II Guerra Mundial la dictadura franquista se encontraba en una situación comprometida como consecuencia de su apoyo a las potencias del Eje durante parte importante de la contienda. Pero, hacia 1948, la presión internacional empezó a remitir y el régimen se sintió cada vez más confiado en su permanencia. Las campañas propagandísticas destinadas a demostrar que España jamás se había aproximado al totalitarismo y que lo único que en realidad existía era un Estado católico con un claro sentimiento anticomunista, encontraron resonancia entre una población que, como vimos, no era en absoluto partidaria de vivir una nueva guerra. La mayoría de los españoles veían en la continuidad de Franco en el poder la garantía de la estabilidad necesaria para ir dejando atrás el fantasma de la Guerra Civil y centrarse en sus familias y en sus trabajos. A finales de los cuarenta, las condiciones de vida todavía estaban muy lejos de ser las deseables. La miseria y el hambre estaban presentes de manera diaria entre muchos españoles. Pero aunque estas lacras permanecerían en algunas zonas del país durante la siguiente década, a inicios de los años cincuenta la economía española empezó a mostrar leves indicios de recuperación, que permitieron, entre otras cosas, la eliminación del racionamiento alimenticio en 1952. Ante tal panorama económico y social, la mayor parte de la población optó por alejarse de una política marcada, desde su punto de vista, por un tono gris y monótono, evidenciando la desmovilización existente.

Mientras, las dos culturas políticas predominantes en el interior del régimen también se vieron afectadas por el resultado de la contienda mundial. Tras la derrota del Eje, el camino parecía despejado para los defensores de una nación católica, alejada de toda tentación fascista y libre de sus enemigos. La Iglesia, las congregaciones y asociaciones religiosas, los sectores católicos del interior del Estado y, sobre todo, una buena parte de la sociedad contribuyeron a convertir a España en un reflejo del “Reino de Dios”. Las innumerables ceremonias religiosas que se desarrollaron por todo el

territorio nacional ayudaron a mejorar la imagen exterior del país y a darle mayor reconocimiento internacional pero, sobre todo, llevaron la religión a cada rincón de España, presidiendo de manera cotidiana el día a día de la población. Junto a ello, en el seno de la Iglesia se prestó mayor atención a las cuestiones sociales, lo que hizo más atractivo a su discurso. La preocupación por las condiciones de vida, la falta de viviendas, el paro laboral o los bajos salarios se tradujo en un lento, pero efectivo, acercamiento a los sectores sociales más desfavorecidos lo cual, sin embargo, provocó algunos efectos no deseados para las jerarquías eclesiásticas.

Por su parte, Falange fue la gran damnificada de la derrota de los fascismos europeos y, por consiguiente, hubo de afrontar el oscurecimiento de sus rasgos fascistas y la postergación de parte de sus ideales. Sin embargo, la decisión de Franco de mantener con vida al Partido posibilitó que éste experimentara una revitalización una vez cesó el periodo de aislamiento internacional. A partir de 1948, las camisas azules, los brazos en alto y los postulados más puros del falangismo volvieron a aparecer ante los ojos de los españoles. Aunque los defensores del nacionalcatolicismo creyeran que su modelo de España iba a realizarse sin obstáculos, la vuelta a escena de Falange planteó numerosos desafíos. De este modo, los años cincuenta fueron el teatro de una gigantesca y duradera batalla cultural por definir qué sería España en el nuevo escenario tras la posguerra. Una lucha que, como veremos, tuvo sus actores, escenarios y, por supuesto, sus vencedores y vencidos en el marco nacional y local. Todo ello, cuando una nueva generación asomaba la cabeza a la vida pública y empezaba a mostrar ciertos desacuerdos con los que “habían hecho la guerra”.

La ausencia de amenazas externas e internas y la flexibilidad demostrada por el franquismo en relación a las pugnas de sus diferentes componentes fueron factores claves en su estabilidad, pero, para analizar en su complejidad los acontecimientos que tuvieron lugar durante este periodo, debemos acercarnos en la medida de lo posible a las actitudes de los granadinos corrientes. En primer lugar, resulta necesario atender al nuevo contexto exterior e interior creado tras la II Guerra Mundial y a los mecanismos utilizados por el régimen para garantizar su estabilidad desde finales de los cuarenta y durante la siguiente década, observando su correspondencia con el sentir de la mayor parte de los ciudadanos. En segundo lugar, debemos calibrar qué consecuencias tuvo la paulatina mejora de las condiciones de vida en comparación con las de la década precedente. En tercer lugar, dirigiremos nuestra mirada al despliegue realizado por los nacionalcatólicos, de cara a la articulación de sus proyectos en una sociedad y coyuntura

que les eran propicias. En cuarto lugar, atenderemos el resurgimiento de Falange y de sus postulados, así como las novedades presentes en su discurso para tratar de ampliar sus bases sociales. Finalmente, trataremos de analizar el comportamiento del régimen ante la emergencia de las nuevas generaciones y las discontinuidades y permanencias presentes en su discurso de la Guerra Civil y la “Victoria”.

1. Del aislamiento a la estabilidad: la percepción ciudadana de la situación internacional del régimen

El final de la II Guerra Mundial en 1945 situó a España en una posición muy comprometida. El régimen franquista representaba un anacronismo en un mundo marcado por un fuerte sentimiento antifascista y por el enfrentamiento entre el orden liberal y democrático, encarnado por las potencias aliadas triunfantes, y el orden comunista, representado por la URSS y cada vez más consolidado en el Este de Europa. Los ciudadanos del viejo continente se encontraban en su mayoría embargados por la vergüenza de lo sucedido y demandaban la puesta en marcha del Estado del Bienestar y de modelos políticos democráticos como un acto de justicia ante las míseras condiciones de vida que les reservaba la posguerra.¹ En este contexto, era lógico que la dictadura franquista temiera quedar aislada en el nuevo orden mundial debido a sus simpatías germanófilas durante la contienda e, incluso, viera amenazada su continuidad. Sin embargo, el mismo año de la terminación de la guerra ya había quedado claro que la única potencia vencedora que mostraba una inclinación decidida a intervenir en España era la URSS. Tanto Estados Unidos como Gran Bretaña prefirieron mantener una postura de ambigüedad que juzgaban mucho más beneficiosa para sus intereses. El propio Franco fue pronto consciente –en junio de 1945– de que las presiones de las potencias extranjeras para que diera paso a un gobierno democrático continuarían, pero que no harían uso de la fuerza para obligarle a ello.² Esto no significa que el régimen no temiera por su permanencia al frente de la nación o por un bloqueo internacional a la economía española, pero sabía que no todo estaba perdido, puesto que, además, los

¹ JUDT, Tony. *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid, Taurus, 2006, pp. 120-124.

² DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo. “¿El ‘amigo americano’? España y Estados Unidos durante el franquismo”, *Studia Histórica Contemporánea*, 21, 2003, p. 233; TNA, FO 371/ 48589, 12-6-1945.

deseos de paz y normalidad que albergaban la mayor parte de los españoles favorecían su posición.

A pesar de no estar dispuestos a intervenir militarmente en la Península, entre 1945 y 1947, Francia, Estados Unidos y, muy especialmente, Inglaterra ejercieron una considerable presión sobre España, tratando de desencadenar un cambio de régimen. La diplomacia británica advirtió a Franco en varias ocasiones de que, de no adoptar las medidas necesarias para propiciar una evolución en sentido democrático, se arriesgaba a que España quedara al margen de los organismos internacionales y sumida en un aislamiento diplomático y económico que acabaría por asfixiarla. Los dirigentes del Reino Unido sopesaron igualmente la adopción de sanciones económicas contra España con el fin de provocar la caída de Franco.³ En marzo de 1946 el delegado de Prensa, Propaganda y Radio de Granada, José León Arcas, admitía, al referirse a las noticias captadas de la BBC y de Radio Moscú, que “la cantidad de bulos recogidos ha sobrepasado en gran cantidad lo que vienen siendo la tónica normal de captación de rumores”.⁴ La presión exterior aumentó con el transcurso del año, pero fue tras la resolución de la ONU en diciembre de 1946 cuando la situación de la dictadura pareció más delicada. Muchas naciones decidieron retirar sus embajadores de España, y las relaciones exteriores del régimen quedaron muy limitadas. Al mismo tiempo, la oposición exterior se mostraba cada vez más segura de poder derrocar al dictador y parecía contar para ello con el apoyo de algunas potencias.⁵ A inicios de 1947, Franco estaba aislado.

Ante el progresivo rechazo internacional sufrido desde el final de la II Guerra Mundial, la dictadura adoptó una doble estrategia. De un lado, tomó las medidas cosméticas necesarias para mostrar su presunta evolución hacia la liberalización del país y, de otro, interpretó las exigencias externas como parte de un plan internacional para influir en la política española. Respecto al primero de ellos, el franquismo fue pronto consciente de que, si quería sobrevivir a la posguerra mundial, debía asumir los cambios

³ Véase PORTERO, Florentino. *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950)*. Madrid, Aguilar, 1989, pp. 46-47; Un ejemplo en: TNA, FO 371/49580, 8-4-1946.

⁴ AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/1795 “Informe de noticias de radios extranjeras”, 9-2-1946.

⁵ Véanse LLEONART, Alberto J. “Los orígenes de la ‘cuestión española’ en la II Guerra Mundial”, *Bulletin d’Histoire Contemporaine*, 22, 1995, pp. 69-78; MARTÍN ALARCÓN; Julio. “El mundo da la espalda a España” en LAVIANA, Juan Carlos, ARJONA, Daniel y FERNÁNDEZ, Silvia (coords.). *1946: El régimen moviliza a los españoles contra la ONU*. Madrid, Unidad Editorial, 2006, pp. 7-27; YUSTE DE PAZ, Miguel Ángel. “Algunas consideraciones acerca de por qué el año que pareció el último de Franco en el poder no lo fue”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. Historia Contemporánea*, 14, 2001, pp. 419-436. Un ejemplo de la ausencia de los embajadores en AMAEI, Legajo 3, Affari Politici, 1946-1951, 16-4-46.

pertinentes para mostrarse lo más “democrático” y lo menos totalitario posible. Así, junto al oscurecimiento de Falange y de los perfiles más agresivos de ésta o el nombramiento del líder de Acción Católica –Alberto Martín Artajo– como Ministro de Asuntos Exteriores, los dirigentes del régimen se valieron de toda una serie de elementos que trataron de hacer compatible la existencia de la dictadura con los nuevos estados que se estaban empezando a construir en Europa. El régimen no dudó en desvirtuarse parcialmente con tal de mantenerse en el poder. Poco importaba que uno de sus componentes fundamentales –el partido único– se viera relegado a un segundo plano y que hubieran de introducirse ciertas reformas que no gustaban a muchos de sus apoyos sociales, si todavía podían salvarse otros aspectos fundamentales y la posibilidad de mantenerse al frente del país no era una quimera. Además, si bien es cierto que las medidas tomadas apenas lograron demostrar a las potencias extranjeras que España avanzaba hacia un sistema de libertades reales, éstas tuvieron mayor éxito en el interior del país, al fortalecer la figura del “Caudillo” y extender entre amplios sectores de la población la idea de que para asegurar la paz y evitar las “intromisiones extranjeras” era necesaria la permanencia del régimen vigente.

Una de las primeras disposiciones “cosméticas” adoptadas fue la promulgación del *Fuero de los Españoles* todavía en 1945. La elaboración de esta “carta de derechos” tenía como objetivo fundamental mostrar a las potencias extranjeras que los españoles poseían las mismas libertades –para asociarse, presentarse a cargos públicos, expresarse libremente o desempeñar un trabajo– que los ciudadanos que vivían bajo sistemas democráticos. Pero el escaso desarrollo práctico de estas libertades despertó pronto las sospechas de aquellos países a quienes se trataba de convencer. Para los diplomáticos italianos, por ejemplo, más que una “efectiva realización”, el “Fuero de los Españoles” intentaba “hacer creer al mundo que el régimen instaurado en España obedece a los principios democráticos”.⁶ A pesar de ello, la dictadura no escatimó en esfuerzos ni en gastos para llevar a cabo una importante campaña propagandística por todo el territorio nacional, que enseñara a todos los ciudadanos las bondades de la nueva ley. A través de las ondas de Radio Granada, los ciudadanos pudieron escuchar a autoridades y personalidades relevantes de la ciudad transmitirles los puntos fundamentales del Fuero. En los pueblos de la provincia, como en los de toda la nación, se organizaron actos de divulgación de los nuevos “derechos” que el Estado había conferido a la sociedad. Unos

⁶ BOE, 199, 18-7-1945; AMAEI, “Affari Politici, 1931-1945”, Legajo 80, 18-10-1945.

actos que acabaron por convertirse en auténticos plebiscitos populares contra las intromisiones en la política interior y en pruebas de la adhesión de los ciudadanos corrientes al Jefe de Estado, como ocurrió, por ejemplo, en Gabia la Grande (Granada) en enero de 1946, cuando acudió “el pueblo en masa” a “vitorear al Caudillo”.⁷ El discurso que a los españoles se les ofrecía era más coherente con lo que en realidad era el franquismo, hablándoles de “derechos que solo pueden ser pensados dentro del orden que postulan” y definiendo con precisión lo que el régimen entendía por democracia. Con todo ello, aunque no se consiguiera convencer a las potencias extranjeras de que se evolucionaba hacia una democracia, se iba consolidando el “mito del Caudillo” entre los ciudadanos corrientes.

Pero, para escenificar que la dictadura efectivamente marchaba hacia un sistema de mayores libertades se requería la adopción de procedimientos electorales similares a los existentes en otros regímenes democráticos. En julio de 1947, Franco convocó a los españoles ante las urnas para que ratificaran mediante referéndum la *Ley de Sucesión* aprobada en ese mismo año y, de este modo, asegurasen su continuidad al frente de la Jefatura de un Estado ahora constituido como Reino.⁸ Si la elaboración de la ley ya había motivado reacciones adversas entre diversos sectores del régimen, la decisión de someter su aprobación definitiva a una consulta de carácter popular suscitó todavía mayores resistencias. Para dos culturas políticas –la falangista y la nacionalcatólica– en las que el rechazo a la democracia había ocupado un lugar central, digerir la recuperación de los procedimientos electorales no era sencillo.⁹ Los falangistas veían en ello una oportunidad de relanzar la participación popular, pero el contenido de la Ley de Sucesión suponía un nuevo revés a su proyecto de nación. Por su parte, aunque los nacionalcatólicos se mostraran satisfechos por los avances hacia una futura Monarquía, muchos de ellos no deseaban el retorno del “viejo juego” de las urnas que había quedado sepultado por la “Cruzada”. Era necesario aclarar que la convocatoria tenía como único fin demostrar al mundo que los españoles aprobaban la permanencia de

⁷ Sobre las campañas en la provincia: AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/1795, “Informe sobre la marcha de la delegación”, diciembre de 1945; La labor de Radio Granada en *Patria*, 12-6-1946; 2-2-1946 y 19-2-1946; El ejemplo de Gabia la Grande en *Patria*, 8-1-1946.

⁸ BOE, 160, 9-6-1947; CAL, Rosa. “La campaña de propaganda para la instauración monárquica. La Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado”, en GARCÍA GALINDO, Juan Antonio, GUTIÉRREZ LOZANO, Juan Francisco y SÁNCHEZ ALARCÓN, Inmaculada (eds.). *La comunicación social durante el franquismo*. Málaga, Diputación Provincial, 2002. pp. 277-294

⁹ Para las reticencias de algunos sectores a la Ley de Sucesión véase: TUSELL, Javier. *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*. Madrid, Alianza, 1984, pp. 324-325; y TNA, FO 498/1, 2-4-1947.

Franco al frente de la nación y que solo a ellos correspondía decidir sobre los asuntos internos. Y esto era algo en lo que todas las fuerzas del régimen estaban de acuerdo.¹⁰

Los resultados del referéndum celebrado el 6 de julio de 1947 fueron ampliamente favorables a la Ley de Sucesión. En la provincia de Granada acudieron a votar el 72% de los habitantes, de los cuales un 96,2% depositó la papeleta con el “Sí”.¹¹ La prensa amaneció al día siguiente plagada de fotografías que mostraban las “interminables colas” formadas en los colegios electorales y de titulares que encumbraban a Franco como el gran triunfador de la jornada. Al mismo tiempo, trataron de resaltar la limpieza del proceso electoral y la libertad con que los ciudadanos habían emitido su voto. Para las autoridades granadinas, la mejor prueba de ello era que en uno de los colegios establecidos a las afueras de la ciudad habían aparecido cuatro papeletas en las que se había escrito “soy comunista”.¹² Por supuesto, las votaciones no se desarrollaron en el clima de libertad que dibujaba la dictadura. Desde las instrucciones reservadas a los presidentes de las mesas, a la necesidad de obtener un certificado de haber acudido a las urnas, pasando por el falseo de los escrutinios o el hecho de que aparecieran menores de edad y difuntos entre los votantes, garantizaron que la negativa a la Ley fuera muy reducida. El embajador italiano, por ejemplo, denunciaba la inexistencia de cabinas para emitir el voto y el hecho que en muchos colegios “se entregaran ya sobres preparados con el ‘Sí’”.¹³ Muchos elementos contrarios a la dictadura se vieron obligados a emitir un voto afirmativo y otros se tomaron con cierta ironía la ausencia de libertades en el proceso electoral y llegaron a depositar papeletas con inscripciones como “Menos Franco y más pan blanco”. Quienes no comulgaban con el régimen no dudaron en abstenerse o votar “No” cuando pudieron hacerlo, pero en la

¹⁰ MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel. “Representación, elecciones, referéndum” en FRAGA, Manuel, VELARDE, Juan y DEL CAMPO, Salustiano (dirs.). *La España de los años 70*, Madrid, Moneda y Crédito, 1972, p. 1431.

¹¹ AGA, Gobernación, DGAL, Caja 3569, “Resultados del Referéndum”, 1947; para el conjunto de España: SEVILLANO CALERO, Francisco. “El *Nuevo Estado* y la ilusión de la ‘democracia orgánica’”. El Referéndum de 1947 y las elecciones municipales de 1948 en España”, *Historia Contemporánea*, 24, 2002, pp. 355-387.

¹² *Ideal y Patria*, 8-7-1947.

¹³ MIRANDA ENCARNACIÓN, José Antonio y PÉREZ ORTIZ, Juan. “El franquismo intranquilo: la manipulación electoral en el referéndum de 1947” en TUSELL, Javier, MONTERO, Feliciano y GIL PECHARROMÁN, Julio (eds.). *Estudios de la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 597-612; El ejemplo en: AMAEI, Legajo 11, Affari Politici 1946-1951, 16-7-1947; TNA, FO, 498/1, 7-8-1947.

mayoría de los casos, el propio proceso electoral le sirvió al régimen para aumentar su control sobre ellos y evitar desviaciones indeseadas.¹⁴

Pese a todo, entre la mayoría neutra y ajena a la política la respuesta fue diferente. Para buena parte de ellos, el referéndum se había desarrollado con “limpieza y pureza democráticas” y, si las manipulaciones habían existido, no eran conscientes de ello. Otros sectores de la “zona gris” se percataron del fraude pero, aún así, consideraban que la mayoría de los españoles habían votado afirmativamente como muestra de adhesión al “Caudillo”. Rafael P. afirma al respecto que “en el referéndum de 1947 votó la gente de verdad. En el del 47 sí que votó la gente aunque luego exageraran”.¹⁵ Como es evidente, desde el Estado se magnificó el fervor popular por acudir a las urnas y se hizo un especial hincapié en la participación masiva de los barrios obreros. La prensa se llenó de historias de enfermos que se levantaban de sus camas para ir a votar, monjas de clausura que rompían su sagrada promesa para expresar su apoyo a la nueva Ley o granadinos que en su papeleta expresaban junto al sí las razones de su voto: “Voto SÍ porque soy español. Siempre con Franco”. Una anciana de un “humilde barrio” granadino llegó a pie de urna con la papeleta en blanco. Cuando los componentes de la mesa le advirtieron de ello, la señora respondió: “Yo no entiendo de votos. Yo quiero que mi voto sea para lo que quiera Franco”. Ante lo cual, el presidente de la mesa escribió un “SÍ rotundo” y lo depositó en la urna.¹⁶

Al margen de esos hechos aislados y convenientemente exaltados por la prensa franquista, no debemos perder de vista el hecho de que fueron muchos los españoles que votaron afirmativamente de manera voluntaria. Algunos de ellos evidentemente lo hicieron pensando en los beneficios que la presencia de Franco al frente de la nación les reportaba. Al hacer balance del referéndum, el Embajador italiano en España observaba que habían votado a favor “los militares, la policía, la Falange, el clero, los numerosos empleados y funcionarios sindicales y la mayor parte de los propietarios”, pero también “la enorme masa de ciudadanos que gravitan en torno al régimen y viven de la especulación dentro del mismo, las clases medias que en el alejamiento de Franco ven la pérdida inmediata de sus bienes y de la tranquilidad personal frente a la amenaza del

¹⁴ CERÓN TORREBLANCA, Cristian. “Institucionalización y legitimación del Nuevo Estado. Referéndum y elecciones municipales en Málaga durante el Primer Franquismo”, *Historia Actual Online*, 12, 2007, pp. 107-118. El ejemplo en ABELLA, Rafael. *Por el Imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra*. Barcelona, Planeta, 1978, p. 211.

¹⁵ AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2360, “Parte de asuntos provinciales”, julio de 1947; Entrevista a Rafael P., Cájar, 12-7-2011.

¹⁶ *Patria e Ideal*, 8-7-1947.

comunismo y de una nueva guerra”. Un antifranquista convencido como Alfonso tenía muy claro dónde radicaba el apoyo al Jefe de Estado: “Franco tenía muchos adeptos, porque le daba a mucha gente de comer”.¹⁷

Ahora bien, aunque la mayoría de los ciudadanos no se podían beneficiar del corrupto funcionamiento del sistema, fueron muchos los que hallaron razones por las que votar “Sí” en julio de 1947. Entre los españoles de la “zona gris” existía un extendido convencimiento de que el voto afirmativo evitaría la entrada de las potencias extranjeras en España y aseguraría la paz. La propia campaña propagandística del Estado presentó a los españoles el referéndum como un plebiscito para decidir si lo que se quería era la vuelta de la guerra y las “persecuciones” de la etapa republicana o el orden y estabilidad que garantizaba Franco.¹⁸ Pero el discurso de la dictadura hubiera fracasado de no corresponderse con los sentimientos de muchos españoles. Al pulsar la opinión de los ciudadanos de cara al referéndum, Falange constató que, “especialmente en las zonas rurales”, se tenía el convencimiento de que votar negativamente podría significar “el comienzo de una época de desórdenes y luchas”.¹⁹ Pero incluso, la indiferencia de quienes acudieron a las urnas sin ningún convencimiento o de los que se abstuvieron fue un éxito para la dictadura. Los informes internos de las autoridades provinciales dejaban clara la apatía de buena parte de la población respecto a la consulta electoral. Aunque algunas abstenciones fueran una expresión de rechazo al régimen, otras muchas podían responder al intenso deseo de muchos españoles por permanecer alejados de la política y preocuparse únicamente por mejorar sus condiciones de vida.²⁰

Junto a la adopción de medidas “desfascistizadoras”, la otra estrategia del franquismo para garantizar su supervivencia consistió en la interpretación de las presiones externas como parte de una “campaña internacional” perfectamente orquestada por los “enemigos de siempre” que, tras su nefasta influencia en épocas anteriores, volvían ahora para continuar la tarea de desintegrar España. Para el régimen no suponía un gran trauma continuar aislado de ese “nido carcomido de hipocresías”

¹⁷ AMAEI, *Affari Politici*, 1945-1951, Legajo 11, 16-7-1947; Entrevista a Alfonso, Granada, 17-3-2011.

¹⁸ Véanse al respecto *Ideal y Patria*, 6-7-1947; MIRANDA ENCARNACIÓN, José Antonio y PÉREZ ORTIZ, Juan. “El franquismo intranquilo...”, Op. Cit., pp. 600-601.

¹⁹ SEVILLANO CALERO, Francisco. “El *Nuevo Estado* y la ilusión...” Op. Cit., p. 369; AGA, Gobernación, DGAL, Caja 3569, “Informe de auscultación de la opinión pública con motivo del Referéndum”, 4-7-1947.

²⁰ AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2360, “Parte de asuntos provinciales”, junio de 1947. Sobre la interpretación de las abstenciones: LÓPEZ GUERRA, Luis. “Abstencionismo electoral en contextos no democráticos”, *REIS*, 2, 1978, pp. 53-69.

que era Europa, siempre y cuando pudiera asegurar su supervivencia.²¹ A pesar de ello, la dictadura no dudó en pasar a la ofensiva y mostrar su perfil más combativo frente a lo que consideraba un flagrante atentado contra la soberanía nacional. Ante el “tribunal de Poncio Pilatos, formado por resentidos fariseos y judíos”, España se reafirmaba como única y exclusiva “dueña de sus destinos” y depositaba su ciega confianza en Franco, que “salvó a la Patria en la Cruzada” y ahora la estaba alejando de una Europa que “vive en un clima de tiranía y opresión”.²² Aun urdido desde el poder, el discurso frente a las presiones exteriores fue compartido por buena parte de la población y ello permitió que, una vez roto el “cerco internacional”, el régimen pudiera presentar la nueva situación como una victoria de la verdad española.

Las potencias anglosajonas siempre fueron conscientes de los riesgos que podía entrañar un exceso de presión sobre el régimen franquista para provocar un cambio de sistema político. Desde la conclusión de la II Guerra Mundial, Estados Unidos y Gran Bretaña mostraron su temor porque las exigencias realizadas pudieran suscitar una reacción nacionalista entre los españoles que fortaleciera la posición de Franco. El Embajador británico en España se lamentaba de que, tras la Declaración de Potsdam en el verano de 1945, una buena parte de la población criticara que se estaba “deformando la verdadera situación del país”. “No se dan cuenta –añadía– que la declaración se refiere al actual Gobierno español y no a España como país. Además se sienten ofendidos por la BBC. Incluso aquellos que no tienen aprecio alguno por el Caudillo Franco y por Falange no lo llegan a entender”. Unos meses después, se confirmaban sus presagios al haberse “visto fortalecida la posición de Franco”, ya que “muchos españoles están disgustados por las intromisiones en sus asuntos, detestan en su mayoría esta interferencia y creen que Rusia está detrás de la agitación actual”.²³ Si en 1944 los dirigentes de la política exterior británica habían barajado la posibilidad de imponer sanciones económicas al régimen franquista, en 1947 estimaban que tal decisión originaría una “reacción enérgica” de España y que “las consecuencias tanto para este

²¹ PARDO, Rosa María. “La salida del aislamiento: la década de los cincuenta”, en MATEOS, Abdón (ed.). *La España de los cincuenta*. Madrid, Eneida, 2008, p 114; TUSELL, Javier. *Carrero La eminencia gris del régimen de Franco*. Madrid, Temas de Hoy, 1993, pp. 184-185; SANZ MOLINERO, José Manuel. “Una Europa en negativo. El proyecto europeísta del nacionalcatolicismo español”, en SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferrán (eds.) *La nación de los españoles... Op. Cit.* pp. 243-260; el entrecomillado en *Patria*, 18-4-1946.

²² *Patria*, 22-6-1946 y 18-7-1946.

²³ TNA, FO/371/45889, 15-8-1945 y 6-10-1945; véase PARDO, Rosa María y PORTERO, Florentino. “Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo”, *Ayer*, 33, 1999, pp. 187-218.

país como para los británicos serían graves”.²⁴ En España, muchos ciudadanos corrientes empezaron a sentir un cierto descontento por lo que consideraban intromisiones externas en asuntos que solo a los españoles correspondía decidir y el régimen en dar salida al malestar popular.

A principios de 1946 la firma de un manifiesto pidiendo la restauración de la Monarquía, unido a los “ataques” externos en esta misma dirección, desembocaron en la organización de grandes concentraciones en algunas localidades del país.²⁵ Según fuentes oficiales, el 20 de febrero unos 6.000 estudiantes se manifestaron en Granada a favor del Franco. Con un “retrato del Caudillo, orlado con la bandera española”, la manifestación fue engrosada por “obreros y elementos de todas las clases sociales”. Durante el recorrido por todos los barrios granadinos, “los gritos de ¡Viva Franco! y ¡Muera el comunismo!, se hicieron ensordecedores”. El colofón lo constituyó el paso por el “núcleo rojo” de Granada, el Albayzín, para demostrar el entusiasmo de los más humildes hacia Franco.²⁶

En diciembre de 1946, como consecuencia de la resolución de Naciones Unidas condenando la dictadura de Franco, las manifestaciones de adhesión al “Caudillo” se sucedieron en toda España. Los actos de Granada alcanzaron unas dimensiones que fueron calificadas como “monstruosas” por la prensa de la provincia. Los dirigentes políticos de la capital dejaron aparcadas sus diferencias para mostrar su inquebrantable apoyo al Jefe de Estado. Mientras el alcalde, Antonio Gallego Burín, instaba a los granadinos a “cumplir el deber de visitar la Cruz de los Caídos” para honrar a los que “también defendieron la libertad y la independencia de la Patria”, el Gobernador Civil y “camisa vieja”, José María Fontana, arengaba a los ciudadanos a rechazar a “esa vieja desdentada, la corrupta Europa”. La manifestación organizada contó con una asistencia masiva de la población granadina que expresó su aversión a la oposición democrática en el exilio, a la ONU y, sobre todo, al comunismo. Los lemas de las pancartas portadas por los asistentes, los gritos en contra de las injerencias extranjeras o la presencia de un ataúd que simulaba el entierro de Stalin al frente de la muchedumbre, fueron algunos de los elementos más espontáneos del acto. Lo cierto es que aunque las manifestaciones estuvieron orquestadas desde el Estado, al contrario que en otras ocasiones, la esencia

²⁴ TNA, CAB/66/57/22, 4-11-1944 y CAB/129/16, 3-1-1947.

²⁵ AMAEI, Affari Politici, 1946-1951, 1946; AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2356, “Telegrama del Delegado de P. y P. De Granada”, 23-2-1946.

²⁶ La manifestación en: *Patria*, 21-2-1946; otro acto de este tipo sucedió en la localidad de Baza: *Ideal*, 24-2-1946. Igualmente, Falange y los ayuntamientos de la provincia enviaron telegramas de adhesión a Franco: *Patria*, 1-2-1946.

de estos actos de adhesión a Franco respondía a un sentimiento compartido por amplios sectores de la población y permitían al régimen ir transformando las presiones externas en puntales fundamentales para su fortalecimiento.²⁷

Franco era, a los ojos de muchos españoles, no solo el hombre que había impedido la entrada de España en la Guerra Mundial, sino el único capaz de evitar que las “injerencias” externas desembocaran en conflictos internos. Tras la resolución de la ONU, el “Caudillo” además de contar con el apoyo indiscutible de las dos culturas políticas del Estado, tenía el respaldo de una parte importante de la población. Los partes mensuales de todas las provincias españolas no dejaron de remarcar cómo el prestigio del Jefe de Estado iba aumentando con el paso de los meses. El “mito de Franco”, que se había venido construyendo desde la “Cruzada”, alcanzaba ahora su cénit, al ser presentado ante el mundo como “paladín de la Cristiandad” y “centinela de Occidente”.²⁸ El referéndum celebrado, las manifestaciones patrióticas o la hostilidad exterior reforzaron los sentimientos nacionalistas entre amplios sectores del pueblo que cerraron filas en torno a Franco.

Mientras las presiones externas eran vistas con preocupación por toda la población, los avances hacia el reconocimiento internacional del régimen eran mayoritariamente aplaudidos. La recepción de la ayuda argentina fue, en opinión de los observadores extranjeros, una muestra de que a Franco “no le faltan importantes apoyos en el extranjero”. La visita a España de Eva Perón –calificada por la prensa granadina como “mensajera de la paz”– y su paso “apoteósico” por la ciudad de Granada, fueron vistos por los ciudadanos “muy positivamente”, pues se estimaba que fortalecería “los lazos con los países hispanoamericanos”. Para Rafael P. “cuando *la Perona* trajo el trigo todo se resolvió [...]. Fueron unos años de malas cosechas que coincidieron con que no nos hacían caso en el resto del mundo”.²⁹ Todo lo que apuntara en dirección a la normalización de España fue bien recibido entre el grueso de la sociedad, puesto que

²⁷ La manifestación en *Patria e Ideal*, 11-12-1946; otras localidades también organizaron actos similares: *Patria*, 14-13-1946; sobre el respaldo popular a las manifestaciones: CAZORLA, Antonio. *Fear and Progress... Op. Cit.*, p. 24.

²⁸ La popularidad de Franco en: AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20690, “Informe-resumen de los partes de los jefes provinciales”, marzo de 1947. Sobre su papel como defensor del Occidente Cristiano: REIG TAPIA, Alberto. *Franco “Caudillo”: mito y realidad*. Madrid, Tecnos, 1995; sobre la construcción del “mito del Caudillo”: ZENOBI, Laura. *La construcción del mito de Franco. De jefe de la Legión a Caudillo de España*. Madrid, Cátedra, 2011; y SEVILLANO CALERO, Francisco. *Franco: “caudillo” por la gracia de Dios, 1936-1947*. Madrid, Alianza, 2009.

²⁹ AMAEI, Affari Politici 1946-1951, 11-6-1947; AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2360, “Parte de asuntos provinciales”, mayo de 1947. La crónica de la visita en *Patria*, 17-6-1947. El testimonio en entrevista a Rafael P., Cájar, 12-7-2011.

veían en ello un paso más hacia la paz y la mejora de sus vidas. En mayo de 1947, por ejemplo, las capas medias granadinas albergaban la esperanza de que “la mejora de las relaciones con los demás países” solventara “los angustiosos problemas que esta sufrida clase tiene planteados”. Se trataba, según Falange, de una masa neutra y desmovilizada cuyo interés por la política “se reduce a Abastos y Orden Público”. Si de esto último eran muchos los que culpaban a la guerrilla, de lo primero se responsabilizaba más al aislamiento internacional que a la gestión económica del régimen.³⁰

Pero existía otra razón para que entre los españoles de las “zonas grises” se pensara que lo mejor para España era la continuidad de Franco: el miedo a una nueva guerra civil. Y este miedo estaba simbolizado en la Europa de la posguerra mundial por el comunismo de la URSS. En su visita a Andalucía en marzo de 1946, el embajador británico en España mostró su contrariedad por la opinión de algunos ciudadanos a los que consideraba “buenos amigos”. Uno de ellos, al que calificaba como “antifranquista”, le aseguró que, ante una invasión de España, “apoyaría a Franco y daría hasta el último de sus céntimos para prevenir el retorno de aquellos asesinos comunes y ladrones de Giral y Negrín”. Igualmente, un “reconocido socialista” afirmó que “prefería antes a Franco que a Negrín y otros de esos republicanos que abandonaron el bando republicano a su suerte y huyeron con el dinero”.³¹ El grito de “¡Franco Sí, Rusia no!”, que se escuchó en las manifestaciones populares, respondía a un creciente rechazo al comunismo, identificado con los enfrentamientos de la II República, con el “terror rojo” o con la perturbación de la “paz”. Al mismo tiempo que recogían las quejas de la población por la situación de miseria existente o la hostilidad hacia Falange, los informes de la Jefatura Provincial de Granada verificaban cómo “la postura anticomunista de España” contaba con el apoyo de “los más de los españoles”. Una satisfacción que se vio incrementada cuando, a lo largo del año 1947, las relaciones de EEUU y la URSS se deterioraron rápidamente.³²

El inicio de la Guerra Fría situó al régimen de Franco en una posición cada vez más cómoda dentro del orden internacional. EEUU no dudó en pasar por alto los déficits democráticos de España, puesto que sabía que su posición estratégica y su anticomunismo eran valores inestimables en un mundo cada vez más dividido.

³⁰ AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2360, “Informe de actividades provinciales”, febrero de 1947 Y Presidencia, DNP, Caja 51/20690, “Parte mensual de actividades provinciales”, marzo de 1947.

³¹ TNA, FO 371/60376, 19-3-1946.

³² AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2360, “Informes de actividades provinciales”, febrero y mayo de 1947.

Consciente de ello, la dictadura franquista explotó al máximo su papel como “defensora de la Cristiandad” y “primera vencedora del comunismo”. Pronto la estrategia empezó a dar sus frutos.³³ Los diplomáticos italianos señalaban que durante 1947 la “posición y prestigio del régimen habían mejorado dentro y fuera de España”. Un año después, el Embajador británico reconocía un importante “acercamiento entre la dictadura y Estados Unidos” que había “fortalecido a Franco”.³⁴ Aunque las relaciones con las grandes potencias europeas siguieran congeladas, el esfuerzo del régimen por aproximarse a Estados Unidos empezó a generar resultados. En 1950, la ONU revocó la resolución de 1946, posibilitando la vuelta de los embajadores a España y su ingreso en la FAO. Además, ese mismo año, estalló la Guerra de Corea, en lo que fue el primer conflicto “caliente” entre el bloque comunista y el capitalista, lo que acrecentó el interés de Norteamérica por el territorio español.³⁵ Los diplomáticos británicos se vieron obligados a reconocer en 1951 que el régimen español “había experimentado un notable aumento de la comprensión en el extranjero” y que la “posición de Franco es cada vez más estable”. Ante el fin del aislamiento, Franco pudo esgrimir que las naciones se iban dando cuenta del “tremendo error” que habían cometido con España. Las firmas de los acuerdos con Estados Unidos y del Concordato con la Santa Sede en 1953 terminaron de apuntalar el reconocimiento internacional del régimen franquista.³⁶ La sólida posición internacional alcanzada por la dictadura, motivó que el Embajador británico admitiese a mediados de los cincuenta que “La España de Franco comienza 1955 con las más ventajas que ningún año desde la terminación de la guerra”. Unos meses más tarde, España lograba su ingreso en la ONU.³⁷

Conforme el “cerco internacional” se relajó, la mayoría de los españoles empezó a ver que la neutralidad del país durante la II Guerra Mundial había sido enormemente beneficiosa para España. El periodista estadounidense Herbert L. Matthews afirmaba ya en 1957 que la mayor parte del pueblo siempre “le estará tremendamente agradecido” a

³³ EIROA SAN FRANCISCO, Matilde. “La Guerra Fría y los desplazamientos intraeuropeos de la Península Ibérica al telón de acero” en SZÁRAZ, Peter (ed.). *España y Europa Central. El pasado y la actualidad de las relaciones mutuas*. Bratislava, Universidad de Comenius, 2004, 101-111; PERTICI, Roberto. “Il vario anticomunismo italiano (1936-1960): lineamenti di una storia”, en DI NUCCI, Loreto y GALLI DELLA LOGIA, Ernesto (coords.). *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell’Italia contemporanea*. Bolonia, Il Mulino, 2003, pp. 305-307; un ejemplo en *Patria*, 2-4-1949.

³⁴ AMAEI, Affari Politici, 1946-1951, Legajo 15, 5-1-1948; TNA, FO 371/79665, 14-2-1949

³⁵ POWELL, Charles. “España en Europa: de 1945 a nuestros días”, *Ayer*, 49, 2003, pp. 85-86; PARDO, Rosa María. “La salida del aislamiento...”, *Op. Cit.*, p. 109.

³⁶ Sobre la significación de los pactos véase por ejemplo: VIÑAS, Ángel. *En las garras del águila: Los pactos de Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*. Barcelona, Crítica, 2003; sobre el concordato véase TUSELL, Javier. *Franco y los católicos... Op. Cit.*, pp. 272-282.

³⁷ TNA FO 12-1-1951; FO 498/9, 13-1-1955; FO 498/10 12-1-1956.

Franco por “haber evitado” el conflicto.³⁸ Los deseos de paz que albergaba el grueso de la población española consolidaron cada vez más la posición del “Caudillo” al frente de la nación. En octubre de 1949, las jerarquías provinciales de Granada manifestaban que, a pesar de los problemas económicos, el ambiente era de “un grandísimo entusiasmo hacia nuestro Caudillo”. Una situación que permanecía invariable a inicios de los años cincuenta.³⁹ Los españoles siguieron aplaudiendo todo aquello que condujese al reforzamiento internacional del país y criticaron los retrocesos en este campo. En mayo de 1947, “la expulsión de España de la OIAC (Organización Internacional de Aviación Civil)” recibió “comentarios altamente desfavorables por parte del ‘hombre de la calle’ al que sin distinción de ideología comienza a indignar la continua actitud antiespañola de las Naciones Unidas”. Sin embargo, en 1951, las autoridades granadinas destacaban cómo la ciudadanía había acogido con “satisfacción la entrada de España en la Organización Sanitaria Mundial”. Algunos españoles estimaban que los acuerdos con Estados Unidos en 1953 resultaban perjudiciales para España, pero había muchos, como Jacinto, que creían que eran necesarios para el desarrollo del país: “No teníamos comercio, porque no nos querían [...] y algunos decían ‘¡Bases, no!’ y yo decía ‘pues comida tampoco’”.⁴⁰ Para los españoles corrientes, en el reconocimiento internacional de la dictadura radicaba toda posibilidad de mejora económica y estabilidad social.

El entusiasmo de la mayor parte de la población con el que la dictadura decía contar –en especial en lo referido a Franco– estaba en buena medida sobrevalorado. A pesar de la solidez alcanzada a mediados de los cincuenta, ni Franco ni el franquismo contaban con el apoyo de todos los españoles. Pero en el ambiente flotaban una serie de factores que favorecían la estabilidad del sistema y su prolongación en el tiempo. La falta de una alternativa sólida al franquismo, el afianzamiento de la dictadura en el plano internacional y la “travesía en el desierto” por la que vagaba la oposición al régimen desde 1947, hicieron que incluso muchos de los que detestaban a Franco, juzgasen su permanencia como la solución más conveniente para asegurar el orden y la tranquilidad en el interior del país. El juez granadino José López confesó en 1955 que “sin ser especialmente partidario del régimen” temía que “si se produjera un cambio en

³⁸ MATTHEWS, Herbert L. *The yoke and the arrows... Op. Cit.*, p. 50.

³⁹ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20753, “Parte mensual de actividades provinciales”, octubre de 1949; y Caja 51/20768, “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1950; y Caja 21/2370 “Parte de actividades provinciales”, julio de 1951.

⁴⁰ AGA, Presidencia, DNP, Caja 21/2360, “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1947; y Caja 21/2370, “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1951; el testimonio en entrevista a Jacinto, Granada, 15-6-2011.

sentido contrario, el caos y el horror que ya pasaron se volverían a repetir”.⁴¹ La fortaleza interna y externa del régimen franquista, los deseos de paz de la mayoría de la sociedad española, el asentado sentimiento anticomunista en un contexto internacional cada vez más convulso o el miedo a una nueva guerra civil, actuaron como elementos disuasorios de cualquier tentativa de oposición y como aglutinante de amplios sectores sociales que, o bien obtenían beneficios directos de su relación con las instituciones del régimen, o bien veían en su permanencia la salvaguarda de sus trabajos y propiedades, mientras sus niveles de vida mejoraban paulatinamente.

2. La lenta mejora de las condiciones de vida y las actitudes de los granadinos corrientes

Como es bien sabido, la década de los cuarenta tuvo en el hambre, las privaciones materiales y la extensión de la pobreza entre amplísimas capas de la población española, sus rasgos definitorios. Los popularmente conocidos como “años del hambre” hicieron honor a su nombre y marcaron para siempre la vida de muchos españoles como una de las secuelas más duraderas y dolorosas de la contienda librada entre 1936 y 1939. A finales de la década de los cuarenta, la sociedad española se encontraba en su mayor parte extenuada por las deficiencias en la alimentación y la vivienda, por la miseria en la que ellos o sus semejantes se encontraban sumidos y por las consecuencias más negativas de una nefasta política económica y de abastecimientos que había multiplicado las dificultades de la posguerra. Sin embargo, el progresivo relajamiento del “cerco internacional” sobre España, abrió una nueva etapa política en el régimen de Franco, en la que empezaron a vislumbrarse ciertos indicadores que hacían presagiar una mejora en las condiciones de vida de los españoles. A pesar de las limitaciones y deficiencias con las que seguiría contando la economía nacional, a finales de la década de los cincuenta, el nivel de vida del pueblo español había experimentado un considerable aumento. Unos cambios económicos y sociales que, por leves e incompletos que fueran, repercutieron sobre las actitudes y comportamientos de los ciudadanos y sobre la posición de estabilidad del régimen de Franco.

⁴¹ El testimonio en: PENÓN, Agustín. *Miedo, olvido y fantasía. Crónica de su investigación sobre Federico García Lorca*. Granada, Comares, 2001, pp. 400-401; la consolidación de la figura de Franco en: AMAEI, *Affari Politici 1950-1957*, Legajo 313, 21-7-1954.

A finales de los cuarenta el modelo de autarquía económica por el que había apostado la dictadura estaba completamente agotado.⁴² Las quejas de buena parte de la sociedad se habían dejado sentir durante toda la década de los cuarenta y el prestigio de las instituciones encargadas del abastecimiento y el racionamiento alimenticio, de las autoridades locales y provinciales y, sobre todo, de Falange, había quedado muy dañado. Junto con ello, el fin del aislamiento internacional invitó al régimen franquista a escuchar las voces que en el interior del país abogaban por la inserción de la economía española en el mercado mundial y reclamaban una atenuación de las medidas intervencionistas practicadas hasta el momento.⁴³ El nuevo gabinete ministerial de 1951, con la presencia de gente como Manuel Arburúa o Rafael Cavestany en las carteras de Comercio y Agricultura respectivamente, fue el encargado de ir desmontando –aunque de manera lenta e incompleta– la economía autárquica hasta entonces ensayada. Se trató de una liberalización tímida y muy matizada, pero que, sin embargo, inauguró una etapa de progresivo crecimiento económico que se desarrollaría en la década de los sesenta.⁴⁴

El sector industrial fue el mayor beneficiario del crecimiento experimentado en los años cincuenta. Los bajos niveles de partida posibilitaron que el desarrollo de la industria fuera mucho más visible a los ojos de los españoles. La consolidación del régimen en el plano internacional, la entrada de capital privado en el sector, la relajación de algunos mecanismos intervencionistas, la ayuda económica proporcionada por los Estados Unidos y las aportaciones de capital y trabajo provenientes de la agricultura, permitieron la eliminación algunos escollos que obstaculizaban el crecimiento del sector secundario y propiciaron que España fuera despertando de la “noche” en la se encontraba sumergida.⁴⁵ Un despertar industrial que, sin embargo, siguió basado sobre un fuerte intervencionismo en el sector y que no afectó equitativamente a todo el territorio español. Este fue el caso de Granada que, durante los años cincuenta, apenas

⁴² BARCIELA, Carlos et al. *La España de Franco... Op. Cit.*, p. 162.

⁴³ *Ibíd.*, p. 163; FUSI, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi. *España 1808-1990. El desafío de la modernidad*. Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 343 y ss.

⁴⁴ HARRISON, Joseph. *La economía española. De la Guerra Civil a la Comunidad Europea*. Madrid, Istmo, 1998, PP. 22-25.

⁴⁵ MIRANDA ENCARNACIÓN, José A. “El fracaso de la industrialización autárquica” en BARCIELA, Carlos (ed.). *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*. Barcelona, Crítica, 2003, pp. 95-121. LEAL, José Luis et al. *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)*. Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 93-95; GARCÍA DELGADO, José Luis. “La industrialización y el desarrollo económico de España durante el franquismo” en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÀ, Carles (comps.). *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987, pp. 164-189.

experimentó mejoras en su escasa industria. En 1951 las jerarquías sindicales de la provincia admitían que la industria más importante, la azucarera, había “desaparecido prácticamente por falta de remolacha”, debido a que los agricultores, “al no tener el precio conveniente el azúcar”, habían optado por sembrar otros productos. Cinco años más tarde, cuando el despegue industrial era evidente en otras zonas del país, las autoridades provinciales señalaban que en Granada “no puede hablarse propiamente de industria”, a excepción de las fábricas azucareras “que constituían una sólida riqueza de la vega granadina, y hablaremos en pasado, porque muchas de las instalaciones industriales han sido trasladadas a otras zonas de España debido a la crisis de la remolacha”.⁴⁶

Por su parte, el sector agrícola también sufrió importantes cambios en los años cincuenta. A su llegada al Ministerio de Agricultura en 1951, Cavestany trató de limitar el intervencionismo estatal, acometer la modernización del campo y aumentar los precios que los agricultores recibían por sus cosechas en un sector que a inicios de la década representaba casi la mitad de la población activa española (49,9%) y algo más en Andalucía (56,7%).⁴⁷ Los bajos niveles de los que se partía provocaron –gracias a la existencia de una mano de obra barata, al uso extensivo de los medios de producción tradicionales y a la correspondencia entre los productos cultivados y las demandas de los españoles– que la agricultura advirtiese una progresiva recuperación durante el periodo. A ello hemos de sumarle el efecto que tuvieron las políticas agrarias del Estado en la extensión de la superficie cultivada, el aumento de los regadíos, el crecimiento de las exportaciones agrarias o la paulatina mecanización del sector primario. Pese a todo, la agricultura siguió amordazada por los mecanismos de la autarquía y escasamente adaptada a las exigencias del mercado. La introducción de maquinaria agrícola para aumentar la productividad resultó extremadamente lenta y solo al final de la década de los cincuenta se rompieron los métodos de cultivo tradicionales. No obstante, la progresiva mecanización, unida a la dificultad de acceso a la propiedad de la tierra para

⁴⁶ AHPG, AISS, Actas de la Delegación Provincial de Sindicatos de Granada, 18-10-1951; INE. *Reseña estadística de la provincia de Granada*. Madrid, Presidencia del Gobierno, 1956, p. 311; véase también TITOS MARTÍNEZ, Manuel (dir.). *Historia económica de Granada*. Granada, Cámara de Comercio, Industria y Navegación, 1998, pp. 215-236 y 237-250.

⁴⁷ DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. *Las alas del Ave Fénix. La política agraria del primer franquismo, 1939-1959*. Granada, Comares, 2005; DELGADO CABEZA, Manuel y VÁZQUEZ DUARTE, Andrés. “Modernización y crisis de la agricultura en Andalucía” en GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel (ed.). *La Historia de Andalucía a debate II. El campo andaluz*. Granada, Diputación Provincial y Anthropos, 2002, p. 181.

muchos jornaleros, generó dos importantes problemas en el sector: el paro y la emigración.⁴⁸

El desempleo en el campo constituyó uno de los lastres más pesados para la mejora de las condiciones de vida entre las clases más humildes. En Granada, como en el conjunto de Andalucía, el paro estacional fue un problema sostenido durante toda la década de los cincuenta y su gravedad hubo de ser admitida por las autoridades provinciales ante su incapacidad para ponerle freno. Las medidas paliativas adoptadas no fueron suficientes para acabar con la gran cantidad de desempleados agrícolas en determinadas zonas y épocas del año.⁴⁹ La lacra del paro atacó especialmente a pueblos de los partidos judiciales de Iznalloz, Alhama de Granada, Guadix o Motril, que vieron cómo más de la mitad de sus habitantes quedaba sin trabajo en aquellos meses en que la faena agrícola se paralizaba (*Gráfico 4*). Pero también se vieron afectadas localidades cercanas a la capital, como Albolote, cuyo alcalde llegó a decirle al propio Franco que era inaceptable que hubiera “800 parados en un pueblo de 3.000 almas”. La parcelación de fincas, la colonización y la posibilidad de acudir a otras fuentes de ingresos, aliviaron la situación en algunas localidades, pero eran muchas las que, como denunciaba el alcalde de Güevéjar, sufrían un “paro estacional medio y constante de más del 35 por ciento”. “Yo he visto en las plazas de los pueblos –relata Alfonso– 40 o 50 peones y uno o dos capataces y decir uno: ‘tú, tú y tú, a trabajar’. El resto, hasta el día siguiente. Esto ya en los años cincuenta”.⁵⁰

Pero la miseria del campo granadino no afectó a todos por igual. En muchos pueblos de la provincia el desempleo no existió. En Pinos del Valle, al encontrarse la propiedad “bastante repartida” el paro agrícola “no supone un grave problema”. Por el mismo motivo, las autoridades de Saleres afirmaban en 1950 que “apenas existe paro” en la localidad. “En mi pueblo –afirma Camilo– no se vio el típico obrero en la plaza”. En Villanueva de Mesía, según recuerda Jacinto, “no había paro”, porque “Los que

⁴⁸ BARCIELA, Carlos. “La modernización de la agricultura y la política agraria”. *Papeles de Economía Española*, 73, 1997, pp. 112-133; NAREDO, José Manuel. *La evolución de la agricultura en España (1940-1990)*. Granada, Universidad de Granada, 1996, pp. 161 y ss.; para Granada véase COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “Franquismo y cuestión agraria en Andalucía oriental, 1939-1968. Estancamiento económico, fracaso industrializador y emigración”, *Historia del Presente*, 3, 2004, pp. 105-126.

⁴⁹ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20873, “Nota informativa del Gobernador Civil de Granada”, 17-1-1951; Secretaría Política, Caja 51/19008, “Informe sobre el paro agrícola en la provincia de Granada”, 17-4-1950.

⁵⁰ AHOAC, Caja 227, “La situación del obrero español y los problemas del campo andaluz”, 1954; AHPG, Mapas Nacionales de Abastecimientos, Caja 5763, 6-12-1949; Entrevista a Alfonso, Granada, 10-3-2011.

trabajaban estaban fijos, y los que no tenían su huertecillo, sus cabrillas...”.⁵¹ La autosuficiencia a la que llegaron las localidades más pequeñas hizo que sus habitantes, a pesar de la carencia de determinados productos, se mostraran satisfechos con sus condiciones de vida y con la monotonía diaria que les ofrecía la dedicación a su tierra y su familia.

Paro agrícola en algunas localidades de la provincia de Granada, 1949 (%)

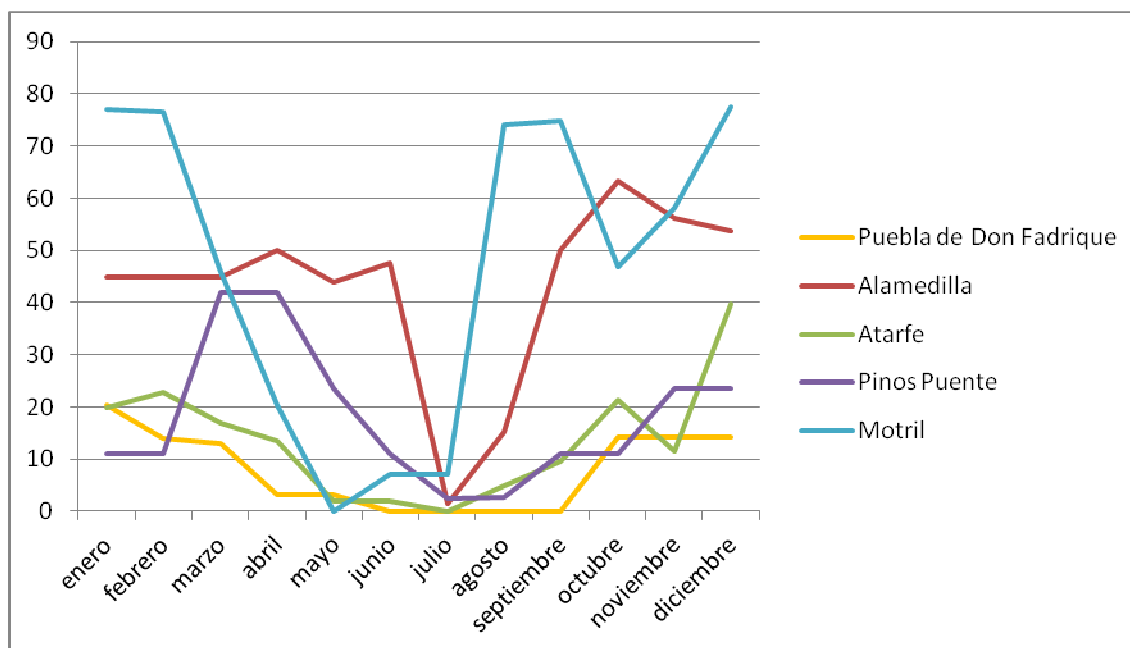


GRÁFICO 4. Fuente: AHPG, Mapas nacionales de Abastecimientos, Cajas 5773, 5774, 5775 y 5776. (Elaboración propia).

El otro efecto del escaso rendimiento del sector agrícola y su incapacidad para absorber la mano de obra fue la emigración. El movimiento poblacional había comenzado en algunas zonas del país ya durante los años cuarenta como mecanismo de defensa ante la represión y la exclusión social derivadas de la condición de vencido. La provincia de Granada perdió durante los cuarenta 47.754 personas, frente a las 9.996 de la década precedente. Sin embargo, hasta 1950, la mayor parte de quienes decidieron salir de los pueblos de la provincia lo hicieron en dirección a la capital, donde esperaban encontrar un alivio a sus degeneradas condiciones de vida.⁵² A partir de los cincuenta,

⁵¹ AHPG, Mapas Nacionales de Abastecimientos, Caja 5765 y 5773; Los entrecomillados en Entrevistas a Camilo, Granada, 14-6-2011 y a Jacinto, Granada, 15-6-2011; algo también confirmado en Entrevista a Ana, La Zubia, 3-2-2012 y a Paz, Granada, 31-3-2011.

⁵² El carácter político de la emigración en los cuarenta en MARÍN, Martí. “Familiares pero desconocidas. Las migraciones interiores durante el régimen franquista”, GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.). *El*

muchos optaron por abandonar el agro y buscarse un futuro mejor en el incipiente sector industrial. Entre 1950 y 1960, Andalucía perdió 569.000 almas y Granada pasó de 782.953 a 769.408 habitantes. Durante los años cincuenta la provincia granadina se convirtió en una de las principales abastecedoras de mano de obra para la industria barcelonesa, llegando a ser, a mediados de la década, la que mayor cantidad de trabajadores aportaba: un 24,5% del total recibido por Barcelona en 1955.⁵³ La paulatina despoblación de algunas zonas, suscitó la preocupación del delegado sindical de Granada que, aunque reconocía que a unos “hombres que están parados la mayor parte del año” no se les podía impedir que “busquen colocación donde sea posible”, temía que su marcha hiciera aumentar el coste de la mano de obra perjudicando así a sus máximos apoyos en el campo: los propietarios.⁵⁴ No obstante, el trasvase de mano de obra del campo a la industria tuvo también efectos positivos. A la vez que sus ingresos aumentaban, los emigrantes contribuyeron con su trabajo y ahorros al desarrollo de la industria nacional, que fue aumentando su peso en la economía española en detrimento del sector primario. A finales de los cincuenta, Valentín Martínez salió de Puebla de don Fadrique (Granada) para ir a Barcelona “a pelar pinos”. Sus ingresos aumentaron rápidamente: “A mi padre le chocó porque mandé 35.000 pesetas aquel mes. Allí (en Granada) ganábamos 3.000”. Para muchos como él, aunque abandonar sus localidades de origen fuera traumático, el repentino aumento de sus ganancias acabó por compensar la marcha de sus hogares.⁵⁵

Junto con las divisas provenientes de la emigración, hubo otros fenómenos que empezaron a repercutir positivamente en la economía española del periodo. Aunque el boom turístico no se produciría hasta los años sesenta, la aportación del sector al conjunto de la economía española fue ya visible a lo largo de los cincuenta. Si a inicios de la década España acogía solo el 1,8% del turismo mundial (457.000 visitantes), en 1960 era ya el 6,2% (4,3 millones de visitantes). La contribución del sector al PIB nacional también creció –aunque muy levemente– durante la década, pasando del 0,4 al

franquismo y la transición en España... Op. Cit., pp. 61-95, Para las cifras de la emigración granadina en la posguerra: BRENES SÁNCHEZ, María Isabel. *La represión franquista y la oposición... Op. Cit.*, pp. 431 y ss.

⁵³ Véase PUIG i VALLS, Angelina. “La Guerra Civil Espanyola, una causa de l’emigració andalusa en la dècada dels anys cinquanta?”, *Recerques*, 31, 1995 pp. 53-69; CASTRO CHICO, Elvira. *Aspectos sociológicos de la inmigración granadina a Barcelona*, Barcelona, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Barcelona, 1976.

⁵⁴ AHPG, AISS, “Acta de la Junta de Jefes de la CNS”, 23-5-1958.

⁵⁵ El testimonio en: ÁLVAREZ ROLDÁN, Arturo, MARTÍNEZ CASANOVA, Noelia y MARTÍNEZ ROSSI, Sandra. *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural de Puebla de don Fadrique*. Granada, Ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique, 2008, p. 479.

0,7% entre 1950 y 1957.⁵⁶ El desarrollo turístico en los cincuenta se produjo a pesar de que el intervencionismo estatal fue un obstáculo permanente y de que muchos sectores del régimen –en especial la Iglesia– no estaban en absoluto convencidos de que sus beneficios económicos fueran tan grandes como para obviar los peligros morales que el fenómeno conllevaba. A pesar de ello, el régimen creó en 1951 el Ministerio de Información y Turismo, impulsó la construcción de hoteles y tomó ciertas medidas para evitar la subida de los precios en la hostelería, que mostraron el interés que determinados grupos del Estado tenían en la implementación del sector turístico.⁵⁷ Granada fue la cuarta provincia de España que más establecimientos hoteleros construyó entre 1951 y 1955. En 1950 había 21 hoteles en el conjunto de la provincia, pero en 1958 eran ya 37. En el periodo 1955-1958 las plazas hoteleras pasaron de 1.987 a 3.006.⁵⁸ Pero el apoyo al sector turístico no fue unánime por parte de las autoridades. El Vicesecretario de Obras Sindicales de Granada, José Espada Sánchez, propuso al Patronato de la Alhambra la iluminación del monumento para posibilitar su visita nocturna, pero la idea fue considerada una “frivolidad”. El escaso interés que las autoridades granadinas pusieron en la mejora de las comunicaciones terrestres –con la costa y con Sierra Nevada– y aéreas –con la construcción del nuevo aeropuerto–, unido a la menor atracción que para el visitante extranjero generaban ciudades monumentales como Granada en relación con el turismo de sol y playa, provocaron que el fenómeno turístico no tuviera durante la mayor parte de la década una incidencia acorde con las posibilidades de la provincia.⁵⁹ A pesar de ello, fue a partir de la segunda mitad de los cincuenta cuando los granadinos como Rafael G., que residía en el Albayzín, percibieron una “subida en la afluencia de turistas” y empezaron a tomar conciencia de la importancia del fenómeno para la economía provincial, implicándose en todo cuanto pudiera favorecer su desarrollo. La carta de un vecino de la zona al periódico *Ideal* solicitando el arreglo de una alcantarilla, cuyos malos olores habían generado

⁵⁶ CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier. (coords.). *Estadísticas históricas de España, siglos XIX y XX*, Vol. 2, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, pp. 573-644.

⁵⁷ PELLEJERO, Carmelo. “La política turística en la España del siglo XX: una visión general”, *Historia Contemporánea*, 25, 2002, p. 247; VALLEJO POUSADA, Rafael. “Turismo y desarrollismo económico en España durante el franquismo, 1939-1975”, *X Congreso Internacional de la AEHE*, Sevilla, Universidad Pablo Olavide, 2011; PACK, Sasha. *La invasión pacífica. Los turistas y la Espada de Franco*. Madrid, Turner, 2009, pp. 107-110.

⁵⁸ *Revista Sindical de Estadística*, 10, 38, 1955, pp. 62-66; INE. *Reseña estadística... Op. Cit.*; y ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas del siglo XX en Andalucía*. Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía, 2002, p. 652.

⁵⁹ AHPG, AISS, “II Pleno Económico Sindical”, 30-6-1955; PACK, Sasha. *La invasión pacífica... Op. Cit.*, p. 131.

“comentarios negativos de los turistas extranjeros” que se dirigían al barrio del Sacro Monte, constituye un ejemplo del interés de muchos ciudadanos por hacer de Granada un punto de atracción turística, mejorando así su propio destino.⁶⁰

Pero, sin lugar a dudas, el motor de la economía española durante los años cincuenta fue la ayuda norteamericana. Si bien la cuantía de lo recibido por España no se aproximó a las cifras dadas por el Plan Marshall a otras potencias europeas, la cantidad aportada durante la década ascendió a un total de 1.140 millones de dólares. Los acuerdos firmados en 1953 ratificaron que el régimen de Franco estaba dispuesto a realizar una serie de concesiones en lo referente a su soberanía, a cambio de una ayuda que, sin embargo, necesitaba la atrasada economía española.⁶¹ El dinero de Estados Unidos financió la importación de bienes de equipo y materias primas imprescindibles para mantener el desarrollo de la industria. A pesar de que a finales de la década el agotamiento de la ayuda desnudara los defectos de la economía nacional, para entonces los créditos estadounidenses habían repercutido positivamente sobre el nivel de vida de los españoles y habían ido introduciendo cambios en sus pautas de consumo. Fue a lo largo de los cincuenta cuando el régimen también empezó a desechar el componente autárquico de su lenguaje y permitió la paulatina americanización de la sociedad española que eclosionaría en los años sesenta, ofreciendo a los ojos de los ciudadanos una imagen de una España que comenzaba a desarrollarse. Según Rafael P., “lo años buenos, buenos, fueron los últimos de Franco, pero en los cincuenta se notaba algo, había más vidilla”.⁶²

Las medidas liberalizadoras tomadas por la dictadura, el fin del ostracismo internacional del régimen y la sensación de que la ayuda norteamericana y el desarrollo del turismo estaban contribuyendo a crear un clima más relajado en el interior del país y poniendo las bases para su prosperidad económica, influyeron notablemente en las actitudes y comportamientos de los españoles. Buena parte de los apoyos del franquismo pero, especialmente, los ciudadanos de a pie, aplaudieron las medidas encaminadas a romper los grilletes de la política autárquica. En 1949, las autoridades granadinas destacaban la “satisfacción general” que había causado la decisión de Franco

⁶⁰ Entrevista a Rafael G., Granada, 9-2-2011; *Ideal*, 25-5-1955.

⁶¹ VIÑAS, Ángel. *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Barcelona, Grijalbo, 1981; DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo. “¿El ‘amigo americano’?...” *Op. Cit.*, p. 234.

⁶² AMAEI, Affari Politici 1950-1957, Legajo 158, 13-6-1952; TNA, FO 498/8, 27-1-1954. Véase BARCIELA, Carlos. *La España de Franco... Op. Cit.*, pp. 157-161. Entrevista a Rafael P., Cájara, 12-7-2011.

“de dejar en libertad determinados artículos” y señalaban las “grandes esperanzas” que los ciudadanos tenían depositadas en la “desaparición de la Fiscalía de Tasas que tanto daño ha ocasionado y viene ocasionando al régimen y tan odiosa se ha hecho para la población”. No obstante, no todos compartieron la introducción de medidas liberalizadoras en la economía. Por ejemplo, la “gran alegría” que, de acuerdo con las jerarquías granadinas, ocasionó la libertad de la patata decretada en marzo de 1950, no era compartida, según fuentes británicas, por todos los sectores sociales, ya que la medida había “sentado mal entre quienes se dedicaban a su comercio clandestino”.⁶³ Y es que, a una gran parte de los apoyos sociales del régimen, la autarquía les había proporcionado importantes beneficios que ahora quedaban interrumpidos. Aunque no solo resultó perjudicial para ellos, sino también para muchas familias que habían integrado en sus economías el sistema del racionamiento y la participación en el estraperlo.⁶⁴ Pero, en primer lugar, los sectores cercanos al régimen encontraron rápidamente nuevas fuentes de ingresos que les permitieron seguir progresando a lo largo de la década. Y, en segundo lugar, la mayoría de los españoles empezaron a ver pronto los beneficios del fin del racionamiento y la supresión de las instituciones reguladoras del abastecimiento al tiempo que mostraron su satisfacción porque, al igual que había ocurrido en el plano internacional, también lo relativo a las condiciones de vida se fuera normalizando.

Además, los españoles empezaron a ver cómo su situación económica fue mejorando a lo largo de la década. Los salarios de los trabajadores industriales crecieron un 18% entre 1950 y 1958, lo cual, unido a la crisis del sector agrícola, se convirtió en un gran atractivo para los jornaleros que empezaron a ver cómo sus ganancias eran mucho mayores a las de la década precedente. El poder adquisitivo de muchos españoles aumentó, lo que permitió que fueran mejorando su alimentación. Así, de las 2.300 kilocalorías por habitante en el periodo 1949-1950, se pasó a 2.520 kilocalorías en 1954-1956, situándose por encima de otras naciones como Italia o Portugal. Los cereales perdieron peso en la dieta de los españoles en beneficio de la carne o la leche,

⁶³ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20753, “Parte mensual de actividades provinciales”, agosto de 1949; Caja 51/20765, “Parte mensual de actividades provinciales”, abril de 1950; TNA, FO 371/89524, 20-4-1950.

⁶⁴ BARCIELA, Carlos. “Franquismo y corrupción...” Op. Cit., pp. 83-96.; GÓMEZ RODA, J. Alberto. “Percepciones de las instituciones...”, Op. Cit. p.26; un ejemplo en: AMAEI, Affari Politici 1951-1957, Legajo 158, 13-6-1952.

lo que se tradujo en una alimentación más variada respecto a la posguerra.⁶⁵ Paralelamente, otros factores resultaron indicativos de la mejora de las condiciones de vida. Si en 1948, Granada tenía 6.621 aparatos de radio, en 1954 eran ya 18.781. En cuanto al número de vehículos existentes, la provincia granadina pasó de 45 a 2.515 entre 1950 y 1957. Jacinto sostiene que “desde mediados de los cincuenta” la situación en su pueblo mejoró porque “ya hicieron el teléfono, pusieron el puente del río, la carretera, había coches y comercio directo con Granada. Eso fue cambiar por completo”.⁶⁶ Una buena parte de los españoles percibieron a mediados de los años cincuenta que la situación económica del país era más próspera y el futuro mucho más esperanzador.

A pesar de ello, y con especial gravedad en zonas como Andalucía, la situación estaba lejos de ser la ideal. Los mayores efectos de la “nueva” política agraria del Estado no fueron visibles hasta los años sesenta y el sector permaneció escasamente mecanizado, con mano de obra mal remunerada y con unos altos niveles de paro que aceleraron la emigración hacia las zonas industrializadas del país.⁶⁷ A finales de los cincuenta, la capacidad de consumo de los españoles era todavía reducida y la cesta de la compra seguía representando el 50% del presupuesto familiar. En 1957, la mayor parte de los granadinos tenía grandes dificultades para lograr una alimentación adecuada mediante sus salarios, lo que, unido al aumento del coste de la vida, obstaculizó su acceso a otro tipo de bienes más allá de los necesarios para vivir. Algunas familias humildes del campo granadino fueron obligadas a beberse la leche enviada por Estados Unidos en presencia de las autoridades, para evitar que la vendieran a cambio de productos más necesarios.⁶⁸ La calidad de las viviendas y sus equipamientos a finales de los cincuenta eran aún bastante pobres en la provincia de Granada. Ciertamente, a lo

⁶⁵ HERRERO CASTRO, José Luis. “Las condiciones de vida y consumo en la España de los 50: determinación del ingreso y poder de compra de una familia obrera tipo”, *Estudios sobre consumo*, 14, 1988, pp. 21-44; y CUSSÓ, Xavier. “El estado nutritivo de la población española, 1900-1970. Análisis de las necesidades y disponibilidades de nutrientes”, *Historia Agraria*, 36, 2005, p. 353; COLLANTES, Fernando. “La alimentación en la España del siglo XX: una perspectiva desde la historia económica”. *I Congreso Español de Sociología de la alimentación*. Gijón, 28-29 de mayo de 2009.

⁶⁶ INE. *Reseña estadística... Op. Cit.*, p. 369; y ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas del siglo XX... Op. Cit.*, pp. 687-688; el ejemplo en Entrevista a Jacinto, Granada, 15-6-2011.

⁶⁷ COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “Hambre, desempleo y emigración: las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía Oriental”, *Hispania*, 218, 2004, pp. 1079-1112.

⁶⁸ PENÓN, Agustín. *Miedo, olvido... Op. Cit.*, p.373; JEFATURA PROVINCIAL DEL MOVIMIENTO. *Veinte años de paz en el Movimiento Nacional bajo el mando de Franco. Provincia de Granada*. Granada, 1959, pp. 7 y ss.; ORTEGA LÓPEZ, Teresa. *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1939-1977*. Granada, Universidad de Granada, 2005, pp. 89-92.

largo de la década, se produjo una mejora, pero ésta quedaba empequeñecida al compararla con el conjunto de la nación. En 1960 un 24,5% de los hogares granadinos contaban con agua corriente y un 11,8% disponía de cuarto de baño, lo que suponía un significativo aumento respecto a diez años atrás. Pero, para entonces, la media nacional se situaba en un 45 y un 24% respectivamente. A pesar de las construcciones realizadas, el déficit de viviendas seguía siendo importante a finales de los años cincuenta y buena parte de las existentes eran insalubres o carecían de las habitaciones necesarias para albergar a quienes moraban en ellas. Las autoridades granadinas se vieron desbordadas ante la falta de casas en los pueblos y el creciente número de cuevas y chabolas en el extrarradio de la capital.⁶⁹ Mientras las clases medias experimentaron una mejora palpable de sus condiciones de vida desde el arranque de los cincuenta, los españoles más humildes siguieron en su mayoría conviviendo con la miseria.

Pese a ello, las actitudes de una considerable parte de la sociedad se mantuvieron bastante más optimistas de lo que observando su nivel de vida cabría deducir. Gran número de españoles sintieron que los cincuenta fueron años de una mejora paulatina tanto de la economía española como de sus condiciones de vida. Aunque en muchos ámbitos los niveles de preguerra no se alcanzaron hasta la década siguiente, la sensación de muchos ciudadanos fue la de que la situación era mejor que en los cuarenta. La razón fundamental para ello radicó en el inmediato recuerdo de la posguerra. La percepción o la vivencia del hambre y la miseria impregnaron la memoria de los españoles, posibilitando que la mejora de las condiciones –por mínima que ésta resultase– fuera recibida con gran satisfacción por amplios sectores sociales. Las críticas populares a la situación económica continuaron pero, con la supresión del sistema de racionamiento, éstas pusieron el foco más sobre el hecho en sí y menos sobre las instituciones del régimen, lo que redundó en la solidez de la dictadura y en su capacidad para ganar apoyos.⁷⁰ Paralelamente, muchos ciudadanos siguieron achacando a factores externos al régimen la responsabilidad de que España progresara tan lentamente. El “cerco internacional” o las malas cosechas eran señalados como los culpables de ello. Daniel y Rafael P. coinciden en apuntar a la sequía como una de las causas principales de que el crecimiento de España fuera más pausado.⁷¹ Y finalmente, un sector muy importante de

⁶⁹ ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas del siglo XX... Op. Cit.*, p. 263; AGA, Presidencia, DNP, Caja 21/2370 “Parte mensual de actividades provinciales”, mayo de 1950.

⁷⁰ GÓMEZ RODA, J. Alberto. “Percepciones...”, *Op. Cit.*

⁷¹ ADRIÁ, Joan. “Los factores de producción de consentimiento... *Op. Cit.*”, p. 155; Entrevistas a Daniel, Granada, 18-3-2011 y Rafael P., Cájar, 12-7-2011.

la sociedad asumió el atraso con naturalidad. “No había teléfono –señala Jacinto–, pero tampoco lo echabas de menos [...] No conocías Nueva York, ni los rascacielos. ¡Claro!, ahora miro y digo ‘¡anda! una casa donde no había wáter ni no se qué’. Pero bueno, era lo que conocías y estaba bien. Estábamos contentos”. Según Camilo, “la gente prácticamente no se quejaba de nada, habían pasado los años del hambre y se conformaban con lo que tenían”. Eugenia vivió en una de las humildes cuevas del barrio granadino del Sacro Monte y, aunque recuerda la falta de equipamiento en su vivienda, no lo percibe traumáticamente: “Nos bañábamos en un cubo de cinc. Pero como no habíamos conocido otra cosa, éramos felices”.⁷² El recuerdo de la miseria de la posguerra, la sensación de que, por múltiples factores, la posición de España era más cómoda y la situación económica más desahogada y el conformismo generalizado debido al desconocimiento no sólo del nivel de vida de otros países europeos, sino de cuanto sucedía fuera del pueblo o del propio barrio, generó un clima muy favorable para la estabilización de la dictadura y la consolidación de sus apoyos sociales.

3. La nación de Dios: el proyecto nacionalcatólico y actitudes religiosas de la sociedad

Al término de la II Guerra Mundial, quienes apostaban por una España católica y tradicional contaron con unas condiciones muy favorables para hacer realidad su proyecto. No sólo en el ámbito nacional, sino en la Europa de posguerra, se creó un contexto muy propicio para el arraigo de nuevas políticas inspiradas en los principios cristianos. El discurso de seguridad y protección a la familia defendido por las democracias cristianas les proporcionó un gran apoyo social, llegando al poder en Alemania Occidental, Países Bajos o Italia.⁷³ El prestigio de la Iglesia y la atracción de la que gozaba el catolicismo se habían logrado merced al progresivo discurso de neutralidad adoptado por las autoridades eclesiásticas. El llamamiento a la paz que habían realizado las jerarquías católicas españolas se repitió a partir de 1945 ante la visión de un mundo devastado y desmoralizado por la guerra. Todavía en 1948, el Arzobispo de Granada, Balbino Santos Olivera, convocó a sus “amados hijos” a realizar

⁷² Entrevistas a Jacinto, Granada, 15-6-2011; Camilo, Granada, 21-6-2011 y Eugenia, Granada, 3-3-2011.

⁷³ Véase JUDT, Tony. *Postguerra... Op. Cit.*, p. 131; y RICCARDI, Andrea. *Il 'partito romano'. Politica italiana, Chiesa cattolica e Curia romana da Pio XII a Paolo VI*. Brescia, Morcelliana, 2007 [1993].

oraciones y todo tipo de actos de desagravio por los pecados que habían conducido al mundo a la pasada contienda.⁷⁴ Finalizada la guerra, el catolicismo quiso convertirse en el “hecho diferencial” de la España de Franco frente a las potencias fascistas derribadas. El discurso de paz y consuelo espiritual que ofrecía el catolicismo era un arma de inestimable valor para un régimen que siempre se había caracterizado por su vinculación a la Iglesia. En efecto, no se trataba de una vuelta de la religión al primer plano –donde efectivamente ya se encontraba– sino de incidir en su presencia y oscurecer los perfiles fascistas de la dictadura. El catolicismo se convirtió de este modo en el “gran argumento” del franquismo frente al “cerco internacional” y, sobre todo, frente al comunismo.⁷⁵

A fin de conseguir estos objetivos, el franquismo intensificó su colaboración con los miembros de Acción Católica. En un momento de apogeo internacional de la organización, el nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores de Alberto Martín Artajo –presidente de Acción Católica en España– podía contribuir al lavado de imagen régimen y a asegurar su permanencia al frente del país. El programa político del nuevo ministro pasaba por el establecimiento de un régimen representativo a través de las instituciones tradicionales y de la restauración monárquica en la persona de Juan de Borbón, al mismo tiempo que evidenciaba su rechazo a los partidos políticos y a la concesión de un “exceso” de libertades a los españoles.⁷⁶ Pero junto con Artajo, habían pasado al primer plano político otros “católicos” que, compartiendo o no el programa del ministro, iban a mostrarse igualmente útiles a la consolidación de la dictadura. Fue el caso de Joaquín Ruiz-Giménez, cuyo prestigio al frente de la organización internacional de estudiantes católicos Pax Romana, fue aprovechado por el régimen para que, primero al frente del Instituto de Cultura Hispánica (1946-1948) y luego como Embajador en la Santa Sede (1948-1951), elevara la imagen del franquismo fuera de España. Pero lo mismo ocurrió con un católico “más social” como el obispo de Málaga,

⁷⁴ BOAG, “Exhortación pastoral ordenando rogativas por la paz que reclama el Papa”, enero de 1948; actividades de este tipo en: AACE, Sección de Mujeres de Acción Católica, Caja 3-1-1, “Memoria de la Unión Diocesana de Mujeres de Acción Católica de Granada”, curso 1948-1949.

⁷⁵ TUSELL, Javier. *Franco y los católicos...* *Op. Cit.*, pp. 117-141.

⁷⁶ *Ibidem.*, pp. 84-96. HERMET, Guy. *Los católicos en la España franquista II. Crónica de una dictadura*. Madrid, Siglo XXI, 1985 (1981), pp. 208-209; AMAEI, *Affari Politici 1945-1950*, 22-11-1945.

Ángel Herrera Oria, quien, manejando un discurso religioso menos rígido e inspirado en una cierta preocupación social, jamás llegó a cuestionar ni a Franco ni al régimen.⁷⁷

El paso al frente de los sectores “católicos” favoreció el reconocimiento internacional del régimen y fortaleció más si cabe la posición de la Iglesia en España. Los continuos contactos de obispos y políticos españoles con la Santa Sede y las naciones católicas se combinaron con el empleo de otras fórmulas que ofrecieran una imagen más benévola de la dictadura. La Hispanidad, por ejemplo, fue uno de los instrumentos empleados para ganar el apoyo de los católicos latinoamericanos y mostrar que el régimen español respondía a sus esencias “de siempre”. En este sentido hemos de entender el significado otorgado al V Centenario del nacimiento de los Reyes Católicos, celebrado en la Capilla Real de Granada el 12 de octubre de 1952. Con la asistencia de importantes personalidades del régimen, del propio “Caudillo” y de la numerosos representantes diplomáticos del continente americano, los actos conmemorativos buscaron presentar a la España de Franco como “digna heredera de la tradición” de Isabel y Fernando. Pero la confirmación de la sólida posición del proyecto nacionalcatólico se produjo con la firma del Concordato con la Santa Sede en 1953, que estrechó aún más la relación Iglesia-Estado y contribuyó a sellar definitivamente el respaldo internacional de la dictadura. Para entonces, la Santa Sede y los sectores católicos de toda Europa se habían convencido de que el Cristianismo era la única alternativa política al comunismo y, en ello, España iba a la cabeza.⁷⁸

La apuesta por los sectores “católicos” fue enormemente beneficiosa para el franquismo. El régimen supo adoptar toda la flexibilidad necesaria para dar entrada a versiones de nacionalcatolicismo de matices diversos. Esta permisividad supuso ciertas complicaciones como las generadas por la solicitud de un relajamiento de la censura para las publicaciones eclesiásticas o por la política liberalizadora impulsada por Ruiz-Giménez desde el Ministerio de Educación. Pero se trataba de tensiones asumibles que, cuando rebasaban los límites de lo tolerado por la dictadura, eran rápidamente

⁷⁷ MUÑOZ SORO, Javier. “Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total (apuntes para una biografía política e intelectual hasta 1963)”, *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 266 y ss.; ALFONSÍ, Adela. “La recatolización de los obreros...”, Op. Cit., pp. 122-123.

⁷⁸ Véase FERRARY, Álvaro. *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*. Pamplona, EUNSA, 1993, pp. 236-237 y 297-298; la celebración de los actos en *Patria e Ideal*, 14-10-1952; la significación del Concordato en CALLAHAM, William J. *La Iglesia Católica en España (1875-2002)*. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 318-319 y *Ecclesia*, 642, 31-10-1953; la baza del anticomunismo en: SÁNCHEZ RECIO, Glicerio. “Las prestaciones de la Iglesia a la política exterior del Régimen de Franco (1945-1957)”, en TUSELL, Javier et. al. *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid, UNED, 1997, pp. 389-398.

neutralizadas. Una manifestación públicamente opuesta al control estatal sobre la prensa de la Iglesia, como la realizada por el director de la revista *Ecclesia*, Jesús Iribarren, solo podía concluir con la dimisión de éste y el retroceso inmediato de las críticas a la dictadura.⁷⁹ El hecho de que Martín Artajo tratase de instaurar una Monarquía o formar un partido demócratacristiano en España, que algunas voces de la Iglesia empezaran a denunciar las desigualdades sociales y la apatía del Estado para contenerlas, o que otros “católicos” trataran de liberalizar la dictadura en algunos de sus aspectos, eran riesgos aceptables por el Estado, siempre y cuando no se sobrepasaran ciertos límites. Claro está, Franco y sus colaboradores más directos eran conscientes de que, independientemente de sus discrepancias sobre algunas orientaciones de la política estatal, el respaldo de sus apoyos sociales estaba, por el momento, totalmente garantizado. La dictadura podía permitirse mantener en la Alcaldía de Granada a alguien que, como Antonio Gallego Burín, se había declarado públicamente monárquico o permitir que las políticas tímidamente aperturistas de Ruiz-Giménez fueran llevadas a la práctica desde el Rectorado de la Universidad granadina por Luis Sánchez Agesta, miembro de Acción Católica. Al fin y al cabo, todos ellos estaban de acuerdo con un proyecto político nacionalcatólico similar en muchos de sus puntos al defendido por Acción Española en los años treinta y anteponían a cualquier aspiración ideológica su lealtad a Franco y al 18 de julio.⁸⁰

Quizás el rasgo más novedoso del discurso del nacionalcatolicismo desde finales de los años cuarenta fue la revalorización de la “cuestión social”. En efecto, espoleados por el declive de Falange, algunos sectores “católicos” del régimen se sintieron lo suficientemente fuertes como para reclamar la aplicación práctica de los ideales de “justicia social”. En octubre 1945 los obispos de la provincia eclesiástica de Granada publicaron una pastoral en la que, ante la preocupante situación laboral de la provincia, reclamaban el derecho al trabajo de los granadinos, denunciaban la acumulación de riquezas en manos de unos pocos y pedían la equiparación del salario masculino y femenino en el campo. En enero de 1946, a iniciativa del cardenal Parrado y de los

⁷⁹ Sobre las tensiones Iglesia-Estado en este periodo: HERMET, Guy. *Los católicos en la España... Op. Cit.*, pp. 198 y 22-225; sobre las críticas de *Ecclesia*, véase AMAEI, Affari Politici, 1946-1951, Legajo 71, julio de 1951; sobre la dimisión de Iribarren: *Ecclesia*, 670, 15-5-1954 y MONTERO, Feliciano. “Las publicaciones periódicas de Acción Católica”, en RUIZ SÁNCHEZ, José Leonardo (coord.). *Catolicismo y comunicación en la Historia Contemporánea*. Sevilla, Universidad, 2005, pp. 31-54.

⁸⁰ CALLAHAM, William J. *La Iglesia Católica en España... Op. Cit.*, pp. 226-228 y 243 y ss.; TUSELL, Javier. *Franco y los católicos... Op. Cit.* pp. 288-291; SAZ, Ismael. “Escila y Caribdis. El franquismo, un régimen paradigmático” en MELLÓN, Joan Antón (comp.). *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea*. Madrid, Tecnos, 2002, pp. 189-190.

hombres de la Acción Católica granadina, se creó el Instituto Social Obrero. La pionera institución tuvo como objetivo elevar la condición social de los obreros, exigiendo un salario, una instrucción y una vivienda digna para “los más humildes trabajadores”. Una organización de carácter asistencial y formativo que, en mayo de ese mismo año, contaba ya con más de doscientos obreros y cuyo éxito llevó a su establecimiento en muchas otras diócesis españolas.⁸¹ Otros obispos –Pildaín en Canarias, Tarancón en Solsona o Herrera Oria en Málaga– también mostraron públicamente su preocupación por los desequilibrios existentes en la sociedad española, de manera que, durante toda la década de los cincuenta, las pastorales de contenido social se multiplicaron. Acción Católica se convirtió en la ejecutora de la labor asistencial y caritativa predicada por la Iglesia e intensificó su actividad de ayuda a los enfermos, petición de subsidios de vejez o reparto de alimentos entre los pobres.⁸² Al mismo tiempo las ramas obreras de la organización –en especial la Hermandad Obrera de Acción Católica nacida en 1946– empezaron a mostrar una creciente preocupación por las cuestiones sociales. Bajo el paraguas de la Iglesia, la JOC y la HOAC se mostraron críticas con la situación de los trabajadores españoles e incluso respaldaron sus reivindicaciones, como en el caso de la huelga de Barcelona de 1951. La HOAC andaluza elaboró en 1954 un completo informe en el que denunciaba los bajos salarios, el paro y la situación de miseria en la que vivían muchos jornaleros granadinos. El impulso dado a las Semanas Sociales y la creación de Grupos Obreros de Estudios Sociales (GOES), unidos a su carácter reivindicativo, situaron a la organización católica bajo sospecha y la expusieron a las críticas de Falange al considerar ésta que trataban de romper el monopolio del Sindicato Vertical y de agitar a los obreros contra la estabilidad del régimen.⁸³

Pero las reivindicaciones sociales realizadas por ciertos sectores del catolicismo tuvieron unos límites muy definidos. La crítica a las desigualdades existentes y a la miseria en la que vivía una parte de la población nunca fue más allá de la censura a la

⁸¹ La pastoral en BOAG, 28-10-1945 y *Ecclesia*, 231, 1945; la creación del Instituto Social Obrero en AACE, Sección de Hombres de Acción Católica, Caja 200-1-1, diciembre de 1945; los resultados en *La Vanguardia*, 18-5-1946.

⁸² SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José. “Conservadores en política y reformistas en lo social. La Acción Social Católica y la legitimación política del régimen de Franco”, *Ayer*, 39, 2000, pp. 165-180; HERMET, Guy. *Los católicos en la España franquista I. Los actores del juego político*. Madrid, Siglo XXI, 1985 (1980), pp. 273-274. Un ejemplo de labor de Acción Católica en: AACE, Sección Mujeres de Acción Católica, Caja 2-1-5, “Memoria de la Unión Diocesana de Mujeres de AC de Granada”, curso 1947-1948.

⁸³ Sobre la HOAC: LÓPEZ GARCÍA, Basilisa. *Introducción a la historia de la HOAC*. Madrid, HOAC, 1995; La denuncia de la situación del jornalero andaluz en: AHOAC, Caja 227, “La situación del obrero español y los problemas del campo andaluz”, 1954 y AHOAC, “Andalucía región atrasada”, *Boletín de la HOAC*, 174, octubre de 1955; las críticas a la HOAC en AMAEI, *Affari Politici 1951-1957*, Legajo 71, 1951.

excesiva acumulación de riqueza y de vagos llamamientos a la práctica de la caridad por parte de las clases pudientes, absteniéndose siempre de solicitar una verdadera reforma que minimizara los desequilibrios sociales o cualquier modificación en la estructura del sistema franquista. Como recuerda Camilo: “la caridad en aquellos años era muy manifiesta, quien la practicaba quería que quedara palpable... era la señora que le daba una limosna al pobre y le decía en qué gastársela”. Por otro lado, los más avanzados discursos de Herrera Oria, como los de otras voces dentro de la Iglesia, siempre se vieron frenados por su inquebrantable lealtad al régimen y a la figura de Franco. Sólo la HOAC mantuvo una posición crítica con la política estatal que, sin embargo, no tendría repercusiones decisivas sobre la estabilidad del régimen hasta el decenio siguiente.⁸⁴ Claro ejemplo de lo dicho fue la actitud de estos sectores católicos ante el problema de la vivienda. Solucionar el déficit de casas de la provincia de Granada y, especialmente, el estado de insalubridad de muchas de las habitadas, se convirtió en uno de los objetivos del Estado franquista y, por tanto, de los “católicos” que demandaban “justicia social”. A este fin, fue creada en 1948 por iniciativa del arzobispo, Balbino Santos Olivera, la Asociación Benéfica Constructora de Nuestra Señora de las Angustias, que contó con el apoyo financiero del Ayuntamiento de la capital y los beneficios recaudados por una “Tómbola de Caridad” instalada en el centro del casco urbano. No tardaron en llegar las críticas larvadas al mecanismo utilizado desde algunos sectores cercanos al falangismo, que estimaban que la clase media y alta granadina compraba las papeletas para la rifa pensando más en el premio que en la caridad.⁸⁵ Además, la manera en que algunos de estos sectores abordaron la problemática de la vivienda llegó a producir la sensación de que lo que se deseaba no era atajar la miseria, sino las consecuencias morales que se derivaban de ella. Para la Acción Católica andaluza “la promiscuidad de sexos compartiendo un mismo techo”, resultaba ser el problema “más lacerante” de todos los originados por el hacinamiento humano. Un pensamiento compartido por el Arzobispado granadino durante toda la década.⁸⁶

No obstante, que los discursos y políticas sociales de los sectores “católicos” del régimen tuvieran unos límites precisos, no quiere decir que no fueran efectivos.

⁸⁴ MORENO SECO, Mónica. “Creencias religiosas y política en la dictadura franquista”, *Pasado y Memoria*, 1, 2002; CALLAHAM, William J. *La Iglesia Católica...* Op. Cit., p. 317; Entrevista a Camilo, Granada, 21-6-2011; ALFONSÍ, Adela. “La recatolización...”, Op. Cit., pp. 122-125; una visión diferente en SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José. *El Cardenal Herrera Oria. Pensamiento y Acción Social*. Madrid, Encuentro, 1986.

⁸⁵ La polémica de la tómbola de caridad en *Patria*, 18-5-1952 y 19-5-1952; véase también ARÓSTEGUI, Antonio. *La vanguardia cultural granadina. 1950-1960*. Granada, Fundación Caja Granada, 1996, p. 74

⁸⁶ ACCIÓN CATÓLICA. *Los problemas sociales del campo andaluz*. Córdoba, 1953; *Ideal*, 2-1-1952.

Ciertamente, el “cinturón de cieno” conformado por las numerosas cuevas que rodeaban la capital era un grave problema para la ciudad, al que las autoridades solo parecían prestar atención cuando se producía alguna catástrofe. Pero también es verdad que, en contraste con el decenio precedente, las alusiones a la existencia de las cuevas se multiplicaron y los granadinos pudieron observar como Franco en persona visitaba la ciudad en 1956 para dar solución “definitiva” al problema.⁸⁷ Aunque los dirigentes de Asociación Benéfica Constructora de Nuestra Señora de las Angustias lamentaran los escasos resultados obtenidos durante los primeros años de su existencia –apenas una veintena de viviendas en la Lancha de Cenes y seis en el Albayzín– en febrero de 1956 consiguieron entregar un total 204 casas unifamiliares. Por supuesto las personas que, como Mari Carmen y su familia, obtuvieron una vivienda en la nueva barriada de “Las Angustias”, estuvieron “muy agradecidas” al régimen. Pero también muchos granadinos y granadinas, que veían cómo su contribución en la “Tómbola de Caridad” era aprovechada por el Estado para mitigar las desigualdades sociales. La entrega de viviendas no solo servía para satisfacer a los beneficiarios, sino también para que las clases medias granadinas quedaran convencidas de las buenas intenciones del régimen al que prestaban su apoyo. Eran gente como Daniel, para quien era indudable el esfuerzo del Estado por mejorar las condiciones de vida de muchos, ya que “se construyeron una barbaridad de viviendas”.⁸⁸

El énfasis de la Iglesia en la “cuestión social” no ocultaba, sin embargo, que la Iglesia de los cincuenta era, en líneas generales, la misma que la del decenio precedente. Las jerarquías religiosas continuaban mucho más preocupadas por la moral y los comportamientos de los españoles que por mitigar las desigualdades. Las pastorales que trataban de mantener bajo control supuestos “focos de inmoralidad” como el turismo, el cine o la vida privada de los ciudadanos fueron bastante más numerosas que las de contenido social. Los Arzobispos granadinos –Balbino Santos Olivera y Rafael García de Castro–, asistidos por Acción Católica, dieron una gran cobertura a la Cruzada Pro-Decencia, al mismo tiempo que controlaron férreamente las emisiones cinematográficas y la moralidad pública en playas y piscinas.⁸⁹ Unos campos de actuación que

⁸⁷ Un ejemplo en: *Ideal*, 8-1-1955; Una de las catástrofes acabó con la vida de un matrimonio y sus hijos y precipitó la visita de Franco a la provincia: *Patria*, 22-4-1956; *Ideal* 3-5-1956 y 4-5-1956.

⁸⁸ AHDG, Caja 265-F, “Informe sobre la Asociación Benéfica Constructora de Nuestra Señora de las Angustias”, 11-7-1950.

⁸⁹ BOAG, “Exhortación pastoral sobre la Cruzada Pro-Decencia”, marzo de 1948; “Exhortación pastoral sobre la inmoralidad reinante”, julio de 1951 y “Carta pastoral sobre la moralidad pública”, febrero de 1956.

comenzaron a generar problemas con otros sectores del régimen, pero también con una parte de la sociedad. Por ejemplo, la censura eclesiástica de las películas motivó la retirada de las carteleras de algunas salas de la capital en 1945 y el enfrentamiento abierto entre los empresarios e *Ideal*. Lejos de resolverse, la disputa derivó, ya en 1948, en un choque directo entre nacionalcatólicos y falangistas, al ser acusados estos últimos de alejarse del catolicismo por ponerse de lado de los empresarios de la capital. A finales de 1950, según las autoridades granadinas, la mayoría de los ciudadanos consideraba “excesiva la labor de los organismos censores de Acción Católica” y pensaba que la censura estatal era “suficiente”.⁹⁰ Y es que, a ojos de la población, la Iglesia seguía siendo una institución con una enorme capacidad de control en sus vidas cotidianas. Un control que fue juzgado por muchos como excesivo y que, con el paso de los años, pudo provocar que la sociedad fuese identificándose con otra moral diferente a la propuesta por el régimen. Pese a que él y su familia eran muy religiosos, Camilo apunta que “uno de los grandes errores” de la Iglesia fue “la religión de miedo que nos enseñaban” y añade que “los sermones de los curas eran absolutamente tenebrosos, Dios siempre estaba enojado, todo estaba muy centrado en el sexo y en el miedo”. Por el contrario, Alfonso se alejó completamente del mundo católico como consecuencia del tipo de religión que le transmitieron: “Allí las únicas mujeres que eran santas eran tu madre y tu hermana, todas las demás eran putas [...] No sé cómo no salimos maricones”.⁹¹

La prueba del poder de la Iglesia fue el incremento de su presencia en el espacio público. Desde mediados de los cuarenta y durante toda la década de los cincuenta, el catolicismo inundó las calles. Actos marianos, peregrinaciones de la Virgen de Fátima, misiones populares, romerías o rosarios de la aurora poblaron el espacio público de ciudades y pueblos. La organización de las misiones fue probablemente el acto en que mayores esfuerzos depositaron los “católicos” del régimen. Su celebración siempre fue acompañada de un despliegue propagandístico y una movilización impresionantes con el objetivo de transmitir a los ciudadanos que lo religioso ocupaba hasta el último rincón. De alguna forma, estos actos servían para acercar la nación –católica– a los ciudadanos gracias al concurso de las autoridades locales y a la participación de todo el pueblo en las ceremonias que se realizaban, pues era allí, en lo local, donde la

⁹⁰ La polémica en: *Ideal*, 18-2-1945 y *Patria* 21-2-1948; la opinión de los granadinos en: AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/23657, “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1950.

⁹¹ Entrevista a Camilo, Granada, 21-6-2011 y Alfonso, Granada, 17-3-2011.

nacionalización resultaba más efectiva.⁹² Si hacemos caso de las crónicas elaboradas por la prensa o las propias autoridades eclesiásticas, los actos celebrados en los pueblos de la provincia de Granada siempre sobrepasaron las expectativas de asistencia, resultando insuficiente el aforo de los templos ante la afluencia de fieles y siendo necesaria la instalación de altavoces en sus fachadas. En las misiones, la Iglesia podía comprobar con satisfacción el fervor de la población y su generalizada participación en las prácticas religiosas, pero también incrementar su control social. En la misión organizada en febrero de 1949 en Víznar (Granada) los misioneros afirmaban que “las comuniones han sido numerosísimas, pudiendo decirse sin temor a error, que todo el pueblo se acercó a la Mesa Eucarística”. En 1954, las jerarquías eclesiásticas afirmaban que en los actos misionales celebrados en el pueblo de Torvizcón (Granada) el templo “se vio repleto de fieles que a pesar de la lluvia persistente en los últimos días no cesaron de venir cada vez con mayor fervor”.⁹³ Camilo recuerda haber vivido una misión de capuchinos en su pueblo como “algo muy importante a lo que todo el mundo iba”. Evidentemente, la Iglesia sobrevaloraba el entusiasmo de muchos de los que asistían, pero no mentía cuando informaba sobre la asistencia masiva a los actos ni estaba equivocada acerca de la capacidad movilizadora del catolicismo entre una mayoría de los españoles.

La invasión de las calles por parte del catolicismo tuvo la ciudad de Granada dos episodios especialmente relevantes. El primero de ellos fue la “Santa Misión” celebrada en octubre de 1949 en la capital. La fuerte inversión económica realizada por Iglesia y Estado, unida al elevado grado de movilización de todas las ramas de Acción Católica, transformaron Granada en poco menos que una antesala del cielo. A ello contribuyó la instalación de un equipo de 27 altavoces para escuchar la palabra divina y de una gigantesca tribuna coronada por una colosal cruz situada en pleno centro de la ciudad. La celebración de la “Santa Misión” vino precedida de un enorme despliegue propagandístico y de otros actos preparativos que fueron el prelude de lo que luego sucedería. Unas semanas antes de su comienzo, las calles de Granada se llenaban de tal manera para recibir a la Virgen del Rosario de Fátima, que el Prelado granadino afirmó que “quizás sea la (concentración) más grande que he presenciado desde mi venida”. La concurrida misa celebrada en el altar instalado ante la Cruz de los Caídos, alcanzaba su

⁹² QUIROGA, Alejandro. “Les tres esferes...”, Op. Cit., pp. 143-160.

⁹³ ANDRÉS GALLEGU, Jesús PAZOS, Antón M. y DE LLERA, Luis. *Los españoles entre la religión y la política. El franquismo y la democracia*. Madrid, Aedos, 1996, pp. 64-65. Los ejemplos en: BOAG, “Santa misión en Víznar”, abril de 1949 y “Santa Misión en Torvizcón”, mayo de 1954.

máxima emotividad con las presuntas curaciones de decenas de fieles tras escuchar las palabras el Arzobispo.⁹⁴ Finalmente, en la semana del 23 al 30 de octubre, tuvieron lugar los actos misionales. Según fuentes oficiales, la asistencia de la población desbordó todas las previsiones, llegando a congregarse en algunos momentos –el Rosario de la Aurora y la Clausura de la Misión– una media de 70.000 personas. El balance final de los actos misionales quedó resumido en las 120.000 comuniones repartidas y en la conclusión de que un 51% de los granadinos habían sido misionados.⁹⁵ Al margen de las cifras y de que la Iglesia pudiera pecar de un exceso de triunfalismo, los defensores de una España nacionalcatólica podían sentirse satisfechos de lo vivido aquellos días. En la memoria de los granadinos quedó el recuerdo de la “Santa Misión” de 1949 como algo que –positiva o negativamente– tuvo un enorme eco en la ciudad. Unos, como el cura obrero Manuel Ganivet Zarzos la recordarían como uno de los intentos de la Iglesia porque los españoles “se sintieran asediados por la culpa”. Otros, como Antonio Márquez Villegas, guardaban aún en su recuerdo los “lentos hasta la bandera” que experimentaron en aquellos días los templos de la ciudad, de los que “se salía con el alma más reconfortada”. Pero, generalmente, la mayoría de los ciudadanos vivieron la Misión como la prueba más evidente de que la España de Franco era fundamentalmente católica porque, entre otras cosas, ninguno de los integrantes del régimen –incluidos los falangistas– lo ponían en entredicho.⁹⁶

La coronación de la creciente presencia del catolicismo en las calles de Granada la puso la celebración, del 15 al 18 de mayo de 1957, del IV Congreso Eucarístico Nacional en la ciudad. De nuevo, la maquinaria propagandística de la Iglesia y Acción Católica se activó para que los actos alcanzasen la mayor brillantez posible. Para contribuir a su difusión, se creó un “Boletín de Información”, se repartieron 150.000 hojas de inscripción, se realizó una intensa propaganda radiofónica e, incluso, se rebajaron las tarifas ferroviarias a fin de lograr una asistencia masiva.⁹⁷ Durante la

⁹⁴ Sobre la organización de la “Santa Misión”: BOAG, “Crónica de la Santa Misión general de Granada”, enero de 1950; la concentración en: *Patria*, 4-10-1949.

⁹⁵ BOAG, “Crónica de la Santa Misión general de Granada”, enero 1950; AACE, “Memoria de la Unión Diocesana de Mujeres de Acción Católica de Granada”, curso 1949-1950.

⁹⁶ Los testimonios en: QUITIÁN, Antonio et. al. *Curas obreros en Granada*. Alcalá la Real, Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler, 2005, p. 140; MÁRQUEZ VILLEGAS, Antonio. *Granada en mi memoria... Op. Cit.*, pp. 281-282. Véase también SAZ, Ismael. “Religión política y religión católica en la España Contemporánea” en BOYD, Caroline P (ed.). *Religión y política en la España Contemporánea*. Madrid, CEPC, 2007.

⁹⁷ La organización del Congreso en: *Crónica General del IV Congreso Eucarístico Nacional*. Granada, Imprenta Francisco Román Camacho, 1957, pp. 49-176 y BOAG, “Sobre la organización del Congreso Eucarístico”, febrero 1957.

celebración del Congreso, los sectores “católicos” jugaron todas sus bazas. La “cuestión social” entró en escena la noche del 17 de mayo en la gran Eucaristía celebrada para el mundo del trabajo. No parece ociosa la decisión de que fuera el Arzobispo de Valencia, Marcelino Olaechea, el encargado de dirigirse a los 30.000 hombres congregados en la explanada del Triunfo, al mismo tiempo que el obispo de Solsona, Vicente Tarancón, pronunciaba una conferencia titulada “Cristianización de las empresas” en la Universidad. Pero el colofón llegó el día 19 de mayo, cuando Francisco Franco se desplazó a Granada para participar en los actos de clausura. El radiomensaje del Papa fue escuchado por la miles de granadinos y andaluces arrodillados, que luego acudieron en masa a la procesión eucarística que recorrió las calles de la ciudad.⁹⁸ Las dimensiones alcanzadas por el Congreso confirmaron que a la Iglesia –y al régimen– no le faltaban seguidores. Pero, en esencia, lo que actos como éste consiguieron fue llevar el catolicismo allí donde era visible: a las calles. Ningún granadino podía escapar a la imagen de un nacionalcatolicismo poderoso y consolidado, ni a su enorme capacidad movilizadora y socializadora. Dentro de los propios sectores del catolicismo o entre estos y otros componentes del Estado podían existir enfrentamientos larvados e, incluso, trascender a la opinión pública. Pero las concentraciones religiosas masivas, refrendadas además con la presencia del Jefe de Estado, transmitían a la gente que la unión entre la Iglesia y el régimen seguía siendo tan sólida como en 1939, que los apoyos sociales al franquismo parecían intactos y que, atraídos por la religión, continuaban siendo muchos los españoles que entendían su fe católica como algo íntimamente unido a su nacionalismo español.

Con un régimen cada vez más consolidado, nadie parecía cuestionar que si algo caracterizaba a España era su nacionalcatolicismo. Pero ¿en los pueblos y las ciudades del país vivían verdaderos católicos o, por el contrario, todo se reducía a una fachada creada gracias a la presión ejercida por el dominio de la Iglesia y de las organizaciones religiosas en tantos ámbitos? Ciertamente, ni los estudios sobre el comportamiento religioso de los españoles, ni las variables utilizadas para medir su catolicismo han resultado excesivamente esclarecedoras como para averiguar la evolución real de la religiosidad en España.⁹⁹ Sin embargo, hay algunos fenómenos que, aun no siendo completamente fiables, resultan al menos indicativos. Las vocaciones sacerdotales, la

⁹⁸ Todos los actos del congreso en *Crónica general... Op. Cit.*, 213-324, e *Ideal*, 16 a 21-5-1957.

⁹⁹ Se ha destacado la poca fiabilidad de los datos existentes: CALLAHAM, William J. *La Iglesia Católica en España... Op. Cit.*, p. 369 y HERMET, Guy. *Los católicos en la España franquista I... Op. Cit.*, pp. 66 y ss.

recepción de los sacramentos, la moralidad o la asistencia a misa son elementos a tener en cuenta para acercarnos al arraigo del catolicismo en España. Duocastella ha destacado en sus estudios cómo durante la década de los cincuenta los españoles demoraron y redujeron la administración del bautismo. En cuanto a la asistencia a misa, Andalucía aparecía con los porcentajes más bajos del conjunto del territorio nacional en este periodo.¹⁰⁰ Si atendemos únicamente a los datos con que contamos para la provincia,¹⁰¹ resulta difícil precisar hasta qué punto los granadinos eran profundamente católicos o completamente descreídos. Por ejemplo, en lo referente a la asistencia a misa, los cálculos realizados por los párrocos muestran grandes desequilibrios que oscilan entre el 95% de la localidad de Mecina Fondales y el 4% de La Herradura. En cuanto a la moralidad, los informes elaborados ofrecen un cuadro de una sociedad donde la indiferencia religiosa, la embriaguez, el juego o la blasfemia eran algo cotidiano. Pero, pese a la relativa fiabilidad de los datos, podemos afirmar que, hacia finales de los cuarenta la asistencia a la misa dominical estaba en torno al 30-35% en la provincia y que se elevaba de manera muy importante en determinadas festividades religiosas. La existencia de la inmoralidad se combinaba con un escaso número de parejas amancebadas y un todavía reducido porcentaje de niños no bautizados. El número de quienes profesaban otra creencia distinta a la católica era ínfimo y, aunque no se confesaran “todo lo que debieran”, la mayoría de los españoles llamaban al sacerdote para recibir los últimos sacramentos. En cuanto a la presencia de Acción Católica, no era especialmente intensa fuera de la capital y de los pueblos más importantes y, en muchas ocasiones, no quedaron constituidas en algunas de sus ramas hasta mucho tiempo después de la guerra.

Por otra parte, resulta insuficiente medir la devoción de los ciudadanos atendiendo únicamente al número de sacramentos administrados o de organizaciones seculares instituidas. La asistencia a misa, por ejemplo, no resultaba siempre indicativa de la religiosidad de un pueblo. En la localidad granadina de Láchar sólo iban a misa 150 de los 1.300 habitantes censados, porque las dimensiones del templo no permitían acoger a más feligreses. El párroco de Almuñécar se lamentaba de que eran “muy pocos” los que venían a misa desde los cortijos, “por la distancia y el mal camino”. Ana

¹⁰⁰ DUOCASTELLA, Rogelio. “Geografía de la práctica religiosa en España”, en id., et. al. *Análisis sociológico del catolicismo español*. Barcelona, Nova Terra, 1967; y del mismo autor “Geografía de la práctica religiosa en España” en VV AA. *Sociología española de los años setenta*. Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1971, pp. 477-543.

¹⁰¹ Corresponden a los informes realizados por los párrocos tras la visita pastoral del Arzobispo a la provincia en 1947: AHDG, Caja 38, “Visitas pastorales”, 1947-1948.

admite que “a misa no podíamos ir mucho” porque su cortijo estaba “a una hora de camino”, pero afirma que “allí se rezaba. El rosario que eran nueve... en casa de los familiares de los difuntos...”.¹⁰² Ciertos rituales católicos como el bautismo, el matrimonio eclesiástico o acudir a los funerales estaban completamente integrados por la mayor parte de la ciudadanía que los asumía como normales. Junto con ellos, la práctica religiosa en días señalados o la participación en procesiones de Semana Santa o festividades patronales fue intensa, aunque bien es cierto que para muchos se trataba más de un hecho popular que religioso. Eugenia sostiene que el barrio del Sacro Monte “no era muy religioso, pero luego sí que iban a (la Fiesta de) San Cecilio o a la Abadía a ver a su Virgen”.¹⁰³

El sólido catolicismo de la posguerra se estabilizó desde finales de los cuarenta. Gracias al retorno de la “cuestión social” pero, sobre todo, al altísimo poder y capacidad de control de la Iglesia y las organizaciones religiosas, el nacionalcatolicismo consolidó y extendió su dominio especialmente entre amplios sectores sociales pertenecientes a las zonas rurales o a las capas medias y altas de la población que, en muchos casos, se integraron en las asociaciones de seglares que tan importante crecimiento experimentaron en estos años. Jacinto, por ejemplo, llega a afirmar que en su pueblo “todo el mundo pertenecía a Acción Católica”. Además, la fuerte socialización tanto en la escuela como en el entorno familiar posibilitó a muchos padres transmitir un fuerte sentimiento religioso a sus hijos, consolidado gracias al auge que vivía el nacionalcatolicismo en aquellos años. Todos estos factores explican que, a mediados de los cincuenta, la religión siguiera ocupando una parcela muy importante en la vida de los españoles y continuara siendo un referente en su día a día.¹⁰⁴ No resulta extraño que una granadina siguiera los consejos del Arzobispo tras consultarle acerca del deber de acompañar a su marido a las salas de baile que éste frecuentaba, o que Ana recuerde perfectamente la presencia del cura en su cortijo de la Alpujarra granadina y, en cambio, al ser cuestionada por la importancia del Partido único, conteste: “¿Falange? ¿Quién era Falange? Yo no me acuerdo. Si iban al pueblo, yo no me enteraba”.¹⁰⁵ El franquismo se

¹⁰² AHDG, Caja 38, “Visitas pastorales”, 1947-1948; Entrevista a Ana, La Zubia, 3-2-2012.

¹⁰³ LANNON, Francesc. *Privilegio, persecución y profecía...* Op. Cit., pp. 40-41; entrevista a Eugenia, Granada, 3-3-2011.

¹⁰⁴ QUIROGA, Alejandro. “Las tres esferas...”, Op. Cit., pp. 149-150; el ejemplo en Entrevista a Jacinto, Granada, 15-6-2011.

¹⁰⁵ En 1955 Acción Católica contaba con 595-758 miembros: *Ecclesia*, 763-764, 1957. y MONTERO, Feliciano. *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica especializada*. Madrid, UNED, 2000, pp. 247-248 y 264; los ejemplos en BOAG, “Solución a una consulta”, mayo de 1948 y entrevista a Ana, La Zubia, 3-2-2011.

había dado cuenta de que para el control de los pueblos y las ciudades no existía mejor instrumento que la Iglesia católica.

A mediados de los cincuenta, el nacionalcatolicismo había vencido a Falange en su batalla por “ganar la calle” o, al menos, había conseguido una mayor aceptación social que el proyecto falangista. No sólo el Estado aparecía íntimamente hermanado con la Iglesia católica, sino que la profusión de actos y ceremonias religiosas y el desarrollo alcanzado por las asociaciones católicas atrajeron a muchos sectores sociales. En general, las clases modestas, obreros y jornaleros, permanecieron alejados de la influencia de la Iglesia, pero no siempre fueron ajenos a una cierta religiosidad. Muchos, como el padre de Carmen Martínez abominaban de la institución eclesiástica, pero mantenían su fe: “De los sacerdotes, decía que eran malos. Mi padre nunca iba a misa [...] Ahora bien, acostarse sin rezar, ninguna noche. Rezaba tres Ave María”. Otros, conservaron ciertos lazos con la religión debido a su devoción por una determinada imagen o su participación en festividades patronales de su localidad. Para todos los apoyos sociales del franquismo, pero también para muchos ciudadanos pertenecientes a esa mayoría gris de la población, la religión se había convertido en un modo de vida y de entender la nación. La necesidad de elegir entre catolicismo o comunismo, tal y como la planteada el franquismo, unida al incesante recuerdo de la Guerra Civil, fortaleció el apego de muchos ciudadanos al proyecto nacionalcatólico. Para muchos, España o era católica o, sencillamente, no era. Además, la religión se convirtió para buena parte de la sociedad en un sustitutivo de la política. Lo vivido por Camilo lo expresa a la perfección: “la religión era importantísima en aquellos años, mucho más presente que la política. Yo, por ejemplo, clase de ‘Espíritu Nacional’ no di y en cambio la religión estaba muy presente [...] Lo político era de alguna forma represivo y no se podía hacer público, en cambio lo religioso sí se podía hacer público”.¹⁰⁶ De esta forma, el catolicismo le sirvió al régimen, al menos durante algunos años, para dar salida a la necesidad de los españoles de actuar en el espacio público y lograr que tal actuación se produjera a través de la vía religiosa –considerada como “buena”– y no de la política –considerada como “mala” y “problemática”–.

¹⁰⁶ Testimonio recogido en ÁLVAREZ ROLDÁN, Arturo, MARTÍNEZ CASANOVA, Noelia y MARTÍNEZ ROSSI, Sandra. *La memoria amenazada... Op. Cit.*, pp. 288; y Entrevista a Camilo, Granada, 21-6-2011.

4. El resurgir de la amenaza “fascista”: una Falange “más viva que nunca”

En 1945 todo el mundo daba por segura la desaparición de Falange. Las medidas desfascistizadoras adoptadas por el régimen no parecían ser suficientes para garantizar su supervivencia. Pero, a la altura de 1948, la situación había cambiado. Para entonces, la presión internacional había disminuido y el Partido emergió más vivo que nunca, recuperando su tono más beligerante y demostrando que la desfascistización de España había quedado reducida a los signos externos. Los poderes perdidos durante la etapa de ostracismo, no impidieron que Falange conservara importantes esferas bajo su control, como las organizaciones de encuadramiento de masas –Frente de Juventudes, Sección Femenina, Sindicato Español Universitario o los Sindicatos Verticales– o buena parte de los Gobiernos Civiles, Diputaciones y Ayuntamientos, que le habían permitido que, a nivel local, su presencia no se hubiera visto seriamente mermada. Además, el descenso de militantes desde la finalización de la II Guerra Mundial, se revirtió a partir de 1947, llegando a los 952.000 efectivos en 1953.¹⁰⁷ La reaparición de la Secretaría General del Movimiento en 1948 dio inicio al rearme falangista y constató que Franco, consciente de su utilidad, no había pensado nunca en deshacerse del Partido.

De vuelta al primer plano político, Falange debía demostrar que su proyecto de nación era aún realizable y que quienes habían dado por segura su aniquilación habían cometido un tremendo error. Los primeros ataques se dirigieron contra aquellos que “habían hecho ostentación hasta el ridículo de su fervor por Falange” y luego, ante el ocaso de las potencias del Eje, se habían apresurado a quitarse la camisa azul. El Partido admitía el silencio guardado durante unos años y su culpabilidad en las deserciones sufridas: “se nos han colado muchos tibios, con bastante de traidores, muchos satélites de la componenda y, en suma, muchos practicantes del fraude”. Al mismo tiempo, reclamaba su protagonismo en la vida política de España en base a dos razones fundamentales. De un lado, por su actuación durante la “Cruzada”, al haber sido sus “camaradas” los que mayor cantidad de sangre habían vertido por la “salvación de España”. De otro, por su fidelidad permanente al Caudillo, tanto en los tiempos de guerra y auge falangista, como en los de “silencio abnegado y trabajo ininterrumpido” generados por el declive de los fascismos. La decisión de Franco de mantener a Falange

¹⁰⁷ MARÍN I CORBERA, Martí. *Els ajuntaments...* Op. Cit., pp. 202-204; RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. “La vieja savia del régimen. Cultura y práctica política de Falange” en MATEOS, Abdón (ed.). *La España de los cincuenta...* Op. Cit., p. 282. BARDAVIO, Joaquín. *La estructura del poder en España*, Madrid, Ibérico Europa de Ediciones, 1969.

con vida hizo que ésta pudiera, a partir de este momento, interpretar cualquier crítica al Partido como un ataque a la “comunidad nacional” constituida por los “caídos” en la “Cruzada” o como una ofensa hacia el “Caudillo”, porque, en palabras de Fernández-Cuesta, “Falange con su Jefe Nacional y su Jefe Nacional con la Falange forman un todo en el cual no caben fisuras ni hay posibilidades de divergencias”.¹⁰⁸

El jefe provincial del Partido en Granada, Servando Fernández-Victorio, evidenciaba el estado de entusiasmo que se había apoderado de muchos “camaradas” granadinos. “La pesadilla inminente de la restauración monárquica” había desaparecido y Falange debía disponerse a realizar “una política de realidades y no de palabras, en la que no creen ya”. Era el momento de dar cuenta de que Falange, pese a los pronósticos de muchos, seguía conservando un enorme poder. Camisas azules, brazos en alto y algunos componentes de la estética fascista volvían a las calles granadinas en la conmemoración del 18 de julio de 1949. Falange calificaba la celebración de “éxito político” y no dudaba en lanzar un ataque contra los “enemigos de dentro y de fuera” que habían deseado su desaparición.¹⁰⁹ Y éstos seguían representados en Granada por la figura del alcalde, Antonio Gallego Burín. El 5 de agosto de ese mismo año, Fernando Estella Doval, subjefe provincial del Movimiento, informaba a la Delegación Nacional de Provincias de que la brillantez de los actos realizados se había visto empañada por el “antifalangismo y deslealtad al régimen” exhibidos por el alcalde. En concreto, se le acusaba de que durante la interpretación del “Cara al Sol” y, mientras “hasta el más humilde de los asistentes saludaban brazo en alto”, él había permanecido “de brazos cruzados y, sin duda alguna, muerto de risa por dentro”.¹¹⁰ El informe realizado por Estella evidenciaba hasta qué punto el Partido había ligado su supervivencia a la del régimen, de manera que cualquier concepción de la nación diferente a la falangista, por muy franquista que esta fuera, era considerada como una traición a los “caídos” y al Jefe de Estado.

Además, la actitud de Franco fue animando a muchos sectores de Falange a creer que una España más acorde con su modelo de nación era posible. La recuperación de esferas de poder e influencia se vio complementada por una intensa política de gestos

¹⁰⁸ Los entrecomillados en: FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo. *La Falange ante el momento político actual*. Murcia, Jefatura Provincial del Movimiento, 1949, pp. 7 y 14-17; id. *Intemperie, victoria y servicio*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1951, pp. 368-369; *Patria*, 14-4-1948 y 21-10-1948.

¹⁰⁹ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20753, “Parte mensual de actividades provinciales”, marzo de 1949; la conmemoración en *Ideal y Patria*, 19-7-1949 y 21-7-1949.

¹¹⁰ AGA, Presidencia, Secretaría Política, Caja 51/18994, “Informe sobre los actos celebrados con motivo del aniversario del Alzamiento Nacional”, 5-8-1949.

hacia el Partido que sembraban la inquietud entre los sectores nacionalcatólicos del Estado. El delegado de Prensa y Propaganda en Granada, José León Arcas, manifestaba en 1950 cómo el hecho de que Franco hubiera “asistido a los tradicionales funerales por José Antonio, vistiendo el uniforme de la Falange”, había sido una circunstancia “elogiosamente comentada” entre los granadinos. Es más, en su informe afirmaba que “incluso entre quienes, genéricamente, cabe calificar de no afectos a FET, se ha estimado que es una clara muestra de la Independencia del Generalísimo, frente a posibles presiones internacionales”.¹¹¹ Al margen de que el entusiasmo del informante fuera excesivo, no resulta descabellado pensar que algunos sectores de la población pudieran sentirse satisfechos de que el “Caudillo” hubiera decidido vestir el atuendo falangista como una prueba de que era España la que siempre había tenido razón ante la “incomprensión” de las potencias extranjeras. Al fin y al cabo, Falange era parte integrante del franquismo y atacarla era también atentar contra el régimen y contra la legitimidad de la Guerra Civil con la que estaba íntimamente identificada.

Por más que sus símbolos externos volvieran a la luz y que el respaldo de Franco fuera inquebrantable, Falange era consciente de que la revitalización debía ir más allá de la esfera pública y afectar a las entrañas del Partido. Era necesario, en primer lugar, conocer de primera mano el estado del mismo en las provincias, a fin de pulsar su capacidad proselitista. A este fin, en febrero de 1949, el delegado nacional de Provincias, Tomás Romojaro, elaboró un informe sobre la situación de Falange en el conjunto de la nación. En él, detectaba “la atonía y malestar interno existente en la Organización” y una “falta de consignas por parte de la Superioridad”, pero también que dicha atonía se estaba “tornando en ansiedad” y que, en algunas provincias, los jefes provinciales habían “sabido mantener el fuego sagrado aún en tiempos difíciles”.¹¹² En un panorama internacional menos asfixiante para el régimen, Falange contaba con el viento a favor para poner en práctica una política aperturista que permitiese la ampliación de las bases del Partido y la captación de las primeras generaciones formadas íntegramente bajo la dictadura. En las sesiones del II Consejo Nacional de jefes provinciales celebrado a mediados de 1949, se trató de mostrar que se estaba llevando a cabo una paulatina “democratización” de la organización, relajando la

¹¹¹ AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2367, “Parte mensual sobre actividades provinciales”, noviembre de 1950.

¹¹² AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20779, “Informe general sobre la situación de la Falange en las provincias”, febrero de 1949.

censura sobre la prensa y “abriendo las puertas” del Movimiento.¹¹³ A este fin respondió también la participación de Falange en la “democracia orgánica” de la dictadura. Por supuesto, las ficticias elecciones convocadas por el franquismo contribuían a consolidar un régimen más corporativo, beneficioso para los intereses de los grupos dominantes y abrían una oportunidad política para que Falange fortaleciese su presencia en los Ayuntamientos y Diputaciones. Pero también era una oportunidad para promocionar una “democracia falangista, bien entendida”, antítesis de la ensayada durante la II República y fomentar el aperturismo de Falange a la sociedad, acercándose a las provincias.¹¹⁴ Un instrumento más, en fin, con el que medirse a otros sectores del régimen más reacios a los procedimientos electorales y, sobre todo, menos beneficiados que el partido en estas convocatorias.

Paralelamente, había que rearmar ideológicamente al Partido para llenar de contenido la política falangista en esta nueva etapa y dotarlo de la savia nueva que le permitiera “ampliar su zona de convencidos en las provincias”. Para lograr lo primero, fue creado el Seminario Central de Política que tendría sus respectivas ramificaciones en las provincias. Para entonces, ya habían sido creados en Granada los seminarios de estudios políticos, sociales y económicos que, coordinados por el delegado de Educación Popular, Victoriano Colodrón, tenían el objetivo de reactivar la doctrina nacionalsindicalista entre los afiliados.¹¹⁵ En cuanto al objetivo de revitalizar el Partido, el jefe provincial de Granada, Servando Fernández-Victorio, estimó que la Falange provincial necesitaba una profunda renovación. Ya a finales de 1949, aunque se había mostrado confiado de que el nombramiento de Fernández-Cuesta daría nuevos bríos a la organización granadina, había percibido un “decaimiento de espíritu” entre los “camaradas”. Por ello, el año siguiente, apostó por una notable remodelación de la Falange granadina, apoyándose en hombres que, en su mayor parte, no habían ocupado

¹¹³ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20759, “Tema de la Ponencia 11”, 12-7-1949; REGUERA SEVILLA, Joaquín. *Formación política de la Falange y labor proselitista*. Madrid, Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, 1949 *Patria*, 12-5-1949.

¹¹⁴ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. *Historia de Falange... Op. Cit.*, p. 480.; MORENO FONSERET, Roque. “Las consultas populares franquistas: la ficción plebiscitaria” en id, y SEVILLANO CALERO, Francisco (eds.). *El franquismo: visiones y balances*. Murcia, Universidad de Alicante, 1999, pp. 52 y ss; MARÍN I CORBERA, Martí. *Els ajuntaments.. Op. Cit.*, pp. 206-208; la pertenece a Fernández-Cuesta: *Patria*, 21-10-1949.

¹¹⁵ La creación y composición de los seminarios en: AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20722, “Tema de la Ponencia 5” 6-7-1949; *Patria*, 12-5-1949.

cargos relevantes en el seno de la organización.¹¹⁶ A estos cambios habríamos de sumarle dos salidas enormemente beneficiosas para los intereses del Partido: la de Antonio Gallego Burín que, tras trece años de mandato, dejaba la Alcaldía de Granada en 1951 para hacerse cargo de la Dirección General de Bellas Artes; y la de Antonio Marín Ocete, que ese mismo año abandonaba el Rectorado de la Universidad.

Alcanzados los primeros objetivos, a inicios de los cincuenta, Falange se encontraba más viva que nunca. La remodelación ministerial de 1951 incrementó la fuerza del Partido en el Gobierno, gracias a la continuidad de Blas Pérez y José Antonio Girón –en Interior y Trabajo respectivamente– y los nombramientos de Cavestany –Agricultura– y Raimundo Fernández-Cuesta, al recuperar la Secretaría General del Movimiento rango ministerial. A su vez, las organizaciones de encuadramiento controladas por falangistas experimentaron una considerable revitalización que se tradujo en un aumento tanto de sus afiliados como de sus actividades públicas. No es de extrañar que la diplomacia británica tuviera que reconocer entonces que “probablemente habían subestimado el poder de Falange”.¹¹⁷ Además, Franco seguía contribuyendo con sus gestos a elevar los ánimos de los falangistas. En su visita a Granada en octubre de 1952, afirmó ante una multitud de trabajadores que “Falange es necesaria en la vida de España y tiene los brazos abiertos a toda España”, confirmando con ello no sólo que no estaba dispuesto a prescindir de ella, sino que compartía la preocupación por la ampliación de sus bases sociales.¹¹⁸

Con tales pretensiones, el choque entre las dos culturas políticas oficiales estaba garantizado. No le faltaba razón a José Antonio Girón cuando aseguraba que “durante la década de los cincuenta iba a decidirse el futuro de España”. Porque, en efecto, fue a lo largo de estos años cuando se libró la más importante batalla cultural de toda la época franquista.¹¹⁹ Una batalla que, sin embargo, fue más allá del campo de la cultura, porque lo que realmente estaba en juego era la cantidad de falangismo y de catolicismo con los

¹¹⁶ AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20779, “Informe sobre la situación de la Falange de Granada”, 26-11-1949; AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/237, “Parte mensual de actividades provinciales”, noviembre de 1950.

¹¹⁷ MORADIELLOS, Enrique. *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*. Madrid, Síntesis, 200, p. 110; SÁEZ MARÍN, Juan. *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de postguerra (1937-1960)*. Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 463-464; RUIZ-CARNICER, Miguel Ángel. *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 245 y ss.; las impresiones del embajador británico en PRO, FO 498/6, 4-11-1952.

¹¹⁸ Véase *Patria*, 14-10-1952 y 29-10-1952.

¹¹⁹ GIRÓN DE VELASCO, José Antonio. *Si la memoria... Op. Cit.*, p. 148; SAZ CAMPOS, Ismael. “Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados”, *Ayer*, 68, 2007, pp. 145-146.

que contaría el régimen de Franco y el poder de unos y otros en las instituciones. Se trataba de una lucha establecida sobre bases similares a las de principios de los cuarenta, con los mismos contendientes en liza y argumentos relativamente parecidos, pero con algunas diferencias no menos importantes. Podríamos decir que se libraba la misma batalla pero con un nuevo armamento, que se creía más adaptado a la realidad de la España del momento y más útil para la realización de sus proyectos nacionales.¹²⁰ Los defensores de una nación católica y tradicional seguían inspirándose en la doctrina de Menéndez Pelayo y en las ideas de *Acción Española*, pero ahora veían atemorizados que un exceso de aperturismo por parte del régimen permitiese la entrada de aquellos a quien se había derrotado en la “Cruzada” y por tanto hicieran estéril la sangre derramada desde el 18 de julio de 1936. Por su parte, los falangistas propugnaban un concepto de nación “más dinámico”, al entender que el “problema de España” no había quedado resuelto y que era necesaria una política nacional “integradora” y “abierta” que permitiese la incorporación de algunos elementos vencidos a la realidad española. En absoluto renunciaban al legado del 18 de julio o a la centralidad del catolicismo en la nación, pero algunos de sus integrantes pensaban que era posible recuperar lo bueno de entre los pertenecientes a otra España.¹²¹

El enfrentamiento entre estas dos concepciones de España tuvo su episodio más conocido en la polémica mantenida entre el intelectual falangista Pedro Laín Entralgo y su obra *España como problema* y el católico integrista del Opus Dei, Rafael Calvo Serer y su libro *España sin problema*. El primero se valdría de la colaboración de otros viejos “camaradas” como Dionisio Ridruejo o Antonio Tovar y del talante receptivo del ministro Ruiz-Giménez, para promocionar un falangismo con visos liberales a través del diario *Arriba* o publicaciones como *La Hora* o *Cuadernos Hispanoamericanos*. Mientras el segundo, junto con Florentino Pérez-Embid, se convertía en el máximo exponente del catolicismo integrista que, desde las páginas de *Arbor* y los despachos del CSIC, cargaba las tintas contra los “oportunistas revolucionarios y los

¹²⁰ La nación como espacio de lucha en: FOX, John E. y MILLER-IDRISS, Cynthia. “Everyday ...”, *Op. Cit.*, p. 536; la adaptabilidad de los discursos de nación en; FUERTES MUÑOZ, Carlos. “La *nación vivida...*”, *Op. Cit.*, pp. 281-286.

¹²¹ Para el análisis de ambos proyectos nacionales véase: FERRARY, Álvaro. *El franquismo: minorías políticas...* *Op. Cit.*, pp. 298-299 y 308 y ss.; PRADES PLAZA, Sara. “Escribir la historia para definir la nación: la historia de España en *Arbor*, 1944-1956, *Ayer*, 66, 2007, pp.177-200; SAZ CAMPOS, Ismael. *España contra España...* *Op. Cit.*, pp. 380-383; GRACIA, Jordi. *Crónica de una deserción Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1960)*, Barcelona, PPU, 1991; y JULIÁ, Santos. *Historia de las dos Españas*. Madrid, Taurus, 2004, pp. 366-376.

democratacristianos complacientes” que se les oponían.¹²² Pero estas polémicas libradas en las altas esferas culturales del Estado, llegaron también a algunas provincias donde, gracias a los periódicos y revistas locales, un mayor número de ciudadanos pudo conocer y juzgar las propuestas ofrecidas por ambos proyectos de nación.¹²³ Las diferentes interpretaciones del “problema de España” no sólo tuvieron cabida en los periódicos granadinos *Ideal* y *Patria*, sino en las nuevas revistas que trataron de romper la lánguida vida universitaria. *Diálogo* y *Clave* se convirtieron de este modo en soplos de aire fresco que, a pesar de su efímera vida y de su evidente limitación temática abordaron una amplia gama de temas que despertaron el interés de algunos núcleos estudiantiles.

Las páginas de *Ideal* y *Diálogo* recogieron toda la ideología del proyecto nacionalcatólico de España. Los “católicos” granadinos apelaban en sus escritos a un “retorno a lo antiguo y tradicional”, atacando la “deshuesada inquietud, protesta amarga y nostalgia” de los hombres del 98 y ensalzando el “reencuentro de García Morente con la única España posible” que, a su juicio, sería el espejo en el que la juventud debían mirarse para volverse “un poco más escolástica” y “hacerse conservadora”.¹²⁴ Frente a ellos, los falangistas se mostraron mucho más beligerantes en la defensa de su interpretación de España. Desde el falangismo granadino se apostaba por el “patriotismo anárquico de José Antonio”, frente al “patriotismo estático” propuesto por Calvo Serer. Al mismo tiempo, criticaban la “inadecuación actual” de la “interpretación menendezpelayista de la Historia” por tratar de “mutilar la historia de España” y se criticaba al “reaccionarismo torpe y suicida” por negar “la existencia de necesidades nuevas”. En la línea del “falangismo integrador” postulado por Laín, no comprendían cómo “por razones religiosas” podía negarse el españolismo de hombres –Ortega y Gasset y Unamuno entre otros– “de cuya raigambre nacional sería criminal dudar”. Finalmente, siguiendo las palabras de Ridruejo, los “comprensivos” agrupados en torno

¹²² LAÍN ENTRALGO, Pedro. *España como problema*. Madrid, Aguilar, 1956 [1949]; y CALVO SERER, Rafael. *España sin problema*. Madrid, Rialp, 1952; sobre el “problema de España” véase RAJA I VICH, Antonio. *El problema de España bajo el primer franquismo, 1936-1956. El debate de Pedro Laín Entralgo y Rafael Calvo Serer*. Tesis Doctoral inédita, Barcelona, Universidad Pompeu Fabra, 2010; JULIÁ, Santos. *Historia de las dos Españas... Op. Cit.*, pp. 355-396; FERRARY, Álvaro. *El franquismo... Op. Cit.*, Capítulo IV; y SAZ, Ismael. *España contra España... Op. Cit.*

¹²³ Es en el ámbito de lo local donde los individuos transforman la nación en una experiencia cotidiana. CONFINO, Alon. *The nationl as a local metaphor*. Chapter Hill, University of North Carolina Press, 1997, p. XII; y CONFINO, Alon y SKARIA, Ajay. “The Local Life of Nationhood”, *National identities*, 4:1, 2002, pp. 8-10.

¹²⁴ Los entrecomillados en: *Diálogo*, 2-5-1953; *Ideal*, 1 y 21-2-1953. véase también FERRARY, Álvaro. *El franquismo... Op. Cit.*, p. 349.

a *Clave* atacaban a los “trasnochadores sectores” que guiaban a España “por el camino de la estrechez y de la exclusión” al condenar el pensamiento de Maritain y, sin embargo, defender las doctrinas de Charles Maurras.¹²⁵

Pese a que los falangistas creían que las luchas ideológicas eran útiles para la definición de lo que debía ser España, eran conscientes de que la mente de la mayoría de los españoles estaba puesta en otras cuestiones. El interés por las preocupaciones cotidianas de los ciudadanos podía convertirse en la mejor vía para propiciar un acercamiento social al Partido y una identificación con su idea de nación. Para ello, las jerarquías provinciales granadinas pretendían relacionar “los claros conceptos políticos” de la doctrina joseantoniana con una mayor atención a “las reivindicaciones de los pueblos”. Al respecto, resultaron muy útiles las asambleas comarcales celebradas durante el año 1953 en la provincia, como preparación del I Congreso Nacional de FET de las JONS, donde Falange sabía que podía obtener mayor visibilidad y acercar a los ciudadanos su proyecto de nación. Durante ellas, las comisiones encargadas de las reuniones se valieron de la apelación a “mitos locales”, como la “heroica defensa” de Órgiva contra los “rojos” o el papel de Santa Fe en el “inicio de la grandeza de España” tras la firma de las Capitulaciones.¹²⁶ Simultáneamente, conscientes de que todavía había muchas familias que convivían diariamente con la miseria, los falangistas decidieron reforzar el campo de la “justicia social”. Sin embargo, no iba a resultar sencillo para Falange recuperar la confianza del pueblo en su capacidad para elevar los niveles de vida de los ciudadanos. A finales de los cuarenta, el Partido estaba marcado con el estigma de la miseria, el hambre, la corrupción y la desastrosa política de abastecimientos de la posguerra de la que, en opinión de una mayoría de los españoles, había sido el principal responsable.¹²⁷

De todos modos, Falange percibió rápidamente –al igual que los sectores “católicos”– que la atención a la “cuestión social” podía ayudarle a recabar nuevos apoyos sociales. El campo de la caridad era un nuevo escenario donde combatir con los nacionalcatólicos por imponer sus proyectos nacionales. Para ello, rescataron la vieja

¹²⁵ Las citas en: *Patria*, 5-6-1952 y 21-11-1952; *Clave* 1-2-1952; Véanse también las reflexiones de SAZ, Ismael. “Falangistas y católicos reaccionarios: una batalla político-cultural decisiva”, en MATEOS, Abdón (ed.). *La España de los cincuenta... Op. Cit.*, pp. 237-249; y HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. “‘Primavera azul’. Revitalización falangista y lucha por la nación en el marco local, 1948-1953”, *Historia del Presente*, 19, 2012, pp. 131-142.

FERRARY, Álvaro. *El franquismo... Op. Cit.*, pp. 304-306;

¹²⁶ *Patria*, 21-4-1953 y 6-5-1953.

¹²⁷ Las acusaciones a Falange en: MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. “El malestar...”, *Op. Cit.*; la pervivencia de esa imagen en: SÁEZ MARÍN, Juan. *El Frente de Juventudes... Op. Cit.*, p. 230.

retórica agrarista que habían utilizado en la Guerra Civil. La construcción de viviendas obreras y campesinas, la inauguración de infraestructuras para el riego de los campos y, en general, la atención a las necesidades de las zonas rurales fueron la vía utilizada por Falange para mostrar que sus promesas –al contrario que las de los partidos políticos de la II República– se traducían en realidades. “No vengo a pedir votos ni a prodigar promesas que no se cumplen, sino a conocer los problemas que os acucian y a tratar de resolverlos”, afirmaba el jefe provincial de Granada, Fernández-Victorio, al entregar unas viviendas en 1949 en el pueblo de Cogollos Vega.¹²⁸ La mayor prueba de este “giro social” de Falange en Granada fue la constitución del Patronato de Santa Adela en 1948. La nueva institución contó con el respaldo económico del Instituto Nacional de la Vivienda y de la Comisaría del Paro y con la ayuda de los ayuntamientos y Hermandades de Labradores de la provincia. Sus primeras acciones se centraron en el ámbito rural, con el fin no solo de reducir el déficit de viviendas existentes sino de emplear mano de obra en la construcción de las mismas, evitando el paro estacional agrícola en la provincia. Hacia 1954, la labor constructora del Patronato se cifraba en 1.296 viviendas de renta limitada, 31 centros de higiene rural, 23 escuelas y 45 construcciones diversas como almacenes, mercados o capillas, convirtiéndose en el organismo provincial que mayores realizaciones había llevado a cabo. Parecía justificado por tanto, el entusiasmo de los falangistas por la obra realizada y más aún cuando percibían un “sincero agradecimiento” entre los beneficiados, clases humildes en su mayoría entre las que creían que aún podía calar su mensaje.¹²⁹

No obstante, las actuaciones del Patronato que mayor eco alcanzaron tuvieron lugar en la ciudad. En primer lugar, la institución benéfica presidida por el Gobernador Civil abordó la construcción de 300 viviendas en Haza Grande como solución a las “condiciones infrahumanas” en que vivían las familias moradoras de las cuevas del Barranco de la Zorra en las afueras de la ciudad. “El barro (de vuestras cuevas) nos alcanzaba a todos” le aseguraba Servando Fernández-Victorio a las trescientas familias beneficiarias el 18 de julio de 1952. Nada mejor que refrendarlo con la presencia del Caudillo en la barriada unos meses después, para que Falange y Franco recibieran el

¹²⁸ Véase: GÓMEZ BENITO, Cristóbal. *Políticos, burócratas y expertos. Un estudio de la política agraria y la sociología rural en España (1936-1959)*. Madrid, Siglo XXI, 1995; GARCÍA RAMOS, Domingo. “El canto del cisne. La Falange palentina en los cincuenta”, *Actas del VII Encuentro de Investigadores del franquismo*. Santiago de Compostela, USC, 2011, cd-rom; Ejemplos en: *Patria*, 11-10-1949 y 25-7-1953.

¹²⁹ Sobre el Patronato de Santa Adela: *Patria*, 24-1-1948 y 26-4-1952; *Ideal*, 1-10-1954; Granada *Gráfica*, mayo-junio de 1955; las percepciones de los falangistas granadinos en AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20755: “Nota de las actividades sociopolíticas en la provincia”, octubre de 1949.

agradecimiento de los humildes tras la entrega de sus casas. “Tengo poco ajuar, pero el retrato de Franco no faltará en mi casa”, afirmaba una mujer emocionada por su nueva vivienda.¹³⁰ De mayor relevancia resultó la construcción de la “Barriada del Generalísimo Franco” en la zona del Zaidín. La inauguración de la primera fase en julio de 1954, a cargo de Carmen Polo, pretendió alojar a las familias de las cuevas granadinas damnificadas por las riadas de 1953, pero también hubo un porcentaje de viviendas –el grupo “Comandante Valdés” construido por la Obra Sindical del Hogar– destinadas a mutilados de guerra y funcionarios del régimen. Sin embargo, ante los dañinos terremotos de 1956 en la provincia, hubo de acelerarse la construcción de nuevas viviendas en la barriada y obligaron al Patronato a prolongar su labor durante toda la década de los sesenta. La desesperada situación de muchas familias provocó que fueran más de 7.000 las demandas de hogares, mientras que la Jefatura Provincial parecía más preocupada de hacer del mapa urbano un espacio de socialización falangista de una población básicamente obrera, al situar en el corazón del mismo los hogares del Frente de Juventudes y de la Sección Femenina.¹³¹

Quedaba claro que, por encima de todo, lo que verdaderamente estaba en juego era la conquista de la calle y la socialización de los españoles. Y Falange encontró su oportunidad con la organización del I Congreso Nacional en octubre de 1953, con motivo de los veinte años de vida del Partido. El entusiasmo falangista quedó constatado por la demostración de fuerza exhibida en octubre de 1953 en Madrid. Los 200.000 camisas azules congregados en el Estadio de Chamartín trataron de poner de manifiesto que, en base a su fidelidad a la jefatura de Franco, Falange era un cauce “lo suficientemente ancho para que no quede fuera de él ningún sector valioso”. Pero había razones para pensar que las intenciones de los falangistas de convertirse en la única vía de captación de nuevos apoyos sociales no fructificarían. La magna concentración de Madrid no representaba a la Falange “aperturista” que propugnaban Ridruejo o Laín en sus escritos, sino a la del 18 de julio, la División Azul y los brazos en alto.¹³² Una cara

¹³⁰ El proyecto de las viviendas de Haza Grande en AMV, Proyecto 3599, “Viviendas ultrabaratadas en Haza Grande”, enero de 1952; la entrega de las casas y la visita de Franco en: *Patria*, 19-7-1952, 12-10-1952 y 14-10-1952.

¹³¹ El proyecto y las connotaciones políticas del mismo en: AMV, Proyecto 3599 “Construcción de la Barriada del Generalísimo Franco”, octubre de 1956 y Proyecto 5212 “Construcción del segundo grupo de viviendas de renta limitada de Santa Adela”, 1-7-1957; véase también FERNÁNDEZ, Gloria. *Nueva Granada. Destrozo de un paisaje*. Granada, Caja de Ahorros, 1999, pp. 275-277; y ISAC MARTÍNEZ DE CARVAJAL, Ángel. *Crecimiento urbano y arquitectura contemporánea en Granada*. Granada, Universidad, 2009, pp. 63-66.

¹³² AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20783. “Conclusiones a la Asamblea provincial de Granada”, 1953. Sobre el Congreso: ELLWOOD, Shelagh. *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1953*,

amarga que siempre había formado parte de su esencia, pero que había permanecido aletargada por el obligado silencio y parcialmente ensombrecida por la “cara amable” de la “integración” de lo útil de la otra España. Además, el Congreso se producía cuando aún estaba fresca la tinta de los acuerdos con los Estados Unidos y, especialmente, de los pactos con la Santa Sede. El dictador había dejado sumamente claro que no se desprendería del Partido, pero también que no se desharía de los sectores “católicos” que tanto prestigio internacional le estaban reportando. Prescindir de alguna de los grupos políticos que lo sustentaban, hubiera supuesto desvirtuar la naturaleza del franquismo y Franco sabía que las pugnas entre ambas eran asumibles si no se traspasaban ciertos límites.

De esta forma, la primavera falangista iniciada a finales de los cuarenta se fue apagando lentamente tras la celebración del Congreso. El Partido, por supuesto, no renunció a su vertiente “social”, apoyándose especialmente en las subidas salariales de Girón y en el crecientemente politizado sindicalismo vertical dirigido por José Solís. Junto a ello, algunos sectores del falangismo “liberal” siguieron capitaneando iniciativas destinadas a “abrir” el Partido y el régimen a nuevos sectores sociales, aunque excesivamente encerradas en determinados círculos culturales. Igualmente, continuaron celebrándose anualmente las reuniones comarcales con el fin de dar las consignas necesarias a los jefes locales e intensificar la presencia falangista en las provincias. Al mismo tiempo, Falange siguió colaborando activamente en el funcionamiento de la “democracia orgánica” del régimen. Las ficticias elecciones del régimen no solo seguían siendo útiles para consolidar un sistema corporativo acorde con los intereses de los grupos dominantes e ir copando los Ayuntamientos y diputaciones con “camisas azules”, sino también para denigrar la “falsa democracia” republicana y abrir cauces para la participación política de muchos.¹³³

Aunque Falange no consiguiera las cotas de poder deseadas, siguió siendo útil para la estabilidad de la dictadura. El Partido seguía siendo un instrumento útil para

Barcelona, Crítica, 1984, pp. 164 y ss. y AMAEI, *Affari Politici 1950-1957*, Legajo 246, 5-11-1953; el entrecomillado en: FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo. *Continuidad falangista al servicio de España*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1953, pp. 40 y ss.; los límites en RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. “La vieja savia...”, *Op. Cit.*, p. 286.

¹³³ La continuidad del enfoque “social” en: TNA, FO, 498/10, 27-1-1956; y AMAYA QUER, Álex. *El ‘acelerón sindicalista’: discurso social, imagen y realidad del aparato de propaganda de la Organización Sindical Española, 1957-1969*. Tesis doctoral inédita, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 111-132; las actividades aperturistas en: GRACIA, Jordi. *La resistencia silenciosa*. Barcelona, Anagrama, 2004; las asambleas en: *Patria*, 3-6-1954 y 19-11-1955. La participación en la “democracia orgánica” franquista en: MORENO FONSERET, Roque. “Las consultas populares...” *Op. Cit.*, pp. 52 y ss; y MARÍN I CORBERA, Martí. *Els ajuntaments.. Op. Cit.*, pp. 206-208.

canalizar las adhesiones, controlar a la población a nivel local o demostrar que el régimen era lo suficientemente flexible para que bajo él cupieran sectores muy diversos. Pero, pese a todo, la capacidad falangista para captar nuevos apoyos sociales encontró claras limitaciones y no solo por la fortaleza de la Iglesia y las organizaciones de signo católico. También por el rechazo de la población a hacer uso de los cauces que el Partido le ofrecía para su participación. Las propias elecciones municipales, que tan controladas estaban por Falange, despertaron un interés cada vez menor entre los ciudadanos. La actitud de la mayoría de los granadinos se limitaba a ironizar sobre el hecho de que los resultados estuvieran “previstos de antemano” y a permanecer pasivos ante su celebración. Por mucho que Falange y el régimen subrayaran la “apoliticidad” y el carácter “meramente administrativo” de la convocatoria, era previsible el comportamiento de los españoles, cuando no hace tanto años se habían roto urnas a golpes en algunas plazas españolas.¹³⁴ En segundo, lugar, las polémicas entre “excluyentes y comprensivos”, incluso reflejadas en las revistas universitarias granadinas, quedaban muy alejadas no ya del conjunto de la población, sino de la mayor parte de los estudiantes. Aunque desde *Patria* se lamentaran de que “la discrepancia justificada por Calvo y Laín no alcanzara el eco popular y político que merecía”, era normal que así fuera, entre otras cosas, porque los ciudadanos veían que falangistas y nacionalcatólicos estaban de acuerdo en las cuestiones esenciales. Y, finalmente, la atracción por Falange se vio especialmente mitigada porque la cara que más aterrizzaba a la mayor parte de los españoles, la de la guerra, seguía muy presente en la organización. Al defender de manera exclusivista que el falangismo era “la única solución para España”, el jefe provincial de Granada, coincidía con el Secretario Nacional del Movimiento, en su idea de “ir a un nuevo 18 de Julio”, si alguien se oponía a la “revolución azul”, algo que había “desagradado entre la población granadina”. La mera posibilidad de repetir una guerra fue motivo suficiente para minar la capacidad proselitista de Falange.¹³⁵

¹³⁴ Véase AMAEI, Affari politici 1946-1950, Legajo 11, 17-12-1948; AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20804, “Informe sobre las elecciones municipales en Granada”, 2-1-1955.

¹³⁵ La crítica en *Patria*, 16-9-1951; .Algunas afirmaciones belicistas de Falange en: *Patria*, 2-6-1954 y 5-6-1954; el rechazo ciudadano en AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2370, “Parte de asuntos provinciales”, mayo de 1951.

5. ¿Abriendo las puertas a los enemigos?: cultura y nuevas generaciones en el franquismo de los cincuenta

La desafortunada definición de década-bisagra para los años cincuenta no solo queda expuesta por el hecho de que la batalla entablada entre Falange y el catolicismo-traditionalista por moldear una España acorde con su concepto de nación alcanzara su cénit en este decenio, sino por otros dos fenómenos de gran relevancia. En primer lugar, porque fue durante los cincuenta cuando las dos culturas políticas integrantes del régimen franquista vieron surgir en su seno “herejías” que sobrepasaron –en mayor o menor grado– los límites de lo que “católicos” y falangistas podían tolerar. Y, en segundo lugar, porque, también en esta década, llegaron a la mayoría de edad las primeras generaciones que, por su edad, no habían tenido la posibilidad de combatir en la guerra y, más adelante, los primeros hombres y mujeres que no habían ni tan siquiera vivido la contienda. Estas generaciones, que han sido denominadas como de los “hermanos menores” y de los “hijos”, inauguraron un tremendo desafío para el franquismo.¹³⁶ El régimen siempre había sido consciente de que, con el paso de los años, esta situación de produciría y, en base a ello, había desarrollado desde la conclusión de la guerra, una intensa labor de socialización política y religiosa para formar españoles acordes con los “principios nacionales”. Sin embargo, esta ingente tarea, si bien había conseguido “crear españoles”, no ocultaba que, al igual que había sucedido en el plano internacional o en el económico, si el franquismo quería seguir en pie durante muchos años, debía adaptarse a la nueva realidad. Ese proceso de adaptación y sus límites, los cambios introducidos y las continuidades, las variaciones y permanencias en discursos y prácticas y el surgimiento de vías renovadas y desviaciones marcaron la década de los cincuenta.

Respecto al surgimiento de desviaciones tanto entre los sectores del catolicismo tradicionalista como de Falange, hay que advertir que –en la mayoría de los casos y durante la década de los cincuenta– no supusieron una ruptura con la interpretación franquista de la Guerra Civil y los puntos de conexión que unían a ambas culturas políticas. Pero, el simple hecho de que algunos grupos fueran “más allá” de lo que la mayoría estaban dispuestos, obligó al franquismo a dar una respuesta y, en muchos

¹³⁶ Sobre las diferentes generaciones durante el franquismo véase CUESTA, Josefina. “‘Las capas de la memoria’: contemporaneidad, sucesión y transmisión generacionales en España (1931-2006)”, *Hispania Nova*, 7, 2007; y JULIÁ, Santos. “Echar al olvido: Memoria y amnistía en la Transición”, *Claves de la razón práctica*, 129, 2003, pp. 14-24.

casos, puso al descubierto “grietas” de futuros problemas del régimen. Pese a la fortaleza que durante todo el decenio conservó el proyecto nacionalcatólico, el enfoque social adoptado por parte de algunos sectores de la Iglesia o las peticiones de libertad de prensa abrían campos para el enfrentamiento directo con el régimen. Por más que estos conflictos quedaran solucionados y la unidad de criterios entre Iglesia y dictadura siguiera intacta, su mero planteamiento dio rienda suelta al surgimiento de posturas divergentes dentro del catolicismo español. Algunos jóvenes ingresados en los seminarios empezaron a desarrollar nuevas actitudes ante el mundo que le rodeaba, percatándose de la necesidad de un reparto más justo de la riqueza y de la opresión de los poderosos sufrida por gran parte del pueblo. A finales de los cincuenta, estos sacerdotes empezaron a hacerse cargo de parroquias en los pequeños pueblos de la geografía nacional y a combinar las enseñanzas religiosas con ideas de corte social que diferían de las de sus superiores.¹³⁷

Junto con ellos, desde 1946, venía funcionando la HOAC, con el objetivo de recatolizar sectores hasta ese momento olvidados y de conquistar a la masa obrera para que en el futuro pudiera servir de base para un hipotético partido católico. Sin embargo, fue su interés creciente por la mejora económica y social del pueblo español y sus censuras hacia algunas medidas tomadas por la dictadura en este campo, lo que empezó a despertar los recelos tanto de los sectores falangistas –que veían en ellos un sindicato paralelo al vertical– como de los propios “católicos” que no compartían su actitud crítica. Aunque la HOAC se defendió de quienes le consideraban un “caballo de Troya” beneficiado por la protección de la Iglesia, el apoyo a iniciativas que suponían un desvío al discurso oficial –como la huelga de tranvías de 1951 en Barcelona– le costó enfrentamientos con las autoridades franquistas, traducidos en la suspensión del semanario *¡Tú!* o la separación forzosa de algunos de sus dirigentes. Pero no nos engañemos, la HOAC fue, hasta mediados de los cincuenta, una organización “triumfalista”, mucho más preocupada de la recatolización, el proselitismo y la caridad, que por demandar mayores libertades y criticar al régimen franquista.¹³⁸ Además, debemos tener en cuenta que su extensión en provincias como Granada resultó

¹³⁷ CORRALES, Xavier. *De la misa al tajo. La experiencia de los curas obreros*. Valencia, PUV, 2008; y QUITIÁN, Antonio et al. *Curas obreros en Granada... Op. Cit.*

¹³⁸ Los orígenes y conflictos de la HOAC con las autoridades en: LÓPEZ GARCÍA, Basilia. *Aproximación a la historia de la HOAC, 1946-1981*. Madrid, HOAC, 1995, pp. 27-29 y 49-60; la defensa de la organización en: *Ecclesia*, 528, agosto de 1951; sobre las características de la misma durante los años cincuenta: BERZAL DE LA ROSA, Enrique. “¿Un movimiento obrero controlado por el clero?”, *Ayeres en discusión. Actas del IX Congreso de la AHC*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, cd-rom.

meramente simbólica durante estos años y casi imperceptible entre la ciudadanía, frente a la imagen de poder que transmitía la Iglesia católica.

Mayor atención debemos prestar al campo falangista o, mejor dicho, a algunos de sus sectores. Ante el inmovilismo existente en la esfera política, fue la cultura la vía utilizada para la introducción de novedades en el interior régimen. Valerse de la literatura, del arte, del teatro o de las actividades desarrolladas en torno a universidades o entidades culturales parecía una manera mucho menos arriesgada que la política. En ello tuvo que ver mucho el clima cultural creado por el nombramiento del “católico integrador” Ruiz-Giménez como ministro de Educación Nacional y la sintonía existente entre éste y ciertos sectores del falangismo. Un clima más abierto que, además, se extendió a buena parte del territorio nacional. En efecto, la permisividad ofrecida por la Secretaría General del Movimiento y la cobertura dada por el Ministerio a las actividades de la intelectualidad falangista, fueron similares a las que el jefe provincial, Servando Fernández-Victorio, y el rector de la Universidad, Luis Sánchez Agesta, brindaron a los falangistas granadinos. En al ambiente universitario, las nuevas propuestas del jefe nacional del SEU, Jorge Jordana, fueron secundadas en Granada por el jefe del distrito en Granada, Alfonso Genovés Laguna; y los escritos de Laín, Tovar o Ridruejo en *Revista o Alcalá*, tuvieron su equivalencia en los del profesor de Filosofía Antonio Aróstegui o los del director teatral Victor Andrés Catena, en revistas como *Norma* o *Clave*.¹³⁹

La revitalización del Partido desde 1948 fue por tanto fundamental en este reverdecimiento experimentado en el campo de la cultura. Bajo la égida de Falange o con la colaboración activa de los falangistas se emprendieron actividades que suponían una relativa renovación de los postulados vigentes. Por ejemplo, la política de acercamiento a América Latina constituyó una primera oportunidad de dar acogida a esta intelectualidad más avanzada. Mientras a nivel nacional surgían organismos como el Instituto de Cultura Hispánica, se creaban revistas como *Cuadernos Hispanoamericanos* o se celebraba en 1952 la Bienal Hispanoamericana de Arte,¹⁴⁰ en Granada también se emprendieron iniciativas similares. En 1948 nacía la Asociación

¹³⁹ GRACIA, Jordi, *Estado y cultura. EL despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Barcelona, Anagrama, 2006; para el caso granadino. ARÓSTEGUI, Antonio. *La vanguardia cultural... Op. Cit.*

¹⁴⁰ Véase MARZO, José Luis. *Arte moderno y franquismo. Los orígenes conservadores de la vanguardia y de la política artística en España*, Fundación Espais, 2008; CABRERA GARCÍA, María Isabel. *Tradición y vanguardia en el pensamiento artístico español (1939-1959)*. Granada, Universidad de Granada, 1998, pp. 243 y ss.; DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo. *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*. Madrid, CSIC, 2002.

Cultural Iberoamericana (ACI), integrada por importantes figuras de la vida cultural granadina, como el profesor Antonio Aróstegui, el historiador del Arte Francisco Gil Tovar, el que fuera jefe provincial del SEU, Juan de Dios Fernández Molina, o el Secretario provincial del Partido, Manuel Domínguez Godoy. Hombres en su mayoría cercanos o vinculados directamente con Falange que, desde la ACI, llegaron a entablar contactos directos con el mundo obrero y a organizar conferencias sobre “teoría de la democracia”. Un lenguaje diferente que hizo saltar las alarmas en el interior del régimen y que obligó a la reconversión de la ACI en “Casa de América” en enero de 1951.¹⁴¹ Por supuesto, la creación de instituciones como éstas concordaba con la reorientación de las relaciones internacionales que estaba llevando a cabo la dictadura, pero también empezaban a mostrar que la cultura era el cauce de manifestación de nuevas inquietudes, pese al carácter restringido de sus actividades.

Pero el “renacimiento cultural” –en muchos casos bajo el paraguas de Falange – granadino fue mucho más amplio. En arte, las páginas culturales del diario *Patria* o las exposiciones realizadas en la propia Casa de América dieron entrada a la pintura y escultura vanguardista con autores Antonio Moscoso, Francisco Izquierdo o Manuel Rivera, tratando de superar el anquilosamiento de otras instituciones culturales de la ciudad –El Liceo o el Centro Artístico– y el de los propios granadinos. En teatro, el “aire fresco” del Teatro Universitario de Cámara (TUC) dirigido por Victor Andrés Catena rivalizó con el tono “más clásico” del Teatro Español Universitario (TEU) encabezado por José Martín Recuerda. Una dosis de innovación que acabó pagando el TUC con la suspensión de la representación de *La Celestina* en las fiestas del Corpus de 1955, por considerarse su interpretación poco adecuada. Mientras, Eugenio Martín fundó el un cine-club universitario ofreciendo a través de las películas exhibidas una riqueza cultural que pronto despertó las sospechas de las autoridades. En el campo literario, Victor Andrés Catena creó el “Aula Poética” en la Universidad de Granada y, bajo el lema “el corazón manda”, aparecieron nuevas publicaciones como *Caracol*, *Veleta* o *Don Alhambro*, título este último inspirado en la obra de García Lorca. Gente como José Carlos Gallardo, Elena Martín-Vivaldi, Rafael Guillén, Pilar Espín o José Ladrón de Guevara conformaron una nueva generación de autores que dieron vida al

¹⁴¹ Las actividades de la Asociación en: *Patria*, 25-2-1948 y 18-5-1948; ARÓSTEGUI, Antonio. *La vanguardia cultural... Op. Cit.*, pp. 113-132; la creación de la Casa de América en *Patria e Ideal*, 3-1-1951 y 4-1-1951.

grupo poético “Versos al aire libre” o realizaron en 1959 uno de los primeros actos públicos de homenaje a Antonio Machado en España.¹⁴²

Mención aparte merece el tema de Lorca. Como constató el escritor estadounidense Agustín Penón a mediados de los años cincuenta, el simple hecho de nombrar al poeta granadino generaba un ambiente incómodo y cambiaba las caras de los presentes. Pese a ello, los primeros homenajes a Lorca comenzaron a producirse en fechas muy tempranas. En 1946, la revista *Sendas*, dirigida por el poeta Julio Alfredo Egea, publicó un monográfico dedicado a la obra del poeta asesinado. Años más tarde, en marzo de 1950, se verificaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la capital, el primer homenaje público a García Lorca. El ciclo de conferencias organizado por estudiantes estuvo fuertemente vigilado por la policía y acabó con escándalo tras la última conferencia del estudiante Pascual González Guzmán sobre “La concepción lorquiana del amor”. Las referencias a Lorca se fueron haciendo cada vez más habituales en las revistas universitarias o culturales granadinas –como las de *Caracol* en 1950 o *Diálogo*, en 1953– y se combinaron con otras a Jorge Guillén, Antonio Machado o Unamuno. Referencias que, en fin, respondía a la retórica de “integrar” a la otra España, a la de los vencidos, y que iban en la línea de aquellas palabras de Fernández-Cuesta indicando que “poesía española son Lope, Góngora y Quevedo, pero también Guillén y Lorca”.¹⁴³

Como ha quedado puesto de manifiesto, la juventud era en buena parte responsable de la introducción de nuevas inquietudes en el régimen. Pero sus posibilidades de participación pública en el Estado franquista pasaban básicamente por las organizaciones de encuadramiento de Falange: Frente de Juventudes, Sección Femenina y Sindicato Español Universitario (SEU). De las tres, el SEU resultó ser la más pujante. Aunque el Frente de Juventudes demostró un aumento de sus afiliados en 1950 y que su programa de actividades deportivas y campamentos atraía a más gente, la

¹⁴² Sobre la pintura granadina véase: ARÓSTEGUI, Antonio. *Panorama actual de la pintura granadina*. Ceuta, Instituto Nacional de Enseñanza Media, 1962. Sobre el teatro, *Forma*, 1, enero 1953 y *Norma*, 1, noviembre-diciembre de 1953; sobre los incidentes: ARÓSTEGUI, Antonio. *La vanguardia cultural... Op. Cit.*, pp. 268 y ss., y *Norma*, 6, marzo-abril de 1955. Sobre el cine-club, AGUILAR, Carlos y HASS, Anita. *Eugenio Martín, un autor para todos los géneros*. Madrid, Séptimo Vicio, 2008; y sobre la poesía, además de las revistas citadas, consúltese RUBIO, Fanny. *Revistas poéticas españolas, 1939-1975*, Madrid, Turner, 1976, pp. 319-397; El ejemplo de este renacer cultural en otra ciudad en: DOMPER LASÚS, Carlos. *Por Huesca hacia el Imperio. Cultura y poder en el franquismo oscense (1938-1965)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2010, pp. 213-223.

¹⁴³ PENÓN, Agustín. *Miedo, olvido y fantasía... Op. Cit.*; el ejemplar dedicado al poeta en *Sendas*, 1, 1946; el homenaje en AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20759, “Informe de las actividades de vigilancia de unas conferencias sobre Lorca”, 20-3-1950; otras referencias en *Caracol*, 1, 1950, *Diálogo*, y *Granada Gráfica*, junio de 1954; la cita de Fernández-Cuesta en *Arriba*, 6-3-1953.

organización vivía en buena medida de espaldas a la sociedad y veía lastradas sus posibilidades por la indiferencia política de una buena parte de la juventud. Por su parte, la Sección Femenina no solo se encontraba con el mismo rechazo a “meterse en política” de muchas mujeres, sino con una mayor competencia de la Iglesia y la Acción Católica en el campo de la socialización femenina.¹⁴⁴ En cambio el SEU, desde la llegada de José María del Moral y, especialmente, con el nombramiento de Jordana como jefe Nacional en 1951, experimentó una revitalización muy similar a la de sus “mayores” en el Partido. El SEU encontró en la juventud universitaria un mejor campo de actuación para la politización que el que representaban las empobrecidas zonas rurales del país. Conscientes de la importancia de atraerse a los jóvenes, sus dirigentes trataron de convertir el Sindicato en una organización más profesional y efectiva, con mayor influencia en la vida del estudiante. Para ello se amplió la oferta de becas, se crearon nuevos colegios mayores, se sufragaron ayudas para viajes y se pusieron en marcha medidas para combatir la imagen elitista del SEU, como la creación del Servicio Universitario del Trabajo (SUT), que trataba de fomentar la preocupación social por la vida de los trabajadores españoles, al poner a los estudiantes a trabajar codo con codo con los obreros. Pero, paralelamente, se revitalizó políticamente el Sindicato con la creación de la Primera Línea del SEU o la organización del Congreso Nacional de Estudiantes –con sus correspondientes ramificaciones regionales– como marco de diálogo entre jerarquías universitarias y alumnado, en un intento por “democratizar” la organización.¹⁴⁵

Sin embargo, lo más relevante fue la capacidad que mostró el SEU de los años cincuenta para absorber lo novedoso y moverse con soltura dentro del campo de las vanguardias artísticas, literarias o teatrales. Pero, además, las publicaciones sufragadas por el SEU, empezaron a manejar un nuevo lenguaje y a abordar temas que, hasta el momento, hubiera sido impensable mencionar. Durante la primera mitad de los

¹⁴⁴ Para el Frente de Juventudes: SÁEZ MARÍN, Juan. *El Frente de Juventudes... Op. Cit.*, p. 165; CAÑABATE VECINA, José Antonio. “Juventud y franquismo en España: El Frente de Juventudes (1940-1960)” en MIR CURCÓ, Conxita (ed.). *Jóvenes y dictaduras de entreguerras: Italia, Alemania, Japón, Portugal y España*. Barcelona, Milenio, 2007, pp. 135-196; para la Sección Femenina en esta etapa SÁNCHEZ LÓPEZ, Rosario. *Mujer española. Una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de la Sección Femenina de Falange (1934-1977)*. Murcia, Universidad de Murcia, 1990, pp. 35-42; y RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía. *El patio de la cárcel. La Sección Femenina de FET de las JONS en Almería (1937-1977)*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2009.

¹⁴⁵ RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio. “El largo camino del SEU a través del falangismo. Primera línea del SEU y disidencia en los años cincuenta”, *Spagna Contemporanea*, 37, 2010, pp. 107-109; RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. *El Sindicato Español... Op. Cit.*, pp. 248-251 y 262-266; sobre el SUT en Granada: *Patria*, 3-1-1953; sobre el Congreso regional de Estudiantes en Granada, *Patria*, 3-3-1953.

cincuenta, sus revistas hablaron de problemas que verdaderamente preocupaban a los universitarios: masificación de las aulas, ausencia de salidas profesionales, escasa comunicación entre profesor y alumno, orientación elitista de la enseñanza... “Es hora – se advertía desde *Diálogo* al estudiantado granadino– de que en el centro de nuestra institución docente se coloque al estudiante y acabemos con la Universidad organizada en función del profesor”.¹⁴⁶ Pero también abordaron problemáticas de carácter “más político” como el ya citado problema de España, las consecuencias negativas derivadas del progreso económico, la naturaleza de las relaciones Iglesia-Estado o la conveniencia de un sistema monárquico para España. Por ejemplo desde la revista *Clave*, se llegó a lamentar la “desintegración de la clase media” y el aumento de la distancia “entre las grandes masas de obreros y los empresarios poseedores de fuertes capitales”.¹⁴⁷

El SEU consiguió incluso dar la imagen de verdadero receptor de las preocupaciones de los universitarios. En marzo de 1950, la cabalgata organizada por el SEU de Granada con motivo de la festividad del Patrón de los estudiantes, originó las quejas del arzobispo Santos Olivera, ante “las insistentes informaciones y protestas por el carácter inconveniente e indecoroso” de la misma. Un año después, los días 2 y 3 de marzo de 1951, surgía un conflicto en la Facultad de Medicina. Muchos estudiantes de primer y segundo curso se enzarzaron con el catedrático de una asignatura, al negarse a abandonar el aula ante la masificación existente. La decisión de la Junta de Gobierno de la Universidad de decretar la pérdida de un curso para dicha promoción no solo soliviantó el ánimo de algunos estudiantes que efectuaron “roturas de cristales y alborotos”, sino que el propio SEU –en lo que era una pugna más entre Falange y el rector– consideró la medida desproporcionada, siendo necesaria tanto la intervención del Gobernador Civil como de la Jefatura Nacional del Sindicato para la reducción de las sanciones y la vuelta de las clases a la normalidad. Pero muchos de estos conflictos eran amparados por el SEU por el mero hecho de que en ellos encontraba nuevas maneras de enfrentarse con elementos contrarios al falangismo. Algo que demuestra el hecho de que durante los altercados de la Facultad de Medicina se escuchasen gritos de “¡Franco sí, Rector no!”. Pero también, el que en otro enfrentamiento entre los alumnos de Farmacia y el Ministerio de Educación en febrero de 1950, los miembros del SEU

¹⁴⁶ Véase RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio. *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, Vol. 1, Valencia, PUV, 2009, pp. 216 y ss.; la cita en *Diálogo*, 1, marzo de 1953.

¹⁴⁷ Véase por ejemplo *Diálogo*, 1, marzo de 1953 y 2, mayo de 1953; *Norma*, 2, enero-febrero de 1954. El entrecomillado en *Clave*, 1, febrero de 1952.

granadino no se solidarizaran con la huelga que los estudiantes estaban llevando a cabo.¹⁴⁸

No debemos olvidar la finalidad política que el SEU perseguía al darle cobertura a tales iniciativas y tampoco los límites de las mismas. En una vida lánguida y monótona como la existente tanto dentro como fuera de los muros de las universidades españolas, resulta lógico que los espacios abiertos por el sindicato estudiantil fueran bien acogidos por el alumnado. El régimen y los integrantes del SEU consideraron que la creación de tales vías de expresión ayudaría a atraer nuevos apoyos y garantizar su continuidad política. De hecho, si las iniciativas de los jóvenes o de los sectores culturales cercanos al falangismo sobrepasaban la capacidad de tolerancia del Estado, siempre había una voz que mandaba parar. Cuando el jefe del SEU granadino, Juan de Dios Fernández Molina, se ofreció a sufragar la obra en defensa de Maritain escrita por Antonio Aróstegui, las autoridades centrales secuestraron la obra y pidieron explicaciones al jefe provincial por haber autorizado su publicación. A reacciones de este tipo, hemos de añadir que, a partir de 1954, los límites de lo que el franquismo estaba dispuesto a aceptar se estrecharon enormemente. El aplacamiento de las medidas aperturistas de Ruiz-Giménez y el inicio de enfrentamientos entre algunos miembros del SEU y los mandos del Partido, propiciaron una reacción conservadora que sumió al Sindicato en una gran desorientación que minó seriamente su capacidad de atracción.¹⁴⁹

Todo ello tenía su explicación en el propio discurso que sobre la guerra y el significado de la “victoria” mantuvo durante los años cincuenta el régimen franquista y sobre todo, en la manera de transmitirlo a los que no habían vivido esos acontecimientos. Era un discurso con claras continuidades respecto a la década precedente, en el que la dictadura siguió hablando de “Cruzada”, de “lealtad al llamamiento realizado el 18 de julio de 1936”, de la “nefasta República masónica y comunista, de fango, sangre y lágrimas” y de que la paz “se sustenta sobre un millón de muertos”.¹⁵⁰ Pero la distancia temporal de la contienda y la emergencia de nuevas generaciones obligaron a la introducción de pequeños pero significativos matices. El franquismo trató de demostrar que la “paz” de la que gozaba España beneficiaba a la

¹⁴⁸ AHDG, Caja 265-F, “Carta del Arzobispo al Presidente del SEU”, 18-3-1950; el conflicto con Medicina en: AGA, Secretaría Política, Caja 51/19020, “Carta sobre las medidas adoptadas ante los incidentes ocurridos en la Facultad de Medicina de Granada”, 11-3-1951 y “Escrito de los estudiantes de Medicina suplicando la revisión de las medidas adoptadas”, 29-3-5; los conflictos de Farmacia en: AGA, Presidencia, DNP; Caja 51/20756, “Alteración estudiantil”, febrero de 1950.

¹⁴⁹ RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. *El Sindicato Español.... Op. Cit.*, 286-298; pp. El ejemplo en ARÓSTEGUI, Antonio. *La vanguardia cultural... Op. Cit.*

¹⁵⁰ Los entrecomillados en: *Patria*, 18-7-1951, *Ideal*, 16-4-1955. *Ideal*, 4-1-1956.

totalidad de los ciudadanos, independientemente del bando en el que hubieran combatido durante la Guerra Civil. La posibilidad de una reconciliación no era algo negociable para el régimen, pero se abría la posibilidad de un acercamiento entre vencedores y vencidos pasados ya unos años de expiación de los pecados cometidos: “hermano, sabemos quién eres –se decía desde el diario falangista *Patria*– pero quisiéramos equivocarnos [...] viendo que tus hechos nos demuestran que ya no eres aquello que fuiste, o lo que habíamos pensado de ti [...] y estrecharte con fuerza entre los brazos”.¹⁵¹

Desde inicios de los cincuenta, el franquismo se encontró además con el problema de explicar a las nuevas generaciones su interpretación de la contienda. El régimen comenzó a manifestar una creciente preocupación porque pensaba que la juventud del momento nunca comprendería “la persecución roja”, “los dolores de la guerra”, “lo que fue la presencia del comunismo y sus horrores en España”.¹⁵² Una preocupación que estaba completamente justificada, porque algunos sectores del mundo cultural y de la juventud denotaban el cansancio por un relato que les empezaba a parecer vacío y por la memoria de una guerra que, combatida por sus padres o hermanos mayores, les resultaba completamente ajena. En cierta medida el franquismo empezaba a ser víctima de las propias contradicciones que contenía su discurso. A la misma vez que, desde unos sectores del régimen, se tachaba a la juventud “de falta de enjundia”, de tener “un sentido demasiado práctico de la vida” y de estar “completamente desinteresada de los problemas y acontecer políticos”, desde otros se ponía freno a su “exceso de ímpetu”, se les exigía rendir culto a las hazañas de “los que hicieron la guerra” y se les aconsejaba “no ir tan deprisa” en sus aspiraciones, temerosos de que estas energías juveniles pudieran ser aprovechado por el comunismo.¹⁵³

La exigua flexibilidad que el régimen parecía haber admitido desde el inicio de los cincuenta finalizó a mediados de la década, cuando empezaron a sucederse reacciones conservadoras como las derivadas de la protesta por la ocupación británica de Gibraltar en 1954 o la prohibición del Congreso de Escritores Jóvenes previsto para 1955. A través de sus publicaciones, cine-clubs, aulas de poesía e iniciativas culturales, el SEU había abierto una puerta a las inquietudes sociales y políticas que ahora trataba

¹⁵¹ Véase *Patria*, 22-10-1952 y 17-7-1955; el ejemplo en: *Patria*, 18-8-1953.

¹⁵² *Ideal*, 1-4-1955 y 4-1-1956.

¹⁵³ Al respecto: RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. *El Sindicato Español... Op. Cit.*, pp. 307-309; y RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio. “Los últimos fascistas. Juventud, política y dictadura franquista en los años cincuenta”, *Falange: las culturas políticas del fascismo español*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012 (en prensa). Ejemplos en: *Clave*, 1, febrero de 1952; *Diálogo*, 2, 1953. *Ideal*, 26-2-1956.

de cerrar a la desesperada. Los sucesos de febrero de 1956 en la ciudad universitaria de Madrid fueron consecuencia del callejón sin salida al que el SEU y el régimen habían llevado a la juventud. El choque entre grupos de estudiantes que reclamaban mayores libertades y sectores del Partido que venían de conmemorar el “Día del Estudiante Caído” como cada 9 de febrero, se saldó con disparos que dejaron al estudiante falangista Miguel Álvarez gravemente herido. Los sucesos tuvieron graves repercusiones al margen del cierre de la Universidad Complutense y de las detenciones practicadas. Al apartamiento de Ruiz-Giménez y Laín Entralgo como máximos responsables del “aperturismo” que había llevado a esta situación, se le unió el de Fernández-Cuesta de la Secretaría General del Movimiento, al considerar que no había sabido frenar el ímpetu falangista. Lo ocurrido fue inmediatamente juzgado como un “nuevo holocausto” perpetrado por el comunismo para nuevamente perturbar la paz de España.¹⁵⁴

Los conflictos estudiantiles de febrero de 1956 constituyeron el primer ataque serio al relato de la Guerra Civil defendido por el franquismo, la primera vez que se trataba de borrar la línea entre vencedores y vencidos y la constatación de que el régimen estaba fracasando en la socialización de la juventud. Y era cierto que jóvenes, grupos de intelectuales y elementos situados en el exilio manejaban un lenguaje diferente al del régimen y, sobre todo, que habían mentado una palabra tabú para la dictadura: reconciliación. Pero también lo era que, siendo importantes las consecuencias de lo acaecido, la estabilidad del régimen no estaba de momento seriamente amenazada. Los sucesos de Madrid no generaron en una ciudad como la de Granada mayor alteración del orden público que la producida por la detención de un individuo que llevaba “propaganda subversiva” en una maleta.¹⁵⁵ Por supuesto, resultaba evidente la existencia de una brecha generacional entre jóvenes y mayores y que de ésta era en buena medida culpable la propia dictadura. Una parte de la juventud universitaria había aprovechado el espacio abierto por las publicaciones del SEU para transmitir sus

¹⁵⁴ Véase LIZCANO, Pablo. *La generación del 56. La Universidad contra Franco*. Madrid, Leer/Documento, 2006 [1981]; ÁLVAREZ COBELAS, José. *Envenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*. Madrid, Siglo XXI, 2004; FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Andrea. *Hijos de vencedores y vencidos. Los sucesos de febrero de 1956 en la Universidad de Madrid*, Trabajo Fin de Máster, Madrid, Universidad Complutense, 2008; los entrecomillados en *Ideal y Patria*, 10-2-1956.

¹⁵⁵ Sobre la significación de los sucesos: véase JULIÁ, Santos. *Historia de las dos... Op. Cit.*, pp. 440-5; también RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio. *Zonas de libertad... Op. Cit.*, p. 237-238; La detención en AGA, Presidencia, Secretaría General del Movimiento, Caja 15/19001, “Nota de la Delegación Nacional de Investigación”, 23-2-1956.

inquietudes sobre el mundo que le rodeaba. Pero la mayoría, accedían a la Universidad con el objetivo de lograr una titulación que les cualificara para el ejercicio de sus trabajos y les permitiera mejorar sus condiciones de vida. En una encuesta realizada entre alumnos de Derecho de la Universidad de Granada, un 81,6% elegía como el principal motivo que le había movido a iniciar una carrera la preparación profesional. Los resultados de este mismo estudio concluían que, si bien muchos estudiantes se quejaban del funcionamiento de la institución y entre ellos existía una fuerte solidaridad de clase, no mostraban gran interés en intervenir en los actos organizados por la Universidad ni en participar en las elecciones a cargos representativos.¹⁵⁶

Resultaba evidente que el SEU, la Sección Femenina, el Frente de Juventudes y el régimen no estaban logrando atraerse a los jóvenes españoles y menos aún fomentar su participación activa. La juventud había recibido con los brazos abiertos las vías creadas por el SEU para la introducción de novedades que rompieran el destemplado mundo en el que vivía. Pero, al igual que ocurría con sus mayores, llevaban la aversión hacia la política bajo la piel. El régimen les había repetido machaconamente que, como había quedado patente durante la II República, la política solo generaba crispación entre los españoles y que en las urnas y los partidos políticos se había gestado el dolor de la guerra. Los padres de estos jóvenes, que habían metabolizado este discurso de rechazo a la política y dedicación exclusiva al trabajo y a sus familias, transmitieron a sus hijos tales patrones mentales y desaconsejaron a su hijo cualquier incursión en política. Cuando el padre de Rafael G. se enteró de que éste había estado en la Casa de la Falange granadina para apuntarse a los campamentos, le dijo claramente: “Has estado una vez ¿no? Allí no vuelves más. Ni Falange ni San Falange [...] Lo que hay que hacer es trabajar”.¹⁵⁷

¹⁵⁶ La encuesta en SEMINARIO DE DERECHO PÚBLICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA. “La conciencia de grupo en la Universidad”, *Revista Internacional de Sociología*, 39, 1952, p. 199. Similares resultados se obtuvieron de un nuevo estudio realizado por integrantes de este mismo grupo en la Universidad de Valencia en el curso de 1957: MURILLO FERROL, Francisco y JIMÉNEZ BLANCO, José. *La conciencia de grupo de los escolares de la Universidad de Valencia*. Madrid, CSIC, 1958

¹⁵⁷ Un ejemplo del recuerdo en: *Ideal*, 14-4-1956; el testimonio en entrevista a Rafael G, Granada, 16-2-2011.

6. Conclusiones

A lo largo del periodo analizado en este capítulo, el franquismo se consolidó como régimen político y los españoles asumieron que la vida de la dictadura estaba ligada a la del dictador. El aislamiento internacional, las actividades guerrilleras y el hambre fueron desapareciendo o atenuándose con el paso del tiempo, contribuyendo a fortalecer a la dictadura. La mayor parte de los españoles, marcados con el recuerdo de la miseria, acogieron con relativa satisfacción la existencia de una cierta tranquilidad interior que les permitiera desarrollar sus trabajos, dedicarse a sus familias y elevar sus niveles de vida. En este clima, la propuesta política del nacionalcatolicismo encontró un buen terreno al que aferrarse, ofreciendo una imagen de mayor preocupación por las cuestiones sociales. La religión fue para muchos la vía de escape a una vida marcada por el incesante trabajo diario en el que basaban su supervivencia. El discurso de la Iglesia y los sectores católicos se vio, sin embargo, contrarrestado por los nuevos bríos adquiridos por Falange tras resurgir de un periodo de obligado ostracismo. El Partido llegó a alcanzar durante unos años una gran visibilidad pública y obtuvo algunos resultados positivos de su acercamiento a las inquietudes de los pueblos de España. Al mismo tiempo, el SEU ofreció a la juventud española nuevos espacios de expresión que posibilitaron la entrada de aire fresco en la vida universitaria y cultural de muchas ciudades españolas, escenificando un cierto cambio respecto al sombrío panorama de los cuarenta.

Sin embargo, la dictadura demostró a lo largo de todos estos años un absoluto desinterés por integrar a los vencidos. Las tímidas tentativas reconciliadoras propuestas por algunos sectores falangistas se vieron rápidamente contestadas tanto por sectores de su propio Partido como por el resto de integrantes del régimen. Idéntico fracaso cosechó el régimen en la socialización de las nuevas generaciones que llegaron a la mayoría de edad durante esta época. El régimen de Franco dejó bien claro cuáles eran los límites de su tolerancia y, cuando estos se vieron traspasados, sacó a relucir su cara más represiva. La dictadura había sido consciente de que era necesario no anquilosarse, adoptar una cierta flexibilidad y cubrir las nuevas demandas que “dese abajo” se le hacían. Pero era una flexibilidad que casi en su totalidad se circunscribía a sus apoyos sociales. El

franquismo no parecía tener grandes problemas en que unos monárquicos abuchearan el “Cara al Sol” o que unos falangistas tacharan de reaccionarios a los sectores “católicos” del Estado. Al fin y al cabo en ese “dejar hacer” radicaba la estabilidad del régimen en las provincias y, si las pugnas llegaban demasiado lejos, siempre emergía la figura de Franco para volver las cosas a su lugar. En cuanto a la mayoría de los españoles, la que ocupaba las zonas grises, quedó durante esta etapa mucho más consolidada que en la década precedente. La desaparición de la miseria de la posguerra, el fin de las tensiones internacionales y el silencio de la oposición favorecieron su acomodamiento a la nueva situación y su desentendimiento de las cuestiones políticas. Aunque Falange se sintiera perjudicada por tales niveles de indiferencia, la ausencia de la población en la política favorecía a un régimen que quería a unos españoles imbuidos de los principios de paz, estabilidad, orden y seguridad que él mismo decía haber logrado. Al menos por el momento.

**PAZ Y PROGRESO: LA ESPAÑA DEL DESARROLLISMO Y LAS
ACTITUDES CIUDADANAS ANTE LOS CAMBIOS (1957-1966)**

Los importantes cambios que afectaron a España a finales de la década de los cincuenta marcaron un importante punto de inflexión que ha llevado a los especialistas a considerar que, a partir de esos años, se entra en un “segundo franquismo”. En efecto, los sucesos universitarios acaecidos en Madrid en febrero de 1956, el profundo remozamiento del Gobierno en 1957 y la nueva orientación de la economía española a partir de 1959, trazaron significativas líneas de fractura respecto a la etapa anterior. Como ha quedado ya expuesto, desde inicios de los cincuenta se habían venido produciendo importantes discontinuidades en el modelo económico y el lenguaje empleado por la dictadura, pero la intensidad, el ritmo y el alcance de los cambios producidos desde finales de la década crearon una sociedad y un Estado muy diferentes.

Por ello, en primer lugar, debemos dirigir nuestra mirada al profundo viraje que se produjo en la política económica del Estado franquista y a los efectos que pudo producir en las actitudes de los ciudadanos hacia éste. La leve mejoría experimentada durante los años cincuenta quedó confirmada tras la aprobación del Plan de Estabilización en 1959. Los efectos derivados de su aplicación generaron un crecimiento económico de tal magnitud que los años sesenta fueron considerados como los del *desarrollismo* español. El despegue de la economía nacional –basado en el crecimiento industrial, el auge del turismo y las medidas estabilizadoras– proporcionó al régimen franquista un nuevo sostén para garantizar su estabilidad y pervivencia. La gris España de la autarquía fue coloreada por una cierta modernidad. Pero, paralelamente, el boom económico de los años sesenta generó efectos menos positivos. Mientras una parte de los españoles entraba a formar parte de la nueva sociedad de consumo y empezaba a beneficiarse de las bondades del incipiente y raquíco Estado del Bienestar, otra parte no menos importante de la sociedad veía cómo los profundos cambios que afectaban a España no les alcanzaban.

La magnitud y velocidad de los cambios generados abrió nuevos retos para los integrantes del régimen. Los “católicos” del Estado empezaron a ver cómo los sectores

más tradicionalistas empezaban a perder poder en beneficio de la pujante tecnocracia capitaneada por el Opus Dei. La apuesta de los tecnócratas, que habían asumido las riendas de la economía española desde 1957, se fundamentaba en demostrar que la senda de la modernidad y el crecimiento económico de la nación era compatible con el mantenimiento de la más férrea ortodoxia católica. Por su parte, los falangistas afrontaron esta nueva etapa conscientes de que era necesario asumir modificaciones si querían seguir teniendo influencia entre la población. Por supuesto, Falange sabía que había perdido una oportunidad tras la revitalización experimentada a inicios de los cincuenta, pero también que todavía conservaban resortes en el interior del régimen desde donde seguir luchando por imponer su proyecto de nación y conservar su influencia. En definitiva, aunque mucho más diluida, la pugna entre los “católicos” y los falangistas no se detuvo en 1957, sino que siguió adelante, aunque con nuevos protagonistas y escenarios.

Finalmente, durante este periodo, el régimen tuvo que empezar a tomar en consideración ciertas acciones que amenazaban su estabilidad. Desde inicios de los años sesenta y, muy especialmente, tras los sucesos mineros de Asturias, la conflictividad social se convirtió en un elemento más del propio régimen franquista. El emergente movimiento obrero planteó los primeros desafíos serios que obligaron al régimen a adoptar diversas medidas. Dentro de la Iglesia, empezaron a surgir voces discrepantes con la falta de libertades políticas y las consecuencias negativas del crecimiento económico. Y, entre los estudiantes, se consolidó un distanciamiento cada vez más importante de la política oficial, evidenciado en la creciente contestación social desarrollada en las universidades españolas. Todos estos elementos, unidos a las quejas de los sectores menos beneficiados por las políticas franquistas, representaron las primeras amenazas serias al modelo de “paz y orden” sobre el que se cimentaba la dictadura.

Sin embargo, y como se verá a continuación, el régimen gozó de una relativa tranquilidad hasta finales de los años sesenta. Pese al descontento de muchos sectores sociales, la existencia de importantes focos de conflictividad y la pérdida de algunos de sus apoyos sociales, el franquismo no vio amenazada su continuidad. La efervescencia de algunas zonas del país contrastaba con la calma reinante en la mayor parte del territorio nacional. La nueva legitimidad de ejercicio sobre la que se sustentaba el régimen, el acceso de muchos españoles a bienes que hasta el momento no habían estado a su alcance y los nuevos discursos y políticas adoptados por los diferentes

componentes del Estado fueron elementos lo suficientemente atractivos para asegurar el apoyo o, al menos, la pasividad de una mayoría de la población.

1. La Granada del *desarrollismo*: entre el crecimiento económico y los defectos del modelo elegido

Desde los últimos años cincuenta y, especialmente, con el inicio de la década de los sesenta, España experimentó un crecimiento económico sin precedentes que cambió de manera radical muchos aspectos de la vida nacional. Las transformaciones fueron de tal magnitud que sin analizarlas resultaría imposible explicar la propia evolución política del régimen y los profundos cambios registrados durante este periodo por la sociedad española. Sin embargo, el auge del capitalismo español no partió de la mejor situación posible. A finales de los años cincuenta, la mejoría mostrada por la economía nacional a lo largo de la década quedó paralizada como consecuencia del agotamiento de la ayuda estadounidense y de la continuidad de ciertos lastres en la política económica del Estado. El nuevo gabinete ministerial encabezado por los hombres del Opus Dei –Mariano Navarro Rubio en Hacienda, Alberto Ullastres en Comercio y Laureano López Rodó ministro sin cartera– tomó, desde su llegada al poder en 1957, una serie de medidas preestabilizadoras destinadas a paliar la inflación motivada, entre otras razones, por las subidas salariales adoptadas por el anterior ministro de Trabajo, José Antonio Girón. Si bien tales medidas introdujeron modificaciones sustanciales respecto a la etapa precedente, fue la incorporación de España a los organismos económicos internacionales (el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) lo que definitivamente propulsó la nueva orientación económica del Estado español.¹

La inserción de España en la economía mundial obligó al gobierno de Franco a emprender una política de liberalización y romper con las resistencias internas de muchos sectores aferrados a los mecanismos autárquicos que tantos beneficios les habían reportado en el pasado. El viraje económico quedó refrendado de manera definitiva tras la aprobación del Plan de Estabilización en 1959. En líneas generales, su aplicación tuvo como objetivos principales devolver el equilibrio a la balanza de pagos, lograr la estabilidad monetaria, insertar la economía española en la internacional y

¹ BARCIELA, Carlos. *La España de Franco... Op. Cit.*, p. 167; NICOLÁS MARÍN, Encarna. *La libertad encadenada. España en la dictadura franquista*. Madrid, Alianza Editorial, 2005, pp. 215-216.

liberalizar el comercio. La benigna coyuntura internacional hizo que la estabilización empezara pronto a dar resultados muy positivos para España. Las restricciones aplicadas sobre la moneda y el crédito, unidas al aumento de las importaciones, frenaron la inflación y restablecieron el equilibrio presupuestario, con lo que los distintos sectores de la economía española se vieron beneficiados. Por supuesto, la activación del Plan tuvo también su cara negativa en los graves costes sociales que originó. El crecimiento del desempleo, el retroceso de las retribuciones salariales reales, el retraimiento del consumo o el aumento de la emigración fueron algunos de los efectos más perniciosos del severo giro experimentado por la política económica del régimen. Pero lo cierto es que, a inicios de los años sesenta, España estaba mucho más presente en el panorama económico internacional, gozaba de una economía con mejor salud y mayores perspectivas de futuro y había adoptado cambios estructurales irreversibles sin originar grandes niveles de contestación social.²

Los efectos del Plan de Estabilización, el favorable contexto internacional y la leve mejora económica de los años cincuenta posibilitaron que España alcanzara unos niveles de crecimiento nunca antes conocidos. Entre 1960 y 1974 la producción per cápita nacional creció a una tasa anual del 5,8%, la mayor del mundo tras Japón, mientras que el PIB aumentó a un 7% anual hasta 1966. Se trató de un crecimiento especialmente visible en la productividad y en ello buena parte de la responsabilidad fue del sector industrial.³ A lo largo de los años cincuenta la industria española había crecido de manera considerable y creado una estructura amplia y profunda para la producción de bienes tradicionales. Pero, la aplicación del Plan de Estabilización originó importantes transformaciones en el sector. Las exportaciones agrarias que habían servido de base a su desarrollo redujeron su peso en beneficio de las inversiones de capital extranjero. De este modo, la dependencia respecto al exterior aumentó, pero ello posibilitó la importación de nuevas tecnologías y la modernización de las fábricas españolas. Como consecuencia, la industria aumentó su importancia en la productividad y la creación de empleo, permitiéndole un crecimiento constante del 9% anual. La

² Para el Plan de Estabilización y sus efectos: PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro, ROSÉS, Joan y SANZ, Isabel. "Economic reforms and growth in Franco's Spain", *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin America Economic History*. 30 (1), 2012, pp. 45-89; GARCÍA DELGADO, José Luis y JIMÉNEZ, Juan Carlos. *Un siglo de España. La economía*. Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 139-142; MARTÍN-ACEÑA, Pablo y MARTÍNEZ RUIZ, Elena, "La edad de oro del capitalismo español: crecimiento económico sin libertades políticas" en TOWNSON, Nigel (ed.). *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*. Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 7-9.

³ MARTÍNEZ SERRANO, José Antonio et al. *Economía española: 1960-1980. Crecimiento y cambio estructural*. Madrid, Hermann Blume, 1982, pp. 23-24.

mayor disponibilidad de mano de obra procedente del campo español y el avance de un nuevo tipo de industrias en detrimento de las tradicionales como consecuencias de un cambio en la demanda de los consumidores, hicieron de la industria la punta de lanza del desarrollo económico español.⁴

Al igual que la industria, el sector primario también sufrió profundas transformaciones durante los años sesenta. A finales de la década de los cincuenta la agricultura parecía dotada de una serie de elementos que favorecían su estabilidad: la existencia de una abundante y dócil mano de obra, la perduración de la agricultura familiar, la incipiente introducción de nuevas tecnologías, la protección estatal de la agricultura tradicional y la permanencia de un bajo nivel de renta que posibilitaba el equilibrio entre la oferta y la demanda. Pero los importantes cambios desarrollados a raíz de la estabilización dinamitaron algunos de estos componentes y suscitaban rápidas transformaciones en el sector, que supusieron el fin de la “sociedad agraria tradicional”.⁵ El veloz desarrollo del sector industrial y la nueva orientación de la demanda hacia productos diferentes a los ofrecidos por los cultivos tradicionales hicieron que la emigración se multiplicara desde inicios de los sesenta. El excedente de mano de obra de los campos se agotó, produciéndose un alza de los salarios agrícolas. Ante ello, los propietarios de tierras, que habían tenido en la sobreabundancia de fuerza de trabajo uno de los pilares esenciales de su enriquecimiento, introdujeron la maquinaria en sus explotaciones, acelerando más si cabe la emigración. Gracias a la mecanización, la agricultura española experimentó un aumento del volumen físico de su producción y una mayor diversificación de cultivos. Pero, de una parte, algunas regiones, como Granada, mantuvieron durante este periodo una agricultura de tipo tradicional, incapaz de asumir el desempleo agrícola y fuertemente intervenida por el Estado. Y, de otra, resultó imposible que el campo se convirtiera en un elemento transformador de la economía al ver cómo su peso disminuía progresivamente.⁶

⁴ CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier. *Historia económica de la España contemporánea (1789-2009)*. Barcelona, Crítica, 2010, pp. 345-347; MARTÍNEZ SERRANO, José Antonio et al. *Economía española.... Op. Cit.*, pp. 81-85; MORENO FONSERET, Roque. “Las industrias de consumo” en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio. *Eppure si muove. La percepción de los cambios en España (1959-1976)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 77-78.

⁵ GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y GÓMEZ OLIVER, Miguel (coords.). *Historia contemporánea de Andalucía. Nuevos contenidos para su estudio*. Granada, Proyecto Sur Ediciones, 2000, pp. 383-385; BARCIELA, Carlos et al. *La España de Franco... Op. Cit.*, pp. 384 y ss.

⁶ MARTÍNEZ SERRANO, José Antonio et al. *Economía española... Op. Cit.*, pp. 59-64; NAREDO, José Manuel. *La evolución de la agricultura en España... Op. Cit.*; COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “Franquismo y cuestión agraria...”, *Op. Cit.*, pp. 113-115; FERNÁNDEZ PRIETO, Lourenzo. “Camino en el cambio tecnológico en las agriculturas españolas contemporáneas” en PUJOL,

Uno de los factores fundamentales para explicar el éxito de un sector y el fracaso de otro fue el incremento trasvase poblacional del campo a la ciudad producido tras la aprobación de las medidas estabilizadoras en 1959. La falta de empleo y la creciente mecanización de las tareas agrícolas imposibilitaron la resolución definitiva de la situación de miseria que, todavía en el arranque de los años sesenta, afectaba a grandes sectores del mundo campesino. Gregorio Navarro Ortiz ponía de manifiesto el oscuro panorama del campo granadino a inicios de los sesenta: “Antes de venir la maquinaria se hacía todo a brazo, por eso había trabajo para la gente. Al venir la maquinaria fue cuando llegó la emigración”. Las propias autoridades de la provincia reconocían que era necesario crear unos 25.000 puestos de trabajo en actividades no agrarias, con el fin de paliar el paro estacional que obligaba a la emigración de miles de granadinos. La ausencia de expectativas y el deseo de prosperar fueron decisivos para que numerosos individuos optaran por trasladar su residencia, temporal o permanentemente, a zonas industrializadas o en vías de industrialización. Así, mientras unos decidieron abandonar sus hogares rumbo a países con mayores posibilidades laborales y mejores retribuciones salariales, otros se inclinaron por dirigirse hacia el norte y este peninsulares y cambiar el terruño por la fábrica.⁷

Desde finales de los años cincuenta, la emigración exterior se multiplicó. Entre 1960 y 1966, 320.000 trabajadores se fueron a Alemania en busca de una vida mejor. Junto con el país germano, Francia y Suiza se convirtieron en los destinos predilectos de los ciudadanos que abandonaron España durante el periodo. El desarrollo de la emigración al extranjero provocó que el Estado franquista estuviera cada vez más pendiente del fenómeno. En este sentido, la creación del Instituto Español de Emigración en 1956 y la aprobación de la Ley de Bases de la Emigración de 1960 tuvieron el objetivo de controlar políticamente la creciente salida de trabajadores españoles hacia otros países. El Estado franquista era consciente de que el contacto con el exterior podía originar efectos indeseados sobre las mentes de sus ciudadanos. El temor a que se contaminaran de “ideas extranjeras” motivó el establecimiento de una densa red de control sobre los emigrados, cuyo dominio fue objeto de disputas por los diferentes sectores del régimen. Entre otras medidas, el Estado les prestó asistencia

Josep et al. *El pozo de todos los males. Sobre el atraso de la agricultura española contemporánea*. Barcelona, Crítica, 2001, pp. 95-146; y del mismo autor: *El apagón tecnológico del franquismo. Estado e innovación en la agricultura española del siglo XX*. Valencia, Tirant lo Blanch, 2007.

⁷ El testimonio en: ÁLVAREZ ROLDÁN, Arturo, MARTÍNEZ CASANOVA, Noelia y MARTÍNEZ ROSSI, Sandra. *La memoria amenazada... Op. Cit.*, p. 156; las cifras de Granada en: *Ideal*, 2-2-1962.

laboral y sanitaria, les ofreció auxilio espiritual mediante capellanes y creó espacios de unión para los emigrantes, como los “hogares de España”. Tales disposiciones intentaban que los trabajadores españoles en el extranjero mantuvieran el contacto con la “madre patria” y evitaran imbuirse de las costumbres e ideas del país de destino.⁸ Ciertamente, las autoridades franquistas hacían bien en permanecer alerta y tratar de amparar a los emigrantes, puesto que, gracias al contacto con otras sociedades europeas, pudieron confrontar visiones y conocer nuevos hábitos cívicos. Lejos de su patria, los trabajadores españoles conocieron el sindicalismo libre imperante, participaron en manifestaciones o ejercieron el derecho a la huelga, ampliando sus niveles de solidaridad y tolerancia. Todo lo cual llevó a que muchos individuos regresaran a España con todo un andamiaje de cultura cívica cimentado sobre una serie de principios –derechos laborales, mayores libertades, prácticas democráticas...– radicalmente incompatibles con los defendidos por el franquismo.⁹

No obstante, la dictadura era también consciente de los réditos económicos que podría obtener de la emigración. Por ello, decidió emprender una activa política en la materia que le permitiera ajustar el flujo migratorio español a los imperativos del desarrollismo. El régimen observó que la emigración constituía una válvula de escape a la falta de trabajo existente en el agro y que, al mismo tiempo, las divisas aportadas por los emigrantes contribuían a garantizar el equilibrio de la balanza de pagos de la nación.¹⁰ Pero es que, además, la dictadura se percató de que la despolitización de los ciudadanos jugaba una vez más a su favor. Los grupos de oposición al franquismo que

⁸ Véase por ejemplo: FERNÁNDEZ VICENTE, María José. “De la calamidad nacional al desarrollo. Las políticas migratorias del régimen Franquista (1939-1975)”, *Migraciones y exilios*, 6, 2005, pp. 81-100. LIÑARES GIRAUT, Xosé Amancio (coord.). *La emigración española a Europa*. Vigo, Grupo España Exterior, 2009; BABIANO, MORA José y FERNÁNDEZ ASPERILLA, Ana. *La patria en la maleta. Historia social de la emigración española a Europa*. Madrid, Centro de Documentación de las Migraciones y Fundación 1º de Mayo, 2009. Las luchas internas por el control de los emigrantes en AMAYA QUER, Álex. *El ‘acelerón sindicalista’... Op. Cit.*, pp. 241-243

⁹ Véase: LATORRE CATALÁN, Marta. “Ciudadanos en democracia ajena: aprendizajes políticos de la emigración de retorno española en Alemania durante el franquismo”, *Migraciones y exilios*, 7, 2006, pp. 81-96; SANZ DÍAZ, Carlos. “Emigración económica, movilización política y relaciones internacionales. Los trabajadores españoles en Alemania”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 23, 2001, pp. 318-321; MORÁN, Mari Luz. “Jóvenes, inmigración y aprendizaje de la ciudadanía”, *Revista de Estudios de la Juventud*, 60, 2003, pp. 33-47; y FERNÁNDEZ ASPERILLA, Ana. “Cultura política, acción colectiva y emigración española” en id. y FINTZ, David. *Gente que se mueve: cultura política, acción colectiva y emigración española*. Madrid, Fundación 1º de Mayo, 2010, pp. 5-44.

¹⁰ BARCIELA, Carlos et al. *La España de Franco... Op. Cit.*, pp. 297-300; y FERNÁNDEZ VICENTE, María José. “De la calamidad nacional al desarrollo...” *Op. Cit.*, pp. 91-95.

trataban de atraerse a los emigrantes chocaron reiteradamente contra la indiferencia y el rechazo a la política alentados por el régimen durante años.¹¹

Por supuesto, la decisión de emigrar no agradaba a nadie y nacía como consecuencia de las malas condiciones de vida existentes en muchos rincones de España, originando el descontento popular de los más desfavorecidos. Un vecino de la localidad granadina de Montefrío envió una carta a Radio Española Independiente, denunciando que un 45% de los habitantes del pueblo se habían visto obligados a emigrar “antes que morir de hambre”.¹² Pero, la mayoría de los emigrantes veían en su decisión de salir de España una garantía de que, si trabajaban intensamente, ganarían el dinero suficiente para obtener un cierto bienestar. Efrén Reina Punzano dejó en 1960 la localidad de Puebla de Don Fadrique (Granada) para emplearse en una fábrica de cucharas en Alemania: “tenía un cuñado en Alemania y me había dicho que allí se ganaba dinero. Y era verdad que se ganaba”. Pronto se fue a una fábrica textil “donde ganaba el doble”, pero la existencia de mayores libertades le retuvo a la hora de llevarse al resto de su familia con él. Por su parte, Martín Paz marchó a Francia porque “en el campo pagaban poco y tarde”. Allí, no tuvo contactos con partidos políticos o sindicatos contrarios al régimen franquista: “a mí no me ha gustado nunca la política. Yo mi casa, mi marcha de vida y los políticos... cada uno que se apañe”. Sin embargo, descubrió pronto los beneficios de su decisión y los frutos de su intenso trabajo: “en Marsella trabajé en el ajo y en el tomate de 12 a 14 horas. Los contratos que nos hacían eran de 7 meses y llegué a traerme medio millón de pesetas”.¹³ De esta forma, queda evidenciado que, aunque los emigrantes tomaran contacto con formas democráticas de gobierno y disfrutaran de libertades inexistentes en España, sus actitudes y comportamientos políticos no se vieron profundamente alterados. La emigración no les volvió políticamente más activos, sino que, por el contrario, al hacerse posible una salida a su miseria, aumentó su pasividad. “Algunos rehicieron su vida y volvían y se compraban sus tierras, su piso y el coche, el 600”, afirma Cecilia. En efecto, los emigrantes habían dejado España pensando en que volverían y, cuando retornaron, lo hicieron en buena

¹¹ Para la despolitización de los emigrantes véase: SANZ DÍAZ, Carlos. “Emigración económica, movilización política...” *Op. Cit.*, p. 322; y especialmente PRADA RODRIGUEZ, Julio. “Conflicto y consenso: la emigración como instrumento de cambio ideológico y transformación social” en TRUJILLANO SÁNCHEZ, José y GAGO GONZÁLEZ, José María (eds.). *Jornadas Historia y Fuentes Orales...* *Op. Cit.*, pp. 315-333.

¹² La primera referencia en: AHPCE, Caja 174/1, Correo de la Pirenaica, “Carta de Marañón Giménez”, Montefrío, 1962.

¹³ Los testimonios están recogidos en ÁLVAREZ ROLDÁN, Arturo, MARTÍNEZ CASANOVA, Noelia y MARTÍNEZ ROSSI, Sandra. *La memoria amenazada...* *Op. Cit.*, pp. 109-112 y 442-443.

medida agradecidos, puesto que habían obtenido una cierta capacitación profesional que les abría ahora nuevas oportunidades y, sobre todo, habían ahorrado lo suficiente para mejorar su posición social e incorporarse a la sociedad de consumo.¹⁴

Diferente fue la realidad de aquéllos que decidieron emigrar de sus localidades hacia otras regiones de España. En primer lugar, porque quienes abandonaron sus hogares para instalar su residencia en los suburbios surgidos en torno a las grandes áreas industriales del país, lo hicieron en muchas ocasiones para no volver. Y, en segundo lugar, porque este tipo de emigración no engendraba los “peligros” potenciales derivados del contacto con otras culturas o sistemas políticos extranjeros. No obstante, su peso fue mayor que el de la emigración externa. País Vasco, Cataluña, Asturias y las Islas Baleares fueron los destinos principales de esa riada de españoles animados por las posibilidades de la industria y del emergente sector turístico. Barcelona siguió siendo durante este periodo el foco de atracción principal para los emigrantes granadinos, como queda demostrado en el hecho de que, entre 1958 y 1964, fue Granada la que mayor número de individuos aportó a la provincia catalana.¹⁵ Tan masivo traslado de población del campo hacia las ciudades motivó, de una parte, una vertiginosa y desordenada urbanización que, al mismo tiempo que se convertía en bandera de la modernización española, se erigía como una enorme fuente de problemas sociales. Pero, de otra parte, acrecentó las desigualdades regionales, como consecuencia de la pérdida de fuerza de trabajo en el campo y el envejecimiento de su población activa.

Por tanto, durante los años sesenta, aquellas provincias que siguieron sustentando sus economías sobre los cimientos de una agricultura tradicional no experimentaron el crecimiento de las áreas industrializadas. Mientras la población activa agraria del país pasó de representar el 41,7% del total en 1960 al 34,8% en 1965 y los españoles empleados en la industria superaron por primera vez a los que trabajaban en la agricultura, regiones como Granada continuaron todavía manteniendo a una mayoría de su población ocupada en el campo. A pesar del crecimiento de la industria, en 1960 todavía un 62,2% de los granadinos trabajaban en el sector agrícola, siendo en 1964 la séptima provincia con mayor número de hombres y mujeres empleados en la tierra. Además, la fuerte emigración a la que Granada se vio sometida no mitigó apenas el

¹⁴ PRADA RODRIGUEZ, Julio. “Conflicto y consenso...”, Op. Cit., pp. 329-330; El testimonio en Entrevista a Cecilia, Granada, 8-3-2011.

¹⁵ CASTRO CHICO, Elvira. “Aspectos sociológicos de la inmigración granadina...”, Op. Cit., pp. 10-11; INE, *Reseña Estadística de la provincia de Granada*, Madrid, 1965, pp. 139 y ss.; AGA, Gobernación, Caja 44/11318, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1961.

problema del paro estacional, sino que éste se vio agravado como consecuencia de la lenta pero progresiva mecanización del sector agrícola. De las 130.719 personas activas en la agricultura granadina en 1965, 71.524 (un 54,7%) eran eventuales.¹⁶

Con este panorama, las autoridades de las regiones menos beneficiadas por el desarrollo industrial comenzaron a manejar una retórica favorable a la industrialización de sus provincias como remedio milagroso que acabaría con los males de sus habitantes, crearía la riqueza necesaria para su crecimiento económico y apaciguaría los ánimos de los más descontentos. Los dirigentes granadinos no ocultaron que la provincia padecía una “deficiencia industrial bastante acusada” que había de ser corregida urgentemente. Según los empresarios y tecnócratas de la provincia, Granada estaba todavía a tiempo de enmendar la mala situación de su industria, porque su subdesarrollo no era consecuencia de una falta de potencial. Para Eugenio González Castro, industrial y presidente del Sindicato de la Alimentación, aunque la situación del sector era de “evidente retroceso económico”, la provincia contaba con una “tradicción industrial” lo suficientemente poderosa como para “afrontar el porvenir de manera esperanzadora”. A juicio de los encargados de impulsar el “desarrollismo” granadino, el problema no residía tanto en los medios disponibles como en la pasividad ciudadana. Si bien se reconocía que el Estado debía aportar su esfuerzo y dinero para la industrialización de la provincia, se argumentaba que “los más obligados” eran “aquellos granadinos que teniendo en sus manos fuerzas económicas se dejan caer en la postura cómoda de la riqueza inactiva”.¹⁷ Sea como fuere, en lo que todas las fuerzas sociales de Granada parecían estar de acuerdo era en la necesidad de convencer a la sociedad de que la solución al atraso provincial pasaba por llenar el cielo granadino del humo de las fábricas:

“No le demos vueltas: hay que crear nuevas industrias. Y en Granada ¡qué poca cosa se ha hecho en este sentido! O faltan auténticos organizadores y dirigentes o se carece de la necesaria voluntad para acometer esta clase de obras, el camino más eficaz no solamente para engrandecer el país, sino para convertir en realidad el deseo de un mayor bienestar para todos los españoles. Asistimos, no sin cierta envidia, al crecimiento y esplendor de muchas provincias españolas [...]. Aquí, poco o nada se hace en este orden. Y si no se pone remedio a tan

¹⁶ Las cifras en: ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas históricas... Op. Cit.*, p. 82; CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE LA PROVINCIA DE GRANADA. *Memoria comercial, 1962-1964*. Granada, Anel, s/f, pp. 108-109; AGA, Gobernación, Caja 44/11688, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1965.

¹⁷ Las citas en: *Ideal*, 1-1-1961; *Patria*, 20-5-1962 y 10-3-1963.

perniciosa atonía, nos encontraremos andando los años con el hecho desagradable de habernos quedado rezagados, dormidos en nuestro vivir tranquilo y fácil”.¹⁸

En opinión de las jerarquías provinciales, la solución a la depauperada situación económica estaba en “robustecer y engrandecer la embrionaria industria existente”, lo que ponía de manifiesto que, a su juicio, el problema principal era que Granada quedara marginada del “progreso” y no tanto mejorar la situación económica de los más débiles. Para ello, entre otras medidas, se consideraba fundamental el desarrollo de industrias fertilizantes que abastecieran a la agricultura, la ampliación de la producción agropecuaria, el fomento de las rudimentarias industrias de tipo conservero y azucarero que existían en la región y la creación de fábricas metalúrgicas de tipo medio para cubrir las nuevas demandas del consumo. Objetivos para los cuales llegó a constituirse un “Patronato Proindustrialización” de la provincia.¹⁹

Sin embargo –y pese a las críticas contra la apatía de los capitalistas granadinos– los mandos provinciales depositaron la mayor parte de sus esperanzas en la planificación indicativa impulsada por el Estado. La concesión de un “Polo de Desarrollo” se convirtió en el anhelo de empresarios, inversores, autoridades y de buena parte de la sociedad granadina, que vio en la industrialización una forma de mejorar sus condiciones de vida sin tener que marchar lejos de sus hogares. El anuncio de que se establecerían “polos de promoción industrial” en zonas escasamente industrializadas creó unas esperanzas que quedaron disipadas cuando, en enero de 1964, Granada quedó completamente al margen.²⁰ La decepción se apoderó de los ciudadanos. De cara al público las autoridades provinciales comprendían que, “como granadinos, no puede gustarnos habernos quedado sin nuestro Polo de Desarrollo”, pero se confiaba en que, aún así, la industrialización sería posible merced a “la inversión pública, a la que tenemos que estar agradecidos al Gobierno”. Sin embargo, internamente, las jerarquías sindicales de Granada, no dudaron en censurar la exclusión de la provincia del I Plan de Desarrollo: “(Se) propugna la acción a favor de las áreas necesitadas. Granada, que es un claro ejemplo, no recibe nada”. A su juicio, a la Administración Central le correspondía “una parte de responsabilidad” en el retraso de la provincia, puesto que, al

¹⁸ *Ideal*, 19-3-1961.

¹⁹ Véase AGA, Gobernación, Caja 32/11309, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1960. Sobre la creación del Patronato: *Ideal*, 10-1-1962.

²⁰ Véase TITOS MARTÍNEZ, Manuel et. al. *La Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Granada*. Granada, Anel, 1987, p. 439; Decreto 153 de la Presidencia del Gobierno sobre localización de polos de desarrollo, polos de promoción industrial y polígonos de descongestión industrial, 30-1-1964.

quedar al margen del Plan, se había acrecentado “el ambiente pesimista” y “el capital granadino ha concurrido a otras comarcas y regiones favorecidas por el Plan”.²¹

El proceso industrializador destapó rápidamente las desigualdades regionales. Mientras zonas como el País Vasco, Cataluña o Asturias veían crecer a su alrededor importantes concentraciones industriales, las áreas del interior peninsular y aquellas provincias cuyo subdesarrollo económico impedía la creación de un tejido industrial debían conformarse con presenciar el auge del sector desde la lejanía. Si bien es cierto que la producción industrial de Andalucía fue en constante aumento desde mediados de los cincuenta, el nivel de 1929 no fue superado hasta el año 1961. Además, tras la concesión de los “polos” de Huelva y Sevilla, las diferencias entre la Andalucía Occidental y la Oriental se agrandaron. Igualmente, el ya de por sí escaso peso de la industria andaluza sobre el conjunto de la nacional se vio reducido durante el transcurso de los años sesenta, pasando de representar el 10,7% en 1955 al 9,6% en 1964.²² Un panorama poco alentador que tomaba tintes dramáticos en Granada, cuya producción industrial en 1960 suponía únicamente el 7,4% del total andaluz, nivel que mantuvo prácticamente inalterado durante los años siguientes. En 1965, con excepción de las fábricas azucareras, las demás industrias de la provincia fueron calificadas oficialmente como “poco florecientes”. Un año antes, de los 2.221 establecimientos industriales radicados en la provincia, 1.050 (un 47,2%) estaban dedicados a la producción de alimentos. Al contrario de lo que los nuevos tiempos requerían, el sector secundario granadino siguió durante este periodo anclado en los métodos y productos tradicionales y orientado fundamentalmente hacia la creación de industrias ligeras de base agropecuaria, enormemente dependientes de recursos energéticos poco estables y de los estímulos de un mercado casi inexistente.²³ Esta situación pudo provocar que la

²¹ Los entrecomillados en *Trabajo*, 116, mayo de 1964; y AGA, Gobernación, Caja 44/11688, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1965.

²² ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas históricas... Op. Cit.*, p. 493; y MARCHANTE, Andrés y ROBLES, Luis. “La industria andaluza” en LÓPEZ RUBIO, José (dir.). *Introducción a la economía andaluza*. Madrid, Civitas, 1997, pp. 137-179; GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y GÓMEZ OLIVER, Miguel (coords.). *Historia contemporánea de Andalucía... Op. Cit.*, p. 400-403.

²³ INE, *Reseña Estadística... Op. Cit.*, 1965, p. 505; PAREJO BARRANCO, Antonio (coord.). *Estadísticas históricas sobre el sector industrial, minero y energético de Andalucía en el siglo XX*. Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía, 2005, cd-rom; TITOS MARTÍNEZ, Manuel et. al. *La Cámara Oficial de Comercio... Op. Cit.*, p. 447; y GUTIÉRREZ LOZANO, José María. “La industria” en TITOS MARTÍNEZ, Manuel (dir.). *Historia económica de Granada*. Granada, Cámara de Comercio, Navegación e Industria de Granada, 1998, pp. 157-171; ORTEGA LÓPEZ, Teresa. *Trabajadores y jornaleros contra patronos y verticalistas. Conflictividad laboral y reivindicación democrática en una provincia periférica y escasamente desarrollada*. Granada, 1936-1982, Tesis doctoral, Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 129-138

legitimidad basada en el crecimiento económico que manejaba el régimen empezara a perder eficacia en provincias que, como Granada, quedaron marginadas de la ola industrializadora que afectaba a otras zonas del país y que, para muchos, era el remedio al atraso del sector agrícola.

Junto a la industria, el otro estandarte del “desarrollismo” español fue el turismo. El incremento del número de visitantes extranjeros producido durante los años cincuenta, se vio confirmado durante la década de los sesenta. De los 4.194.700 turistas que recibió España en 1959 se pasó a 17.251.700 en 1966. Si en 1960 existían 150.821 plazas repartidas en 2.551 hoteles, cinco años más tarde habían ascendido a 328.067 plazas en 6.000 establecimientos hoteleros.²⁴ Las medidas estabilizadoras supusieron un alivio para un sector que hasta entonces había permanecido muy por debajo de sus posibilidades. El régimen se encontró de repente con una fuente inesperada de divisas necesarias para equilibrar la balanza comercial a la que, sorprendentemente, no le había prestado excesiva atención.²⁵ Y, sin embargo, para entonces ya se había consolidado una variedad de turismo muy determinada, que estaba resultando enormemente beneficiosa: un turismo de “sol y playa”, especializado en pocos pero potentes mercados inversores (Gran Bretaña, Francia y Alemania) y que, por sus propias características, se encontraba muy concentrado en las zonas de litoral y restringido al periodo estival. La existencia de empleados poco preparados, hoteles no siempre confortables y servicios muchas veces deficientes no fue un impedimento para que las clases medias europeas acudieran a España atraídas por las benignas condiciones climáticas y los bajos precios existentes.²⁶

La escasa atención que el Estado le había prestado al sector cambió con la llegada de Manuel Fraga al Ministerio de Información y Turismo en 1962. A partir de entonces, quedó aprobada toda una legislación –Ley de Competencias Turísticas y Ley de Zonas de Interés Turístico– y se crearon organismos –Subsecretaría de Turismo, Institutos de Estudios Turísticos o la Escuela Oficial de Turismo– destinados a ampliar el control del Estado sobre el flujo de extranjeros a territorio español y a mejorar la

²⁴ MORENO GARRIDO, Ana. *Historia del turismo en España en el siglo XX*. Madrid, Síntesis, 2007, pp. 253-254.

²⁵ PACK, Sasha. *La invasión pacífica...* *Op. Cit.*, p. 138; VALLEJO POUSADA, Rafael; MORENO GARRIDO, Ana. *Historia del turismo...* *Op. Cit.*, p. 225.

²⁶ MORENO GARRIDO, Ana. *Historia del turismo...* *Op. Cit.*, p. 226. CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos. *La invasión de las suecas*. Barcelona, Ariel, 2009, p. 137.

calidad del sector.²⁷ Todas estas medidas no ocultaban que el régimen franquista recibía unos ingresos muy superiores en relación con la inversión realizada en turismo, ni que las medidas adoptadas desde el Gobierno no contribuían a garantizar una mayor afluencia de viajeros. Para muchos sectores del interior del régimen, la rentabilidad del turismo no compensaba sus potenciales peligros. Pero lo cierto era que la dictadura no necesitaba ofrecer excesivos estímulos a los ciudadanos europeos para que vinieran a España. El mantenimiento fijo de los precios hoteleros, el escaso valor de la peseta, la folklórica propaganda del *Spain is different* y dejar la iniciativa al sector privado, fueron medidas más que suficientes para proporcionar una riada de turistas vital para la prolongación del crecimiento económico y, de paso, ir venciendo las resistencias de ciertos sectores del régimen ante el fenómeno.²⁸

Las autoridades granadinas también se percataron de las potencialidades que encerraba el turismo y, al contrario de lo que sucedía con la industria, sabían que la provincia contaba con buenos cimientos donde asentar el crecimiento del incipiente sector. El triángulo formado por la costa, Sierra Nevada y la capital parecía asegurar a la provincia un importante contingente de visitantes cada año. En 1960, el Gobierno Civil de Granada vislumbraba un “gran porvenir” al sector turístico, merced a “sus bellezas naturales” y el “gran desarrollo de la industria hotelera en la capital y en ciertos puntos del litoral”. En efecto, la capacidad hotelera de Granada ascendió de 2.788 plazas en 1957 a 4.825 en 1966. Las informaciones facilitadas por la oficina de la Subsecretaría de Turismo en la capital pasaron de 24.179 en 1960 a 41.698 en 1963 y, entre 1957 y 1964, el número de visitantes recibidos por la provincia aumentó de 213.000 a 408.000 (Tabla 3). De manera que, a la altura de 1962, el peso del sector turístico en la economía granadina no solo era superior al de España y Andalucía, sino incluso al de Málaga.²⁹ “El turismo se notó muchísimo en Granada –asegura Daniel–, porque además ellos venían con dólares y libras y compraban ropas y zapatos. Todas las noches estaban en el Sacro Monte de jurga con las zambras. ¿Por qué? Pues porque todo estaba *tirao* de

²⁷ PELLEJERO, Carmelo. *Historia de la economía del turismo en España*. Madrid, Civitas, 1999; PACK, Sasha. “Turismo y cambio político en la España de Franco”, en TOWNSON, Nigel (ed.). *España en cambio...* Op. Cit., pp. 23-47.

²⁸ PACK, Sasha. *La invasión pacífica...* Op. Cit., pp. 222-223; y MORENO GARRIDO, Ana. *Historia del turismo...* Op. Cit., pp. 252-255.

²⁹ AGA, Gobernación, Caja 32/11309, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1960; INE, *Reseña estadística...* Op. Cit., 1965, p. 231; VILLEGAS, Francisco. “El turismo” en TITOS MARTÍNEZ, Manuel (dir.). *Historia económica...* Op. Cit., p. 285; PELLEJERO, Carmelo. *Estadísticas históricas sobre el sector turístico de Andalucía en el siglo XX*. Sevilla, IEA, 2006, cd-rom.

precio”.³⁰ Para entonces los granadinos eran conscientes de la rentabilidad del turismo para la ciudad y lo veían como la vía más propicia para sumarse al “desarrollismo” nacional, por lo que no dudaron en hacer lo posible para preservar ese caudal de beneficios.

Aunque la mayor parte de los granadinos percibieran que el *boom* turístico les afectaba y que repercutía positivamente sobre la ciudad, la realidad era que, al comparar su crecimiento con el del conjunto de la nación, el sector turístico granadino quedaba empequeñecido. Mientras Granada había doblado su número de visitantes en tan solo siete años, España casi lo había quintuplicado (*Ver tabla 1*). El tipo de turismo promocionado por los dirigentes políticos nacionales y la escasa capacidad de adaptación mostrada por las jerarquías provinciales ralentizaron de manera significativa el desarrollo del turismo granadino. El Vicesecretario provincial de Ordenación Social, José Espada Sánchez, reconocía que Granada se había quedado “un poco dormida en los muros de la Alhambra”, como lo probaba el hecho de que de cada mil turistas que entraban al país en 1960, solo se dirigían a la provincia 4,3. Para las jerarquías sindicales, el mayor problema del turismo provincial residía en que los turistas que llegaban a la ciudad no hacían noche en Granada, sino que visitaban de manera fugaz los monumentos granadinos y volvían a sus hoteles en la Costa del Sol malagueña. Se trataba, por tanto, de un turismo de tránsito, que repercutía exclusivamente en la capital y que apenas dejaba divisas al sector hotelero granadino.³¹ Pueblos del litoral granadino como Almuñécar o Castell de Ferro contaban con importantes deficiencias en sus alojamientos y otros, como Torrenueva o La Mamola, sufrían una generalizada carencia de viviendas, escuelas, alumbrado público o médicos, que anulaba toda posibilidad de recibir turismo externo. La falta de un aeropuerto comercial y el ruinoso aeródromo de Armilla, cuya falta de servicios y el mal estado de las pistas solo permitía el aterrizaje de los aviones más pequeños, asfixiaba de manera considerable las potencialidades turísticas de la provincia. En 1962 Granada contaba con tres vuelos semanales frente a los 25 de Sevilla o los 36 de Málaga, llegando el tráfico de pasajeros a situarse por debajo de los cien pasajeros anuales a finales de la década. Y, finalmente, las posibilidades abiertas por Sierra Nevada tampoco eran aprovechadas al máximo. No fue hasta la llegada de José María Alfín Delgado al Gobierno Civil de la provincia en 1960,

³⁰ Entrevista a Daniel, Granada, 18-3-2011.

³¹ AGA, Sindicatos, Caja 35/00262, “Ponencia sobre turismo presentada al Pleno Económico Sindical”, s/f; *Patria*, 29-5-1962; AHPG, AISS, Consejo Económico Sindical, 1962.

cuando se empezaron a tomar las primeras medidas al respecto (electrificación de los albergues, dotación de máquinas quitanieves, reparación de la carretera, Plan Municipal de Estación invernal), quedando ejemplificado el avance en la visita de Franco a Sierra Nevada en mayo de 1961. Pero, aun así, las carencias de ciertos servicios y la tardanza en la realización de las mejoras proyectadas impidieron explotar al máximo la zona.³² En definitiva, a pesar de que algunos sectores –especialmente del sindicalismo falangista– abogaron por un mayor aprovechamiento de los recursos turísticos de la provincia, la escasa adaptabilidad del turismo provincial a las demandas de los europeos, las deficiencias en las infraestructuras y el hecho de que, también a nivel provincial, fuera considerado una fuente de ingresos coyuntural, hizo que no contara con la misma atención del sector agrícola o el industrial.

Evolución del número de turistas recibidos en España y Granada y variación anual (1957-1964)

Año	España	Granada	Variación	
			España	Granada
1957	3.187.015	213.000		
1958	3.503.867	214.500	+ 9,9%	+ 0,7%
1959	4.104.686	228.500	+ 17,1%	+ 6,5%
1960	6.113.255	250.500	+ 48,9%	+ 9,6%
1961	7.455.262	302.500	+ 21,9%	+ 20,7%
1962	8.668.722	363.000	+ 16,2%	+ 20%
1963	10.931.626	380.000	+ 26,1%	+ 4,6%
1964	14.251.428	408.000	+ 30,3%	+ 7,3%

TABLA 3. Fuente: CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE LA PROVINCIA DE GRANADA. *Memoria comercial, 1962-1964*. Granada, Anel, s/f. Elaboración propia.

En resumen, el enorme crecimiento experimentado por la economía española tras la puesta en marcha del Plan de Estabilización de 1959 no afectó por igual al conjunto del territorio nacional. El espectacular desarrollo que algunas regiones vivieron al amparo de la industrialización o del pujante sector turístico contrastó con el

³² Las malas condiciones de la costa en *Ideal*, 15-8-1958; para el aeropuerto véase: *Ideal*, 16-5-1962, 16-3-1965 y 28-4-1966; ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas históricas... Op. Cit.*, p. 695; para Sierra Nevada y sus problemas: AHPG, AISS, Consejo Económico Sindical, 1962; AGA, Gobernación, Caja 32/11309, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1960; *Boletín*, 11, febrero de 1962; *Patria*, 1-5-1961.

subdesarrollo de las zonas del interior. En el caso de Granada, la ausencia de un tejido industrial saludable impidió que la provincia se sumara al avance económico del país. La mecanización de la agricultura, unida a la industrialización de Cataluña, Asturias o el País Vasco, provocó una expulsión masiva de la población que vació el campo granadino y envejeció su población activa. La baza del turismo tampoco permitió que Granada alcanzase el ritmo de crecimiento de otras regiones españolas, puesto que, pese a las positivas condiciones de la provincia, las autoridades no supieron acomodarse a las exigencias de “sol y playa” que demandaban los visitantes extranjeros. A pesar de que los defectos del modelo de crecimiento marginaron a ciudades como las de Granada, sus posibilidades económicas eran mayores que en los años cincuenta y mucho más prometedoras que las de la posguerra, la estructura económica provincial había experimentado una importante terciarización y la expulsión de mano de obra agraria aliviaba tenuemente la situación del campo. La sensación de que se crecía bastó para que el franquismo contara con un elemento más para legitimar su permanencia.

2. Entre la televisión y la chabola: el surgimiento de la sociedad de consumo y sus desequilibrios

El increíble desarrollo económico experimentado por España desde inicios de los sesenta no solo sirvió para equilibrar la balanza de pagos nacional, fomentar la industrialización del país y sanear las cuentas del Estado, sino que también tuvo consecuencias beneficiosas para el conjunto de los españoles. Los años sesenta sepultaron de manera definitiva la autarquía económica e inauguraron un nuevo modelo de crecimiento que cambió por completo la imagen del país. En un periodo de tiempo muy corto, España pasó de ser una nación atrasada y hambrienta a otra moderna y “occidental”. El espectacular salto dado por el país tuvo una enorme incidencia sobre las actitudes y comportamientos del conjunto de los españoles y abrió nuevas posibilidades para la captación de apoyos sociales por parte del régimen. Pero, al mismo tiempo, el régimen tuvo que hacer frente a los desafíos de la modernidad, tras más de dos décadas sustentándose sobre una España muy diferente a la que estaba por venir. En este sentido, el desarrollo económico se convirtió en un arma de doble filo que si por una parte parecía encarnar una inagotable fuente de beneficios para el mantenimiento del orden y la paz social, por otra engendraba importantes amenazas para la propia estabilidad del

Estado, al abrir un escenario político, social, económico y cultural diferente al de etapas precedentes.

Evidentemente, el crecimiento español de los años sesenta no había nacido como por ensalmo merced a las medidas estabilizadoras aplicadas en 1959. Muy al contrario, al término de los cincuenta, se podían percibir el efecto de las transformaciones sociales y económicas acaecidas durante la década. España había visto crecer su población, pasando de 26 a 31 millones de habitantes entre 1940 y 1960; la estructura económica de la nación se había modificado notablemente, al aumentar el peso de la industria y los servicios en detrimento del sector agrícola; para entonces un tercio de los españoles residía en ciudades de más de 100.000 habitantes, lo que había provocado una acelerada urbanización; y mientras un millón de emigrantes habían abandonado el país en busca de nuevas oportunidades, otros habían experimentado una leve mejora en sus condiciones de vida, debido a la paulatina liberación de los grilletes de la autarquía y al dinero procedente de Estados Unidos y de las primeras divisas enviadas por los emigrantes.³³ Sin embargo, fue desde el inicio de los sesenta, cuando los cambios se sucedieron más profunda y vertiginosamente, trazando una significativa cesura con lo acontecido hasta entonces, apagando definitivamente las últimas ascuas de la miseria de la posguerra y creando un favorable panorama económico para el régimen. Pero ¿qué repercusión tuvo el “desarrollismo” sobre la capacidad proselitista de la dictadura y sobre las actitudes de los españoles de esas “zonas grises” sustancialmente consolidadas durante los años cincuenta?

Sin lugar a dudas, conocer las repercusiones que la expansión económica vivida por España desde inicios de los años sesenta tuvo sobre el grado de apoyo social del que gozó la dictadura no es una tarea sencilla. Mientras que para algunos autores el crecimiento económico de la década ofreció al régimen un nuevo elemento sobre el que asentar su estabilidad, para otros, incrementó los deseos de mayores libertades políticas de amplios grupos sociales.³⁴ Sin embargo, a nuestro juicio, las dos interpretaciones no son excluyentes, sino que, por el contrario, su combinación nos aproxima mucho más a la realidad de lo sucedido. Porque si, de un lado, el aumento del desarrollo económico hizo mucho más marcados los desequilibrios sociales y regionales del país, por otro,

³³ Para estos cambios: FUSI, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi. *España... Op. Cit.*, p. 310.

³⁴ Sobre este debate véase: LÓPEZ PINA, Antonio y LÓPEZ ARANGUREN, Eduardo. *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976, pp. 191-193; Favorable a que el desarrollo económico fomentó la conflictividad se muestra DOMÈNECH, Xavier. “La otra cara del milagro español. Clase obrera y movimiento obrero en los años del desarrollismo”, *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 91-112; algo más ecléctica es la visión de CAZORLA, Antonio. *Fear and progress... Op. Cit.*, p. 177.

posibilitó que importantes segmentos de la sociedad española alcanzaran unas condiciones de vida más elevadas. Añadamos a ello, que la negativa del régimen a cualquier avance en el sentido de una democratización real de la nación española y la permanencia del autoritarismo y la represión como pilares esenciales de su práctica política, no impidieron que fuera bajo la dictadura de Franco cuando se pusieron las bases de un incipiente “Estado del Bienestar”. De modo que, el importante déficit de libertades políticas que sufría la sociedad española no fue obstáculo para que España se fuera convirtiendo en una sociedad de consumo durante los años sesenta y se aproximase, aunque muy lentamente, a las realidades económica y social de otras naciones europeas.³⁵

Las medidas estabilizadoras y el camino andado durante la década precedente no solo resultaron fundamentales para poblar el territorio español de fábricas y alentar la llegada de turistas extranjeros, sino que posibilitaron que cada vez más ciudadanos pudieran acceder a nuevos productos. El propio crecimiento económico era también en parte una consecuencia de esa mayor capacidad adquisitiva de los españoles, como quedaba demostrado en el desarrollo industrial propiciado por la creciente demanda de nuevos bienes de consumo por parte de la población. Pero junto con la positiva evolución de la economía española, hubo otros factores explicativos de los rápidos cambios operados en este campo. Las innovaciones tecnológicas y la vertiginosa industrialización ejercieron una fuerte presión sobre las estructuras normativas de la sociedad y sobre los valores sociales que, hasta entonces, orientaban sus actitudes, opiniones y comportamientos. La organización tecnocrática de la economía y la racionalización administrativa en la que se asentaba la política del régimen franquista desde 1957, trasladó su lenguaje al conjunto de la sociedad española que, con frecuencia, asumió tales principios como una positiva innovación respecto a épocas pasadas. La racionalidad, la eficiencia, el progreso tecnológico, la acumulación de capital, la posibilidad de éxito personal y el individualismo se convirtieron progresivamente en las máximas de la nueva sociedad de los sesenta.³⁶

³⁵ RODRÍGUEZ CABRERO, Gregorio. “Orígenes y evolución del Estado de Bienestar español en su perspectiva histórica. Una visión general”, *Política y sociedad*, 2, 1989, pp. 80-81; DE MIGUEL, Amando. *Manual de estructura social de España*. Madrid, Tecnos, 1974, p. 33.

³⁶ HÉRIZ SARACIBAR, Iciar. “Nevera, televisión y seiscientos: cambios y transformaciones en los valores y percepciones de la sociedad española” en *Actas de las VI Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos: la Transición a la democracia en España. Historia y fuentes documentales*. Guadalajara, Archivo Histórico Provincial de Guadalajara, 2003; ROMO PARRA, Carmen y VERA BALANZA, María Teresa. “Modernidad y simulacro: la planificación moral y estética de las mujeres en la España del desarrollo”, en CAMPOS LUQUE, Concepción y GONZÁLEZ CASTILLEJO,

Por otra parte, el consumo representó para muchos sectores sociales del país la vía de escape a la gris realidad en la que habían vivido desde el término de la Guerra Civil. Inmediatamente, se le revistió de una fuerte carga simbólica que hizo de la adquisición de los nuevos productos un signo de modernidad y de ruptura con el pasado. En este aspecto, la publicidad y el progresivo arraigo de la televisión en España jugaron un papel fundamental en la extensión de los hábitos de consumo entre los ciudadanos. El enorme grado de desarrollo alcanzado por la publicidad fue en parte responsable de la voracidad consumista de los españoles, puesto que los nuevos productos aparecían recubiertos de un halo de modernidad en buena medida contrarios a la ideología política en la que el régimen se sustentaba.³⁷ Sin embargo, existió un factor mucho más decisivo a la hora de explicar la precipitación con que los españoles se lanzaron a la adquisición de los bienes ofrecidos por el mercado: el recuerdo del hambre y escasez padecidas durante muchos años. Quienes habían vivido en sus carnes la Guerra Civil y la carestía de alimentos durante los años cuarenta y buena parte de los cincuenta, se encontraron de repente con que la adquisición de los nuevos bienes obtenidos al amparo del crecimiento económico nacional les bridaba la posibilidad de alejar los fantasmas que durante años les habían acosado.³⁸ Bajo tales premisas, resulta lógico que fueran muchos los españoles que aceptaran de buen grado la incorporación de España al sistema capitalista y que vieran que, pese a la ausencia de libertades democráticas, el régimen de Franco tenía en sus manos la capacidad de darle a la población un nivel de vida y confort similar a las de los países de su entorno.

Al valorar lo ocurrido desde inicios de los años sesenta, la mayor parte de los españoles coinciden en señalar que el crecimiento económico de España se tradujo en una mejora de las condiciones de vida. “Granada empezó a espabilarse a finales de los cincuenta cuando vino Eisenhower” reconoce Daniel. “A mí durante aquellos años me

María José (coords.). *Mujeres y dictaduras en Europa y América: el largo camino*. Málaga, Universidad de Málaga, 1996, pp. 149-174.

³⁷ ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Alfonso. *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*. Madrid, Debate, 1994, pp. 84-85; MONTERO, Mercedes. “Desarrollismo, consumo y publicidad. Un enfoque histórico (España 1960-1975)”, *Pensar la publicidad*, 2011, 5 (1), p. 266; LÓPEZ PÉREZ, Sofía. “La publicidad como factor de cambio en los procesos de transformación social: el caso de España en el paso del franquismo a la democracia” en BERMEJO, J. (ed.). *Publicidad y cambio social: contribuciones históricas y perspectivas de futuro*. Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, 2005. Véanse también las reflexiones de RUEDA LAFFOND, José Carlos y CORONADO RUIZ, Carlota. “La codificación televisiva del franquismo: de la historia del entretenimiento a la historia como entretenimiento”, *Historia Crítica*, 40, 2010, pp. 170-195.

³⁸ MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel. *Cambio social y modernización política. Anuario político español, 1969*. Madrid, Cuadernos para el diálogo, p. 86; ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Alfonso. *Historia del consumo en España... Op. Cit.*, p. 87; REBOLLO ARÉVALO, Alfonso. *La estructura del consumo en España*. Madrid, Instituto Nacional de Consumo, 1983, pp. 33-34.

mejoró la vida mucho”, admite Ana. Rafael G. percibió cómo, con la llegada de la nueva década, entre el núcleo obrero del Albayzín donde residía, “la diferencia fue realmente notoria, porque mejoró el poder adquisitivo, la gente ganaba más y las cosas mejoraban”. Gente como Eugenia, que todavía a inicios de los sesenta vivía en condiciones muy humildes, asegura que “se notó mucho el cambio de que ibas a mejor”. Incluso alguien que, como Alfonso, se mostraba opuesto a la dictadura, reconoce que “en los años sesenta el nivel de vida iba creciendo, despacio, pero creciendo”.³⁹ Por supuesto, tales percepciones se vieron muy influidas por los bajos niveles de partida, pero esto no oculta que el crecimiento experimentado por muchos ciudadanos fue tangible y real. Por ejemplo, la renta per cápita pasó de 18.057 pesetas en 1960 a 31.035 pesetas en 1964. Los españoles vieron cómo, desde el comienzo de los sesenta, sus ingresos aumentaron y su poder adquisitivo se incrementó, permitiéndoles no sólo cubrir sus necesidades con mayor suficiencia que en etapas anteriores, sino adquirir nuevas pautas de consumo y acceder a nuevas comodidades.

No debemos olvidar que esta expansión del consumo se vio muy favorecida por los cambios producidos en la estructura social española. En primer lugar, por la llegada de una nueva clase alta a sectores tales como la banca, la empresa y los puestos más cualificados de la administración del Estado, como consecuencia de la industrialización y la progresión vivida por la economía nacional. En segundo lugar –y de mayor importancia– por el incremento del peso que las clases medias tuvieron en la pirámide social de España. Unas clases medias diferentes, cuya base se encontraba en el propio entramado burocrático de la dictadura y en el sistema administrativo de las empresas y que han sido definidas como “funcionales”, en una clara diferenciación de aquellas “viejas” clases medias que sustentaban su poder en la propiedad y que han sido calificadas como “patrimoniales”.⁴⁰ Pero también unas capas medias urbanas nacidas al calor del desarrollo del sector servicios y compuestas por nuevos profesionales, técnicos y comerciantes que vieron incrementada su capacidad consumista gracias al desarrollo económico y la urbanización. Y, en tercer y último lugar, por el papel jugado por algunos sectores del mundo obrero que, debido a la emigración del campo a la ciudad y a pesar de los enorme dureza de sus condiciones laborales, adquirieron una mayor

³⁹ Entrevistas a Daniel, Granada, 18-3-2011; Ana, La Zubia (Granada), 3-10-2012; Rafael G. Granada, 16-2-2011; Eugenia, Granada, 3-3-2011 y Alfonso, Granada, 17-3-2011.

⁴⁰ Para esta diferenciación véase MURILLO FERROL, Francisco. *Las clases medias españolas*. Granada, Escuela Social de Granada, 1959; ORTÍ, Alfonso. “Estratificación social y estructura de poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa”, en VV. AA. *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, CIS; 1987, pp. 711-736.

cualificación profesional y pudieron acceder paulatinamente a los nuevos bienes de consumo.⁴¹

Quizás, el acontecimiento más relevante lo constituyó la ampliación de esa clase media, por ser el principal motor del consumo hasta mediados de los sesenta. Pero no debemos pasar por alto que su presencia era muy desigual en el territorio nacional y que mientras en las ciudades más beneficiadas por el turismo y la industrialización su peso era cada vez más evidente, en aquellas regiones más dañadas por el fenómeno migratorio, su importancia era todavía escasa. De hecho, si en 1965 se cifraba a la clase media nacional en un 37,4% de la población, en Granada solo representaba el 27,8% del total. Un desequilibrio regional evidente que, sin embargo, no oculta que, también en provincias como la granadina, se vieron ampliados los estratos medios de la población y aumentó la sensación de que la promoción social era más factible. Muchos eran gente como Daniel, que si en 1949 trabajaba de oficial en un taller, en 1966 era propietario de tres tiendas de muebles que le proporcionaban una situación muy desahogada.⁴²

Una de las primeras áreas en que los españoles notaron la evolución de sus condiciones de vida en los años sesenta fue la relativa a sus necesidades básicas. Las mejoras en la vivienda, la alimentación o el vestido constituyeron un avance especialmente importante para todos aquellos que habían sufrido la escasez y la carencia de lo más elemental durante los años cuarenta. “Ese crecimiento –comenta Alfonso– se notaba, a mi entender, en que la gente podía comer lo que lo apetecía y variar la comida. Luego lo noté en la ropa. Pero primero en la comida”. La progresiva mejora de los alimentos consumidos por los españoles durante los años cincuenta se aceleró con el inicio de la nueva década. Un primer indicador que lo confirma es la reducción del peso de los cereales en la dieta de los ciudadanos y el consumo cada vez más generalizado de productos como la leche o la carne. Ello a su vez supuso un enriquecimiento de la alimentación de la población, como lo demuestra el hecho de que, entre 1949 y 1961, el consumo medio por habitante había pasado de 2.300 a 2.733 kilocalorías. No obstante, a inicios de los sesenta, los cereales seguían representando un 40% de las calorías ingeridas por un ciudadano y, además, la dieta de las capas obreras continuaba

⁴¹ NICOLÁS MARÍN, Encarna. *La libertad encadenada... Op. Cit.*, p. 288-289; MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel. *Cambio social y modernización política... Op. Cit.*, pp. 86-87; FERNÁNDEZ CASTRO, Ignacio. *La fuerza de trabajo en España*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.

⁴² Véase CAZORLA PÉREZ, José. *Problemas de estratificación social en España*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973, pp. 100-101; y del mismo autor “Un ensayo de estratificación social española para 1957”, *Revista Española de Opinión Pública*, 1, 1965, pp. 91-119; el ejemplo en entrevista a Daniel, Granada, 18-3-2011.

sustentada sobre este tipo de alimentos. Pero, para entonces, los cereales tan solo ocupaban un 18% del presupuesto familiar, en beneficio de otra clase de productos como los huevos, la carne o la leche que, al mismo tiempo que cubrían las necesidades alimenticias, adquirirían un valor simbólico, al poner sobre la mesa bienes que hasta entonces habían resultado inaccesibles para muchas familias. Las propias autoridades granadinas se congratulaban de cómo “algunos alimentos considerados nobles” habían aumentado su porcentaje entre los españoles: “en 1955 el consumo de azúcar por habitante y año era de 4,5 kilos, mientras en 1965 ha alcanzado los 10 kilos”.⁴³ Igualmente significativa es la disminución que la partida dedicada a la compra de alimentos tuvo en el presupuesto familiar, pasando de un 55,3% en 1958 a un 48,6% en 1964. Pero no debemos pasar por alto las importantes desigualdades regionales en este campo. Prueba de ello es que es 48,6% del presupuesto familiar que se dedicaba a la alimentación en 1964 en España, se elevaba en una provincia como la de Granada a un 59,5%. Además, a la altura de 1962, con 244 pesetas por habitante, la provincia aparecía como la que menos dinero gastaba en la adquisición de carne, en claro contraste con otras zonas del país como, por ejemplo, Álava (1.914 pesetas), Madrid (2.136) o Logroño (1.585). Todo ello no hacía más que reflejar la existencia de unos claros desequilibrios regionales y de la escasa calidad nutritiva que tenía la alimentación de importantes capas de la población.⁴⁴ A pesar de lo cual, la evolución positiva experimentada en su dieta por amplios grupos sociales fue evidente y, sobre todo, una parte muy representativa de la sociedad tuvo la sensación de que su alimentación mejoraba.

Las condiciones del vestido y la vivienda también avanzaron a partir de 1960. Al igual que sucedía con los alimentos, el gasto que empleaban los españoles en el vestido y el calzado disminuyó considerablemente. “Es fácil recordar al obrero de los años de la República, en alpargatas, arropado con una pelliza, a veces con una bufanda y una boina raída en la cabeza”, afirmaba Ángel Ruiz Ayúcar al compararle con el obrero de los

⁴³ COLLANTES, Fernando. “Alimentación y sociedad de consumo en la España del siglo XX”, Comunicación presentada al *Congreso Ciencias Sociales y alimentación*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010. CUSSÓ, Xavier y GARRABOU, Ramón. “La transición nutricional en la España contemporánea: las variaciones en el consumo del pan, patatas y legumbres”, *Investigaciones de Historia Económica*, 7, pp. 69-100; SOLER SANZ, María Mercedes. “Evolución del consumo de alimentos” en *Alimentación, equipos y tecnología*, 11, 1992, pp. 171-178.

⁴⁴ FOESSA. *Informe sociológico sobre la situación social de España*. Madrid, Euroamérica, 1966, p. 111; CONTRERAS, Jesús. “Alimentación y sociedad. Sociología del consumo alimenticio en España”, en GÓMEZ BENITO, Cristóbal y GONZÁLEZ, Juan José (eds.). *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*. Madrid, CIS, 1997, pp. 417-451.

años sesenta que “hoy viste como cualquier otro ciudadano”. No era necesario volver la vista a la II República, sino que bastaba con mirar el mísero cuadro de la posguerra para calibrar el cambio experimentado. Pero había que tener en cuenta que, junto a las immaculadas camisas blancas de las clases medias profesionales que empezaban a emerger en las urbes españolas, convivían los hombres con boina y maleta de madera que ponían rumbo a Alemania y las mujeres enlutadas que habitaban en pueblos completamente ajenos al desarrollo.⁴⁵ En cuanto a la vivienda, la evolución fue mucho más irregular y la política del Estado al respecto siguió evidenciando las mismas deficiencias del decenio precedente. La creación del Ministerio de la Vivienda en 1957 trató de mostrar que el régimen estaba verdaderamente interesado en dotar de una vivienda digna a quienes carecían de ella. El incremento de la emigración durante los años cincuenta y su aceleración desde inicios de los sesenta fue el elemento que despertó una mayor preocupación entre las autoridades, que veían como el chabolismo se extendía en torno a las áreas industriales. Con escasos fondos para resolver el problema, el Ministerio de José Luis de Arrese aprobó Planes de Urgencia Social en aquellas zonas crecientemente industrializadas como Madrid, Asturias, País Vasco o Barcelona. Una vez más los problemas morales derivados del estilo de vida chabolista primaron sobre el deseo real de mitigar las miserables condiciones de los mares de uralita levantados en los suburbios de las grandes ciudades españolas.⁴⁶

En el caso de Granada, el problema de la vivienda no vino provocado por una rápida industrialización que atrajera a la población campesina hacia la ciudad. Pero la crisis del sector primario también hizo que muchos se dirigieran a la capital en busca de nuevas oportunidades abiertas por el desarrollo del sector servicios y las profesiones liberales. En 1960, de los 767.917 habitantes de la provincia, 470.880 (el 61,3% del total) eran población urbana y en torno a una cuarta parte de la población (186.031) residían en la capital. Este movimiento de población tuvo notables consecuencias sobre el mapa urbano granadino, con la creación de nuevos barrios y el desarrollo de algunos núcleos ya surgidos desde mediados de los cincuenta (Zaidín, Chana, Haza Grande, Lancha de Cenes...). La cesión de la iniciativa a la inversión privada por parte del

⁴⁵ Ver HÉRIZ SARACIBAR, Iciar. “Nevera, televisión y seiscientos...”, Op. Cit.; la cita en VV. AA. *Veinte escritores españoles hablan de 25 años de Paz*. Madrid, Servicio Informativo Español, 1964; las diferencias en VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel. *Crónica sentimental de España*. Barcelona, Grijalbo 1998 [1986].

⁴⁶ Véase PÉREZ PÉREZ, José Antonio. “El problema de la vivienda en Vizcaya bajo el franquismo”, *Vasconia*, 31, 2001, pp. 243-273; AMAYA QUER, Álex. *El ‘acelerón sindicalista’...* Op. Cit., pp. 196 y ss.; también recreado en MARSÉ, Juan. *Últimas tardes con Teresa*. Barcelona, Seix Barral, 1987 [1966], pp. 122-124.

Ayuntamiento dirigido por Manuel Sola Rodríguez-Bolívar disparó la especulación inmobiliaria y originó un desordenado crecimiento urbanístico.⁴⁷ Pero el problema más grave seguía representado por el cinturón de miseria que rodeaba a la ciudad, que en la década de los sesenta tomó perfiles dramáticos. Según el diario *Patria*, la capital granadina contaba en 1960 con unas 900 cuevas en las que vivían cerca de 6.000 personas, mientras que en el resto de la provincia la cantidad ascendía a 22.400 cuevas que guarecían a unas 120.000 almas (casi el 15% de la población). El día de Nochebuena de 1958, *Ideal* publicaba la carta de Miguel, un vecino de Haza Grande que denunciaba el peligro al que se encontraban expuestos los moradores de los barracones instalados en la ladera del Barranco de las Peñuelas.⁴⁸ La advertencia de Miguel era una de las muchas que se venían realizando tanto a través de la prensa como ante las propias autoridades granadinas. Y, sin embargo, desde el arranque de la década de los sesenta la desgracia se cernió sobre los habitantes de las cuevas.

Tras una serie de destrucciones en la primavera de 1960 que confirmaban la precaria situación de algunas familias granadinas, en octubre de 1962 llegaba la tragedia. Las chabolas, cuevas y huecos excavados en la tierra de las laderas de los barrancos de la Zorra, el Martinete y el Abogado, el Camino del Cementerio, el Sacro Monte, el Beiro o la parte alta de Albayzín se vinieron abajo. Según fuentes oficiales, 328 familias compuestas por un total de 701 personas habían resultado damnificadas por las lluvias torrenciales. La respuesta de las autoridades provinciales mediante la instalación de los afectados en el Ayuntamiento, el Palacio Arzobispal o campamentos provisionales en la fábrica azucarera de Santa Juliana, no ocultaron la falta de previsión ni el desconcierto demostrado por los mandos granadinos.⁴⁹ La principal medida adoptada fue la creación del barrio de La Virgencica para dar cobijo a los afectados. Eugenia formaba parte de una de las familias que fueron trasladadas al nuevo barrio tras perder su vivienda: “Primero pusieron tiendas de campaña, que teníamos que tener un paraguas abierto porque tenían goteras [...] Luego, las habitaciones yo no sé quien las

⁴⁷ FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, Fernando. *Análisis estructural de Granada y sus barrios*. Granada, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1977, p. 25; BOSQUE MAUREL, Joaquín. “Crecimiento y remodelación de la ciudad de Granada, 1960-1990”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 12, 1992, pp. 191-203.

⁴⁸ Las cifras en *Patria*, 2-4-1960 y CÁRITAS NACIONAL, *Proyecto de Plan Social para los damnificados de las inundaciones de Granada*- Madrid, CESA, s/f, citado en PÉREZ CASAS, Ángel. “Los gitanos y las cuevas en Granada”, *Gazeta de Antropología*, 1, 1982; la carta del vecino en *Ideal*, 24-12-1958.

⁴⁹ Para los efectos del temporal y la catástrofe de las cuevas véanse *Ideal* y *Patria*, 17 al 20 de octubre de 1962.

haría, pero éramos cuatro personas en una habitación muy pequeña, con los utensilios de guisar y las camas”. Las malas condiciones de las nuevas viviendas quedaron rápidamente de manifiesto: “Water no había, ¡qué va!, en un cubo [...] Las habitaciones tenían el techo de uralita. Que hacía una calor que te morías y el frío en invierno”. Las deficientes condiciones de las nuevas viviendas y la permanencia de numerosas familias en tiendas de campaña durante varios años despertaron las quejas de los afectados y minaron seriamente el discurso social del régimen. Más aún, cuando muchos granadinos se vieron obligados a seguir viviendo en sus cuevas, a pesar de que los daños ocasionados continuaron siendo desastrosos durante los años siguientes y costaron la vida a algunas personas.⁵⁰

Sin embargo, frente a la realidad amarga que rodeaba al casco urbano granadino, las clases altas y las emergentes clases medias compuestas por comerciantes, técnicos y profesionales vinculados al mundo empresarial o a la administración del Estado, disfrutaban de unas condiciones de vida más benignas y generalizadas que en épocas anteriores. Entre 1958 y 1966, los gastos dedicados a la vivienda aumentaron su peso en el presupuesto de los hogares españoles: del 13,3% al 18,2%. En la primera década de los sesenta fue creciendo el número de hogares que disponían de servicios tan elementales como agua corriente, retrete, luz eléctrica o agua caliente. En 1965 un 94% de las casas contaban con luz eléctrica, un 62% con agua corriente, un 50% con gas butano y un 44% tenían baño o ducha. Pero, sobre todo, llama la atención el incremento de la demanda de bienes de consumo duraderos a partir de 1960 y la positiva repercusión que tuvo sobre la producción industrial. A inicios de la década, la penetración de este tipo de productos en los hogares españoles era verdaderamente escasa: en 1960 solo el 1% disponía de televisión, un 4% de frigorífico y automóvil, un 12% de teléfono y en torno al 15% de lavadora. Seis años más tarde, ya eran un 32% de los españoles los que tenían televisión, un 28% frigorífico, un 12% automóvil, un 23% teléfono, un 36% lavadora y un 82% radio.⁵¹

⁵⁰ Las condiciones de La Virgencica en: Entrevista a Eugenia, Granada, 3-3-2011, QUITIÁN, Antonio et. al. *Curas obreros en Granada...* Op. Cit., pp. 160-161; sobre la configuración urbanística del barrio véase FERNÁNDEZ, Gloria. *Nueva Granada...* Op. Cit., pp. 129-133; las quejas por la permanencia de los campamentos provisionales en AHPCE, Caja 183/6, Correo de la Pirenaica, “Carta sobre los situación de las cuevas en Granada”, 23-4-1964; una de las nuevas catástrofes en *Patria*, 8-1-1963; el descontento también fue percibido por las autoridades: AGA, Gobernación, Caja 44/11159, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1963.

⁵¹ Los datos en: ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Alfonso. *Historia del consumo en España...* Op. Cit., p. 166; FOESSA, *Informe sociológico...* Op. Cit., p. 75.

En provincias como Granada el aumento también fue notorio durante los años sesenta. A lo largo de la década, el agua corriente pasó del 24,5% al 55,7%, los hogares que disponían de cuarto de baño o ducha ascendieron del 11,8% al 28,2%, la calefacción pasó del 1,3% al 2,7% y el teléfono del 3% al 9%. El parque de automóviles también experimentó un importante crecimiento (de producirse 987 vehículos en 1955 se pasó a 4.780 diez años más tarde) y la compra de televisores aumentó a un ritmo frenético (de los 637 televisores registrados en 1962 se pasó en solo un año a 1.770).⁵² A pesar de ello no podemos olvidar dos elementos fundamentales. De un lado, que el aumento de los bienes de consumo duraderos por parte de los españoles estaba por debajo del existente en las democracias occidentales. En 1966, en España existía un retraso respecto a Francia de quince años en el consumo de automóviles, seis años en el de frigoríficos y tres años en los televisores. La política autárquica adoptada al término de la Guerra Civil había sumido al país en un atraso que solo con la inserción de la economía española en el plano internacional estaba empezando a solventarse.⁵³ Del otro lado, el nacimiento de la sociedad de consumo originó unos importantes desequilibrios regionales que quedaron patentes en las provincias menos favorecidas por el desarrollo. A pesar de las mejoras experimentadas por una provincia como la de Granada, la diferencia en los avances respecto al conjunto de la nación española fue evidente (*Tabla 4*).

Servicios de los hogares españoles y granadinos (1965)

Servicio	Granada	España
Agua corriente	24,5%	45%
Cuarto de baño o ducha	11,8%	24%
Electricidad	81,4%	89,3%
Calefacción	1,3%	4,3%
Teléfono	5,2%	10,5%
Inodoro	54,6%	65,1%
Habitantes por médico	928	765
Radio por habitante	49‰	89,3‰

TABLA 4. Fuentes: FOESSA, *Informe sociológico...* Op. Cit., p. 223 y ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas del siglo XX...* Op. Cit., p. 263 y CAZORLA PÉREZ, José. *Factores de la estructura socio-económica de Andalucía Oriental*, Granada, Caja de Ahorros, 1965, pp. 471-473. Elaboración propia

⁵² Las estadísticas de Granada En ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas históricas...* Op. Cit., pp. 263 y 687-688; INE, *Reseña Estadística...* 1965, Op. Cit., pp. 260-261.

⁵³ Las diferencias con otros países en: DE MIGUEL, Amando. "Clase social y consumo en España" en MIGUEZ, Alberto. *España: ¿una sociedad de consumo?* Madrid, Ediciones Castilla, 1969, p. 79.

Pero, al margen de las desigualdades sociales y regionales generadas por el desarrollo económico de los sesenta, la percepción general fue de crecimiento respecto a periodos anteriores. Entre 1958 y 1966, el incremento de sus ingresos, hizo que muchos españoles pertenecientes a las clases altas, medias e incluso medias-bajas de la sociedad, se lanzaran vorazmente a la compra de los nuevos bienes que les ofrecían los mercados. Las páginas de la prensa diaria aparecieron plagadas de anuncios de productos que prometían una vida más fácil y sencilla a unas amas de casa que asumieron un nuevo estatus como compradoras de lavadoras, neveras, ollas exprés o frigoríficos. Simultáneamente, el Seat 600 se convirtió en el símbolo del “desarrollismo” franquista, catapultando la demanda hasta el punto que los españoles debían aguardar más de un año para hacerse con uno. La compra de ciertos productos puso pronto de manifiesto que la forma de consumir de los españoles era en cierta medida acrítica y con un fuerte contenido simbólico.⁵⁴ La posesión de un televisor se convirtió para muchas familias en prioritaria como lo demuestra el espectacular aumento en su producción (de los 3.000 receptores existentes en España en 1956 se pasó a 1.465.000 en 1965). El papel jugado por la publicidad y el valor simbólico otorgado al hecho de tener un televisor llegaron a provocar que su instalación creciera más que la de agua corriente.⁵⁵ La posibilidad de pagar a plazos los nuevos electrodomésticos disminuyó la capacidad de ahorro de muchas familias, pero les permitió equipar su hogar con los nuevos bienes de consumo. “Yo cuando me casé ya llevaba frigorífico y lavadora [...] también tenía hornilla de butano”, asegura Concepción. En la década de los sesenta, Rafael G. vio cómo ciertas comodidades llegaban a su casa: “a mediados de los sesenta, teníamos lavadora, televisor y olla exprés. Cuando yo llegué (al Albayzín) en los cincuenta todo era de carbón”.⁵⁶

El acceso a estos nuevos bienes no solo mejoró las condiciones de los hogares de muchos españoles, sino que repercutió decisivamente sobre sus modos de vida y costumbres. La “cultura de la evasión” ya existente en los años cincuenta eclosionó definitivamente al calor de la fiebre consumista y el desarrollo económico de España y

⁵⁴ Véanse las reflexiones de: ESLAVA GALÁN, Juan. *De la alpargata al seiscientos*. Barcelona, Planeta, 2010. CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos. *La invasión... Op. Cit.* Sobre el valor simbólico del consumo véase ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Alfonso. *Historia del consumo en España... Op. Cit.*, p.160; HÉRIZ SARACIBAR, Iciar. El nacimiento de la sociedad de consumo en España cambios en la esfera privada de las mujeres, 1959-1965”, *Memoria e identidades. Actas del VII Congreso de la AHC*, Santiago de Compostela, 2004.

⁵⁵ MONTERO, Mercedes. “Desarrollismo, consumo y publicidad...”, *Op. Cit.*, p. 264; y PALACIO, Manuel. *Historia de la televisión en España*. Barcelona, Gedisa, 2008, p. 57.

⁵⁶ Entrevistas a Concepción, Granada, 10-8-2011 y Rafael G., Granada, 9-2-2011.

se extendió entre las clases medias. Las corridas de toros, los partidos de fútbol, los concursos y las comedias actuaron como elementos de entretenimiento de masas a través de las ondas televisivas. Revistas como *Granada Gráfica* encarnaban a la perfección los ideales de esa cultura, informando a las mujeres de las últimas modas estadounidenses o de cómo maquillarse, entablando insulsos debates sobre el folklore local o el tipismo de un determinado barrio de la capital o publicando encuestas con preguntas tan intrascendentes como “¿Qué haría usted si fuera el último mortal de la tierra?”. A ello debe añadirse, la mayor cantidad de dinero y tiempo dedicada al ocio, la posibilidad de realizar turismo o veranear en una segunda residencia y la nueva función social del domingo como día dedicado al descanso y el esparcimiento. “Yo no había visto el mar. Y en los “botijos” (autobuses) de las Alsinas Graells nos íbamos los domingos a la playa”, relata Alfonso. Según Concepción, “la gente viajaba más” y recuerda que “pagábamos todos los meses una cuota y nos íbamos a Motril y a Torrenueva. Con la ‘vespa’ nos íbamos a Alfacar (Granada) y a otros lados”.⁵⁷ La “cultura de la evasión” constituyó una nueva vía para transmitir la misma idea de siempre: que si el régimen se mantenía en el poder no debían preocuparse por nada y que la política podía quedar al margen de sus vidas. Para ello nada mejor que la difusión de una serie de valores claramente nacionalistas y cargados de un fuerte conservadurismo y estabilidad, unidos al discurso del productivismo y el crecimiento económico que garantizaba la asimilación al nivel de vida de las sociedades europeas.⁵⁸

Por supuesto, debemos tener en cuenta el desigual alcance social y regional del crecimiento económico, el reducido acceso a los bienes de consumo en el mundo rural y los límites del discurso de la evasión propuesto por la dictadura. Pero, en primer lugar, la mejora de las condiciones de vida fue palpable entre muchos sectores de la población y, sobre todo, bien recibida entre los ciudadanos, que guardaban fresco el recuerdo de la miseria y el hambre vivida durante la posguerra. En segundo lugar, el acceso a los bienes de consumo duradero, la posibilidad de ir de vacaciones o las prestaciones de la Seguridad Social, convencieron a una parte de la sociedad de que el franquismo podía

⁵⁷ FUSI, Juan Pablo. *Un siglo de España. La cultura*. Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 114-116; Algunos ejemplos en *Granada Gráfica*, octubre-noviembre de 1957, diciembre de 1963, enero de 1964; Entrevista a Alfonso, Granada, 10-3-2011.

⁵⁸ RUEDA LAFFOND, José Carlos. “La televisión en España: expansión y consumo social, 1963-1969”, *Anàlisi*, 32, 2005, pp. 45-71; HÉRIZ SARACIBAR, Iciar. “Nevera, televisión...”, *Op. Cit.*; NICOLÁS MARÍN, Encarna. *La libertad encadenada... Op. Cit.*, 294-295. SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente. “Las culturas del tardofranquismo”, *Ayer*, 68, 2007, pp. 91-93; y AGUILAR, Paloma. *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid, Alianza, 2008, pp. 210-211.

ofrecerles similares niveles de bienestar a los de cualquier democracia de su entorno. Y, en último lugar, debemos considerar la pervivencia de un fuerte conformismo de amplios sectores de la población en lo referente a sus condiciones de vida. Como se desprende de algunos testimonios, a pesar de que en las zonas rurales la falta de bienes de consumo y comodidades era considerablemente mayor que en las ciudades, la sensación de necesidad no era tan intensa como en éstas. “Antes no teníamos vacaciones y no era ni un trauma ni nada”, sostiene Mari Carmen. Eugenia también asumía con normalidad su situación: “Vacaciones no teníamos [...] Pero nos íbamos al campo, comprábamos cerámica en los pueblos y lo pasábamos bien”.⁵⁹ Por supuesto, la falta de autobuses, agua caliente o alcantarillado provocó el descontento entre las clases modestas que habitaban los pueblos atrasados o los barrios urbanos menos equipados. Pero sus demandas de electrodomésticos, vacaciones u otro tipo de servicios asociados a la emergente sociedad de consumo eran menores a las de las clases medias y altas que habitaban en las urbes. Algo que también se deduce de otras investigaciones (*Tabla 5*). Especialmente al comparar la última columna, que correspondería a la mayor parte de los pueblos españoles, con el resto, se pone de relieve cómo el automóvil, el aspirador, el baño o la ducha, el frigorífico, la televisión, el teléfono o la lavadora, no solo estaban mucho menos presentes en los núcleos rurales que en las localidades de mayor tamaño, sino que eran considerados bienes menos necesarios para sus vidas. En el bienestar de esas clases medias –que disfrutaban de los bienes de la sociedad de consumo y de unas mejores condiciones de vida que en las décadas precedentes– y en el conformismo de los más desfavorecidos –condicionado por la intimidación y la coerción siempre presente en la vida cotidiana– encontró el franquismo los nuevos pilares de su estabilidad hasta mediados de los años sesenta.

⁵⁹ Entrevista a Eugenia, Granada, 3-3-2011 y a Mari Carmen, Granada, 18-3-2011.

**Proporción existente y sensación de necesidad de determinados bienes de consumo
entre los españoles (1966)**

Habitantes	500.000 o más		95.000-500.000		10.000 -95.000		2.000-10.000	
Artículos	Tienen %	Consideran necesario	Tienen %	Consideran necesario	Tienen %	Consideran necesario	Tienen %	Consideran necesario
Televisión	51	66	39	57	30	53	5	38
Radio	91	80	90	77	84	74	74	78
Nevera eléctrica	47	79	33	73	27	62	10	49
Nevera de hielo	31	13	18	9	8	6	5	9
Baño o ducha	59	91	57	90	47	80	18	75
Aspirador	41	32	11	26	6	20	1	12
Teléfono	53	83	33	65	21	47	8	33
Máquina de coser	76	84	75	86	68	81	54	78
Automóvil	16	32	15	28	13	24	5	16
Moto	6	10	10	10	13	10	12	21
Agua Corriente	89	99	90	100	82	98	44	99
Agua caliente o calentador de agua	40	82	38	75	34	68	9	42
Lavadora	63	83	54	85	39	79	17	50
Tocadiscos	20	24	16	18	9	14	2	7

TABLA 5. Fuente: *Encuesta Nacional de Radio y Televisión realizada por el Instituto de Opinión Pública*. Madrid, IMNASA, 1966.

3. Los diversos significados de la paz: nuevos discursos y prácticas para los años del “desarrollismo”

Las profundas transformaciones experimentadas por la economía española desde finales de los años cincuenta y los cambios en la estructura social del país tuvieron

también decisivas consecuencias sobre los discursos y prácticas políticas del régimen franquista. Los nuevos tiempos y demandas sociales exigieron a la dictadura una flexibilidad que –no lo olvidemos– ya había adoptado con bastante éxito en otras ocasiones. Ahora, a medida que el país se iba llenando de turistas ávidos de sol y playa y que los españoles empezaban a comprar televisores y equipaban sus hogares con los bienes de consumo, los dirigentes del Estado se encontraban con un desafío importante. De una parte, eran conscientes de que en el atraso nacional había residido, y todavía residía, buena parte de la efectividad de sus mecanismos de adoctrinamiento y de la despolitización social sobre la que sustentaba su estabilidad. De otra, el espectacular progreso de la economía española y la modernización que estaba alterando profundamente la fachada del país, abrían un nuevo campo de posibilidades para mostrar al conjunto de la población que los años de sacrificios e “incomprensiones” habían merecido la pena y que a España le había llegado la hora del desarrollo. Sobre el arma de doble filo que representaba el avance económico y social, con sus posibilidades y sus peligros, se desarrolló el discurso de la dictadura durante este periodo, las políticas proselitistas de las diferentes fuerzas del Estado y las actitudes y comportamientos adoptados por los españoles frente a ambas.

3. 1. Guerra y paz: La combinación de legitimidades en el discurso franquista de los años sesenta

El régimen no fue siempre el mismo. Por ello, en primer lugar, debemos dirigir nuestra mirada hacia las continuidades y permanencias en los discursos ofrecidos por la dictadura a la sociedad española. La distancia temporal con el acontecimiento fundacional del franquismo y los frutos económicos que empezaba a ofrecer el Estado tras veinte años de vida hicieron que el régimen incorporara un elemento nuevo a la defensa de su legitimidad: el desarrollo alcanzado por España desde abril de 1939. Aunque desde mediados de los cincuenta ya se vislumbraba el uso de este recurso en los discursos legitimadores empleados por la dictadura franquista, fue tras el cambio gubernamental de 1957 y la aplicación de las medidas estabilizadoras a partir de 1959, cuando la denominada “legitimidad de ejercicio” fue explotada al máximo por el Estado franquista. Se trataba de un nuevo discurso que ponía el acento en la paz, el desarrollo económico y social, el bienestar de los ciudadanos y la ausencia de pugnas ideológicas,

como pilares sobre los cuales se asentaba la sólida estabilidad ausente de conflictos en la que el régimen decía vivir. “Hay hechos de hierro y cemento, de aluminio y piedra, de acero y madera. No se caen con facilidad y quieren decir que disponemos de razones y de instrumentos suficientes para celebrar serenamente la Victoria”, se afirmaba desde una publicación sindical de Granada en 1964.⁶⁰ El objetivo de la nueva retórica no era tanto someter a comparación la “flamante” España de los sesenta con la mísera España de la posguerra, sino insistir sobre la idea de que la influencia de la República había resultado tan funesta en todos los ámbitos de la vida nacional, que solo el buen hacer del régimen de Franco había conseguido levantar al país y colocarle a las puertas de un prometedor futuro. Incluso en la provincia de Granada, donde las propias autoridades reconocían el débil alcance del desarrollo, se percibían, al decir de las jerarquías provinciales, los signos del progreso económico generados por los “XXV Años de Paz”: “En los pueblos de la vega, la economía tradicional y floreciente; en los de la costa, la industria pesquera y unas posibilidades turísticas muy destacadas, en los serranos, unas perspectivas económicas muy halagüeñas”.⁶¹ Una diferencia con la etapa republicana que no se reducía al terreno económico, sino que atañía a la propia convivencia de los españoles. La imagen del enemigo como “fieras rojas” y “hordas sedientas de sangre” se había atenuado respecto a los años cuarenta, pero todavía ocupaban un lugar muy relevante las referencias a la inseguridad, las persecuciones, el “terror rojo” o la conflictividad concedida a II República. “No podemos sentir nostalgia de aquel pasado, que nos abochorna” se decía desde *Ideal* en 1959.”Pensemos aunque solo sea en el hecho de que al salir de casa sabemos que podemos entrar en ella”, sostenía el periodista, César González Ruano, al comparar la vida antes y después de la llegada del franquismo. En esencia, el régimen seguía incidiendo sobre descripción de una República caótica y violenta como “contraimagen” de la España en paz liderada por Franco:

Es preciso recordar la etapa predecesora del Movimiento y la situación en que se hallaba el país después de la disputa bélica de casi tres años. La comparación es pertinente no solo por lo que respecta a la sensacional diferencia entre 1939 y 1966, sino en cuanto a los hechos que daban fisonomía y contenido a los años que procedieron a la Cruzada. Todo era lucha política,

⁶⁰ Al respecto véase AGUILAR, Paloma. *Memoria y olvido... Op. Cit.*, p. 70; y también las reflexiones de REIG CRUAÑES, José. *Identificación y alienación. La cultura política y el tardofranquismo*. Valencia, PUV, 2007, pp. 217-218; el entrecomillado en *Boletín*, 32, marzo-abril de 1964.

⁶¹ La cita en *Patria*, 1-4-1964; véase también AGA, Gobernación, Caja 44/12138, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1966.

dimensiones sociales, pugilato para el acceso al Poder, colisión de intereses, España se desangraba, la economía en irreparable quebranto, las huelgas como arbitrio del sectarismo, la amenaza latente de disgregación, la lucha de clases y la pérdida irremisible del prestigio en el exterior. Este era el cuadro en 1936 al producirse el Alzamiento.⁶²

Y es que no debemos de olvidar que la asunción de la legitimidad de ejercicio no significó la postergación de la legitimidad de origen representada por la Guerra Civil. Al contrario, el franquismo no veía obstáculo alguno en que el desarrollo, la paz y la seguridad características de los años sesenta convivieran armónicamente con las apelaciones a la Cruzada, la Victoria o los “rojos”.⁶³ Para el régimen, la “paz” y el confort de los que disfrutaban los españoles en este periodo eran el fruto inexorable de la contienda librada entre 1936 y 1939. Desde *Patria* se advertía de que “la paz no es un don que nos haya venido gratuitamente [...] es algo que nos ha costado muchos esfuerzos conseguir”. El periodista granadino Francisco Casares reflejaba con sus palabras el sentir de muchos sectores del régimen: “La paz comenzó con la guerra [...] 25 años de paz, sí. Pero que no se olvide que los cimientos que lo posibilitaron fueron puestos cuando se inició la guerra. Lo anterior era todo lo contrario”. La combinación de ambas legitimidades resultaba incluso mucho más visible gracias a iniciativas como la de la Jefatura Provincial del Movimiento en Granada. Impulsada por el delegado provincial de Juventudes, Baldomero Palomares, en el verano de 1964 se anunció la organización de una “Marcha de la Paz” por la región que, al mismo tiempo que pregonaba las bondades del “desarrollo y progreso alcanzados en estos veinticinco años”, hacía una parada en el norte de África, “en el mismo lugar que en que el capitán Francisco Franco se alzó”.⁶⁴ A mediados de los años sesenta, aunque el discurso “guerracivilista” ya no era idéntico al de los cuarenta, el régimen no había alterado la consideración de que la Guerra Civil había sido inevitable y necesaria tanto para la “salvación de la patria”, como para la obtención del bienestar económico y la convivencia pacífica entre los españoles.

⁶² Las citas pertenecen respectivamente a: *Ideal*, 4-1-1959; *Granada Gráfica*, mayo de 1964; *Ideal*, 1-4-1966.

⁶³ BIOSCA, Vicente. “Las culturas...”, *Op. Cit.*, pp. 98-99; AGUILAR, Paloma. *Políticas de la memoria... Op. Cit.*, pp. 100-104.

⁶⁴ *Patria*, 31-5-1964; *Ideal*, 18-7-1964 y *Boletín*, 34, junio-julio, 1964; Ejemplos de estos discursos pueden verse en el suplemento conmemorativo de los “XXV Años de Paz”: “Tres promociones al servicio de España”, *ABC*, 1-4-1964; un análisis de los mismos en: FUERTES MUÑOZ, Carlos. “Sólo la guerra nos trajo la paz. Las memorias bélicas de los vencedores en la España del desarrollismo”, *Congreso Internacional de Historia Bélica*, Santander, 2011.

Pero, transcurridos más de veinte años de la guerra, la dictadura comenzó a percatarse de que el hasta entonces inquebrantable discurso que sobre la contienda y los vencidos había mantenido empezaba a mostrar notables fisuras. Ya no se trataba de los “anti-españoles de siempre” que presuntamente intentaban minar la paz española, poniendo en duda de la legitimidad del gobierno de Franco, sino de voces procedentes del corazón del franquismo, que empezaban a postular concepciones distintas a las sostenidas hasta el momento. Sin trastocar “lo esencial”, el propio régimen se había dado cuenta de que sus discursos y prácticas no podían asentarse exclusivamente sobre el barro de las trincheras.⁶⁵ Con anterioridad a la celebración de los “XXV Años de Paz”, ya se podía percibir una cierta evolución en la retórica de la dictadura. En 1957, el triunfo del bando rebelde en la Guerra Civil era considerado como “una victoria para todos, incluso para los que durante el combate estuvieron al otro lado de las trincheras, pues también ellos son beneficiarios de los frutos alcanzados”. Por supuesto, la guerra seguía siendo concebida como un episodio irremediable y la existencia de vencedores y vencidos como algo obligado, pero se estimaba que, si bien la victoria era patrimonio de quienes habían combatido a la II República, la paz pertenecía a la totalidad de los españoles. “Los que no alcanzaron en 1939 el laurel del triunfo obtuvieron el olivo de la paz” se recordaba desde la prensa granadina. Era un nuevo discurso fundamentado a su vez sobre una diferente concepción del enemigo. Ahora se consideraba que “el ansia de libertad y de unidad era también compartida al otro lado de las trincheras” y que “la inmensa mayoría de los combatientes” republicanos habían luchado “forzados por el látigo de los comisarios políticos de Moscú”.⁶⁶

En consecuencia, el vencido quedaba invitado a reintegrarse en la España franquista, aunque para ello tuviera que aceptar la legitimidad del triunfo de Franco y la eficacia del régimen como artífice del crecimiento económico y la paz de España. El periodista Francisco Casares animaba a un exiliado político a volver a España, una vez asumiera su derrota y reconociera el régimen vigente: “¿Por qué no vienes a verlo? [...] No tienes la menor dificultad para cruzar la frontera y reintegrarte a la Patria. Y ser uno más, aceptado y respetado, con todos los derechos y todas las garantías”. Otros

⁶⁵ AGUILAR, Paloma. *Políticas de la memoria... Op. Cit.*, pp. 98-99; GONZÁLEZ, Magdalena. “Apuntes para un método de análisis mnemónico intergeneracional sobre la Guerra Civil”, *Hispania Nova*, 6, 2007; y BERNECKER, Walter L. y BRINKMANN, Sören. *Memorias divididas. Guerra Civil y franquismo en la sociedad y política españolas*. Madrid, Abada Editores, 2009, pp. 200-201.

⁶⁶ Las referencias en *Ideal*, 5-4-1957; *Patria*, 1-4-1960; la diferente visión del enemigo republicano en *Ideal*, 4-4-1959 y 1-4-1966.

testimonios, como el recogido por la carta de un “excombatiente rojo” a un falangista, eran exhibidos como la prueba de que la rivalidad entre ambos bandos era una falacia:

La paz de España ha alcanzado también a los vencidos. No ha sido fácil, y tú lo sabes. Porque no todos tuvieron tu comprensión y el vino de la victoria resultó demasiado fuerte para algunos. Pero a trancas y a barrancas he conseguido rehacer mi vida y hoy vivo... mejor que tú. Absurdo pero cierto. Vivo mejor que tú en el plano material, porque ya te he dicho que todos mis sueños habían muerto, y mis esfuerzos se han centrado en la consecución de unas metas puramente económicas. Tengo un trabajo independiente, voy al cine –de estreno- dos veces por semana, al fútbol cada quince días, como pollo los jueves y domingos y pago un televisor a plazos. En términos de poder adquisitivo, he mejorado exactamente un 100% con respecto a enero-julio de 1936.⁶⁷

El franquismo de los años sesenta empezaba a hablar más de paz y estabilidad y menos de caídos y mártires; la contienda seguía siendo considerada como una “Cruzada”, pero frecuentemente era denominada como guerra civil; y los que antes asistían entusiásticamente a la “Cruz de los Caídos” para conmemorar el sacrificio por la “Causa Nacional”, ahora estaban más pendientes del alza de los precios o de no perderse su programa favorito de televisión. Junto con ello, el régimen hacía uso de un nuevo lenguaje, con conceptos y expresiones completamente ajenas a sus raíces políticas como libertad, Estado de Derecho, constitución o democracia. Unos nuevos términos que trataban de presentar a España como una nación homologable a las democracias europeas, más allá del bienestar y potencial consumista de sus ciudadanos. “La democracia española –señalaba el diario falangista *Patria*– es, ante todo, fiel a los principios esenciales de la democracia: libertad del hombre y presencia del pueblo”. Era una libertad “compatible con la autoridad y el orden”, que creaba el “clima de diálogo abierto” propio de una “democracia auténtica”. Una democracia, en fin, que se reducía al sistema “orgánico” diseñado por la dictadura como “fórmula original española”, toda vez que “la democracia de partidos políticos” había demostrado “no ser apta” para el pueblo español, porque pondría en peligro el “progreso” económico alcanzado al traer de nuevo el desorden.⁶⁸

⁶⁷ Las citas respectivamente en: *Ideal*, 18-7-1961 y *Boletín*, 34, mayo-junio de 1964.

⁶⁸ Para la renovación del lenguaje véase: SESMA LANDRIN, Nicolás. “Franquismo ¿Estado de derecho? Notas sobre la renovación del lenguaje político de la dictadura durante los años 60”, *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 45-58; REIG CRUANES, José. *Identificación y alienación... Op. Cit.*, p. 151; los entrecomillados en *Patria*, 4-10-1962 y 12-4-1963. Véase también: SÁNCHEZ RECIO, Glicerio.

3. 2. Un discurso polisémico: los múltiples significados y potencialidades de la paz

A pesar de la uniformidad aparente del nuevo discurso del régimen sobre la guerra y los vencidos, el consenso mantenido hasta entonces por los diferentes grupos del Estado empezó a agrietarse. Todavía seguían existiendo puntos comunes entre los apoyos sociales de la dictadura, pero por primera vez empezaban a observarse visiones divergentes sobre temas en los que siempre había existido un total acuerdo. En primer lugar, se encontraban aquellos que, “inasequibles al desaliento”, continuaban defendiendo todo cuando el “espíritu del 18 de Julio” significaba. Se trataba de sectores integristas pertenecientes al Ejército, a Falange o al nacionalcatolismo más reaccionario, que abogaban por mantener vivo el recuerdo de la guerra y de los “caídos” y que consideraban que cualquier maniobra aperturista, por tímida que esta fuese, suponía abrir las puertas a un enemigo siempre al acecho. Defensores del epíteto de “Cruzada” para la contienda de 1936-1939, se apoyaban en que se había luchado por “principios universales” y en que los combatientes del otro bando “eran apátridas bajo el mando de las Brigadas Internacionales y a las órdenes del Comunismo Internacional”. Eran los 2.500 alféreces provisionales granadinos que se congregaron a finales de septiembre de 1958 ante la presencia de José Solís Ruiz, para ver como las madres de algunos “caídos” prendían nuevas estrellas a la “constelación heroica” del manto de la Virgen de las Angustias. Aquellos a los que se dirigía el delegado provincial de Excautivos, Eduardo López de Hierro, para recordarles que era pertinente la denominación de “Cruzada” para definir la lucha contra el “virus comunistoide”. Y hombres como los que habían fundado la Hermandad de Alféreces Provisionales o la Hermandad de Caídos de la División Azul de Granada, para mantener intacto el recuerdo de su “heroísmo”. Sectores para los que la única legitimidad válida era la de origen y que, en consecuencia, albergaban el temor de que los españoles, “alucinados por el confort, la apetencia de bienestar y el hastío de los pasados sufrimientos”, se convirtieran “de pacíficos en pacifistas”.⁶⁹ Un discurso del que el franquismo no podía ni quería desprenderse y que saldría a relucir con frecuencia en los años finales de la dictadura.

“Inmovilismo político y cambio social en los años sesenta”, *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 23-24.

⁶⁹ Los denominación de la guerra como “Cruzada” en: VV. AA. *Veinticinco escritores... Op. Cit.*, pp. 37-40 y *Patria*, 18-7-1965; las declaraciones del Delegado granadino en y *Boletín* 33, mayo de 1964; la

En el lado opuesto, pero también dentro del régimen, emergían las voces de quienes pedían una superación total del conflicto y una reconciliación efectiva y sin condiciones entre los españoles, como única vía para asegurar una convivencia pacífica y sin rencores. Era, sin duda, una posición minoritaria entre los apoyos de la dictadura, pero no por ello podemos dejar de prestarle atención. Aunque seguía culpabilizando al comunismo del “desastre de la guerra”, el Conde de Montarco opinaba que la conmemoración de los “XXV Años de Paz” debía ser “el broche que cierre, definitivamente, nuestra Guerra Civil [...] Los que ganamos la guerra podemos dar entrada en la política a los que la perdieron”. Para algunos vencedores, la guerra también era ya una tragedia nacional que debía “pasar a los libros de Historia” y que había sido combatida contra españoles que lucharon también por razones válidas. Al llegar a la catedral de Guadix junto con su tío –un conocido periodista del régimen– y observar que las figuras religiosas del púlpito estaban decapitadas, Magdalena le preguntó: “¿Esto por qué? No lo puedo entender”. Él tampoco justificaba los hechos, pero intentó explicárselo: “Mira, no es que tuvieran nada en contra de la imagen en sí, es lo que significaba [...], para ellos, la Iglesia les había abandonado”.⁷⁰ Fue el mismo discurso que, desde su creación en 1963, defendió *Cuadernos para el Diálogo*. La nueva revista fundada por Joaquín Ruiz-Giménez apostaba por una total amnistía de las responsabilidades de uno y otro bando como base para la reconciliación. Pero, al igual que estaba sucediendo en otros países, quienes defendían esta vía eran plenamente conscientes de que el acercamiento entre “las dos España” debía producirse en un escenario diferente al de la política. Si en los años cincuenta se había “recuperado” a símbolos de la cultura como Lorca, Machado u Ortega, ahora se hizo lo mismo con hombres como Julián Besteiro, mientras otros nombres resultaran todavía impronunciables. La reconciliación debía girar en torno a referentes históricos y nacionales compartidos, al perdón cristiano o al sentimiento de piedad hacia todas las víctimas de la Guerra Civil.⁷¹ Esta tendencia, que intentaba que se produjera una

reunión de alféreces provisionales en *Patria e Ideal*, 28-9-1958 y 20-9-1958; la fundación de ambas hermandades en AGA, Gobernación, DGAL, Caja 44/02790; el último entrecomillado en: “XXV Años de Paz: Tres promociones al servicio de España”, *ABC*, 1-4-1964.

⁷⁰ CONDE DE MONTARCO. *Consideraciones a los 25 años de paz*. Madrid, Artes Gráficas Ibarra, 1964, pp. 9-13; “XXV Años de Paz”: “Tres promociones al servicio de España”, *ABC*, 1-4-1964; FUERTES MUÑOZ, Carlos. “Sólo la guerra...”, Op. Cit; el último ejemplo en Entrevista a Magdalena, Granada, 19-7-2011.

⁷¹ Al respecto véase MUÑOZ SORO, Javier. “La reconciliación como política: memoria de la violencia y la guerra en el antifranquismo”, *Jerónimo Zurita*, 84, 2009, pp. 113-134, pp. 126-127; y del mismo autor: *Cuadernos para el diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid, Marcial Pons, 2006; para la reconciliación sin política del caso italiano véase BALDASSINI, Cristina. *L’ombra di*

verdadera reconciliación entre los españoles, crecería a lo largo de los años sesenta, aunque nunca abogaría por una verdadera ruptura institucional con el régimen al que se sentían ligados.

Además el franquismo no iba a dar demasiado margen de maniobra a quienes defendían una reintegración del vencido sin sometimiento alguno a lo que significaba la “Victoria”. Y así lo demostró con ocasión del Congreso del Movimiento Europeo de Munich en junio de 1962, cuando representantes de los dos bandos combatientes apostaron por echar tierra sobre la guerra y defender una reconciliación incondicional entre vencedores y vencidos. El régimen no dudó un momento en censurar lo que consideraba un “ataque de amnesia” sufrido por quienes se habían dado “el abrazo vergonzoso” en el llamado “Contubernio de Munich”, traicionando sus principios ideológicos y organizó imponentes manifestaciones en las capitales españolas para escenificar la repulsa del pueblo español a quienes reunidos en la ciudad alemana “todo han querido olvidar y nada han aprendido”.⁷² Y es que la equiparación de vencedores y vencidos conllevaba el socavamiento de la memoria de la guerra sobre la que se sustentaba la razón de ser de la dictadura.

Una opción mucho más coherente para el franquismo y, consecuentemente, más impulsada durante este periodo era aquella que ponía el acento sobre las realizaciones materiales y la “paz social” obtenidas por Franco. No renunciaban en absoluto a cuanto significaba el “Alzamiento Nacional”, considerado como punto de partida del Estado franquista, pero enfatizaban el bienestar y la mejora de las condiciones de vida de la población como pilares fundamentales sobre los que debía sustentarse la legitimidad del régimen. Eran aquellos que, en sintonía con Gonzalo Fernández de la Mora, pensaban que las ideologías se encontraban en una situación crepuscular y que opinaban que el hecho de que los españoles dedicaran más tiempo al fútbol y a los toros que a interesarse por la marcha de la política nacional no solo no era preocupante, sino saludable. Se trataba de una concepción sostenida por los sectores tecnocráticos del Opus Dei que habían tomado las riendas del Gobierno en 1957, que defendían la racionalidad y la eficiencia como bases del progreso económico y postulaban una sociedad desideologizada como garantía de estabilidad y convivencia armónica entre los

Mussolini. *L'Italia moderata e la memoria del fascismo (1945-1960)*. Perugia, Rubbertino, 2008, pp. 269 y ss.

⁷² El análisis del “Contubernio” en PRESTON, Paul. *Franco. Caudillo... Op. Cit.*, pp. 759-762; AGUILAR, Paloma. “La memoria de la Guerra Civil y el ‘Contubernio’ de Munich”, *II Encuentro de Investigadores del franquismo*. Alicante, 1995, pp. 7-14; las declaraciones y la manifestación de Granada en: *Patria e Ideal*, 14-6-1962 y 15-6-1962.

ciudadanos. Pero no solo por ellos, sino también por muchos franquistas, que habían ido diluyendo sus antiguas adscripciones ideológicas o se habían incorporado en estos años a la política sin una filiación política clara, pero que formaban parte del entramado estatal y consideraban las mejoras materiales experimentadas como un logro gigantesco propiciado por el liderazgo del “Caudillo” y su “obra de reconstrucción nacional”.⁷³ Sectores que estaban representados en Granada por buena parte del empresariado granadino y por hombres situados en la burocracia provincial y local o personificados por el alcalde de la capital, Manuel Sola, que, olvidado su pasado falangista, se había ido convirtiendo en el prototipo de franquista de los años sesenta: “fiel al 18 de julio” – como había declarado en su toma de posesión en 1953– y satisfecho al ver el crecimiento urbanístico de Granada y las largas colas de turistas que se formaban en los alrededores de la Alhambra.

Y, en último lugar, se hallaban aquellos grupos que, sin renunciar a la legitimidad de origen y aceptando la de ejercicio, pensaban que la solidez y continuidad del régimen no podía circunscribirse a las mejoras materiales obtenidas por la sociedad española, sino que, paralelamente, debía promoverse un desarrollo político que garantizara el futuro del Estado nacido el 18 de julio de 1936. Se trataba fundamentalmente de determinados sectores falangistas alineados con la política del que era Ministro Secretario General del Movimiento desde 1957, José Solís Ruiz, y del nuevo titular de la cartera de Información y Turismo desde 1962, Manuel Fraga Iribarne. De alguna forma, representaban un nuevo intento de Falange para hacerse con el poder –tras el fracaso de los proyectos institucionalizadores de Arrese– que además iba a poner de manifiesto, de una manera más clara que nunca, las diferentes visiones sostenidas por un falangismo integrista y otro “aperturista”. Al igual que los adalides del “desarrollismo” defendían la legitimidad de la contienda civil y la magnitud de las obras efectuadas por el régimen desde entonces, pero querían que éstas fueran reconocidas por los vencidos para, de este modo, impulsar la convivencia bajo el signo de la victoria. Para ellos, “no se trata de reconciliación o no reconciliación, sino de integración ideológica”, según reconocía un editorial del diario *Patria* que añadía que

⁷³ Véanse al respecto las ideas de FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gregorio. *El crepúsculo de las ideologías*. Buenos Aires, Andina, 1970 [1965], especialmente las páginas 40-45; y las reflexiones de ROMO PARRA, Carmen. “El desorden de la identidad persistente. Cambio social y estatus de la mujer en la España desarrollista”, *Arenal*, 12, 2005, 91-109.

“el vencedor [...] está resuelto a conocer la razón del contrario e ‘integrarla’ con la suya. Lo sano de las dos Españas parciales ha de integrarse en una España total”.⁷⁴

Todos estos discursos fueron la prueba evidente de la flexibilidad que manejaba la dictadura. De un lado, el franquismo admitió ligeras divergencias en la concepción que sus integrantes mantenían de lo que debía ser España y la memoria de la guerra y de los enemigos, incluso aunque algunas de ellas le llegaran a resultar incómodas o peligrosas. De otro, el régimen eligió adecuadamente aquellos discursos que más convenían a cada contexto y público, utilizándolos y desechándolos para favorecer sus intereses e incluso combinándolos para lograr la coyuntura que más le convenía. Se trataba, en definitiva, de una flexibilidad que permitía a sus apoyos sociales y a buena parte de la ciudadanía identificarse con algunas de sus propuestas aunque rechazaran otras.

3. 3. La labor proselitista del Estado franquista y las actitudes de los españoles

Los discursos y prácticas políticas analizadas no solo resultan útiles para constatar que, después de veinticinco años, habían surgido diferentes interpretaciones en torno al mito fundacional del franquismo, sino que también nos informan sobre la capacidad de las diferentes fuerzas para generar y/o mantener sus apoyos sociales. En primer término, el régimen siguió contando con un importante respaldo por parte de la Iglesia católica. Las innovaciones derivadas de las encíclicas promulgadas por la Santa Sede y la celebración del Concilio Vaticano II encontraron todavía fuertes resistencias entre amplios sectores del catolicismo español que deseaban mantener las relaciones Iglesia-Estado tal y como habían quedado fijadas en el Concordato de 1953. Los enfoques sociales seguían desarrollándose gracias a gente como Herrera Oria o el arzobispo de Granada, Rafael García de Castro, impulsor de las Semanas Sociales. Pero, en buena medida, el interés por los más modestos continuaba marcado por un fuerte paternalismo que las jerarquías eclesásticas no dudaban en limitar cuando la implicación de la Iglesia en las reivindicaciones obreras ponía en peligro sus relaciones con el Estado, ya que no entraban a valorar al régimen ni a criticar la sociedad de consumo que generaba las desigualdades sociales. Era cierto que en las bases del

⁷⁴ Para esta concepción “integradora” del falangismo oficial consúltese: MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*. Barcelona, Crítica, 2008, pp. 60-61. El ejemplo en: *Patria*, 15-3-1961.

catolicismo español bullía una creciente inquietud mucho más comprometida con la mejora social de los humildes y con la exigencia de mayores libertades, pero los dirigentes de la dictadura podían contar todavía con los obispos para reprimir la efervescencia que se percibía de manera especial entre las ramas obreras de Acción Católica.⁷⁵ La Iglesia española seguía igualmente disponiendo de importantes esferas de control social y espacios para el adoctrinamiento de los ciudadanos. A la altura de 1965, un 83% de los españoles continuaban siendo católicos practicantes, la religiosidad conservaba un peso muy considerable en la vida de los ciudadanos y aunque la Iglesia no ocupaba las calles españolas con la fuerza que lo había hecho en el decenio precedente, la mayor parte del agro español seguía envuelto en una atmósfera nacionalcatólica.⁷⁶ “Aquí, en el Zaidín, ya en los años sesenta, se seguía yendo muchísimo a misa”, admite Eugenia. Rafael afirma que “la influencia de la Iglesia seguía siendo mucha”, algo que corroboran algunas encuestas que muestran cómo, hacia 1966, los ciudadanos opinaban que la eclesiástica era la institución con más poder en el interior de España.⁷⁷

Por otra parte, el régimen tenía el apoyo de los políticos vinculados al Opus Dei que, aunque conservaban ciertas similitudes con sus antecesores de Acción Católica, representaban un catolicismo diferente y minoritario dentro del seno de la Iglesia, que buscaba la simbiosis entre el tradicionalismo católico y la instauración de un modelo económico capitalista. La labor de los tecnócratas permitía al régimen ofrecer la imagen de una realidad despolitizada, tal y como querían buena parte de los españoles. El desarrollo económico del país, unido a la mejora tangible de las condiciones de vida de los españoles, hacían de la aparente asepsia política de los ministros del Opus el mejor elemento para explotar al máximo todas las potencialidades de la legitimidad de ejercicio e incrementar la despreocupación social por los asuntos públicos.⁷⁸ El modelo

⁷⁵ Al respecto: MONTERO, Feliciano. *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*. Madrid, Encuentro, 2009, pp. 92-97; y del mismo autor: “El giro social de la Acción Católica, 1957-1959” en ORTIZ HERAS, Manuel (coord.). *Memoria e historia del franquismo. V encuentro de Investigadores del franquismo*. Albacete, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2003; un ejemplo del enfoque social limitado en BOAG, marzo de 1961, “Sobre la Primera Semana Pastoral Social”.

⁷⁶ Véase DÍAZ SALAZAR, Rafael. “La transición religiosa de los españoles”, en id., y GINER, Salvador (eds.). *Religión y sociedad en España*, Madrid, CIS, 1993, pp. 93-173; DUOCASTELLA, Rogelio et al. *Análisis sociológico... Op. Cit.*, pp. 65-66; *Ecclesia*, 24, 22-2-1964; y HERMET, Guy. *Los católicos en la España franquista I... Op. Cit.*, pp. 66-67.

⁷⁷ Entrevista a Eugenia, Granada, 3-3-2011; y Rafael G., Granada, 16-2-2011. La encuesta está recogida en LÓPEZ PINA, Antonio y LÓPEZ ARANGUREN, Eduardo. *La cultura política... Op. Cit.*, p. 111.

⁷⁸ CALLAHAM, William J. *La Iglesia Católica... Op. Cit.*, pp. 331-332; y HERMET, Guy. *Los católicos en la España franquista II... Op. Cit.*, pp. 299-300; y JULIÁ, Santos. “La sociedad” en GARCÍA

de “españolización de los fines y europeización de los medios”, propuesto años atrás por Florentino Pérez Embid, parecía el más indicado para tratar de transmitir a los ciudadanos que el influjo de Europa debía reducirse a lo económico, apostando en lo político y lo cultural por fórmulas “propiamente españolas”. Y, además, el régimen pensaba que era el mecanismo más idóneo para granjearse el apoyo de las democracias occidentales y evitar que éstas se decantaran por los discursos alternativos ofrecidos por los opositores del régimen.⁷⁹

Finalmente, la dictadura franquista tampoco iba a desaprovechar la capacidad proselitista del Partido. La remodelación ministerial de 1957 conllevó un importante giro en las políticas de captación de apoyos por parte de Falange. Con la llegada de Solís a la Secretaría General del Movimiento, se inició una apuesta por la vía sindical, que implicó un fortalecimiento de la OSE y un aumento de su presencia entre los españoles. Los nuevos dirigentes falangistas veían en el crecimiento económico un nuevo aliciente para fomentar la participación ciudadana dentro del Movimiento.⁸⁰ La aprobación de la Ley de Convenios Colectivos en 1958, por ejemplo, abrió nuevas posibilidades para que el falangismo –a través de los Sindicatos– se convirtiera en el puente entre el Estado y la sociedad. Pero el intento de hacer que los obreros ampliaran las bases sociales del régimen debía ir acompañado de una revitalización de las políticas sociales de Falange y una mayor participación de ésta en los frutos del desarrollo. En este sentido, el Partido no escatimaría en medios a la hora de exaltar las realizaciones materiales del régimen del “18 de Julio” y el papel decisivo jugado por Franco en las mismas, como mecanismo mediante el cual acrecentar el respaldo social tanto de Falange como del régimen en su conjunto. Añadamos a ello que, al margen del plano sindical, Falange también contó a su favor con el mayor protagonismo del Consejo Nacional del Movimiento para intentar abrir nuevos cauces de participación política.⁸¹

DELGADO, José Luis. (coord.). *Franquismo. El juicio de la historia*. Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 96-98; y FO 371/153286, 13-2-1960.

⁷⁹ MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel. *Cambio social y modernización política... Op. Cit.*, pp. 24-25; LÓPEZ TORRIJOS, Rafael. “El horizonte europeo en el discurso tecnocrático durante el tardofranquismo y la transición” en BERAMENDI, Justo y BAZ, María Jesús (coords.). *Memoria e identidades. Actas del VII Congreso de la AHC*. Santiago de Compostela, AHC, 2004; PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio. “Modernización y europeización en el pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX”, en GÓMEZ BENITO, Cristóbal (coord.). *Joaquín Costa y la modernización en España*. Madrid, Congreso de los Diputados, 2011, pp. 199-237.

⁸⁰ MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. *La anatomía del franquismo... Op. Cit.*, pp. 107-109; SOTO CARMONA, Álvaro. “Auge y caída de la Organización Sindical Española”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Hª Contemporánea*, 8, 1994, p. 255.

⁸¹ Sobre estos elementos véase en su conjunto la obra de AMAYA QUER, Álex. *El ‘acelerón sindicalista’... Op. Cit.*, y del mismo autor “La figura de Franco en el discurso de la Organización

El “rearme sindicalista” de Falange también tuvo su plasmación en el marco provincial. Las inauguraciones de viviendas sociales –Patronato de Santa Adela, Patronato de San Isidro y Obra Sindical del Hogar–, la mejora de la cobertura sanitaria –desarrollo de las Mutualidades Laborales y creación de la Seguridad Social en 1963– y, especialmente, la inauguración de instituciones e infraestructuras, fueron instrumentos enormemente explotados por la revivida OSE granadina. Por ejemplo, la apertura de la Escuela Profesional “Virgen de las Nieves” por parte de Franco en abril de 1961, se convirtió en una magnífica oportunidad para exaltar la figura del “Caudillo” y dejar claro que el crecimiento económico y la eficacia no eran patrimonio exclusivo de los tecnócratas. El discurso “ruralista” de Falange volvía a hacer su aparición durante esa misma visita, con motivo de la apertura del canal de Cacín, como había ocurrido tres años atrás con la creación del Pantano de los Bermejales. Y los mismos fines propagandísticos se pusieron de manifiesto con la inauguración de la Escuela de Hostelería de Granada en 1966, de la mano de José Solís Ruiz y Manuel Fraga.⁸² El papel ejercido por el diario *Pueblo* a escala nacional fue imitado por algunas publicaciones provinciales que, siguiendo el modelo del periódico dirigido por Emilio Romero, dieron máximo eco a las realizaciones del régimen y a la implicación de la OSE en las mismas. Dos revistas granadinas, *Boletín* y *Trabajo*, desarrollaron durante los primeros años sesenta una intensa campaña de propaganda sindical con el fin de tratar de ampliar la influencia de Falange. Y, por último, la revitalización del Consejo Nacional del Movimiento se vio también traducida en un fortalecimiento de los consejos provinciales, en la celebración de importantes reuniones sindicales tanto a nivel comarcal como provincial y en la organización periódica de cursillos de formación política para alcaldes y jefes locales, en un claro intento por infundir nuevos bríos falangistas a la vida local.⁸³

Sindical Española durante los años del *desarrollismo* a través del *Diario Pueblo* (1957-1969)”, *Hispania*, 2008, vol LXVIII, pp. 503-532; MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. *La anatomía del franquismo... Op. Cit.*, pp. 69-71.

⁸² Véase al respecto: AMAYA QUER, Álex. “El acelerón sindicalista y sus contradicciones internas: imagen y realidad de la propaganda de la OSE, 1957-1969”, *Ayer*, 76, 2009, pp. 269-290; y del mismo autor: “La figura de Franco...”, *Op. Cit.*, 515-516; LANERO TABOAS, Daniel. “¿La salud es lo que importa? La O. S. 18 de julio y la asistencia médica en Galicia (1940-1965)”. *Historia Social*, 68, 2010, pp. 62 y ss.; “La visita de Franco en *Patria*, 30-4-1961 y 1-5-1961; Sobre la Escuela de Hostelería: AGA, Gobernación, Caja 44/11688, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1964 y *Patria*, 3-11-1966.

⁸³ Véase: LÓPEZ GALLEGOS, María Silvia “Aproximación al estudio de las publicaciones sindicales españolas desarrolladas durante el franquismo (1936-1975)”, *Historia y Comunicación Social*, 8, 2003, pp. 159-167. La revitalización política en: AGA, Gobernación, Caja 44/11688, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1964 y AGA, Sindicatos, Libro M. 535, “Memoria de la

A pesar de las diferencias existentes entre las diferentes fuerzas integrantes del régimen y de que los enfrentamientos entre ellas siguieron produciéndose, las tensiones ideológicas mantenidas durante las dos décadas anteriores se amortiguaron de manera considerable. El estado de entusiasmo que vivía el franquismo de los “XXV Años de Paz” y la generalizada percepción de progreso económico se extendieron al conjunto de los apoyos sociales de la dictadura, diluyendo notoriamente las desavenencias entre las dos culturas políticas oficiales: la falangista y la nacionalcatólica. En Granada, el “crepúsculo de las ideologías” se adueñó de la clase política franquista, en pos de un desarrollo económico y social que parecía asegurar la estabilidad del sistema. En las reuniones sindicales, en las cámaras agrarias y de comercio e industria, en la estructura de la OSE y en los sectores de la banca provincial, se mezclaron indistintamente elementos procedentes de los sectores económicos tradicionales, hombres pertenecientes a la nueva clase media profesional, tecnócratas locales y falangistas menos idealistas. Por supuesto, tanto los elementos sindicales como políticos de Falange siguieron apelando a la “revolución pendiente” y reclamando mayor protagonismo en la vida nacional, pero hay factores indicativos de una atenuación de las luchas entre las diferentes fuerzas de la dictadura. De una parte, la aparición de publicaciones procedentes de los sectores más extremistas del falangismo, como *Marzo* o *Reja*, pidiendo una vigorización de la vida universitaria –ante el enquistamiento sufrido por el SEU– y nuevas energías para la organización política, constataron que buena parte de los que vestían una camisa azul –si es que aún se la ponían– lo único que conservaban de falangistas era el carnet. De otra, a lo largo de estos años, van a surgir, por primera vez, voces dentro del Partido reconociendo abiertamente el fracaso de sus anhelos revolucionarios. José Vico Escamilla, histórico “camisa vieja” de la Falange granadina, se preguntaba en 1962 “si toda mi lucha no fue baldía y si los postulados que defendí no alcanzaron la meta deseada” y admitía las reticencias a los cambios existentes entre la Vieja Guardia: “cualquier viraje rápido, aun comprendiéndolo en principio, nos pone en guardia”.⁸⁴ Todo ello no hacía más que evidenciar el éxito del franquismo en la obtención de un consenso mayoritario entre sus componentes, basado en la legitimidad de su eficacia. Pero, al proclamar el fin de las ideologías, la dictadura estaba echando

Delegación provincial de Sindicatos”, 1966; ejemplos de cursillos en: *Boletín*, 10, enero de 1962 y *Patria*, 14-5-1965.

⁸⁴ Para la aparición del falangismo extremista: *Reja*, 1, 1962; y AGA, Gobernación, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1963. Las declaraciones de José Vico en: *Boletín*, 20, noviembre de 1962.

tierra sobre uno de sus principales cauces de captación de apoyos –Falange– y, con ello, sobre su propia capacidad para crear nuevos franquistas.

Añadamos a ello que el régimen empezó a ser víctima de sus propias contradicciones. Desde tribunas políticas, artículos de prensa y emisiones radiofónicas, los dirigentes franquistas repitieron hasta la saciedad que, junto al desarrollo económico, se estaba llevando a cabo un desarrollo político. Pero las medidas aperturistas como la aprobación de los Convenios Colectivos o la Ley de Prensa de 1966 quedaban al desnudo cuando alguna voz desde el interior consideraba que se había ido demasiado lejos. Mientras que Solís trataba de aumentar la representatividad de la OSE y llegaban al país las nuevas modas al calor del contacto con los extranjeros, se aprobaba la Ley de Orden Público (1959) o el Decreto-Ley sobre Bandidaje y Terrorismo (1960).⁸⁵ De este modo, el franquismo fue acumulando una falta de credibilidad, a la que habría de sumar el carácter limitado de sus mecanismos para la captación de apoyos sociales. Este fue el caso de la Ley de Asociaciones aprobada en 1964 que, más que abrir un verdadero cauce de participación de los ciudadanos en el Estado, sirvió para incrementar el poder de Falange dentro del Estado –al situar todas las asociaciones bajo tutela del Movimiento– y poner de relieve una vez más que el franquismo arriesgaba poco o nada en lo referente a la ampliación de derechos y libertades de los ciudadanos.⁸⁶

El régimen confirmó durante este periodo que no contemplaba ni una reconciliación incondicional con los vencidos, ni el abandono del recuerdo de la Guerra Civil o el uso de la represión. Por mucho que la nueva realidad tecnocrática de España tratara de desvincular al régimen de sus sangrientos orígenes iluminando la eficacia administrativa y el desarrollo económico, a la hora de la verdad, el franquismo se veía abocado a mantener viva la memoria de la guerra y la división entre vencedores y vencidos. Además, eran muchos los españoles que, todavía en los años sesenta, contribuían desde sus casas a transmitir esas mismas ideas a sus hijos. “Mi padre –admite Manolo– me decía que la República había sido una caza de brujas, que mataban a gente, que mataban curas, quemaban iglesias, que toda la culpa era para socialistas y

⁸⁵ CAPISTEGUI, Javier. “Los matices de la modernización bajo el franquismo”, en MATEOS, Abdón y HERRERÍN, Ángel (coords.) *La España del presente: de la dictadura a la democracia*. Madrid, Asociación de Historiadores del Presente, 2006; BALLBE, Manuel. *Orden Público y Militarismo la España constitucional (1812-1983)*. Madrid, Alianza, 1983, pp. 359 y ss.

⁸⁶ RADCLIFF, Pamela B. *Making Democratic Citizens in Spain. Civil Society and the Popular Origins of the Transition, 1960-1978*. Basingstoke, Palgrave Mcmillan, 2011, p. 41 y PALOMARES LEÓN, Cristina. *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*. Madrid, Alianza, 2006, pp. 70 y ss.

comunistas, y no querían que eso volviera ni de coña”. Otros como Alfonso, seguían viendo cómo su familia seguía cargando con el estigma de ser “roja”: “En los sesenta seguíamos siendo los rojos y nos seguían mirando”. Una situación que recuerda Manolo: “Cuando veíamos en el barrio a los ‘rojos’ los mirabas con mala cara. Te decían: ‘ten cuidado que esos son rojos o de familia roja’. Era lo que mis padres me inculcaban Y tú no te querías mezclar”⁸⁷

No obstante, el acuerdo al que las fuerzas integrantes del Estado llegaron al alabar la evolución económica del país y reconocer a Franco como el máximo responsable, resultó ser el discurso más compartido por el conjunto de la población. Manolo: “La gente responsabilizaba a Franco de todo lo bueno y del crecimiento. Para mí Franco era como el abuelo bueno, lo veías con cara de bueno, de querer a España. Luego he sabido que no era tan bueno, pero entonces era lo que pensábamos”. El horizonte de progreso económico y social despolitizado que proponía el franquismo de los sesenta estaba en completa sintonía con los deseos de muchos españoles. “La gente había mejorado y lo que quería era vivir y dedicarse a sus familias”, afirma Rafael G.⁸⁸ En este sentido, esa realidad despolitizada no parecía una mala opción para muchos españoles, pero se trataba de un elemento muy peligroso que en cualquier momento podía volverse contra la propia dictadura. A mediados de los años sesenta, si en algo estaban de acuerdo los españoles era en que no querían una repetición de la guerra. Los ciudadanos conservaban aún fresco el recuerdo de la contienda y estaban en buena medida condicionados por el relato franquista sobre la II República, pero también mantenían en su memoria el hambre, la miseria y el clima represivo de los años cuarenta, así como la responsabilidad de Falange al respecto. Una parte muy importante de la sociedad no deseaba oír hablar de comunismo, recordar los episodios anticlericales o que volviera la “crispación” generada por los partidos políticos. Pero tampoco comprendían que a la guerra se le siguiera denominando “Cruzada” o que unos cuantos falangistas acudieran todos los años a la Cruz de los Caídos. Sirva como ejemplo final, el informe de la Sección Femenina de Granada sobre la realización de una cátedra ambulante en la localidad de Alomartes en 1958. En él, la Regidora encargada de su celebración lamentaba las dificultades para el comienzo de los cursillos debido a que “la gente creía que la Cátedra había ido a prepararlos para la guerra hasta el extremo, de no

⁸⁷ Sobre la necesidad de mantener la memoria de la guerra: JULIÁ, Santos. *Historia de las dos Españas...* *Op. Cit.*, p. 457; y AGUILAR, Paloma. *Políticas de la memoria...* *Op. Cit.*, p. 104. Entrevistas a Manolo, Granada, 3-4-2012 y Alfonso, Granada, 10-3-2011.

⁸⁸ Los ejemplos en entrevista a Manolo, 3-4-2012 y Rafael G, Granada, 16-2-2011

poder hacer listas de alumnas, pues decía que eran para apuntarlas”. Un suceso que se repitió en otras cátedras ambulantes de la provincia y que pone de manifiesto que Falange no se había conseguido librar de su asociación con la represión de la posguerra y que entre los españoles primaba un fuerte sentimiento de paz que, también, les distanciaba del mito original del franquismo.⁸⁹

4. La amenaza de la estabilidad: el nacimiento de la cultura de la disidencia y las actitudes de los españoles

A mediados de la década de los sesenta, España era una sociedad muy diferente a la que había salido material y moralmente destrozada de la Guerra Civil. La pobreza parecía haber desaparecido merced al crecimiento económico y a la transformación urbana; la represión había dejado paso a un ambiente sin libertades, pero menos asfixiante; y los dirigentes estatales habían aceptado que el consumo y el orden eran suficientes para convencer a los españoles de lo conveniencia del franquismo. Sin embargo, desde inicios de los sesenta, la reorganización de ciertos sectores de la oposición política, el resurgir de la conflictividad obrera, la aparición de disidencias en el seno del catolicismo y la creciente inquietud del mundo universitario, emergieron como nuevos elementos amenazadores para la estabilidad de la dictadura. De este modo, se creó una situación más incómoda para el franquismo que en la década precedente, obligándole a dar respuesta a las crecientes protestas que desafiaban su sólida posición. A pesar de ello, como veremos, esta escalada de la conflictividad no afectó por igual al conjunto del territorio español. Así que, mientras que en ciudades como Barcelona, Bilbao o Madrid se creaba un clima preocupante para el régimen, buena parte del país mantenía unos niveles de contestación social que, al menos por el momento, no ponían en peligro la estabilidad del sistema. Una situación en buena medida propiciada por la escasa predisposición de la ciudadanía a involucrarse en una acción directa que pudiera perturbar el orden público o el clima de “paz” que el régimen, a su juicio, garantizaba.

⁸⁹..CAZORLA, Antonio. *Fear and Progress... Op. Cit.*, pp. 173-174.; REIG CRUAÑES, José. *Identificación y alienación... Op. Cit.*, p. 93; SEVILLANO CALERO, Francisco. *Ecos de papel... Op. Cit.*, p. 199; los ejemplos de las cátedras ambulantes en AHPG, Caja 3168, “Cátedra ambulante de Alomartes”, 27-6-1958 y “Cátedra ambulante de Albuñol”, 1963.

4.1. Los primeros y débiles signos de la subversión: oposición política y movimiento obrero en la Granada del desarrollismo

Los episodios de conflictividad a los que había tenido que hacer frente el régimen durante los años cincuenta –especialmente la huelga de tranvías de 1951 en Barcelona y los sucesos de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid– se multiplicaron de manera importante desde finales de la década y, sobre todo, con el inicio de los sesenta.⁹⁰ Un primer factor que posibilitó la configuración de una cultura de desafección hacia el régimen fue la reorganización de la oposición política. Tras dos décadas de travesía por el desierto, como consecuencia de la incesante represión sufrida y de su propio fracaso para concitar el apoyo de la población, los grupos opositores de izquierdas empezaron a mostrar energías renovadas. La configuración de nuevas concentraciones urbanas en torno a las grandes ciudades debido a la emigración y el avance industrializador, la creación de nuevos barrios para albergar a las familias procedentes del campo o los nuevos espacios abiertos por la dictadura, como los generados por la Ley de Convenios Colectivos o las elecciones sindicales, hicieron posible el resurgir de la oposición antifranquista y, primordialmente, del PCE.⁹¹ La nueva manera de afrontar la lucha contra la dictadura pasaba ahora por la unión de fuerzas entre los trabajadores de todas las tendencias y la superación de la visión de la guerra entre vencedores y vencidos. Un giro táctico que culminó en la convocatoria de la Jornada de Reconciliación Nacional para el 5 de mayo de 1958. El llamamiento a los obreros para que abandonaran sus trabajos se saldó con un generalizado fracaso en la mayor parte del país y un resultado parecido tuvo la huelga nacional pacífica organizada en junio de 1959, poniendo de manifiesto la distorsionada visión de la realidad nacional que mantenían los dirigentes comunistas⁹²

⁹⁰ FUSI, Juan Pablo. “La reaparición de la conflictividad en los años sesenta”. en FONTANA, Josep. *España bajo el franquismo*. Barcelona, Crítica, 1996, pp. 160-169.

⁹¹ BALFOUR, Sebastian. *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*. Valencia, Alfons el Magnanim, 1994, pp. 57-77 y 82-90; BABIANO MORA, José. *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*. Madrid, Siglo XXI, 1995, pp. 13-46.

⁹² Respecto al cambio de estrategia: ERICE, Francisco. “Los condicionamientos del ‘giro táctico’ de 1956: el contexto de la política de Reconciliación Nacional”, *Papeles del FIM*, 2006 y TREGLIA, Emanuele. “El PCE y la huelga general (1958-1967)”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 20, 2008, pp. 249-263. Para la celebración de la Jornada y su repercusión: HERNÁNDEZ, Félix. “La Jornada de Reconciliación Nacional del 5 de mayo de 1958”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Hª Contemporánea*, pp. 281-293; e YSÀS, Pere. “Huelga laboral y huelga política. España, 1939-75”, *Ayer*, 4, 1991, pp. 200-201.

En el caso granadino, las consecuencias de ambas convocatorias no fueron muy diferentes. Con motivo de la Jornada de Reconciliación, llegaron a congregarse entre 200 y 300 trabajadores en la plaza principal del pueblo de Guadahortuna (Granada). Pero en el resto de la provincia el seguimiento fue muy escaso y la prensa no tardó en hacerse eco del fracaso. Tan solo se contabilizaron paros entre los obreros de la construcción del pantano de Cubillas, algunos jornaleros de Pinos Puente y reducidos grupos de remolacheros de Maracena. Quedó de manifiesto que el PCE minusvaloraba el apoyo interior al régimen de Franco y sobrevaloraba el suyo propio y los deseos de movilización de los ciudadanos. Los paros de 1958, así como otros desarrollados al año siguiente en la provincia, contaron casi con la exclusiva participación de los antiguos militantes de izquierdas y no con españoles corrientes ansiosos de mejoras materiales.⁹³ No obstante, después de una fase de absoluta debilidad, parecía que el PCE granadino contaba con nuevas energías para emprender la lucha contra la dictadura. Las autoridades franquistas constataron pronto la proliferación de “pintadas subversivas” en varias localidades de la provincia y, el 14 de abril de 1961, informaron de la aparición de una corona de flores con la bandera republicana y la inscripción “tus camaradas no te olvidan” sobre la tumba de Ricardo Beneyto Sapena, antiguo jefe político de la guerrilla en Andalucía. Sin embargo, la estrecha vigilancia de la que estaban siendo objeto los comunistas y la proximidad de la visita de Franco a la provincia provocó la detención de los responsables y la desarticulación total del PCE granadino. En 1963, el partido se reorganizó nuevamente, pero no fue hasta 1966 cuando los comunistas, a través de Comisiones Obreras, aprovecharon las elecciones sindicales para agitar el régimen desde dentro.⁹⁴

En cuanto a las actividades del resto de partidos y grupos antifranquistas durante esta etapa tampoco alcanzaron, al menos en un buen número de provincias españolas, una repercusión importante. Dos elementos fundamentales explican el escaso éxito a la hora de minar la estabilidad del régimen: la continuidad de la labor represiva por parte del Estado y el rechazo de muchos ciudadanos a afiliarse a las organizaciones

⁹³ Los acontecimientos de Granada en: ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a. *Del silencio a la protesta... Op. Cit.*, pp. 303-304; la referencia a Guadahortuna la recoge: DOMÈNECH, Xavier. *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*. Barcelona, Icaria, 2011, pp. 88-89. La prensa oficial también se hizo eco del suceso: *Ideal*, 6-5-1958.

⁹⁴ La debilidad del PCE en HEINE, Helmut. “La oposición política al franquismo en Andalucía Oriental”, *Jornadas Aproximación al franquismo en Andalucía Oriental*- Granad, Universidad de Granada, 1996, pp. 473; La reorganización y detención de sus miembros en: AGA, Gobernación, Caja 44/11318, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, año 1961; La nueva reorganización en ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a. *Del silencio a la protesta... Op. Cit.*, p. 306-307.

clandestinas, motivado por el miedo a ser castigado por ello y por la aversión a la participación política. Las células anarquistas de la FAI y la CNT en Granada, por ejemplo, encontraron grandes dificultades para captar nuevos miembros, más aún cuando vieron cómo la acción policial desactivaba la totalidad de la organización provincial en 1961. La única excepción la constituyeron los socialistas, mucho menos asociados a la Guerra Civil en el imaginario colectivo que otros partidos de la izquierda. De hecho, las jerarquías franquistas reconocían en sus informes que contaban en Granada con “gran número de seguidores y simpatizantes”. A pesar de ello, permanecieron en una actitud pasiva, reduciendo su actividad a la organización de pequeñas tertulias, lo cual, si bien evitó que fueran desarmados por la represión, hizo muy difícil que representaran una amenaza seria para la dictadura. En consecuencia era habitual que los dirigentes provinciales definieran el ambiente político como “estacionario” o “satisfactorio para el régimen”.⁹⁵

Al mismo tiempo que la oposición política democrática y de izquierdas trataba de reorganizarse tras dos décadas de ostracismo, el régimen se encontraba con otras amenazas a su estabilidad, como la originada por el resurgir de la conflictividad laboral desde finales de los años cincuenta. Desde sus comienzos, la dictadura había tenido que hacer frente a algunos conflictos relacionados con las condiciones de vida y de trabajo, los bajos salarios o la elevación de los precios, pero, salvando algunas excepciones, durante dos decenios había sido capaz de mantener bajo control estos episodios y de impedir que mermaran su estabilidad. Sin embargo, el alcance desigual del crecimiento económico y las mejoras sociales experimentadas por parte de la población, la concentración de trabajadores en los barrios periféricos de las grandes ciudades y el nuevo marco para la acción generado de manera indeseada por el propio régimen, crearon el sustrato necesario para la reaparición de un movimiento obrero. Un resurgir motivado no solo por el descontento de los trabajadores más afectados por las consecuencias del desequilibrado estado del bienestar que estaba construyendo el franquismo, sino por el tejido de redes de confianza y transmisión de experiencias entre ciertos elementos de la vieja clase obrera, que habían logrado conservar sus identidades desde la época republicana, y los nuevos efectivos llegados a las fábricas y a los barrios

⁹⁵ AGA, Cajas 44/11318, 32/11434 y 44/11618, Memorias del Gobierno Civil e Granada, 1961. 1963 y 1964; para la debilidad de los grupos políticos en muchas provincias españolas: CAZORLA, Antonio. “Orden, progreso y sindicalismo: como vieron las autoridades franquista el cambio socioeconómico” en TOWNSON, Nigel (ed.). *España en cambio... Op. Cit.*, p. 88.

creados en el entorno de las urbes españolas.⁹⁶ En consecuencia, a lo largo de esta etapa, el ambiente optimista que envolvía a los dirigentes de la dictadura al ver cómo las mejoras económicas y el desarrollo del consumo favorecían su permanencia, encontraba su contrapeso en la reaparición de una conflictividad obrera cada vez más notable.

Los problemas que venían manifestándose en el mundo laboral desde 1956 en determinadas zonas del país alcanzaron su cénit con las huelgas ocurridas en mayo de 1962. Lo que en principio fue un conjunto de reivindicaciones laborales por los trabajadores empleados en las cuencas mineras asturianas, acabó por convertirse en la mayor movilización del país desde la Guerra Civil. Los casi 300.000 obreros implicados, las 28 provincias en las que llegaron a registrarse sucesos y la repercusión internacional de los mismos, evidenciaron el alcance de los acontecimientos de mayo de 1962.⁹⁷ La importancia que los sucesos tuvieron para el propio régimen quedó puesta de manifiesto en la declaración del estado de excepción en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa (extendido a todo el territorio nacional en junio de ese mismo año por el llamado “Contubernio de Munich) y la remodelación ministerial de 1962, en la que el cambio más llamativo fue la entrada de Manuel Fraga como Ministro de Información y Turismo. Aunque, a partir de entonces, las huelgas de trabajo experimentaron una ralentización hasta el año 1966 e independientemente de que Asturias supusiera la inauguración o el cierre de un tipo de conflictividad, lo cierto es que los acontecimientos de mayo de 1962 representaron el primer aviso serio para el régimen de que su permanencia no era tan indiscutida.⁹⁸

La conflictividad laboral fue mayoritariamente percibida en aquellas zonas más industrializadas o con una fuerte tradición obrera. Pero esto no supone afirmar que aquellas provincias menos afectadas por el desarrollo o con una economía volcada fundamentalmente sobre el mundo agrícola no registraran episodios huelguísticos de importancia, a pesar de que hayan sido frecuentemente minusvalorados por la

⁹⁶ Al respecto véanse las posiciones divergentes de: JULIÁ, Santos. “Los orígenes sociales de la democracia en España”, *Ayer*, 15, 1994, pp. 165-188; y DOMÈNECH, Xavier. “El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma”, *Historia Social*, 42, 2002, pp. 123-144.

⁹⁷ VEGA, Rubén “Una huelga que alumbraba a España” en id. (coord.). *El camino que marcaba Asturias: las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, Trea, 2002, pp. 17-45; y del mismo autor: *Hay una luz en Asturias: las huelgas de 1962*, Gijón, Trea, 2002. También: GARCÍA PIÑEIRO, Ramón. *Los mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962)*, Madrid, Fundación 1º de Mayo, 1990. Interesantes las referencias en TNA/FO 371/163830, mayo de 1962.

⁹⁸ Diferentes interpretaciones en: DOMÈNECH, Xavier. *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 56-57; y del mismo autor: DOMÈNECH SEMPERE, Xavier. “La otra cara...”, *Op. Cit.*, pp. 91-112; y SOTO CARMONA, Álvaro. “Huelgas en el franquismo: causas laborales – consecuencias políticas”, *Historia Social*, 30, 1998, p. 43.

historiografía. En 1958, se produjeron paros laborales entre los trabajadores de varias azucareras de la costa granadina que reclamaban mejoras salariales y un encierro de hiladores de esparto de una empresa de Guadix. En los años siguientes se sucedieron nuevos conflictos en las localidades de Huéneja y Atarfe, que llegaron a requerir la intervención de la Guardia Civil.⁹⁹ Las huelgas mineras de Asturias también tuvieron sus réplicas en otras provincias menos industrializadas. Lo sucedido en el norte de España fue el detonante del descontento que se venía sintiendo entre trabajadores como los de las compañías mineras de la zona de Alquife, que llegaron a reducir hasta en un 20% su rendimiento por los incumplimientos en la negociación de los convenios colectivos. Los conflictos se saldaron con 32 mineros detenidos, 4 sometidos a consejo de guerra y 120 sancionados económicamente.¹⁰⁰ En 1963, los problemas en el área minera de El Marquesado seguían sin resolverse y en la costa volvieron a reproducirse las protestas de los cortadores de caña de azúcar en los años siguientes, ante los bajos salarios ofrecidos por la patronal. En 1964, estalló en la capital una huelga entre los trabajadores de *Tranvías Eléctricos S. A.*, empresa en la que latía un malestar creciente desde la sustitución de las líneas urbanas de tranvías por autobuses en 1961. El conflicto puso de manifiesto el enfrentamiento entre los dirigentes sindicales de la provincia – partidarios de poner en marcha un convenio colectivo que aliviara el descontento de los trabajadores– y los empresarios –reacios a acceder a las peticiones de los empleados –.

¹⁰¹ Todos estos episodios crearon una situación nueva para el franquismo, especialmente sorprendente en aquellas provincias que, como Granada, no se habían

⁹⁹ La importancia de atender a las regiones menos industrializadas ha sido reclamada por COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “La protesta de solo unos pocos. El débil y tardío surgimiento de la protesta laboral y la oposición democrática al régimen franquista en Andalucía Oriental, 1951-1976”, *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 113-160; y GONZÁLEZ MADRID, Damián y MARTÍN GARCÍA, Óscar. “In Movement. New Players in the Construction of Democracy in Spain, 1962-1977”, *Political Power and Social Theory*, 20, 2009; los conflictos en: ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a. *Del silencio a la protesta... Op. Cit.*, pp. 233-234 y 248-249.

¹⁰⁰ El malestar existente en: AHPG, Libro 4987, Actas de la Delegación Provincial de Sindicatos, 25-5 1958; la repercusión de los conflictos en otras provincias en: GONZÁLEZ MADRID, Damián y MARTÍN GARCÍA, Óscar. “Desde abajo y en la periferia del desarrollismo. Cambio político y conflictividad social en La Mancha. 1962-1977”, en GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.). *El franquismo y la transición... Op. Cit.*, pp. 123-143; los conflictos de Granada en: BAENA LUQUE, Eloisa y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María. “1962: ‘el mayo andaluz’. Andalucía ante las huelgas mineras de Asturias” en VEGA, Rubén (coord.). *El camino que marcaba Asturias... Op. Cit.*, pp. 152-153.

¹⁰¹ La continuidad de los conflictos de Alquife en: AHPCE, Caja 175/4, Correo de la Pirenaica, “Carta sobre la situación de las minas de El Marquesado y La Alpujarra”, 1963; los problemas en el sector del azúcar son denunciados en AHPCE, Correo de La Pirenaica, Caja 183/6, “Carta sobre problemas de Motril”, 24-3-1964 y “Carta sobre la situación de los trabajadores de la caña en Salobreña”, 22-4-1964; y constatados por las propias autoridades: AGA, Gobernación, Caja 44/11318, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, año 1961; la huelga de Tranvías en: AGA, Gobernación, Caja, 44/11688 “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, año 1964.

caracterizado por una gran agitación en las décadas precedentes y representaron una amenaza al discurso de paz social ofrecido por el régimen.

Sin embargo, la existencia de esta conflictividad no alteró excesivamente la estabilidad de la dictadura, al menos durante la primera mitad de los sesenta. En gran parte del territorio español, los episodios de Asturias de 1962 no produjeron ninguna movilización y, en muchas provincias en las se registraron sucesos, no alcanzaron un nivel lo suficientemente elevado como para representar una amenaza real a la permanencia del régimen. La escasez de grandes y medianas industrias donde se pudieran crear las redes de identidades obreras que permitieran la creación y transmisión de una conciencia de clase, unida a la represión, dificultó la creación de un movimiento obrero capaz de elaborar las estrategias que aseguraran una mejora de las condiciones de los trabajadores y la obtención de mayores derechos.¹⁰² A pesar del innegable aumento de conflictos en las empresas incluso en las provincias menos desarrolladas, en regiones como Granada la desmovilización y la ausencia de protestas en el mundo del trabajo fue la tónica habitual hasta mediados de los sesenta. En 1960, las autoridades provinciales afirmaban que “en el orden social, la tranquilidad sigue sin ser alterada”. En 1964, se aseguraba que no se habían “planteado problemas de orden público ni laborales de verdadera importancia” y, un año más tarde, se consideraba que “la situación laboral es francamente satisfactoria al régimen”.¹⁰³

Los propios dirigentes reconocían la existencia de malestar entre la masa trabajadora “por la escasez de los salarios”, pero indicaban que su descontento no albergaba “fondo político alguno”. No es este el lugar para entrar en el ya largo debate sobre si las huelgas organizadas por los trabajadores tuvieron una naturaleza política, económica o una mezcla de ambas. Lo que nos interesa aquí es que, incluso partiendo de reivindicaciones exclusivamente laborales, tanto las autoridades como la gran mayoría de los ciudadanos les asignaban una importante carga política. De lo contrario no se explica ni que los dirigentes vieran en los orígenes de las huelgas la acción “subversiva” del comunismo y, por tanto, las sometieran a una estrecha vigilancia y las reprimieran por su ataque al orden establecido; ni que fueran muchos los ciudadanos que decidieran abstenerse de participar en las mismas, como consecuencia no solo la represión, sino del rechazo a la política que todavía dominaba las actitudes de muchos

¹⁰² Véase CAZORLA, Antonio. “Orden, progreso...”, Op. Cit., pp. 90-91; COBO ROMERO, Francisco ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “La protesta de solo unos pocos...”, Op. Cit., p. 150.

¹⁰³ AGA, Gobernación, Cajas 32/11309 y 44/11688, “Memorias del Gobierno Civil de Granada”, años 1960, 1964, 1965.

españoles de a pie.¹⁰⁴ En 1960, el Gobernador Civil de Granada, Francisco Summers, sostenía que “el trabajador rehúye de toda táctica que pueda producir perturbaciones del orden público”, ya que “no renuncia alocadamente a la tranquilidad social reinante y por eso se les ve resignado a su incómoda situación”. Eugenia relata que su marido que “era del sector del metal [...] no estaba descontento, ¿por qué iba a protestar si él estaba bien y no era de ningún partido (político)”.¹⁰⁵ De este modo, la despolitización de la población y la preocupación de los ciudadanos corrientes por incrementar sus condiciones de vida –utilizando para ello su esfuerzo y no la protesta ante el Estado– jugaron, una vez más, a favor de la estabilidad del régimen franquista.

4.2. Parroquias y aulas inquietas: la lenta conformación de la cultura de la disidencia en el mundo católico y estudiantil granadino

Los focos conflictivos no terminaron en las fábricas y en los barrios obreros. Tras muchos años de inquebrantable apoyo, la dictadura presencié cómo, a pesar de que seguía contando con el apoyo de la Iglesia, se empezaban a producir considerables fracturas en el mundo del catolicismo. Durante las dos primeras décadas de vida del régimen franquista, las divergencias entre el Gobierno y la jerarquía eclesiástica se habían venido solventando sin grandes conflictos. Sin embargo, desde finales de los cincuenta, el franquismo empezó a ver cómo ser católico, ir a misa, o pertenecer a una organización religiosa no era sinónimo de fidelidad al régimen. Y pronto se percató de que dentro de la Iglesia ya no imperaba una única línea discursiva sino que, con el inicio de los sesenta, estaba ascendiendo una nueva concepción que mostraba un creciente desacuerdo con cuanto representaba el nacionalcatolicismo y cuestionaba el modelo de relación Iglesia-Estado. En suma, la institución eclesiástica se estaba viendo también afectada por el relevo generacional que se estaba operando en sus bases, en las que afloraban voces que apostaban por dar otro enfoque a los textos evangélicos y crear una

¹⁰⁴ Para algunos las huelgas fueron originadas por causas políticas y fue el régimen el que al percibir las como una amenaza a su “paz social” y al reprimirlas las politizó: SOTO CARMONA, Álvaro. “Huelgas en el franquismo...”, Op. Cit., pp. 39-61; para otros, el simple hecho de demandar algo al régimen y considerar al empresario como representante del franquismo, hacía político el conflicto de principio a fin: DOMÈNECH, Xavier. “El problema de la conflictividad...”, Op. Cit., pp. 123-143

¹⁰⁵ Los entrecomillados en: AGA, Gobernación, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, año 1960; y entrevista a Eugenia, Granada, 3-3-2011.

Iglesia más comprometida con la realidad social y más acorde con las necesidades del momento.¹⁰⁶

Varios factores explican los cambios originados en el seno del catolicismo español. En primer lugar, debemos tener en cuenta la influencia que tuvieron sobre el clero nacional las encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris* promulgadas por Juan XXIII en 1961 y 1963 respectivamente. La primera conllevó un vuelco de la “cuestión social” al primer plano del discurso eclesial de una forma mucho más decidida que en la década precedente y generó un efecto revulsivo entre los sectores más comprometidos del clero español. Mientras tanto, el contenido de *Pacem in Terris* fue visto por muchos como un ataque directo a la concepción del franquismo como Estado católico modelo y la base para una democratización de la Iglesia.¹⁰⁷ A ello, hemos de añadir la renovación pastoral, litúrgica y de relaciones Iglesia-Estado aprobada en el Concilio Vaticano II, inaugurado en otoño de 1962 y cuyos efectos, no obstante, empezaron a ser evidentes ya en la segunda mitad de los años sesenta.¹⁰⁸ A los vientos de cambio procedentes de Roma se unió la renovación interna que se estaba produciendo en el seno de Acción Católica y que simbolizaba la adopción del método de “Revisión de Vida” o la organización de las “Semanas de Pastoral Social” en 1961 y 1962. La novedad del giro imprimido residía en la extensión de los métodos adoptados durante la década de los cincuenta por los movimientos especializados al conjunto de la organización, con lo que se pasaba de una Acción Católica triunfalista a una Acción Católica comprometida con la situación de los obreros. Un compromiso mucho más evidente en el caso de las ramas obreras de la organización, HOAC y JOC, que emprendieron por vez primera acciones que les condujeron a un enfrentamiento directo con el régimen. Sirva como ejemplo el conflicto entablado entre las jerarquías

¹⁰⁶ CALLAHAM, William J. “La Iglesia católica ¿continuidad o cambio?”, en TOWNSON, Nigel (ed.). *España en cambio...* Op. Cit., pp. 157-165; y ANDRÉS-GALLEGO, José y PAZOS, Antón M. *La Iglesia en la España contemporánea/2 (1939-1999)*. Madrid, Encuentro, 1999.

¹⁰⁷ MONTERO, Feliciano. *La Iglesia de la colaboración...* Op. Cit., pp. 92-95 y 182-183; y del mismo autor. “Las derechas y el catolicismo español: del integrismo al socialcristianismo”, *Historia y Política*, 18, 2007, pp. 117-118; PIÑOL, Josep M. *La transición democrática de la Iglesia española*. Madrid, Trotta, 1999, p. 185.

¹⁰⁸ Un estudio muy detallado en: RAGUER SUÑER, *Réquiem por la cristiandad: el Concilio Vaticano II y su impacto en España*. Barcelona, Península, 2006. Véase también MONTERO, Feliciano. “La Iglesia y el catolicismo en el final del franquismo. El “despegue de la Iglesia en la pretransición, 1960-1975” en GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.). *El franquismo y la transición...* Op. Cit., pp. 238 y ss.; y MONTERO, Feliciano. *La Iglesia de la colaboración...* Op. Cit., pp. 101-103.

nacionales de Falange y las eclesiásticas como consecuencia de la participación *hoacista* en las huelgas de mayo de 1962.¹⁰⁹

En efecto, las divisiones en el interior del catolicismo español quedaron especialmente puestas de relieve entre las nuevas generaciones del clero y entre los miembros de los movimientos obreros de Acción Católica. Los seminarios fueron uno de los escenarios donde quedó más evidenciada la grieta que se estaba abriendo en el seno de la Iglesia. A la crisis de vocaciones sufrida desde 1963-1964 había que unir las inquietudes de muchos jóvenes seminaristas que vivían la religión de un modo diferente y que no tardaron en radicalizar sus demandas de mayores libertades y transformaciones en el sentido de una Iglesia más comprometida con la realidad social.¹¹⁰ Jóvenes que, al terminar el seminario, entraron en contacto con la HOAC o fueron enviados a parroquias remotas donde ensayaron un discurso innovador y muchas veces chocante para sus feligreses. Esta era la actitud mantenida por gente como Antonio Quitián González, desde su llegada a las parroquias de Tózar y Limones (Granada), o la de otros curas que empezaron a tratar en sus homilías temas considerados peligrosos por el régimen. En junio de 1964, el cura de Gójar (Granada), Ángel Peinado, refiriéndose a la coronación de la Virgen de la Macarena en Sevilla, transmitió a quienes asistían a los oficios que, “por largo que sea el manto que le pongan (a la Virgen), no se pueden tapar los crímenes que han cometido”. Un año más tarde, el Gobernador Civil de Granada, Eduardo Cañizares Navarro, sopesó la clausura de la emisora parroquial de Montefrío, porque uno de los curas de la localidad “procede a tocar asuntos [...] que pudieran llevar a situaciones desagradables”.¹¹¹

Sin embargo, esto no ocultaba la debilidad de los movimientos apostólicos obreros en buena parte del territorio nacional. La HOAC de Granada contaba en 1965 con tan solo 15 militantes, 10 adheridos y 70 simpatizantes y sus dirigentes en la provincia reconocían la “total falta de dirección” y el “ambiente jerárquico” que

¹⁰⁹ MONTERO, Feliciano. *La Acción Católica y el franquismo: auge y crisis de la Acción Católica especializada*. Madrid, UNED, 2011; BERZAL DE LA ROSA, Enrique. “Sotanas, martillos y alpargatas. Las contradicciones de un movimiento obrero controlado por el clero” en ORTIZ HERAS, Manuel y GONZÁLEZ, Damián A. (coords.). *De la cruzada al desencanche: la Iglesia española entre el franquismo y la transición*. Madrid, Sílex, 2011, pp. 103-111.

¹¹⁰ URBINA, Fernando. “Formas de vida en la iglesia en España, 1939-1975”, en VV. AA. *Iglesia y sociedad en España, 1939-1975*, Madrid, Editorial Popular, 1977, p. 79; BERZAL DE LA ROSA, Enrique. “Sotanas, martillos...”, Op. Cit., p. 119.

¹¹¹ Véase la obra QUITIÁN GONZÁLEZ, Antonio et al. *Curas obreros en Granada... Op. Cit.*, pp. 35-36.; Los ejemplos en AGA, Cultura, MIT, Gabinete de Enlace. “Actividades del párroco de Gójar (Granada)”, 19-6-1964; y AHDG, Caja 216-F, “Carta del Gobernador Civil sobre las actividades del párroco de Montefrío”, 15-1-65.

obstaculizaba su organización. En ese mismo año, la JEC de la provincia informaba que los cuatro equipos de acción constituidos actuaban “sin relación ninguna entre ellos”. Finalmente, la JOC granadina reconocía un amplio abanico de problemas –“falta de unión y compañerismo, falta de interés por las cosas, carencia de labor de equipo”– que impedían incrementar su influencia sobre los núcleos obreros. La despolitización y el miedo a significarse constituían las razones fundamentales para el fracaso en su labor de captación en las provincias carentes de grandes concentraciones obreras. En 1957, por ejemplo, las autoridades de Granada informaban que miembros de la HOAC, “bajo el pretexto de realizar Ejercicios Espirituales”, reunieron “un número de trabajadores, entre los que figuraron enlaces sindicales radicales”. El informante mostraba su satisfacción por el hecho de que los obreros “al comprobar que se les hablaba de cuestiones sociales, sindicalismo y otras materias ajenas [...], abandonaron el local y dieron cuenta al delegado provincial de Sindicatos”. Tampoco debemos olvidar que, por más que estuviera produciéndose un despegue de las bases católicas, la Iglesia siguió siendo fundamentalmente franquista durante la década de los sesenta, como lo prueba, por ejemplo, la conversación mantenida entre un militante de la JOC y el Obispo de Guadix en mayo de 1962. El prelado accitano le reprochó su participación en las huelgas de Asturias diciéndole “que tenían los ojos cerrados y que le estaban haciendo el juego al comunismo” y aseguraba “sentirse indignado cuando afirmó que ‘la Cruzada Nacional de 1936 no fue verdadera Cruzada’”.¹¹² Y es que, al margen de los sectores más inmovilistas, existían otros muchos que, queriendo un catolicismo más social y una reforma de las estructuras de la Iglesia, diferían de los “curas obreros” y los miembros de los movimientos obreros de Acción Católica y apostaban por una continuidad en el modelo de Iglesia vigente.

El otro foco fundamental donde germinaba la disidencia se encontraba en las aulas de los recintos universitarios españoles. El mundo estudiantil empezaba este periodo agitado por los sucesos de febrero de 1956, que habían constatado el fracaso de

¹¹² La situación de los movimientos obreros en: AHOAC, Caja 83, “Informe de la Comisión Nacional de la situación de la Obra en Granada”, 1965; AJOC, Caja 79, “Situación de la JOC en Andalucía Oriental”, 21-11-1962; AJEC, Caja 45, “Informe sobre la situación de la JEC media e Granada”, 7-5-1965. La dificultad para captar apoyos en: AGA, Presidencia, Secretaría Política, Caja 51/19090, “Información de actividades de la HOAC, según referencias recibidas en esta Vicesecretaría Nacional”, 8-4-1957. Véase también ORTIZ HERAS, Manuel. “La Iglesia en una diócesis joven. Ambigüedad y control de la jerarquía ante los cambios” en id y GONZÁLEZ MADRID, Damián. (coord.). *De la cruzada al desenganche... Op. Cit.*, pp. 235-263. La continuidad del respaldo de la Iglesia al franquismo en: MONTERO, Feliciano. *La Iglesia: de la colaboración... Op. Cit.*, 96-97; el ejemplo en AGA, Cultura, MIT, Gabinete de Enlace, “Carta del Sr. Obispo de Guadix al Sr. Gobernador Civil de la Provincia, Sr. Alfín Delgado”, 20-5-1962.

la labor socializadora de la dictadura entre la juventud. Sin embargo, tras los altercados de la Universidad Complutense, hubo un franco declive de la agitación universitaria que el franquismo trató de aprovechar para remediar la pérdida de los jóvenes españoles.¹¹³ El SEU intentó subsanar el desprestigio al que se había llegado tras el giro conservador imprimido en su seno en 1954 y que había quedado completamente evidenciado en los enfrentamientos de febrero de 1956. Se trataba de volver a la política aperturista de los primeros cincuenta que tan atractiva había resultado para muchos jóvenes e intelectuales participantes en sus actividades culturales. A este fin, nacieron en Granada nuevas revistas universitarias, como *Ámbito* (1956-1958), *Actualidad Universitaria* (1958-1965) o *Ágora* (1961), que trataban de reemprender el camino andado por *Clave* o *Diálogo* en el decenio precedente. En sus páginas volvían a brotar cuestiones incómodas para los sectores más inmovilistas del régimen, como eran la crítica a la apatía política y a la intransigencia de algunos grupos, el tema de la democracia, el debate sobre la forma de Estado o el injusto reparto de la riqueza entre el pueblo. Desde *Actualidad Universitaria*, por ejemplo, se volvía al insistir en dejar “de pensar en los Reyes Católicos [...], pues ya son Historia” y optar por “reconstruirse de nuevo”. En esa misma revista, se lanzaba una arriesgada pregunta: “¿Y para qué sirve la Monarquía? ¿Es que no hay otra cosa?”.¹¹⁴

El uso de un lenguaje más abierto y el tratamiento de temas más trascendentes estaban en plena consonancia con los intentos de la Jefatura Nacional por dotar de una estructura más “democrática” al SEU y alentar la participación de los jóvenes. Pero, en primer lugar, los *seuístas* más comprometidos con la renovación se encontraron con la oposición de otros sectores del régimen y de miembros del propio Sindicato totalmente en desacuerdo con cualquier aperturismo. Juan Pérez Arcas, por entonces al frente de la delegación granadina, afirma haber contado con la oposición de “la Primera Línea del SEU y de otro grupito más radical que me hacía la contra” en sus intentos por “acercarse a los jóvenes”.¹¹⁵ En segundo lugar, el SEU seguía siendo visto como la policía de la Universidad y mostraba un lenguaje contradictorio en el que mezclaba la “democracia” con la lealtad al “18 de Julio”. Y, en último lugar, resultaba evidente el

¹¹³ De “paraíso de tranquilidad” califica la situación universitaria de este periodo Pablo Lizcano: LIZCANO, Pablo. *La generación del 56... Op. Cit.*, pp. 233-234.

¹¹⁴ Los entrecomillados en: *Actualidad Universitaria*, marzo de 1961; otros ejemplos en *Ágora*, 1, 1961 y *Ámbito*, diciembre de 1957.

¹¹⁵ Al respecto: HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, RUIZ CARNICER, Miguel Ángel y BALDÓ LACOMBA, Marc. *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, pp. 202-203; el ejemplo en Entrevista a Juan Pérez Arcas, Cúllar, 4-8-2011.

desinterés estudiantil por el Sindicato. Como Juan Pérez Arcas reconocía respecto al estudiantado granadino “la mayoría de los estudiantes no era nada, no se metían en nada, tenían un carnet del SEU, pero era obligatorio, a ellos el SEU, ni fu ni fa”. Sería precisamente esta situación de anquilosamiento y desprestigio la que, en 1965, sepultaría el Sindicato y crearía en su lugar las Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APEs).¹¹⁶

Al fracaso en la socialización de los jóvenes –reconocido por el propio régimen– se sumaron otros elementos que hicieron posible la aparición de una creciente disidencia estudiantil. Al igual que en el resto de España, la Universidad de Granada experimentó una progresiva masificación de sus aulas, con un aumento del 37% de su alumnado entre 1958 y 1965. Además, se produjo un cambio importante en su composición social, ya que fueron ganando peso los elementos de las nuevas clases medias urbanas e, incluso, los de obreros cualificados que vieron en la educación de sus hijos la mejor inversión posible. El alejamiento del régimen, la exigencia de mayores libertades y la participación en actividades culturales de las nuevas generaciones que accedieron a la Universidad provocaron un aumento de la confrontación con la dictadura ante el inmovilismo de las autoridades. Los conflictos estudiantiles experimentaron un importante aumento, especialmente en los centros de Barcelona y Madrid.¹¹⁷ En provincias como Granada, la situación del mundo universitario era muy diferente. Entre 1956 y 1963, no se produjeron conflictos, salvando algún contratiempo generado por meras cuestiones académicas. Durante estos años, las autoridades señalaron repetidas veces la “absoluta normalidad” que reinaba en las facultades granadinas y que el orden no había “sido contravenido en ninguna ocasión”. Un diagnóstico que mostraba estudiantes poco problemáticos para el régimen, pero también lejanos a sus principios.¹¹⁸

El primer acontecimiento de cierta importancia fue la manifestación producida en 1964 tras unos altercados en la sala de fiestas “Neptuno” que, según algunas fuentes,

¹¹⁶ La situación del SEU a nivel nacional en RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. *El Sindicato Español... Op. Cit.* Para Granada: Entrevista a Juan Pérez Arcas, Cúllar, 4-8-2011; MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso. (coord.). *La cara al viento. Estudiantes por las libertades democráticas en la Universidad de Granada (1965-1981)*. Fundación de Estudios Sindicales-Archivo de CCOO-A y El Páramo, 2012, Vol 1., p. 91; y AGA, Gobernación, Caja 44/11159, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, año 1963.

¹¹⁷ Véase YSÀS, Pere. *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia*. Barcelona, Crítica, 2004, pp. 3-7; las cifras de Granada en: MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.), *La cara al viento... Op. Cit.*, p. 65

¹¹⁸ AGA, Cajas 32/11309, 44/11318 y 44/11159, “Memorias del Gobierno Civil de Granada”, 1960, 1961 y 1963.

ascendió a más de tres mil estudiantes. Los sucesos originados cuando unos estudiantes del Colegio Mayor San Luis de Granada iniciaron una auténtica “pelea de borrachos”, concluyeron con agresiones por parte de los empleados del local. En señal de protesta por lo sucedido, una gran masa estudiantil se dirigió al Gobierno Civil, produciéndose una carga policial para disolver la concentración, con el resultado de varios detenidos. Además de las denuncias de malos tratos por parte de los estudiantes, los sucesos le costaron el puesto a Juan Pérez Arcas, director del Colegio Mayor al que pertenecían los detenidos y conllevaron la suspensión de las clases en varias facultades durante una semana.¹¹⁹ Lo ocurrido era un asunto completamente ajeno a la vida universitaria, pero motivó una vigilancia más estrecha sobre el estudiantado granadino. Pero no solo sobre ellos, sino también sobre los peligrosos Profesores No Numerarios (PNNs), de los que las autoridades sospechaban que estaban detrás de lo sucedido, como manifestaron de nuevo ante la proclamación de una huelga de 24 horas en Filosofía y Letras y una serie de tumultos en Derecho en noviembre de 1964. No obstante, los problemas más graves llegaron al año siguiente, con motivo de una huelga en varias facultades del distrito universitario granadino, en solidaridad por el apartamiento de Enrique Tierno Galván, José Luis López Aranguren, Santiago Montero Díaz y Agustín García Calvo de sus cátedras.¹²⁰

La intensificación de las agitaciones en el interior de la Universidad generó un clima enrarecido entre el estudiantado granadino, que representaba el anuncio de lo que estaba por venir. Sin embargo, ello no nos debe hacer perder de vista ni la debilidad del movimiento estudiantil granadino a mediados de los años sesenta, ni que la amplia mayoría de los estudiantes estaba absolutamente desconectada de estas reivindicaciones. Como ocurría en otros centros del territorio nacional, la Universidad de Granada no era en estos momentos un foco de preocupaciones para el régimen, puesto que la oposición política permanecía amordazada y controlada por el Estado y la mayor parte de los estudiantes dedicaban su tiempo y sus esfuerzos a la obtención de un título que les permitiera obtener un trabajo desde el que sumarse a la favorable coyuntura que afectaba a la economía española y entrar de lleno en el mundo del consumo.

¹¹⁹ AGA, Gobernación, Caja 44/11688, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1964; AHPCE, Coreo de La Pirenaica, Caja, Carta de Gerónimo; AHUG; Libro 2752, Actas de Junta de Gobierno, 3-3-1964; Entrevista a Juan Pérez Arcas, Cúllar, 4-8-2011; algunos detalles en MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La cara al viento... Op. Cit.*, pp, 83-87.

¹²⁰ HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, RUIZ CARNICER, Miguel Ángel y BALDÓ LACOMBA, Marc. *Estudiantes contra Franco... Op. Cit.*, pp. 156-157; los sucesos de Granada en: AGA, Gobernación, Caja, Memoria del Gobierno Civil de Granada, año 1965.

5. Conclusiones: el “estado de obras” y el inicio de la subversión

A mediados de la década de los sesenta la dictadura había encontrado nuevos materiales con los que reformar el viejo edificio del régimen. La legitimidad de ejercicio que le proporcionaban el desarrollo económico del país, la mejora de las condiciones de vida y la realidad despolitizada alentada por los ministros del Opus Dei, concitaba el apoyo o la apatía de amplios sectores de la población que veían en la continuidad del franquismo una garantía de progreso. El régimen no había renunciado a la legitimidad de origen, que tan necesaria era para conservar el respaldo de los sectores más inmovilistas de la nación, pero había demostrado un cierto dinamismo para asumir los cambios sociales generados por la llegada de nuevas generaciones, las transformaciones socioeconómicas y el alejamiento de su mito fundacional. El recuerdo de la Guerra Civil y del hambre devino esencial para establecer una comparación con la España del 600, la lavadora y la televisión. El bienestar de amplias capas de españoles parecía suficiente para garantizar el apoyo no sólo de quienes seguían beneficiándose de su participación en el interior de la Administración estatal, sino de las crecientes clases medias que priorizaban el confort por encima de mayores libertades políticas.

Sin embargo, al fomentar la despolitización, el franquismo anuló cualquier posibilidad para la captación de apoyos que verdaderamente se identificaran con los pilares ideológicos del régimen. Los grupos más interesados en la participación política de los españoles, como Falange, experimentaron en sus propias carnes los efectos del discurso negativo de la política que ellos mismos habían contribuido a transmitir y las perjudiciales consecuencias que para la dictadura suponía el deseo generalizado de no repetir una guerra y estimar la paz por encima de todo. Las contradicciones derivadas de la mezcla de discursos y prácticas aperturistas con el ejercicio continuado de la represión pusieron de manifiesto que, por mucho que hubiera evolucionado la capacidad de tolerancia del régimen, los límites establecidos seguían siendo demasiado estrechos. A lo largo de este periodo, la dictadura y una parte creciente de la sociedad empezaron a hablar idiomas diferentes. La aparición de la conflictividad en las fábricas, los barrios, las parroquias o las aulas universitarias fue el síntoma más evidente de que pueblo y Estado avanzaban a un ritmo distinto. El franquismo, con sus contradicciones, sus resistencias a desprenderse del discurso de vencedores y vencidos y su incapacidad para

hacer que los frutos del desarrollo económico se distribuyeran de manera más justa, contribuyó a sembrar la semilla de la desafección. Ahora bien, desde finales de los cincuenta y hasta mediados de los sesenta, el régimen siguió conservando un altísimo grado de estabilidad. La mayor parte de las provincias españolas seguían contando con una población poco dispuesta a movilizarse contra la dictadura, satisfecha por la mejora progresiva de sus condiciones de vida, o conformista con la situación que le había tocado vivir. Al fin y al cabo, muchos seguían pensando que era mejor sacrificar sus libertades políticas a cambio de otros “XXV Años de Paz” victoriosa.

6

NO HAY FRANQUISMO SIN FRANCO: LA EXPANSIÓN DE LA “CULTURA DE LA PROTESTA” Y EL AGOTAMIENTO DE LOS APOYOS SOCIALES DE LA DICTADURA (1966-1976)

El año 1966 fue el escenario de una serie de eventos cruciales para explicar la trayectoria de la dictadura en los años posteriores. A la aprobación de la Ley de Prensa, en un intento por aflojar la mordaza a la información en España, se sumó la votación en referéndum de la Ley Orgánica del Estado, concebida como la constitución definitiva del Estado franquista. El régimen había alcanzado su cénit. La esperada institucionalización y el pujante desarrollo económico hacían pensar que la supervivencia de un franquismo sin Franco no era una quimera. Sin embargo, también fue a lo largo de este mismo año cuando concluyó la labor del Concilio Vaticano II y se produjo una profunda crisis dentro de la Acción Católica, que fragmentó el hasta entonces inquebrantable apoyo de la Iglesia católica. En el ámbito obrero, una conflictividad más intensa y extendida, hizo su aparición para ya no desaparecer hasta el final de la dictadura. Algo similar ocurrió en las aulas de la Universidad, donde fueron cada vez más numerosos y diversos los estudiantes movilizados en demanda de mayores libertades. La propia institucionalización del Estado franquista hizo más evidente la distancia real entre los grupos políticos dominantes, dificultando una reacción más coherente ante las amenazas crecientes a la estabilidad del sistema.

A mediados de los sesenta, los dirigentes franquistas eran plenamente conscientes de cuáles eran los problemas que podían enterrar a la dictadura. Sabían que existía un malestar entre las capas más humildes de la sociedad española –aunque también entre otros sectores sociales–, motivado por el desigual alcance de los frutos del crecimiento económico, y que la conflictividad en la que se traducía, socavaba el clima de orden del que la dictadura alardeaba. Igualmente, percibían el alejamiento de los estudiantes, cansados del SEU, del deficiente funcionamiento de la institución y de las restricciones a las libertades impuestas por un régimen con el que no se identificaban. Y, finalmente, veían con desencanto cómo dentro de la Iglesia había curas “rebeldes” que tocaban temas que trascendían lo meramente evangélico o que, incluso,

participaban en acciones radicalmente opuestas a las políticas del Gobierno, como había ocurrido en las huelgas de Asturias en 1962. El régimen franquista creía poder reconducir la situación en estos ambientes y lograr la ampliación de sus apoyos sociales mediante un moderado desarrollo político que no trastocara “lo esencial”. Sin embargo, que percibiera las amenazas a su estabilidad no significa que tuviera la capacidad de atajarlas. Las autoridades franquistas conocían los problemas, pero no imaginaban su verdadero alcance, ni el desarrollo que adquirirían con el paso de los años. Además, sabían que la solución pasaba por adoptar medidas que, tarde o temprano, sepultarían también al régimen nacido el 18 de julio de 1936.

Resulta necesario que nos preguntemos, en primer lugar, por qué el mantenimiento de una coyuntura económica favorable durante buena parte del tardofranquismo no resultó suficiente para que el régimen retuviera el consentimiento y la complicidad de grandes grupos sociales materialmente satisfechos. Para ello será fundamental, atender al incremento de los desequilibrios regionales generados por el crecimiento y al fracaso de las políticas emprendidas para corregirlos, como factores responsables del descontento de buena parte de la población. En este sentido, parece también pertinente que analicemos los efectos negativos que la falta de un desarrollo político, en el sentido de mayores libertades y cauces reales de participación para los españoles, tuvo sobre la capacidad proselitista del régimen y sus posibilidades de permanencia una vez desaparecido Franco. Pero en la progresiva descomposición de la dictadura franquista, no podemos quitarle el protagonismo que se merecen a los actores que “desde fuera” erosionaron con sus acciones el sistema, hasta hacer inviable cualquier hipótesis continuista. Es por ello, que dirigimos nuestra atención hacia los diferentes tipos de oposición antifranquista –obrera, estudiantil, ciudadana, religiosa, política– que, haciendo uso de los más diversos espacios, se hicieron cada vez más presentes en las provincias españolas, posibilitando el paso a un régimen democrático.

1. La “tele” ya no basta: la quiebra del modelo *desarrollista* y el ataque a la legitimidad de ejercicio

Hasta poco tiempo antes de la muerte del dictador, la economía del régimen continuó la dinámica de crecimiento iniciada en la década de los sesenta. Los indicadores siguieron arrojando datos muy positivos en todos los sectores productivos y

la buena coyuntura económica no parecía tener fin. Los españoles vivían rodeados, por lo general, de unas cada vez mejores condiciones económicas, desempeñaban empleos más remunerados que les permitían habitar casas más confortables y mejor equipadas, alimentarse y vestir mejor, adquirir mayor número de productos, disfrutar de vacaciones veraniegas o conducir un automóvil más moderno y cómodo. A mediados de los sesenta, las desigualdades sociales y regionales seguían existiendo, pero cada vez era mayor el número de españoles que, aunque fuera de manera muy lenta, se iba sumando a la ola del desarrollo y sintiendo que el fantasma de la miseria había quedado desterrado para siempre. ¿Qué razones podía haber para que el régimen pensara que la legitimidad basada en el crecimiento económico y en la eficacia que tanto éxito le había dado hasta entonces podía agotarse?

En efecto, la industria, considerada como uno de los principales motores del desarrollo económico español, siguió creciendo a un ritmo del 9% anual hasta el año 1974. En la segunda mitad de los sesenta, continuó la transformación estructural del sector, mediante la sustitución de las industrias de tipo tradicional por químicas, metálicas, de producción de automóviles o bienes de consumo duradero, progresivamente adaptadas a las nuevas tecnologías. Además, siguió beneficiándose de la abundancia de mano de obra generada por la llegada de población procedente del medio rural y por la creciente inversión realizada. De manera que, a inicios de los setenta, la industria española era mucho más moderna y capitalizada que diez años atrás.¹ A ojos de muchos de los españoles, buena parte de responsabilidad de la vertiginosa industrialización del país recaía sobre los dirigentes de la política y la economía españolas que, desde finales de los cincuenta, habían imprimido un giro radical a la realidad nacional y transformado por completo la imagen de atraso y pobreza que arrojaba la España de los primeros veinte años de la dictadura. En este sentido, los planes de desarrollo diseñados por los tecnócratas del Gobierno que, en teoría, acometían la inauguración o reactivación de focos industriales en diferentes zonas del territorio nacional, no solo fueron vistos como una manera de garantizar la

¹ MARTÍNEZ SERRANO, José Antonio et al. *Economía española.... Op. Cit.*, p. 84; y GARCÍA DELGADO, José Luis. “La industrialización y el desarrollo económico de España durante el franquismo”, en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÀ, Carles (comps.). *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987, pp. 164-189.

estabilidad política del régimen franquista, sino de transmitir a la gente la idea de que la prosperidad económica solo era posible mediante la continuidad del sistema vigente.²

La decepción sufrida por las autoridades y buena parte de los ciudadanos granadinos al quedar al margen del I Plan de Desarrollo en 1964, se tornó en vivo entusiasmo cuando se anunció en febrero de 1969 la esperada noticia de que Granada contaría con un polo de desarrollo desde inicios de 1970. Un entusiasmo justificado por las presiones políticas, sociales y económicas ejercidas durante los años anteriores por los dirigentes, empresarios e inversores provinciales que veían en la industrialización granadina la panacea que pondría remedio a la desesperada situación del empobrecido mundo rural y que frenaría la sangría poblacional que padecía la provincia desde hacía más de una década. Desde la prensa granadina, se aseguró que se crearía “uno de los polos más eficaces, más seguros y más importantes de España” y se llegó a afirmar que “el 2 de enero de 1492 y el 21 de febrero de 1969 (día de la aprobación del polo de desarrollo en el Consejo de Ministros) son dos fechas históricas para Granada. La primera representó la apertura a la espiritualidad cristiana. La segunda a su vitalidad económica y social de esa otra España que comenzó a forjarse el 1º de abril de 1939”. El Gobernador Civil de Granada, Antonio Gómez Jiménez de Cisneros, no dudó en adjudicarse buena parte de la responsabilidad en el éxito logrado, asegurando que “las gestiones han sido canalizadas por el Gobierno Civil” y que el pueblo entero debía “agradecer la sensibilidad del Jefe de Estado”, que siempre había mostrado “una especial preocupación” por los problemas de la provincia.³ Algo que había quedado patente en la manifestación de adhesión al “Caudillo” organizada a finales de febrero de 1969 por las calles de la ciudad o en las muestras de agradecimiento recibidas por el Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga, en su visita a la capital andaluza unos días más tarde. La concesión del polo de desarrollo a la provincia era, en suma, un balón de oxígeno para unas autoridades crecientemente preocupadas por el aumento de la conflictividad laboral y un motivo de esperanza para quienes hasta el momento no veían otra salida que la emigración a su ingrata existencia.⁴

² Este tipo de asociación en *Patria*, 1-1-1966 y 1-11-1966; *Ideal*, 23-3-1969; *Trabajo*, 120, junio de 1966; estas interpretaciones del desarrollo económico en: CAÑELLA MAS, Antonio. *Laureano López Rodó. Biografía política de un Ministro de Franco (1920-2000)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 192-199.

³ Sobre el entusiasmo despertado véase *Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de Granada*, 42, enero de 1969; el entrecomillado en *Patria*, 26-2-1969 y 3-3-1969. La visión de Gómez de Cisneros en AGA, Gobernación, Caja 52/481, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1969 y *Patria*, 12-3-1969.

⁴ Las manifestaciones en: *Patria* e *Ideal*, 22-2-1969 y 23-2-1969; véase también GARCÍA DÍAZ, Mariano. *El polo de desarrollo de Granada*. Granada, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Granada, 1976, pp. 109-110.

Al igual que la industria, la agricultura española vivió un periodo de esplendor a lo largo del periodo. La expulsión de mano de obra y el aumento de los salarios hicieron cada vez más rentable a los propietarios la introducción de maquinaria agrícola, lo que se tradujo en un aumento constante de la renta agraria hasta 1973. En Andalucía, el consumo de abonos se multiplicó por 13,6 entre 1960 y 1975 y, para ese mismo año, la superficie irrigada era el doble de la existente veinte años atrás.⁵ Es cierto que el sector primario continuó perdiendo peso en la economía del país (la población empleada en el campo pasó de un 34,8% del total a un 23% entre 1965 y 1975); también, que el agro siguió expulsando mano de obra en beneficio de los sectores secundario y terciario, generando un envejecimiento de la población y un déficit importante de fuerza de trabajo; y, por último, que la aportación de la agricultura a la renta nacional se redujo entre 1960 y 1970 de un 24 a un 15%. Pero el retroceso en la importancia del sector no lo era tanto de la agricultura en general como de la de tipo tradicional que venía menguando desde los años cincuenta, por lo que, hasta inicios de los años setenta, el cultivo de la tierra siguió siendo rentable para un buen puñado de propietarios agrícolas beneficiados por las políticas agrarias franquistas y por la construcción de infraestructuras hidráulicas durante los años del “desarrollismo”.⁶

Por su parte, el sector terciario continuó ganando protagonismo en el conjunto de la economía nacional y beneficiándose de la incorporación de grandes contingentes de mano de obra procedentes del campo español. Los servicios pasaron de ocupar un 31,4% de la población activa nacional en 1965 a un 39,2% en 1975. Idéntico proceso se dio en la provincia de Granada, donde el sector terciario aumentó del 28,7% al 34,4% entre 1964 y 1973. Por ejemplo, el comercio de la región creció de manera vertiginosa a lo largo de los sesenta y si a comienzos de la década ocupaba a 16.494 granadinos, en 1970 eran ya 28.644 los empleados en el sector.⁷ La expansión experimentada por el ámbito de los servicios se tradujo a su vez en una cada vez más acelerada urbanización,

⁵ BARCIELA, Carlos. “Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil”, en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÀ, Carles (comps). *La economía española... Op. Cit.*, pp. 258-279; y GÓMEZ OLIVER, Miguel. “¿Y ahora qué? La sociedad rural ante la transición política” en QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael (coord.). *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 147-155; para el caso de Granada: BANCO DE GRANADA. *Nuevas posibilidades del campo granadino: planificación del sector agrario en la provincia*. Granada, 1970.

⁶ Véase NAREDO, José Manuel. “Diez años de agricultura española”, *Agricultura y Sociedad*, 46, enero-marzo, 1988, pp. 9-35. LANERO, Daniel y FREIRE (coords.), *Dulce Agricultura e innovación tecnológica en la península ibérica (1946-1975)*, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente, 2011.

⁷ Las cifras en ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Alfonso. *Historia del consumo... Op. Cit.*, p. 88; BANCO BILBAO. *Renta nacional de España y su distribución provincial*. Madrid, 1973; y ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas del siglo XX... Op. Cit.*, p. 82.

de manera que, a mediados de los años setenta, la población urbana se había duplicado con respecto a la de 1960. El éxodo rural y el crecimiento vertiginoso de las ciudades parecían probar que la incorporación de España a la modernidad era un hecho incontestable. Pero, sobre todo, el impulso de los servicios asociados al mundo urbano estaba propiciado en buena medida por el desarrollo ininterrumpido del fenómeno turístico. La afluencia de visitantes externos prosiguió su marcha ascendente hasta 1974. De los 17,2 millones de turistas recibidos por España en 1966, se pasó a 34,5 millones en 1973. La provincia de Granada aumentó sus plazas hoteleras entre 1965 y 1975 de 4.518 a 6.134 y las existentes en hostales pasaron de 2.089 a 4.304 en el mismo periodo, lo cual permitió alojar a más de medio millón de turistas en 1975, frente a los 299.147 que habían pernoctado en la provincia en 1966. La ya de por sí escasa iniciativa estatal para la promoción del turismo desapareció definitivamente con la salida de Manuel Fraga del Gobierno en 1969, pero el turismo de “sol y playa” siguió bebiendo durante algunos años más del poder adquisitivo de las clases medias europeas y, además, la Iglesia ya no parecía tan preocupada por salvaguardar la moralidad en playas y piscinas. Finalmente, el crecimiento del turismo siguió generando nuevos puestos de trabajo, por lo que, a pesar de la baja cualificación de muchos de los trabajadores recibidos, continuó siendo una importante fuente de riqueza para la economía nacional hasta 1973-1974.⁸

El saludable estado de la economía nacional también quedó reflejado en las condiciones de vida de muchos españoles. La alimentación de la población se hizo progresivamente más variada y nutritiva, generalizándose el consumo de productos que años atrás no estaban al alcance de muchas familias. Las estadísticas muestran un incremento muy importante en la ingesta de carne, leche, huevos o azúcar, una estabilización en el consumo de las hortalizas y fruta y una pérdida de peso de los cereales panificables que tan importantes habían resultado en la dieta de los ciudadanos.⁹ El aumento del poder adquisitivo de los españoles, propiciado frecuentemente por la emigración a otras zonas del país o al extranjero, permitió a amplias capas de la población incrementar su capacidad de ahorro y acceder a un mayor

⁸ GARCÍA DELGADO, José Luis y GARCÍA JIMÉNEZ, Juan Carlos. *Un siglo de España: la economía*. Madrid, Marcial Pons, 2001; Las cifras de visitantes. *Anuario de Estadísticas de Turismo*. Secretaría General Técnica de Turismo. Citado en BOTE, Vicente. “El desarrollo del turismo en España: cambio de rumbo y oportunidades científicas”, *Revista valenciana d’estudis autonòmics*, 25, 1998, p. 39; PACK, Sasha, *La invasión pacífica... Op. Cit.*, Capítulo 5.

⁹ FOESSA, *Estudios sociológicos sobre la situación social en España*. Madrid, Euramérica, 1975, p. 514; SOLER SANZ, María Mercedes. “Evolución del consumo...”, *Op. Cit.*, pp. 171-178.

número de productos. La prueba está en que la población redujo progresivamente la partida dedicada a alimentación (de un 43,1 a un 39,9% entre 1966 y 1973) y aumentó la referida a bienes de consumo duradero (de un 10,3 a un 11% en el mismo periodo). Así, fueron cada vez más las familias españolas que contaron con lavadora (47 al 71%) frigorífico (63 al 82%) o televisión (48 al 85%) en sus hogares a lo largo de los diez últimos años de franquismo. Pero hay otros indicadores que confirman la progresión en las condiciones de vida de los ciudadanos. El parque automovilístico de Granada dobló su volumen entre 1968 y 1975 (de 49.262 vehículos a 96.212) y el presupuesto dedicado al ocio o a las vacaciones experimentó un constante crecimiento durante este periodo.¹⁰ Además, desde mediados de los sesenta, se produjo una paulatina generalización del consumo, que permitió el acceso a nuevos bienes de determinadas familias humildes. Es el caso de Eugenia que, cuando se casó en 1967, se fue a vivir a la barriada del “Generalísimo Franco” en el Zaidín, donde según sus propias palabras, habitaban “una casilla de planta baja con cuatro habitaciones y muy bonita. Con un patio y una parra. Teníamos electrodomésticos y mi marido, como era metalúrgico, hizo un poyete de acero inoxidable precioso”. Ante este ritmo de continuo crecimiento, era normal que, en 1970, un 74% de las amas de casa españolas se mostraran optimistas ante el futuro y un 78% de los españoles esperaran seguir progresando.¹¹

La continuidad de la bonanza económica durante la segunda mitad de los sesenta y los primeros años setenta hizo, sin embargo, más visibles las deficiencias del modelo “desarrollista” y puso al descubierto los puntos débiles del discurso de legitimación en la eficacia y progreso económico sostenido por el régimen. El modernizado sector primario se vio profundamente afectado por la crisis petrolífera de 1973, como consecuencia del encarecimiento de las materias primas y de la energía necesaria para su desarrollo, provocando un endeudamiento creciente y la disminución de la renta agropecuaria.¹² A pesar de continuar su expansión, la industria española sufrió una

¹⁰ CAJA GENERAL DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE GRANADA. *Memoria del ejercicio 1971*, Granada, 1972; FOESSA. *Síntesis actualizada del III Informe Foessa*. Madrid, Euroamérica, 1978, pp. 527-528; ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas del siglo XX... Op. Cit.*, pp. 687-688.

¹¹ ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Alfonso. *Historia del consumo... Op. Cit.*, p. 205. Entrevista a Eugenia, Granada, 3-3-2011, FUNDACIÓN FOESSA. *Informe sociológico sobre la situación social de España. 1970*. Madrid, Euroamérica, 1970, pp. 296-297.

¹² Véase BARCIELA, Carlos. “Crecimiento y cambio en la agricultura...”, *Op. Cit.*, pp. 275-276; DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael. “La ganadería española del franquismo a la CEE. Balance de un sector olvidado”, *Historia Agraria*, 23, 2001, pp. 43-44. ABAD, Carlos y NAREDO José Manuel. “Sobre la «modernización» de la agricultura española (1940-1995): de la agricultura tradicional a la capitalización

ralentización a partir de 1966, que se aceleró con la llegada de la crisis económica en los últimos años del franquismo. Las insuficiencias de la planificación estatal, hasta entonces tolerables, se volvieron evidentes con el estallido de la crisis y mostraron que la estructura industrial española, enormemente dependiente del exterior, era más vulnerable que otras. Algo similar ocurrió en el sector turístico, donde la pérdida de 4,5 millones de visitantes en 1974 destapó las limitaciones de la política turística franquista, escasamente preocupada por atraer a un turismo de calidad y menos interesada en la expansión del sector desde inicios de los setenta. En suma, la crisis económica internacional vino a poner de manifiesto importantes deficiencias en el modelo de desarrollo español y la incapacidad del sector público para amortiguar la contracción sufrida por el conjunto de la economía nacional (el crecimiento se desplomó en 1974 hasta el 1,1%). De este modo, aunque hasta 1973 la economía siguió creciendo y mayor número de familias mejoró sus condiciones de vida, la llegada de la crisis puso en peligro uno de los pilares esenciales de la estabilidad del régimen.¹³

Pero si algún factor repercutió en una extensión de la percepción negativa del “desarrollismo”, este fue el desigual alcance social y regional del crecimiento económico. Si, desde mediados de los cincuenta, los desequilibrios habían empezado a manifestarse, a partir de la segunda mitad de los sesenta y, sobre todo, de 1970 en adelante, la situación se tornó dramática. Para entonces, el campo granadino era casi un desierto creado por la sangría poblacional padecida por la provincia. Aunque la emigración externa disminuyera drásticamente tras el estallido de la crisis del petróleo, Granada perdió unas 65.000 personas en el periodo 1970-1975, la mayoría de las cuales eran jornaleros u obreros no cualificados. Los cambios en la estructura económica afectaron poco a regiones como Andalucía Oriental que, a inicios de los setenta, tenía casi la mitad de su población activa (un 48,6% de la población granadina en 1974) empleada en el sector primario, frente al 28,4% nacional. Una población sometida a fuertes niveles de paro y ocupada en un campo donde, según las propias autoridades,

agraria y la dependencia asistencial”. GÓMEZ BENITO, Cristóbal y Juan Jesús GONZÁLEZ RODRÍGUEZ Eds. *Agricultura y sociedad...* Op. Cit. pp. 249-316

¹³ Para la industria: MARTÍNEZ SERRANO, José Antonio et al. *Economía española...* Op. Cit., p. 111-113; CARRERAS, Albert. “La industria: atraso y modernización”, en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÀ, Carles (comps.). *La economía española...* Op. Cit., pp. 290-291; sobre el turismo: MORENO GARRIDO, Ana. *Historia del turismo...* Op. Cit., pp. 256-257; os efectos de la crisis en HERNÁNDEZ ANDREU, José. *Economía política de la Transición en España (1973-1980)*. Madrid, Editorial Complutense, 2007, pp. 25-34; GARCÍA DELGADO, José Luis y SERRANO SANZ, José María. “De la primera crisis energética a las elecciones de 1977” en GARCÍA DELGADO, José Luis (dir.). *Economía de la transición y la democracia, 1973-1986*. Madrid, CIS, 1990, pp. 3-31.

pervivía la agricultura de tipo tradicional, “escasamente productiva” y con “abundancia de cultivos marginales”.¹⁴ Granada era el reflejo de lo sucedido en otras muchas provincias españolas, cuyo desarrollo había quedado encallado en las tierras de su agro y limitado por la incapacidad del gobierno para corregir los desequilibrios territoriales. El entusiasmo de los granadinos por la concesión del polo de desarrollo y la inicial avalancha de peticiones por parte de empresas deseosas de participar, se tornó pronto en amarga decepción. Su establecimiento no erradicó el paro –se crearon 1.000 puestos en cinco años para un déficit calculado en unos 25.000– y las autoridades provinciales no tardaron en culpar del fracaso a la escasa ayuda económica por parte del Estado y al conservadurismo de los capitalistas granadinos. La consecuencia más negativa fue la permanencia de una estructura provincial marcada por el atraso, el escaso peso a nivel nacional y el reducido tamaño de las empresas (entre 1969 y 1975 el 82% de las empresas granadinas contaban con cinco trabajadores o menos). No es extraño que, en 1974, la revista *Granada semanal* calificara el polo de desarrollo como “un fracaso casi total”.¹⁵

Muchos ciudadanos también vivían las consecuencias más amargas de una España que se movía a dos velocidades. La renta per cápita de provincias como Granada no dejó de ocupar los últimos puestos del país en los diez años finales del régimen. A pesar de las mejoras en la alimentación, los habitantes de Andalucía Oriental se encontraban a una distancia abismal de provincias como Madrid, Vizcaya o Barcelona. Los hogares con cuarto de baño o ducha, agua corriente, televisión o teléfono continuaron siendo muy inferiores a la media nacional en estas zonas. El consumo eléctrico, los servicios médicos o el analfabetismo existente entre los granadinos fueron también indicativos de las diferencias existentes respecto a otras áreas del país. En 1972, por ejemplo, no había un solo libro en un 53% de los hogares granadinos.¹⁶ La situación de algunas comarcas granadinas era desesperada. Las altiplanicies de Baza y

¹⁴ DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael. *La riqueza de las regiones: las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Madrid, Alianza, 2002; INE, *Reseña estadística de la provincia de Granada en 1977*. Madrid, 1977, p. 25; AGA, Gobernación, Caja 52/481, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1969 y Caja, 32/1144, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1974.

¹⁵ Sobre la decepción con el polo de desarrollo: GARCÍA DÍAZ, Mariano. *El polo de desarrollo... Op. Cit.*, pp. 171-199; GONZÁLEZ BARBERÁN, Vicente. *El polo de desarrollo de Granada a los tres años de su declaración*. Granada, Consejo Económico Sindical Provincial, 1972; AGA, Gobernación, Caja 32/1144, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1974; *Granada semanal*, 6-7-1974.

¹⁶ BANCO BILBAO. *Renta nacional de España y su distribución provincial: serie homogénea: años 1955 a 1993*. Bilbao, Fundación BBV, 1999; CAZORLA PÉREZ, José. “Andalucía Oriental a comienzos de los 70. Algunos indicadores sociales”, *Información Comercial Española*. 507, 1975, pp.27-36. CECA, *Situación actual y perspectivas de desarrollo en Andalucía Oriental*. Madrid, 1974.

Huércar o la zona del Marquesado al este de la provincia siguieron marcadas hasta el final del franquismo por altos niveles de paro y una fuerte emigración, que llevaba a muchos analistas a considerar que Granada estaba inmersa en un “subdesarrollo sin posible solución”. Con casi un 70% de población humilde, las autoridades sindicales provinciales lamentaban la “desconsoladora proporción de trabajadores especializados” existentes en la región y el predominio de un “espíritu un tanto fatalista” que hacía más preocupante si cabe su situación. En general, la vida de la inmensa mayoría de la población granadina respondía al cuadro dibujado por el párroco de los pueblos de Almegíjar y Notáez: “todos cultivan el campo, la tierra les da para ir viviendo, sin hacer grandes ahorros y trabajando todo el año sin parar”.¹⁷

Con este panorama, no debe extrañar la disparidad existente en el consumo de zonas rurales y urbanas de la provincia. En 1973, Los municipios de menos de 2.000 habitantes gastaban cuatro veces menos en mobiliario y tres veces menos en ocio que los mayores de 50.000.¹⁸ Sin embargo, la propia capital mostraba también profundas diferencias entre sus barrios y clases sociales, conformando una realidad mucho más amenazadora para el mantenimiento del orden social que la mísera situación reinante en los pueblos. El mapa urbano ponía de relieve las diferencias entre los sectores sociales de trabajadores situados en los barrios periféricos y las clases medias y medias-altas que habitaban en el centro urbano o en nuevas zonas residenciales. Barrios modestos como el Zaidín o el Polígono de Cartuja, con un 47 y un 59,2% respectivamente, arrojaban los índices más altos de población obrera. En 1970, el analfabetismo en barriadas humildes como Haza Grande, el Barranco del Abogado o Virgencica superaba el 25% frente al 22% de la capital. Al comparar la situación de los barrios periféricos con los del centro urbano, las diferencias saltaban a la vista. Por ejemplo, a inicios de los años setenta, un 38,5% de los hogares de San Matías (en el centro urbano) contaban con teléfono, frente al 5% de las viviendas del Zaidín; y mientras que en los céntricos barrios de Recogidas y San Antón casi la mitad de los hogares disponían de calefacción (49,7 y 47,6% respectivamente) en el obrero barrio de La Chana solo existía en un 1,1% de los hogares.¹⁹ Quedaba de este modo evidenciado que las crecientes y agudizadas

¹⁷ Véase *Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de Granada*, 36, julio de 1967 y 40, julio de 1968; *Granada semanal*, 18-7-1975. AGA, Sindicatos, Caja 32/1438, “Memoria de la Delegación Provincial de Sindicatos de Granada”, año 1973; AHDG, Armario A, Caja 3, Pieza 2 “Estudio sobre la realidad de Alegíjar y Notáez”, 1971.

¹⁸ INE, *Reseña Estadística... 1977*, p. 91.

¹⁹ Las cifras en FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, Fernando. *Análisis estructural de Granada... Op. Cit.*

desigualdades que afectaban a los más humildes, eran ajenas a importantes capas medias de la población que solo obtenían beneficios de la política económica franquista

El contraste entre unas zonas y otras de la ciudad era abismal. Para percibirlo solo era necesario volver la mirada sobre las chabolas o viviendas provisionales que se habían construido en la periferia urbana tras el derrumbe de las cuevas tras las lluvias torrenciales a inicios de los años sesenta. Con el transcurso de la década, lo que en principio era una situación provisional devino en permanente y la vida de sus moradores se hizo insostenible. Este era el caso de los alojados en la explanada que anteriormente había ocupado la fábrica azucarera de Santa Juliana. Los barracones instalados en 1962 dieron cobijo a más de quinientas personas pertenecientes a cien familias gitanas. Siete años más tarde, las condiciones en la barriada eran infrahumanas y la marginación social de sus habitantes absoluta. A unas viviendas sin cristales e “invadidas por las ratas” se sumaba el control de la Guardia Civil que convertía la zona en un gueto en el que, según algunos testimonios, “de noche, nadie se atrevía a entrar”.²⁰ Otras familias afectadas por las inundaciones habían ocupado el barrio de “La Virgencica”, situado al suroeste de la ciudad y compuesto por una serie de viviendas igualmente provisionales. Sin embargo, la barriada construida en 1964 pervivió hasta 1982 y las deficientes condiciones de vida no mejoraron con el paso de los años. Incluso, el alcalde de la ciudad, José Luis Pérez Serrabona, debía reconocer en 1974 que “su estructura resulta muy propicia a la humedad [...] su espacio es totalmente insuficiente para familias de ocho o diez personas, sin olvidar que diez años resultan excesivos”. En 1968, había 400 niños sin escolarizar y “500 con solo tres horas al día”. Unos años más tarde, el estado de las casas era deplorable, los servicios públicos inexistentes, el barrio estaba marcado por el paro, la prostitución y el absentismo escolar, y las condiciones insalubres reinantes habían provocado la muerte de bastantes niños enfermos de bronquitis y reuma.²¹

Las distintos barrios creados en la zona del Zaidín durante la década de los cincuenta –Comandante Valdés, Grupo de “la Cruzada” o Santa Adela– eran completamente ajenos a la España del desarrollo. Ya entrados los años setenta, las calles eran en realidad grandes lagos de barro, sobre los que los vecinos improvisaban puentes

²⁰ Véase AHDG, Armario B, Caja 7, “Carta de los acogidos en Santa Juliana al Alcalde de Granada”, 8-6-1969; el testimonio aparece citado en TUDELA VÁZQUEZ, Enrique. *Nuestro pan. La huelga del 70*. Granada, Comares, 2010, p. 92.

²¹ AHOAC, Caja 184, “Carta al Arzobispo de Granada sobre la situación de La Virgencica”, 29-4-1968; *Granada semanal*, 21-9-1974 y 12-10-1974; y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. *Del silencio... Op. Cit.*, pp. 350-351.

construidos con tabloneros para poder transitar. Los residentes en la zona mostraban el cansancio de años de reivindicaciones desoídas para lograr el asfaltado de las calles, la creación de un parque infantil, la escolarización de los menores o la eliminación de las basuras que poblaban determinadas áreas. Los vecinos de la barriada granadina de Haza Grande, construida en 1952, veían cómo, con el paso de los años, los múltiples problemas que les afectaban continuaban sin solución. Habían tardado dos años en contar con luz en sus hogares, diez en tener agua corriente y, a mediados de los años setenta, las deficiencias seguían siendo muy importantes: calles sin asfaltar, malas comunicaciones, distancias considerables a servicios tales como el médico, la comisaría de policía o la estación de autobuses o casas sin luz ni ventilación. Una situación muy similar a la existente en las barriadas de la Chana y “la Frigorífica”, situadas al suroeste de la capital. Los vecinos denunciaban los peligros que para la salud pública representaban los “ríos de fango” que se formaban al caer las primeras lluvias y mezclarse con los escombros de los antiguos barracones que daban albergue a cientos de familias humildes. Una realidad que se hacía más grave por la presencia constante de niños menores de edad sin escolarizar que circulaban por las “verdaderas lagunas de fango y cieno” que caracterizaban la zona.²²

La situación de áreas deprimidas de la capital no era nueva. Lo novedoso a la altura de los años setenta estribaba en que los habitantes se sentían completamente abandonados por las autoridades granadinas. Los vecinos de Haza Grande reconocían en 1975 que estaban “cansados de pedir” y los residentes en Santa Juliana se negaban a un nuevo traslado salvo que fuera a nuevas viviendas de carácter permanente. Conscientes del desarrollo de otras zonas de España y aún de otros barrios de la capital, los habitantes de la periferia granadina ya no creían en promesas. Sin embargo, seguían contando con el peor de los enemigos para revertir su mísera situación: la indiferencia de sus conciudadanos. La mayor parte de la sociedad vivía de espaldas a la realidad de estos barrios. Alfonso afirma que “yo de la Virgencica no me acuerdo porque no he ido”. Como Miguel recuerda “estos barrios estaban muy aislados. Se comentaba por la prensa, pero no se sabía nada”. Otros, como Manolo, a pesar de que sabían de su existencia, eran conscientes de su exclusión social: “eran reservas indias [...]. Esta gente estaba anclada en el pasado, sus chabolas, sus casas... sabíamos que existían pero

²² La situación del Zaidín en *Granada Semanal*, 27-7-1974 y OLGOSO, Isidro. *Entre ríos. Historias del Zaidín, 1953-1979*, Granada, La Vela, 2001, pp. 168-169. Las referencias a Haza Grande en *Ideal*, 13-10-1975; y para La Chana y la Frigorífica en: AHPG, Sindicatos, AISS, Número de Orden 715-716.

eran marginados. La mayoría del resto de la gente estaba a su bola”. Incluso, algunos como Cecilia, llegaron a aceptar la visión que, en repetidas ocasiones, dieron las autoridades para justificar estos barrios. “Era un sitio mucho más habitable y mejor y más acondicionado que el que tenían hasta entonces [...], pero algunos llegaron a meter el burro en el baño”.²³

Eran estas las clases medias a quienes no alcanzaban las consecuencias negativas del “desarrollismo” y que, gozaron de un cada vez más positivo nivel de vida, solo frenado por los efectos de las crisis de 1973. Evidentemente, la pasividad ciudadana y la falta de conciencia social, incluso entre los propios afectados, jugó a favor del régimen, pero lo cierto es que la realidad de estos barrios y de la empobrecida situación de otros pueblos de la provincia fue denunciada cada vez con mayor frecuencia y el desarrollo económico hizo mucho más pronunciados sus efectos más perniciosos. De este modo, si la televisión, el 600 y la lavadora bastaban para que el régimen se asegurara el respaldo de una parte de la ciudadanía merced a su legitimidad de eficacia, estos logros empezaban a resultar insuficientes para garantizar la desmovilización y la asepsia política de una proporción creciente de los españoles. Eran cada vez más los ciudadanos que tenían entre sus expectativas valores que, como la libertad, el “desarrollismo” nunca podría satisfacer.

2. “Recogiendo las tempestades de los vientos sembrados”: el discurso y las prácticas políticas del último franquismo

Que la institucionalización del régimen se completase treinta años después del nacimiento del golpe de Estado de 1936 es buena prueba de la indefinición que con frecuencia caracterizó la labor de los dirigentes de la dictadura. La flexibilidad y la capacidad de adaptación exhibida por el franquismo, la confianza en los perdurables efectos de la represión y el hambre y la desmovilización de la mayor parte de la población, habían garantizado durante muchos años la estabilidad del sistema. Sin embargo, esa misma flexibilidad generó también una cierta imagen de indeterminación acerca de lo que en realidad era el franquismo. De un golpe militar, se había pasado a dar la impresión de que se instauraría una dictadura de tipo fascista como las existentes

²³ Entrevista a Alfonso, Granada, 17-3-2011; Entrevista a Miguel, Granada, 14-2-2012, a Manolo, Granada, 3-4-2012 y a Cecilia, Granada, 8-3-2011.

en Italia o Alemania, para luego dar lugar a un régimen cimentado sobre el catolicismo ortodoxo, en el que tan pronto aparecían unos fascistas “liberales” como otros “católicos” que enaltecían la eficacia y el crecimiento económico, frente a la apertura de “cauces sindicales” por la que apostaban ahora los falangistas. Además, durante los años sesenta el régimen había presentado una realidad aparentemente despolitizada, dominada por los criterios de racionalidad y eficacia que aseguraban el crecimiento económico y las mejoras de las condiciones de vida experimentados por buena parte de la sociedad. De este modo, y aunque las decisiones económicas estuvieran claramente impregnadas por la política, el franquismo parecía haber renunciado a la “política” en sentido estricto, que le permitiera la ampliación de sus apoyos sociales y la captación de las nuevas generaciones. Cuando en los últimos años de vida del dictador, se tomaron medidas para tratar de reconducir la situación, era demasiado tarde para cosechar los apoyos necesarios que posibilitaran continuar más allá de la muerte de Franco.

A principios de 1967, sin embargo, la situación era muy diferente. El Estado franquista alcanzaba por fin su definitiva institucionalización gracias a la promulgación de la Ley Orgánica del Estado, definida por el propio Franco como una “maduración política de lo que ya tenemos” para un pueblo que se consideraba “preparado”. A este punto, se llegaba merced a un controlado referéndum celebrado en diciembre del año anterior, en el que se había realizado una intensa campaña a favor del “Sí”, identificándolo con el crecimiento económico y la estabilidad. Con un 85,1% de los votos afirmativos, el régimen tenía razones para sentirse optimista. Más aún las autoridades granadinas, para las que el 90% de ciudadanos que habían votado a favor de la Ley Orgánica y el insignificante porcentaje de votos negativos (0,1-1,2%) demostraba que el pueblo “hubiese votado cualquier otra (ley) que se hubiera propuesto”. El entusiasmo estaba desbordado. La prensa granadina resaltaba “la lección de ciudadanía” que había dado la población y, como en 1947, envolvían la jornada con una ristra de anécdotas probatorias de la adhesión existente hacia el régimen. En la mañana del día 15 de diciembre, los periódicos amanecían con fotografías de enfermos emitiendo el voto desde sus camas hospitalarias o con la historia de una monja “empeñada en depositar dos papeletas para darle dos ‘síes’ a Franco”.²⁴ Tras el baño de multitudes recibido, el régimen estaba completamente convencido de que los españoles

²⁴ Las referencias en: *Ideal*, 10-12-1966; 12-12-1966 y *Patria*, 10-12-1966 y 11-12-1966; los resultados en: MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel. “Representación, elecciones...”, Op. Cit., pp. 1430-1431; AGA, Gobernación, Caja, 44/12138, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1966; Las anécdotas en *Patria* e *Ideal*, 15-2-1966.

identificaban la continuidad de Franco con el bienestar, el orden y la garantía de que una nueva guerra no se repetiría. La conclusión extraída de ello era que, con paulatinas aperturas y superficiales retoques, la supervivencia tras la muerte del dictador estaba asegurada.²⁵

Sin embargo, el camino de rosas que parecía asegurar una progresiva evolución política sin sobresaltos iba a estar sembrado de las espinas representadas por la creciente conflictividad social a la que la dictadura habría de enfrentarse hasta sus últimos días. Por ello, la historia de los años finales del franquismo fue la de sus contradicciones. Contradicciones referidas a las divisiones en el seno de su clase política, siempre existentes pero más evidentes conforme la descomposición del régimen se aceleraba; contradicciones en torno a la decisión de avanzar o retroceder, abrir o cerrar la mano respecto a lo que los españoles podían decir y hacer; contradicciones, en fin, propias de un régimen cuyas principales fuentes de legitimidad se estaban agotando: la Guerra Civil –cada vez más lejana–, el crecimiento económico –enormemente desigual y no siempre considerado obra del Estado– y la figura de Franco –irremediamente condenada a la desaparición–. No solo se trataba de que unos apostaran por evolucionar y otros por permanecer, sino de que, incluso cuando se realizaban avances, aparecía algún freno o contrapeso que los inutilizaba. Y todo ello, evidentemente, acabó por menoscabar la capacidad proselitista del régimen y dividió a sus apoyos sociales.

En esa línea, se ha señalado como uno de los rasgos definitorios del panorama político del último franquismo la división existente entre dos sectores en el interior del régimen: los “aperturistas” e “inmovilistas”.²⁶ Es cierto que las pugnas entre los dos proyectos nacionalistas convivientes en el interior de la dictadura siguieron desarrollándose e incluso se recrudecieron en los últimos años del franquismo, como lo prueba el enfrentamiento desencadenado cuando estalló el caso MATESA en 1969 o las luchas por hacerse con las riendas del desarrollo político. Pero hacía ya una década que

²⁵ JULIÁ, Santos. “España 1966” en id. *Hoy no es ayer Ensayos sobre la España del siglo XX*. Madrid, RBA, 2010, pp. 233-235; AGUILAR, Paloma. *Políticas de la memoria... Op. Cit.*, p. 209.

²⁶ Al respecto: SOTO CARMONA, Álvaro. “De aperturistas a reformistas: continuidades en la clase política”, en MATEOS, Abdón y HERRERÍN, Ángel. (coords.). *La España del presente... Op. Cit.*, pp. 139-154; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. “La división de la clase política en el tardofranquismo”, en NAVAJAS, Carlos e ITURRIAGA, Diego (eds.). *Crisis, dictaduras y democracia. Actas del I Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*. Logroño, Universidad de la Rioja, 2008, pp. 45-62. Una visión diferente en: PALOMARES LEÓN, Cristina. “Nuevas mentalidades políticas en el tardofranquismo”, en TOWNSON, Nigel (ed). *España en cambio... Op. Cit.*, pp. 103-128; no se muestra totalmente partidario de la denominación GALLEGU, Ferrán. “Nostalgia y modernización: la extrema derecha española ante la crisis final del franquismo y la consolidación de la democracia”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 175-209.

el foco de atención ya no se encontraba sobre la disyuntiva de si España debía ser un estado fascista o católico o tradicional. Ahora la pregunta era si resultaba necesario o no adoptar cambios para que el franquismo pudiera continuar sin Franco.²⁷ De ahí, que la lucha se librara entre quienes defendían que cuanto debía ser España había quedado fijado en el 18 de julio, la “Cruzada” y los “Principios Fundamentales del Movimiento” (los inmovilistas); y los que, por el contrario, pensaban que la salvación del sistema pasaba por asumir reformas políticas sin las cuales la pervivencia del franquismo era inviable (aperturistas). Eran, en suma, dos posturas que, conservando lazos comunes, mantuvieron importantes enfrentamientos en el interior de un régimen menos preparado para asimilar los enfrentamientos que años atrás.²⁸

Un buen ejemplo de las paradojas presentes en el tardofranquismo fueron los discursos que, en torno a la memoria de la guerra y los significados de la “paz”, manejó el régimen durante sus últimos años de vida. Al igual que en años anteriores, la dictadura siguió explotando al máximo la legitimidad basada en la eficacia y en el “estado de obras” que simbolizaban el crecimiento económico y la mejora en las condiciones de vida. Remontándose a los años cuarenta, la propaganda franquista recordaba que se había pasado “de la vieja España agrícola a la nueva España industrializada”, que el nivel de renta de los españoles era muy superior al de la posguerra o que la Seguridad Social y los Convenios Colectivos eran “lección y guía para otros muchos países”.²⁹ El otro pilar de este discurso era la apelación al buen estado del orden público y la duradera estabilidad que disfrutaba España desde el triunfo de Franco en 1939, que hacía de la paz existente “la más larga de la historia” del país. Y no debemos pasar por lo alto que, a pesar de la escalada conflictiva desde finales de los sesenta, eran muchos los ciudadanos que compartían tales argumentos. Frente a una etapa republicana que jamás dejó de ser representada como un cúmulo de desórdenes, actos anticlericales y enfrentamientos en el espacio público, la calle aparecía ahora como un oasis de paz. “Tú podías salir a cualquier hora y sin problema alguno”, asegura

²⁷ TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva. *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición*. Barcelona, Crítica, 2003, p. 17; SAZ CAMPOS, Ismael. “Escila y Caribdis...”, *Op. Cit.*, pp. 192 y ss.

²⁸ Los testimonios de algunos ministros de Franco y determinados historiadores han sostenido que los “reformistas” del régimen fueron precursores de la Transición: PALOMARES LEÓN, Cristina. *Sobrevivir... Op. Cit.*; una teoría criticada por diversos especialistas: YSÁS, Pere. “¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío”, *Ayer*, 68, 2007, pp. 31-57; JULIÁ, Santos. “Lo que a los reformistas debe la transición española”, en id. *Hoy no es ayer... Op. Cit.*, pp. 263-271; y DEL RÍO MORILLAS, Miguel Ángel. “La crisis de 1970. La extrema derecha se moviliza”, *X Congreso de la AHC*, Santander, Universidad de Cantabria, 2010, cd-rom.

²⁹ *Ideal*, 1-4-1967, *Patria* 18-7-1969 y 1-10-1974.

Camilo. Una impresión que también comparte Eugenia: “Aquí (en el Zaidín) estaban todas las calles oscuras, pero ibas con tu señora al teatro y salías a las una de la mañana y nadie te hacía nada”. Una percepción de seguridad que, en el caso de los pueblos o determinados barrios de la ciudad, era aún mayor. Jacinto, por ejemplo, afirma que “la puerta de mi casa no la cerraba nunca [...] ¿Qué se iban a llevar?” y Concepción recuerda que durante el día “teníamos la puerta atrancada con una silla y ya está”.³⁰ La dictadura sabía que muchos españoles valoraban el orden por encima de cualquier otra cosa y se afanaba por convencerles de que su mantenimiento dependía de la continuidad del régimen establecido el 18 de julio de 1936.

En segundo lugar, en la línea de la retórica exhibida desde finales de los años cincuenta, se incidía en la idea de que la victoria del bando rebelde era “la victoria de España en beneficio de todos los españoles”. Esto era así, porque, en opinión de los ideólogos franquistas, el “Alzamiento Nacional” había puesto punto y final a una etapa de desorden y violencia e inaugurado otra de paz y progreso, por lo que se convertía en una fecha capital de la Historia de España: “el 18 de julio es para todos los españoles del siglo XX, lo que fue el 2 de mayo para los del siglo XIX”.³¹ En una apuesta por la pseudo-reconciliación, los discursos del tardofranquismo insistieron especialmente en la idea de que los pasos para una convivencia entre vencedores y vencidos se habían dado desde el 1 de abril de 1939. Buena prueba de ello era un editorial de *Ideal* en abril de 1970:

“Igual que los letreros desaparecían para reunificar las tierras de España también se iniciaba en aquella fecha histórica la magna operación de unir a los que estaban, por convicción o forzados, detrás del “ellos” y del “nosotros”. Desde aquel día, todos éramos lo mismo: españoles que anhelaban la paz, la libertad y el desarrollo de España. La victoria a nadie excluía. Era la victoria de todos los españoles. Por su futuro, su libertad y su bienestar se había combatido. Con el silencio de las armas esperaba impaciente la colosal maquinaria del trabajo y el progreso. Ya no había trincheras ni letreros que gritaban una separación antinatural y fratricida.”³²

Este discurso “integrador”, siempre desde la victoria, tenía como destinatario preferente a las nuevas generaciones. Era a ellos, a los jóvenes “para los que la guerra

³⁰ Entrevista a Camilo, Granada, 21-6-2011; Eugenia, Granada, 3-3-2011, a Jacinto, Granada, 15-6-2011, y a Concepción, Granada, 10-8-2011.

³¹ *Ideal*, 1-4-1971 y *Patria*, 18-7-1972 y 18-7-1975.

³² La cita en: *Ideal*, 1-1-1970; otro ejemplo en *Ideal*, 18-7-1968.

no es ni siquiera un recuerdo”, a las “generaciones que habían respirado, desde el principio, el clima de una paz constructiva”, a quienes había que transmitir la ficción de que el régimen no había sido excluyente y había perdonado a los integrantes del otro bando. Ahora, en el tramo final del franquismo, la dictadura percibía un desentendimiento hacia la memoria de la guerra entre los españoles que no la habían vivido, una preocupación porque “la gente de las nuevas promociones no quiere oír hablar de ‘aquello’”, que se evidenciaba en el desdén hacia las conmemoraciones de las fechas claves del régimen de Franco: “no es extraño que lo que comenzó siendo un efusivo culto, termine por ser una tediosa irritación”.³³

La memoria de la guerra fue también espacio de lucha entre “inmovilistas y “aperturistas”. Para los primeros no cabían matices o negociaciones. Eran gente como los treinta mil granadinos que se habían reunido en septiembre de 1968 en la posición de Cascajar Negro, ubicada en Sierra Nevada, para rendir homenaje a los excombatientes de la provincia. Allí, en presencia del Secretario General del Movimiento, José Solís, había falangistas, requetés, miembros del Ejército y otros hombres y mujeres deseosos de conmemorar a “sus caídos”, emocionados al cantar el “Cara al Sol” brazo en alto e, incluso algunos, dispuestos a una nueva lucha si fuera necesario. Pero también eran posturas apoyadas por ciudadanos corrientes, algunos de los cuales consideraban que el franquismo se estaba desvirtuando y mostrándose débil al hacer algunas concesiones. Cecilia afirma que “entonces (los religiosos) se empezaron a quitar los hábitos y las sotanas. Dicen que el hábito no hace al monje, pero lo representa”. A Paz le molestó que el régimen tolerara la actitud de ciertos curas obreros: “si se metían para estar con ellos (los pobres) para hacer un apostolado pues muy bien. Pero otros se metieron en político. Porque su papel no es ese. La Iglesia no debe meterse en política”³⁴

Por su parte, los “aperturistas” tampoco estaban dispuestos a renunciar a la “legitimidad de origen”, porque “una cosa es restañar las heridas y otra olvidar las cicatrices”, pero criticaban tanto la parsimonia de algunos como los “aspavientos” de los más exaltados: “Paz alerta. Pero sin alarma. Porque los alarmadores pecan por carta de más, tanto como los dormidos pecan por carta de menos. Los unos escandalizan con

³³ Las citas pertenecen respectivamente a: *Ideal*, 18-7-1974, *Patria*, 1-4-1970, *Ideal*, 1-4-1970 y *Patria*, 18-7-1972.

³⁴ El homenaje de Cascajar Negro en *Patria*, 24-9-1968; Los testimonios en Entrevistas a Cecilia, Granada, 8-3-2011 y Paz, Granada, 31-3-2011. Son en buena parte ese 15-25% que, en 1975, se situaba dentro de una “cultura de identificación” con el régimen: LÓPEZ PINA, Antonio y LÓPEZ ARANGUREN, Eduardo. *La cultura política... Op. Cit.*, pp. 142-143.

sus toques de rebato, lo mismo que los otros descuidan con su negligencia”.³⁵ De hecho, fue durante el periodo 1973-1975, cuando una parte del régimen se sumó a la concepción de la guerra como “tragedia colectiva” y aceptó calificarla como “lucha fratricida”. Un discurso que calaría en buena parte del cuerpo social y que tendría implicaciones sobre las actitudes mantenidas por los españoles durante el proceso de transición a la democracia. En 1974, se alentaba a la población a esforzarse porque “España no vuelva a ser el árido solar sembrado por la lucha entre hermanos” y se empezaba a defender un discurso imposible de tolerar para los sectores más inmovilistas:

“Se cumplen 36 años del final de la guerra civil, guerra civil repetimos, porque es como debe decirse, venciendo la infundada resistencia de tantos a emplear la expresión, que es la adecuada y la que por sí misma nos indica cuál debe ser nuestra reflexión este día [...]. Pero tampoco se debe pasar por alto que en sus causas más profundas toda guerra civil es un fracaso colectivo: el fracaso de un pueblo que no ha sabido vivir en paz. Por eso y por paradójico que parezca, también es una pretensión de restablecer la convivencia con el contrario, que aunque sea vencido, no puede ser aniquilado. Ni él ni sus razones, porque tampoco es posible que uno de los contendientes, aunque se conceda que tenga la mayor parte y principal parte de la razón, la posea por entero y en todas sus manifestaciones.”³⁶

Pero las contradicciones iban más allá del discurso sobre la Guerra Civil y el significado de la paz. La realidad del régimen en sus últimos años de vida estuvo permanentemente expuesta a las oscilaciones entre el aperturismo y el inmovilismo en torno al desarrollo político. La dictadura estaba convencida que la estabilidad, el orden, el bienestar y la “cultura de la evasión” garantizarían la aquiescencia de importantes sectores sociales si se realizaban tenues concesiones en el terreno de las libertades. Pero también veía cómo la apertura de espacios o de oportunidades era aprovechada por muy diversos actores para sobrepasar los límites fijados por el régimen. Por ejemplo, si se autorizaba una asamblea estudiantil o un acto poético, se corría el riesgo de que, implícita o explícitamente, se atacara al régimen. Pero si por el contrario se prohibía, la imagen represiva se acentuaba.³⁷ En este contexto, el desgaste realizado por quienes

³⁵ Las citas en: *Ideal*, 18-7-1969 y 1-4-1969.

³⁶ Los ejemplos en: *Ideal*, 18-7-1974 y 1-4-1975. Sobre esta interpretación véase ARÓSTEGUI, Julio. “Traumas colectivos...”, Op. Cit.; y MORADIELLOS, Enrique. 1936. *Los mitos... Op. Cit.*, pp. 25-27.

³⁷ YSÀS, Pere. “La crisis de la dictadura franquista” en MOLINERO, Carme. (ed.). *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*. Barcelona, Península, 2006, pp. 45-46.

utilizaron esos espacios abiertos para criticar a la dictadura resultó imprescindible para que determinados sectores franquistas transigieran en la adopción de medidas aperturistas en el plano político y social. Solamente en los años setenta, cuando la conflictividad había alcanzado un grado preocupante, algunos miembros de la clase dirigente se plantearon la necesidad de abrir espacios en un fallido intento por evitar el colapso del sistema.³⁸

La misma oportunidad política que se creó para la oposición con la muerte de Carrero Blanco fue la elegida por el régimen para realizar su apuesta más firme por el desarrollo político. El magnicidio ocurrido en diciembre de 1973 causó una “enorme conmoción” entre los granadinos. “El susto grande vino con lo de Carrero, ahí vi yo un miedo que no había visto nunca”, recuerda Mari Carmen. Según las autoridades de la provincia, el atentado había “recibido una repulsa unánime y sincera de todos los ciudadanos”, algo lógico entre una sociedad que valoraba por encima de todo la paz y el orden.³⁹ Pero lo que quedaba claro era que la violenta muerte del almirante venía a enredar más aún un panorama ya de por sí complicado por la crisis económica, la creciente conflictividad y la progresiva pérdida de apoyos sufrida por la dictadura. Quizás por ello, fue entonces cuando el nuevo presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, decidió que, paralelamente a la lucha contra la subversión, debían tomarse medidas políticas que asegurasen la continuidad del sistema. Al fin y al cabo, en el nuevo ejecutivo ya no estaban presentes ni Carrero, ni los tecnócratas –hasta entonces los dos grandes opositores de los proyectos aperturistas–, por lo que, teniendo en cuenta la precaria salud del “Caudillo”, eran muchos los que sabían que estaban ante la última oportunidad de impulsar un desarrollo político que permitiera perdurar al régimen.⁴⁰

Los mimbres del esperado desarrollo político quedaron bosquejados en el llamado “espíritu del 12 de febrero”, discurso de presentación del nuevo presidente del Gobierno en el que se prometía mucho más de lo que luego se llevó a la práctica y cuya

³⁸ Véanse los capítulos de: SAZ, Ismael. “Y la sociedad marcó el camino. O sobre el triunfo de la democracia en España (1969-1978)”, pp. 29-42 y MARTÍN GARCÍA, Óscar y BALFOUR, Sebastian. “Movimientos sociales y transición a la democracia: el caso español”, pp. 43-62, ambos en QUIROSA-CHEYROUZE y MUÑOZ, Rafael (ed). *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2011; MORÁN, Mari Luz. “La cultura política y la interpretación de las transiciones a la democracia (Notas sobre el caso español)”, *Política y Sociedad*, 20, 1995, pp. 97-110; y THRELFALL, Monica. “Reassessing the Role of Civic Society Organizations in the Transition To Democracy in Spain”, *Democratization*, 15 (5), 2008, pp. 930-951.

³⁹ Entrevista a Mari Carmen, Granada, 18-3-2011; AGA, Gobernación, Caja 32/11444, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1973.

⁴⁰ SOTO CARMONA, Álvaro. *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, pp. 101-102; y TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva. *Tiempo de incertidumbre... Op. Cit.*, pp. 53 y ss.

seña de identidad era la realización del esperado, y varias veces neutralizado, proyecto de asociaciones políticas. La “ordenada concurrencia de criterios conforme a los principios y normas de nuestras Leyes Fundamentales” que consagraría el futuro estatuto fue recibida con satisfacción por grupos aperturistas, como por ejemplo *Tácito*, y con gran escepticismo por la oposición al régimen.⁴¹ Pero quienes creían que con las asociaciones se iniciaba una sincera evolución de España hacia la democracia estaban completamente equivocados. Del discurso programático de Arias Navarro en el mes de febrero a la aprobación del Estatuto de Asociaciones en diciembre, los sectores inmovilistas, ya considerados como el “búnker”, se habían ocupado de hacer valer su sobrevalorada influencia para tirar por tierra cualquier viso de apertura. El exministro Girón, con su conocido “gironazo” en abril de 1974, el secretario general del Movimiento, José Utrera Molina, o los nuevos grupos de extrema derecha como *Fuerza Nueva*, entre otros, se ocuparon de dinamitar las esperanzas de quienes creían que el proyecto de las asociaciones políticas generaría una apertura política. El Estatuto nació a finales de año herido de muerte. El sometimiento de las asociaciones a los grilletos del Movimiento dejaba un estrecho margen para que, ni siquiera algo parecido a la democracia, se desarrollase. Además, en aquel contexto, la mayor parte de los ciudadanos ya no confiaba en las promesas liberalizadoras de un régimen con el que cada vez se sentían menos identificados. ¿Cómo iban a creer los españoles en las asociaciones, si los sectores “aperturistas” del régimen manifestaban sus reticencias a formar parte de las mismas? Aquello no era sino una ilusoria mano de pintura sobre las paredes del viejo caserón de siempre. Para gente perteneciente a las “zonas grises”, como por ejemplo Miguel, la descomposición era manifiesta: “Arias era una persona gris, triste, daba una sensación muy tétrica”. Pero incluso entre quienes apoyaban al régimen, como Rafael G., la sensación no era muy diferente: “Aquello de las asociaciones... ¡qué va! El pueblo no estaba con Arias”.⁴² Para entonces, la mayoría de

⁴¹ Véase DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Hablando de democracia. El Estatuto de Asociaciones y los intentos de homologación del régimen franquista”, *Actas del II Congreso Internacional: Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Almería, Universidad de Almería, 2005; TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva. *Tiempo de incertidumbre... Op. Cit.*, pp. 72-73; GALLEGRO, Ferrán. *El mito de la Transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona, Crítica, 2008, pp. 40-47.

⁴² Los obstáculos inmovilistas en: *Patria*, 30-4-1974 y 29-10-1974; UTRERA MOLINA, José. *Sin cambiar de bandera*. Barcelona, Planeta, 2008. Véase para las pugnas: PRESTON, Paul. *El triunfo de la democracia en España*. Barcelona, Grijalbo, 2001, pp. 123 y ss.; JULIÁ, Santos. “Lo que a los reformistas...”, *Op. Cit.*, pp. 265-266; y POWELL, Charles. “Crisis del franquismo, reformismo y transición a la democracia” en TUSELL; Javier et al. (eds.), *Las derechas en la España contemporánea*,

los ciudadanos no estaban tan preocupados por el que el régimen se reformase o no, sino porque tras morir Franco, España no se viera agitada por la conflictividad y los enfrentamientos y conservara el orden y la estabilidad que permitiera seguir creciendo a la economía nacional y acceder a unas cada vez mejores niveles de bienestar.

Las posibilidades de las asociaciones políticas quedaron continuamente limitadas por otras medidas y políticas emprendidas por el Gobierno. La cara “democratizadora” que trataba de mostrar el régimen no era, ni mucho menos, la más visible. Era cierto que, también a escala local, había sectores “aperturistas” empeñados en propiciar una evolución más o menos sincera hacia alguna forma de democracia o de suavizar las aristas del franquismo. Ahí estaban algunas de las firmas de la revista *Granada Semanal* que criticaban la escasa preocupación de las autoridades por los más humildes; determinadas iniciativas de hombres como Melchor Sáiz-Pardo, director de *Ideal* y cabeza visible del grupo *Tácito* en Granada, que acabó teniendo problemas con la censura pocas semanas antes de la muerte de Franco; o mujeres inquietas que mostraron su oposición a la política del alcalde de Granada, José Luis Pérez-Serrabona, encadenándose a los árboles de la Avenida Calvo Sotelo para evitar su tala.⁴³ Pero el corazón del sistema irradiaba una imagen mucho más cercana al inmovilismo. Entre otras razones, porque el paulatino alejamiento que muchos ciudadanos manifestaban respecto a los discursos de la dictadura, había llevado a ésta a recurrir a los “guardianes de la Cruzada”, hombres y mujeres fieles al Caudillo que, a estas alturas, representaban el principal centro de extracción del personal político en las provincias. Cuando los granadinos miraban a su alrededor veían una ciudad militarizada, aún envuelta en la religión tradicional que se predica en la mayoría de los templos de la ciudad, controlada por las influencias de unas cuantas familias, con una Falange anquilosada y dirigida por Sebastián Pérez-Linares, poco interesado en infundir nuevas energías al Partido, y con Gobernadores Civiles como Alberto Leyva Rey (1970-1974) o José Manuel Menéndez-

Anthropos, Barcelona, 1997, pp. 259-260; los ejemplos en: Entrevista a Miguel, 14-2-2012, Granada, y a Rafael G., Granada, 16-2-2011.

⁴³ Véase RAMOS ESPEJO, Antonio et al. *Crónica de un sueño. Memoria de la Transición democrática en Granada*, Málaga, Comunicación y Turismo, 2002, pp. 48 y ss.; sobre *Tácito* en Granada véase: *Ideal*, 26-6-1973 y 1-11-1975; VÁZQUEZ ALLEGUE, Jaime. *El Ideal de la Transición. Melchor Sáiz-Pardo, periodista granadino*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2009, pp. 330-349; la protesta de las mujeres por la tala en: *Triunfo*, 597, 9-3-1974.

Manjón (1974-1976), que ahora más que nunca reafirmaban su unión con los sectores militares de la provincia.⁴⁴

La invisibilidad de los intentos aperturistas en el ámbito local era la inevitable consecuencia de que, en estos momentos, el franquismo solo confiaba en el “núcleo duro” de sus apoyos sociales –formado precisamente por los menos dispuestos a aceptar los cambios– y en otra serie de individuos, que eran franquistas “a secas”, sujetos leales a Franco, integrantes de sus instituciones, pero poco resueltos a emprender cualquier iniciativa que tratara de asegurar la supervivencia futura del régimen. Por su parte, los ciudadanos percibían un régimen enrocado sobre sí mismo, falto de sangre nueva y carente de ideas, pero también dotado de mayor agresividad. “Cuando esto empezó a moverse –relata Gumersindo– empezaron que si los excombatientes, los grises y los palos y, claro, eso al pueblo no le hacía mucha gracia”. En la esfera pública proliferaban las señales de una progresiva “bunkerización” de la dictadura, manifestándose, por ejemplo, en los actos del “Día de los Caídos” de octubre de 1974, con mayor asistencia y entusiasmo que en años anteriores; en el resurgimiento de símbolos que parecían olvidados, como el saludo a la romana y las camisas azules exhibidas en la Plaza de Oriente (y en otras plazas españolas) en octubre de 1975; o en el incremento de las actividades de los “círculos José Antonio”, las hermandades de excombatientes o las asociaciones de extrema derecha como *Fuerza Nueva*, que congregaron el 19 de abril de 1975, bajo la presidencia de Blas Piñar, a un buen número de incondicionales en el restaurante “Colombia” de Granada.⁴⁵

Pero si algo contrarió a los ciudadanos y minó su confianza en las promesas liberalizadoras del régimen fue el aumento de la represión. En los últimos ocho años de la dictadura, se decretaron siete estados de excepción, dos de los cuales (1969 y 1970) tuvieron alcance nacional, se aprobaron condenas a muerte (los procesos de Burgos en diciembre de 1970 y el dirigido contra miembros de ETA y del FRAP en septiembre de 1975) que suscitaron una importante contestación popular y se emprendió una acción

⁴⁴ Un ejemplo de ello en la celebración con motivo del “Día el Caudillo” y la manifestación en la Plaza del Carmen contra las “injerencias externas”: *Ideal y Patria*, 2-10-1975; véase también GÓMEZ OLIVER, Miguel. “¿Y ahora qué?...”, Op. Cit., pp. 154-155.

⁴⁵ SABIO ALCUTÉN, Alberto. *Peligrosos demócratas. Antifranquistas vistos por la policía política*. Madrid, Cátedra, 2011, pp. 220-221; SAZ CAMPOS, Ismael. “Escila y Caribdis...”, Op. Cit., pp. 195-196; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1997, capítulo 7. El testimonio en entrevista a Gumersindo, Madrid, 29-12-2009. La referencia de Granada en *Patria*, 20-4-1975.

más contundente para frenar la conflictividad.⁴⁶ Concretamente, los procesos de Burgos suscitaron una cierta movilización social. Mientras la extrema derecha del régimen se puso en guardia ante las condenas internacionales, en el interior del país se produjeron manifestaciones de protesta que desembocaron en un nuevo Estado de Excepción. Como en otras ocasiones el régimen agitaba el espantajo de las “injerencias extranjeras” que trataban de quitar su “independencia soberana” al pueblo español, para quebrar la “paz social” reinante. De hecho, las autoridades granadinas se vanagloriaron de que “OCHENTA MIL personas” se habían dado cita por las calles de la capital como “prueba fehaciente” de su reticencia a volver a “tiempos desterrados, de odios, violencias y luchas”. Pero el régimen parecía no querer darse cuenta de que esos mismos deseos de paz de los ciudadanos de a pie eran los responsables del rechazo generalizado tanto al terrorismo como a la represión estatal sobre los condenados. Como señala Rafael P., “aquello de Burgos molestó mucho. Es que la justicia militar es a la justicia lo que la música militar es a la música, ya me entiendes ¿no?”.⁴⁷ De ahí que, mientras unos alabaron la declaración de un Estado de Excepción para reprimir las protestas, otros vieron la adopción de estas medidas como algo exagerado, innecesario o molesto para el desarrollo de sus actividades cotidianas:

“Ya estando yo aquí (en el Zaidín) hubo un jaleo por donde vivían mis padres y empezaron a ver mucha policía [...] Les dio pánico y mi marido salió del trabajo y se vino a por ellos. Se tiraron aquí quince días hasta que se tranquilizó y se fueron para su casa. No paso nada, pero había mucha policía. Mi padre me decía “Es que de aquí al médico me pedían el carnet un par de veces.”⁴⁸

Sin embargo, no debemos olvidar que eran bastantes los que daban su bendición a la acción del gobierno, porque consideraban que no venía mal un poco de “mano dura” para restablecer “el orden” o que no cabían concesiones ante la “subversión”. En 1969, las autoridades granadinas sostenían que la declaración del Estado de Excepción

⁴⁶ DEL ÁGUILA, Juan José. *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977)*. Barcelona, Planeta, 2001, p. 32; SARTORIUS, Nicolás y ALFAYA *La memoria insumisa: sobre la dictadura de Franco* Barcelona, Crítica, 2002; MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La dictadura en la dictadura. Detenidos, deportados y torturados en Andalucía durante el Estado de Excepción de 1969*. Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales-Archivo de CCOO-A, 2011.

⁴⁷ Para la reacción del régimen: DEL RÍO MORILLAS, Miguel Ángel. “La crisis de 1970...”, Op. Cit. Los entrecomillados en AGA, Gobernación, Caja 52/497. “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1970; y entrevista a Rafael P., Cájjar, 12-7-2011.

⁴⁸ Entrevista a Concepción, Granada, 10-8-2011; véase también AGA, Cultura, Gabinete de Enlace, Caja 42/9129, “Comentarios sobre el estado de excepción”, 3-2-1969.

había sido “favorablemente acogida por un amplio sector de la población, como medida necesaria para mantener la paz y el orden interior”. La justificación que Mariano hacía de la represión estaba fuertemente marcada por su recuerdo de la violencia republicana: “Miedo no podía haber (a la actuación de la policía). Sabíamos que era necesario. Miedo cuando mandaba el ‘pollas’ aquel de Largo Caballero”. Además, no podemos olvidar que entre los “sectores de orden”, a las que pertenecían buena parte de las clases medias granadina, la concepción negativa del enemigo estaba muy arraigada y no resulta extraño que aprobasen la labor represiva del Estado. Como indica Jacinto: “te los pintaban (a los opositores al régimen) como gente disconforme, sin razón y que podían hacer daño. Entonces decían ‘han pillado una célula comunista en Córdoba’ y todos decíamos ‘joder... ¡qué elementos!, menos mal que los detienen’”. Idéntico testimonio ofrece Manolo: “De las cosas malas culpábamos a los comunistas, [...] Cuando detenían a unos, pues decíamos ¡bien empleado! Y que los mataban, pues ¡de puta madre!⁴⁹

El 29 de octubre de 1974, en un discurso pronunciado en la Diputación Provincial, el director del Instituto de Estudios Sindicales, Carlos Campoy García, afirmaba respecto a los dirigentes del régimen que “nuestra posición no es nada cómoda porque sea cual sea nuestra actitud será hostigada desde uno u otro lado”. La excesiva confianza en el “estado de obras” y en el recuerdo de una guerra cada vez más lejana había provocado un fatal desentendimiento por la captación de nuevos apoyos sociales. La próxima muerte del dictador, el fin de la legitimidad de origen y los límites de la legitimidad de eficacia, la división de la clase política y el continuo uso de la represión sobre una sociedad amante de la paz, contribuyeron a ofrecer una imagen de descomposición y fin de una etapa. Era cierto que el régimen era responsable de las actitudes y comportamientos exhibidos por buena parte de la ciudadanía, de su desapego hacia la política, su estimación del orden o su valoración del crecimiento económico, pero también lo era que el discurso y las prácticas de la dictadura en sus últimos años estaban cada vez más alejados del grueso de la sociedad. Cuando el 20 de noviembre de 1975, murió Francisco Franco, muchos sospechaban cada vez más que el franquismo se iba a la tumba con él.⁵⁰

⁴⁹ Los testimonios en AGA, Cultura, Gabinete de Enlace, Caja 42/9129, “Comentarios Sobre el Estado de Excepción”, 3-2-1969; Entrevista a Mariano, Granada, 11-8-2011, a Jacinto, Granada, 15-6-2011 y a Manolo, Granada, 3-4-2012..Para la influencia de la represión en las actitudes sociales véase: FUERTES MUÑOZ, Carlos y GÓMEZ RODA, Alberto. *El Tribunal de Orden Público en el País Valenciano. Testimonios de la represión y el antifranquismo*, Valencia, FEIS, 2011.

⁵⁰ *Patria*, 30-10-1974.

3. “Problemas domésticos”: la crisis del nacionalcatolicismo y el debilitamiento de la alianza con la Iglesia

Desde los albores del franquismo, la dictadura había contado con el inquebrantable apoyo de la Iglesia católica como garante fundamental de su permanencia al frente de la nación. El clero español había bendecido la “Cruzada” de Franco, derrochado pastorales alabando la labor de la dictadura, presentado al país como la nación más católica del orbe mediante procesiones, peregrinaciones, santas misiones y ceremonias religiosas, y puesto a disposición del régimen toda la cobertura ideológica necesaria a cambio de los privilegios recibidos. Sin embargo, desde finales de los años cincuenta, los dirigentes franquistas observaban molestos que no todos los integrantes de la Iglesia se movían al ritmo que marcaba el nacionalcatolicismo. Estos primeros síntomas inquietantes se hicieron mucho más graves desde mediados de la siguiente década y empezaron a quebrar lentamente el apoyo de uno de los sectores más fieles al régimen. Los vientos de cambio procedentes del Concilio Vaticano II (1962-1965) y las encíclicas papales vinieron a sumarse a las injusticias sociales existentes en España, originando desavenencias entre Iglesia y Estado. En primer lugar, los mandatarios franquistas presenciaron cómo los cimientos del nacionalcatolicismo empezaban a romperse “por abajo”, en las ciudades y los pueblos donde empezaban a cobrar importancia los movimientos católicos obreros y a oírse “incendiarias” homilías pronunciadas por curas “rebeldes”. Y, en segundo lugar, ya en los años setenta, asistieron al alejamiento de aquellos de quienes nunca hubieran sospechado: algunos de los obispos que treinta años atrás saludaban brazo en alto al “Caudillo”.

Las transformaciones operadas en el seno del catolicismo español tuvieron en buena medida su origen en el efecto del Concilio Vaticano II. Si durante su celebración la Iglesia española prefirió no darse por enterada de los importantes cambios que se estaban gestando en Roma, tras su clausura se vio obligada a dar una respuesta. La postura de la jerarquía católica fue, en líneas generales, de gran preocupación ante las renovaciones operadas en la liturgia, la libertad religiosa y las modificaciones introducidas en la relación Iglesia-Estado. Los intentos de los obispos por neutralizar o, al menos, amortiguar las consecuencias del Vaticano II encontraron, sin embargo, un obstáculo evidente en amplios sectores del catolicismo español que consideraban que los aires de renovación procedentes de la Santa Sede eran necesarios para configurar un

catolicismo más acorde con los nuevos tiempos.⁵¹ Que el mundo católico se movía a dos velocidades quedó puesto de relieve con la crisis de la Acción Católica en 1966, generada tras la dimisión de la cúpula directiva de la misma, al tratar la jerarquía eclesiástica de reforzar el control sobre la organización en un intento por evitar interpretaciones indeseadas de las conclusiones del Vaticano II.⁵²

No obstante, los intentos de los obispos españoles por minimizar el impacto conciliar no ocultaban la existencia de unas bases mucho más receptivas a los cambios. Los estudiantes del Seminario Mayor de Granada, por ejemplo, alababan “el ambiente de libertad” que se empezaba a respirar con la aplicación de las medidas del Concilio. Pero entre el clero granadino había una patente fragmentación que probaba la existencia de dos modos diferentes de entender el catolicismo. De los 258 párrocos de la diócesis, solo 20 consideraban que el Vaticano II había resultado nada, muy poco o poco necesario, mientras que 168 (un 72,9%) opinaban que había servido mucho o muchísimo. Pero llamaba la atención que, entre los más reacios al Concilio, la mitad eran mayores de 59 años. Una situación que se repetía en lo referente a los cambios disciplinarios introducidos en la Iglesia española, pues el 66% de quienes estimaban que no eran beneficiosos tenía más 50 años. Algo parecido ocurría con la opinión sobre la postura de la Iglesia en lo político y lo social, frente a la que la mayoría (53,3%) mostraban su desacuerdo, pero ante la que manifestaba su aceptación el 57,1% de los párrocos de más edad. Más significativa incluso resultaba la respuesta de los párrocos granadinos respecto a la unión Iglesia-Estado. Únicamente, un 14,7% pensaban que era algo positivo, pero otro 17,8% opinaban que la separación era más perjudicial que mantener las relaciones tal y como estaban. Unos porcentajes que, referidos a los mayores de 59 años, ascendían a 74,3%.⁵³ En definitiva, el Concilio Vaticano II se convirtió en el catalizador de una división generacional cada vez más palmaria en el seno de la Iglesia, decisiva para la pérdida de apoyos por la dictadura.

Los problemas con la jerarquía eclesiástica no tardaron en llegar. La decisión de la Santa Sede de intervenir más directamente en el nombramiento de los obispos españoles resultó clave en la evolución de una parte de la cúpula del catolicismo español, sobre todo a raíz del nombramiento de Enrique Tarancón como presidente de la

⁵¹ PIÑOL, José M. *La transición democrática... Op. Cit.*, pp. 204-213; MONTERO, Feliciano. *La Iglesia: de la colaboración... Op. Cit.*, pp. 224-231.

⁵² MONTERO, Feliciano. *La Acción Católica y el franquismo...Op. Cit.*, pp. 241-245; PIÑOL, José M. *La transición democrática... Op. Cit.*, pp. 345-347.

⁵³ AHDG, Armario B, Caja 7, “Respuesta a una encuesta correspondiente al curso 1967-1968 del Seminario Mayor Metropolitano de Granada”, 1968; y Caja, 286, “Encuesta sobre el clero”, 1969.

Conferencia Episcopal Española. El despegue de una parte de la jerarquía quedó patentizado en la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes de septiembre de 1971 y confirmado dos años más tarde con la promulgación del documento *Iglesia y Comunidad política*, que sepultaba de manera definitiva el nacionalcatolicismo al promover decididamente la separación entre Iglesia y Estado.⁵⁴ Se trataba de una transición sui géneris y localizada que, en el caso de Granada, era capitaneada por Emilio Benavent, obispo coadjutor de la diócesis desde 1968. Por ello, aun siendo conscientes de los límites de su discurso, no debemos minusvalorar el papel de los obispos más aperturistas que brindaron frecuentemente su cobertura a iniciativas ciertamente peligrosas para el régimen franquista.⁵⁵

La protección de la jerarquía eclesiástica de Granada favoreció enormemente la implicación de sectores cada vez más amplios del catolicismo en iniciativas y acciones críticas con la situación social y política de los ciudadanos. Especialmente comprometidos se mostraron los integrantes de los movimientos apostólicos de base. La JEC andaluza, por ejemplo, denunció en 1970 que factores económicos –“la falta de industria”, la “tremenda emigración” que afectaba al campo el hecho de que “todavía un 14% de la población habita en cuevas”– y políticos –“la guerra que taró a varias generaciones”, “una represión demasiado larga” o “un castigo excesivo a las áreas rurales”– como causas principales del atraso en la provincia de Granada y de la falta de conciencia entre los más pobres. Por su parte, miembros de la HOAC y la JOC granadina también se involucraron plenamente en la mejora de las condiciones de vida de los más desfavorecidos, llegando a participar, como se verá más adelante, en movimientos reivindicativos de gran alcance que les enfrentaron de manera directa con las autoridades franquistas.⁵⁶

Pero, bajo el paraguas episcopal, también se situaron párrocos “subversivos” que en sus sermones abordaron temas desagradables para las autoridades franquistas. La intensificación de la vigilancia en los templos no logró evitar que se produjeran hechos

⁵⁴ Dos interpretaciones de este despegue en: MONTERO, Feliciano. “El taranconismo. La transición de la Iglesia antes de la Transición”, en QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael. (coord.). *Historia de la Transición... Op. Cit.*, pp. 195-210; y ORTIZ HERAS, Manuel. “La Chiesa tra pacificazione franchista e riconciliazione”, *Spagna Contemporanea*, 33, 2008, pp. 15-29.

⁵⁵ Al respecto puede verse el debate entre Manuel Ortiz Heras y Feliciano Montero en *Historia del Presente*, 16, 2010, pp. 143-152 y 153-163.

⁵⁶ AJEC, Caja 44, “Informe general de Andalucía”, 1970. Véase al respecto BERZAL DE LA ROSA, Enrique. “Católicos en la lucha antifranquista. Militancia sindical y política”, *Historia del Presente*, 10, 2007, pp. 7-24; para el caso granadino: RODRÍGUEZ MOLINA, José. (coord.). *Curas obreros. La cruz y el martillo*. Alcalá la Real, Zumaque, 2009.

como el ocurrido en Campotéjar (Granada) en febrero de 1968, cuando el cura restó gravedad a los sucesos de la Universidad de Madrid –donde los estudiantes habían arrojado el crucifijo por la ventana– y dijo que “muchacha más importancia hay que darle al paro obrero existente y al despido masivo de éstos en las fábricas”. Uno de los sacerdotes de Montefrío (Granada) instó a sus files a que “rezaran para que sus peticiones llegaran a Dios, ya que al Pardo no llegaban”. Mayor gravedad revestían para el Gobierno declaraciones como las del cura de Joraraitar (Granada) en 1969, que demandaba una reconciliación plena de los españoles, al señalar “que todo país tiene una posguerra [...], pero que en España lleva durando 29 años [...] y ello era “culpa del régimen actual”. De este modo, con el paso de los años se fue pasando de unos pocos sacerdotes que trataban veladamente temas sociales en sus homilías, a un amplio sector del clero que atacaba directamente la política franquista y la ausencia de libertades. Que el párroco de Trevélez (Granada) asegurara en agosto de 1970 “que el gobierno español era poco católico” o que su homólogo de Nieves (Granada) afirmara “que si amarse los unos a los otros era comunismo, ¡Viva el Comunismo!”, eran la prueba más evidente de que entre el clero no había miedo a desafiar al régimen y verificaban tanto que la Iglesia ya no era un aliado fiable como la distancia existente entre bajo y alto clero.⁵⁷

Las agitaciones existentes en el interior del catolicismo, no ocultaban que, en el momento de la muerte de Franco, España continuaba siendo un país religioso. Pero también había síntomas que confirmaban una progresiva pérdida del peso de la Iglesia entre los ciudadanos. Entre 1965 y 1975, los católicos practicantes disminuyeron de un 83 a un 73%. Algunos estudios señalaban la “desafección religiosa” predominante entre universitarios, obreros y pobres hacia finales de los sesenta. Además, desde inicios de los setenta, la Iglesia sufrió una importante crisis de vocaciones no solo entre el clero secular, sino en la vida religiosa contemplativa y en el apostolado seglar. En 1968, las autoridades eclesísticas granadinas se lamentaban de la “poca información” y la “falta de conciencia” existente entre los sacerdotes y el laicado respecto a la “gravedad” que “el problema de la escasez de vocaciones representa para el conjunto de la Iglesia”. Aunque al morir Franco, el país siguiera siendo eminentemente católico, durante los últimos años de la dictadura se aceleró el proceso de secularización, provocando el abandono progresivo de la religión tradicional. Los españoles empezaron a ser cada vez

⁵⁷ Las referencias en AGA, Cultura, Ministerio de Información y Turismo, Gabinete de Enlace, Caja 566.

más tolerantes en lo referido a las relaciones sexuales o el divorcio, aunque el catolicismo más ortodoxo conservaba aún un peso muy importante.⁵⁸

Por otra parte, el nuevo enfoque adoptado por amplios sectores del clero no fue suficiente para corregir los signos desesperanzadores que habían aparecido en el horizonte de la Iglesia. Si descendemos a nivel provincial, la auténtica realidad del catolicismo se hace mucho más nítida, pero igualmente representativa de lo que ocurría en el conjunto del territorio español. En primer lugar, los pueblos granadinos aparecían fuertemente sumidos en una vida religiosa de corte tradicional. El párroco de Cástaras indicaba en 1971 que en la localidad era “imposible el paso a una religión de fe comprometida” y su colega de Torvizcón se lamentaba de que a sus feligreses les “cuesta mucho aceptar su compromiso con la fe cristiana”. Además, en muchas parroquias se palpaba un choque entre generaciones, pudiéndose establecer “dos posiciones muy definidas”, la de quienes continúan “con una fe tradicional” y la representada por la juventud en la que esas prácticas están “desprestigiadas” y considerada por lo general “poco concientizada”. Y, en segundo lugar, el clero rural granadino observaba que el catolicismo de la población quedaba reducido por lo general a expresiones externas de fe y a una participación entusiasta en la religiosidad popular. El párroco de Colomera constataba que “la vida cristiana externa se nota en la mucha afluencia a los funerales y a las tradiciones”. En Albuñol, se exponía que “el culto a los difuntos está muy generalizado y arraigado. [...] El luto y los pésames están en el corazón de la gente”. Más severo se mostraba en sus juicios el párroco de Órgiva al censurar la actitud de sus feligreses: “Con su Cristo, algunos orgiveños no escatiman nada aunque al día siguiente no tengan para comer. Son capaces de gastarse en fuegos artificiales todo lo que tienen en solo unas horas”.⁵⁹

El cuadro ofrecido por el catolicismo granadino era en buena medida el resultado de las políticas seguidas por la Iglesia y el régimen desde el inicio del franquismo. La influencia de la guerra, de la intensa socialización religiosa en el ámbito familiar y escolar y de la ocupación del espacio público por parte del

⁵⁸ DÍAZ SALAZAR, Rafael. “La transición religiosa de los españoles” en id. y GINER, Salvador (eds.). *Religión y sociedad en España*, Madrid, CIS, 1993, pp. 93-173; sobre la pérdida de peso de la religión: FOESSA, *Informe sociológico...* Op. Cit., pp. 451-465; FOESSA. *Síntesis actualizada...* Op. Cit., pp. 320-321. LÓPEZ PINTOR, Rafael y BUCETA, Ricardo. *Los españoles de los años 70. Una versión sociológica*. Madrid, Tecnos, 1975, pp. 71-72. Para la crisis de vocaciones: URBINA, Fernando. “Formas religiosas...”, Op. Cit., pp. 80-81; y MORENO SECO, Mónica. “Religiosas y laicas en el franquismo: entre la dictadura y la oposición”, *Arenal*, 12, 2005, pp. 80-82; la referencia a Granada en: AHDG, Armario B, Caja 9, “Informe del Centro Pastoral Vocacional”, curso 1967-1968.

⁵⁹ AHDG, Armario A, Caja 3, “Estudios para el trabajo pastoral”, diversas localidades, 1970-1971.

nacionalcatolicismo habían contribuido a crear una sociedad fuertemente conservadora en lo religioso y difícilmente influenciable por el modelo de catolicismo comprometido que intentaban propugnar algunos sectores. Por importante que fuera el viraje impulsado por el Vaticano II, la labor de los movimientos apostólicos o el alejamiento de la jerarquía eclesiástica respecto al Estado, la Iglesia estaba siendo víctima de la imagen que había contribuido a labrarse durante más de 25 años de triunfalismo nacionalcatólico y que seguía siendo compartida por una parte muy importante de la institución. Una imagen que encajaba a la perfección con aquellos sectores más apegados a la religión tradicional que veían en la institución la salvaguarda de la moralidad y de la ortodoxia católica que debía reinar en España. Pero que, en cambio, dinamitaba toda posibilidad de atraerse tanto a las nuevas generaciones, que todavía veían los lazos entre Iglesia y régimen, como a muchos otros sectores de la población, que seguían conservando en el recuerdo su omnipresencia y el asfixiante ambiente de control social impuesto desde julio de 1936. La realidad religiosa de España mostraba una sociedad dividida entre un catolicismo tradicional todavía anclado en los parámetros de posguerra y un cada vez más extendido indiferentismo religioso, que no dejaba apenas espacio para el modelo defendido por los sectores más renovadores de la Iglesia. Pero lo que podría parecer una victoria del franquismo minaba considerablemente su aceptación social. Esa mayoría gris a la que entusiasmaban las procesiones, las romerías o las fiestas patronales y que tan católica parecía, se movía muchas veces dentro de una apatía religiosa cada vez más palpable y especialmente evidente entre las generaciones más jóvenes. Al fin y al cabo, la dictadura estaba dándose cuenta de que ser católico ya no equivalía ser franquista.

4. El despertar de los barrios: la conflictividad laboral y vecinal en el tardofranquismo

El alcance desigual del “desarrollismo” acrecentó el descontento de los sectores sociales menos beneficiados por el mismo. La situación laboral había generado, desde inicios de la década, un aumento de la conflictividad en el mundo obrero. Sin embargo, y a pesar de episodios tan significativos como la huelga iniciada en Asturias en 1962, los conflictos habían permanecido restringidos a determinadas zonas del país y, desde 1963, se había notado una atenuación de los incidentes en las fábricas. Fue a partir de

1966, cuando se produjo un rebrote de la conflictividad obrera que, aunque marcado por altibajos, ya no se detendría hasta la muerte del dictador. En ello tuvieron mucho que ver las condiciones de vida que presidían los barrios donde los obreros habitaban. Allí, en sus viviendas situadas en la periferia de las ciudades españolas, los trabajadores tomaron conciencia de la injusta situación y de la marginación social a la que estaban siendo sometidos. En este sentido, la fábrica y el barrio representaron espacios de preocupación para un régimen cada vez más envejecido.

Las elecciones sindicales celebradas en diciembre de 1966 supusieron un primer punto de inflexión. La OSE pagó caros sus intentos por ampliar la base social del Movimiento y la campaña a favor de la participación acabó facilitando el triunfo de Comisiones Obreras sembrando la inquietud en el interior del Estado. En Granada, el sindicalismo no oficial también logró una mayor penetración en el mundo obrero a partir de entonces, aumentando el prestigio de CCOO entre los trabajadores. Prueba de su fuerza fue la concentración de unos 200 obreros en la plaza del Triunfo en octubre de 1967, como respuesta a la sentencia del TOP declarando “subversiva” a la organización.⁶⁰ El descontento del mundo laboral hizo más preocupante si cabe el éxito obtenido por CCOO, a las que las autoridades franquistas acusaron de “aprovechar cuantas coyunturas juzgan favorables a sus fines para desprestigiar al régimen” y negar la “tranquilidad social reinante”. La provincia siguió registrando algunos incidentes laborales como el ocurrido en la empresa *Pastalfa* de Guadix en 1966, el conato de huelga de 532 trabajadores de la *Empresa Nacional de Celulosa* de Motril en 1967 o el desarrollado en *Renfe* durante 1969.⁶¹ Era cierto que los escasos salarios, el alcance limitado de los seguros sociales, la explotación ininterrumpida y las lamentables condiciones laborales en las que muchos obreros desarrollaban su actividad estaban sembrando el germen de futuras movilizaciones. Pero, a decir verdad, la ausencia de conflictividad reflejada en los optimistas informes de las autoridades provinciales no falseaba excesivamente la realidad.⁶²

Sin embargo, desde inicios de la década de los setenta, la conflictividad aumentó de manera importante en el conjunto del territorio nacional. Concretamente, los efectos

⁶⁰ YSÀS, Pere. *Disidencia y subversión... Op. Cit.*, pp. 88-93; AMAYA QUER, Álex. *El ‘acelerón sindicalista... Op. Cit.*, pp. 321 y ss.; y DOMÈNECH SAMPERE, Xavier. *Cambio político y movimiento obrero... Op. Cit.*, pp. 149-154. Para Granada ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a. *Del silencio a la protesta... Op. Cit.*, pp. 316 y ss.

⁶¹ AGA, Gobernación, Caja 52/491, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1969; las huelgas en: ORTEGA LÓPEZ, Teresa. *Del silencio a la protesta... Op. Cit.*, pp. 251-242.

⁶² Las malas condiciones eran reconocidas por las autoridades sindicales en sus propias memorias: AGA, Sindicatos, Caja. “Memoria de la Delegación Provincial de Sindicatos”, año 1970.

de la crisis del petróleo y el asesinato de Carrero Blanco, unidos a una mayor intensidad de la represión estatal, incrementaron y extendieron la protesta por el conjunto del territorio español. La ralentización de la negociación colectiva provocada por la recesión económica, la ineficacia de las medidas tomadas por el nuevo Gobierno de Arias Navarro y la desesperada situación que padecían extensos sectores sociales abrieron nuevas oportunidades para la movilización. Llegó un momento en que muchos trabajadores estimaron que su indolencia y resignación era más perjudicial que el enfrentamiento con el régimen para cambiar una situación que percibían como injusta desde hacía muchos años.⁶³

En Granada, como veremos más adelante, la situación estalló en julio de 1970 con la huelga de la construcción. De hecho, la granadina se convirtió en una de las provincias más conflictivas del país durante ese año, con un total de 371 conflictos que representaban el 23,3% del total. Desde la aprobación de la Ley de Convenios Colectivos en 1958 hasta 1970, solo se habían contabilizado 15 interrupciones en la negociación colectiva en la provincia, pero, entre 1970 y 1975, ascendieron a 75.⁶⁴ Cuando trataban de explicar el creciente malestar de los trabajadores en los últimos años, las autoridades sindicales granadinas acudían a justificaciones de toda índole: “la escalada de los precios”, “la escasez de viviendas de alquiler”, “el bajo nivel cultural de los trabajadores”, “el espíritu un tanto fatalista de los granadinos” o incluso “una orografía atormentada por la presencia de la cordillera penibética”. Pero, a pesar de que reconocían un aumento de la efervescencia en el mundo obrero, defendían que el clima general no era problemático. En 1971, el Gobernador Civil señalaba que el ambiente “ha sido de tranquilidad compatible con determinados conflictos laborales”. Un diagnóstico que se repetía un año después, añadiendo que los “intentos de arrastrar a la masa trabajadora” por parte de la oposición habían constituido un “rotundo fracaso”.⁶⁵

⁶³ MARTÍN GARCÍA, Óscar J. *A tientas con la democracia. Movilización y actitudes de cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 147-149. Véase también el enfoque teórico de MEYER, David S. y GAMSON, William A. “Marcos interpretativos de la oportunidad política” en McADAM, Dough, McCARTHY, John D. y ZALD, Mayer (coords.). *Movimientos sociales, perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid, Istmo, 1999, pp. 389-412.

⁶⁴ Véase MINISTERIO DE TRABAJO. *Informe sobre conflictos colectivos de trabajo en 1970*. Madrid, 1971; ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “La protesta en el Sur. Conflictividad laboral y oposición sindical en Andalucía bajo la dictadura franquista, 1958-1975”, *Revista de Estudios Regionales*, 72, 2005, pp. 128-130.

⁶⁵ AGA, Sindicatos, “Memoria de la Delegación Provincial de Sindicatos de Granada”, Libro 178, año 1970 y Libro 436, año 1973; y AGA, Gobernación, Caja 52/509, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1971; véase también CAZORLA, Antonio. “Orden, progreso y sindicalismo...” Op. Cit., pp. 87-102.

En efecto, pese al incremento de la movilización obrera en los últimos años de la dictadura y la presencia de episodios muy relevantes, la conflictividad laboral continuó limitada a zonas concretas del país, como consecuencia del tamaño de las empresas, del tipo de industria establecida en cada región o de una mayor o menor concentración fabril. En 1973, las provincias de Guipúzcoa, Vizcaya, Madrid, Asturias y Barcelona agrupaban al 41,7% de la población asalariada industrial española, el 72,6% de los conflictos y un 65,2% de las horas perdidas por los mismos.⁶⁶ Bien es cierto que las propias autoridades granadinas admitían en 1974 que, pese a que la situación laboral estaba “controlada”, se había producido un “agravamiento” de la misma, especialmente preocupante en el sector de la construcción “por estar muy politizado”.⁶⁷ También lo es que la apatía social que, a juicio de los dirigentes provinciales, reinaba en Granada, no se correspondía siempre con una aceptación de la realidad social, sino que era muchas veces el reflejo de la resignación existente entre las capas obreras y de la expectación temerosa hacia el futuro. Pero, de una parte, para importantes sectores sociales, como las capas medias urbanas, estas movilizaciones pasaban inadvertidas, al aparecer en la mayoría de los casos confinadas a los barrios o ámbitos obreros donde se ubicaban los trabajadores a quienes afectaban estos problemas. Y, de otra, una significativa proporción de obreros no mostraba predisposición alguna a movilizarse activamente por mejorar sus condiciones laborales, ya fuera por temor a sufrir represalias de cualquier tipo, o ya fuera por considerar que las reivindicaciones debían ser evitadas por formar parte del terreno de lo político. Fruto de todo ello pudo ser la escasez de episodios conflictivos en los años finales del régimen (tres conflictos en 1973, tres en 1974 y cuatro en 1975), que ponen de manifiesto la existencia de una provincia donde predomina la desmovilización social.⁶⁸

Paralelo a este crecimiento de la conflictividad obrera se produjo la movilización de los barrios. Los límites establecidos por la Ley de Asociaciones aprobada en diciembre de 1964 no fueron óbice para permitir la inauguración de una nueva etapa de asociacionismo voluntario y participación política. Al amparo de la nueva ley, surgieron nuevas organizaciones cuya mera constitución resultaba peligrosa para el modelo de nación que había defendido el régimen. Si bien es cierto que su crecimiento

⁶⁶ MOLINERO, Carme YSÁS, Pere. *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*. Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 100.

⁶⁷ AGA, Gobernación, Caja 32/1144, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1974.

⁶⁸ Los porcentajes en COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “La protesta de solo unos pocos...”, Op. Cit., p. 155.

desesperadamente ralentizado por la burocracia estatal, se ha estimado que, a la altura de 1971, había en España 2.284 Asociaciones de Cabezas de Familia, 24 de Amas de Casa, 11 de Empleadas del Hogar y 20 de Consumidores.⁶⁹ De acuerdo con los estatutos de las asociaciones familiares constituidas desde mediados de los sesenta entre sus objetivos fundamentales estaba el fomento de la educación, el entretenimiento, actividades para los niños o la mejora de la vida social. La Asociación de Amas de Casa de Granada, por ejemplo, tuvo una triple dimensión: lúdica –visitas a museos, clubs de cine, excursiones...–, educativa –alfabetización, instrucción cultural, perfeccionamiento mediante lecturas– y asistencial –servicios cooperativos, cuidado de los niños o caridad–. Eran, en suma, vías que contribuían a crear una cierta “cultura cívica” entre quienes participaban en las asociaciones y que al ser limitadas sus potencialidades por el Estado, podían contribuir a la separación de sus integrantes respecto al régimen. Pero, en primer lugar, su incidencia social y vitalidad dependía de la capacidad de sus dirigentes; en segundo lugar, no siempre planteaban sus metas como un desafío al régimen, sino que, en muchos casos, adoptaban una actitud colaboracionista con el Estado para la resolución de problemas; y, en tercer lugar, estas asociaciones estaban en su mayor parte integradas por aquellos ciudadanos con mayores inquietudes o más afectados por determinados problemas, pero no por el grueso de los españoles corrientes, que preferían permanecer ajenos a su desarrollo.⁷⁰

A inicios de los setenta estas asociaciones familiares empezaron su declive, pero el hueco que dejaron fue llenado por el pujante movimiento vecinal que viviría en los últimos años de franquismo y primeros de la democracia su época dorada. El nacimiento de los movimientos vecinales en España no fue tanto el resultado de la oportunidad creada por la aprobación de la Ley de Asociaciones, como la consecuencia directa de los defectos derivados del “desarrollismo”. Las grandes urbes nacionales no fueron las únicas afectadas por la acelerada urbanización de su periferia para dar cabida a los emigrantes procedentes de otras zonas del país, sino que también regiones carentes de atractivos industriales como Granada recibieron importantes grupos humanos procedentes de las empobrecidas áreas rurales. Barrios obreros como La Chana o el

⁶⁹ Ley 191/1964 de 24 de diciembre, BOE 28-12-1964; MAZA ZORRILLA. *Asociacionismo en la España franquista: una aproximación histórica*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2011, pp. 43-46; RADCLIFF, Pamela B. *Making Democratic Citizens...* Op. Cit, pp. 75-76; MARÍN GÓMEZ, Isabel. *Asociacionismo, sociabilidad y movimientos vecinales en el franquismo y la transición a la democracia. Murcia, 1964-1986*, Tesis doctoral, Murcia, Universidad de Murcia, 2007, pp. 90-94.

⁷⁰ RADCLIFF, Pamela B. *Making democratic...* Op. Cit. pp. 77 y ss.; AGA, Cultura, Caja 81, “Estatutos de la Asociación de Amas de Casa de Granada”, 1969.

Zaidín alcanzaron densidades de población muy elevadas ascendiendo la media de habitantes por vivienda a 4,48 y 4,64 respectivamente. Esa extensa masa de individuos, venidos desde otras zonas de Granada capital o de pueblos de la provincia, fue la principal víctima de la deficiente política urbanística adoptada por las autoridades municipales. Las viviendas construidas con materiales de baja calidad, la carencia de equipamientos urbanos de todo tipo y las pobres infraestructuras pasaron de ser una situación aceptable a principios de los años sesenta a generar un gran descontento en la década siguiente. La desatención de los problemas de los barrios y el desentendimiento mostrado hacia las reiteradas peticiones de sus habitantes para la resolución de los mismos resultaron fundamentales para la germinación de movimientos ciudadanos de distinta naturaleza.⁷¹

En este sentido, no debe extrañarnos que la primera asociación de vecinos de Granada fuera la constituida en la barriada de “La Virgencica” en 1966 o que las asociaciones de vecinos más reivindicativas se encontraran en zonas como el Zaidín o Haza Grande. La profunda situación de la miseria en la que se hallaban inmersos sus habitantes se convirtió en el caldo de cultivo imprescindible para impulsar una paulatina toma de conciencia entre sus moradores. Al reivindicar escuelas, asfaltado de las calles, alumbrado público o mayor vigilancia policial, los vecinos de estos barrios empezaron a descubrir la utilidad de la acción colectiva frente a los esfuerzos individuales que la propia sociedad de consumo había contribuido a consolidar. De esta forma, los barrios se convirtieron en contextos de micromovilización social y en espacio privilegiado para las relaciones sociales, no solo por la existencia de una composición sociológica compartida, sino por el específico ámbito laboral en el que se movían. Así ocurría en las barriadas de Cartuja, La Virgencica o Haza Grande, donde sus habitantes, además de sufrir la falta de equipamientos urbanos y los problemas en sus viviendas, padecían el pavoroso desempleo que afectaba al sector de la construcción, al que la mayor parte de los hombres se dedicaban, o los problemas derivados del servicio doméstico, en el que casi todas las mujeres trabajaban.⁷² Al contrario que otro tipo de asociaciones, el

⁷¹ Los orígenes del movimiento vecinal en: DOMÈNECH, Xavier. “Orígenes. En la protohistoria del movimiento vecinal bajo el franquismo”, *Historia del Presente*, 2010, pp. 27-41; y RADCLIFF, Pamela B. “Las asociaciones y los orígenes sociales de la Transición en el segundo franquismo” en TOWNSON, Nigel. (ed.). *España en cambio... Op. Cit.*, pp. 129-155; los datos en: FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, Fernando. *Análisis geográfico de Granada... Op. Cit.*, pp. 212-214.

⁷² Ver MARTÍNEZ I MUNTADA, Ricard. “El movimiento vecinal en el tardofranquismo: acción colectiva y cultura obrera. Propuestas y problemas de interpretación”, *Ayeres en discusión... Op. Cit.* Para Granada: ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a. “Obreros y vecinos en el tardofranquismo y la transición política (1966-1977). Una ‘lucha’ conjunta para un mismo fin”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Historia*

movimiento vecinal adoptó una posición de mayor confrontación hacia determinadas políticas estatales por las que se sintieron perjudicados. Al sentir que el tiempo de las peticiones “razonables” por los cauces “adecuados” se había agotado, los vecinos optaron por estrategias que rebasaban los espacios que el franquismo había destinado para su desenvolvimiento, con lo que se convirtieron en una fuente de preocupaciones para el régimen.

Pero las aspiraciones de los movimientos vecinales no quedaron restringidas a lo exclusivamente económico. Por el contrario, con el paso del tiempo, las asociaciones comenzaron a articular sus demandas sobre infraestructuras urbanas con otras exigencias “más políticas”, mucho más amenazadoras para la dictadura. De un lado, los vecinos fueron reconquistando progresivamente la calle, que, hasta entonces, había estado férreamente dominada por el régimen. En este sentido, quienes capitanearon estos movimientos vecinales ayudaron a dotar o transformar el significado de festividades populares, creando zonas para el fortalecimiento de los nexos comunitarios e, incluso, configurando espacios de protesta contra las autoridades. De este modo, la “cultura del tiempo” que había servido al régimen para imponer una serie de “ritmos” a la vida de los españoles terminó por desmoronarse y acabó volviéndose en su contra.⁷³ De otro lado, el lento pero constante incremento de la participación vecinal en los problemas de la comunidad sentó los cimientos de un conjunto de prácticas participativas entre los ciudadanos. Las estrategias adoptadas para mejorar el equipamiento urbano o los servicios públicos de los barrios conllevaban frecuentemente desde la aceptación de la soberanía de las asambleas, a la transparencia en los órganos de dirección, pasando por la aceptación de opiniones provenientes de personas de una ideología diferente o por la paulatina asimilación de lenguajes políticos hasta entonces desconocidos. No es de extrañar que tales prácticas fueran concienciando a los vecinos de que, junto a las demandas de mejoras en el barrio y en sus viviendas, habían de acometerse avances políticos. Así lo exponía la Asociación de Vecinos de La Virgencica en 1969 mediante un escrito dirigido a las autoridades municipales en el que, junto a la solución a los problemas de “paro, viviendas, alumbrado, escuelas, etc.”,

Contemporánea, 16, 2004, pp. 351-369; y FUENTES NAVARRO, María Candelaria y CONTRERAS BECERRA, Javier. “El movimiento vecinal en Granada y Jaén. Nuevas perspectivas para su estudio, 1964-1981”, en QUIROSA-CHEYROUZE MUÑOZ, Rafael y FERNÁNDEZ AMADOR, Mónica (eds.): *IV Congreso Internacional Historia de la Transición en España: Sociedad y movimientos sociales*, Almería, Universidad de Almería. Servicio de Publicaciones, 2009.

⁷³ PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.). *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*. Madrid, La Catarata, 2008, p. 26.; MARTÍN GARCÍA, Óscar. *A tientas...* *Op. Cit.*, p. 71.

pedían “libertad de asociación y expresión” o “que se ponga en libertad a los presos que están en cárceles por defender pacíficamente los derechos de la clase trabajadora”. Unas demandas que evidentemente rebasaban el grado de conflictividad social que el régimen franquista estaba dispuesto a tolerar.⁷⁴

En definitiva, el aumento de las asociaciones en el tardofranquismo contribuyó a la creación de espacios de “libertad” dentro de la dictadura. El asociacionismo familiar, cultural o vecinal fue una vía de gran utilidad para canalizar las reivindicaciones de significativos colectivos sociales, las demandas de los menos favorecidos por el crecimiento económico y urbano de los años sesenta y el desarrollo de prácticas participativas y comunitarias y el aprendizaje de comportamientos democráticos entre crecientes sectores de la población. Sin embargo, para aquellos segmentos sociales no perjudicados por las lacras que afectaban a los más humildes y menos resueltos a involucrarse activamente en la obtención de mejoras sociales o la conquista de mayores libertades, integrarse en una asociación nunca supuso una opción a considerar, sino que optaron por concentrar sus esfuerzos en sus vidas.

5. De la revista a la calle: la subversión cultural y la movilización universitaria en los últimos años de la dictadura

Desde hacía algunos años el mundo cultural y el universitario eran las esferas que más distanciadas parecían del discurso y de las prácticas franquistas. Pero fue desde el final de la década de los sesenta cuando el abismo respecto al Estado se hizo más profundo. La cultura continuó siendo una de las vías utilizadas para impulsar iniciativas poco deseables para los intereses del régimen y la efervescencia de la Universidad española se extendió durante el tardofranquismo a otros áreas del país en las que, hasta el momento, había prevalecido la calma. Sin embargo, como veremos, esta ampliación y extensión de la inquietud y la agitación del mundo cultural y estudiantil también tuvieron unos límites precisos. La mayoría de la ciudadanía permaneció al margen de los cine-clubs o las revistas de poesía que criticaban sutilmente la situación existente y eran muchos los estudiantes que no participaban activamente en las movilizaciones universitarias y que lo único a lo que aspiraban era a la consecución de un título

⁷⁴ Véase TUDELA VÁZQUEZ, Enrique. *Nuestro pan... Op. Cit.*, pp. 106-109; El ejemplo en: AHOAC, Caja 184, “Carta de creyentes de la Virgencica a las autoridades municipales”, 29-4-1969.

universitario que les capacitara profesionalmente. Al fin y al cabo, la mayoría eran españoles de las “zonas grises”, separados del discurso franquista, e incluso simpatizantes de las protestas estudiantiles, pero reacios a la confrontación directa con el sistema.

La Ley de Prensa (1966) pergeñada por el Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, inauguraba en teoría una nueva etapa en la que, al suprimirse la censura previa, los españoles dispondrían de un flujo de información mucho mayor al conocido hasta entonces. Unas mayores libertades que se equilibraron mediante un sistema de sanciones que castigarían a aquellas publicaciones que sobrepasaran los límites de “lo publicable”. Pero lo cierto es que la relajación del control “desde arriba” posibilitó la aparición de nuevas publicaciones y, sobre todo, de nuevos temas como los tratados en *Triunfo, Cuadernos para el Diálogo* o *Destino*.⁷⁵ Un nuevo clima que también se notó en las provincias y del que se aprovecharon determinados colectivos para impulsar proyectos que trataban de mostrar su disconformidad con el mundo que les rodeaba. Así, en 1967, de la mano de Juan de Loxa, nació el movimiento *Poesía 70*, primero como programa emitido por Radio Popular de Granada y luego transformado en una revista solidaria y comprometida. En los albores del mayo francés de 1968, la aparición de esta nueva publicación supuso un desafío a la dictadura, al hablar de erotismo, de la poesía social cubana, del neovanguardismo europeo o criticar veladamente el catolicismo en sus poesías.⁷⁶ En esa misma época también apareció *Tragaluz*, donde se dieron cita hombres y mujeres que veían en la cultura un arma de resistencia y de crítica al orden establecido. Revistas que se vieron acompañadas de otros proyectos culturales a partir de la década de los setenta, como *Manifiesto Canción del Sur*, movimiento cultural vigente entre 1968 y 1976 y que ensayaba la canción social como una crítica contra la moral y orden establecidos por la dictadura franquista y postulaba el desarrollo de un andalucismo democrático.⁷⁷ Eran todas ellas iniciativas impulsadas por los sectores más inquietos de la juventud, muchos de ellos

⁷⁵ CHULIÁ, Elisa. *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras*- Madrid, Biblioteca Nueva y UNED, 2001, pp. 156-172.

⁷⁶ *Poesía 70*, núm. 0 y núms. 2 y 3; GUZMÁN SIMÓN, Fernando. *Granada y la revolución 70. Poetas y poéticas de la revista Poesía 70 (1968-1970)*. Granada, Comares, 2010, pp. 69-71 y 100 y ss.; VILLENA, Fernando (ed.). *En la misma ciudad, en el mismo río. Poetas granadinos de los 70*. Granada, Port-Royal, 1999.

⁷⁷ Por ejemplo *Tragaluz*, mayo de 1968 y otoño-invierno de 1968; GUZMÁN SIMÓN, Fernando. *De Tragaluz a Letras del Sur: panorama de las revistas universitarias de la Transición en Granada (1968-1978)*. Granada, Universidad de Granada, 2011, Capítulo 2; GONZÁLEZ LUCINI, Fernando. *De la memoria contra el olvido: Manifiesto Canción del Sur*. Sevilla, Consejería de Cultura, 2004.

pertenecientes al antifranquismo, pero también hijos del régimen, cuyas ideas no siempre eran conocidas por la masa universitaria y mucho menos cercanas al grueso de la sociedad.

Mucho más visibles para el conjunto de la ciudadanía resultaron las manifestaciones estudiantiles. Hacia 1966, el recinto universitario granadino se caracterizaba por un extendido clima de tranquilidad; las protestas de los estudiantes se habían circunscrito a cuestiones meramente académicas, sin despertar un excesivo nerviosismo entre las autoridades. En 1975, la situación había cambiado radicalmente y la Universidad se había convertido en un hervidero de voces contrarias al estrecho control policial establecido sobre unos estudiantes cada vez más cansados del asfixiante clima cultural impuesto por el franquismo. ¿Qué había sucedido para que en una ciudad no especialmente conflictiva como Granada viera como las aulas universitarias pasaban de la inquietud a la efervescencia, creando una situación incorregible por parte del régimen?

A pesar de la tranquilidad del mundo universitario granadino de mediados de los sesenta, existían síntomas preocupantes para las autoridades franquistas. La revista granadina *Papeles Universitarios*, publicada por el Colegio Mayor Isabel la Católica, plasmó en sus páginas la inquietud de muchos estudiantes que empezaban a sentirse perseguidos por un régimen al que acusaban de no ocuparse “de las causas de la crisis (universitaria), sino de sus efectos” y de impedir cualquier intento de reivindicación o crítica del alumnado, “calificándolos a todos, de modo abusivo y panfletario como ‘algaradas estudiantiles’”. Más polémica levantó la aparición de *Diapasón*, revista nacida en el curso 1966-1967 gracias a la iniciativa de una serie de jóvenes vinculados con el movimiento estudiantil, como Fernando J. García Lara, José María Alfaya o Bernabé López García. Con su referencia a temas eróticos y su crítica directa al SEU, *Diapasón* puso a prueba el aperturismo de la Ley de Prensa. La respuesta del régimen fue la esperada: su encausamiento por el TOP.⁷⁸

Junto a ello, el movimiento estudiantil se mostraba mucho más activo. La confirmación del crecimiento llegó en 1968 con la fundación del Sindicato Democrático Universitario de Granada (SDEUG) en la Facultad de Filosofía y Letras. La iniciativa no fue secundada por otras facultades, pero las asambleas celebradas congregaban cada vez mayor número de público y también aumentaban los estudiantes que se implicaban

⁷⁸ *Papeles Universitarios*, 7, mayo de 1966; *Diapasón* 1, 1966; el proceso contra la revista en MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La cara al viento... Op. Cit.*, p. 140-141.

en actividades culturales como el cine-club o los homenajes a figuras “peligrosas” como Machado o Lorca, donde se empleaba un tono crítico que pronto despertó la suspicacia de la policía.⁷⁹ Dese *Ideal* se trataba de calmar los ánimos de los granadinos elogiando el comportamiento de los estudiantes del distrito, “que no se han dejado llevar por el tejemaneje más o menos exaltado de otros distritos”. Pero la realidad de la capital era diferente y tanto las movilizaciones como la represión habían comenzado a sucederse. El 5 de marzo de 1968 unos 1.500 estudiantes se dirigieron al Rectorado pidiendo libertad para los detenidos y protestando por la violencia empleada por las fuerzas de seguridad. No es de extrañar que fuera a partir de entonces cuando se intensificó la vigilancia sobre el estudiantado. El rector, Emilio Muñoz, reconocía en marzo que tales manifestaciones “perturban de manera sensible el desarrollo de las actividades docentes”. Por su parte, la Jefatura Provincial de Policía informaba que “por primera vez” se habían detectado “actividades en algunos centros docentes, especialmente en la Facultad de Filosofía y Letras”, pero se mostraban “satisfechos” por haber “cumplido los objetivos programados en los aspectos social, criminal y orden público”.⁸⁰ La represión estaba dando sus frutos pero, con ella, el régimen dañaba su imagen entre el estudiantado, entre otras razones, porque la contundencia con la que se empleaban las fuerzas policiales era a menudo considerada excesiva para el nivel de agitación de la Universidad granadina.

Prueba de lo dicho fue la declaración del Estado de Excepción de 1969, como respuesta al notorio grado de agitación de universidades como Barcelona o Madrid y a lo que las autoridades granadinas calificaban como “primeros brotes de politización” sentidos en aquellos centros que no habían destacado por su movilización. Que la conflictividad era más perceptible quedaba demostrado incluso entre aquellos estudiantes menos proclives a las protestas. Con motivo del Estado de Excepción, un grupo de alumnos de Filosofía y Letras de Granada escribió al Rector para solicitar “el cierre de la Facultad o la aplicación de las sanciones previstas” para acabar con la situación de “borreguismo y guerra de nervios” existente entre el estudiantado y la “holgazanería del profesorado”. Por su parte, los sectores estudiantiles más activos veían el endurecimiento de las medidas represivas no solo como una respuesta a los

⁷⁹ NADAL, Antonio. *Licencia absoluta: la historia: los restantes datos, 1968-1973*. Málaga, A. Nadal, 2006; y del mismo autor: “Los estudiantes y la oposición al franquismo. El Sindicato Democrático de la Universidad de Granada, 1968-1970”, en TUSELL, Javier, ALTED, Alicia y MATEOS, Abdón. *La oposición al régimen de Franco*, Vol. 1, Madrid, UNED, 1990, pp. 205-221.

⁸⁰ AGA, Gobernación, Caja 52/483, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1968; *Ideal*, 19-1-1968, 12-3-1968 y 13-3-1968; AHUG, Estudiantes, Caja 63/9.

“desórdenes” en la Universidad, sino como un intento de realizar “una limpieza a fondo de los medios obreros”. Las detenciones de estudiantes producidas como consecuencia del Estado de Excepción –735 en el conjunto de España– y el funcionamiento de la maquinaria represiva representada por el TOP, cubrieron las expectativas de unas autoridades provinciales que, pese a todo, seguían considerando que la mayor parte de los estudiantes y profesores se caracterizaban por la “ponderación y un adecuado espíritu de colaboración”.⁸¹

Muchos centros universitarios españoles se vieron salpicados por constantes incidentes y protestas estudiantiles que la propia represión estatal se encargó de alimentar. La Ley de Educación, la huelga de la construcción y los procesos de Burgos hicieron de 1970 un año especialmente “caliente” entre los estudiantes granadinos y confirmó de manera definitiva que la movilización se había extendido más allá de los muros de las facultades. En medio de un nuevo Estado de Excepción de diciembre, se produjeron constantes altercados protagonizados por unos estudiantes entre los que la sombra de los grupos de oposición antifranquista era cada vez más alargada. Al reparto de octavillas y manifestaciones, se sumó la entrada de la policía en la Facultad de Filosofía y Letras el 9 de diciembre o “el lanzamiento de cócteles molotov” contra el Banco Bilbao y la Delegación Provincial de Sindicatos los días 9 y 13. La situación resultó por momentos ingobernable para las autoridades académicas. El rector de la Universidad, Federico Mayor Zaragoza, y el decano de Filosofía y Letras, Antonio Gallego Morell, evidenciaban su desconcierto al afirmar que algunos profesores eran “insultados tanto por miembros del orden público como por los estudiantes”.⁸²

Hasta la sustitución de Mayor Zaragoza en el rectorado granadino, en septiembre de 1972, la movilización universitaria vivió constantes altibajos, aunque siempre dentro de una constante eferescencia. Las huelgas, las manifestaciones y la labor de las multicopistas continuaron con su plena actividad, pero el SDEUG fue perdiendo peso desde inicios de los setenta y las reivindicaciones parecían menos peligrosas al centrarse fundamentalmente en la crítica a la Ley General de Educación. Las propias autoridades provinciales constataron un “descenso de las algaradas estudiantiles” y, aunque

⁸¹ AGA, Gobernación, Caja 52/491, “Memoria del Gobierno Civil de Granada”, 1969; AHUG, Caja 23-60, “Carta de un grupo de estudiantes al rector de la Universidad”, 29-1-1969 y “Carta sobre el Estado de excepción y sus repercusiones en el medio estudiantil”, 22-1-1969. Véase también MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La dictadura en la dictadura... Op. Cit.*, pp. 169-186.

⁸² Para los sucesos de Granada: AGA, Caja 52/497 Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1970; y MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La cara al viento... Op. Cit.*, pp. 252-258. AHUG, Caja 7626/006, “Nota del rectorado”, 18-12-1970.

reconocían la existencia de “varios problemas no resueltos”, sostenían que la situación universitaria revestía “caracteres de normalidad”. La represión practicada los años anteriores aletargó el movimiento estudiantil granadino durante un tiempo y, de hecho el número de estudiantes detenidos (9) y puestos a disposición del TOP (6) bajó radicalmente en el periodo 1971-1972.⁸³ Pero el relativo silencio de los estudiantes solo era un espejismo. A partir de 1973 la situación se radicalizó y las autoridades no tardaron en detectar “alteraciones propias de la vivencia subversiva del sector”. La “colocación de carteles”, la “difusión de folletos, pegatinas, reuniones y asambleas”, la “inasistencia a clase” y algún que otro “acto ‘cultural’ de significación opositora”, llevaban al Gobernador Civil de Granada a concluir que, aunque no con la “gravedad que en otras”, la situación de la Universidad granadina mostraba “una sintomatología clara: la existencia de un activismo minoritario, disciplinado a las instrucciones de un extremismo, que como el comunista los dirige”.⁸⁴

Al estimar que los desórdenes estudiantiles estaban provocados por una masa amorfa de universitarios agitados por una minoría subversiva, el franquismo demostraba tener una percepción poco realista de la situación. Pero también erraban aquellos que creían que la Universidad era un volcán en continua ebullición. Emilio Escobar, uno de los primeros integrantes del emergente movimiento estudiantil, reconocía que en aquellos momentos “el ambiente político” de la Universidad “era cero patatero” y que no había nadie que “se movilizara por planteamientos opositores abiertos”. Jacinto recuerda haber “corrido muchas veces de los grises” durante los años que estuvo estudiando en Madrid a finales de los sesenta, pero cuando regresó a la Universidad de Granada, “no había de eso [...] Aquí ibas a tu clase, pedías tus apuntes y ya está”. Cuando Manolo entró en Medicina en el año 1970 no recuerda “ningún follón”, porque en la facultad “todo el mundo éramos borregos, la gente estudiaba, ni pintadas, ni follones ni nada”. Un panorama similar ofrece Miguel, que se matriculó en Exactas en el curso 1971-1972 y afirma que “allí los estudiantes se dedicaban a estudiar [...]. No hubo un ambiente político o sindical entre los estudiantes”.⁸⁵ Esta situación estaba favorecida por la composición social del alumnado de la Universidad puesto que, a pesar de los cambios, se ha estimado que, hacia 1973, un 83,8% quienes accedían a la

⁸³ AGA, Gobernación, Caja 52/509, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1971. Sobre la represión del TOP, véase RUEDA CASTAÑO, Isabel. “Los estudiantes de la Universidad de Granada represaliados”, tesina, Universidad de Granada, 2008, p. 44.

⁸⁴ AGA, Gobernación, Caja 32/11444, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1973.

⁸⁵ MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La cara al viento... Op. Cit.*, p. 100. Entrevistas a Jacinto, Granada, 15-6-2011, Miguel, Granada, 14-2-2011 y a Manolo, Granada, 3-4-2012.

enseñanza superior pertenecían a la clase media o media-alta, frente a un 4,2% procedente de familias obreras. En su mayor parte, se trataba de estudiantes que habían llegado a la Universidad con el objetivo de lograr capacitación profesional o un título que les facilitase un trabajo (42,5%); que veían que la obtención del éxito en la vida dependerá en buena medida (44,7%) de “conocer gente con influencia” o “ser hijo de buena familia con influencia”; que opinaban que la etapa universitaria no era “el momento propio para la actividad política” (26,2%) o que el interés por estas cuestiones “no debe perjudicar su formación” (47,1%); y que, aunque estaban bastante divididos en cuanto a las causas que motivaban las movilizaciones estudiantiles (un 34,1% apuesta por razones políticas y un 40,2% por académicas), estimaban, en un 33,9% de los casos, que estaban provocadas por “una minoría activista ajena a la Universidad”, cuyo propósito principal era “crear el descontento y perder el tiempo”, “aprovecharse de los estudiantes” o “buscar su propio provecho” (43,8%).⁸⁶ En definitiva, los jóvenes que accedían a la Universidad ya en los años setenta no estaban dispuestos a involucrarse de manera directa en la lucha por mayores libertades, a pesar de que no estuvieran de acuerdo con el funcionamiento de la vida académica o con la represión policial. Eran estudiantes que, al fin y al cabo, se movían por los fines individualistas que la sociedad de consumo capitalista había contribuido a alimentar y que pensaban, en la mayor parte de los casos (52,5% del alumnado granadino), que obtendrían un nivel de vida superior al de sus progenitores.⁸⁷

Que la mayor parte del alumnado granadino mantuviera actitudes poco proclives a la movilización contra el sistema, no quiere decir que el Estado franquista pudiera congratularse de contar con el apoyo de la masa estudiantil. Las autoridades prestaron una atención mucho mayor al “problema de la juventud” conscientes de que ésta, si no lo había hecho ya, pronto se le escaparía. Las dificultades para el régimen radicaban en que eran muchos los jóvenes que, aún estando poco dispuestos a movilizarse en un sentido contrario al régimen, veían cómo la actitud del Estado frente a las revistas, las reuniones, los actos culturales, las organizaciones o las manifestaciones era siempre represiva. De manera que, aunque ellos no estuvieran directamente implicados en dichas actividades, percibían con desagrado la actuación del régimen contra algunos de sus compañeros o la represión de ciertos actos que, a su juicio, no eran en absoluto

⁸⁶ Los datos parten de una encuesta realizada a inicios de los años sesenta sobre 557 estudiantes de la Universidad de Granada: CAZORLA PÉREZ, José (dir). *La Universidad de Granada a comienzos de los años 70: un análisis sociopolítico*, Granada, Universidad de Granada, 1977.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 13.

subversivos. Es en este sentido en el que hemos de entender actos de solidaridad como el paro de alumnos y PNNs organizado el 3 de junio de 1975 en la Universidad de Granada como protesta por la detención de uno de sus profesores, Mateo Revilla. Pero también la detención de cinco mujeres granadinas participantes en los actos de protesta por las condenas de miembros de ETA y el FRAP en septiembre de 1975. El franquismo estaba muriendo con índices de violencia que recordaban a los de su nacimiento. Entre 1973 y 1975 fueron detenidos 106 estudiantes de la Universidad de Granada que contrastaban drásticamente con los nueve del periodo 1971-1972. Una escalada represiva que se había extendido al conjunto de los centros docentes españoles y que había logrado que, incluso estudiantes poco dispuestos a movilizarse, mostraran su completo desacuerdo con la asfixiante vigilancia y la violencia ejercida por el Gobierno. Uno de los actos que solían aprovechar los estudiantes granadinos para sus reivindicaciones era la concentración ante la imagen de la Inmaculada situada en la plaza del Triunfo. Camilo recuerda que la policía se excedió en su intento por disolver a “una gente que en su mayoría habían ido a rezar”: “la gente abucheó a los grises porque les estaban pegando a niños de catorce años [...], pero el hecho de que la gente se encarara y abucheara indica que se les estaba perdiendo el miedo”⁸⁸.

Desde finales de los años sesenta, la dictadura aumentó su control sobre el recinto universitario español y granadino. Conscientes de que la juventud se les escapaba e incapaces de generar cualquier política de atracción de las nuevas generaciones, los dirigentes del tardofranquismo recurrieron al ejercicio continuado de la represión. Ello, les permitió mantener controlados con relativa facilidad centros menos conflictivos como el constituido por la Universidad de Granada y lograr que la mayor parte de los estudiantes continuaran centrando sus esfuerzos en su capacitación profesional. Sin embargo, el empleo cada vez más frecuente de la violencia para reprimir las “algaradas estudiantiles” provocó el alejamiento de esa masa estudiantil aparentemente neutra que veía como el Estado asfixiaba diariamente la vida universitaria. El régimen no caería como consecuencia de la movilización de los

⁸⁸ Sobre el incremento de la violencia y la mayor preocupación del régimen por la juventud: YSÀS, Pere. *Disidencia y subversión...* *Op. Cit.*, p. 42-46 y CARRILLO LINARES, Alberto. “Movimiento estudiantil antifranquista: cultura política y transición política a la democracia”, *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 149-170. Las referencias en MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La cara al viento...* *Op. Cit.*, Vol II; AGA, Gobernación, Caja 32/1144, “Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1974; y entrevista a Camilo, Granada, 14-6-2011.

“ponderados” y “calmados” estudiantes de Granada, pero la creciente movilización estudiantil contribuyó a desgastar a la dictadura y a privarla de futuro.

6. Mismos espacios, mismos fines: la confluencia de la conflictividad y la extensión de la “cultura de la protesta”

Con el paso del tiempo, el régimen de Franco se había dejando en el camino el apoyo social, la aquiescencia, la resignación o el miedo de numerosos españoles que habían resultado fundamentales para garantizar su estabilidad y perduración durante tan prologando periodo de tiempo. En 1956, el franquismo había comenzado a sufrir una pérdida paulatina de la juventud, nefasta para su aspiración de perpetuarse más allá de la muerte del “Caudillo”. 1962 había supuesto el comienzo de una creciente conflictividad obrera que pronto desnudó los fallos del modelo de desarrollo franquista y la ausencia de soluciones no violentas a los problemas laborales. En 1966, se ratificó la quiebra en el seno del catolicismo español, donde bases y jerarquía hablaban lenguajes diferentes y el nacionalcatolicismo se encontraba cada vez más desacreditado. Y, a comienzos de los años setenta, se exteriorizó con más fuerza que nunca el descontento de los vecinos, al quedar de manifiesto las deficiencias sufridas por los barrios humildes y las tristes condiciones de vida que todavía afectaban a muchos ciudadanos. Todos estos factores fueron configurando un panorama inédito para el franquismo en el que “minorías agitadoras”, “pequeños grupos de descontentos” o críticas “sin fondo político” dieron paso a una confluencia de la conflictividad, decisiva para explicar los altos niveles de movilización alcanzados en noviembre de 1975 y la imposibilidad de que el franquismo sobreviviese a la muerte del dictador.

Dos ejemplos nos pueden servir de hilo conductor para explicar el encuentro entre las diversas manifestaciones de la conflictividad a las que se tuvo que enfrentar la dictadura en sus últimos años de vida: la huelga de la construcción en julio de 1970 y el encierro de obreros en la Curia en abril de 1975. Las trágicas condiciones de vida compartidas por quienes habitaban en barrios humildes tales como La Chana, La Virgencica, el Zaidín o el Polígono de la Paz fueron formando una conciencia obrera que resultó vital para la articulación de sus reivindicaciones frente a las autoridades. Se trataba de zonas con una fuerte presencia de obreros y peones no cualificados, que en gran número estaban empleados en el sector de la construcción, sufrían unos fuertes

niveles de paro y trabajaban incluso por encima de las diez horas diarias por un salario con el que resultaba imposible mantener a una familia con hijos. Un marco idóneo para que los obreros fortalecieran lazos de solidaridad horizontal, en la medida en que cada vez eran más conscientes de su pertenencia a un grupo con intereses, valores, culturas y proyectos diferenciados de los defendidos por otros sectores de la sociedad y, en consecuencia, de la necesidad de luchar de manera conjunta por alcanzar logros que redundarían en beneficio de la comunidad. No resulta extraño que las primeras reuniones para demandar un nuevo convenio de la construcción tuvieran lugar en La Virgencica, donde coincidían trabajadores, vecinos y curas obreros afectados por tan difíciles condiciones de vida.⁸⁹

En esas circunstancias se iniciaron las negociaciones entre representantes de la patronal y de los trabajadores a lo largo de los meses de junio y julio de 1970. Sin embargo, tras cuatro reuniones infructuosas, los obreros decidieron abandonar el diálogo y convocar una huelga para el día 21 de julio. 6.000 trabajadores llegaron a reunirse ante la Casa Sindical para continuar defendiendo sus peticiones. Los manifestantes trataron en varias ocasiones de hacer ver a las autoridades que sus reivindicaciones eran exclusivamente laborales, dialogando con las fuerzas de seguridad para explicarles que únicamente demandaban un salario justo y una mayor seguridad en sus trabajos o gritando “¡Franco, Franco, Franco!” en un intento por despolitizar sus protestas. Sin embargo, el régimen no iba a tolerar el desafío que suponía la movilización de los trabajadores de la construcción, por lo que decidió intervenir violentamente contra los obreros concentrados ante los Sindicatos. En medio de una batalla campal entre policías que lanzaban bombas de humo y pelotas de goma y manifestantes que se defendían con ladrillos, piedras, bovedillas y cuantos objetos contundentes tenían a su alcance, resultaron muertos tres obreros. Al día siguiente, mientras los cuerpos sin vida de los tres trabajadores eran enterrados, la huelga continuaba con un encierro de unos 500 o 600 obreros en la Catedral de Granada, que se prolongaría hasta el día 24. La reanudación de las conversaciones entre patronal y

⁸⁹ Sobre el tema de la conciencia obrera: DOMÈNECH, Xavier. “El problema de la conflictividad...”, *Op. Cit.*, pp. 137-138. La actividad laboral de estos barrios en: FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, Fernando. *Análisis geográfico-estructural... Op. Cit.*, pp. 127-131; TUDELA VÁZQUEZ, Enrique. *Nuestro pan... Op. Cit.*, p. 147.

trabajadores culminó con la esperada firma del convenio de la construcción el día 3 de agosto, siendo el más avanzado del sector en toda España.⁹⁰

Casi cinco años tardó la provincia en presenciar acontecimientos de relevancia similar a los de la huelga de la construcción y tuvieron como protagonistas otra vez más a los albañiles. El 30 de abril de 1975, unos 50 obreros decidieron encerrarse en la Curia diocesana como consecuencia del altísimo nivel de paro existente en uno de los barrios más deprimidos de la ciudad: el Polígono de Cartuja. Los actos se vieron secundados por un nuevo encierro de 60 trabajadores en la ermita de San Isidro al día siguiente. La acción policial acabó con los últimos focos conflictivos la noche del 3 de mayo.⁹¹

Los acontecimientos de abril de 1975 y, muy especialmente, los violentos sucesos que vivió Granada en el verano de 1970 fueron un claro exponente de la convergencia de diversos sectores sociales en lucha por objetivos similares contra un mismo adversario. Ya no se trataba de los grupos minoritarios más comprometidos o politizados, sino de personas que transmitían el sentir de todo un conjunto de trabajadores, vecinos y ciudadanos corrientes. Entre los implicados en la huelga de 1970 se encontraban trabajadores de la construcción, militantes de los partidos de izquierda, mujeres cansadas de soportar unas condiciones de vida lamentables y sacerdotes obreros comprometidos con la mejora social de los más desfavorecidos. En abril de 1975 se sumaron también los estudiantes, que sin lugar a dudas hubieran tenido un papel más relevante cinco años atrás de no haber estallado la huelga en pleno periodo vacacional. Tras el encierro en la Curia, se produjeron varios conatos de manifestación en el centro de la ciudad protagonizados por universitarios, obreros y mujeres en solidaridad con las detenciones practicadas. Añadamos por último que el impacto de los sucesos ocurridos en julio de 1970 sirvió para que miles de granadinos conocieran los males que afligían a los sectores más humildes y aumentara la comprensión hacia las reivindicaciones de quienes se movilizaban.⁹²

⁹⁰ La narración de los sucesos puede verse en: AGA, Gobernación, Caja 52/497, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1970; AHOAC, Caja 81, “Sobre la concentración de los obreros en la Catedral”, 22-7-1970; TUDELA VÁZQUEZ, Enrique. *Nuestro pan...* Op. Cit., Capítulo 7; y MORALES, Rafael. “La significación histórica de la huelga de la construcción de Granada (21-29 de julio de 1970)”, en DELGADO, Santiago y VÉLEZ, Antonio J. (eds.). *El futuro del sindicalismo*. Granada, Diputación Provincial, 1996, pp. 15-44.

⁹¹ Para los acontecimientos de la Curia véase QUITIÁN, Antonio et al. *Curas obreros...* Op. Cit., p. 188-192; *Patria*, 1-5-1975 y 2-5-1975.

⁹² QUITIÁN, Antonio. *Curas obreros...* Op. Cit., p. 192; AHDG, Armario A, Caja 3, “Procedimiento judicial contra varios implicados”, 12-7-1975.

El régimen fue responsable del fortalecimiento de una “cultura de la protesta” compartida por diferentes actores sociales y de la desconexión de las instituciones con la realidad del país. En primer lugar, porque los dirigentes franquistas describieron interesadamente la naturaleza de los conflictos, achacando su surgimiento y desarrollo al papel de minorías subversivas que agitaban a la masa ciudadana para lograr su movilización contra la dictadura. Las autoridades provinciales granadinas afirmaron con rotundidad que tras los incidentes de julio de 1970 en la capital, había “elementos de significación marxista”. El delegado provincial de Sindicatos, Francisco Montoya Rico, respaldaba esta teoría al sostener que “los sacerdotes obreros y otros elementos marxistas fueron los que alentaron demagógicamente a los trabajadores para tomar posturas al margen de la Ley” y les indicaron a los obreros que “la huelga es lícita”. Con su llamada a la calma, el diario *Ideal* vaciaba de contenido las reivindicaciones obreras al asegurar que el estallido de violencia se había producido “sin motivos aparentes” y que el Gobierno Civil sospecha que entre los participantes había muchos que “no pertenecen a esa profesión (la construcción) y que ni siquiera son de Granada”. A juicio de las autoridades, la mano de los “profesionales perturbadores de la paz” era la causante de la ruptura “de la paz de más de treinta años que vivíamos” y, entre los granadinos, “nadie alcanza a entender que el origen de los sucesos haya sido una escueta y exclusiva cuestión laboral”.⁹³ Pero, a pesar de ello, el argumento de la subversión se fue volviendo contra el propio régimen, entre otras razones, porque quienes supuestamente la conformaban eran cada vez más numerosos.⁹⁴

En segundo lugar, porque muchos empezaron a percibir que la capacidad de tolerancia del régimen se iba haciendo cada vez más estrecha. Los visos aperturistas exhibidos por la dictadura quedaban repetidamente desmentidos por su intransigencia ante opiniones críticas o la reacción violenta ante los manifestantes. El franquismo parecía vivir en un estado de nerviosismo permanente que le llevaba a aumentar el espectro de lo considerado como delictivo. En 1975, una carta remitida a las autoridades provinciales pidiendo que no asistieran a la procesión del Corpus Christi en solidaridad con los represaliados en los sucesos de abril, fue tildada por el Gobernador Civil como

⁹³ AGA, Gobernación, Caja, 52/497, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1970, AGA, Sindicatos, Caja 6531, “Nota informativa para el Secretario General de Organización Sindical en la que se reseñan de modo cronológico los hechos ocurridos en granada”, 10-8-1970; *Ideal*, 22-7-1970.

⁹⁴ Algunas ideas al respecto en: YSÀS, Pere. *Disidencia y subversión... Op. Cit.* pp. 122 y ss. y SABIO ALCUTÉN, Alberto. *Peligrosos demócratas... Op. Cit.*

“apología de la violencia”.⁹⁵ La incapacidad para asumir la conflictividad, llevaba frecuentemente a un falseo de la realidad. Respecto a los altercados del verano de 1970, la policía llegó a asegurar que, ante la orden de disolverse, los manifestantes “se avalanzaron (sic) sobre ellos”, portando “palos y hoces”, “sonando algunos disparos” que habrían obligado a los guardias al empleo de las armas “para no verse materialmente atropellados”. Tampoco se reconocía la autoría de los disparos que habían acabado con la vida de los tres manifestantes y, en su lugar, se ofrecía una versión insostenible: “(el fallecimiento de los obreros) pudo ser debido bien a los disparos de ellos o que por la multitud de piedras, botellas, ladrillos y todo lo arrojado golpeará en la mano de algún policía [...] e involuntariamente causara el impacto en el manifestante”. Los argumentos contrarios, sostenidos incluso por gente ubicada en el interior del régimen, fueron sumiendo a la dictadura en una patente falta de credibilidad y ofreciendo a ojos de los ciudadanos una imagen de debilidad cada vez más visible.⁹⁶

En este mismo sentido apunta la tercera razón por la que se extendió la protesta y muchos ciudadanos corrientes fueron alejándose del régimen. Al reducir su capacidad para lidiar con la conflictividad, la dictadura recurrió a medidas represivas que incrementaron el descontento popular. El franquismo de los setenta llegó al punto de automatizar el uso de la violencia ante una realidad en la que solo veía comunistas por doquier. De esta forma, la percepción de que la represión se ejercía de manera indiscriminada se convirtió en el principal nexo de unión una gran mayoría de ciudadanos que repudiaban estas acciones. Los obreros quedaban perplejos ante la dureza empleada en concentraciones pacíficas como la sostenida delante de la Casa Sindical de Granada la mañana del 21 de julio de 1970. En medio del enfrentamiento contra la policía, un sacerdote dominico le echó en cara a la policía el uso de las armas contra los manifestantes. Los párrocos de la provincia se mostraron más activos que nunca en sus homilías, denunciando los sucesos de Granada. El cura de Mecina Bombarón afirmó que “los verdaderos responsables” de las muertes de los obreros granadinos “estaban en el café y bañándose en la playa”. Su colega de Otívar se mostró más crítico con las autoridades, asegurando que había sido “un asesinato perfecto” y acusando a la prensa de “mentir descaradamente” sobre lo sucedido.⁹⁷ La represión

⁹⁵ La carta en: RUEDA, Isabel. *Los estudiantes de la...*, Op. Cit. pp. 72-73.

⁹⁶ El informe citado en AGA, Sindicatos, Caja 6531, 21-7-1970.

⁹⁷ AHOAC, Caja 81, “Sobre la concentración de los obreros en la Catedral”, 22-7-1970; las homilías de los sacerdotes granadinos en AGA, Cultura, Ministerio de Información y Turismo, Gabinete de Enlace,

ejercida por la policía fue también la causante de una corriente de solidaridad entre compañeros de trabajo menos partidarios de la protesta y ciudadanos que no comprendían la violencia con que se empleaban las fuerzas de seguridad del Estado. A pesar de todo, el análisis que hacían los medios de comunicación al afirmar que el impacto de la huelga de la construcción de 1970 había quedado reducido a la zona de los incidentes, se correspondía con la realidad de una parte de los granadinos. “Hasta donde yo recuerdo fue algo muy localizado [...] Nos pillaba lejos”, afirma Camilo que residía en el centro de la ciudad. Cecilia por su parte sostiene: “yo no lo recuerdo. Si hubo algo, en el centro no lo hubo”. Por su parte, Daniel le restan importancia a lo sucedido y lo considera un suceso desgraciado: “lo de los albañiles fue mala suerte. La policía tiro dos tiros al aire pero ya está. Hubo un conato de unos días que no querían ir a trabajar, pero nada más”.⁹⁸ Distinta reacción se vivió en los barrios obreros de la capital, donde los trágicos sucesos dejaron una huella muy profunda. Eugenia, que por entonces residía en el barrio del Zaidín, reconoce que a ella “le impactó mucho” y que entre el vecindario “se sintió mucho la muerte de los albañiles”. Para el resto de la ciudadanía la huelga de la construcción también había constituido un hito en la tranquila vida que atravesaba la ciudad, siendo considerados por gente como Rafael G. como “los primeros disturbios de Granada”. Una opinión compartida por Alfonso, pero cuyo testimonio es mucho más indicativo de cómo, aun siendo reconocida la huelga del 70 como un acontecimiento de gran impacto para una importante parte de la sociedad granadina, las muertes de los albañiles constituyeron una excepción a la escasa conflictividad que afectaba a la provincia: “protesta gorda en Granada, la de los albañiles, pero nada más, ni una”.⁹⁹

En definitiva, los dos ejemplos mostrados, junto con otro gran número de conflictos que jalónaron la vida de una provincia como la de Granada, muy especialmente desde el atentado contra Carrero Blanco, son la prueba evidente de la extensión de la desafección a un mayor número de actores y espacios. No se trataba de un proceso homogéneo ni generalizado. Las divisiones entre los grupos que conformaban la “cultura de la protesta” y la poca proclividad a la movilización que

Caja 566, “Actividades de sacerdotes”, 3-8-1970 y 12-8-1970. Véase también: BOAG, “Carta pastoral del Señor Arzobispo A. A. de Granada Monseñor Benavent Escuin”, septiembre de 1970.

⁹⁸ TUDELA VÁZQUEZ, Enrique. *Nuestro pan...* Op. Cit., pp. 245-246; DOMÈNECH, Xavier. *Cambio político y movimiento...* Op. Cit., pp. 191-192; los testimonios en Entrevistas a Camilo, Granada, 14-6-2011, a Cecilia, Granada, 25-2-2011; Entrevista a Daniel, Granada, 18-3-2011.

⁹⁹ Entrevistas a Eugenia, Granada, 3-3-2011; a Rafael G., Granada, 9-2-2011 y a Alfonso, Granada, 17-3-2011.

manifestaban importantes sectores de la sociedad redujeron enormemente el impacto de muchas acciones contrarias al régimen. La HOAC y las CC.OO granadinas difirieron frecuentemente en las tácticas que debían emplearse para conseguir las mejoras demandadas en las huelgas. Otros se encontraban con el obstáculo de personas eminentemente concentradas en el desempeño de sus trabajos y en la vida con sus familias. Concepción relata que “tenía un tío que era muy crítico con la situación y le decía a mi padre ‘¡Es que tú no piensas en nada más que en trabajar! Y él le decía: ‘¡Es que yo no tengo otra cosa que hacer que sacar a mis hijos adelante!’”.¹⁰⁰ Pero, a pesar de las limitaciones, en los últimos y violentos estertores del franquismo, una amplia mayoría de los ciudadanos había dejado evidenciado que si bien no iba a movilizarse por derribar a Franco, tampoco iba a hacer nada por salvar el franquismo.

7. La huella del franquismo: la sociedad civil y la cultura democrática de los españoles a finales del régimen

Afortunadamente, existe un consenso entre buena parte de la historiografía –no así entre la sociedad española– en que el desmantelamiento del franquismo y la transición hacia un régimen democrático no fue una mera obra de ingeniería política trazada por las elites dirigentes de la nación, sino que otros factores y, sobre todo, diferentes actores tuvieron un papel decisivo en el proceso.¹⁰¹ En buena medida, frente a aquellos trabajos que entendían la Transición como un proceso realizado “desde arriba” y minimizaban el papel de una población presentada como pasiva, otros estudios comenzaron hace tiempo a reclamar tanto el papel de la sociedad civil en el periodo como, especialmente, que el proceso democratizador había de ser entendido como diálogo de confrontación/negociación entre el Estado y la sociedad, en el que la presión ejercida “desde abajo” resultó fundamental para explicar hasta dónde se llegaría en la

¹⁰⁰ El ejemplo en Concepción, Granada, 10-8-2011; sobre la extensión de esa “cultura de la protesta” véase DOMÈNECH, Xavier. *Cambio político... Op. Cit.*, pp. 195-195; y MARTÍN GARCÍA, Óscar “Oportunidades, amenazas y percepciones colectivas en la protesta contra el franquismo final, 1973-1976”, *Historia Social*, 67, 2010, pp. 51-67.

¹⁰¹ A modo de ejemplo citemos dos aportaciones recientes: YSÀS, Pere. “La Transición española: luces y sombras”, *Ayer*, 79, 2010, pp. 31-57; y, especialmente, el conjunto de textos recogidos en QUIROSA-CHEYROUZE y MUÑOZ, Rafael (ed). *La sociedad española en la Transición... Op. Cit.* Visiones que han suscitado también ciertas resistencias: JULIÀ, Santos. “Cosas que de la transición se cuentan”, *Ayer*, 79, 2010, pp. 297-319.

Transición.¹⁰² Y es precisamente ahí, donde se hace necesario volver de nuevo la mirada sobre el propio franquismo y evaluar cómo quedó articulada la relación entre una serie de dinámicas sociales que venían sintiéndose entre la población española y los discursos y políticas provenientes de diversos sectores del Estado. Es aquí, en un periodo en el que las diferencias entre vencedores y vencidos se habían ido disolviendo con el paso de las generaciones, en el que significarse o no ya no resultaba peligroso, cuando, en definitiva, cobraron mayor protagonismo aquellos ciudadanos que no participaron en manifestaciones de protesta contra la dictadura, pero que tampoco formaban parte del Estado franquista. “Zonas grises” que resultaron claves para el sostenimiento del régimen y para su caída, para el establecimiento de una democracia y sus límites.

La conflictividad creciente durante los años sesenta, el crecimiento económico y sus desigualdades, los espacios abiertos por la dictadura para el “desarrollo político” y su aprovechamiento por diversos actores sociales, las fracturas en el interior del régimen y la llegada de generaciones que no habían vivido la contienda fueron dando forma de nuevo a una sociedad civil que resultó decisiva en el proceso de transición hacia la democracia.¹⁰³ El franquismo de los años sesenta había abierto mínimos, aunque nada despreciables, espacios en un intento por cosechar nuevos apoyos sociales. Pero éstos fueron utilizados a la perfección por opositores, ciudadanos corrientes y franquistas convencidos para satisfacer sus aspiraciones de mayores libertades. Ciertamente, la mayor tolerancia del régimen con algunas conductas fue valorada positivamente por una parte de la población, aun siendo ésta consciente de los límites establecidos. El testimonio de Camilo es esclarecedor al respecto: “había una gran parte de la población que tenía libertad para hacer muchas cosas. He hablado de una gran cantidad de temas, no en público, pero sin problemas. Nadie me ha impedido leer lo que he querido [...] Es verdad que no podías expresarte con libertad, pero en el día a día no había represión”. Una percepción extendida entre buena parte de la ciudadanía que aceptaba la aseveración de que “si no te metías en política, no tenías por qué preocuparte”. De esta opinión era Manolo, quien afirma que: “yo no echaba de menos las libertades .porque

¹⁰² Véase SAZ, Ismael. “Y la sociedad marcó...”, Op. Cit., pp. ; y REIG CRUAÑES, José. *Identificación y alienación... Op. Cit.*, pp. 15-16; THRELFALL, Monica. “Una reevaluación del papel de las organizaciones de la sociedad en la transición” en GÓMEZ BRAVO, Gutmaro (coord.). *Conflicto y consenso en la transición española*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009, pp. 155-196.

¹⁰³ La referencia básica al respecto es PÉREZ DÍAZ, Víctor. *La primacía de la sociedad civil*. Madrid, Alianza, 1993, en especial pp. 77-79.

yo lo tenía todo y no me metía en nada”.¹⁰⁴ Los problemas surgían porque, de un lado, las “libertades” que el franquismo permitía se antojaban insuficientes para una creciente proporción de los españoles y, de otro, porque, de 1969 en adelante, la tolerancia del régimen hacia ciertas actitudes también se agotó. “Es que no podías expresarte. Te podían detener por expresar lo que sentías, sin ofender a nadie”, recuerda Concepción. El déficit democrático del franquismo, cuya principal muestra era la ausencia de las libertades más elementales, no era algo nuevo. Pero, desde finales de los años sesenta, una mayoría de la población tenía claro que el Estado tenía que ser algo más que proveedor de bienestar y guardián del orden público. Era el caso de Alfonso que, beneficiado por el crecimiento económico experimentado por España, veía que el sistema franquista no colmaba sus aspiraciones:

“Lo de con Franco vivíamos mejor depende para que lo uses. Yo he vivido peor, porque me faltaban las cosas fundamentales. Ahora puedo ver la película que quiero, leer el libro que quiero, puedo ir a un mitin si quiero, o afiliarme si quisiera a un partido político.”¹⁰⁵

Ese mayor anhelo de libertades resultó fundamental para la reactivación de la sociedad civil en España bajo el franquismo. El lugar de trabajo, el barrio, el bar o el entorno familiar se fueron escapando de las manos del régimen y constituyendo espacios paralelos en los que sus actores manejaban un lenguaje distinto al de la dictadura. En las conversaciones cotidianas con parientes, amigos o compañeros de trabajo, emergieron con mayor frecuencia las preocupaciones en torno a los problemas de la vivienda, el trabajo, la marcha de la economía o el futuro del régimen. De este modo, empezó a forjarse una percepción colectiva en torno a una situación negativa común, cuya resolución se veía obstaculizada por la permanencia del franquismo, considerado como principal responsable de la misma.¹⁰⁶ De la misma manera que el régimen se dirigía en Madrid, pero se fabricaba en el día a día de las provincias, ahora

¹⁰⁴ Sobre el conformismo ante las libertades ofrecidas por el régimen: Entrevistas a Camilo, Granada, 14-6-2011 y Manolo, Granada, 3-4-2012.

¹⁰⁵ El aumento de las demandas de libertad puede verse en: LÓPEZ PINTOR, Rafael. *La opinión pública española: del franquismo a la democracia*, Madrid, CIS, 1982, pp. 90 y ss. También YSÀS, Pere. “¿Una sociedad pasiva?...” Op. Cit., pp. 49-50; y entrevistas a Concepción, Granada, 10-8-2011 y Alfonso, Granada, 17-3-2011.

¹⁰⁶ Véase MONTERO, José Ramón y TORCAL Mariano. “La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio”, *Sistema*, 99, 1990, pp. 39-54; CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. *Fear and Progress... Op. Cit.*, pp. 122; y HUNT, Scott, BENFORD, Robert y SNOW, David. “Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción de los movimientos” en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, CIS, 1998, pp. 221-249.

era también en el marco local donde se estaba resquebrajando su poder. Era allí, donde gente como Cecilia, percibía el enquistamiento de un sistema en el que “estaban los mismos de siempre. Los alcaldes llevaban más de treinta años”; donde las estrategias del régimen para minimizar el impacto de la conflictividad social se mostraron ineficaces, ante la sensación de que “aquello se movía más” y la “tremenda presencia policial” que notaba en Granada gente como Miguel; y donde determinados grupos sociales lamentaban la ineptitud y la indiferencia ante los problemas mostrada por las autoridades locales, a las que, no con poca frecuencia, les salía la “vena autoritaria” del “orden y mando”. Al menos así ocurrió cuando, ante las demandas de mayor limpieza por parte de los vecinos del barrio granadino de La Virgencica, el alcalde Pérez-Serrabona, no había dudado en replicar que “lo que pasa es que son ustedes muy sucios”.¹⁰⁷ En definitiva, se produjo una atribución de responsabilidades que, aunque no siempre se tradujo en movilización para revertir la situación existente, sí que contribuyó a crear un poso de descontento entre ciertos sectores sociales y a incrementar la separación entre sociedad y régimen.

Es más, entre los amplios grupos sociales que compartían ese sentimiento de malestar latente, empezó a emerger con fuerza una cultura política “democrática” cada vez más extensa. Conforme la vida de Franco tocaba a su fin, fueron más los españoles convencidos de que “el cambio” hacia “algo” diferente al franquismo era la salida indicada y “natural” a casi cuarenta años de privación de derechos y libertades. A pesar de las limitaciones de las encuestas sociológicas realizadas en la década de los sesenta, éstas resultan indicativas de ciertas tendencias. Si en 1966, un 35% de los españoles pensaban que era mejor que las decisiones fueran tomadas por personas “elegidas por los ciudadanos”, en 1974 el porcentaje había aumentado al 60% y, en 1976, en medio de los últimos intentos del franquismo por sobrevivir, ya eran un 78% del total. Una revalorización de la democracia que, por supuesto, respondía a la emergencia de una nueva generación de jóvenes no identificados por el discurso antidemocrático que había defendido el régimen desde sus inicios.¹⁰⁸ Pero también a otros factores como la percepción ciudadana de la existencia de regímenes democráticos que no eran incompatibles con el crecimiento económico y el bienestar de la población. No resulta

¹⁰⁷ Ejemplos en Entrevista a Cecilia, Granada, 8-3-2011; Miguel, Granada, 14-2-2012 y TUDELA VÁZQUEZ, Enrique. *Nuestro pan... Op. Cit.*; REIG CRUAÑES, José. *Identificación y alienación... Op. Cit.*, pp. 181-182.

¹⁰⁸ LÓPEZ PINTOR, Rafael. *La opinión pública española... Op. Cit.*, p. 61 y pp. 84-85.; también JULIÁ, Santos. “Los orígenes sociales...”, *Op. Cit.*, pp. 179-180.

nada paradójico que, a la altura de 1973, una mayoría de los españoles (73%) se mostraran partidarios de la integración en el Mercado Común y consideraran que la dictadura era un impedimento para su consecución.¹⁰⁹ Y, por último, tampoco podemos despreciar la importancia que el ámbito familiar jugó en la transmisión de valores democráticos divergentes de los defendidos por el régimen, no solo entre vencidos, sino entre ciudadanos corrientes que habían educado a sus hijos bajo pautas diferentes a las propugnadas por la dictadura, aprovechándose del decaimiento de los instrumentos de socialización en la última etapa franquista. El padre de Camilo, por ejemplo, le transmitió su fe católica y el respeto por el orden establecido, pero era “un hombre muy abierto [...] de la guerra me habló sin problema” y “nunca me impidió leer lo que he querido, a pesar de que existía el ‘Índice’”.¹¹⁰

Además, debemos tener en cuenta que, en la articulación de sus demandas, fue cada vez más abundante el número de ciudadanos que se valió de mecanismos vetados por el régimen. De tal manera que, en el interior del sistema franquista, se fueron forjando “enclaves democráticos”, muy difíciles de contrarrestar para una dictadura debilitada, incluso mediante el ejercicio de la represión. Las autoridades se vieron desagradablemente sorprendidas al constatar que el escaso interés de la ciudadanía en participar políticamente a través de los cauces proporcionados por el Estado no significaba –para una parte de los españoles– indiferencia por las cuestiones políticas, sino desconfianza en las plataformas ofrecidas para ello. Por ello, no resultaba contradictorio que, en 1970, el Gobernador Civil de Granada lamentara que las elecciones municipales hubieran estado marcadas por “la falta de entusiasmo” y, mientras tanto, otros sectores de la población mostraran su interés por participar en los asuntos públicos en otros espacios más libres.¹¹¹

Sin lugar a dudas, el paradigma de “enclave democrático” bajo la dictadura franquista fue el abierto por la vía asociativa y, concretamente, aquella ligada a los barrios. De una parte, el carácter interclasista que caracterizó a los movimientos

¹⁰⁹ LÓPEZ PINTOR, R. “En torno a las expresiones sobre opinión pública y decisión política: La actitud de los españoles ante la Comunidad Económica Europea”, *REOP*, 37, 1974, pp. 7-22; LÓPEZ PINA, Antonio y LÓPEZ ARANGUREN, Eduardo. *La cultura política... Op. Cit.*, p. 103.

¹¹⁰ Sobre la transmisión familiar véase MARAVALL, José María. *Dictadura y disenso político. Obreros y Estudiantes bajo el franquismo*. Madrid, Alfaguara, 1978; CHULIÁ, Elisa. “Cultural Diversity and the Development of a Pre-democratic Civil Society in Spain”, en TOWNSON, Nigel (ed). *Spain transformed. The Late Franco dictatorship, 1959-1975*. Nueva York, Pallgrave Mcmillan, 2007, p. 165. Entrevista a Camilo, 21-6-2011.

¹¹¹ Para los “enclaves democráticos” véase GILLEY, Bruce. “Democratic Enclaves in Authoritarian Regimes”, *Democratization*, 17 (3), 2010, pp. 389-415; el ejemplo en AGA, Gobernación, Caja 52/497, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1970.

vecinales, al estar compuestos por individuos unidos por el padecimiento de una problemática compartida, favoreció la forja de identidades colectivas y de una conciencia de barrio que expandió la solidaridad entre vecinos de forma horizontal. En este sentido, las asociaciones se convirtieron en auténticos laboratorios culturales, donde se reprodujeron formas de organización, prácticas y lenguajes democráticos. Antonio Quitián, párroco de la barriada de La Virgencica, recordaba cómo en el club juvenil donde se reunían los vecinos “para hablar sobre los problemas” que les afectaban, “siempre había alguien encargado de moderar el debate, la gente sabía que tenía que pedir la palabra y se escuchaban los unos a los otros”. De otra parte, el aprendizaje democrático adquirido en las prácticas asamblearias de los barrios fomentó la democratización verticalmente, al concienciar al vecindario de que era ésta la mejor vía para la llevar sus demandas al Estado y establecer un proceso de negociación para su satisfacción.¹¹²

Muchos ciudadanos corrientes que no habitaban en los barrios humildes no accedieron a las asociaciones vecinales que se habían creado en estas zonas. Pero, no por ello, permanecieron ajenos al ejercicio de las prácticas democráticas. Su contacto con las mismas se produjo en otras esferas de la sociedad, como la Universidad, asociaciones culturales, cine-fóruns, el ámbito familiar, o la propia escuela. En estos ámbitos se encontraban como compañeros, amigos, profesores que, aunque con cautelas, ahora sí se atrevían a hablar de libertades, de la Guerra Civil, de los vencidos o de la situación económica del país. Al respecto, Miguel recuerda que, con uno de sus profesores, “empezamos a hablar de democracia y de libertades”, de modo que, en su opinión, “aquello era como una pequeña democracia. Hacíamos debates en clase y en un ambiente bastante abierto”.¹¹³

¹¹² RADCLIFF, Pamela B. “La ciudadanía y la transición a la democracia”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel (coord.). *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*. Madrid, CEPC, 2007, pp. 343-372; PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo. *Memoria ciudadana... Op. Cit.*, pp. 22 y ss; sobre los laboratorios culturales véase MELUCCI, Alberto. “¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?” en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds). *Los nuevos movimientos... Op. Cit.*, pp. 119-150; el testimonio en QUITIÁN, Antonio et al. *Curas obreros... Op. Cit.*, pp. 43-44.

¹¹³ Para la Universidad véase por ejemplo RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio. *Zonas de libertad... Op. Xit.*, Vol II; para la evolución de la familia DEL CAMPO, Salustiano. “La gran transformación de la familia española durante la segunda mitad del siglo XX”, *Reis*, 100 (2), pp. 133-136 y CABREJAS DE LAS HERAS, Gloria. “Transformación de la sociedad española desde 1970: Cambios y permanencias en la institución familiar”, en *La Transición a la democracia en España. Actas de las IV Jornadas de Castilla-La-Mancha sobre investigación en Archivos*, Guadalajara, 2004; el testimonio en Entrevista a Miguel, Granada, 14-2-2012.

¿Se había convertido la española en una sociedad de demócratas en vísperas de la muerte de Franco o, por el contrario, se trataba de una población pasiva y agradecida al régimen por la “paz y el orden” dominantes desde el fin de la Guerra Civil? Y lo que es más importante: ¿cuáles eran los apoyos sociales del franquismo treinta y cinco años después de su fundación? Parece pertinente comenzar señalando que la percepción de los componentes del Estado ante el futuro era una mezcla de temor y confianza en sus posibilidades. Por una parte, el régimen tenía serias dudas sobre su continuidad y a ello respondían tanto los intentos de los sectores “aperturistas” por buscar vías de cambio para el mantenimiento del sistema, como el discurso “guerracivilista” enarbolado por los inmovilistas ante la proximidad de la muerte del fundador.¹¹⁴ Pero, por otra parte, tanto de cara al público como en sus propios informes internos, las autoridades manejaban una imagen de la realidad mucho más idílica de la que la creciente movilización social y la descomposición del sistema indicaban. Durante los años finales del régimen, las autoridades granadinas calificaron como “excelente” la situación del orden público en la provincia, ya que no solían darse “actividades de tipo subversivo que merezcan el calificativo de importantes” y las actividades de los grupos de oposición política se caracterizaban por un “continuo fracaso”. El por qué de esta situación se encontraba, a juicio de las jerarquías provinciales, en la “tónica de apatía” predominante entre la ciudadanía y en la existencia de una población “deseosa de paz y orden”.¹¹⁵ Además, las encuestas realizadas en 1966 nos hablan de una sociedad que le otorgaba preferencia a valores tales como la paz o el orden, frente a la justicia o la democracia. Una tendencia que se repetía en 1970, cuando –con un 48% entre los hombres y un 67% entre las mujeres– la paz seguía siendo el valor más estimado entre los ciudadanos (muy por encima de la justicia); y que continuaba siendo válida en 1975, cuando los estudios sociológicos señalaban que un 80% aceptaban la afirmación de que “en España lo más importante es mantener el orden y la paz”.¹¹⁶ Era cierto que en muchas provincias españolas, como Granada, la calma social era la nota más extendida y que la mayor parte de los ciudadanos estimaban la paz por encima de cualquier otra cosa. Pero el régimen, guiado por los sentimientos predominante entre los españoles y

¹¹⁴ Véanse las reacciones de GIRÓN DE VELASCO, José Antonio. *Si la memoria no me falla... Op. Cit.*, pp. 220 y ss.

¹¹⁵ AGA, Cultura, Cajas 52/491, 52/509 y 32/11438, Memorias del Gobierno Civil de Granada, años 1969, 1971 y 1973.

¹¹⁶ LÓPEZ PINTOR, Rafael. *La opinión... Op. Cit.*, p. 85; DE MIGUEL, Amado. *El final del franquismo. Testimonio personal*. Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 272-273; y FOESSA. *Estudios sociológicos... Op. Cit.*, p. 1185.

convencidos de que lo importante era acabar con la oposición, había olvidado interpelarse sobre qué ocurriría cuando su estabilidad se tambalease.

Hacia mucho tiempo que la dictadura se había dado cuenta de las dificultades existentes para crear franquistas. Sin embargo, en plena crisis, todavía contaba con el apoyo de las fuerzas armadas, de una parte nada despreciable de la Iglesia Católica, de la maquinaria burocrática del Partido, de una porción del campesinado propietario y de amplios sectores de las clases medias y burguesas. Pero, sobre todo, el franquismo llevaba muchos años sosteniéndose fundamentalmente sobre la pasividad y conformismo de las inmensas “zonas grises” que, por múltiples razones, mostraban la misma poca predisposición a formar parte de una manifestación antifranquista como de una institución del Estado.¹¹⁷ Era verdad, que la sociedad del tardofranquismo era “más política” que la de años atrás y que esta politización se realizaba esencialmente en clave antifranquista, pero también era cierto que entre la mayoría de la población existía una importante despolitización. Las culturas políticas de identificación y alienación con el régimen (fijadas en un 15% y un 25-30% a la altura de 1975) eran claramente minoritarias, frente a la de la denominada mayoría “ausente” o “indiferente”, compartida por más de la mitad de los españoles. A ella pertenecía gente como Rafael G., que mejoró a lo largo de la década de los sesenta sus condiciones de vida, gracias a la expansión de sus comercios a otras zonas de la ciudad, y que opina que “España iba creciendo. Podíamos haber crecido más, pero como era lo que conocíamos nos dábamos por satisfechos”. Y hombres como Jacinto, aparejador que, gracias al caótico crecimiento urbanístico de la capital granadina, logró grandes beneficios: “Era la envidia de los colegas. Gané bastante. Unas casas eran VPO y otras de promoción privada. Y ahí se ganaba”. Se trataba, en definitiva, de españoles corrientes que, al morir Franco, habían metabolizado por completo la idea de Franco como artífice del crecimiento económico, e independientemente de otras aspiraciones, tenían como prioridad básica que “todo siguiera así”.¹¹⁸

Pero esta cultura política también era compartida por familias que, habían permanecido prácticamente ajenas a los frutos del “desarrollismo”: “Nosotros lo poco que teníamos nos conformábamos [...] Te conformas porque no puedes hacer otra

¹¹⁷ Sobre los apoyos al final de la dictadura YSÀS, Pere. “La crisis...”, Op. Cit., p. 57; REIG CRUAÑES, José. *Identificación y alienación...* Op. Cit., p. 186.

¹¹⁸ LÓPEZ PINA, Antonio y LÓPEZ ARANGUREN, Eduardo. *La cultura política...* Op. Cit., pp. 63-64; LÓPEZ PINTOR, Rafael y BUCETA, Ricardo. *Los españoles de los años 70. Una versión sociológica.* Madrid, Tecnos, 1975, pp. 91-92 entrevistas a Rafael G. Granada, 16-2-2011 y a Jacinto, Granada, 15-6-2011.

cosa”, indica Eugenia. Actitudes de resignación, apatía y conformismo con lo que “les había tocado vivir, especialmente observables en buena parte del mundo rural.¹¹⁹ Si analizamos los informes emitidos por los párrocos de la provincia de Granada en la fase final del franquismo, da la sensación de que el agro se quedó anclado en la España de la posguerra. El cura de la localidad de Torvizcón sostenía en 1970 que “la opresión y el caciquismo que han sufrido durante años se deja ver en su carácter” e informaba del “miedo atroz que tienen ante cualquier reunión, escrito...”. El sacerdote encargado de la parroquia de Cáñar aludía también a la resignación y el miedo como factores explicativos de que los habitantes “no se comprometen con nada, carecen de iniciativa y son insolidarios”. Mariano confirma que en su pueblo (Guéjar Sierra), “el que era político era político. La gente normal no, porque no sabía y estaba en su trabajo”. Otros, como el párroco de Almegíjar, achacaban a la “cultura de la evasión” el escaso interés por lo público, dado que “solo buscan programas (televisivos) fáciles: novela, cante, baile y algunas películas”. Pero, junto a estos motivos, llama la atención la alusión que en varios informes se hace a la persistencia del recuerdo de la Guerra Civil. Cuando ya parecía que la división entre vencedores y vencidos había quedado reducida a la retórica inmovilista de algunos sectores del régimen, aparecían testimonios como los del cura de Órgiva que no dudaban en declarar que en el pueblo “se respira todavía odio y venganza. No perdonan fácilmente y si lo hacen no olvidan”.¹²⁰ La sombra de la Guerra Civil, la miseria y la transmisión de un valor negativo de la controversia política habían resultado suficientes para que, en amplias zonas rurales del país, la desmovilización y la aceptación de la realidad vivida como algo normal fueran la nota predominante.

La inhibición ciudadana ante las cuestiones públicas, el miedo a la confrontación política, a señalarse de alguna manera, a reivindicar, a pedir y a participar en las instituciones fue uno de los grandes éxitos del franquismo. “Meterse en política” se convirtió para la mayor parte de los españoles en un sinónimo de “meterse en problemas”. “La política es muy sucia [...] y por eso yo ni me he metido en política, ni hablo de política”, afirma José. El testimonio de Gumersindo resulta esclarecedor de cómo muchos españoles concebían el contacto con la política: “El franquismo los quería (a los españoles) despolitizados, y la gente encantada porque para ellos era meterse en

¹¹⁹ Entrevista a Eugenia, Granada, 3-3-2011; véase CAZORLA, Antonio. *Fear and Progress... Op. Cit.*, p. 175; sobre las condiciones negativas del campo véase: AGA, Gobernación, Caja 52/491, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1969; y Caja 32/1144, Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1974.

¹²⁰ AHDG, Armario A, Caja 3, “Estudios para el trabajo pastoral”, localidades citadas, 1970-1971; entrevista a Mariano, Granada, 11-8-2011.

problemas. La política la hacía él (Franco)".¹²¹ En muchas ocasiones, el discurso "despolitizador" del régimen caló muy hondo en las conciencias de los españoles. El cura obrero, Ángel Aguado, vio cómo un albañil granadino con la mano "que se le veían los huesos" se negaba a acudir al médico para evitar el despido. Pero el desinterés por estas cuestiones respondía a diversas razones. En un estudio realizado sobre jóvenes universitarios de finales de los sesenta, se palpaba la carga peyorativa que los asuntos políticos tenían entre éstos, entre otras razones, porque un 63% de los encuestados creían tener poca o ninguna influencia sobre la situación política. Un 54,4% de los estudiantes granadinos entrevistados a comienzos de los años setenta reconocían que hablaban nada o casi nada de política con sus compañeros. Incluso, algunas organizaciones del régimen parecían querer desprenderse del sesgo político que siempre habían tenido. Era el caso de la Organización Juvenil Española (OJE), que a la altura de los años setenta, se había convertido en una vía para ir de campamento y jugar al ping-pong. Lo cual queda corroborado por testimonios como el de Manolo: "yo estuve en la OJE de Granada, íbamos a la Alfaguara, hacíamos campamentos, marchas juveniles, nos hablaban de Franco y me lo pasaba muy bien. Era más de entretenimiento, yo de política no entendía nada ni sabía lo que era".¹²² Los grupos políticos antifranquistas o las organizaciones de oposición toleradas por el régimen también eran víctimas de la escasa disposición de los ciudadanos por afiliarse "a algo". La JOC de Granada, por ejemplo, señalaba que la juventud de la provincia era "apática, sin conciencia de clase, pasiva ante los problemas y no comprometida". El presidente de la Asociación de Cabezas de Familia del barrio granadino del Zaidín sostenía en julio de 1974 que la zona tenía muchos problemas, pero que el principal de ellos era "que no encontramos el apoyo del vecindario para nada".¹²³

¹²¹ Entrevistas a José, Granada, 2-3-2010 y Gumersindo, Madrid, 29-12-2009.

¹²² TUDELA VÁZQUEZ, Enrique. *Nuestro pan...* Op. Cit., pp. 127-128; TORREGROSA, José R *La juventud española. Conciencia general y política*. Barcelona, Ariel, 1972; CAZORLA PÉREZ, José. *La Universidad de Granada...* Op. Cit., el "apoliticismo" de la OJE en: JIMÉNEZ SOTO, Ignacio. *Si madrugan los arqueros. Un estudio sobre socialización política a finales del franquismo*. Granada, Port-Royal, 2005, pp. 17-21; y CAÑABATE VECINA; José Antonio. "Aproximació a l'estudi de l'Organización Juvenil Española (OJE) a Mallorca durant els anys 70", *Recerques*, 36, 1998, pp. 165-186. El ejemplo en Entrevista a Manolo: 3-4-2012.

¹²³ Las dificultades de los grupos de oposición por encontrar individuos dispuestos a movilizarse en: FUERTES MUÑOZ, Carlos. "Esto se acaba: actitudes de los valencianos en la crisis final del franquismo. La percepción del Gobierno Civil y del PCE (1969-1976)", *IV Congreso Internacional de Historia de la Transición en España: sociedad y movimientos sociales*. Almería, 2009; los ejemplos en AJOC, Caja 79, "Análisis de la sociedad en Andalucía Oriental", noviembre de 1972 y *Granada Semanal*, 27-7-1974.

La falta de implicación política se percibía también en la permanencia de actitudes y conductas propias de una cultura política autoritaria entre diversos sectores sociales, como consecuencia de una mínima o nula toma de contacto con prácticas democráticas. En los últimos años del régimen, las elecciones, los debates o la alternancia política no formaban parte de la experiencia de la mayoría de los ciudadanos. Era lógico que, junto el miedo a la significación política que sentían muchos españoles, los comportamientos de aquellos que sí se decidían a participar en asociaciones o colectivos cuyo funcionamiento básicamente democrático, estuvieran marcados por rasgos de tipo autoritario. En el seno de las asociaciones de vecinos, por ejemplo, era frecuente la ausencia de candidaturas para formar parte de la dirección de las mismas, el uso del método de la aclamación popular para la aprobación de decisiones o el voto aleatorio por parte de los vecinos.¹²⁴ ¿Qué razones eran las que, en definitiva, llevaban a una buena parte de la población a desinteresarse o, incluso, rechazar de pleno su implicación en aquellas cuestiones que eran percibidas como “políticas”? El testimonio de Jacinto resulta bastante esclarecedor:

“En ese momento no echábamos de menos lo que no teníamos. Tienes lo que tienes y lo que tienes lo ves normal. A lo mejor los que estudiaban (Ciencias) Políticas les abrían la cabeza. Yo estudiaba Ciencias y no sabía nada de eso. [...] En ese momento era lo que había y además se estaba mejorando, venían extranjeros, veíamos los coches que había y los españoles se iban por ahí a trabajar y venían mejor. Yo creo que ahora se quiere hacer más honda la diferencia. Yo reconozco ahora que había dictadura pero ya está.”¹²⁵

En efecto, muchos españoles se alejaron del mundo de la política alentados por el individualismo y el pragmatismo que la propia dictadura había contribuido a fomentar. El recuerdo de la posguerra y la extensión de la sociedad capitalista y los hábitos de consumo eran factores fundamentales para explicar por qué, hacia 1970, los ciudadanos estaban más interesados por los asuntos económicos que por las cuestiones políticas. Los beneficios prácticos se habían situado para muchos por encima de las orientaciones de principio, por lo que las actitudes de muchos se enmarcaron dentro de

¹²⁴ Véase MONTERO, José Ramón y TORCAL, Mariano. “La cultura política...” Op. Cit., pp. 42-43; MONTERO, José Ramón, GUNTHER, Richard y TORCAL, Mariano. “Democracy in Spain: Legitimacy, Discontent and Disaffection”, *Working Paper*, 109, Fundación Juan March, 1997; LÓPEZ PINTOR, Rafael. “El impacto del autoritarismo en la cultura política. La experiencia española en una perspectiva comparada”, en AA. VV. *Política y sociedad...* Op. Cit.; y RADCLIFF, Pamela B. *Making democratic...* Op. Cit., pp. 287-293.

¹²⁵ Entrevista a Jacinto, Granada, 15-6-2011.

un “cinismo cívico”, preocupado por la búsqueda de objetivos inmediatos y los frutos del “estado del bienestar”. En esta dirección apuntaban los informes de párrocos granadinos como el de Gabia la Grande, que subrayaba el “egoísmo individualista” que caracterizaba a sus habitantes o la “notoria inhibición ciudadana en las actividades comunitarias”, que lamentaba el Gobernador Civil de la Provincia en 1974.¹²⁶ Pero en la cultura política de la mayoría de los españoles influyeron también factores más “culturales” como, por ejemplo, la transmisión de identidades en el seno de la familia o el recuerdo de la Guerra Civil. Concepción afirma que “como mi padre nunca quiso pertenecer a nada, pues yo nunca”. Evidentemente, los saltos generacionales marcaban divergencias en la ideología de padres e hijos. En los años setenta, la mayoría de los estudiantes granadinos opinaban que sus padres eran ideológicamente conservadores (46,3%), pero ellos se autodefinían como progresistas (74%). Pero en sus respuestas se atisbaba un cierto miedo a la confrontación política, dado que solo un 9% se calificaban como “radicales”.¹²⁷ Y es que, sus padres y familiares, les habían transmitido que la alteración del orden, los sobresaltos y otros efectos derivados de la contestación a las medidas estatales solo generaban enfrentamientos. De manera que, en vísperas de la muerte del dictador, una importante proporción de la población había asumido el “nunca más”, el reparto de culpas por lo sucedido en la Guerra Civil, en la que quedaba definida como una tragedia colectiva en la que, según Rafael G., “los unos y los otros hicieron barbaridades”.¹²⁸

Sin negar el relevante papel de las elites políticas en la conducción del proceso de la Transición Española, es necesario subrayar que, al morir Franco, la sociedad había marcado el camino por donde debería transitar el paso de un régimen a otro. En 1975, la mayor parte de la ciudadanía deseaba el mantenimiento de la paz y el orden, pero

¹²⁶ LÓPEZ PINTOR, Rafael. *La opinión de los españoles...* Op. Cit., p. 53; sobre el “cinismo cívico”: REIG CRUAÑES, José. *Identificación...* Op. Cit., pp. 100 y ss.; los ejemplos en AHDG, Armario A, Caja 3, “Estudio del Trabajo Pastoral Arziprestazgo de Gabia la Grande”, 15-11-1971; AGA, Gobernación, Caja 32/1144. Memoria del Gobierno Civil de Granada, 1974.

¹²⁷ Sobre la transmisión familiar y las diferencias generacionales: MONTERO, José Ramón y TORCAL, Mariano. “La cultura política...” Op. Cit., p. 42; y las reflexiones de GONZÁLEZ, Magdalena. “Apuntes para un método...” Op. Cit., y DOMÍNGUEZ ALMANSA, Andrés, SOMOZA CAYADO, Antonio y FERNÁNDEZ PRIETO, Lourenzo. “¿Qué le pasó a papá? El poder de la memoria”, en *XVI International Oral History Association Conference. “Between Past and Future: Oral History, Memory and Meaning”*, Praga, 2010. El ejemplo en Entrevista a Concepción, Granada, 10-8-2011; y las cifras en: CAZORLA PÉREZ, José. *La Universidad de Granada a comienzos...* Op. Cit.

¹²⁸ Acerca de la concepción de la Guerra Civil como tragedia colectiva véase también: ORTIZ HERAS, Manuel. “Memoria social de la Guerra Civil: la memoria de los vencidos, la memoria de la frustración”, *Historia Actual Online*, 10, 2006, pp. 181-182; CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. *Fear and Progress...* Op. Cit., p. 174; MORÁN, Mari Luz. “La cultura política...”, Op., Cit., p 108; y Entrevista a Rafael G., Gramada, 16-2-2011.

también valoraban la justicia social, la libertad de expresión o la democracia. La crítica al sistema no estaba reñida con la aprobación de ciertas políticas y discursos del régimen. Además, todavía eran muchos los que disculpaban a Franco de la corrupción del sistema o de los desequilibrios del crecimiento económico: “había enchufes y chabolas, sí, pero solo porque él no se enteraba, porque estaba rodeado de gentes que le ocultaban la realidad para aprovecharse”.¹²⁹ El error del franquismo fue creer que la desmovilización, la satisfacción con el crecimiento económico o la estimación de la figura de Franco entre una parte importante de la población se traducirían en una defensa del régimen una vez desaparecido su fundador. Porque esa mayoría “ausente”, reacia a participar en política y amante de la estabilidad y la paz había decidido que la salida “natural” de la dictadura pasaba por una democracia “sin traumas” y porque eran muchos los que se habían convencido de que el orden no era incompatible con las libertades y de que el represivo franquismo de los setenta era más que nunca un obstáculo para la paz.¹³⁰ La percepción de la mayoría en aquellos momentos –con independencia de sus simpatías o no hacia el régimen– era que el franquismo sin Franco no sobreviviría, lo que a su vez provocaba que la movilización por derribar la dictadura pareciera innecesaria. “Eso estaba claro –afirma Rafael P.– muerto Franco no habría franquismo”. “Se sabía que continuar era imposible. Lo sabía hasta Franco. Todo el mundo era consciente”, recuerda Jacinto.

Todos parecían dar por seguro la llegada de un sistema más o menos democrático, equiparable al de otros países de su entorno, pero sin sobresaltos. De ahí, que fueran mayoría los que preferían como sistema político la democracia cristiana o la socialdemocracia, respecto al comunismo, que la incertidumbre resultara el sentimiento predominante entre la población a la muerte de Franco, o que se valorase muy positivamente la manera de hacer la transición.¹³¹ “Cogimos miedo de saber ¿y ahora esto como va a acabar? Como no estábamos metidos en política, pues más miedo nos daba” reconoce Concepción. Rafael G. recuerda que “había un cierto temor porque no sabías que podría venir después ¿y si volvíamos otra vez a las luchas? Y

¹²⁹ FUNDACIÓN FOESSA. *Estudios sociológicos...* Op. Cit., pp. 1185 y ss.; LÓPEZ PINA, Antonio y LÓPEZ ARANGUREN, Eduardo. *La cultura política...* Op. Cit., pp. 142-143; el entrecomillado pertenece al testimonio personal de José Álvarez Junco en *El País*, 29-7-2012.

¹³⁰ MAINER, José Carlos y JULIÁ, Santos. *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*. Madrid, Alianza, 2000, p. 41; y SAZ CAMPOS, Ismael. “Y la sociedad marcó el camino...” Op. Cit., p. 40; y REIG CRUAÑES, José. *Identificación...* Op. Cit., pp. 219-220.

¹³¹ Entrevistas a Rafael G., Granada, 16-2-2011 y Jacinto, Granada, 15-6-2011; el rechazo al comunismo puede verse entre los estudiantes granadinos: CAZORLA PÉREZ, José. *La Universidad de Granada...* Op. Cit.

afortunadamente hubo una transición relajada”. Una percepción compartida por Rafael P., quien dice que sintieron “mucho miedo. Miedo de qué iba a pasar. Pero lo enterraron (a Franco) y se acabó”; y por Cecilia, quien afirma que “muchacha gente tenía miedo. Pero la transición se hizo bien. Porque se dijo ‘vamos a olvidar todo y lo pasado, pasado está’. Y tuvieron que perdonarse”.¹³² Aunque no fueran conscientes de ello, era la cultura política de los españoles corrientes la principal responsable del fracaso de las opciones continuistas y de elegir los actores, ritmos y objetivos no rupturistas de la Transición.

8. Conclusiones

“Me hinché de llorar”, confiesa Cecilia al ser preguntada por su reacción ante la muerte de Franco, y aclara: “porque mi vida entera se había desarrollado en el franquismo”. Era la misma persona que minutos antes afirmaba: “Estábamos los españoles muy cansados de tantos años de franquismo y no estábamos dispuestos a que todo siguiera igual con Arias”. Ella formaba parte de un sector de la población para el que el franquismo se había convertido en una “forma de vida”, en la medida en que no contemplaban alternativas a las pautas de comportamiento y actuación marcadas por el régimen. Reacción diferente fue la de Alfonso: “La sensación fue de descanso. Tú te pegas una *jartá* de andar y llegas a tu casa de noche. Y lo primero que hacer es quitarte los zapatos [...] Pues eso, yo he descansado muchísimo. Yo creo que la gente estaba deseando que el régimen se fuera al paraíso”. Cecilia, recordémoslo, había sufrido la expropiación de sus tierras por parte del bando republicano y Alfonso había visto cómo su padre era depurado por el régimen por “rojo”. Pero, a mediados de los cincuenta ya no formaban parte de los vencedores o de los vencidos, sino que pertenecían las “zonas grises” marcadas por la posguerra y desinteresadas por las cuestiones políticas. Pese a las diferencias, cuando el dictador agonizaba, los dos estaban convencidos de que con él moría el franquismo, de que deseaban una transición pacífica y de que bajo ningún motivo habría de repetirse una guerra entre los españoles.¹³³

¹³² Entrevistas a Rafael G., Granada, 16-2-2011, Concepción, Granada, 10-8-2011, a Rafael P., Cájara, 12-7-2011; y Cecilia, Granada, 8-3-2011.

¹³³ Entrevistas a Cecilia; Granada, 25-2-2011 y 8-3-2011 y a Alfonso, Granada, 10-3-2011 y 17-3-2011; LÓPEZ PINA, Antonio y ARANGUREN, Eduardo. *La cultura política... Op. Cit.*, p. 207.

En 1975 el franquismo había agotado todas sus “legitimidades”. Los elementos que conformaban la “legitimidad de origen”, el recuerdo de la Guerra Civil y la imagen negativa de la II República, ya no resultaban convincentes para una sociedad en la que dos tercios de españoles no habían vivido la contienda y donde la retórica bélica del régimen sonaba vacía. La “legitimidad de ejercicio” se mostró igualmente insuficiente, porque, aunque los ciudadanos valoraban el crecimiento y bienestar alcanzados, fueron cada vez más conscientes de su desigual impacto y de que la mejora de las condiciones de vida y el acceso a la sociedad de consumo no eran incompatibles con un tipo de régimen más participativo y flexible. La “legitimidad carismática” proporcionada por la figura de Franco se apagó con su muerte, pero, llegado ese momento, los dirigentes franquistas había mostrado ya su incapacidad para proveer soluciones políticas a las demandas de una población para quien las medidas adoptadas no eran símbolo de aperturismo y democratización, sino de “más de lo mismo”. Finalmente, el régimen perdió la “legitimidad de la paz”, la que le otorgaba el mantenimiento del orden público y la ausencia de conflictos relevantes. La escalada de la contestación social en todos los ámbitos y la extensión de una “cultura de la protesta” entre algunos sectores ejercieron una presión “desde abajo” que si bien no impidió que Franco muriera en la cama, provocó la muerte del franquismo en la calle. España no se convirtió en una democracia de un día para otro. A finales de 1975 los españoles no sabían muy bien el tipo de régimen que querían, cuál sería la reacción de los militares, si serían o no legalizados los comunistas o que les depararía el futuro del país. Sabían que no querían más franquismo, pero también conservar muchas de lo obtenido bajo el mandato de Franco.

CONCLUSIONS

Franco's dictatorship was not alien to Spaniards' lives. For over forty years, the regime had time "to permeate in the bones and the blood" of the citizens. Franco's regime invaded the streets and the squares, demolished the household walls for enveloped the private sphere, conditioned attitudes and behaviours, established concrete norms in everyday life and marked several generations in such a way that the regime became accepted as natural and inevitable.

But the dictatorship was not something absolutely imposed 'from above' over a passive society and lacking of resources to avoid it. Of course, the coup d'état perpetrated in 1936 was essential to overthrow the II Republic and to put an end to a lasting democratic experience. But Franco's regime was born because this attack against the democracy was supported by significant sectors of the Spanish society and endured because many ordinary citizens collaborated directly or indirectly in its maintenance. Therefore, to understand the long life of the regimen, my Doctoral Thesis focuses on what occurred 'from below', in the towns and the villages, in the provinces like Granada, where the daily Francoism was built and continually transformed and where the ordinary Spaniards interacted with the State.

During this investigation the importance of the Spanish Civil War in the configuration of the Franco's regime has become evident. On one hand, the conflict inspired the discourses and practices of dictatorship. Francoism never gave up the theory of an inevitable and necessary war and did everything possible to make the Spanish people believe that the nation's foundations were built over the mud of the trenches. On the other hand, the war left a deep mark in the lives and political cultures of the ordinary citizens. Both for those who wielded the weapons in the battlefield and those who remained in the rearguard, the war meant a violent disturbance in their daily lives and marked them forever. Aware of the war experience role in their Spanish minds, the regime do not hesitate in using it to strengthen its legitimacy and to transmit to the Spaniards that the preservation of the peace depended on the continuity of Franco.

Firstly, one of the main elements of the dictatorship's strength was the construction of a "culture of the Victory" based on the division between vanquished and victors. The repression of its enemies played an important role throughout the Franco's

regime. From the violence of the summer in 1936 to the last baton charges at the University, the dictatorship employed all kinds of mechanisms to intimidate, coerce, and dissuade deviant behaviours and mould the conducts of many citizens. The collaboration provided by the regime grassroots and by many ordinary Spaniards, who betrayed their neighbours, approved the punishment over their enemies and hindered the disappearance of this society of victors and vanquished was an essential part of this ethic. And the fact is that Franco's regime fulfilled the aspirations of those who had won the war. Dictatorship was able to satisfy those who had given their life for the triumph of the rebels and provided them with houses, allowances, political charges and, above all, with immunity to the repression and hunger that affected to the defeated.

Secondly, the regime also offered a coherent discourse, which always revolved around two basic ideas: the Spanish nationalism and the religion. Since its origins the Civil War was transformed in an incredible 'experience of nationalization'. The symbols, the discourses, the enemy representations and the war conception as a struggle for the Spanish independence showed sooner that the conflict was the ideal opportunity to convey to the citizens the regime's national model. The Francoist nation was not uniform, but, inside the dictatorship, coexisted two projects of nation –the falangist and the national-catholic – that engaged over forty years a ongoing battle for domination. Nevertheless, the flexibility adopted by the regime and the tolerance for certain internal struggles, prevented that such clashes were perceived by society. A society that watched how the main subjects – the conception of a unique and indivisible Spain, the primacy of the catholic religion and the aversion for the II Republic and the democratic practices– were shared by all the elements of the regime

Third, in order to understand how it was possible for the regime to achieve such an extended existence, I have paid attention to the role of the "grey zones" during all the dictatorship. Although these were not very extensive at the beginning of the post-war, and despite the fact that Franco's regime insisted in maintaining a Spain of victors and vanquished, the fact was, as we have seen, much more complex. Over the years, the "grey zones" widened and soon gathered the majority of the Spaniards who did not integrate into the regime, but were not victims of its repression. They were the ordinary Spaniards, common women and men that, when war ended, they just wanted to avoid repeating the armed conflict and to turn their attention and their effort in the performance of their jobs and in their family lives. They were people who, in the fifties, were adapted to Franco's regime, to a life devoid of freedom, but also of surprises,

marked by the rigid control of the Church, but in which they did not have to be worried about the ‘chaotic’ world of the politics. Spaniards who, when the sixties arrived, began to equip their homes with televisions and refrigerators and to improve their living conditions, but seeing how Franco’s life faded away at the same time that social conflict intensified, they were increasingly aware that something that was part of their lives was coming to an end.

Fourth, Franco’s regime was maintained for many years thanks to its ability to adapt itself to the circumstances. In effect, the dictatorship did not remain anchored in 1936 –as much as it seemed in some of its discourses– but it was a dynamic regime which evolved and changed with the years, without losing its defining features. On one side, the regime was flexible with its grassroots as it proved, for example, during the fifties, when it tolerated deviations into the catholic or falangist sectors who showed some ‘heterodoxy’ against the official line set by the ‘Caudillo’. The dictatorship was always aware of this degree of mobility permitted to its social supporters, given that the loyalty to Franco and to the ‘origin legitimacy’ was assured. On the other side, the regime was also flexible in the discourses and the practices offered to Spanish people. Over time, regime selected the most useful elements of its main components to present an appropriate discourse to the ordinary citizens. By resorting to the ‘practice legitimacy’, showing more tolerance to the expression of opinions and features a quiet and depoliticized social reality, the regime achieved that during many years, many citizens did not desire the democratic freedom that existed in other countries. It was precisely in the last years of Franco’s life, when the dictatorship failed to show such a degree of flexibility and reacted repressively against the growing social response, making impossible any attempt of continuing.

Fifth, as I have argued throughout this study, Franco’s regime consolidated at the local level. While it is true that the coup was perpetrated by insurgent soldiers and that in the corridors of power the important decisions were taken, it was in the Spanish towns and cities where the foundations of the Francoist buildings were laid. It was in the provincial and local sphere where people felt the power of the civil governors, majors, Supplies and National Wealth Service delegates, the ‘Fiscalía de Tasas’, the propagandists, the ‘old shirts’ (*camisas viejas*) of Falange, the influential families in the villages and the priests responsible for ensuring morality of customs. Ordinary citizens were not afraid of the attorney general, of the Cardinal Primate of Spain or the General Secretary of the Movement, but of the civil guards of their towns, of the landowner on

which their jobs depends or of the priest responsible for issuing about his parishioners behaviour. But not all came down to a question of power imposed “from above”, but it was also in the local sphere where Spaniards related to the regime institutions, joining them, pushing for change aspects with which they was disagree and negotiating permanently until seeing their claims satisfied or their freedoms increased.

To analyze the established dialogue between State and society during the Franco’s regime it is essential to explain both the permanence of the dictatorship and the inability for continuing beyond the death of its founder. And it is here where it is again necessary to remember the dynamic and changing character of the social attitudes. As I have highlighted in this doctoral thesis, people’s attitudes did not remain static during Franco’s era. Moreover, it appeared frequently mixed in the same individual, even being contradictory. Among the losers of the war and their families, for example, there were those who, over the time, ended up settling to the regime and seeing they did not live so badly under the Franco’s regime. And there were also many citizens who condemned the repression at the same time they approved the regime economic politics and the diplomacy action against the foreign powers. The same flexibility adopted by the dictatorship in its discourses and politics affected to popular attitudes.

For many years, the great success of the dictatorship was to get Spanish people to feel aversion for politics and assume the regime did not associate with them. Civil War and post-war became the best allies in creating an appropriate atmosphere to make citizens lose their interest in politics. The importance of avoiding the hunger and the repression and the desires of retaking the normal rhythm of everyday life were indispensable in this task. The regime realized quickly about the depoliticization benefits, so in the next years guided its discourses in this sense and used other elements –as the economic growth, the security, the social peace and the public order– which contributed to get the politics out of the citizen’s minds. Nevertheless, these depoliticized, passive and indifferent attitudes so beneficial to the regime were finally fatal to its continuity. In the final years of the dictatorship, the authorities not only noticed that social conflict had increased to levels of concern, but that this Spaniards belonging to the ‘grey zone’, who was not part of the neighbours associations or throw leaflets at the universities, were not willing to mobilize to avoid the dictatorship collapse.

Franco’s regime was an enormously repressive dictatorship, which controlled Spanish lives during four decades. The violence, the fear and the silence were some of

the most iconic features. However, Franco's regime was not the product of an experiment made by a minority of fanatics. In its birth and its consolidation – but also in his downfall – many social supporters participated, seeing how the regime defended a Spain in keeping with their beliefs and convictions, benefiting from a regime which rewarded those who backed it and realizing about the absence of political freedoms and democratic practices was not an impediment to develop their daily lives. But we cannot forget the role of the majority of the citizens belonging to the 'grey zones' which constituted the key for the strength of the francoist building for many years. Spanish people adapted themselves to what they chanced to live with, were indifferent and apathetic towards certain politics of the government or towards the increase of the popular unrest, were aware that it was better to focus on improving their living conditions and, in the last year of the regime, despite having contrary opinions to the situation, they never decided to go over the opposition lines. It were people from Granada and Spain who got used to the ordinary francoism; to the daily coexistence with a regime consistent with its ideas, but changing in its discourses and practices; relentless with the opposition, but flexible with its grassroots; a dictatorship that, when it died shortly after its founder, was part of Spanish lives, now responsible for setting the course of a Spain without Franco.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. Archivos consultados:

- Archivo de Acción Católica Española
- Archivo General de la Administración
- Archivo Histórico Diocesano de Granada
- Archivo Histórico Municipal de Granada
- Archivo Histórico Nacional
- Archivo Histórico de la Hermandad Obrera de Acción Católica
- Archivo Histórico del Partido Comunista
- Archivo Histórico Provincial de Granada
- Archivo de la Juventud Estudiantil Católica
- Archivo de la Juventud Obrera Católica
- Archivo del Ministero di Affari Esteri d'Italia
- Archivo del Ministerio de la Vivienda
- Archivo de la Real Chancillería de Granada
- Archivo Histórico de la Universidad de Granada
- Fundación Nacional Francisco Franco.
- The National Archives of United Kingdom

2. Fuentes orales:

- Dolores, Granada, 25-11-2008
- Gumersindo, Madrid, 28-12-2009.
- José, Granada, 2-3-2010
- Carmen, Granada, 28-1-2011
- Rafael G., Granada, 9-2-2011 y 16-2-2011
- Cecilia, Granada, 25-2-2011 y 8-3-2011
- Eugenia, Granada, 3-3-2011
- Alfonso, Granada, 10-3-2011 y 17-3-2011

- Daniel, Granada, 18-3-2011.
- Mari Carmen, Granada, 18-3-2011
- Paz, Granada, 31-3-2011
- Camilo, Granada, 14-6-2011 y 21-6-2011
- Jacinto, Granada, 15-6-2011
- Rafael P., Cájar (Granada), 12-7-2011.
- Magdalena, Granada, 19-7-2011
- Juan Pérez Arcas, Cúllar (Granada), 4-8-2011
- Concepción, Granada, 10-8-2011
- Mariano, Granada, 11-8-2011
- Ana, La Zubia (Granada), 3-2-2012
- Miguel, Granada, 14-2-2012
- Manolo, Granada, 3-4-2012.

3. Fuentes hemerográficas y oficiales

- ABC
- Acción Española
- Actualidad Universitaria
- Ágora
- Ámbito
- Arriba
- Boletín: Órgano de comunicación y orientación
- Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de Granada
- Boletín de la HOAC
- Boletín de la Universidad de Granada
- Boletín Oficial de la Provincia de Granada
- Boletín Oficial del Arzobispado de Granada
- Boletín Oficial del Estado
- Caracol
- Clave
- Diálogo
- Diapasón

–*Ecclesia*
–*El Defensor de Granada*
–*El País*
–*Forma*
–*Granada Gráfica*
–*Granada Semanal*
–*Hoja Oficial del Lunes*
–*Ideal*
–*La Vanguardia*
–*Norma*
–*Papeles universitarios*
–*Patria*
–*Poesía 70*
–*Reja*
–*Revista Sindical de Estadística* (Madrid)
–*Santa Rita y el Pueblo Cristiano*
–*Trabajo*
–*Tragaluz*
–*Triunfo*

4. Publicaciones de época:

ARRARÁS, Joaquín. *Historia de la Cruzada Española*. Madrid, Ediciones Españolas, 1944.

ARTECHE, José. *El abrazo de los muertos. Diario de la guerra civil, 1936-1939*. Zarauz, Icharopena, 1970.

BAHAMONDE Y SÁNCHEZ DE CASTRO, Antonio. *1 año con Queipo. Memorias de un nacionalista*. Barcelona, Ediciones Españolas, 1938

BANCO BILBAO. *Renta nacional de España y su distribución provincial*. Madrid, 1973

–*Renta nacional de España y su distribución provincial: serie homogénea: años 1955 a 1993*. Bilbao, Fundación BBV, 1999

- BANCO DE GRANADA. *Nuevas posibilidades del campo granadino: planificación del sector agrario en la provincia*. Granada, 1970.
- BARDAVIO, Joaquín. *La estructura del poder en España*, Madrid, Ibérico Europa de Ediciones, 1969.
- BRENAN, Gerard. *The face of Spain*. Nueva York, Penguin, 1965 [1950], pp. 121-122
- CAJA GENERAL DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE GRANADA. *Memoria del ejercicio 1971*, Granada, 1972
- CALVO SERER, Rafael. *España sin problema*. Madrid, Rialp, 1952.
- CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE LA PROVINCIA DE GRANADA. *Memoria comercial, 1962-1964*. Granada, Anel, s/f.
- CÁRITAS NACIONAL, *Proyecto de Plan Social para los damnificados de las inundaciones de Granada*- Madrid, CESA, s/f.
- CASARES, Francisco. *Azaña y ellos. Cincuenta semblanzas rojas*. Granada, Librería Prieto, 1938.
–25 comentarios. Tolosa, Unión Gráfica, 1940.
- CAZORLA PÉREZ, José. “Un ensayo de estratificación social española para 1957”, *Revista Española de Opinión Pública*, 1, 1965, pp. 91-119.
–*Problemas de estratificación social en España*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.
–“Andalucía Oriental a comienzos de los 70. Algunos indicadores sociales”, *Información Comercial Española*. 507, 1975, pp. 27-36.
- CECA, *Situación actual y perspectivas de desarrollo en Andalucía Oriental*. Madrid, 1974
- CIRRE JIMÉNEZ, Cecilio. *De espejo a Madrid. Con las tropas del general Miaja*. Granada, Librería Prieto, 1937.
- CONDE DE MONTARCO. *Consideraciones a los 25 años de paz*. Madrid, Artes Gráficas Ibarra, 1964.
- COPADO, Bernabé. *Con la columna Redondo: combates, conquistas, crónicas de guerra*. Sevilla, Imprenta de la Gavidia, 1937.
- CHAVES NOGALES, Manuel. *A sangre y fuego: héroes, bestias y mártires de España*, Madrid, Espasa, 2001, [1937].
- CRUZ RUEDA, Ángel. *Por España:(Crónicas patrióticas)*. Granada, Librería Prieto, 1937.

- DE ARRESE, José Luis. *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*. Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1945.
- DE COSSÍO, Francisco. *Hacia una nueva España: de la revolución de octubre a la revolución de julio. 1934-1936*. Castilla, 1937.
- DUOCASTELLA, Rogelio et al. *Análisis sociológico del catolicismo español*. Barcelona, Nova Terra, 1967.
- “Geografía de la práctica religiosa en España” en VV AA. *Sociología española de los años setenta*. Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1971, pp. 477-543.
- EL CABALLERO AUDAZ. *Rusia... ¡Jamás! Estampas de la Pasión de España*, Madrid, Imprenta Sáez, 1946
- FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo. *La Falange ante el momento político actual*. Murcia, Jefatura Provincial del Movimiento, 1949.
- Intemperie, victoria y servicio*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1951.
- Continuidad falangista al servicio de España*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1953
- FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gregorio. *El crepúsculo de las ideologías*. Buenos Aires, Andina, 1970 [1965].
- FOESSA. *Informe sociológico sobre la situación social de España*. Madrid, Euroamérica, 1966.
- Estudios sociológicos sobre la situación social en España*. Madrid, Euramérica, 1975
- Síntesis actualizada del III Informe Foessa*. Madrid, Euroamérica, 1978.
- FONTANA TARRATS, José María. *Política granadina*. Granada, Imprenta Hermanos Paulino Ventura Traveset, 1945.
- GALLEGO BURÍN, Antonio. *Seis discursos y una conferencia*. Granada, Talleres Tipográficos A. Márquez, 1938.
- La reforma de Granada*. Granada, Imprenta Francisco Roldán Camacho, 1943.
- GOLLONET MEGÍAS, Ángel y MORALES LÓPEZ, José. *Sangre y fuego. Málaga*. Granada, Librería Prieto, 1937.
- Rojo y azul en Granada*. Granada, Librería Prieto, 1938.
- GOMÁ, Isidro. *La Cuaresma en España. Carta pastoral sobre el sentido cristiano-español de la guerra*. Pamplona, Gráficas Bescansa, 1937.

- GONZÁLEZ BARBERÁN, Vicente. *El polo de desarrollo de Granada a los tres años de su declaración*. Granada, Consejo Económico Sindical Provincial, 1972.
- HOARE, Samuel. *Ambassador in special mission*. London, Collins, 1946.
- INE. *Reseña estadística de la provincia de Granada*. Madrid, Presidencia del Gobierno, 1956.
– *Reseña Estadística de la provincia de Granada*, Madrid, 1965.
- JEFATURA PROVINCIAL DEL MOVIMIENTO. *Veinte años de paz en el Movimiento Nacional bajo el mando de Franco. Provincia de Granada*. Granada, 1959.
- JUANES, José. *Por qué fuimos a la guerra (para que todo el mundo se entere)*. Ávila, Imprenta Católica y Sigirano Díaz, 1937.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro. *España como problema*. Madrid, Aguilar, 1956 [1949].
- MATTHEWS, Herbert. *The yoke and the arrows*. Nueva York, George Braziller Inc., 1957.
- MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel. *Cambio social y modernización política. Anuario político español, 1969*. Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1970.
– “Representación, elecciones, referéndum” en FRAGA, Manuel, VELARDE, Juan y DEL CAMPO, Salustiano (dirs.). *La España de los años 70*, Madrid, Moneda y Crédito, 1972, pp. 1371-1439.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Santander, Sociedad de Menéndez Pelayo, 1978 [1888], Vol. 2.
- MINISTERIO DE TRABAJO. *Informe sobre conflictos colectivos de trabajo en 1970*. Madrid, 1971
- MONFERRELL MORENO, Francisco. *Los monstruos y adláteres de la tragedia motrileña*. Madrid, Tipografía Comercial, 1938
- MURILLO FERROL, Francisco. *Las clases medias españolas*. Granada, Escuela Social de Granada, 1959.
- MURILLO FERROL, Francisco y JIMÉNEZ BLANCO, José. *La conciencia de grupo de los escolares de la Universidad de Valencia*. Madrid, CSIC, 1958.
- NICHOLSON, Helen. *Death in the morning*, Lovat Dickson Limited, Londres, 1937.
- OLMEDO, Antonio. *La flecha en el blanco. Diario de Guerra*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937.
- ORTIZ DE VILLAJOS, Cándido. *Crónica de Granada en 1937*, Granada, Imprenta Urania, 1938

- REGUERA SEVILLA, Joaquín. *Formación política de la Falange y labor proselitista*. Madrid, Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, 1949.
- REMARCHE, Eric María. *Sin novedad en el frente*. [1929].
- SEMINARIO DE DERECHO PÚBLICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA. “La conciencia de grupo en la Universidad”, *Revista Internacional de Sociología*, 39, 1952.
- SORIA MARCO, Bonifacio. *Cruzada nacionalista. Memorias de guerra de un vanguardista de “Españoles patriotas” en el frente de Granada*. Granada, Urania, 1937.
- TOMÉ, Amancio. *Pequeña historia de su vida profesional. Un ensayo de relato biográfico*. Madrid, Artes Gráficas, 1960.
- TORREGROSA, José R. *La juventud española. Conciencia general y política*. Barcelona, Ariel, 1972.
- TORRENT, Martín. *¿Qué me dice usted de los presos?* Alcalá de Henares, Talleres Penitenciarios, 1942.
- VV. AA. *Veinte escritores españoles hablan de 25 años de Paz*. Madrid, Servicio Informativo Español, 1964.
- Franco, Caudillo y Salvador de España. Concurso patriótico*. Granada, Prisión Provincial de Granada.
- Documents of German Foreign Policy, 1918-1945*, Serie D, Vol. 9, 1956 Londres, His Majesty’s Stationery Office, 1966
- Crónica General del IV Congreso Eucarístico Nacional*. Granada, Imprenta Francisco Román Camacho, 1957.

5. Bibliografía

- ABAD, Carlos y NAREDO José Manuel. “Sobre la «modernización» de la agricultura española (1940-1995): de la agricultura tradicional a la capitalización agraria y la dependencia asistencial” en GÓMEZ BENITO, Cristóbal y Juan Jesús GONZÁLEZ RODRÍGUEZ (eds.). *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*. Madrid, CIS-MAPA, 1997, pp. 249-316.
- ABAD, Irene. “Las dimensiones de la ‘represión sexuada’ durante la dictadura franquista”, *Jerónimo Zurita*, 84, 2009, pp. 65-96.

- ABELLA, Rafael. *La vida cotidiana bajo el régimen de Franco*. Barcelona, Argos Vergara, 1985.
- La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España nacional*, Barcelona, Planeta, 2004.
- Por el Imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra*. Barcelona, Planeta, 1978.
- ABSE, Tobias. “Italian Fascism: Political Religion, Political Ritual or Political Spectacle? Emilio Gentile and his Critics”, *South European Society and Politics*, 3:2, 1998, pp. 142-150.
- ACOSTA BONO, Gonzalo et al. *El canal de los presos (1940-1962). Trabajos forzados: de la represión política a la explotación económica*, Barcelona, Crítica, 2004.
- ADRIÁ, Joan. "Los factores de producción de consentimiento político en el primer franquismo: consideraciones apoyadas en el testimonio de algunos lirianos corrientes", en SAZ, Ismael y GÓMEZ RODA, J. Alberto (eds.). *El franquismo en Valencia: Formas de Vida y actitudes cotidianas en la posguerra*. Valencia, Epísteme, 1999, pp. 117-158.
- AGUILAR, Carlos y HASS, Anita. *Eugenio Martín, un autor para todos los géneros*. Madrid, Séptimo Vicio, 2008.
- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma. “La memoria de la Guerra Civil y el ‘Contubernio’ de Munich”, *II Encuentro de Investigadores del franquismo*. Alicante, 1995, pp. 7-14.
- Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza, 1996,
- “Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del *pacto de silencio*”, en ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 245-293.
- Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid, Alianza, 2008.
- ALARCÓN CABALLERO, José Antonio. *El movimiento obrero en Granada durante la II República, 1931-1936*, Granada, Diputación Provincial, 1990.
- ALCALDE FERNÁNDEZ, Ángel. “Experiencias de guerra y fascismos. Los excombatientes de Europa y España (1914-1945): una introducción comparativa”, en FRÍAS, Carmen, LEDESMA, José Luis y RODRIGO, Javier

- (eds.). *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales. Actas del VII Congreso de Historia Local de Aragón*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011., pp. 365-376.
- “Excombatientes en los poderes locales del primer franquismo (Zaragoza, 1939-1945). Experiencia de guerra e interpretación del apoyo social a la dictadura”, *Actas del X Congreso de la AHC*, Santander, Universidad de Cantabria, 2011, cd-rom.
- ALFONSÍ, Adela. “La recatolización de los obreros en Málaga, 1937-1966. El Nacional-Catolicismo de los obispos Santos Olivera y Herrera Oria”, *Historia Social*, 35, 1999, pp. 119-134.
- ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Alfonso. *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*. Madrid, Debate, 1994.
- ALPERT, Michael. *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*. Madrid, Siglo XXI, 1982.
- ÁLVAREZ COBELAS, José. *Envenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*. Madrid, Siglo XXI, 2004.
- ÁLVAREZ GÓMEZ, María Concepción. “La derecha ourensana ante las elecciones del Frente Popular”, *Actas del Congreso Internacional La España del Frente Popular. Política, sociedad, cultura y conflicto*, Getafe, Universidad Carlos III, 2011, pp. 72-83, cd-rom.
- ÁLVAREZ JUNCO, José. “Mitos de la nación en Guerra” en VV. AA. *Historia de España Menéndez Pidal*, Vol. XL, 2004, PP. 637-682.
- ÁLVAREZ ROLDÁN, Arturo, MARTÍNEZ CASANOVA, Noelia y MARTÍNEZ ROSSI, Sandra. *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural de Puebla de don Fadrique*. Granada, Ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique, 2008.
- ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y VILLA GARCÍA, Roberto. *El precio de la exclusión. La política durante la II República*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2010.
- “Political Violence in the Spanish Road to Democracy, 1931/1936” en *42nd Annual Conference of the Association for Spanish and Portuguese Historical Studies*, Lisboa, junio de 2011.
- ÁLVARO DUEÑAS, Manuel. “Los militares y la represión política de la posguerra: la jurisdicción especial de responsabilidades políticas hasta la reforma de 1942”, *Revista de Estudios Políticos*, 69, 1990, pp. 144-162.

- Control político y represión económica”, en NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta (coord.). *La gran represión. Los años de plomo de la posguerra (1939-1948)*, Madrid, Flor del Viento, 2009.pp. 251-262.
- ALY, Götz: *Hitler’s Beneficiaries. How the Nazis Bought the German People*, London, Verso, 2007.
- AMAYA QUER, Álex. “La figura de Franco en el discurso de la Organización Sindical Española durante los años del *desarrollismo* a través del *Diario Pueblo* (1957-1969)”, *Hispania*, 2008, vol. LXVIII, pp. 503-532.
- “El acelerón sindicalista y sus contradicciones internas: imagen y realidad de la propaganda de la OSE, 1957-1969”, *Ayer*, 76, 2009, pp. 269-290.
- El ‘acelerón sindicalista’: discurso social, imagen y realidad del aparato de propaganda de la Organización Sindical Española, 1957-1969*. Tesis doctoral inédita, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2010
- AMPUDIA DE HARO, Fernando. “Distinción social y franquismo: la dicotomía ‘vencedor/vencido’”, en NAVAJAS ZUBELDÍA, Carlos e ITURRIAGA BARCO, Diego. *Novísima. Actas Del II Congreso de Historia de Nuestro Tiempo*. Logroño, Universidad de la Rioja, 2010, pp. 285-294.
- “La cultura de guerra franquista como pauta de regulación conductual”, *Amnis*, 10, 2011.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1983].
- ANDERSON, Peter. “In the interests of justice? Grass-roots Prosecution and Collaboration in Francoist Military Trials, 1939-1945”, *Contemporary European History*, 18:1, 2009, pp. 25-44.
- “Singling Out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression Spain, 1939-1945”, *European History Quarterly*, 39 (1), 2009, pp. 7-26.
- The Francoist Military Trials. Terror and Complicity, 1939-1945*, Londres, Routledge y Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, 2010.
- “In the name of the martyrs. Memory and retribution in Francoist Southern Spain, 1936-1945”, *Cultural and social History*, 8:3, 2011, pp. 355-370.
- ANDRÉS GALLEGO, Jesús PAZOS, Antón M. y DE LLERA, Luis. *Los españoles entre la religión y la política. El franquismo y la democracia*. Madrid, Aedos, 1996.

- La Iglesia en la España contemporánea/2 (1939-1999)*. Madrid, Encuentro, 1999.
- ANTÓN PELAYO, Javier. “El control policial de la frontera noreste durante el franquismo” en TUSELL, Javier et al. (eds.). *El régimen de Franco (1936-1975): política y relaciones exteriores*. Madrid, UNED, 1993.
- AQUARONE, Alberto. “Violenza e consenso nel fascismo italiano”, *Storia Contemporanea*, 1, 1979, pp. 145-155.
- ARCAS CUBERO, Fernando. (dir.). *Yo estaba allí. Una historia oral de la Guerra Civil y el franquismo en Málaga*. Málaga, Sarriá, 2011.
- ARÓSTEGUI, Antonio. *La vanguardia cultural, 1950-1960*. Granada, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Granada, 1996.
- Panorama actual de la pintura granadina*. Ceuta, Instituto Nacional de Enseñanza Media, 1962.
- ARÓSTEGUI, Julio. *Por qué el 18 de julio... Y después*. Barcelona, Flor del Viento, 2006.
- “Traumas colectivos y memorias generacionales”, en Id., y GODICHEAU, François (eds.). *Guerra Civil. Mito y memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 57-94.
- ARÓSTEGUI, Julio, GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y SOUTO, Sandra. “La violencia política en la España del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 22, 2000, pp. 71-81.
- ARCHILÉS, Ferrán. “Vivir la comunidad imaginada. Nacionalismo español e identidades en la España de la Restauración”, *Historia de la Educación: Revista Universitaria*, 27, 2008, pp. 57-85.
- AUDOIN-ROUZEAU, Stephanie y BECKER, Anette. *14-18: Understanding the Great War*. Nueva York, Hill and Wang, 2002.
- AZUAGA, José María *La guerrilla antifranquista en Granada y Málaga (1948-1952)*. Málaga, Universidad de Málaga, 2005.
- “El PCE granadino, 1940-1952”, *II Congreso de Historia del PCE*, Madrid, FIM, 2007.
- BABIANO MORA, José. *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*. Madrid, Siglo XXI, 1995.

- BABIANO, MORA José y FERNÁNDEZ ASPERILLA, Ana. *La patria en la maleta. Historia social de la emigración española a Europa*. Madrid, Centro de Documentación de las Migraciones y Fundación 1º de Mayo, 2009.
- BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, José María. “El ruido de las nueces: La Juventud de Acción Popular y la movilización *cívica* católica durante la Segunda República”, *Ayer*, 59, 2005, pp. 123-145.
- BHABHA, Homi K. *Nation and narration*. Londres, Routledge, 1990.
- BAKER, Keith Michael. “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la revolución francesa”, *Ayer*, 62, 2006, pp. 89-110.
- BALCELLS, Laia. “Rivarly and revenge. Killing civilian in the Spanish Civil War”, Working paper nº 233, Fundación JuanMarch, 2007.
- BALDASSINI, Cristina. *L'ombra di Mussolini. L'Italia moderata e la memoria del fascismo (1945-1960)*. Perugia, Rubbertino, 2008.
- BALFOUR, Sebastian. *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*. Valencia, Alfons el Magnanim, 1994.
- Abrazo mortal: de la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Península, 2002.
- BALLBE, Manuel. *Orden Público y Militarismo la España constitucional (1812-1983)*. Madrid, Alianza, 1983.
- BARCIELA, Carlos. “La modernización de la agricultura y la política agraria”. *Papeles de Economía Española*, 73, 1997, pp. 112-133.
- “Franquismo y corrupción económica”, *Historia Social*, 30, 1998, pp. 83-96.
- BARCIELA, Carlos. “Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil”, en en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÀ, Carles (comps.). *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987, pp. 258-279
- BARCIELA, Carlos et al. *La España de Franco (1939-1975)*. *Economía*. Madrid, Síntesis, 2001.
- BARTOV, Omer. *Mirrors of destruction. War, genocide and modern identity*. Nueva York, Oxford University Press, 2000.
- BARRANQUEIRO TEXEIRA, Encarnación. “Mujeres malagueñas en la represión franquista a través de las fuentes escritas y orales”, *Historia Actual Online*, 12, pp. 85-94.

- BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel. “Mofa e iconoclastia durante la Guerra Civil en la diócesis de Granada”, *Fundamentos de Antropología*, 11-12, 2001, pp. 275-284.
- El Albaicín: paraíso cerrado, conflicto urbano*. Granada, Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet, 2002.
- Iconoclastia (1930-1936). La ciudad de Dios frente a la modernidad*. Granada, Universidad de Granada, 2007.
- BARRUSO, Pedro. “De los tribunales populares a las comisiones depuradoras. Violencia y represión en Guipúzcoa durante la Guerra Civil y el primer franquismo (1936-1945)”, *Pasado y Memoria*, 4, 2005, pp. 49-64.
- BEN-AMI, Sholomo. *Fascism from above: The dictatorship of Primo de Rivera in Spain, 1923-1930*. Oxford, Clarendon Press, 1983.
- BERNANOS, George. *Los grandes cementerios bajo la luna*. Madrid, Alianza, 1986.
- BERNECKER, Walter L. y BRINKMANN, Sören. *Memorias divididas. Guerra Civil y franquismo en la sociedad y política españolas*. Madrid, Abada Editores, 2009.
- BERNSTEIN, Serge. “La culture politique” en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean François (eds.). *Per une histoire culturelle*. París, Seuil, 1997, pp. 271-286.
- BERZAL DE LA ROSA, Enrique. “Católicos en la lucha antifranquista. Militancia sindical y política”, *Historia del Presente*, 10, 2007, pp. 7-24
- “¿Un movimiento obrero controlado por el clero?”, *Ayeres en discusión. Actas del IX Congreso de la AHC*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, cd-rom.
- “Sotanas, martillos y alpargatas. Las contradicciones de un movimiento obrero controlado por el clero” en ORTIZ HERAS, Manuel y GONZÁLEZ, Damián A. (coords.). *De la cruzada al desencanche: la Iglesia española entre el franquismo y la transición*. Madrid, Sílex, 2011, pp. 103-111.
- BILLIG; Michael. *Banal nationalism*. Londres, SAGE, 1995.
- BLANCO RODRÍGUEZ, Jesús Andrés. “La historiografía de la Guerra Civil española”, *Hispania Nova*, 7, 2007, <http://hispanianova.rediris./7/dossier/07d014.pdf>
- BLINKHORN, Martin. “Introduction. Allies, rivals or antagonists? Fascists and conservatives in Modern Europe”, en id. *Fascists and conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe.*, Londres, Unwin Hyman, 1990, pp. 1-14.
- “The Iberian States” en MÜLHBERGER, Detlef. (ed.). *The social basis of European Fascists movements*. Nueva York, Croom Helm, 1987, pp. 319-339.

- BOSQUE MAUREL, Joaquín. *Geografía urbana de Granada*, Granada, Universidad de Granada, 1988 [1962].
- “Crecimiento y remodelación de la ciudad de Granada, 1960-1990”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 12, 1992, pp. 191-203.
- BERNSTEIN, Serge. “La culture politique” en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean François (eds.). *Per une histoire culturelle*. París, Seuil, 1997, pp. 271-286.
- BOURDIEU, Pierre. *Cosas dichas*. Buenos Aires, Gedisa, 1988.
- BOURKE, Joanna. “Remembering war”, *Journal of Contemporary History*, 39 (4), 2004, pp. 474-485.
- Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2008 [1999].
- BOTE, Vicente. “El desarrollo del turismo en España: cambio de rumbo y oportunidades científicas”, *Revista valenciana d’estudis autonòmics*, 25, 1998, pp. 29-44.
- BOX, Zira. “Pasión y muerte de José Antonio Primo de Rivera”, *Historia del Presente*, 6, 2005, pp. 191-206.
- “El calendario festivo franquista: tensiones y equilibrios en la configuración inicial de la identidad nacional del régimen” en MORENO LUZÓN, Javier. (ed.). *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 263-288.
- España, Año Cero. La construcción simbólica del franquismo*. Madrid, Alianza, 2010.
- BRENES SÁNCHEZ, María Isabel. *La represión franquista y la oposición antifranquista en la Andalucía Oriental de posguerra. Granada (1939-1950)*. Tesis doctoral inédita, Granada, Universidad de Granada, 2004.
- BRENAN, Gerard. *Al sur de Granada*, Madrid, Siglo XXI, 1993 [1974].
- BURKE, Peter. *Formas de historia cultural*. Madrid, Alianza, 2000.
- BURRIN, Philippe. “Política i societat. Les estructures del poder a la Itàlia feixista i a l’Alemanya nazi”, *Afers*, 25, 1996, pp. 485-510.
- Francia bajo la ocupación nazi, 1940-1944*. Barcelona, Paidós, 2003.
- CABANA, Ana. “Minar la paz social Retrato de la conflictividad rural en Galicia durante el primer franquismo”, *Ayer*, 61, 2006, pp. 267-288.
- Xente de orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia*. Santiago de Compostela, TresCtres editores, 2009.

- “Passive resistance. Notes for a more complete understanding of the resistance practices of the rural population during Franco dictatorship”, *Amnis*, 9, 2010, <http://amnis.revues.org/265>.
- “De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)”, *Historia Social*, 71, 2011, p. 89-106.
- CABREJAS DE LAS HERAS, Gloria. “Transformación de la sociedad española desde 1970: Cambios y permanencias en la institución familiar”, en *La Transición a la democracia en España. Actas de las IV Jornadas de Castilla-La-Mancha sobre investigación en Archivos*, Guadalajara, 2004.
- CABRERA, Miguel Ángel. “On Language, Culture and Social Action”, *History and Theory*, 40:4, 2001, pp. 82-100.
- “La crisis de la historia social y el surgimiento de la historia postsocial”, *Ayer*, 51, 2003, pp. 201-224.
- Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid, Frónesis-Cátedra, 2004.
- CABRERA GARCÍA, María Isabel. *Tradición y vanguardia en el pensamiento artístico español (1939-1959)*. Granada, Universidad de Granada, 1998.
- CABRERO BLANCO, Claudia. *Mujeres contra el franquismo (Asturias 1937-1952): Vida cotidiana, represión y resistencia*, Oviedo, KRK, 2006.
- CAL, Rosa. “La campaña de propaganda para la instauración monárquica. La Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado”, en GARCÍA GALINDO, Juan Antonio, GUTIÉRREZ LOZANO, Juan Francisco y SÁNCHEZ ALARCÓN, Inmaculada (eds.). *La comunicación social durante el franquismo*. Málaga, Diputación Provincial, 2002. pp. 277-294.
- CALLAHAM, William J. *La Iglesia Católica en España (1875-2002)*. Barcelona, Crítica, 2002.
- “La Iglesia católica ¿continuidad o cambio?”, en TOWNSON, Nigel (ed.). *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*. Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 157-175.
- CALVO VICENTE, Cándida. “Socialización y cambio urbano: el callejero de San Sebastián durante el franquismo”, *Cuadernos de Sección, Historia y Geografía*, 21, 1993, pp. 345-356.
- “El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista”, *Spagna Contemporanea*, 7, 1995, pp. 141-158.

- CÁMARA VILLAR, Gregorio. *Nacional-Catolicismo y Escuela: La socialización política del franquismo (1936-1939)*. Madrid, Hesperia, 1984.
- CANAL, Jordi. “La violencia carlista tras el tiempo de las carlistadas: nuevas formas para un nuevo movimiento” en JULIÀ, Santos (coord.). *Violencia política en la España del siglo XX*. Madrid, Taurus, 2000, pp. 25-66.
- CANALES SERRANO, Antonio. *Las otras derechas. Derechas y poder local en el País Vasco y Cataluña en el siglo XX*, Barcelona, Marcial Pons, 2006.
- CANALI, Mauro. *Le spie del regime*. Bolonia, Il Mulino, 2004.
- CAÑABATE VECINA; José Antonio. “Aproximació a l’estudi de l’Organización Juvenil Española (OJE) a Mallorca durant els anys 70”, *Recerques*, 36, 1998, pp. 165-186.
- “Juventud y franquismo en España: El Frente de Juventudes (1940-1960)” en MIR CURCÓ, Conxita (ed.). *Jóvenes y dictaduras de entreguerras: Italia, Alemania, Japón, Portugal y España*. Barcelona, Milenio, 2007, pp. 135-196
- CAÑELLA MAS, Antonio. *Laureano López Rodó. Biografía política de un Ministro de Franco (1920-2000)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.
- CAPISTEGUI, Francisco Javier. “Spain’s Vendée: Carlist identity in Navarre as a mobilising model” en EALHAM, Chris, y RICHARDS, Michael (eds.) *The Splintering of Spain, Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 177-195.
- “Los matices de la modernización bajo el franquismo” en MATEOS, Abdón y HERRERÍN, Ángel (coords.) *La España del presente: de la dictadura a la democracia*. Madrid, Asociación de Historiadores del Presente, 2006, pp. 251-270.
- CARASA, Pedro. “El giro local”, *Alcores*, 3, 2007, pp. 13-35.
- CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos. *La invasión de las suecas*. Barcelona, Ariel, 2009.
- CARRERAS, Albert. “La industria: atraso y modernización”, en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÀ, Carles (comps.). *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987, pp. 280-312.
- CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier. (coords.). *Estadísticas históricas de España, siglos XIX y XX, Vol. 2*, Bilbao, Fundación BBVA, 2005.
- Historia económica de la España contemporánea (1789-2009)*. Barcelona, Crítica, 2010.

- CARRILLO LINARES, Alberto. “Movimiento estudiantil antifranquista: cultura política y transición política a la democracia”, *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 149-170.
- CASANOVA, Julián. “Guerra civil ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado”, *Historia Social*, 20, 1994, pp. 135-150.
- “Una dictadura de cuarenta años” en CASANOVA, Julián (coord.). *Morir, matar, sobrevivir. La violencia de la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 1-50.
- “Rebelión y revolución” en JULIÁ, Santos. *Víctimas de la Guerra Civil*. Madrid, Temas de Hoy, 2004, pp. 81-126.
- República y Guerra Civil*, Barcelona, Crítica 2007.
- CASTELLS, Luis. “La historia de la vida cotidiana”, en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia (eds.). *Sobre historia actual: entre política y cultura*. Madrid, Abada, 2005, pp. 37-62.
- CASTILLO, Vicente. *Recuerdos y vivencias*. Barcelona, 1976. Memorias inéditas.
- CASTRO CHICO, Elvira. *Aspectos sociológicos de la inmigración granadina a Barcelona*, Barcelona, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Barcelona, 1976.
- CAZORLA PÉREZ, José. *La Universidad de Granada a comienzos de los años 70: un análisis sociopolítico*, Granada, Universidad de Granada, 1977.
- CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- “Surviving Franco’s Peace: Spanish Popular Opinion during the Second World War”, *European History Quarterly*, 32, 2001, pp. 391-411
- “Sobre el primer Franquismo y la extensión de su apoyo popular”, *Historia y Política*, 8, 2002, pp. 303-319.
- “Los franquistas como víctimas de la Guerra Civil. Claves de un proyecto de memoria histórica”, en GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.). *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 36-60.
- “Patria mártir: Los españoles, la nación y la Guerra Civil en el discurso ideológico del primer franquismo”, en MORENO LUZÓN, Javier. (ed.). *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 263-288.

- “Orden, progreso y sindicalismo: como vieron las autoridades franquista el cambio socioeconómico” en TOWNSON, Nigel (ed.). *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*. Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 87-102.
- Fear and progress. Ordinary Lives in Franco’s Spain*. Oxford, Wiley-Blackwell, 2010.
- CENARRO, Ángela. *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, PUZ, 1997.
- “Muerte y subordinación en la España franquista: El Imperio de la violencia como base del ‘Nuevo Estado’”, *Historia Social*, 30, 1998, pp. 5-22.
- “Matar, vigilar, delatar: La quiebra de la sociedad civil durante la guerra y posguerra en España (1936-1948)”, *Historia Social*, 44, 2002, pp. 65-86.
- “Violence, Surveillance and Denunciation: Social Cleavage in the Spanish Civil War and Francoism, 1936-1950”, en ROODENBURG, Herman. (ed.), *Social control in Europe*, Ohio, Ohio State University, 2004, pp. 281-300.
- “La institucionalización del universo penitenciario franquista”, en MOLINERO, Carme, SALA, Margarida y SOBREQUÉS, Jaume (eds.). *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la Guerra Civil y el Franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 133-153.
- La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la postguerra*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Los niños del Auxilio Social*. Madrid, Espasa, 2009.
- CERÓN TORREBLANCA, Cristian. “Institucionalización y legitimación del Nuevo Estado. Referéndum y elecciones municipales en Málaga durante el Primer Franquismo”, *Historia Actual Online*, 12, 2007, pp. 107-118.
- CHARTIER, Roger. *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- CHILDERS, Thomas. *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1939*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1983.
- CHULIÁ, Elisa. *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras*. Madrid, Biblioteca Nueva y UNED, 2001.
- CHULIÁ, Elisa. “Cultural Diversity and the Development of a Pre-democratic Civil Society in Spain”, en TOWNSON. Nigel (ed). *Spain transformed. The Late*

Franco dictatorship, 1959-1975. Nueva York, Pallgrave Mcmillan, 2007, pp. 163-181.

COBO ROMERO, Francisco. *Conflicto rural y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén, 1917-1950*. Jaén, Universidad de Jaén, 1998.

–“El control campesino y jornalero de los Ayuntamientos en la Alta Andalucía durante la crisis de los años treinta (1931-1939)”, *Hispania*, 201, 1999, pp. 75-96.

–*De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

–*Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*, Granada, Universidad de Granada y Universidad de Córdoba, 2004.

–“Campesinado, política y urnas en los orígenes de la Guerra Civil”, en COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA, Teresa María (eds.). *La España rural. Siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*. Granada, Comares, 2011, pp. 219-255.

–“El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 135-136.

–“Opinión popular y actitudes sociales en los regímenes totalitarios y fascistas de la Europa de Entreguerras, 1919-1945. Un recorrido historiográfico”, *Alcores*, 9, 2010, pp. 217-253.

–“Los apoyos sociales a los regímenes fascistas y totalitarios de la Europa de entreguerras. Un estudio comparado”, *Historia Social*, 71, 2011, pp. 61-87.

–*¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939*. Granada, Universidad de Granada, 2012.

COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “La protesta de solo unos pocos. El débil y tardío surgimiento de la protesta laboral y la oposición democrática al régimen franquista en Andalucía Oriental, 1951-1976”, *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 113-160.

–“Hambre, desempleo y emigración: las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía Oriental”, *Hispania*, 218, 2004, pp. 1079-1112.

–“No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen y la composición de los poderes locales, Andalucía, 1936-1948”, *Historia Social*, 51, 2005, pp. 49-71.

- “Franquismo y cuestión agraria en Andalucía oriental, 1939-1968. Estancamiento económico, fracaso industrializador y emigración”, *Historia del Presente*, 3, 2004, pp. 105-126.
- Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*. Granada, Universidad, 2005, pp. 179-180.
- “Pensamiento mítico y energías movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939”. *Historia y Política: ideas, procesos y movimientos sociales*, 16, 2006, pp.131-158.
- COBO ROMERO, Francisco, DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. “The Stability and Consolidation of the Francoist Regime. The Case of Eastern Andalusia, 1936-1950”, *Contemporary European History*, 20:1, 2011, pp. 37-59.
- COLARIZI, Simmona. *L'opinione degli italiani sotto il Regime, 1929-1943*. Bari, Laterza, 1991.
- COLLANTES, Fernando. “La alimentación en la España del siglo XX: una perspectiva desde la historia económica”. *I Congreso Español de Sociología de la alimentación*. Gijón, 28-29 de mayo de 2009.
- “Alimentación y sociedad de consumo en la España del siglo XX”, Comunicación presentada al *Congreso Ciencias Sociales y alimentación*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010.
- CONFINO, Alon. *The nation as a local metaphor*. Chapter Hill, University of North Carolina Press, 1997.
- “Lo local, una esencia de toda la nación”, *Ayer*, 64, 2006, pp. 19-31.
- CONFINO, Alon y SKARIA, Ajay. “The Local Life of Nationhood”, *National identities*, 4:1, 2002, pp. 7-24.
- CONTRERAS, Jesús. “Alimentación y sociedad. Sociología del consumo alimenticio en España”, en GÓMEZ BENITO, Cristóbal y GONZÁLEZ, Juan José (eds.). *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*. Madrid, CIS, 1997, pp. 417-451.
- CORBI, Josep. “Lo real y lo imaginario en la experiencia del soldado” en SÁNCHEZ DURÁ, Nicolás (ed.). *La guerra*. Valencia, Pre-Textos, 2006, pp. 185-205.

- CORNER, Paul. "Fascismo e controllo sociale", *Italia Contemporanea*, 228, 2002, pp. 381-405.
- "Whatever happened to Dictatorship?", *The Journal of Modern History*, 74:2, 2002, pp. 325-351.
- "Fascist Italy in the 1930s: Popular Opinion in the Provinces" en CORNER, Paul. (ed.). *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 122-146.
- CORRALES, Xavier. *De la misa al tajo. La experiencia de los curas obreros*. Valencia, PUV, 2008.
- CHAVES PALACIOS, Julián. "Franquismo: prisiones y prisioneros", *Pasado y memoria*, 4, 2005, pp. 27-47.
- CRUZ ARTACHO, Salvador. "Clientes, clientelas y política en la España de la Restauración", *Ayer*, 36, 1999, pp. 99-129.
- CRUZ, Rafael. "La cultura regresa a primer plano" CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.). *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Madrid, Alianza, 1997, pp. 13-34.
- "Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes en la Rusia soviética y la acción colectiva en España", en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.). *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Madrid, Alianza, 1997, pp. 273-303.
- *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 50-62.
- "Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo", *Ayer*, 76, 2009, pp. 65-82.
- "Old symbols, new meanings: mobilising the rebellion in the summer of 1936" en EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (eds.). *The Splintering of Spain, Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 159-176.
- CUESTA, Josefina (dir.). 'Las capas de la memoria': contemporaneidad, sucesión y transmisión generacionales en España (1931-2006), *Hispania Nova*, 7, 2007, <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d009.pdf>
- *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*. Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2009.

- CUSSÓ, Xavier. “El estado nutritivo de la población española, 1900-1970. Análisis de las necesidades y disponibilidades de nutrientes”, *Historia Agraria*, 36, 2005, pp. 329-358.
- CUSSÓ, Xavier y GARRABOU, Ramón. “La transición nutricional en la España contemporánea: las variaciones en el consumo del pan, patatas y legumbres”, *Investigaciones de Historia Económica*, 7, 2007, pp. 69-100.
- DAVIES, Sarah. *Popular Opinion in Stalin`s Russia. Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*. Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- DAVIS, Belinda. “Experience, identity and Memory: The Legacy of the World War I”, *The Journal of Modern History*, 75, 2003, pp. 111-131.
- DE FELICE, Renzo. *Interpretazioni sul fascismo*. Roma.Bari, Laterza, 1969.
- Rojo y negro*. Barcelona, Ariel, 1996.
- Mussolini il Duce: Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, Einaudi, 1974.
- DE LA CUEVA MERINO, Julio. “Cuestión republicana, religión y anticlericalismo: un marco interpretativo para las políticas laicistas de los años treinta”, en DORONDA, Javier y MAJUELO, Emilio (eds.). *Cuestión religiosa y democracia republicana en España*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2007 pp. 41-68.
- DE MIGUEL, Amando. “Clase social y consumo en España” en MIGUEZ, Alberto. *España: ¿una sociedad de consumo?* Madrid, Ediciones Castilla, 1969, p. 79.
- Manual de estructura social de España*. Madrid, Tecnos, 1974, p. 33.
- DE PRADO HERRERA, María Luz. “Patria y dinero. La contribución salmantina a la financiación de la guerra civil española: suscripciones e impuestos especiales”, en ROBLEDO, Ricardo (ed.). *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil española*. Madrid, Crítica, 2007, pp. 189-214.
- DEL ÁGUILA, Juan José. *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977)*. Barcelona, Planeta, 2001.
- DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. *Las alas del Ave Fénix. La política agraria del primer franquismo, 1939-1959*. Granada, Comares, 2005.
- “Hablando de democracia. El Estatuto de Asociaciones y los intentos de homologación del régimen franquista”, *Actas del II Congreso Internacional: Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Almería, Universidad de Almería, 2005.

- “Morir de hambre’. Autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo”, *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 241-258.
- Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*. Granada, Comares, 2007.
- “Hombres nuevos’: el personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)”, *Ayer*, 65, 2007, pp. 237-267.
- “Un paso más allá de la historia cultural: los *Cultural Studies*”, en ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a (coord.). *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, UGR-PUZ, 2007, pp. 259-285.
- “El secreto del consenso en el régimen franquista. Cultura de la victoria, represión y hambre” *Ayer*, 76, 2009, pp. 245-268.
- “Hunger and consolidation of the Francoist Regime (1939-1951)”, *European History Quarterly*, 40 (3), 2009, pp. 458-483.
- “Sangre y cruces: monumentos conmemorativos de la Guerra Civil Española (1936-1945)”, *Actas del VII Encuentro de Investigadores del franquismo*, Santiago de Compostela, USC, 2010.
- “The struggle continues: everyday repression and resistance in postwar francoist Spain”, ponencia presentada en el Congreso: *Violence and memory: considering repression and resistance in Spain, 1936-1952 in comparative perspective*, Londres, 2010.
- DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ANDERSON, Peter. “Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos. Represión y apoyos sociales en el franquismo (1936-1951)”, *Historia Social*, 71, 2011, pp. 125-142.
- DEL CAMPO, Salustiano. “La gran transformación de la familia española durante la segunda mitad del siglo XX”, *Reis*, 100, 2002, pp. 103-165.
- DEL REY, Fernando. *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.
- “La democracia y la *brutalización* de la política en la Europa de entreguerras” en id. (dir). *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, pp. 34-42.
- DEL RÍO MORILLAS, Miguel Ángel. “La crisis de 1970. La extrema derecha se moviliza”, *X Congreso de la AHC*, Santander, Universidad de Cantabria, 2011, cd-rom.

- DELGADO CABEZA, Manuel y VÁZQUEZ DUARTE, Andrés. “Modernización y crisis de la agricultura en Andalucía” en GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel (ed.). *La Historia de Andalucía a debate II. El campo andaluz*. Granada, Diputación Provincial y Anthropos, 2002, pp. 179-206
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo. *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*. Madrid, CSIC, 2002.
–“¿El ‘amigo americano’? España y Estados Unidos durante el franquismo”, *Studia Histórica Contemporánea*, 21, 2003, p. 233.
- DELGADO LARIOS, Almudena. “¿Problema agrario andaluz o cuestión nacional? El mito del Trienio Bolchevique en Andalucía (1918-1920)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 13, 1991, pp. 97-124.
- DELGADO RUIZ, Manuel. “Anticlericalismo, espacio y poder. La destrucción de los rituales católicos, 1931-1939”, *Ayer*, 27, 1997, pp. 149-180.
–*Luces iconoclastas. Anticlericalismo, espacio y ritual en la España contemporánea*. Barcelona, Ariel, 2001.
- DÍAZ SALAZAR, Rafael. “La transición religiosa de los españoles”, en id., y GINER, Salvador (eds.). *Religión y sociedad en España*, Madrid, CIS, 1993, pp. 93-173.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar y GAGO GONZÁLEZ, José María. “La construcción y utilización de las fuentes orales para el estudio de la represión franquista”, *Hispania Nova*, 6, 2006, <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d006.pdf>
- DI FEBO, Giuliana. *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*. Bilbao, Desclée, 2002.
- DI NUCCI, Loreto. “Lo Stato e gli italiani *antinazionali*”, en id., y GALLI DELLA LOGIA, Ernesto (coords.). *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell’Italia contemporanea*. Bolonia, Il Mulino, 2003, pp. 127-185.
- DOMÈNECH, Xavier. “El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma”, *Historia Social*, 42, 2002, pp. 123-144.
–“La otra cara del milagro español. Clase obrera y movimiento obrero en los años del desarrollismo”, *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 91-112.
–*Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 56-57.
–*Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*. Barcelona, Icaria, 2011, pp. 88-89.

- “Orígenes. En la protohistoria del movimiento vecinal bajo el franquismo”, *Historia del Presente*, 2010, pp. 27-41.
- DOMÍNGUEZ ALMANSA, Andrés, SOMOZA CAYADO, Antonio y FERNÁNDEZ PRIETO, Lourenzo. “¿Qué le pasó a papá? El poder de la memoria”, en *XVI International Oral History Association Conference. “Between Past and Future: Oral History, Memory and Meaning”*, Praga, 2010.
- DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael. “La ganadería española del franquismo a la CEE. Balance de un sector olvidado”, *Historia Agraria*, 23, 2001, pp. 39-53.
- La riqueza de las regiones: las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Madrid, Alianza, 2002.
- DOMPER LASÚS, Carlos. *Por Huesca hacia el Imperio. Cultura y poder en el franquismo oscense (1938-1965)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2010.
- DUNNAGE, John. “Surveillance and Denunciation in Fascist Siena, 1927-1943”, *European History Quarterly*, 38:2, 2008, pp. 244-25.
- “Social Control in Fascist Italy: The Role of the Police”, en ROODENBURG, Herman (ed.). *Social Control in Europe... Op. Cit.*, pp. 261-280.
- EALHAM, Chris. *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Barcelona, Alianza, 2005.
- EBNER, Michael. “The political police and denunciation during fascism: a review of recent historical literature”, *Journal of Modern Italian Studies*, 11:2, 2006, pp. 209-226.
- EGIDO LEÓN, Ángeles. “Franco y la Segunda Guerra Mundial. Una neutralidad comprometida”, *Ayer*, 57, 2005, pp. 103-124.
- EIROA SAN FRANCISCO, Matilde. “La Guerra Fría y los desplazamientos intraeuropeos de la Península Ibérica al telón de acero” en SZÁRAZ, Peter (ed.). *España y Europa Central. El pasado y la actualidad de las relaciones mutuas*. Bratislava, Universidad de Comenius, 2004, pp. 101-111.
- ELEY, Geoff. “Labor Social History, ‘Alltagsgeschichte’. Experience, Culture and the Politics of the Everyday. New Direction for German Social History?”, *Journal of Modern History*, 61, 1989, pp. 297-343.
- “What is Cultural History?”, *New German Critique*, 65, 1995, pp. 19-36
- The ‘Goldhagen effect’. History, Memory, Nazism. Facing the German Past*. Michigan, The Michigan University Press, 2000

- Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad.* Valencia, PUV, 2008 [2005].
- ELIADE, Mircea. *Imágenes y símbolos.* Madrid, Taurus, 1999 [1955].
- ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, María Dolores. “Balance del 98. Un punto de inflexión en la modernización de España”, *Historia y Política*, 3, 2001, pp. 175-206.
- ELLWOOD, Sheelagh M. *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1953,* Barcelona, Crítica, 1984.
- “Falange y franquismo” en FONTANA, Josep (ed.). *España bajo el franquismo.* Barcelona, Crítica, 1986, pp. 39-59.
- ERICE, Francisco. “Los condicionamientos del ‘giro táctico’ de 1956: el contexto de la política de Reconciliación Nacional”, *Papeles del FIM*, 2006.
- ESCUADERO ANDÚJAR, Fuensanta. *Lo cuentan como lo han vivido. República, guerra y represión en Murcia.* Murcia, Universidad de Murcia, 2000.
- ESLAVA GALÁN, Juan. *De la alpargata al seiscientos.* Barcelona, Planeta, 2010
- ESPINOSA MAESTRE, Francisco. “Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio”, en CASANOVA, Julián (coord.). *Morir, matar, sobrevivir. La violencia de la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 53-119.
- “Agosto de 1936. Terror y propaganda. Los orígenes de la *Causa General*”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4, 2005, pp. 15-25.
- FANDIÑO, Roberto G. “La vivienda como objeto de propaganda en el primer franquismo”, *Berceo*, 136, 2002, pp. 175-192.
- “El transmisor cotidiano. Miedos, esperanzas, frustraciones y confusión en los rumores de una pequeña ciudad de provincias durante el primer franquismo”, *Historia y Comunicación Social*, 8, 2003, pp. 77-102.
- El baluarte de la buena conciencia. Prensa, propaganda y sociedad de la Rioja en el primer franquismo.* Logroño, Universidad de la Rioja e Instituto de Estudios Riojanos, 2009.
- FALASCA-ZAMPONI, Simonetta. *Fascist Spectacle. The aesthetics of power in Mussolini’s Italy.* Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 1997.
- FELDMAN, Matthew y TURDA, Marius. “Clerical fascism in Interwar Europe: an introduction”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 8:2, 2007, pp. 205-222.

- FERNÁNDEZ, Gloria. *Nueva Granada. Destrozo de un paisaje*. Granada, Caja de Ahorros, 1999.
- FERNÁNDEZ ASPERILLA, Ana. “Franquismo, delincuencia y cambio social”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V. Historia Contemporánea*, 17, 2005, pp. 297-310.
- “Cultura política, acción colectiva y emigración española” en id. y FINTZ, David. *Gente que se mueve: cultura política, acción colectiva y emigración española*. Madrid, Fundación 1º de Mayo, 2010, pp. 5-44.
- FERNÁNDEZ CASTRO, Ignacio. *La fuerza de trabajo en España*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, Fernando. *Análisis estructural de Granada y sus barrios*. Granada, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1977.
- FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Andrea. *Hijos de vencedores y vencidos. Los sucesos de febrero de 1956 en la Universidad de Madrid*, Trabajo Fin de Máster, Madrid, Universidad Complutense, 2008.
- FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Vicenta. *Notas deshilvanadas de una niña que perdió la guerra*. Granada, Comares, 2011, [2007].
- FERNÁNDEZ PRIETO, Lourenzo. “Caminos en el cambio tecnológico en las agriculturas españolas contemporáneas” en PUJOL, Josep et al. *El pozo de todos los males. Sobre el atraso de la agricultura española contemporánea*. Barcelona, Crítica, 2001, pp. 95-146.
- El apagón tecnológico del franquismo. Estado e innovación en la agricultura española del siglo XX*. Valencia, Tirant lo Blanch, 2007.
- FERNÁNDEZ VICENTE, María José. “De la calamidad nacional al desarrollo. Las políticas migratorias del régimen Franquista (1939-1975)”, *Migraciones y exilios*, 6, 2005, pp. 81-100.
- FERRARY, Álvaro. *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*. Pamplona, EUNSA, 1993.
- FITZPATRICK, Sheila. *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 1999.
- “Popular Opinion in Russia Under Pre-War Stalinism” en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 17-32.

- FITZPATRICK, Sheila y GELLATELY, Robert. "Introduction to the practices of denunciation in Modern European History", *The Journal of Modern History*, 68, 1996, pp. 747-767.
- FOGG, Shannon L. *The Politics of Everyday Life in Vichy France: Foreigners, Undesirables and Strangers*. Nueva York, Cambridge University Press, 2009.
- FOGU, Claudio. "Actualism and the Fascist Historic Imaginary", *History and Theory*, 42, 2003, pp. 196-221.
- FONT, Jordi. *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001.
- "Nosotros no nos cuidábamos de la Política. Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959", *Historia Social*, 49, 2004, pp. 49-66.
- FONTANA, José María. *Franco. Radiografía del personaje para sus contemporáneos*. Barcelona, Acervo, 1979.
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 2007.
- *Las palabras y las cosas*. Madrid, Siglo XXI, 2009 [1966].
- FOX, John E. y MILLER-IDRISS, Cynthia. "Everyday nationhood", *Ethnicities*, 8:4, 2008, pp. 538-542.
- FRANZINELLI, Mimmo. *Delatori. Spie e confidenti anonimo. L'arma segreta del regime fascista*. Milán, Mondadori, 2001.
- FRASER, Ronald. "La historia oral como historia desde abajo", *Ayer*, 12, 1993, pp. 79-92.
- *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*. Barcelona, Crítica, 1999.
- FRIGOLÉ, Joan. "Consideraciones en torno a la venganza de sangre y el genocidio" en VELASCO, Honorio (coord.). *La antropología como pasión y como práctica. Ensayos in honorem de Julián Pitt-Rivers*, Madrid, CSIC, 2004, pp. 283-297.
- FRITZSCHE, Peter, *Life and Death in the Third Reich*, Cambridge Mass and London, The Belknap Press of Harvard University Press, 2008.
- FUENTES NAVARRO, María Candelaria y CONTRERAS BECERRA, Javier. "El movimiento vecinal en Granada y Jaén. Nuevas perspectivas para su estudio, 1964-1981", en QUIROSA-CHEYROUZE MUÑOZ, Rafael y FERNÁNDEZ AMADOR, Mónica (eds.): *IV Congreso Internacional Historia de la Transición*

- en España: Sociedad y movimientos sociales*, Almería, Universidad de Almería. Servicio de Publicaciones, 2009.
- FUERTES MUÑOZ, Carlos. “*Esto se acaba: actitudes de los valencianos en la crisis final del franquismo. La percepción del Gobierno Civil y del PCE (1969-1976)*”, *IV Congreso Internacional de Historia de la Transición en España: sociedad y movimientos sociales*. Almería, 2009.
- “Sólo la guerra nos trajo la paz. Las memorias bélicas de los vencedores en la España del desarrollismo”, *Congreso Internacional de Historia Bélica*, Santander, 2011.
- “La ‘nación vivida’. Balance y propuestas para una historia social de la identidad nacional española bajo el franquismo”, en SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferrán (eds.). *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español*, Valencia, PUV, 2012, pp. 279-300.
- FUERTES MUÑOZ, Carlos y GÓMEZ RODA, Alberto. *El Tribunal de Orden Público en el País Valenciano. Testimonios de la represión y el antifranquismo*, Valencia, FEIS, 2011.
- FULBROOK, Mary. *Anatomy of a Dictatorship. Inside the GDR, 1949-1999.*, Oxford, Oxford University Press, 1995
- “Embodying the Self: Gestures and Dictatorship in Twentieth-Century Germany”, *Past and Present*, Suplemento 4, 2009, pp. 257-279.
- FUSI, Juan Pablo. “La reaparición de la conflictividad en los años sesenta”. en FONTANA, Josep. *España bajo el franquismo*. Barcelona, Crítica, 1996, pp. 160-169.
- Un siglo de España. La cultura*. Madrid, Marcial Pons, 1999.
- FUSI, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi. *España 1808-1990. El desafío de la modernidad*. Madrid, Espasa Calpe, 1997.
- GALLEGO, Ferrán. *El mito de la Transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona, Crítica, 2008.
- “Nostalgia y modernización: la extrema derechas española ante la crisis final del franquismo y la consolidación de la democracia”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 175-209.
- GALLEGO DUEÑAS, Francisco Javier. “La plaza pública. Uso propagandístico del espacio urbano”, *Historia Actual Online*, 20, 2009, pp. 101-121.

- GALLEGO MOREL, Antonio. *Antonio Gallego Burín*. Madrid, Moneda y Crédito, 1973.
- GALLEGO ROCA, Javier. (ed.). *Epistolario de Leopoldo Torres Balbás a Antonio Gallego Burín*. Granada, Universidad y Diputación Provincial, 1995.
- GARCÍA, Hugo. “La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo”, *Ayer*, 62, 2006, pp. 285-305.
- GARCÍA DELGADO, José Luis. “La industrialización y el desarrollo económico de España durante el franquismo” en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÀ, Carles (comps.). *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987, pp. 164-189.
- GARCÍA DELGADO, José Luis y JIMÉNEZ, Juan Carlos. *Un siglo de España. La economía*. Madrid, Marcial Pons, 1999.
- GARCÍA DELGADO, José Luis y SERRANO SANZ, José María. “De la primera crisis energética a las elecciones de 1977” en GARCÍA DELGADO, José Luis (dir). *Economía de la transición y la democracia, 1973-1986*. Madrid, CIS, 1990, pp. 3-31.
- GARCÍA DÍAZ, Mariano. *El polo de desarrollo de Granada*. Granada, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Granada, 1976
- GARCÍA PIÑEIRO, Ramón. *Los mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962)*, Madrid, Fundación 1º de Mayo, 1990.
- “¿Resistencia armada, rebeldía social o delincuencia? Huídos en Asturias (1937-1952)”, en ARÓSTEGUI, Julio y MARCO, Jorge (coords.). *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2009, pp. 232-258.
- GARCÍA RAMOS, Domingo. *Las instituciones palentinas durante el franquismo*. Palencia, Diputación, 2005.
- “El canto del cisne. La Falange palentina en los cincuenta”, *Actas del VII Encuentro de Investigadores del franquismo*. Santiago de Compostela, USC, 2011, cd-rom.
- GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988.
- GELLATELY, Robert. “The Gestapo and German Society: Political Denunciation in the Gestapo Case Files”, *The Journal of Modern History*, 60:4, 1988, pp. 634-694.

- No solo Hitler. La Alemania Nazi entre la coacción y el consenso*. Barcelona, Crítica, 2002.
- La Gestapo y la sociedad alemana. La política racial nazi (1933-1945)*, Barcelona, Paidós, 2004 [1990].
- GENIOLA, Andrea. “Erudición y particularismo: sobre la oferta regional franquista”, *VII Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Santiago, USC, 2011, cd-rom.
- GENTILE, Emilio. *Il mito dello Stato nuovo*. Roma-Bari, Laterza, 1999.
- “Fascism as Political Religion”, *Journal of Contemporary History*, 1990, pp. 229-251.
- “Renzo de Felice: a tribute”, *Journal of Contemporary History*, 32:2, 1997, pp. 139-151.
- La Grande Italia. Il mito della nazione nel XX secolo*. Roma-Bari, Laterza, 2009 [2006].
- Il fascismo in tre capitoli*. Bari, Laterza, 2007.
- El culto del littorio. La sacralización de la política fascista*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- GIBSON, Ian. *Granada en 1936 y el asesinato de Federico García Lorca*, Barcelona, Crítica, 1979.
- GIL ANDRÉS, Carlos. *La República en la plaza: los sucesos de Arnedo de 1932*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2002
- Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*. Barcelona, Crítica, 2006.
- “Vecinos contra vecinos. La violencia en la retaguardia riojana durante la Guerra Civil”, *Historia y Política*, 16, 2006, pp. 109-130
- “La zona gris en la España azul. La violencia de los sublevados en la guerra civil”, *Ayer*, 76, 2009, pp. 115-141.
- GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada: liquidación de la experiencia republicana y los orígenes del franquismo*. Tesis doctoral, Universidad de Granada, 1995, pp. 385 y ss.
- Revolucionarios sin revolución. Marxistas y anarcosindicalistas en guerra: Granada-Baza, 1936-1939*, Granada, Universidad, 1998.
- GIL BRACERO, Rafael y BRENES SÁNCHEZ, Maribel. *Jaque a la República. Granada (1936-1939)*. Granada, Osuna, 2009.
- GILLEY, Bruce. “Democratic Enclaves in Authoritarian Regimes”, *Democratization*, 17:3, 2010, pp. 389-415

- GINARD, David. “Las condiciones de vida durante el primer franquismo. El caso de las Islas Baleares”, *Hispania*, 212, 2002, pp. 1099-1128.
- GIOVAGNOLI, Agostino. *La cultura democristiana. Tra Chiesa Cattolica e identità italiana, 1918-1948*, Roma-Bari, Laterza, 1991.
- GIRÓN DE VELASCO, José Antonio. *Si la memoria no me falla*. Barcelona, Planeta, 1996.
- GOLDHAGEN, Daniel. *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Madrid, Taurus, 1997.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro. *El exilio interior. Cárcel y represión en la España franquista, 1939-1950*. Madrid, Taurus, 2009.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y MARCO CARRETERO, Jorge. *La obra del miedo*. Madrid, Península, 2011.
- GÓMEZ OLIVER, Miguel. *José Palanco Romero. La pasión por la Res Pública*. Granada, Universidad de Granada, 2007.
- “¿Y ahora qué? La sociedad rural ante la transición política” en QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael (coord.). *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 147-155.
- GÓMEZ OLIVER, Miguel y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “El estraperlo: forma de resistencia y arma de represión en el primer franquismo”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 23, 2005, pp. 179-199.
- GÓMEZ RODA, J. Alberto. “Percepciones de las instituciones y actitudes políticas de la sociedad en la posguerra”, *Pasado y Memoria*, 1, 2002, pp. 59-80.
- GÓMEZ WESTERMEYER, Juan. “Desafectos y delincuentes: la doble estigmatización, Murcia, 1939-1949”, *VI Encuentro de Investigadores del franquismo*, Zaragoza, IFC, 2006.
- Historia de la delincuencia en la sociedad española: Murcia, 1939-1949. Similitudes y diferencias en otros espacios europeos*. Murcia, Tesis Doctoral, Universidad de Murcia, 2006, especialmente pp. 97-280.
- GONZÁLEZ, María Ángeles. “La construcción de un mito. El Trienio Bolchevique en Andalucía” en GONZÁLEZ DE MOLINA NAVARRO, Manuel y CARO CANCELA, Diego. *La utopía racional: estudios del movimiento obrero andaluz*. Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 175-220.

- GONZÁLEZ, Magdalena. “Apuntes para un método de análisis mnemónico intergeneracional sobre la Guerra Civil”, *Hispania Nova*, 6, 2007, <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d014.pdf>.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. “La violencia política y la crisis de la democracia republicana”, *Hispania Nova*, 1, 1998-2000, <http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/003/art003.htm>.
- “Aproximación a las subculturas violentas de las derechas republicanas españolas (1931-1936), *Pasado y Memoria*, 2, 2003, pp. 107-141.
- “The symbolism of violence during the Second Republic in Spain” en EALHAM, Chris., y RICHARDS, Michael. *The Splintering of Spain, Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 23-44.
- “La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República”, en LEDESMA VERA, José Luis, MUÑOZ SORO, Javier y RODRIGO SÁNCHEZ, Javier (coords.). *Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX*. Madrid, Siete Mares, 2005, pp.101-146.
- La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria*. Madrid, Alianza, 2005.
- “La violencia y sus discursos: los límites de la fascistización de la derecha española durante el régimen de la II República”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 85-116.
- “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”, *Historia Social*, 61, 2008, pp. 69-87.
- Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*. Madrid, Alianza, 2011.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos. “Las derechas españolas ante la crisis del 98”, *Studia histórica: Historia Contemporánea*, 15, 1997, pp. 194-195.
- Historia de las derechas españolas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- “Tradicionalismo, catolicismo y nacionalismo: la extrema derecha durante el régimen de la Restauración (1898-1930)”. *Ayer*, 71, 2008, pp. 2-52.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y GÓMEZ OLIVER, Miguel (coords.). *Historia contemporánea de Andalucía. Nuevos contenidos para su estudio*. Granada, Proyecto Sur Ediciones, 2000.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús. *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*. Madrid, Siglo XXI, 1990.

- GONZÁLEZ LUCINI, Fernando. *De la memoria contra el olvido: Manifiesto Canción del Sur*. Sevilla, Consejería de Cultura, 2004.
- GONZÁLEZ MADRID, Damián y MARTÍN GARCÍA, Óscar. “Desde abajo y en la periferia del desarrollismo. Cambio político y conflictividad social en La Mancha. 1962-1977”, en GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.). *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 123-143
–“In Movement. New Players in the Construction of Democracy in Spain, 1962-1977”, *Political Power and Social Theory*, 20, 2009, pp. 39-68..
- GONZÁLEZ POSADA, Carlos. *Diario de la revolución y de la guerra (1936-1939)*. Granada, Comares, 2011. (Estudio preliminar, transcripción y edición de Miguel Ángel del Arco Blanco).
- GRACIA, Jordi. *Crónica de una deserción Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1960)*, Barcelona, PPU, 1991.
–*La resistencia silenciosa*. Barcelona, Anagrama, 2004.
–*Estado y cultura. EL despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Barcelona, Anagrama, 2006
- GRAHAM, Helen. *El PSOE en la Guerra Civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939)*. Barcelona, Debate, 2005.
–*Breve historia de la Guerra Civil*. Madrid, Espasa Calpe, 2006,
- GRAMSCI, Antonio. *Selections from prisons notebooks*, Londres, Lawrence and Wishart, 1971.
- GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism*. Londres y Nueva York, Routledge, 1991.
–*A fascist century*. Nueva York, Palgrave- Macmillan, 2008.
- GROSSMAN, Dave. *On killing: the psychological cost of learning to kill in war and society*, Boston, Little Brown, 1995.
- GUASCO, Maurizio. *Chiesa e cattolicesimo in Italia (1945-2000)*. Bolonia, Edizione Dehoniae, 2001.
- GUEREÑA, Jean-Louis. *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- GUERRI, Giordano Bruno. *Fascisti. Gli italiani di Mussolini. Il Regime degli italiani*. Milán, Mondadori, 1995.

- GUTIÉRREZ LOZANO, José María. “La industria” en TITOS MARTÍNEZ, Manuel (dir.). *Historia económica de Granada*. Granada, Cámara de Comercio, Navegación e Industria de Granada, 1998, pp. 157-171.
- GUZMÁN SIMÓN, Fernando. *Granada y la revolución 70. Poetas y poéticas de la revista Poesía 70 (1968-1970)*. Granada, Comares, 2010.
–*De Tragaluz a Letras del Sur: panorama de las revistas universitarias de la Transición en Granada (1968-1978)*. Granada, Universidad de Granada, 2011
- HARRISON, Joseph. *La economía española. De la Guerra Civil a la Comunidad Europea*. Madrid, Istmo, 1998.
- HEINE, Helmut. “La oposición política al franquismo en Andalucía Oriental”, *Jornadas Aproximación al franquismo en Andalucía Oriental*- Granada, Universidad de Granada, 1996.
- HEINE, Helmut y AZUAGA, José María. *La oposición al franquismo en Andalucía Oriental*. Madrid, Fundación Salvador Seguí, 2005.
- HEREDIA URZÁIZ, Iván. “Mecanismos y espacios de represión: castigos a la feminidad republicana”, ponencia presentada en la *42nd Annual Conference of the Association of Spanish and Portuguese Historical Studies*, Lisboa, junio-julio, 2011.
- HÉRIZ SARACIBAR, Iciar. “Nevera, televisión y seiscientos: cambios y transformaciones en los valores y percepciones de la sociedad española” en *Actas de las VI Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos: la Transición a la democracia en España. Historia y fuentes documentales*. Guadalajara, Archivo Histórico Provincial de Guadalajara, 2003.
–*El nacimiento de la sociedad de consumo en España cambios en la esfera privada de las mujeres, 1959-1965*”, *Memoria e identidades. Actas del VI Congreso de la AHC*, Santiago de Compostela, AHC, 2004.
- HERMET, Guy. *Los católicos en la España franquista I. Los actores del juego político*. Madrid, Siglo XXI, 1985 (1980).
–*Los católicos en la España franquista II. Crónica de una dictadura*. Madrid, Siglo XXI, 1985 (1981).
- HERNÁNDEZ, Félix. “La Jornada de Reconciliación Nacional del 5 de mayo de 1958”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Hª Contemporánea*, pp. 281-293.
- HERNÁNDEZ ANDREU, José. *Economía política de la Transición en España (1973-1980)*. Madrid, Editorial Complutense, 2007.

- HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio. *Granada azul. La construcción de la Cultura de la Victoria en el primer franquismo, 1936-1951*, Granada, Comares, 2011.
- “La cultura del tiempo en España: la Guerra de la Independencia en el discurso del franquismo”, *Historia Actual Online*, 25, 2011, pp. 145-158.
- “Consenso y fascistización de las fiestas en la España franquista: la Semana Santa de Granada, 1939-1945”, *VII Encuentro de Investigadores sobre el franquismo*, Santiago, USC, 2011, cd-rom.
- “El largo camino hacia el franquismo: Antonio Gallego Burín (1915-1939)”, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 23, 2011, pp. 193-206.
- HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Más allá de las tapias de los cementerios: la represión cultural y socioeconómica en la España franquista (1936-1951)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 33, 2011, pp. 71-93.
- “Azadas en pie de guerra: mito y programa agrario del régimen franquista durante la Guerra Civil (1936-1939)”, *XIII Congreso de Historia Agraria*, 2011 (en prensa).
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, RUIZ CARNICER, Miguel Ángel y BALDÓ LACOMBA, Marc. *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.
- HERRERÍN, Ángel. *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*. Madrid, Siglo XXI, 2004.
- HERRERO CASTRO, José Luis. “Las condiciones de vida y consumo en la España de los 50: determinación del ingreso y poder de compra de una familia obrera tipo”, *Estudios sobre consumo*, 14, 1988, pp. 21-44.
- HERRERO SENÉS, Juan. *Nihilismo y literatura de entreguerras en España (1918-1936)*. Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2006.
- HUNT, Scott, BENFORD, Robert y SNOW, David. “Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción de los movimientos” en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, CIS, 1998, pp. 221-249.
- INE, *Reseña estadística de la provincia de Granada en 1977*. Madrid, 1977.
- ISAC MARTÍNEZ DE CARVAJAL, Ángel. *Crecimiento urbano y arquitectura contemporánea en Granada*. Granada, Universidad, 2009.

- IZQUIERDO MARTÍN, Jesús y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo. “Lejana proximidad. Antropologías de la guerra civil española”, *Historia del Presente*, 7, 2006, pp. 101-126.
- JARAUSCH, Konrad H. (ed.). *Dictatorship as Experience. Towards a Sociocultural History of the GDR*. Oxford, Bergham Books, 1999.
- JARNE, Antonieta. “Vencidos y pobres en la Cataluña rural: la subsistencia intervenida en la posguerra franquista”, *Historia del Presente*, 5, 2005, pp. 167-186
- JENSEN, Robert Geoffrey. “Military, nationalism and the State: The case of *Fin-de-Siècle* Spain”, *Nations and Nationalism*, 6:2, pp. 257-274.
- JIMÉNEZ SOTO, Ignacio. *Si madrugan los arqueros. Un estudio sobre socialización política a finales del franquismo*. Granada, Port-Royal, 2005.
- JOHNSON, Eric A. *Nazi terror. The Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, Nueva York, Basics Books, 2000.
- JUDT, Tony. “A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians”, *History Workshop*, 7, 1976, pp. 66-94.
 –*Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid, Taurus, 2006.
- JULIÁ, Santos. “Los orígenes sociales de la democracia en España”, *Ayer*, 15, 1994, pp. 165-188.
 –“La sociedad” en GARCÍA DELGADO, José Luis. (coord.). *Franquismo. El juicio de la historia*. Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 96-98.
 –“Echar al olvido: Memoria y amnistía en la Transición”, *Claves de la razón práctica*, 129, 2003, pp. 14-24
 –*Historia de las dos Españas*. Madrid, Taurus, 2004.
 –*Víctimas de la Guerra Civil*. Madrid, Temas de Hoy, 2004.
 –*Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid, Taurus, 2006.
 –“Imágenes del enemigo en la Guerra Civil española” en CANTÈ, Francesca, DI FEBBO, Giuliana y MORO, Renato (coords.). *L'immagine del nemico. Storia ideologia e rappresentazione tra età contemporanea*, Roma, Viella, 2009, pp. 145-167.
 –“España 1966” en id. *Hoy no es ayer Ensayos sobre la España del siglo XX*. Madrid, RBA, 2010, pp. 233-235.
 –“Lo que a los reformistas debe la transición española”, en id. *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*. Madrid, RBA, 2010, pp. 263-271.
 –“Cosas que de la transición se cuentan”, *Ayer*, 79, 2010, pp. 297-319.

- JUNGER, Ernst. *Tempestades de acero*. Barcelona, Tusquets, 1998 [1983].
- JUSTE, Julio. *La Granada de Gallego y Burín, 1938-1951: reformas urbanas y arquitectura*. Granada, Diputación Provincial, 1995.
- KALYVAS, Stahis. *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Madrid, Akal, 2010.
- KALLIS, Aristotle. “‘Fascism’, ‘Para-Fascism’ and ‘Fascistization’: On the Similarities of Three Conceptual Categories”. *European History Quarterly*, 33:2, 2003, pp. 219-249.
- “Studying Inter-War Fascism in Epochal and Diachronic Terms: Ideological production, political experience and the quest of ‘Consensus’”, *European History Quarterly*, 34, 2004, pp. 9-42
- KERSHAW, Ian. *Popular opinion and political dissent in the third reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1983.
- “‘Working Towards the Führer’. Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship”, *Contemporary European History*, 2:2, 1993, pp. 103-119.
- El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*. Barcelona, Paidós, 2003.
- La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 245-285.
- “Consensus, Coercion and Popular Opinion in the Third Reich: Some reflections” en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 33-46.
- KOTKIN, Stephen. *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*. Los Ángeles y Londres, Berkeley, 1995.
- VON KULKA, Otto. “Popular Opinion in Nazi Germany as a Factor or the Solution of the Jewish Question: The Nuremberg Laws and the *Reichskristallnacht*” en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 81-106.
- LANERO, Daniel. “¿La salud es lo que importa? La O. S. 18 de julio y la asistencia médica en Galicia (1940-1965)”. *Historia Social*, 68, 2010, pp. 47-67.
- LANERO, Daniel y FREIRE (coords.), *Dulce Agricultura e innovación tecnológica en la península ibérica (1946-1975)*, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente, 2011.
- LANNON, Frances. “La Cruzada de la Iglesia contra la República” en PRESTON, Paul. *Revolución y guerra en España, 1931-1939*. Madrid, Alianza, 1984, pp. 41-58.

- Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España 1875-1975.* Madrid, Alianza, 1991.
- LATORRE CATALÁN, Marta. “Ciudadanos en democracia ajena: aprendizajes políticos de la emigración de retorno española en Alemania durante el franquismo”, *Migraciones y exilios*, 7, 2006, pp. 81-96.
- LEAL, José Luis et al. *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)*. Madrid, Siglo XXI, 1977.
- LEDESMA, José Luis. “1936 más opaco: las violencias en la zona republicana durante la Guerra Civil y sus narrativas”, *Historia Social*, 58, 2007, pp. 151-168.
- “Qué violencia para qué retaguardia o la República en Guerra de 1936”, *Ayer*, 76, 2009, pp. 83-114.
- “Del pasado oculto a un pasado omnipresente: las violencias de la Guerra Civil y la historiografía reciente”, *Jerónimo Zurita*, 84, 2009, pp. 163-188
- “Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana” en ESPINOSA MAESTRE, Francisco (coord.). *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010.
- LEDESMA, José Luis y RODRIGO, Javier. “Caídos por España. Mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica”, *Ayer*, 63, 2006, pp. 233-255.
- LEED, Eric J. *No man’s land. Combat and identity in World War I*. Nueva York, Cambridge University Press, 1979, pp. 39-72.
- “Fateful memories: Industrialized War and Traumatic Neuroses”, *Journal of Contemporary History*, 35:1, 2000, pp. 85-100.
- LEÓN ÁLVAREZ, Aarón. *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*. Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2008.
- LIÑARES GIRAUT, Xosé Amancio (coord.). *La emigración española a Europa*. Vigo, Grupo España Exterior, 2009.
- LEVI, Primo. *Los hundidos y los salvados*, 1986.
- LIPPMANN, Walter. *La opinión pública*. Madrid, Cuadernos de Langre, 2003.
- LIZCANO, Pablo. *La generación del 56. La Universidad contra Franco*. Madrid, Leer/Documento, 2006 [1981].
- LLEONART, Alberto J. “Los orígenes de la ‘cuestión española’ en la II Guerra Mundial”, *Bulletin d’Histoire Contemporaine*, 22, 1995, pp. 69-78.

- LLORENTE HERNÁNDEZ, Ángel. *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*. Madrid, La balsa de la medusa, 1995.
- LÓPEZ DÍAZ, José. “Vivienda social y Falange: Ideario y construcciones en la década de 1940”, *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 146, 2003, [http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(024\).htm](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(024).htm)
- LÓPEZ GARCÍA, Basilisa. *Aproximación a la historia de la HOAC, 1946-1981*. Madrid, HOAC, 1995.
- LÓPEZ GARCÍA, Santiago y DELGADO CRUZ, Severiano. “Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la guerra Civil”, en ROBLEDO, Ricardo (coord.). *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil española*. Madrid, Crítica, 2007, pp. 99-153.
- LÓPEZ GALLEGOS, María Silvia “Aproximación al estudio de las publicaciones sindicales españolas desarrolladas durante el franquismo (1936-1975)”, *Historia y Comunicación Social*, 8, 2003, pp. 159-167.
- LÓPEZ GUERRA, Luis. “Abstencionismo electoral en contextos no democráticos”, *Reis*, 2, 1978, pp. 53-69.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario. *Granada (1930-1931) De la dictadura a la República*. Granada, Ediciones TAT, 1990.
–*Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*, Córdoba, Ediciones Libertarias, Ayuntamiento de Córdoba, 1995.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario y GIL BRACERO, Rafael *Caciques contra socialistas. Poder y conflictos en los Ayuntamientos de la República*. Granada, Diputación Provincial, 1997.
- LÓPEZ PÉREZ, Sofía. “La publicidad como factor de cambio en los procesos de transformación social: el caso de España en el paso del franquismo a la democracia” en BERMEJO, J. (ed.). *Publicidad y cambio social: contribuciones históricas y perspectivas de futuro*. Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, 2005.
- LÓPEZ PINA, Antonio y LÓPEZ ARANGUREN, Eduardo. *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976.
- LÓPEZ PINTOR, Rafael. “En torno a las expresiones sobre opinión pública y decisión política: La actitud de los españoles ante la Comunidad Económica Europea”, *REOP*, 37, 1974, pp. 7-22.

- La opinión pública española: del franquismo a la democracia*, Madrid, CIS, 1982.
- “El impacto del autoritarismo en la cultura política. La experiencia española en una perspectiva comparada”, en VV. AA. *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, CIS, 1987
- LÓPEZ PINTOR, Rafael y BUCETA, Ricardo. *Los españoles de los años 70. Una versión sociológica*. Madrid, Tecnos, 1975.
- LÓPEZ RAMÓN, Fernando. “Las reformas militares de Azaña” en VV. AA. *Las reformas administrativas en la II República*, Madrid, Ministerio de Administraciones Públicas, 2009, pp. 89-94.
- LÓPEZ TORRIJOS, Rafael. “El horizonte europeo en el discurso tecnocrático durante el tardofranquismo y la transición” en BERAMENDI, Justo y BAZ, María Jesús (coords.). *Memoria e identidades. Actas del VII Congreso de la AHC*. Santiago de Compostela, AHC, 2004.
- LUCIANI, Laura. “Actitudes y comportamientos sociales durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983). Algunas consideraciones respecto de cómo analizar la compleja trama entre el régimen y sociedad”, *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, 3, 2009, pp. 1-21.
- LUEBBERT, Gregory M. *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*. Zaragoza, PUZ, 1997 [1991].
- LÜDTKE, Alf . “De los héroes de la resistencia a los coautores. Alltagsgeschichte en Alemania”, *Ayer*, 19, 1995, pp. 46-69.
- LUPPO, Salvatore. *Il fascismo. La politica in un regime totalitario*. Roma, Donzelli, 2000.
- LVOVICH, Daniel. Sistema político y actitudes sociales en la legitimación de la dictadura militar argentina (1976 – 1983)”, *Ayer*, 75, 2009, pp. 275–299.
- MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel. “La crisis de la razón en la milicia colonial finisecular: la muerte como alternativa vitalista”, comunicación presentada en el *Congreso Internacional Necrofilia y necrofobia: representaciones de la muerte en la literatura hispánica*”, Valladolid, 2009.
- MAIER, Charles S. *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*. Madrid, Ministerio de Trabajo, 1988 [1971].

- MAINER, José Carlos y JULIÁ, Santos. *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*. Madrid, Alianza, 2000.
- MALEFAKIS, Edward. *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona, Ariel, 1971.
- MALGERI, Franco. “Chiesa, clero e laicato cattolico tra guerra e resistenza” en DE ROSA, Gabriele (coord). *Storia dell’Italia religiosa III. L’Età contemporanea*. Roma-Bari, Laterza, 1995, pp. 301-334.
- MANN, Michael. *Fascistas*. Valencia, PUV, 2006.
- MANNING, Roberta T. “State and Society in Stalinist Russia”, *Russian Review*, 46:4, 1987, pp. 407-411.
- MANZANARES ARTÉS, Nicolás. *Consecuencias de la tragedia española (1936-1939) y los hermanos Quero*. Murcia, Edición del autor, 1978.
- MARCHANTE, Andrés y ROBLES, Luis. “La industria andaluza” en LÓPEZ RUBIO, José (dir.). *Introducción a la economía andaluza*. Madrid, Civitas, 1997, pp. 137-179.
- MARCHI, Valerio. “L’Italia e la missione civilizzatrice di Roma”, *Studi Storici*, 36, 1995, pp. 485-531.
- MARCO, Jorge. “Los documentos de Eulogio Limia Pérez y la guerrilla”, *Hispania Nova*, 6, 2006, <http://hispanianova.rediris.es/6/textos/6tex001.htm>
- “Rebeldes y justicieros. Los Hermanos Quero y la resistencia armada antifranquista” en ARÓSTEGUI, Julio y MARCO, Jorge (corrds.). *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2009, pp. 144-173.
- Hijos de una guerra. Los hermanos Quero y la resistencia antifranquista*, Granada, Comares, 2010.
- Resistencia armada en la posguerra. Andalucía Oriental, 1939-1952*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2011.
- Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y cultura de la resistencia antifranquista*. Granada, Comares, 2012.
- MARÍAS, Sescún. “Memoria y otras fuentes para estudiar la represión sexual”, ponencia presentada en la *42nd Annual Conference of the Association of Spanish and Portuguese Historical Studies*, Lisboa, junio-julio, 2011.
- MARÍN, Martí. *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política y administració municipal, 1938-1979*, Barcelona, Pagés Editors, 2000.

- “(Re)construint l’Estat: L’administració local i provincial del franquisme i del feixisme Italià en una perspectiva comparada” en DI FEBO, Giuliana y MOLINERO, Carme (eds.). *Nou estat, nova política, nou ordre social: Feixisme i franquisme en una perspectiva comparada*. Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer, 2005, pp. 13-44.
- “Familiares pero desconocidas. Las migraciones interiores durante el régimen franquista”, GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.). *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 61-95.
- MARÍN GÓMEZ, Isabel. *Asociacionismo, sociabilidad y movimientos vecinales en el franquismo y la transición a la democracia. Murcia, 1964-1986*, Tesis doctoral, Murcia, Universidad de Murcia, 2007
- MÁRQUEZ VILLEGAS, Antonio. *Granada en mi memoria*. Granada, Grupo Editorial Universitario, 1996.
- MARRUS, Michael y PAXTON, Robert O. *Vichy France and the Jews*, Standford, Stanford University Press, 1995 [1981].
- MARTÍN-ACEÑA, Pablo y MARTÍNEZ RUIZ, Elena, “La edad de oro del capitalismo español: crecimiento económico sin libertades políticas” en TOWNSON, Nigel (ed.). *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*. Madrid, Siglo XXI, 2009, 1-22.
- MARTÍN ALARCÓN; Julio. “El mundo da la espalda a España” en LAVIANA, Juan Carlos, ARJONA, Daniel y FERNÁNDEZ, Silvia (coords.). *1946: El régimen moviliza a los españoles contra la ONU*. Madrid, Unidad Editorial, 2006, pp. 7-27.
- MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La dictadura en la dictadura. Detenidos, deportados y torturados en Andalucía durante el Estado de Excepción de 1969*. Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales-Archivo de CCOO-A, 2011.
- La cara al viento. Estudiantes por las libertades democráticas en la Universidad de Granada (1965-1981)*. Fundación de Estudios Sindicales-Archivo de CCOO-A y El Páramo, 2012, Vol 1.
- MARTÍNEZ I MUNTADA, Ricard. “El movimiento vecinal en el tardofranquismo: acción colectiva y cultura obrera. Propuestas y problemas de interpretación”, *Ayeres en discusión. Actas del IX Congreso de la AHC*. Murcia, Universidad de Murcia, 2008, cd-rom.

- MARTÍN GARCÍA, Óscar J. *A tientas con la democracia. Movilización y actitudes de cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008.
- “Oportunidades, amenazas y percepciones colectivas en la protesta contra el franquismo final, 1973-1976”, *Historia Social*, 67, 2010, pp. 51-67.
- “Crisis del franquismo, conflictividad social y cambio democrático en España. Un análisis desde las fuentes diplomáticas británicas” en VVAA. *El fin de las dictaduras ibéricas (1974-1978)*. Sevilla, Fundación de Estudios Andaluces, 2010, pp. 135-152.
- MARTÍN GARCÍA, Óscar y BALFOUR, Sebastian. “Movimientos sociales y transición a la democracia: el caso español”, QUIROSA-CHEYROUZE y MUÑOZ, Rafael (ed). *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 43-62
- MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.). *La dictadura en la dictadura. Detenidos, deportados y torturados en Andalucía durante el Estado de Excepción de 1969*. Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales-Archivo de CCOO-A, 2011.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando. “Incautaciones y responsabilidades políticas en la Andalucía franquista, (1936 -1945) en COBO ROMERO, Francisco (coord.). *La represión franquista en Andalucía: Balance historiográfico, perspectivas teóricas y análisis de resultados*, Sevilla, CEA 2012.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando y GÓMEZ OLIVER, Miguel. “Las responsabilidades políticas en la España franquista. Represión económica y control social en Andalucía (1936-1945)”, en GAY ARMENTEROS, Juan y TITOS MARTÍNEZ, Manuel (coords.). *Historia, política y sociedad. Estudios en homenaje a la profesora Cristina Viñes Millet*, Granada, Universidad, 2011, pp. 135-160.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, María Victoria y RODRÍGUEZ GALLARDO, Ángel. “Nuestros ciudadanos corrientes. La delación como forma de selección represiva en el primer franquismo”, *V Encuentro de Investigadores sobre el franquismo*, Cuenca, Universidad de Castilla La-Mancha, 2005, pp. 940-952.
- MARTÍNEZ SERRANO, José Antonio et al. *Economía española: 1960-1980. Crecimiento y cambio estructural*. Madrid, Hermann Blume, 1982.

- MARZO, José Luis. *Arte moderno y franquismo. Los orígenes conservadores de la vanguardia y de la política artística en España*, Fundación Espais, 2008.
- MASSA, Paola. “Antropología y patrimonio cultural. Un estudio sobre los monumentos a los caídos”, *Alteridades*, 8, 1998, pp. 85-94.
- MARSÉ, Juan. *Últimas tardes con Teresa*. Barcelona, Seix Barral, 1987 [1966].
- MATTHEWS, James. “Moral y motivación de los movilizados forzosos del Ejército Popular de la República en la Guerra Civil española, 1936-1939”, *Studia Histórica: Historia Contemporánea*, 24, 2006, pp. 81-105..
- “*Our red soldiers. The Nationalist Army’s Management of its Left-Wing Conscript in the Spanish Civil War*”, *Journal of Contemporary History*, 45:2, 2010, pp. 244-363.
- Reluctant Warriors. Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*. Oxford, Oxford University Press, 2012.
- MAZA ZORRILLA. *Asociacionismo en la España franquista: una aproximación histórica*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2011
- MAZOWER, Mark. *La Europa Negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Madrid, Ediciones B, 2001.
- MELUCCI, Alberto. “¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?” en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds). *Estado y cultura. EL despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Barcelona, Anagrama, 2006, pp. 119-150.
- MEYER, David S. y GAMSON, William A. “Marcos interpretativos de la oportunidad política” en McADAM, Dough, McCARTHY, John D. y ZALD, Mayer (coords.). *Movimientos sociales, perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid, Istmo, 1999, pp. 389-412.
- MILLÁN, Jesús. “Los sujetos históricos: modelos, tipos ideales y estrategias de investigación”, en ROMEO, Mari Cruz y SAZ CAMPOS, Ismael. (eds.). *El siglo XX. Historiografía e historia*. Valencia, PUV, 2000, pp. 101-110.
- MIR, Conxita. “Violencia política, coacción legal y oposición interior”, *Ayer*, 33, 1999, pp. 115-146.
- Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*. Lleida, Ediciones Milenio, 2000.

- “El estudio de la represión franquista: una cuestión sin agotar”, *Ayer*, 43, 2001, pp. 11-36.
- “El sino de los vencidos: la represión franquista en la Cataluña rural de posguerra”, en CASANOVA, Julián (coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia de la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 123-191.
- MIRANDA ENCARNACIÓN, José Antonio. “El fracaso de la industrialización autárquica” en BARCIELA, Carlos (ed.). *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*. Barcelona, Crítica, 2003, pp. 95-121.
- MIRANDA ENCARNACIÓN, José Antonio y PÉREZ ORTIZ, Juan. “El franquismo intranquilo: la manipulación electoral en el referéndum de 1947” en TUSELL, Javier, MONTERO, Feliciano y GIL PECHARROMÁN, Julio (eds.). *Estudios de la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 597-612.
- MOA, Pío. *Los mitos de la Guerra Civil*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.
- Los orígenes de la Guerra Civil*. Madrid, Encuentro, 1999.
- MOLINA FAJARDO, Eduardo. *Los últimos días de García Lorca*. Barcelona, Plaza & Janés, 1983.
- MOLINERO, Carme. “¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?” en JULIÁ, Santos (coord.). *Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid, Taurus, 2006, pp. 219-246.
- “La política social del régimen franquista. Una asignatura pendiente de la historiografía”, *Ayer*, 50, 2003, pp. 319-331.
- La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.
- MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. *El regim franquista: feixisme, modernització i consens*. Vic, S. Eumo Editorial-Universidad, 2003 [1992].
- Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*. Madrid, Siglo XXI, 1998.
- “La historia social de la época franquista. Una aproximación”, *Historia Social*, 30, 1998, pp. 133-154.
- “El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?”, *Ayer*, 52, 2003, pp. 255-280.
- La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*. Barcelona, Crítica, 2008, pp. 60-61.

- MONTERO, Feliciano. “El giro social de la Acción Católica, 1957-1959” en ORTIZ HERAS, Manuel (coord.). *Memoria e historia del franquismo. V encuentro de Investigadores del franquismo*. Albacete, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2003.
- “Las publicaciones periódicas de Acción Católica”, en RUIZ SÁNCHEZ, José Leonardo (coord.). *Catolicismo y comunicación en la Historia Contemporánea*. Sevilla, Universidad, 2005, pp. 31-54.
- “Las derechas y el catolicismo español: del integrismo al socialcristianismo”, *Historia y Política*, 18, 2007, pp. 117-118.
- “La Iglesia y el catolicismo en el final del franquismo. El “despegue de la Iglesia en la pretransición, 1960-1975” en GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.). *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 237-249.
- La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*. Madrid, Encuentro, 2009.
- “El ‘despegue’ de la Iglesia en el segundo franquismo”, *Historia del Presente*, 16, 2010, pp. 153-163.
- La Acción Católica y el franquismo: auge y crisis de la Acción Católica especializada*. Madrid, UNED, 2011.
- “El taranconismo. La transición de la Iglesia antes de la Transición”, en QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael. (coord.). *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 195-210.
- MONTERO, José Ramón, GUNTHER, Richard y TORCAL, Mariano. “Democracy in Spain: Legitimacy, Discontent and Disaffection”, *Working Paper*, 109, Fundación Juan March, 1997.
- MONTERO, José Ramón y TORCAL Mariano. “La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio”, *Sistema*, 99, 1990, pp. 39-54.
- MONTERO, Mercedes. “Desarrollismo, consumo y publicidad. Un enfoque histórico (España 1960-1975)”, *Pensar la publicidad*, 2011, 5 (1), p. 266.
- MORADIELLOS, Enrique. *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*. Madrid, Síntesis, 2000.
- 1936. Los mitos de la Guerra Civil*. Barcelona, Península, 2004

- “Revisión histórica crítica y revisionismo político presentista: el caso español”, en Josefina Cuesta (dir.). *Memorias históricas de España (siglo XX)*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2007, pp. 372-388.
- MORALES, Rafael. “La significación histórica de la huelga de la construcción de Granada (21-29 de julio de 1970”, en DELGADO, Santiago y VÉLEZ, Antonio J. (eds.). *El futuro del sindicalismo*. Granada, Diputación Provincial, 1996, pp. 15-44.
- MORÁN, Mari Luz. “Jóvenes, inmigración y aprendizaje de la ciudadanía”, *Revista de Estudios de la Juventud*, 60, 2003, pp. 33-47.
- “La cultura política y la interpretación de las transiciones a la democracia (Notas sobre el caso español)”, *Política y Sociedad*, 20, 1995, pp. 97-110
- MOREIRAS MENOR, Cristina. “War, Postwar, and the Fascist Fabrication of Identity”, en VALIS, Noel. *Teaching representations of the Spanish Civil War*. Nueva York, MLA, 2007, pp. 117-129.
- MORENO FONSERET, Roque. “Las consultas populares franquistas: la *ficción* plebiscitaria” en id, y SEVILLANO CALERO, Francisco (eds.). *El franquismo: visiones y balances*. Murcia, Universidad de Alicante, 1999, pp. 45-91.
- “Las industrias de consumo” en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio. *Eppure si muove. La percepción de los cambios en España (1959-1976)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 77-100.
- MORENO FONSERET, Roque y SEVILLANO CALERO, Francisco. “Los orígenes sociales del franquismo”, *Hispania*, 205, 2000, pp. 703-724.
- MORENO GARRIDO, Ana. *Historia del turismo en España en el siglo XX*. Madrid, Síntesis, 2007.
- MORENO JULIÁ, Xavier “María y Miquel. Memorias de guerra y posguerra en España, 1936-1955”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 21, 1999, pp. 67-81.
- La División Azul. Sangre Española en Rusia*. Madrid, Crítica, 2005, pp. 32-55.
- MORENO LUZÓN, Javier. “El estudio de los apoyos sociales al franquismo: una propuesta metodológica”, en CASTILLO, Santiago. (coord.). *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 541-543.
- MORENO SECO, Mónica. “Creencias religiosas y política en la dictadura franquista”, *Pasado y Memoria*, 1, 2002, pp. 111-130.

- “Religiosas y laicas en el franquismo: entre la dictadura y la oposición”, *Arenal*, 12, 2005, pp. 61-89.
- MORENO-TORRES, Valeriano. *El hijo sin mote de Fernando Herrero, sus descendientes y Asensi en una guerra incivil*. Granada, Memorias inéditas.
- MORENTE VALERO, Francisco. *La Escuela y el Estado Nuevo. La depuración del Magisterio Nacional*. Barcelona, Ámbito, 1997.
- “La Universitat feixista i la universitat franquista en perspectiva comparada” en DI FEBO, Giuliana y MOLINERO, Carme. (eds.) *Nou Estat, nova política, nou ordre social. Feixime y franquisme en una perspectiva comparada*. Barcelona, Fundació Carler Pi i Sunyer-CEFID, 2005, pp. 117-160.
- MORGAN, Philip. “*The year of consent? Popular attitudes and resistance to Fascism in Italy, 1925-1940*”, en KIRK, Tim y McELLIGOTT, Anthony (eds.). *Opposing Fascism: Community, authority and resistance in Europe*. Nueva York, Cambridge University Press, 1999, pp. 163-179.
- Fascism in Europe, 1919-1945*. Londres y Nueva York, Routledge, 2003.
- MORO, Renato. “Il mito dell’Imperio in Italia fra universalismo cristiano e totalitarismo”, en MENOZZI, Daniele y MORO, Renato (ed.). *Cattolicesimo e totalitarismo. Chiese e culture religiose tra le due guerre mondiali. (Italia, Spagna, Francia)*. Brescia, Morcelliana, 2004 [1998], pp. 311-371.
- MORODO, Raúl. *Los orígenes ideológicos del franquismo. Acción Española*. Madrid, Alianza, 1985.
- MOSSE, George L. “Introduction: The Genesis of Fascism”, *Journal of Contemporary History*, 1 (1), 1966, pp. 14-26.
- “Two World Wars and the Myth of the War Experience”, *Journal of Contemporary History*, 21, 1986, pp. 491-513.
- Fallen soldiers: reshaping the memory of the World Wars*. Nueva York, Oxford University Press, 1990.
- La imagen del hombre. La creación de la masculinidad burguesa*. Madrid, Talasa, 2001.
- La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid, Marcial Pons, 2005.

- MUÑOZ SORO, Javier. “Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total (apuntes para una biografía política e intelectual hasta 1963)”, *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 259-388.
- Cuadernos para el diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid, Marcial Pons, 2006
- “La reconciliación como política: memoria de la violencia y la guerra en el antifranquismo”, *Jerónimo Zurita*, 84, 2009, pp. 113-134
- NADAL, Antonio. *Licencia absoluta: la historia: los restantes datos, 1968-1973*. Málaga, A. Nadal, 2006.
- “Los estudiantes y la oposición al franquismo. El Sindicato Democrático de la Universidad de Granada, 1968-1970”, en TUSELL, Javier, ALTED, Alicia y MATEOS, Abdón. *La oposición al régimen de Franco*, Vol. 1, Madrid, UNED, 1990, pp. 205-221.
- NAREDO, José Manuel. *La evolución de la agricultura en España (1940-1990)*. Granada, Universidad de Granada, 1996.
- “Diez años de agricultura española”, *Agricultura y Sociedad*, 46, enero-marzo, 1988, pp. 9-35.
- NELIS, Jan. “Catholicism and the italian fascist myth of Romanità: between consciousness and consent”, *Historia Actual Online*, 17, 2008, pp. 139-146.
- NICOLÁS MARÍN, Encarna. “Los gobierno civiles en el franquismo: la vuelta a la tradición conservadora en Murcia (1939-1945)”, TUSELL, Javier et al. (eds.). *El régimen de Franco (1936-1975): política y relaciones exteriores*. Madrid, UNED, 1993, pp. 135-149.
- La libertad encadenada. España en la dictadura franquista*. Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- NIETHAMMER, Lutz. “¿Para qué sirve la historia oral?”, *Historia y Fuente Oral*, 2, 1989, pp. 3-26.
- NORA, Pierre. *Les lieux de Mémoire*, París, Gallimard, 1984, pp. VII-XLII.
- NÚÑEZ-DÍAZ BALART, Mirta. “El por qué y el para qué de la represión”, en id. (coord.). *La gran represión. Los años de plomo de la posguerra (1939-1948)*, Madrid, Flor del Viento, 2009, pp. 21-52.
- “Las mecánicas de la infamia” en id. (coord.). *La gran represión. Los años de plomo de la posguerra (1939-1948)*, Madrid, Flor del Viento, 2009, pp. 133-152.

- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. "The Region as Essence of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840-1936), *European History Quarterly*, 31:4, 2001, pp. 483-518
- !Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid, Marcial Pons, 2006.
- "New interpretations of the Spanish Civil War", *Contemporary European History*, 13 (4), 2004, pp. 317-327
- "La nación contra sí misma. Nacionalismos españoles durante la Guerra Civil, (1936-1939)", en TAIBO ARIAS, Carlos. (dir.). *Nacionalismo español. Esencias, memorias e instituciones*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007, pp. 75-112.
- "Fighting for Spain? Patriotism, War Mobilization and Soldiers' Motivations (1936-1939)" en BAUMEISTER, Martin y SCHÜLER-SPRINGORUM, Stefanie (eds.). *"If you tolerate this"... The Spanish Civil war in the Age of a Total War*. Frankfurt/Nueva York, Campus Verlag, 2008, pp. 47-73.
- "El Tercer Reich, La Wehrmacht y la División Azul, 1941-1945. Memoria e imágenes contrapuestas", *Ayer*, 69, 2008, pp. 47-72.
- "Del ruso virtual, al ruso real: el extranjero imaginado del nacionalismo franquista", en id., y SEVILLANO CALERO, Francisco (eds.). *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*. Madrid, CEPC, 2010, pp. 233-265.
- OLGOSO, Isidro. *Entre ríos. Historias del Zaidín, 1953.1979*, Granada, La Vela, 2001.
- ORS MONTENEGRO, Miguel. *La represión de guerra y posguerra en Alicante (1936-1945)*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 1993.
- ORTEGA LÓPEZ, Teresa. *Trabajadores y jornaleros contra patronos y verticalistas. Conflictividad laboral y reivindicación democrática en una provincia periférica y escasamente desarrollada. Granada, 1936-1982*, Tesis doctoral, Granada, Universidad de Granada, 2001.
- "Obreros y vecinos en el tardofranquismo y la transición política (1966-1977). Una 'lucha' conjunta para un mismo fin", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 16, 2004, pp. 351-369.
- Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1939-1977*. Granada, Universidad de Granada, 2005.

- “La protesta en el Sur. Conflictividad laboral y oposición sindical en Andalucía bajo la dictadura franquista, 1958-1975”, *Revista de Estudios Regionales*, 72, 2005, pp. 113-140.
- “Se hace camino al andar”. Balance historiográfico y nuevas propuestas de investigación sobre la dictadura franquista”, *Ayer*, 63, 2006, pp. 259-278.
- ORTEGA LÓPEZ, Teresa Mª y BAENA LUQUE, Eloisa. “1962: ‘el mayo andaluz’. Andalucía ante las huelgas mineras de Asturias” en VEGA, Rubén (coord.). *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional. El camino que marcaba Asturias*. Oviedo, Trea, 2002, pp. 143-160.
- ORTÍ, Alfonso. “Estratificación social y estructura de poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa”, en VV. AA. *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, CIS; 1987, pp. 711-736.
- ORTIZ HERAS, Manuel. “Historia Social de la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles”, *Spagna Contemporanea*, 28, 2005, pp. 169-185.
- “Memoria social de la Guerra Civil: la memoria de los vencidos, la memoria de la frustración”, *Historia Actual Online*, 10, 2006, pp. 179-198.
- “La Chiesa tra pacificazione franchista e riconciliazione”, *Spagna Contemporanea*, 33, 2008, pp. 15-29.
- “La Iglesia ¿rompió con el franquismo?, *Historia del Presente*, 16, 2010, pp. 143-152.
- “La Iglesia en una diócesis joven. Ambigüedad y control de la jerarquía ante los cambios” en ORTIZ HERAS, Manuel y GONZÁLEZ, Damián A. (coords.). *De la cruzada al desenganche: la Iglesia española entre el franquismo y la transición*. Madrid, Sílex, 2011, pp. 235-263.
- PACK, Sasha. “Turismo y cambio político en la España de Franco”, en TOWNSON, Nigel (ed.). *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*. Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 23-47.
- La invasión pacífica. Los turistas y la Espada de Franco*. Madrid, Turner, 2009.
- PAGÈS I BLANCH, Pelai. “La represión franquista durante la Guerra Civil”, en CAPELLÀ, Margalida y GINARD, David (coords.). *Represión política, justicia reparación. La memoria histórica en perspectiva jurídica*. Mallorca, Documenta Balear, 2009, pp. 103-122.

- PAINTER, Borden W. "Renzo de Felice and The Historiography of Italian Fascism", *The American Historical Review*, 95:2, 1990, pp. 391-405.
- PALACIO, Manuel. *Historia de la televisión en España*. Barcelona, Gedisa, 2008.
- PALOMARES LEÓN, Cristina. *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*. Madrid, Alianza, 2006.
- “Nuevas mentalidades políticas en el tardofranquismo”, en TOWNSON, Nigel (ed). *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*. Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 103-128.
- PARDO, Rosa María. “La salida del aislamiento: la década de los cincuenta”, en MATEOS, Abdón (ed.). *La España de los cincuenta*. Madrid, Eneida, 2008, PP. 109-136.
- PARDO, Rosa María y PORTERO; Florentino. “Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo”, *Ayer*, 33, 1999, pp. 187-218.
- PAREJO, José Antonio. *Señoritos, Jornaleros y falangistas*. Sevilla, Bosque-Palabras, 2008.
- “Fascismo rural, control social y colaboración ciudadana. Datos y propuestas para el caso español”, *Historia Social*, 71, 2011, pp. 143-159.
- PAREJO BARRANCO, Antonio (coord.). *Estadísticas históricas sobre el sector industrial, minero y energético de Andalucía en el siglo XX*. Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía, 2005, cd-rom.
- PASSERINI, Luisa. *Torino: operaia e fascismo*. Bari, Laterza, 1984.
- PASSERINI; Luisa. *Memoria y utopía. La primacía de la intersubjetividad*. Valencia, PUV, 2006.
- PAVONE, Claudio. “Caratteri ed eredità della ‘zona griglia’”, *Passato e presente*, 43, 1998, pp. 5-12.
- PAXTON, Robert O. *Vichy France: Old War and New Order, 1940-1944*. Nueva York, Columbia University Press, 2001.
- PAYÁ, Pedro. “Violencia, legitimidad y poder local. La construcción simbólica de la dictadura franquista en una comarca alicantina. El Vinalopó Medio, 1939-1948”, *Pasado y Memoria*, 1, 2002, pp. 197-222.
- PAYNE, Stanley. *Franco y Hitler. España, Alemania, La Segunda Guerra Mundial y el Holocausto*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.
- PELLEJERO, Carmelo. *Historia de la economía del turismo en España*. Madrid, Civitas, 1999.

- “La política turística en la España del siglo XX: una visión general”, *Historia Contemporánea*, 25, 2002, pp. 233-265.
- Estadísticas históricas sobre el sector turístico de Andalucía en el siglo XX*. Sevilla, IEA, 2006, cd-rom .
- PENÓN, Agustín. *Miedo, olvido y fantasía. Crónica de su investigación sobre Federico García Lorca*. Granada, Comares, 2001.
- PÉREZ CASAS, Ángel. “Los gitanos y las cuevas en Granada”, *Gazeta de Antropología*, 1, 1982. http://www.ugr.es/~pwlac/G01_01Angel_Perez_Casas.html
- PÉREZ DÍAZ, Víctor. *La primacía de la sociedad civil*. Madrid, Alianza, 1993.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio. “Modernización y europeización en el pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX”, en GÓMEZ BENITO, Cristóbal (coord.). *Joaquín Costa y la modernización en España*. Madrid, Congreso de los Diputados, 2011, pp. 199-237.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel. “Studies on Anticlericalism in Contemporary”, *International Review of Social History*, 46, 2001, pp. 227-255.
- PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.). *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*. Madrid, La Catarata, 2008.
- PÉREZ PÉREZ, José Antonio. “El problema de la vivienda en Vizcaya bajo el franquismo”, *Vasconia*, 31, 2001, pp. 243-273.
- PERTICI, Roberto. “Il vario anticomunismo italiano (1936-1960): lineamenti di una storia”, en DI NUCCI, Loreto y GALLI DELLA LOGIA, Ernesto (coords.). *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell'Italia contemporanea*. Bologna, Il Mulino, 2003, PP. 263-334.
- PIÑOL, Josep M. *La transición democrática de la Iglesia española*. Madrid, Trotta, 1999.
- PLAMPER, Jan. “Beyond Binaries: Popular Opinion in Stalinism”, en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 64-80.
- The Stalin cult. A Study in The Alchemy of Power*. New Haven, Yale University Press, 2012.
- POLLARD, John. “Clerical fascism: Context, overview and conclusion”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 8:2, 2007, pp. 433-446.

- PORTERO, Florentino. *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950)*. Madrid, Aguilar, 1989.
- POWELL, Charles. “Crisis del franquismo, reformismo y transición a la democracia” en TUSELL; Javier et al. (eds.), *Las derechas en la España contemporánea*, Anthropos, Barcelona, 1997, pp. 247-270.
- “España en Europa: de 1945 a nuestros días”, *Ayer*, 49, 2003, pp. 85-86
- PRADA RODRIGUEZ, Julio. “Conflicto y consenso: la emigración como instrumento de cambio ideológico y transformación social” en TRUJILLANO SÁNCHEZ, José y GAGO GONZÁLEZ, José María (eds.). *Jornadas Historia y Fuentes Orales. Historia y Memoria del franquismo, 1936-1939*, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 1997, pp. 315-333.
- La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*. Madrid, Alianza Editorial, 2010.
- PRADES PLAZA, Sara. “Escribir la historia para definir la nación: la historia de España en *Arbor*, 1944-1956”, *Ayer*, 66, 2007, pp. 177-200.
- PRADO HERRERA, Mari Luz. “La historiografía de la Guerra Civil y del primer franquismo: reflexiones y nuevos planteamientos en el setenta aniversario”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 25, 2007, pp. 203-221.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro, ROSÉS, Joan y SANZ, Isabel. “Economic reforms and growth in Franco’s Spain”, *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin America Economic History*. 30:1, 2012, pp. 45-89.
- PRESTON, Paul. *La Guerra Civil española: reacción, revolución y venganza*. Madrid, Debolsillo, 2010 [1978].
- La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*. Madrid, Turner, 1979
- Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Debolsillo, 2003 [1995].
- El triunfo de la democracia en España*. Barcelona, Grijalbo, 2001.
- “Latifundistas y militares en la represión de Andalucía en 1936”, *Actas del Congreso Andalucía y España: Identidad y conflicto en la historia contemporánea*, Málaga, Fundación Unicaja, 2008.
- El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Barcelona, Debate, 2011.
- PREVOST, Jean-Guy. “Totalitarianism and Fascist Italy: a Review Essay”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 10:3-4, 2009, pp. 361-367.

- PRIMO DE RIVERA, José Antonio. *Obras completas*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976.
- PROST, Antoine. “The Impact of the War on French and German Political Cultures”, *The Historical Journal*, 37:1, 1994, pp. 209-217.
- PUIG i VALLS, Angelina. “La Guerra Civil Espanyola, una causa de l’emigració andalusa en la dècada dels anys cinquanta?”, *Recerques*, 31, 1995 pp. 53-69.
- QUIROGA, Alejandro. *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. CEPC, 2008.
- “Les tres esferes. Cap un model de la nacionalització a Espanya”, *Segle XX. Revista catalana d’historia*. 4, 2011, pp. 143-160.
- QUIROGA, Alejandro y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. “Introducción” en id. (eds.). *Soldados de Dios y apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*. Granada, Comares, 2010, pp. XV-XXX.
- RADCLIFF, Pamela B. “La ciudadanía y la transición a la democracia”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel (coord.). *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*. Madrid, CEPC, 2007, pp. 343-372
- “Las asociaciones y los orígenes sociales de la Transición en el segundo franquismo” en TOWNSON, Nigel. (ed.). *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*. Madrid, Siglo XXI, 2009., pp. 129-155.
- Making Democratic Citizens in Spain. Civil Society and the Popular Origins of the Transition, 1960-1978*. Basingstoke, Palgrave Mcmillan, 2011.
- RAGUER SÚÑER, Hilari. *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil Española (1936-1939)*. Barcelona, Península, 2001.
- RAJA I VICH, Antonio. *El problema de España bajo el primer franquismo, 1936-1956. El debate de Pedro Laín Entralgo y Rafael Calvo Serer*. Tesis Doctoral inédita, Barcelona, Universidad Pompeu Fabra, 2010.
- RAMOS ESPEJO, Antonio et al. *Crónica de un sueño. Memoria de la Transición democrática en Granada*, Málaga, Comunicación y Turismo, 2002
- RAMOS SÁNCHEZ, Ramón y RODRÍGUEZ PADILLA, Eusebio. *República, Guerra Civil y represión franquista en Macael (Almería)*. Mojácar, Arráez, 2010.
- REBOLLO ARÉVALO, Alfonso. *La estructura del consumo en España*. Madrid, Instituto Nacional de Consumo, 1983.
- REDONDO MARTÍN, Mariano. *En otros patios de Granada*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2010.

- REIG, Ramiro. “Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)”, *Afers*, 22, 1995, pp. 459-491.
- “Repertorios de protesta. Una revisión de la posición de los trabajadores durante el primer franquismo” en SAZ, Ismael y GÓMEZ RODA, J. Alberto (eds.). *El franquismo en Valencia: Formas de Vida y actitudes cotidianas en la posguerra*. Valencia, Epísteme, 1999, pp. 37-76.
- REIG CRUAÑES, José. *Identificación y alienación. La cultura política y el tardofranquismo*. Valencia, PUV, 2007.
- REIG TAPIA, Alberto. *Franco “Caudillo”: mito y realidad*. Madrid, Tecnos, 1995.
- RENOUVIN, Pierre. *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial*. Madrid, Akal, 1990 [1969], pp. 118-131.
- RICCARDI, Andrea. *Il ‘partito romano’. Politica italiana, Chiesa cattolica e Curia romana da Pio XII a Paolo VI*. Brescia, Morcelliana, 2007 [1993].
- RICHARDS, Michael. “‘Terror and Progress’: Industrialization, Modernity, and the Making of Francoism”, en LABANYI, Jo y GRAHAM, Helen. *Spanish cultural studies. An introduction*. Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 173-182.
- Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*. Barcelona, Crítica, 1999.
- “From war culture to civil society”, *History & Memory*, 14, 2002, pp. 93-122.
- “Egos and Ideals in the Spanish Civil War”, *History Workshop Journal*, 58, 2004, pp. 340-348
- “Presenting arms to the Blessed Sacrament’: civil war and Semana Santa in the city of Málaga, 1936–1939.”, en EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (eds.). *The Splintering of Spain, Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 196-221.
- “El régimen de Franco y la política de la memoria durante la guerra civil española” en ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.). *Guerra Civil. Mito y memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 167-200.
- RIQUER, Borja. “Rebuig passivitat i support. Actituds polítiques catalanes davant el primer franquisme (1939-1950)” en VV. AA. *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 179-193.
- ROBLEDÓ, Ricardo. “La Reforma Agraria de la Segunda República Española: ideas y hechos”, *XV Encuentro de Economía Pública*, Salamanca, 2008.

- RODRIGO, Javier. Los campos de concentración franquistas: entre la historia y la memoria, Madrid, Siete Mares, 2003.
- “Los mitos de la derecha historiográfica: Sobre la memoria, la Guerra Civil y el revisionismo a la española”, *Historia del Presente*, 3, 2004, pp. 185-195.
- Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*. Madrid, Alianza, 2008.
- “Presentación. Retaguardia: espacio de transformación”, *Ayer*, 76, 2009, pp. 15-17.
- RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. “La historiografía local y social del franquismo en la democracia, 1976-2003”, *Historia Social*, 56, 2006, pp. 153-175.
- “Cuando lleguen los amigos de Negrín... Resistencias cotidianas y opinión popular frente a la II Guerra Mundial, Almería, 1939-1947”, *Historia y Política*, 18, 2007, pp. 295-323.
- Migas con miedo. Prácticas de Resistencia en el primer franquismo*. Almería, Universidad de Almería, 2008.
- “Auxilio Social y las actitudes cotidianas en los años del hambre, 1937-1943”, *Historia del Presente*, 17, 2011, pp. 127-147.
- “Lazarillos del Caudillo. El hurto moral como micropolítica subalterna frente a la autarquía franquista”, *Historia Social*, 72, 2012, pp. 65-87
- RODRÍGUEZ CABRERO, Gregorio. “Orígenes y evolución del Estado de Bienestar español en su perspectiva histórica. Una visión general”, *Política y sociedad*, 2, 1989, pp. 79-88.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Javier. *León bajo la dictadura franquista (1936-1951)*. León, Universidad de León, 2001.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1997.
- Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid, Alianza, 2000.
- De héroes e indeseables. La División Azul*. Madrid, Espasa Calpe, 2007.
- “La división de la clase política en el tardofranquismo”, en NAVAJAS, Carlos e ITURRIAGA, Diego (eds.). *Crisis, dictaduras y democracia. Actas del I Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*. Logroño, Universidad de la Rioja, 2008, pp. 45-62.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía. *El patio de la cárcel. La Sección Femenina de FET de las JONS en Almería (1937-1977)*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2009.

- RODRÍGUEZ MOLINA, José. (coord.). *Curas obreros. La cruz y el martillo*. Alcalá la Real, Zumaque, 2009.
- RODRÍGUEZ PADILLA, Eusebio. *República, Guerra Civil y represión franquista en Macael (Almería)*. Mojácar, Arráez, 2010.
 –*El Ejército guerrillero de Andalucía*, Almería, Arráez Editores, 2010.
- RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio. *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, Vol. 1, Valencia, PUV, 2009.
 –“El largo camino del SEU a través del falangismo. Primera línea del SEU y disidencia en los años cincuenta”, *Spagna Contemporanea*, 37, 2010, pp. 107-109.
 –“Los últimos fascistas. Juventud, política y dictadura franquista en los años cincuenta”, *Falange: las culturas políticas del fascismo español*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012 (en prensa).
- RODRÍGUEZ TEJEIRO, Domingo y PRADA RODRÍGUEZ, Julio. “Formas de disidencia y actividad política en las prisiones españolas de posguerra (1939-1943)”, *Minius*, 8, 2000, pp. 189-206.
- ROMERO SALVADÓ, Francisco J. “Spain and the First World War: The Structural Crisis of the Liberal Monarchy”, *European History Quarterly*, 25, 1995, pp. 529-554.
 –*España 1914-1918: Entre la guerra y la revolución*. Barcelona, Crítica, 2002.
 – *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*. Londres, Routledge, 2007.
 –*La larga guerra civil española*. Granada, Comares, 2010.
 –“Antonio Maura: *el gran incomprendido*”, en QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (eds.). *Soldados de Dios y apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*. Granada, Comares, 2010, pp. 1-28.
- ROMO PARRA, Carmen. “El desorden de la identidad persistente. Cambio social y estatus de la mujer en la España desarrollista”, *Arenal*, 12, 2005, 91-109.
- ROMO PARRA, Carmen y VERA BALANZA, María Teresa. “Modernidad y simulacro: la planificación moral y estética de las mujeres en la España del desarrollo”, en CAMPOS LUQUE, Concepción y GONZÁLEZ CASTILLEJO, María José (coords.). *Mujeres y dictaduras en Europa y América: el largo camino*. Málaga, Universidad de Málaga, 1996, pp. 149-174.

- ROS AGUADO, Manuel. *La gran tentación: Franco, el Imperio Colonial y los planes de intervención en la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona, Styria, 2008.
- RUBIO, Fanny. *Revistas poéticas españolas, 1939-1975*, Madrid, Turner, 1976.
- RUEDA CASTAÑO, Isabel. “Los estudiantes de la Universidad de Granada represaliados”, tesina, Universidad de Granada, 2008.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos. “La televisión en España: expansión y consumo social, 1963-1969”, *Anàlisi*, 32, 2005, pp. 45-71.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos y CORONADO RUIZ, Carlota. “La codificación televisiva del franquismo: de la historia del entretenimiento a la historia como entretenimiento”, *Historia Crítica*, 40, 2010, pp. 170-195.
- RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. “El aparato falangista a la caída de los fascismos. FET-JONS en 1945”, *Spagna Contemporanea*, 4, 1993, pp. 127-130.
 –*El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid, Siglo XXI, 1996.
 –“La vieja savia del régimen. Cultura y práctica política de Falange” en MATEOS, Abdón (ed.). *La España de los cincuenta*. Madrid, Eneida, 2008, pp. 277-304.
- RUIZ ESTEBAN, Francisco. *Los Hijos de la Noche. La partida del Yatero y el maquis granadino*. Granada, Caja General de Ahorros, 2008.
- RUIZ-VARGAS, José María. “Trauma y memoria de la Guerra Civil y la dictadura franquista”, *Hispania Nova*, 6, 2006 pp. 299-336, <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d012.pdf>
- SABIO ALCUTÉN, Alberto. *Peligrosos demócratas. Antifranquistas vistos por la policía política*. Madrid, Cátedra, 2011.
- SABROW, Martin. “Time and legitimacy: Comparative Reflections on the sense of time in the two German dictatorship”, *Totalitarian movements and political Religions*, 2005. 6:3, pp. 351-369.
- SÁEZ MARÍN, Juan. *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de postguerra (1937-1960)*. Madrid, Siglo XXI, 1988.
- SÁENZ-FRANCÉS, Emilio. *Entre la antorcha y la esvástica. Franco en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial*- Madrid, Actas, 2009.
- SÁNCHEZ, Isidoro, ORTIZ HERAS, Manuel y RUIZ, David (coords.), *España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Villarobledo, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 1993.

- SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente. “Las culturas del tardofranquismo”, *Ayer*, 68, 2007, pp. 89-110
- SÁNCHEZ DIANA, José María. *Cabeza de puente. Diario de un soldado de Hitler*. Alicante, García Hispán Editor, 1989.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José. *El Cardenal Herrera Oria. Pensamiento y Acción Social*. Madrid, Encuentro, 1986.
- “Conservadores en política y reformistas en lo social. La Acción Social Católica y la legitimación política del régimen de Franco”, *Ayer*, 39, 2000, pp. 165-180.
- SÁNCHEZ LÓPEZ, Rosario. *Mujer española. Una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de la Sección Femenina de Falange (1934-1977)*. Murcia, Universidad de Murcia, 1990.
- SÁNCHEZ RECIO, Glicerio. “Las prestaciones de la Iglesia a la política exterior del Régimen de Franco (1945-1957)”, en TUSELL, Javier et al. *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid, UNED, 1997, pp. 389-398.
- “Inmovilismo político y cambio social en los años sesenta”, *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp.13-33.
- Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*, Barcelona, Flor del Viento, 2008.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Clemente. *En las cárceles de Franco*. Madrid, Obrerón, 2003.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Esther. “La España de la estabilización y el desarrollo en perspectiva francesa (1958-1969). *Mélanges de la Casa de Velázquez*. 34, 2004, pp. 251-269.
- SĂNDULESCU, Valentin, “La puesta en escena del martirio: la vida política de dos cadáveres: El entierro de los líderes rumanos legionarios Ion Moța y Vasile Marin en febrero de 1937” en CASQUETE, Jesús y CRUZ, Rafael. (eds.). *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Madrid, Catarata, 2009, pp. 247-264.
- SANTOMASSIMO, Gianpasquale. “Renzo de Felice e il fantasma di Mussolini”, *Passato e Presente*, 43, 1998, pp. 121-149.
- SANZ DÍAZ, Carlos. “Emigración económica, movilización política y relaciones internacionales. Los trabajadores españoles en Alemania”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 23, 2001, pp. 318-321.

- SANZ HOYA, Julián. “Camarada gobernador. Falange y los gobiernos civiles durante el primer franquismo”, *Ayeres en discusión. Actas del IX Congreso de la AHC*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, cd-rom.
- La construcción de la dictadura franquista en Cantabria. Instituciones, personal político y apoyos sociales (1937-1951)*. Santander, Universidad de Cantabria, 2009.
- “El partido fascista y la conformación del personal político local al servicio de las dictaduras de Mussolini y Franco”, *Historia Social* 71, 2011, pp. 107-123.
- SANZ MOLINERO, José Manuel. “Una Europa en negativo. El proyecto europeísta del nacionalcatolicismo español”, en SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferrán (eds.) *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español*. Valencia, PUV, 2012, pp. 243-260.
- SARTORIUS, Nicolás y ALFAYA *La memoria insumisa: sobre la dictadura de Franco* Barcelona, Crítica, 2002.
- SAZ, Ismael. “El primer franquismo”, *Ayer*, 36, 1999, pp. 17-40.
- “Entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra”, en id. y GÓMEZ RODA, J. Alberto (eds.). *El franquismo en Valencia: Formas de Vida y actitudes cotidianas en la posguerra*. Valencia, Epísteme, 1999, pp. 9-36.
- “Escila y Caribdis. El franquismo, un régimen paradigmático” en MELLÓN, Joan Antón (comp.). *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea*. Madrid, Tecnos, 2002, pp. 159-197.
- “Política en la zona nacionalista”, *Ayer*, 50, 2003, pp. 55-83.
- España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons, 2003.
- Fascismo y franquismo*. Valencia, PUV, 2004.
- “Fascism, Fascistization and Developmentalism in Franco's Dictatorship”. *Social History*, 29:3, 2004, pp. 342-357.
- “Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español”, *Hispania*, 2007, pp. 143-176.
- “Religión política y religión católica en la España Contemporánea” en BOYD, Caroline P (ed.). *Religión y política en la España Contemporánea*. Madrid, CEPC, 2007.
- “Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados”, *Ayer*, 68, 2007, pp. 74-104.

- “Falangistas y católicos reaccionarios: una batalla político-cultural decisiva”, en MATEOS, Abdón (ed.). *La España de los cincuenta*. Madrid, Eneida, 2008, pp. 237-249.
- “Las culturas de los nacionalismos franquistas”, *Ayer*, 71, 2008, pp. 153-174.
- “Y la sociedad marcó el camino. O sobre el triunfo de la democracia en España (1969-1978)” en QUIROSA-CHEYROUZE y MUÑOZ, Rafael (ed). *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2011. pp. 29-42.
- “¿Dónde está el otro o sobre qué eran los que no eran fascistas?”, en MELLÓN, Joan Antón (coord.). *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*. Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190.
- SCHNAPP, Jeffrey T. “Fascinating fascism”, *Journal of Contemporary History*, 31:2, 2007 pp. 235-244.
- SEIDMAN, Michael. “Individualism in Madrid during the Spanish Civil War”, *The Journal of Modern History*, 68:1, 1996, pp. 63-83.
- “Frentes en calma de la guerra civil”, *Historia Social*, 27, 1997, pp. 37-59.
- A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Madrid, Alianza, 2003.
- “Las experiencias de los soldados en la Guerra Civil española”, *Alcores*, 4, 2007, pp. 101-123.
- The Victorious Counterrevolution. The Nationalist effort in the Spanish Civil War*. Madison, University of Wisconsin Press, 2011.
- SESMA LANDRIN, Nicolás. “Franquismo ¿Estado de derecho? Notas sobre la renovación del lenguaje político de la dictadura durante los años 60”, *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 45-58.
- SEVILLANO CALERO, Francisco. “Opinión y política internacional. Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial y el Bloqueo Exterior (1939-1946)” en TUSELL, Javier et al. (eds.). *El régimen de Franco (1936-1975): política y relaciones exteriores*. Madrid, UNED, 1993, pp. 359-370.
- Ecos de papel. La opinión de los españoles bajo el franquismo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- “Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del Nuevo Estado”, *Pasado y Memoria*, 1, 2002, pp. 81-110.

- “El *Nuevo Estado* y la ilusión de la ‘democracia orgánica’. El Referéndum de 1947 y las elecciones municipales de 1948 en España”, *Historia Contemporánea*, 24, 2002, pp. 355-387.
- “Consenso y violencia en el “Nuevo Estado” franquista: Historia de las actitudes cotidianas”, *Historia Social*, 46, 2003. pp. 159-171
- “El *mito del 98* en la cultura española”, *Pasado y Memoria*, 3, 2004, pp. 195-208.
- Exterminio: el terror con Franco*. Madrid, Crítica, 2004.
- Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*. Madrid, Alianza, 2007.
- Franco: “caudillo” por la gracia de Dios, 1936-1947*. Madrid, Alianza, 2009.
- SKEY, Michael. “The national in everyday life: A critical engagement with Michael Billig’s thesis of *Banal Nationalism*”, *The Sociological Review*, 57:2, 2009, 336-337.
- SOLER SANZ, María Mercedes. “Evolución del consumo de alimentos” en *Alimentación, equipos y tecnología*, 11, 1992, pp. 171-178.
- SOTO CARMONA, Álvaro. “Auge y caída de la Organización Sindical Española”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Hª Contemporánea*, 8, 1994, pp. 247-276.
- “Huelgas en el franquismo: causas laborales – consecuencias políticas”, *Historia Social*, 30, 1998, pp. 39-61.
- ¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.
- “De aperturistas a reformistas: continuidades en la clase política”, en MATEOS, Abdón y HERRERÍN, Ángel. (coords.). *La España del presente: de la dictadura a la democracia*. Madrid, Asociación de Historiadores del Presente, 2006, pp. 139-154
- SOUTELO VÁZQUEZ, Raúl, VARELA SABAS, Alfredo. “Variaciones en las formas de represión y resistencia popular en el mundo rural ourensano, 1936-1946”, en TRUJILLANO SÁNCHEZ, José y GAGO GONZÁLEZ, José María (eds.). *Jornadas Historia y Fuentes Orales. Historia y Memoria del franquismo, 1936-1939*, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 1997, pp. 217-233.
- SOUTHWORD, Herbert. *El lavado de cerebro de Francisco Franco: conspiración y Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000.

- SPIEGEL, Gabriel M. “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, *Ayer*, 62, 2006, pp. 19-50.
- STEPHENSON, Jil. “Popular opinion in Nazi Germany: Mobilization, Experience and Perceptions: The View from the Württemberg Countryside”, en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 107-121.
- THRELFALL, Monica. “Reassessing the Role of Civic Society Organizations in the Transition to Democracy in Spain”, *Democratization*, 15:5, 2008, pp. 930-951.
–“Una reevaluación del papel de las organizaciones de la sociedad en la transición” en GÓMEZ BRAVO, Gutmaro (coord.). *Conflicto y consenso en la transición española*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009, pp. 155-196.
- THOMAS, Hugh. *The Spanish Civil War*. Londres, Hamish Hamilton, 1977.
- THOMÀS, Joan Maria. *José M. Fontana Tarrats: biografía política d'un franquista català*. Reus, Centro de Lectura de Reus, 1997.
–*Lo que fue la Falange: la Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de Falange Española y de las JONS*. Barcelona, Plaza & Janés, 1999.
- THOMPSON, Paul. *La voz del pasado. Historia oral*. Valencia, Ediciones Alfons el Magnanim, 1988.
- TITOS MARTÍNEZ, Manuel (dir.). *Historia económica de Granada*. Granada, Cámara de Comercio, Industria y Navegación, 1998.
–*Rodríguez-Acosta, banqueros granadinos 1831-1946*, Barcelona, LID, 2004.
–*Verano del 36 en Granada*. Granada, Atrio, 2005, pp. 115-128.
- TITOS MARTÍNEZ, Manuel et. al. *La Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Granada*. Granada, Anel, 1987
- TORRES MULAS, Rafael. *Desaparecidos en la Guerra de España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.
- TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- TREGLIA, Emanuele. “El PCE y la huelga general (1958-1967)”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 20, 2008, pp. 249-263.
- TROMMLER, Frank. “Between Normality and Resistance: Catastrophic gradualism in Nazi Germany”, *Journal of Modern History*, 64, 1992, pp. 82-101.

- TUDELA VÁZQUEZ, Enrique. *Nuestro pan. La huelga del 70*. Granada, Comares, 2010.
- TUSELL, Javier. “El sistema caciquil andaluz comparado con otras regiones españolas (1903-1923)”, *Reis: Revista Española de Investigaciones sociológicas*, 2, 1978, pp. 7-20.
- Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*. Madrid, Alianza, 1984, pp. 324-325.
- Carrero La eminencia gris del régimen de Franco*. Madrid, Temas de Hoy, 1993, pp. 184-185
- TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva. *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición*. Barcelona, Crítica, 2003
- UGARTE, Javier. *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- “¿Legado del franquismo? Tiempo de contar” en MOLINERO, Carme (ed.). *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*. Barcelona, Península, 2006, pp. 185-237
- URBINA, Fernando. “Formas de vida en la iglesia en España, 1939-1975”, en VV. AA. *Iglesia y sociedad en España, 1939-1975*, Madrid, Editorial Popular, 1977.
- UREÑA, Gabriel. *Arquitectura y urbanística Civil y Militar en el periodo de la Autarquía*. Madrid, Istmo, 1976.
- UTRERA MOLINA, José. *Sin cambiar de bandera*. Barcelona, Planeta, 2008
- VALLEJO POUSADA, Rafael. “Turismo y desarrollismo económico en España durante el franquismo, 1939-1975”, *X Congreso Internacional de la AEHE*, Sevilla, Universidad Pablo Olavide, 2011.
- VAN EVERA, Stephen. “Hypotheses on Nationalism and War”, *International Security*, 18:4, 1994, pp. 5-39.
- VÁZQUEZ ALLEGUE, Jaime. *El Ideal de la Transición. Melchor Sáiz-Pardo, periodista granadino*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2009.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel. *Crónica sentimental de España*. Barcelona, Grijalbo 1998 [1986].

- VEGA, Rubén “Una huelga que alumbraba a España” en id. (coord.). *El camino que marcaba Asturias: las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, Trea, 2002, pp. 17-45.
- Hay una luz en Asturias: las huelgas de 1962*, Gijón, Trea, 2002.
- VELASCO MUVIEDRO, Carlos. “El pensamiento agrario y la apuesta industrializadora en la España de los cuarenta”, *Agricultura y Sociedad*, 23, 1982, pp. 233-273.
- VEGA SOMBRÍA, Santiago. *La política del miedo. El papel de la represión en el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2011.
- VENTRONE, Angelo. *Il nemico interno. Immagini e simboli della lotta politica nell'Italia del '900*. Roma, Donzelli, 2005.
- “El enemigo interno. Perspectivas historiográficas y metodológicas”, en CANAL, Jordi y MORENO LUZÓN, Javier (eds.). *Historia cultural de la política contemporánea*. Madrid, CEPC, 2008, pp. 243-267
- VILLA GARCÍA, Roberto. “The Failure Electoral Modernization: The Elections of May 1936 in Granada”, *Journal of Contemporary History*, 44, 2009, pp. 201-229.
- VILLENA, Fernando (ed.). *En la misma ciudad, en el mismo río. Poetas granadinos de los 70*. Granada, Port-Royal, 1999.
- VINCENT, Mary. “The Keys of the Kingdom: religious violence in the Spanish Civil War, July-August 1936”, en EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (eds.). *The Splintering of Spain, Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Nueva York, Cambridge University Press, 2005.
- “La reafirmación de la masculinidad en la Cruzada franquista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28, 2006, pp. 135-151.
- “Expiation as Performative Rethoric in National-Catholicism: The Politic of Gesture in Post-Civil War Spain”, *Past and Present*, 203:4, 2009, pp. 235-256.
- VILLEGAS, Francisco. “El turismo” en TITOS MARTÍNEZ, Manuel (dir.). *Historia económica de Granada*. Granada, Cámara de Comercio, Navegación e Industria de Granada, 1998.
- VINYES, Ricard. “El universo penitenciario durante el franquismo” en MOLINERO, Carme., SALA, Margarida. y SOBREQÜÉS, Jaume (eds.). *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la Guerra Civil y el Franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 155-175.

- VIÑAS, Ángel. *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Barcelona, Grijalbo, 1981
 –*En las garras del águila: Los pactos de Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*. Barcelona, Crítica, 2003.
- VIÑES MILLET, Cristina *Municipio y Política: Epistolario entre Melchor Fernández Almagro y Antonio Gallego Burín de 1938 a 1951*. Granada, CEMCI, 1993.
 –*Antonio Gallego Burín*. Granada, Comares, 2003.
- WALDMANN, Peter. “Sociedades en guerra civil: dinámicas innatas de la violencia desatada”, *Sistema*, 132-133, 1996, pp. 145-168.
 –“Dinámicas inherentes a la violencia política desatada” en id., y REINARES, Fernando. *Sociedades en Guerra Civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 87-108.
- WILLIAMS, Raymond. *Culture and Society*. Nueva York, Columbia University Press, 1958.
- WINTER, Jay. *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Londres, Cambridge University Press, 1995.
 –“Shell-shock and the Cultural History of the Great War”, *Journal of Contemporary History*, 35:7, 2000, pp. 7-11.
- WOLFF, Eric. “Culture: Panacea or Problem?”, *American Antiquity*, 49 (2), 1984, pp. 393-400.
- YGLESIAS, Francisco. *The Franco Years*, Indianapolis y Nueva York, The Boobs-Merrill Company, Inc, 1977.
- YSÀS, Pere. “Huelga laboral y huelga política. España, 1939-75”, *Ayer*, 4, 1991, pp. 193-211.
 –“La crisis de la dictadura franquista” en MOLINERO, Carme. (ed.). *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*. Barcelona, Península, 2006, pp. 27-58.
 –“¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío”, *Ayer*, 68, 2007, pp. 31-57.
 –“La Transición española: luces y sombras”, *Ayer*, 79, 2010, pp. 31-57
- YUSTA, Mercedes. *Guerrilla y resistencia campesina: la resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2003.

- “El campesinado y la vertiente social” en ARÓSTEGUI, Julio y MARCO, Jorge (corrds.). *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2009, pp. 39-58.
- YUSTE DE PAZ, Miguel Ángel. “Algunas consideraciones acerca de por qué el año que pareció el último de Franco en el poder no lo fue”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. Historia Contemporánea*, 14, 2001, pp. 419-436.
- ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco et al. *Estadísticas del siglo XX en Andalucía*. Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía, 2002.
- ZENOBI, Laura. *La construcción del mito de Franco. De jefe de la Legión a Caudillo de España*. Madrid, Cátedra, 2011
- ZUNINO, Pier Giorgio. *L'ideologia del facismo. Miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*. Bolonia, Il Mulino, 1995.